

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 47 Primer Semestre de 2000*

HUMANIDADES

Joaquín Edwiwis Bello y su amor por Paris, <i>Salvador Benavaca C.</i>	9
El delito de le nsar, una razón del destierro, <i>José Ricardo No Aules</i>	107
Le Corbusier en <i>La Nación</i> de Santiago de Chile (1924-1919-1927), <i>Patricio Lizama A.</i>	119
Mario Miláúca: Entre el asco y otras perspectivas, <i>Thomson Harris</i>	129
Huidobro co éa evocación nerudiana, <i>Waldo Rojas</i>	133
Europa y la filosofía alemana, <i>Martin Heidegger</i>	145
Alejo Carpentier, la música de Bach y el cine de Griffith, <i>Pedro Lastra</i>	155
<i>El Inquisidor Mayor</i> de Manuel Bilbao. Algunos aspectos del texto y del contexto, <i>Eva Löfquist</i>	159
La seriedad aristocrático-burguesa y los orígenes de la literatura satírica y popular en Chile, <i>Maximiliano Salinas</i>	175
Un fragmento de <i>La Naturaleza</i> de Goethe, <i>Ricardo Loebell S.</i>	199

CIENCIAS SOCIALES

Política, disciplina y literatura. La revista <i>Criterio</i> , Bs.As., 1928-1936, <i>María Ester Rapalo</i>	215
La textualidad de la historia: fundamentos epistemológicos y psicopedagógicos de la reforma educacional, <i>Ignacio Muñoz D.</i>	233
Indefiniendo las fronteras: pluralidad de voces en la Sud África del pos-apartheid, <i>Ximena Picallo V.</i>	271
La educación chilena y las elites políticas de los sectores medios (1900-1970), <i>Nicolás Cruz</i>	285
Los intentos estatales por estimular el factor humano nacional a través de la inmigración europea 1888-1920, <i>Baldomero Estrada</i>	303

La dimensión política de la inauguración del viaducto del Malleco, <i>Rafael Sagredo</i>	339
--	-----

TESTIMONIOS

Homenaje de revista Mapocho a su fundador, don Guillermo Felú Cruz, en el centenario de su nacimiento,.....	379
Guillermo Felú Cruz, <i>Ximena Felú S.</i>	381
Centenario de Guillermo Felú Cruz, <i>Sergio Martínez Baeza</i>	387
Los ideales de un editor, <i>Guillermo Felú Cruz</i>	393
Andrés Bello y la Biblioteca Nacional, <i>Guillermo Felú Cruz</i>	397
Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista, <i>Guillermo Felú Cruz</i>	409

COMENTARIOS DE LIBROS

Osmar Gonzales Alvarado, <i>Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú, 1968-1985</i> , <i>Marco A. Ramírez</i>	435
Álvaro Salvador, <i>Muestra de poesía hispanoamericana actual (34 nombres en 34 años: 1963-1997)</i> , <i>Viviana del Campo</i>	438
Silvia Nagy-Zekmi, <i>Paralelismos transatlánticos: postcolonialismo y narrativa femenina en América Latina y África del Norte</i> , <i>Luis Correa Díaz</i>	441
Florian Martins, <i>Escritura Conquistada. Diálogos con poetas Latino-americanos</i> , <i>Miguel Gomes</i>	445
Roger Scruton, <i>Filosofía moderna. Una introducción sinóptica</i> , <i>Julio Torres Meléndez</i>	448
Larisa Adler y Ana Melnick, <i>Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores en Chile</i> , <i>José A. de la Fuente</i>	450
Luis Vitale, Luis Moullan y otros, <i>Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet</i> , <i>Mauricio Salazar</i>	453

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 47 Primer Semestre de 2000

HUMANIDADES

Joaquín Edwards Bello y su amor por París, <i>Salvador Benadava C.</i>	9
El delito de pensar, una razón del destierro, <i>José Ricardo Morales.</i>	107
Le Corbusier en <i>La Nación</i> de Santiago de Chile (1924-1926-1927), <i>Patricio Lizama A.</i>	119
Mario Milanca: Entre el asco y otras perspectivas, <i>Thomas Harris.</i>	129
Huidobro en la evocación nerudiana, <i>Waldo Rojas.</i>	133
Europa y la filosofía alemana, <i>Martin Heidegger.</i>	145
Alejo Carpentier, la música de Bach y el cine de Griffith, <i>Pedro Lastra.</i>	155
<i>El Inquisidor Mayor</i> de Manuel Bilbao. Algunos aspectos del texto y del contexto, <i>Eva Löfquist.</i>	159
La seriedad aristocrático-burguesa y los orígenes de la literatura satírica y popular en Chile, <i>Maximiliano Salinas.</i>	175
Un fragmento de <i>La Naturaleza</i> de Goethe, <i>Ricardo Loebell S.</i>	199

CIENCIAS SOCIALES

Política, disciplina y literatura. La revista <i>Criterio</i> , Bs.As., 1928-1936, <i>María Ester Rapalo.</i>	215
La textualidad de la historia: fundamentos epistemológicos y psicopedagógicos de la reforma educacional, <i>Ignacio Muñoz D.</i>	233
Indefiniendo las fronteras: pluralidad de voces en la Sud África del pos-apartheid, <i>Ximena Picallo V.</i>	271
La educación chilena y las elites políticas de los sectores medios (1900-1970), <i>Nicolás Cruz.</i>	285
Los intentos estatales por estimular el factor humano nacional a través de la inmigración europea 1888-1920, <i>Baldomero Estrada.</i>	303
La dimensión política de la inauguración del viaducto del Malleco, <i>Rafael Sagredo.</i>	339

TESTIMONIOS

Homenaje de revista <i>Mapocho</i> a su fundador, don Guillermo Feliú Cruz, en el centenario de su nacimiento.	379
Guillermo Feliú Cruz, <i>Ximena Feliú S.</i>	381
Centenario de Guillermo Feliú Cruz, <i>Sergio Martínez Baeza.</i>	387
Los ideales de un editor, <i>Guillermo Feliú Cruz.</i>	393
Andrés Bello y la Biblioteca Nacional, <i>Guillermo Feliú Cruz.</i>	397
Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista, <i>Guillermo Feliú Cruz.</i>	409

COMENTARIOS DE LIBROS

Osmar Gonzales Alvarado, <i>Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú, 1968-1985</i> , <i>Marco A. Ramírez.</i>	435
Álvaro Salvador, <i>Muestra de poesía hispanoamericana actual (34 nombres en 34 años: 1963-1997)</i> , <i>Viviana del Campo.</i>	438
Silvia Nagy-Zekmi, <i>Paralelismos transatlánticos: postcolonialismo y narrativa femenina en América Latina y África del Norte</i> , <i>Luis Correa Díaz.</i>	441
Florian Martins, <i>Escritura Conquistada. Diálogos con poetas Latino-americanos</i> , <i>Miguel Gomes.</i>	445
Roger Scruton, <i>Filosofía moderna. Una introducción sinóptica</i> , <i>Julio Torres Meléndez.</i>	448
Larisa Adler y Ana Melnick, <i>Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores en Chile</i> , <i>José A. de la Fuente.</i>	450
Luis Vitale, <i>Luis Moulian y otros, Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet</i> , <i>Mauro Salazar.</i>	453



AUTORIDADES

Ministra de Educación
Sra. *Mariana Aylwin Oyarzún*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sra. *Clara Budnik Sinay*

Director Responsable
Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*

Secretarios de Redacción
Sr. *Pedro Pablo Zegers Blachet*
Sr. *Thomas Harris Espinosa*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*
Sra. *Sofía Correa Sutil*
Sr. *José Ricardo Morales Malva*
Sr. *Rafael Sagredo Baeza*
Sr. *Marcos García de la Huerta Izquierdo*
Sr. *Alfredo Jocelyn-Holt Letelier*
Sr. *Pedro Lastra Salazar*
Sr. *Sergio Grez Toso*

JOAQUÍN EDWARDS BELLO
Y SU AMOR POR PARÍS

Salvador Benadava C.¹

“Quiero a Toledo todavía porque es una parte de mi pasado”, dice Barrès. Así me ocurre a mí con París, con ese París, porque ahora es otro. (“El meteco en la guerra”, *La Nación*, 14 de febrero de 1927).

INTRODUCCIÓN

En su primer esbozo, el presente trabajo se titulaba *El París de Joaquín Edwards Bello*. Renunciamos a esta designación al percatarnos, por una parte, que inducía a pensar en un París único y definido (lo que contradecía reiteradas declaraciones del escritor)², por otra, que enfatizaba en el objeto más que en el sujeto (lo que no era nuestro propósito) y, finalmente, que ocultaba lo que, a nuestro juicio, constituye la médula de este discurso: el impacto sentimental de la capital francesa sobre el cronista chileno. Porque de eso se trata, en último término: de reconstituir y analizar el periplo amoroso entre un hombre y una ciudad, una sensibilidad y un paisaje. ¿Cómo se gestó este amor? ¿Cuánto duró? ¿Cómo se expresó? ¿Cuál fue su función? He aquí algunas de las preguntas a las que trataremos de dar respuesta en el curso de esta reflexión.

Dentro de la literatura occidental, uno de los libros más célebres a propósito del amor es *El Banquete* de Platón. Entre las diversas definiciones propuestas por los invitados a dicho acontecimiento, la más conocida es aquella que concibe *eros* (una de las variables del amor) como *una carencia*, una sed jamás satisfecha, un deseo de posesión que no encuentra salida sino “engendrando en la belleza a través del cuerpo o del espíritu”, es decir, a través de la procreación o la creación.

Comentando este punto de vista, André Comte Sponville, filósofo francés, escribe: “La carencia es un sufrimiento, la pasión también —el mismo— o éste no es sino una exacerbación alucinatoria y obsesiva de aquél por concentración en un objeto definido que se halla indefinidamente valorizado”³. Ahora bien, si el amor es carencia, deseo en suspenso, es evidente que, más que de la presencia del amado, como lo proclamaba San Juan de la Cruz, se nutre de ausencia y frustración: “¿Cómo podríamos amar apasionadamente lo que no nos falta? Tristán e Isolda —observa Denis de Rougemont— se necesitan mutuamente para

¹ Doctor en lingüística (Sorbonne Nouvelle); ex profesor de lengua y civilización francesas en la Universidad de Concepción; ex docente en las universidades de París V y París VIII.

² “En mi vida, relativamente corta, guardo muchos y muy diversos Paríses...” (“Escritores y peleadores”, *La Nación*, 10 de diciembre de 1942).

³ *Petit traité des grandes vertus*, Presses Universitaires de France, Paris, 1997, pág. 317, traducción nuestra (T.N.)

consumirse y no del otro tal como es; y no de la presencia del otro, sino más bien de su ausencia"⁴.

1. ANTECEDENTES FAMILIARES

Se ha sostenido en todos los tiempos que el mundo de los afectos y de las preferencias escapa a la racionalidad; lo que se traduce en nuestro idioma con expresiones tales como "el amor es ciego" o "sobre gustos no hay nada escrito". No deja de ser sugestivo que cuando un francés habla de "mariage de raison" (matrimonio fundado en la razón) o los hispano-hablantes de "matrimonio por interés", estén significando claramente que se trata de una unión de la que el amor está ausente.

Sin desconocer lo de arbitrario que puede haber en la elección del objeto amoroso, hemos pensado que, para comprender los nexos sentimentales entre Joaquín Edwards y París (su "querida oficial" como la llamó otro cronista)⁵, no sería inútil remontarse a los primeros años de su vida (infancia y adolescencia) tratando de rastrear algunas líneas causales. El procedimiento no tiene nada de original; son numerosas las obras que ponen en evidencia los lazos que unen el amor al pasado. Ferdinand Alquié, por ejemplo, estudia en uno de sus ensayos⁶ un célebre texto del escritor romántico Gérard de Nerval: "Sylvie". Retrocediendo en el tiempo, el poeta termina por comprender que el amor que experimenta por una actriz, Aurelia, no es sino la re-edición de una experiencia sentimental vivida hace muchos años y que lo que realmente ama en ella es su propio pasado. "El amor, en este caso, niega el tiempo y afirma que el pasado no está muerto y que lo ausente está presente".

Doña Ana Luisa Bello tenía apenas 19 años cuando dio a luz a Joaquín (inscrito con el nombre de Víctor Joaquín Lorenzo) en Valparaíso el 10 de mayo de 1887. Había nacido en Santiago el año 1868 y estaba entroncada con grandes familias de la época. Fue nieta de don Andrés Bello, hija de Emilio Bello Dunn, "poeta y soñador", y descendiente directa de Juan Martínez de Rozas y de Francisco Antonio Pinto. La vieja casona familiar, situada en la calle Monjitas, vio desfilar a personajes tan ilustres como Mariano Egaña, Andrés Bello y Aníbal Pinto. El general Baquedano llegaba allí como a su propia casa.

En 1961 el cronista escribió un artículo inspirado por la película *Psicosis*⁷ en el que proporciona algunas informaciones interesantes respecto al carácter y a los hábitos maternos. Doña Ana Luisa tenía 24 años menos que su esposo. Cosía para los pobres; le agradaba ir a las tiendas por el placer de regatear; tocaba el piano en un instrumento que le regaló doña Juana Ross, dama riquísima y austera, prima y tía de su esposo. Aparentemente no era una mujer alegre o, por lo

⁴ *Ibid.*, pág. 317.

⁵ Enrique Bunster, "Recuerdos de Joaquín Edwards Bello", *El Mercurio*, 20 de noviembre de 1966.

⁶ *Le désir d'éternité*, P.U.F., Paris, 1943, pág. 26 y sgts. (T.N.)

⁷ "Psicosis en el cine", *La Nación*, 8 de junio de 1961.

menos, su hijo no la recuerda como tal, pues retiene su "voz llorada" y "un retrato de entonces (en el que) parece estar devorada por la tristeza"; también la asocia discretamente a Madame Bovary, célebre personaje de Flaubert, símbolo de la esposa joven, soñadora, que se marchita progresivamente en medio del tedio provinciano. Su esposo, don Joaquín Edwards Garriga, "la adoraba", pero "los maridos eran austeros, oficinistas, caballeros cabales. No románticos, ni muy sentimentales". Gente de deber, de principios y de honor que rendía culto a la familia, la propiedad y el ahorro. Contrariamente a Ema Bovary, la señora Edwards fue una mujer respetabilísima dada a las prácticas cristianas y preocupada por la educación de sus hijos, tres mujeres y cuatro varones. En otra de sus crónicas, el escritor pone de manifiesto esta dimensión religiosa: "Mi mejor recuerdo de la casa es en diciembre, cuando mi madre, transfigurada y muy bonita, declamaba el mes de María en el oratorio florido, frente a toda la casa"⁸.

Fuera de los helados de La Gasseau y las tortas de Jorquera, no parece que doña Ana Luisa se permitiera demasiadas fantasías. Como muchas señoras de su condición, se interesaba por las evoluciones de la moda y recibía figurines desde París. "Yo tuve una vaga idea de París por los figurines de mi madre", escribe Edwards Bello en *Cap Polonio*⁹. Algo de mágico debían contener esas publicaciones que el hijo recordará mucho tiempo después en varias de sus crónicas. Es muy posible, por lo demás, que cuando, en 1914, diserta desde París sobre la crisis del buen gusto¹⁰, cuando evoca los tiempos lejanos en que una "silueta vaporosa de parisiense" se apareció, en todo su esplendor, a un diseñador, "una mañana gloriosa de Deauville", haya tenido en la cabeza las figuras gráciles y esbeltas que poblaban los figurines maternos. No eran, por los demás, las únicas revistas; a la casa de los Edwards llegaban regularmente *Le Théâtre*, la *Illustración Artística* y *Le Figaro Illustré*.

Tal como lo señala su hijo, Ana Luisa era un espíritu romántico, proclive a la evasión, amante de esa literatura que, en forma de folletín, publicaba regularmente *El Mercurio*; folletines que el escritor caracteriza como "franceses"¹¹ y truculentos, lo más ajeno que pudiéramos imaginarnos a la vida de Valparaíso, que era metódica, mediocre y aburrida (...). Joaquín recuerda con exactitud algunos de los títulos: *La madre Langlois*, *Antes y después*, *El proceso de Saint Maixent* o *Muerto en vida*¹². Asimismo, muchas de las piezas que la señora de Edwards interpretaba al piano tenían la impronta de Francia: *Robert le Diable*, *Los pescadores de perlas*, *La hija de madame Angot*, *Mefistófeles*, *La Bohème*¹³ y, sobre todo, la célebre *Carmen* de Bizet... "Nunca oí tocar la ópera *Carmen* con tanto

⁸ "La casa pompeyana", *La Nación*, 11 de diciembre de 1952.

⁹ Editores La Novela Nueva, Santiago, septiembre 1929, 61 págs.

¹⁰ "La moda en París. Crisis del buen gusto", *Zig-Zag*, 29 de agosto de 1914.

¹¹ "De 1850 a 1914, el prestigioso *Mercurio* publica en forma de folletín a todos los autores franceses más populares: Dumas, Eugène Sue, George Sand, Jules Verne, Féval, Scribe, Maupassant, Daudet y, por supuesto, Zola", J. P. Blancpain, *Francia y los Franceses en Chile*, Hachette, Santiago, 1987, pág. 151.

¹² "El nuevo siglo", *La Nación*, 1 de enero de 1951.

¹³ "En mi casa tocaban *La Bohème* de Puccini en el piano, y yo pensaba en París, un París de Murger, fuera de la realidad", "Escenas del barrio latino", *La Nación*, 17 de mayo de 1926.

sentimiento como lo hacía ella”, escribe el autor, reavivando recuerdos que ya había expresado en una crónica de 1928: “pero quedó más firme que todo en mi alma ese primer acto de ‘Carmen’ en la plaza de Sevilla: *Sur la place – chacun passe – tra la la la la la la...*”¹⁴.

En 1887 realizó una gira por Chile Sara Bernhardt: un mito viviente o “monstruo sagrado” como suele calificarse a este tipo de personajes. Extravagante, caprichosa, genial, la notable intérprete de *Fedra* de Racine, de la Reina *de Ruy Blas*, de *La Esfinge* de Octavio Feuillet, llegó al país precedida de toda una leyenda¹⁵. Se comentaba que su ingreso a la Comedia Francesa era una retribución del duque de Morny a ciertos favores que Sara le había prodigado; que había sido la amante de Napoleón III; que recibía a los periodistas en una urna mortuoria... En Chile mismo fue objeto de comentarios malévolos y hasta debió comparecer ante un juzgado, acusada de ser la autora de un telegrama en clave anunciando el estallido de una pseudo-revolución, lo que no hizo sino reforzar el mito de la diva excéntrica. Lo mejor de la sociedad chilena se precipitó a verla. Doña Ana Luisa tuvo la ocasión de asistir en Valparaíso a una representación de *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas y, por lo que cuenta Joaquín, el choque emocional que le produjo fue de tal envergadura, que permaneció dos días en cama. “Yo estaba en el vientre de mi madre”¹⁶ – escribe – y no es absurdo preguntarse si semejante experiencia podría ser interpretada como un signo admonitorio de lo que sería el destino de la creatura en fin de gestación¹⁷.

No obstante el gusto de la señora Bello por lo francés, el cronista la califica de “muy inglesa”, “más inglesa que él”¹⁸, su cónyuge, nieto de George Edwards Brown, súbdito británico que llegó a Chile en 1807. Su bisnieto presume que arribó a estas costas haciendo contrabando¹⁹ y que desertó quizás, de acuerdo con el capitán de su barco e impulsado por el amor de una bella serenense, Isabel Osandón. Aunque no hay constancia de que haya recibido el título de médico, ejerció como tal en La Serena, alcanzando un prestigio considerable. Allí contrajo matrimonio con la citada dama, adquirió la nacionalidad chilena, enviudó, casó en segundas nupcias y fundó una familia llamada a jugar un papel importante en la evolución de este país.

Hombre acaudalado²⁰, don Joaquín padre no fue ni ostentoso ni mundano. Muy por el contrario, todos los atributos utilizados por su hijo para describirlo,

¹⁴ “De Valparaíso a Madrid”, *La Nación*, 6 de agosto de 1928.

¹⁵ Louis Sapin, La “scandaleuse” Sarah Bernhardt en: *La jeunesse de Marianne*, Denoël, Le livre de poche, París, 1966.

¹⁶ “Psicosis en el cine” (cf. 7)

¹⁷ Algo semejante sugiere el escritor cuando escribe: “A veces creo que en ese Valparaíso invernal, aburrido, propicio a las explosiones sentimentales, mi hada madrina fue Sara...”, (*Memorias*, pág. 21, Editorial Universitaria, Leo Ediciones, Santiago, 1983.)

¹⁸ “Los Edwards”, *La Nación*, 19 de enero de 1961.

¹⁹ Razón por la cual JEB lo calificó alguna vez de “corsario”, despertando la indignación de uno de sus lectores. Cf. “Literatura y Periodismo”, *La Nación*, 17 de noviembre, 1939.

²⁰ Sin haber alcanzado nunca la riqueza de la otra rama de la familia -la que fundaron Agustín Edwards O. y doña Juana Ross- no hay duda que el matrimonio Edwards Bello poseía una fortuna considerable, que el cronista se ha empeñado en minimizar.

configuran la imagen de una especie de santo liberal del siglo pasado. "Mi padre era perfecto" expresa el escritor en una de sus crónicas. En Coquimbo dirigió los trabajos de extracción de una mina junto a su hermano Jorge. Luego ambos emigraron a Valparaíso y ocuparon cargos de confianza en el Banco Edwards. "Enérgicos, valientes, justos —dice Joaquín refiriéndose a ellos— instruidos en un marco de modestia extrema, tenían profundamente inculcados ciertos principios para triunfar dentro de la más pura dignidad humana"²¹. Austero y metódico, don Joaquín educó a sus hijos dentro de los principios del trabajo, la disciplina, el ahorro y el rigor; no era raro que usara del azote. Predicaba con su propio ejemplo: "Todas las mañanas, a las siete y media como campanadas de un reloj perfecto, sentíamos los pasos de mi padre en el vestíbulo". El despertaba a sus hijos, él les cortaba el pelo "y cada vez nos daba un peso como para mostrar que no se trataba de una economía exagerada"²². Joaquín experimentaba hacia él una mezcla de admiración, respeto y miedo²³.

Siendo muy niño, el cronista fue enviado al colegio de doña Sarita Vives quien le hizo tomar conciencia de su parentesco con Andrés Bello; luego ingresó al colegio Mac-Kay, "isla destacada de la Inglaterra victoriana" (...), propicia "para conectar a los jóvenes en los negocios". Recordando el día en que fue inscrito en ese establecimiento, el protagonista de *Valparaíso* comenta: "Mi padre me ha llevado a almorzar en el Bunout, restaurante francés. La mujer del señor Bunout es prima de Sara Bernhardt"²⁴. Al alcanzar su tercer año de humanidades (1900), Joaquín pasa al Liceo de Valparaíso. El esforzado minero, el austero descendiente de aquel George, mitad corsario, mitad médico, no quiso para sus hijos una formación elitista: "Nos hizo educar democráticamente en el Liceo fiscal donde estaban mezclados mil alumnos de todas categorías"²⁵. Tampoco parece haber sido partidario de los condicionamientos religiosos y prefirió para sus varones una educación laica a una confesional. Según Joaquín, "no va a misa y el domingo se queda en cama hasta las diez"; cree en las virtudes de la continencia y de la oración, pero piensa que "los confesores y los fotógrafos son para las mujeres".

Los recuerdos que Edwards conserva del Liceo son más bien negativos: clases aburridas, profesores sádicos, métodos y contenidos inadecuados para jóvenes criollos. "El Liceo se define en la aglomeración de fealdades propias para asustar a los niños. Es el ogro de nuestra infancia. El edificio, los profesores, los programas son para erizar los cabellos. El niño sensible se encoge en su caracol"²⁶. No obstante estas expresiones, el escritor suele referirse a la educación de sus tiempos como "una escuela de honradez y de energía"²⁷ y evocar a no pocos de sus profesores (chilenos o extranjeros) con gratitud y admiración.

²¹ "Nuestros padres", *La Nación*, 20 de agosto de 1921.

²² *Ibid*

²³ "Elogio en la muerte del padre", *La Nación*, 10 de octubre de 1942.

²⁴ *Valparaíso - Fantasma*, Nascimento, Santiago, 1955, 414 págs. Cf. pág. 14 y sgts.: El Mac Kay

²⁵ "Nuestros padres" (cf. 21)

²⁶ *Valparaíso*, pág. 32.

²⁷ "El Liceo", *La Nación*, 3 de octubre de 1927.

Desde muy temprano Joaquín se sintió atraído por lectura, la escritura, los viajes, los idiomas extranjeros y otras actividades que lo substraían al aburrimiento porteño, a la austeridad familiar, a un liceo que era la antítesis de esa *école du bonheur* (escuela de la felicidad) a la que había aspirado. El folletín, el cuento, las novelas de capa y espada, los insoslayables “cuadernos pornográficos” que suelen presidir el despertar sexual de millares de púberes, constituyeron sus primeros alimentos literarios. A las narraciones de la “mama” y de la “mamita”, suceden los cuentos de Callejas con dibujos de Méndez Bringa; el muchacho se interesa tanto por la letra como por las imagen, por la leyenda como por sus ilustraciones, lo que ya hace presagiar su doble vocación de escritor y pintor. Junto a los folletines y a los periódicos ilustrados, Joaquín vibra con *El hijo de la noche*, las novelas de Verne y *El conde de Montecristo*. Durante mucho tiempo, la ciudad de Marsella permanecerá asociada en su cabeza a Edmundo Dantés y al conde de Das. No obstante, pocos libros dejaron mayor huellas en el futuro cronista que las hazañas de Rocambole de Ponson du Terrail: “Yo leía a Rocambole en la clase de geometría por debajo del escritorio, en la penumbra de la gran sala de quinto año... Después llegamos a París y en la misma estación Montparnasse me pregunté: —¿Dónde está la Baccarat?”²⁸. Rocambole lo puso en contacto con “un París de mentira”, tan ficticio como el Barrio Latino que imaginaba cuando seguía *La Bohème* en el libreto basado en la novela de Murger: “Recordaba haber leído entonces los treinta i dos tomos sobre las hazañas de Rocambole, libro fantástico que la había hecho formarse una idea errónea de la vida y sobre todo, de un París inverosímil lleno de subterráneos misteriosos y de aventureros de frac que llevaban un puñal bajo el chaleco de seda”²⁹.

Las publicaciones “pecaminosas” estaban impresas en Barcelona y, al decir del autor, no dejaron mayores rastros en su espíritu³⁰. No es seguro, sin embargo, que su curiosidad por ese tipo de literatura se haya agotado en el Liceo; instalado en París, Fernando Jimenal, protagonista de *El Monstruo* “solaza su intelecto bebiendo en la fuente envenenada de (...) librecitos libertinos luciendo cromos pornográficos: ‘Les amours du chevalier Faublas’, ‘Las memorias del abate Casanova’ (...) y otros.”³¹

Pocas semanas antes de cumplir los catorce años, Joaquín Edwards y dos de sus compañeros publicaron un “periódico literario quincenal” financiado, en gran parte, gracias a la generosidad de doña Ana Luisa. El primer número de *La Juventud* apareció el 17 de marzo de 1901 y costaba 10 centavos. Un artículo aparecido en primera página se refiere extensamente a las galerías comerciales de la capital francesa y, muy en especial, al *Bon Marché* “una de las notabilidades de París”. En la misma página, un artículo sobre la pereza contiene una cita de Hamlet en español y otra de un poeta francés, en el idioma original: “*Heureux les morts, éternels paresseux*” (*Felices los muertos, eternos perezosos*). Al considerar esta

²⁸ “Releamos Rocambole”, *La Nación*, 3 de julio, 1925.

²⁹ *El inútil*, Soc. Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1910. (El autor adopta la ortografía de A. Bello en sus primeras novelas)

³⁰ “Nuestras lecturas”, *La Nación*, 17 de noviembre de 1950.

³¹ *El monstruo*, II edición, Imprenta y Litografía La Ilustración, Santiago 1912. (cf. nota 69)

publicación con una distancia de casi un siglo, no podemos menos que sorprendernos frente a la precocidad de sus autores, la corrección de su prosa, el interés que demuestran por los temas señalados. La colaboración sobre el *Bon Marché* (pero quizás también la otra) salió muy probablemente de la pluma de Joaquín: Francia, las tiendas, la moda, etc. eran temas recurrentes en las conversaciones de la madre. En cuanto al verso en francés, no habría que interpretarlo como la expresión de conocimiento de un idioma, sino más bien como una coquetería intelectual a través de la convocación de una literatura que gozaba de mucho prestigio. El periódico alcanzó sólo tres número y sucumbió debido a una parodia ponzonosa a propósito de don Guillermo Rivera introducida, en un momento de descuido, por un alumno de los Padres Franceses a instancias de un cura conservador. Una segunda gaceta, *El Pololo*, (con un tiraje de 10.000 ejemplares!) "no pasó del fatídico año I. Núm. 1"³².

Mucho antes de viajar a Europa, Joaquín adquirió algunas nociones de inglés, francés y quizás de italiano. Las motivaciones que impulsan a los niños a interesarse por las lenguas extranjeras pueden ser de diversa índole: afectivas, lúdicas, sensoriales, culturales, etc. y anteceden a menudo a las de orden práctico. Los figurines en francés que leía la mamá, las óperas en italiano a las que la familia era aficionada, los elementos de cultura británica que estaban presentes en el hogar, la presencia de *The Graphic* a través del cual Joaquín trataba de seguir la guerra anglo-boer, el alborozo que deben haber producido en el muchacho sonidos ausentes en su lengua materna, la superioridad que brindaba el poder dominarlos, etc., son algunas de las razones que infundieron en Joaquín la curiosidad por los idiomas. A las que deben añadirse la institución escolar y el entorno social y urbano. "Confieso que me familiaricé con el inglés y con el francés en la casa y en los colegios nacionales hasta el año 1904... Mi padre lo hablaba [el inglés] correctamente, hasta cierto punto. Había vivido algún tiempo en Londres, en la oficina de Banco de A. Edwards. Le agradaba darnos lecciones orales de inglés"³³. En lo que respecta al francés, vale la pena recordar la introducción a una crónica publicada por Edwards el año 47:

"Aprender a hablar en francés es una de las inolvidables aventuras de nuestra vida. Al principio nos entra por la vista. Se trata de los letreros de las tiendas: **Coiffeur, Tailleur, Modes, Robes et Manteaux**. Al mismo tiempo los figurines de la mamá en las revistas ilustradas... Luego el teatro y Frégoli con la famosa canción: *Je suis Juliette, la plus coquette...* Tengo presente los libros de lectura del segundo y del tercer años. Me parece estar recitando en la clase del señor Boettger³⁴: *A la sortie de l'école une dizaine de petits garçons... o Le vieux chasseur Maurice avait dans sa chambre un étourneau*"³⁵.

³² "A un cuarto de siglo de mi 1ª novela", *La Nación*, 27 de octubre de 1935.

³³ "Aprender inglés", *La Nación*, 11 de junio de 1959.

³⁴ Su profesor de inglés y de francés en el Liceo de Valparaiso.

³⁵ "Hablar en francés", *La Nación*, 5 de julio de 1945.

Todo hace creer que Joaquín interiorizó muy rápidamente el sistema fonético y sintáctico del francés, lo que le permitiría no sólo comunicarse en ese idioma, sino cobrar una conciencia afinada de sus rasgos distintivos, disfrutar de los juegos de palabras, percibir el sentido y cantar ciertas canciones francesas que lo persiguieron como una obsesión a lo largo de toda su vida.

Curiosamente, su concepción de los idiomas extranjeros estaba contaminada de algunas ideas extravagantes:

“... nosotros aprendimos tres idiomas a un tiempo, de manera que ninguno arraigó con esa fuerza indispensable que deja huellas profundas, imborrables e insustituibles... Para un escritor es muy nocivo aprender así los idiomas extranjeros en la infancia. Víctor Hugo declaraba que el verdadero escritor francés no debiera hablar bien sino el francés... Eça de Queiroz aseguraba que es un símbolo de fuerza racial hablar con mala pronunciación los idiomas extranjeros”.

Ni la teoría ni la experiencia avalan semejantes puntos de vista, pero ellos resultan sugestivos en la medida en que traducen las aprehensiones del escritor respecto a su propia identidad cultural. El tema se repite en varios de sus escritos:

“Oscilaba mi niñez entre cambiantes direcciones internaciones, porque si mis juguetes eran del germano Burmeister, mis ropas eran de la Casa Simon, mis escenarios de Madrid y Roma y mis conocimientos del Colegio de Mister Mac Kay. ¡Qué guirigay! En casa de nuestros padres nos mantenían en la línea de chilénismo que el Liceo completó en la adolescencia. Pero quedarían para toda la vida esas oscilaciones de carácter que no encuentra el verdadero y profundo rumbo...”³⁶.

No es fácil caracterizar con exactitud el *status* ni las *representaciones sociales* del matrimonio Edwards Bello antes de viajar a Francia, a comienzos de 1904. Tampoco sabemos en qué contexto se conoció la pareja y cuál fue el *aporte* (es decir el capital simbólico, valórico y material) de cada cual a la asociación conyugal, lo que nos ayudaría a resolver el problema de las representaciones. Resulta, no obstante, importante recordar que el hogar estaba instalado en Valparaíso, es decir, en una ciudad de provincia bastante “aburrída”, mucho más aislada que hoy de la capital, con una presencia británica muy significativa. Como ya lo vimos, el trabajo y el ahorro constituían para don Joaquín valores importantes y su hijo confirma que no hubo disociación entre la práctica y los principios. Ni *snob* ni mundano, profundamente responsable, don Joaquín se dedicó a trabajar seriamente y a acrecentar el capital familiar, de manera de asegurar a su mujer y a sus hijos un porvenir honorable y sin sobresaltos. La diferencia de edad entre él y su esposa debe haber gravitado en esta preocupación, la que ciertamente se agudizó cuando tomó conciencia que era víctima de una enfermedad susceptible de conducirlo a la tumba en corto plazo. Ajeno al ajeteo social, el señor

³⁶ “Cómo se llega a ser alguien. De niño bien a escritor”. *La Nación*, 26 de mayo de 1930.

Edwards se relacionaba con algunos vecinos distinguidos y con unos cuantos colegas de trabajo que participaban de sus ideas y valores.

¿Qué significaba Francia o París para Edwards padre? Sin padecer de esa francomanía que aquejaba a muchos de los aristócratas capitalinos, don Joaquín debe haber compartido con la mayoría de la gente de su clase el respeto por un país que exportaba a Chile no sólo su cocina, su champagne, su moda y sus folletines; que dictaba las normas del buen gusto e invadía el país con perfumes, sedas y artículos de lujo³⁷; que nos enviaba artistas y arquitectos para decorar y trazar los planos de mansiones, palacios y teatros, sino también que era considerado por muchos como un faro de cultura, especialización y progreso. Son estos últimos aspectos los que, seguramente, tuvo en vista cuando prometió a su hijo un viaje al Barrio Latino para cuando se recibiera de abogado³⁸ o los que lo indujeron a viajar a París para ponerse entre las manos del doctor Doyen, inventor de un remedio para el cáncer³⁹. Su hijo dirá más tarde que la razón de dicho viaje no es clara (“Hay misterio”, escribe al respecto) o, más grave aún, que su “padre fue a París engañado”. ¿Engañado por quién? ¿Con qué fin? Todas las especulaciones son posibles.

¿Qué había de común entre don Joaquín y su mujer? La respuesta no es evidente. En uno de los artículos citados, el hijo manifiesta que su padre “había corrido mundo y tenía algo de artista”, y sugiere que era un hombre culto, pero que, como buen descendiente de ingleses, no hacía ostentación de su saber. No es seguro, sin embargo, que el arte, la cultura o raíces británicas comunes, hayan constituido lo fundamental en esta unión. El escritor nos dice que su padre “adoraba” a su esposa —joven, bonita y distinguida— lo que no tiene nada de sorprendente, pero no dice nada respecto a los sentimientos de doña Ana Luisa hacia don Joaquín. ¿Los habría designado con el mismo vocablo? Estimación, respeto, admiración, ciertamente; pero la adoración comporta un elemento pasional que no podríamos adjudicar a priori a la madre del cronista. Se suele olvidar que, en otros tiempos, particularmente en las clases altas, el amor-pasión (ese eros al que nos referimos en un comienzo), no era el móvil prioritario de las uniones conyugales. En este caso, marido y mujer constituían una pareja cuya conducta se ajustaba a principios tradicionales. Así lo atestiguan el número de hijos (ocho, de los cuales uno desaparecido prematuramente), la distribución de los roles (don Joaquín se dedicaba fundamentalmente al trabajo, generador de riquezas; la señora Edwards a la dirección de la casa, al piano, las devociones, las obras pías y a otras actividades propias de las mujeres jóvenes de su clase); el ejercicio de la autoridad (don Joaquín representa la encarnación misma del Padre lacaniano: el que instituye la Ley y la Norma; doña Ana Luisa, mucho más joven que su esposo, más cercana a sus hijos, dispensa un afecto y una ternura que no se oculta bajo aires severos). Sometida a la rutina provinciana, confrontada a un esposo ejemplar, alejada del ambiente social que debió haber conocido antes de

³⁷ Cf. Jean-Pierre Blancpain, op. cit., cap. III, “Las oligarquías y la *vie parisienne*”, pág. 163 y sgts.

³⁸ Cf. “Cómo me hice escritor” en: *Memorias*, pág. 88 (cf. 17).

³⁹ “Mi padre en el cine”, *La Nación*, 27 de diciembre de 1953.

su matrimonio, imbuida de principios morales y religiosos estrictos, atenta al cumplimiento de ciertas funciones a la que una larga tradición la obliga, parece difícil que esta hija de poeta, esta mujer sensible y romántica se haya sentido totalmente realizada entre los muros de una casa cuyas ventanas daban al mar, al movimiento de los barcos, al infinito, a la evasión. ¿Cómo explicar, si no, ese aire melancólico que se percibe en sus retratos, el efecto psicológico que le produjo Sara Bernhardt en su rol de Margarita Gauthier; esa afición por una literatura que le permitía soñar y en la que predominan el amor, el heroísmo y el misterio; o la sutil alusión a las Noras de Ibsen y a Madame Bovary que, en una crónica citada⁴⁰, hace su hijo hablando de su madre? En el mismo artículo Joaquín cuenta: "Cuando vinimos a Santiago, en septiembre de 1902, vi a mi madre llorando después de haber ido a las carreras. Se sintió mal vestida. Las santiaguinas encargaban sus lujos a Europa".

La decisión de viajar a París produjo entre los hijos una alegría generalizada. ¿Cuáles eran los sentimientos de doña Ana Luisa en ese momento? ¿Cuáles sus expectativas? Por todo lo expresado, es lícito suponer que si, por un lado le inquietaba el estado de salud de su esposo, el temor de perderlo definitivamente y de tener que asumir sola la conducción de la familia, por otra experimentaba un secreto placer ante la perspectiva de conocer la *Ciudad Luz* en uno de los mejores momentos de su historia: la *Belle Epoque*. Había oído hablar tanto de esa metrópolis, de sus monumentos, de su refinamiento, de las grandes tiendas, de sus teatros y restaurantes, de los bosques y avenidas por las que transitaban carruajes suntuosos poblados por mujeres elegantes y caballeros distinguidos! Dentro de poco tiempo se encontraría en pleno centro de esa urbe magnífica, podría adquirir las telas, tenidas y sombreros que despertaban su admiración cuando hojeaba los figurines, recibiría la unción social con la que quedaba consagrado todo aquel que emprendía un peregrinaje a París. Don Joaquín tenía razón cuando "al vernos felices con la partida, murmuró tristemente: - Para ustedes empieza otro camino. Para mí es el último"⁴¹. ¿Cuál era ese otro camino? El de la realización individual; el que recorrerían en esa tierra soñada y prometida a Joaquín desde que era niño.

Joaquín lindaba los diecisiete cuando, a comienzos de 1904, partió a Europa "con (su) padre, (su) madre y seis hermanos... por la cordillera... con precipicios a ambos lados, en escenarios dantescos..."⁴². No era un niño, como él lo asegura en algunas ocasiones; era un adolescente y un adolescente precoz, dueño de un universo secreto, interiormente rebelde, emocionalmente inestable, consciente de su superioridad intelectual, que ardía de deseos por conocer París. "El religioso terror de nuestras abuelas me hizo desear a dicha ciudad con ardor hasta que la conocí..."⁴³. París era un tabú a la vez que una tentación, como la manzana del Paraíso. Y era ciertamente ese gusto prohibido el que avivaba

⁴⁰ "Psicosis en el cine" (cf. 7).

⁴¹ "La casa pompeyana" (cf. 8).

⁴² "Llegando de Europa", *La Nación*, 14 de noviembre de 1957.

⁴³ El caso de Naná, *La Nación*, 4 de mayo de 1957.

la imaginación, la curiosidad y el deseo del escritor en ciernes. Sí, "París sonaba como pecado"⁴⁴; y es seguro que, en vísperas de la partida, esa suave melodía debía mecer a la vez que perturbar los sueños de este Rastignac porteño, ávido no sólo de conocer, sino de conquistar París. A esa edad, no se tiene sentido de los límites... Es cierto que, oficialmente, el viaje obedecía a otras razones, pero es probable que, después de la operación a que fue sometido en 1903 por el doctor Hahn, ya nadie abrigara demasiadas ilusiones sobre el destino de don Joaquín.

2. EL PRIMER PARÍS

La familia Edwards Bello llegó a París en el invierno de 1904 (mes de febrero) y eligió como primera residencia el Hotel du Louvre (primer distrito) a unos cuantos pasos del célebre museo, de la avenida de la Opera, del Palacio Real, de la Comedia Francesa y de los muelles del Sena. Joaquín no tenía necesidad de caminar demasiado para llegar a la Plaza de la Concordia, a la calle de la Paix o a los Grandes Bulevares y, con muy poco esfuerzo, podía acceder a pie al París de los orígenes, el de Notre Dame, el del Palacio de Justicia y el de las dos islas (de la Ciudad y San Luis) que, hace más de dos mil años, albergaron a una corporación de navegantes fluviales. ¿Cuáles fueron las primeras impresiones del joven porteño al descubrir la *Ciudad Luminaria*? En una crónica escrita 45 años más tarde evocará el retraso material del París de entonces: falta de baños en las casas del casco viejo, escasez de ascensores, iluminación insuficiente no sólo en los sectores periféricos (donde el gas y electricidad recién llegaron en 1926) sino asimismo en pleno centro de la ciudad. No, su "belleza o magia no depende de los adelantos materiales, sino de otra clase de *confort*"⁴⁵. Junto a este retraso relativo, numerosos otros aspectos diferencian al París de 1904 del actual: el sistema de transportes (carrozas, coches y fiacres), el color de los monumentos y edificios públicos (más grises en ese entonces), el tráfico humano en calles y bulevares (más notorio a comienzos de siglo), el sistema de anuncios e informaciones que antes se efectuaba de viva voz, del exterior hacia el interior (pregoneros, vendedores ambulantes, vendedores de canciones, etc.) y, sobre todo, ese aire popular y populoso que caracterizaba a la ciudad antes que comenzara la explosión de la periferia y la especulación inmobiliaria.

La literatura de Edwards Bello no abunda en referencias respecto a la situación social y política de Francia durante la primera estadía del escritor en Europa; lo que no significa que le haya sido indiferente, sino más bien que fueron otros los estímulos que, dados su edad e intereses del momento, impresionaron su memoria. Parece, no obstante, difícil adentrarse en el conocimiento del personaje y de su obra sin evocar, aunque sea muy someramente, el contexto ideológico y social que caracterizó su "primer París".

⁴⁴ "Llegando de Europa" (cf. 42)

⁴⁵ "Recuerdos del alumbrado", *La Nación*, 24 de julio, 1949.

Cuando la familia llegó a la capital, el interés por el asunto Dreyfus comenzaba a disminuir. Como se recordará, durante diez años Francia estuvo dividida entre dreyfusistas (que creían en la inocencia del capitán judío) y anti-dreyfusistas que lo acusaban de espionaje a favor de Alemania. Las pruebas eran débiles, pero el *Affaire* actuó como un catalizador a partir del cual se constituyeron dos bandos irreconciliables: uno que aglutinaba a una derecha nacionalista, militarista, clerical y antisemita; y otro, a elementos de una izquierda laica y republicana dominada por radicales y socialistas. Un mes después del arribo de los chilenos, la Corte de Casación aceptó la solicitud de revisar el proceso; dos años después (doce años después de su humillante degradación) el militar fue reintegrado al ejército y condecorado con la legión de honor.

Para preservar al país de la agitación nacionalista, se constituye un ministerio de "defensa republicana" que reprime severamente a los dirigentes anti-dreyfusistas, opera una "limpieza" en el ejército y no disimula su hostilidad hacia la Iglesia. Uno de los personajes más representativos de la *República anti-clerical* fue Emile Combes. Senador radical, médico, masón, ex seminarista, primer ministro desde 1902 hasta comienzos de 1905, Combes sueña con aniquilar el catolicismo. Nuevamente el país se agita. El 27 de noviembre de 1904 se efectúa delante de la estatua de Juana de Arco, en la plaza de las Pirámides, una manifestación de desagravio a A. Thalamas, profesor del liceo Condorcet a quien se acusa de haber proferido expresiones injuriosas contra la legendaria heroína. Según sus detractores, el profesor habría dicho textualmente: "Esta muchacha, que fue la amante de todos los capitanes de su ejército, jamás ganó una batalla. Hicieron bien en condenarla". Por toda sanción, se le traslada a otro liceo parisino. Jean Jaurès y Paul Déroulède toman partido, el primero a favor, el segundo contra el docente y se baten a duelo en Hendaya.

El 30 de marzo, Combes hace retirar los crucifijos de los tribunales. El 7 de junio del mismo año, la Asamblea Nacional vota una ley prohibiendo el ejercicio de la docencia a las congregaciones religiosas; 2400 escuelas desaparecen en el acto. A fines de julio, Francia rompe relaciones con el Vaticano. Tres meses después comienza el *escándalo de las fichas* que saca a la luz la existencia, en el Ministerio de Guerra, de un fichero con las opiniones políticas y las prácticas religiosas de todos los oficiales del ejército, de manera a bloquear el ascenso de cualquier elemento anti-republicano.

Maurice Rouvier, sucesor de Combes, denuncia el Concordato de 1801 y hace votar la separación de la Iglesia y del Estado; la Asamblea Nacional se pronuncia con 341 votos a favor y 233 en contra. Los edificios de culto son declarados propiedades de la comuna; determinadas expresiones religiosas exteriores (procesiones, campanadas, etc.) deberán ser normadas por los municipios; se decide inventariar los bienes de la Iglesia y los objetos de culto. Esta última disposición es objeto de feroces resistencias y termina por no aplicarse. Como lo reconoce P. Gaxotte, "la laicización total de la escuela pública provocó necesariamente una descristianización profunda de las masas populares". Mal vista en su país, la Iglesia francesa debe escrutar nuevos horizontes. El imperio colonial, inmenso dominio pagano, le ofrece una oportunidad excepcional.

No hay que olvidar que la Francia republicana, laica y anticlerical es también la Francia de ultramar, de las colonias y de los protectorados; la Francia presente en Indochina, en África Occidental y en el Magreb; la Francia de Jules Ferry quien, en 1885, afirmaba solemnemente que “las razas superiores tienen el deber de civilizar a las razas inferiores”; la Francia que firma con Inglaterra el *Tratado de Asistencia Mutua*⁴⁶ destinado a hacer frente al poderío germano y a repartirse las zonas de influencia en el mundo.

Si los fines altruistas proclamados por Ferry pueden ser objeto de discusión, lo que resulta evidente es el deseo no disimulado de poner las colonias al servicio de los intereses económicos de la metrópolis y, muy en particular, de la alta burguesía. Situada en la cima de la pirámide social, ésta termina por desplazar a la aristocracia tradicional cuya influencia se ve cada vez más reducida (a ciertas regiones y a determinadas carreras: diplomática, militar, eclesiástica). La nueva clase triunfante está compuesta por un conjunto de *notables* (banqueros, industriales, comerciantes, magistrados, altos funcionarios, etc.) que imita las maneras de la nobleza destronada, se distribuye el poder y la fortuna, practica la endogamia socio-cultural. Hermética y chovinista, favorece la inmovilidad social y considera al extranjero (sobre todo a aquellos que provienen de *países exóticos*) con una mezcla de desconfianza, desprecio e ironía.

Los *sectores medios urbanos* constituyen un universo heterogéneo conformado por funcionarios (pequeños y medianos), comerciantes, artesanos, empleados, etc., diferenciados por su actividad, pero unidos en su respeto y sumisión a las normas y valores burgueses. La misma falta de homogeneidad se observa al interior de las capas proletarias en las que, junto a una “aristocracia obrera” competente y politizada, encontramos una mano de obra de origen rural poco calificada, no sindicalizada, embrutecida por el trabajo (no son raras las jornadas de 12 o 13 horas diarias) e insuficientemente integrada al cuerpo social. Es el mundo de Zola donde impera el alcoholismo, la tuberculosis, el hambre y la mortalidad infantil.

Una serie de movimientos migratorios sumados a otros fenómenos sociales alteran los equilibrios tradicionales. Entre 1846 y 1911 la población campesina francesa pasa de 75,6% a 56%; correlativamente, la densidad de ciudades como París aumenta de manera considerable. La disminución de la natalidad y la prolongación de la esperanza de vida obligan a recurrir a la mano de obra extranjera y contribuyen igualmente a la hipertrofia de ciertos conglomerados urbanos como al desarrollo de determinados espacios periféricos habitados por los sectores menos favorecidos. Rápidamente las ciudades se transforman. En 1900 —cuatro años apenas antes de la llegada de los *Edwards Bello*— París celebra la grandiosa Exposición Universal; el mismo año inaugura la primera línea de metro que une la ciudad de este a oeste, el majestuoso puente Alejandro III y, al costado del mismo, el Palacio de Bellas Artes (*Grand Palais* y *Petit Palais*). Junto con la red metropolitana, se desarrolla rápidamente una red telefónica. Carrozas, coches, ómnibus con caballos o imperiales deben habituarse a la presencia de los tranvías eléctricos. Los grandes ejes trazados por el barón Haussmann a fines

⁴⁶ Tratado conocido con el nombre de *Entente Cordiale* y concluido el 8 de abril de 1904.

del Segundo Imperio facilitan la circulación y confieren a la ciudad un aspecto moderno y aireado. Abundan los restaurantes, los cafés y los teatros; se desarrollan las grandes tiendas a imitación del Bon Marché y la calle de la Paix fascina a las amantes de joyas, sombreros, perfumes y tenidas de lujo. Lógicamente, París no se reduce a eso. Hay barrios desgarrados, oscuros, sucios e incómodos; sectores que albergan a obreros e inmigrantes; sitios más o menos tenebrosos frecuentados por prostitutas y apaches. Pero ellos son invisibles para las cabezas coronadas o para las burguesías europeas o latinoamericanas que visitan la ciudad. A menos que, cogidos por el tedio, experimenten la necesidad de "encanallarse", es decir de brindarse ese lujo suplementario que consiste en aspirar el olor exótico de la plebe, de mezclarse a ella por un momento, de experimentar la emoción que procura el espectáculo teatral de sus excesos.

Asociando el año de su llegada a Francia con algunas de sus lecturas, Joaquín Edwards escribe:

"Primera novela leída por mí en francés y la más profunda impresión literaria de la adolescencia, fue *Cruelle énigme*, de Paul Bourget. Toda mi vida he recordado y repetido *in mente* el comienzo de dicha novela, como podría recordar un aire musical grato para el organismo. Empieza así: *Notre victoria filait presto et leste par l'avenue qui mène au lac*" (Nuestra victoria se desplazaba rápida y ágil a través de la avenida que conduce al lago).

Fue probablemente un hecho meramente coyuntural el que llevó al joven a interesarse por esa obra. En efecto, en febrero de 1904, la librería A. Fayard inauguró una colección de novelas ilustradas con un tiraje que ascendía a 80.000 ejemplares (importantísimo para la época) y el primero de cuyos títulos fue *Cruel énigme*. "El mismo año, prosigue Joaquín, tuvo lugar el descubrimiento de Maupassant, y después, de *Nana* por Emile Zola"⁴⁷. No es fácil evaluar la influencia de Bourget⁴⁸ en la obra posterior de Edwards, pero no cabe duda que escritores como Maupassant (desaparecido en 1893) y Zola (muerto en 1902) constituyeron para él no sólo modelos literarios, sino también guías insustituibles a través de vastos sectores de la sociedad francesa. En la misma crónica, el autor nos recuerda que, en 1904, Proust escribía en *Le Figaro*⁴⁹, agregando que "no se adivinaba en esa prosa el genio de más tarde" y que sólo en 1935 leyó sus libros. Por la calificación que hace del autor de *En busca del tiempo perdido* ("una

⁴⁷ "Nuestras lecturas" (cf. 30).

⁴⁸ Muy apreciado en su época, está actualmente casi olvidado. Novelista, ensayista, poeta, Paul Bourget (1852-1935) fue un escritor conocido por su espíritu burgués y sus orientaciones nacionalistas y católicas. Practicó la novela de tesis e intentó aplicar la psicología al estudio de algunos escritores contemporáneos. Entre sus obras más conocidas figuran los *Ensayos de psicología contemporánea*, *Un crimen de amor*, *El demonio del mediodía* y *El discípulo*, libro en el que denuncia la "influencia nefasta" del pensamiento científico y ateo.

⁴⁹ De esa época data su célebre artículo "La muerte de las catedrales" (aparecido en *Le Figaro* del 16 de agosto de 1904) en el que asume la defensa de las iglesias amenazadas.

meningitis organizada en novelas⁷⁾ no es seguro que haya sido sensible a su estilo, a la fineza de sus retratos o, lo que es más sorprendente, a sus magníficas descripciones de una parte de la nobleza y de la alta burguesía de su tiempo.

Otros escritores franceses —algunos más o menos olvidados, otros presentes en las actuales antologías— inician una brillante carrera o están en el pináculo de la fama a comienzos del siglo XX. Escritores de diversa índole e ideología que Edwards leerá, apreciará y citará a lo largo de su obra de cronista y novelista. Recordemos, a modo de ejemplo, a Maurice Barrès, escritor y político anti-dreyfusista, autor de obras en las que se combina lirismo y nacionalismo (*Los desarraigados*, *El llamado del soldado*, *La colina inspirada*, etc.); a León Daudet (hijo de Alfonso) quien en 1908 funda, junto a Charles Maurras, el célebre periódico de extrema derecha *La Acción Francesa* y por el cual Edwards Bello siente una gran admiración; a Anatole France, maestro de la lengua francesa, novelista incisivo, autor de cuentos como *Crainqueville* (1903) notables por su simplicidad y su ternura, y de sátiras sociales como *La Isla de los pingüinos* (1907); al crítico y novelista Willy, recordado principalmente por haber descubierto a Colette, con quien contrajo un frágil matrimonio; a André Gide, autor de *Los alimentos terrestres* (1897) y del *Inmoralista* (1902), mezcla de moralista y libertino cuya lectura debe haber producido en Edwards sentimientos encontrados de admiración y hostilidad.

El año de la llegada de la familia Edwards Bello a París fue particularmente fecundo desde el punto de vista periodístico, artístico y literario; el 6 de febrero abre sus puertas *La Alhambra*, el más grande de los music-hall de París; el 16 de abril, Rodin expone en el Gran Palacio; dos días después Jean Jaurès lanza el primer número del diario *L'Humanité*; el 9 de mayo, el pintor impresionista Claude Monet (el mismo que inspiró el nombre del movimiento pictórico con su cuadro *Impresión, el sol se levanta*) expone en la galería Durand Ruel los cuadros que ejecutó en Londres; el 2 de junio Henri Matisse exhibe sus telas en la galería Vollard; el 15 de julio, Maurice Leblanc conmociona a los lectores de novelas de aventura lanzando su libro *El arresto de Arsenio Lupin*. Edmond Rostand, el creador del *Aguilucho* y de *Cyrano*, triunfa en los teatros de la capital y el público popular vibra con los folletines de Michel Zevaco. Aparecen las primeras salas de cine y se multiplican los afiches publicitarios. El 15 de octubre, se inaugura el Salón de Otoño donde exponen pintores que alcanzarán la gloria tales como Derain, Marquet, Matisse, Rouault... Escandalizado ante tanta innovación, un crítico califica al conjunto de "jaula de fieras" (*cage aux fauves*), originando, sin quererlo, el nombre de "fauvismo". El ciclo anual se cierra con tres acontecimientos: Aristide Bruand, el autor-compositor inmortalizado por Toulouse Lautrec en un célebre afiche, lanza una canción que rápidamente se incorpora al repertorio textual francés de todos los tiempos: *A la Bastille*. El mismo mes de diciembre Romain Rolland comienza la publicación de una novela que conoce un éxito rotundo no sólo en Francia sino en toda Europa y en América Latina: *Juan Cristóbal*. El 10 de diciembre el jurado del Nobel otorga el premio de literatura a Federico Mistral (lo comparte con el español José Echegaray), gran defensor de la lengua y las tradiciones provenzales.

¿Qué impacto tuvieron en el joven Joaquín todos estos eventos? ¿Se daba siquiera cuenta de que París vivía un momento privilegiado desde el punto de vista cultural? ¿Visitó algunas de las salas en que exponían los grandes artistas? Lo único que podemos asegurar es que todos los nombres citados figurarán posteriormente en sus crónicas, que todos ellos ocuparon un lugar en su Archivo, que muy rápidamente comenzó a adquirir una *competencia cultural*⁵⁰ francesa, ingrediente indispensable para comprender el medio en que le tocaba ahora vivir y para desenvolverse en él. Desde los primeros días tuvo que enfrentar la barrera del idioma, que aprendió muy rápidamente no ya en forma cautiva ni por razones escolares sino, como lo reconoce él mismo, por curiosidad y por necesidad: "El año 1904 yo ardía en curiosidad por saber las noticias de la guerra ruso-japonesa. Por lo mismo, leía los diarios franceses con deseo de entender el fondo de las noticias. No podré olvidar las primeras lecciones orales prácticas, del francés, en el Hôtel du Louvre y en las calles. Esto fue el francés vivo, con alegría y libertad"⁵¹. Lejos quedaba el señor Boettger del Liceo de la Barra; sus nuevos maestros eran las camareras o los recepcionistas del hotel, los mozos de los restaurantes que frecuentaba, los transeúntes a los que detenía en la calle para solicitar alguna información. En cuanto al francés escrito, uno puede imaginar los esfuerzos desplegados por el muchacho para descifrar los diarios de la época, con sus rúbricas nacionales y extranjeras y las noticias dando cuenta de toda clase de hechos sensacionales: "Mi lectura favorita fue el mundo, el *fait divers*"⁵² en la vida y en los diarios. Nunca dejé de leer diarios y revistas", escribe en 1950⁵³.

Don Joaquín no encontró en París el alivio que había venido a buscar. Muy rápidamente comprendió que ni el doctor Doyen ni el doctor Aulnay ni toda la ciencia europea podrían hacer algo por él. No sabemos cuánto tiempo permanecieron en el Hotel del Louvre. Seguramente algunas semanas; el tiempo suficiente para contactarse con algunos compatriotas en el Consulado o en uno de los bancos que frecuentaba la colonia chilena. Para descargar el trabajo de doña Ana Luisa y dotar a las tres hermanas de una educación acorde con el nuevo medio en que se movían, los Edwards contrataron a una institutriz, Beatriz Wicks, dama muy formal que vivía en el barrio de Clichy⁵⁴. El hotel estaba cerca del jardín de las Tullerías y muy pronto Joaquín comenzó a encariñarse con el sector, con sus callejuelas y plazoletas, particularmente hermosas durante la primavera. Muy cerca del hotel en el que se alojaban los Edwards, se encontraban el Regina y el Continental. En este último vivía la ex emperatriz Eugenia (Eugenia de Montijo) que tenía a la sazón 76 años y conservaba aún restos de su belleza goyana. Lo mismo que los chilenos, su majestad solía ir a pasear al célebre jardín tomada del brazo de su

⁵⁰ Término propio a la etnografía de la comunicación que puede definirse como el dominio de un grupo de referencias, conductas, valores, códigos, visiones del mundo propios de un conjunto cultural determinado.

⁵¹ "Aprender inglés" (cf. 33).

⁵² Crónicas de hechos insólitos y sensacionales

⁵³ "Nuestras lecturas" (cf. 30).

⁵⁴ "Objetos olvidados", *La Nación*, 20 de julio de 1961.

dama de compañía. Un día escuchó hablar español cerca de ella a las hermanitas Edwards Bello; las llamó y les preguntó si eran andaluzas. "Somos chilenas", respondieron las niñas y la dama no estimó necesario prolongar la conversación. Luego Beatriz les contó con quién habían tenido el privilegio de cruzar esas palabras⁵⁵.

Al cabo de poco tiempo la familia sintió la necesidad de disponer de más libertad, de más espacio y, seguramente, de reducir el ítem de alojamiento, que debió ser elevadísimo si se considera la calidad del hotel y el número de personas que integraban el grupo familiar. La primera casa que habitaron en París se encontraba situada en la avenida d'Antin N° 61 (a poca distancia de la residencia inicial) que une la rotonda de la avenida de los Campos Elíseos con la iglesia de San Philippe de Roule (8° distrito)⁵⁶. Muchas veces Joaquín se quejará de esa manía que tenemos los chilenos de desbautizar las calles de nuestras ciudades. El fenómeno no es particular a nosotros; la avenida d'Antin donde él vivió (por no proporcionar sino un ejemplo) no figura en ninguno de los repertorios actuales de calles parisinas ya que su nombre ha cambiado dos veces desde entonces.

En un hotelito cercano vivía un argentino (sobrino de un gobernador de Santa Fe) que se llamaba Francisco Iturraspe. Totalmente impermeable al nuevo medio en que lo habían trasplantado, el muchacho ocupaba un dormitorio que "parecía rancho pampero" y vivía añorando los asados y el aire de su tierra. Nada que ver con esos chilenos desarraigados que constituyeron el blanco de la ironía de Edwards. Iturraspe, Arturo Wilson del Solar (hijo del héroe de Iquique y ex compañero de liceo en Valparaíso), un portugués, hijo de banquero, de apellido Zenteno (que se caracteriza por el uso permanente de un monóculo y un *huit reflèts*⁵⁷ y que aventaja a los demás por su conocimiento de la capital), Joaquín y su hermano Emilio terminaron por formar un grupo inseparable.

Seguramente por consejo de algunos amigos de la familia, el joven Edwards fue matriculado, a mediados del año escolar, en una escuela anglo-francesa que ostentaba el sugestivo nombre de *Ecole de l'entente* y que tenía como lema la consigna *Laboremus*. Estaba situada en la calle de Saigón (16° distrito), bastante lejos de su casa y era dirigida por un señor de apellido Villotte casado con una chilena del Salto. Debe haberse tratado de uno de esos establecimientos familiares destinados a adolescentes extranjeros que, por diversas razones (edad, nivel, insuficiente conocimiento del idioma, problemas de adaptación, época del año en que ingresan al país, etc.) no pueden incorporarse al sistema regular. Joaquín permaneció en él apenas cuatro meses y se refiere a él en términos peyorativos, ya que lo califica de *una especie de escuela*. Lo que mejor recuerda de ella es el uniforme (vestón estilo Eton, negro, corto, con botones dorados). Cuenta que, al verlo pasar por la calle con su tenida escolar, las chiquillas comentaban irónicamente: *Il a devancé la demi-carême* (se adelantó al carnaval)⁵⁸.

⁵⁵ "La Emperatriz Eugenia", *La Nación*, 8 de mayo de 1952.

⁵⁶ "Canciones parisienses", *La Nación*, 16 de julio de 1946.

⁵⁷ Sombrero negro de copa muy brillante que proyecta ocho reflejos diferentes.

⁵⁸ "Nos acecha el ridículo", *La Nación*, 19 de noviembre de 1959.

El año de estudios termina en Francia a fines de junio, de manera que es posible que, a partir de esa fecha y hasta la primavera del año siguiente, Joaquín haya quedado eximido de toda responsabilidad escolar. ¿Qué hace durante esos meses? Muy probablemente se dedica a explorar París, a recorrer sus calles, a tratar de descubrir ese fondo pecaminoso que aterrorizaba a sus abuelas, a imitar a ciertos adultos de su clase que venían a París en busca de emociones inéditas. "Los niños desean dejar de ser niños, escribirá más tarde. Son víctimas del horror de las prohibiciones"⁵⁹.

3. PARÍS Y SUS SORTILEGIOS

Con toda seguridad era eso a lo que más aspiraba en ese tiempo: dejar de ser un niño, conquistar la autonomía, romper la dependencia familiar, llegar a ser un hombre física y psicológicamente, competir con Luis Bustos, ese calavera porteño con el que se cruzó en el *Folies* y que dilapidó su fortuna entre juergas y mujeres. "El primer teatro que conocí en París el año 1904 fue el Folies Bergère. En la revista ponían un número español. Estaba de moda España por su *petit roy* (Alfonso XIII), la bella Otero... El actor Fragon cantaba con aire de Carmen los versos de Musset... La pieza no era escabrosa, pero la sala del teatro sí. Esos teatros, llamados *café concerts*, cuentan con un paseo, *promenoir*, más grande que todo el resto. En ese espacio pasean mujeres... con permiso especial para ejercer la prostitución o buscar amigos de paso... Había no pocos de estos teatros-prostíbulos con renombre internacional: Olympia, Marigny, Moulin Rouge, Casino de París..."⁶⁰. Conocer ese music hall era para el adolescente más importante que conocer la Opera o la Comedia Francesa. Aquello le daba lustre, patente de parisino experimentado. ¡Cuántas cosas podría contar a su regreso a Chile, a ese país que, desde lejos, se percibía como una especie de aldea atrasada, pacata, con resabios coloniales! Progresivamente París comenzaba a surtir en el muchacho el efecto de una droga que lo hace reaccionar al menor estímulo, sentirse libre, fuerte, volar con la imaginación. La presencia del derrumbe físico al que se enfrenta cotidianamente en su hogar no hace sino aumentar su deseo de vivir, intensamente y a través de todos sus sentidos.

El portugués Zenteno lo conduce a otro teatro de variedades, el *Petit Casino*, situado en los Grandes Bulevares. Fue allí donde escuchó por primera vez la famosa creación de Mayol *Viens poupoule* a la que aludirá repetidas veces. Joaquín comprende muy pronto que apropiarse de las canciones de un país permite no sólo comprender mejor a su pueblo, sus inquietudes, su humor, sus representaciones, sus estereotipos, su "genio", sino, además, confundirse y crear complicidades con quienes las conocen. Más tarde esas canciones le servirán de hitos que le permitirán identificar los grandes momentos de su cronología parisina:

⁵⁹ "Folies Bergère en la calle Huérfanos", *La Nación*, 16 de octubre de 1954. Ver también "La casa del crimen", *La Nación*, 1º de mayo de 1955.

⁶⁰ "Folies Bergère en la calle Huérfanos" (cf. 59).

“Ahora dividimos el tiempo de París en canciones. Llegué con **Viens Poupoule**; me despedí con la **Valse Bleue**; lo volví a encontrar con **La Tonkinoise** y me separé con **La Madelon**. El contacto con las canciones de París fue más importante y decisivo de lo que parece para nosotros, y ahora, evocando esos rumores que ni los viejos gramófonos conservan, nuestro sentimiento es de gratitud para el pueblo que puso en el libro del alma esas páginas amables y calmantes, sin complicaciones”⁶¹.

Edwards escribe estas líneas mirando a su pasado, en un momento en que dichas canciones constituyen un bálsamo que apacigua su melancolía del momento. Pero estamos recién en 1904 y para el muchacho chileno las creaciones a que alude son algo así como un puente que le permite el acceso a la cultura popular francesa a la vez que un euforizante que lo hace sentirse en armonía con el país que lo acoge. Con el tiempo, la gran mayoría de esas producciones han ido a enriquecer los cementerios de la poesía popular y no hay duda que un Mayol, con su smoking, su muguete en el ojal y sus mejillas infladas o un Dranem con su traje de payaso y su voz de falsete o Fragson con su espantoso acento inglés, no harían reír a nadie. Ni su presentación, ni sus interpretaciones ni sus canciones mismas, muchas de las cuales recibieron oficialmente el nombre de “idiotas”. Pero era una época frívola y las canciones no hacían sino reflejarla; como reflejaron los sueños de esas costureritas a las que alude Joaquín o, hacia fines del siglo XIX, la adhesión de los franceses a su ejército y el espíritu boulangista encarnados por Paulus. Edwards que no vivió esos años en París, pero que conoció bien la historia de la Tercera República desde sus inicios, escribirá algunos años más tarde:

“Francia es siempre una canción; nunca falta un aire musical para co-rear los amores de la griseta, de *l'éternel péché*, del escándalo y de la política. El cantor Paulus, célebre en los *café-concerts*, tuvo la suerte de cantar el boulangisme; gracias a su arte, el movimiento político vibró en el aire de calles y plazas. La canzoneta que París aprendió de memoria se llama **En rev'nant de la revue**”⁶².

Observemos de paso los calcos lingüísticos, los sintagmas franceses, las alusiones históricas que el autor introduce en sus crónicas, como si no existiera frontera entre los dos idiomas o si el autor se dirigiera a destinatarios bilingües; a pesar de lo cual no aparece ni artificial ni afrancesado. Es por eso que lo creemos sincero cuando escribe: “las expresiones francesas que se deslizan en mis relatos son tan naturales como las semillas y hojas que se adhieren a las personas que pasaron por

⁶¹ “Canciones parisienses” (cf. 56).

⁶² “Fin de la Tercera República (I)”, *La Nación*, 5 de septiembre de 1940. Algunas aclaraciones: a) griseta: obrerita de la moda caracterizada por sus costumbres livianas; b) *l'éternel péché*: el eterno pecado; c) el boulangismo: movimiento en torno al general Boulanger. Ministro de guerra en 1866, republicano a la vez que nacionalista. Conoció una gran gran popularidad, pero no aceptó la invitación a tomarse el poder ilegalmente. Se suicidó ante la tumba de su amante; d) *En revenant de la revue*: Al volver de la revista.

un vergel". Sin que se lo hubiera propuesto, Francia se convierte paulatinamente para él en una segunda naturaleza.

Unos cuantos nombres, en parte olvidados, encarnan para el escritor ya adulto el París de 1904: "Era la época de Sem, de los hermanos Isola, de Willy, de Polaire, de la Otero, del príncipe polaco Potock"...⁶³. Ya mencionamos a Sem, el inspirado dibujante del "Tout Paris" y de los lugares a la moda: Longchamp, Deauville, Montecarlo; como a Willy, el esposo de Colette quien, cansada de escribir libros que firmaba su marido, deja la escritura por el Moulin Rouge y las giras en provincia. ¿Los hermanos Isola? Emilio y Vicente, dos ilusionistas que administran en París su propio teatro de magia y prestidigitación. ¿Polaire? Una linda mujer que vive en parte de sus actuaciones y en parte de sus encantos, lo mismo que la Otero, Carolina de Puentovalga, apodada la Bella, que se dedica al canto y al baile españoles y trastorna a algunos caballeros de la época dispuestos a arruinarse por ella. Tal como lo recuerda Joaquín, España estaba a la moda por ese entonces; una España de abanicos y castañuelas en un París teatral o más bien de opereta. Fue en ese contexto que el joven Zenteno, el mayor de la cofradía, el más osado, frívolo y posero, concibió el plan de invitar a cenar a la hermosa gallega. Al parecer, el grupo no padecía de complejos y la idea fue acogida por unanimidad. Gracias a su famoso uniforme, el rol de emisario fue confiado a Joaquín. Corría el mes de mayo y ni siquiera habían pasado tres meses de la llegada de los Edwards. Aparentemente la adaptación fue rápida. La Otero se presentaba en un pequeño teatro de la calle de Mathurins. Compraron un bouquet en el mercado de flores de la iglesia de la Magdalena, redactaron una tarjeta y Joaquín, seguido a cierta distancia del resto de la banda, se presentó en el camarín de la diva con las flores y la invitación. El hecho quedará grabado para toda la vida en la memoria de Edwards aunque no todas las versiones que brinda de él son del mismo tenor. Así, por ejemplo, en *Nos acecha el ridículo*⁶⁴ cuenta que la vedette no leyó la tarjeta, en tanto que en *Cuatro planchas en mi vida*⁶⁵ afirma que la leyó y se enfadó ante la osadía de esos "idiotas" que le cursaban una invitación sin conocerla. La segunda versión es más pintoresca, pues presenta a una Otero "entre espejos y una olla con chorizos y huevos, entre ráfagas de perfumes y de aceite". Pero en las dos Joaquín juega el papel de mensajero gratificado con una propina de un franco. Se retiró "colorado como pimentón", humillado, habiendo comprendido quizás que, en París, a los señoritos sudamericanos no les estaba permitido todo. Herida de amor propio; quizás la primera experiencia de des-ubicación en el nuevo país.

No fue ciertamente la única. Como todo extranjero, conoció momentos de soledad, de extrañeza, de *saudade*. Valparaíso no era París, pero el Pacífico que contemplaba tras las ventanas de la calle del Teatro era *su* mar, como eran *su* propiedad los cerros, plazas y calles de su lejano puerto...

"El cuerpo humano es planta y no se le puede desarraigar sin producir trastornos —escribe en el 46— (...) Todo aquello que veíamos en París era

⁶³ "Los rastacueros" en: *Crónicas del Tiempo Viejo*, pág. 122, Ed. Nascimento, Santiago, 1976.

⁶⁴ Cf. 58.

⁶⁵ Cf. "Cuatro planchas en mi vida" en: *Crónicas*, Ed. Zig - Zag, Santiago, 1964, págs. 117-119.

imponente, estupendo y vago hasta dejarnos atónitos, pero nos sentíamos a veces profundamente ajenos al movimiento, y en ciertos instantes quedábamos separados de todo y nos hundíamos en soliloquios incoherentes⁶⁶.

El medio no le era verdaderamente hostil, pero solía sentirlo como ajeno. Desconcertado, trataba de escrutarlo, de comprenderlo, de hacerse una idea respecto a la forma como él mismo era percibido por los demás. Cualquier frase irónica o simplemente ambigua lo llevaba a generalizar. "Yo era algo exótico y extraño en París, *un petit espagnol* (un españolito)". Basta que el camarero de una sala de billar concurrida por españoles haga una alusión humorística asociándolo a una parte de la clientela para que de inmediato se sienta identificado por los franceses a esa España de tarjeta postal por entonces de moda. En realidad, por el momento es sólo un recién llegado que no domina bien el francés, que frecuenta a unos cuantos hijos de familias acomodadas, que trata de realizar los sueños de algunos adultos de su clase. Un niño bonito algo pretencioso y narcisista.

La ciudad de París, dividida por un río en dos riberas —derecha e izquierda, norte y sur— que se abrazan a través de diversos puentes, es como un escenario oriental en el que abundan los efectos de sorpresa; es una ciudad inagotable, esquiva que no se entrega tras los primeros encuentros; una ciudad de una variedad humana sorprendente. Cada rostro, cada calle, cada rincón es como un signo abierto a mil interpretaciones. ¿Hermosa? ¿Mal parecida? La respuesta está en los ojos de quienes la contemplan. Joaquín ha escuchado relatos fabulosos a propósito de ella y, habitado de este a priori, trata de encontrarles un fundamento. "Por ver si mi pena arranca —ando y ando", escribirá más tarde Neruda. Y es verdad, el caminar es un medio de disolver las tensiones, es decir de liberación; como asimismo una forma de conocimiento... y de dominio. "Flâner", vagabundear, andar sin rumbo fijo, es un verbo que encanta al muchacho en la medida en que traduce una de sus prácticas preferidas: "Solamente la libertad de la calle con sus colores y ruidos, podría servirnos de puente para incorporarnos en esa realidad fabulosa"⁶⁷. La calle parisina es la antítesis de su país, de su ciudad, de su hogar de origen tal como él los percibe desde lejos; es el reino de la libertad y de los sentidos. Sólo allí es él mismo, en ese pasar que no deja huellas, en medio de esa masa anónima donde nadie lo conoce:

"Las giras que yo hacía por las calles de París acompañadas de soliloquios, eran para mí algo instructivo, alegre y voluptuoso. Infinidad de calles, infinidad de tiendas y de escenas. Un organillo rodeado de escuchadores, una dama con su ramo de violetas, un perfume en el aire, una modistilla que trota con su caja de sombreros, una sonrisa de colabo-

⁶⁶ "Canciones parisienses" (cf. 56).

⁶⁷ "Canciones parisienses" (cf. 56).

ración. Personas que se pierden en la esquina de una calle y que no veremos nunca más. Calles, calles y calles..."⁶⁸.

Un mundo de imágenes, de canciones, de fragancias; libre de censuras; humano, a pesar de todo, pues no faltan las complicidades, las "sonrisas de colaboración", los puentes —esta vez humanos— que permiten el abrazo. Es bajo ese prisma que el joven Edwards comienza a mirar y a vivir París. Antes que nada, la capital es para él un ambiente en el que puede realizarse y conocerse. Por ello le estará eternamente agradecido. Lo demás es accesorio y será posteriormente objeto de su propia ironía: su tentativa de componerse una imagen ficticia para su regreso a Chile, la apropiación pasajera de actitudes e ideas que no están enraizados en el fondo de sí mismo y muchas otras experiencias que han conocido todos los expatriados.

Sin desconocer la parte de ficción que hay en *El inútil* (1910) o en *El monstruo* (1912), no parece imprudente el utilizar las dos obras como fuentes auxiliares para reconstituir el relato de la primera estadía de Joaquín Edwards en París⁶⁹. El protagonista de la primera (Eduardo Briset) como el héroe de la segunda (Fernando Jimenal) se nutren en gran parte de las experiencias de su autor. Para evitar malos ratos o con el fin de despistar al lector, el narrador suele negar esta filiación; no obstante, cualquier conocedor de su obra sabe que las fronteras entre sus crónicas y relatos de vida, por una parte, y sus novelas y cuentos, por otra, resultan a menudo imperceptibles.

¿Cómo era el ambiente en la casa de la familia en este primer año parisino? ¿Cuáles eran los temas de conversación? Los vaivenes de la enfermedad de don Joaquín, con toda seguridad, pero no solamente. Las novedades eran tan numerosas, los estímulos exteriores tan fuertes, el acontecer histórico tan acelerado, que uno puede suponer que se vivía en una atmósfera de exaltación permanente. El Eduardo de *El inútil* "se veía con su familia sólo a las horas de las comidas"⁷⁰ y es posible que Joaquín se ajustara a la misma conducta. "Su madre i su hermana, hablaban atolondradas de tantas cosas vistas, mareadas por ese París con que tanto habían soñado. ¡Qué de jente!... ¡Qué mujeres tan elegantes! ¡Qué tiendas tan bonitas!", agrega el autor, aludiendo seguramente a su propia madre.

Los contactos con franceses deben haber sido puntuales y escasos. Como la mayoría de los emigrantes, trata en un comienzo de vincularse con otros compatriotas, mucho de los cuales se dan cita en la Legación chilena donde se habla "de la patria lejana, comparando, criticando i concluyendo siempre por alabar a Chile...". La actualidad no debe haber estado ausente de esas conversaciones; sobre todo la actualidad económica (cotización del franco, fluctuaciones de la bolsa, etc.) y política. Recordemos que cada cierto tiempo, ocurría un nuevo acontecimiento que contribuía a modificar los rasgos de la Francia tradicional. Radicales,

⁶⁸ "Bajo el cielo de París", *La Nación*, 17 de julio de 1952.

⁶⁹ En su artículo "Muerte de Joaquín Edwards Bello" (*El Mercurio*, 30 de febrero de 1968), Alone califica *El monstruo* de "autobiografía apenas disfrazada". Por su parte, Hugo Silva, sucesor de Edwards en la Academia Chilena, expresa en su discurso de incorporación (14 de junio de 1968): "toda esa obra es una sola autobiografía. En ella el protagonista y a veces no pocos de los otros personajes son... Joaquín Edwards Bello".

⁷⁰ *El inútil*, págs. 82 y 83.

socialistas y masones estaban en el poder y la batalla contra las fuerzas tradicionales y clericales no tenía tregua.

¿Se mencionó alguna vez en esa Legación a don Alberto Blest Gana? Es posible. Blest Gana salió de Chile por segunda vez a fines de 1866 y no regresó más a su país. Durante 18 años estuvo a la cabeza de la Legación chilena en París. Jubiló en 1887, pero siguió cumpliendo algunas misiones puntuales que el gobierno le encomendó, aprovechando su larga experiencia. En 1898 viajó a Londres en una misión relacionada con problemas limítrofes entre Chile y Argentina. Allí tuvo la ocasión de tratar largamente con don Domingo Gana, ministro de Chile en la capital británica, casado con una hermana de don Joaquín. No es costumbre recordar que Blest Gana — hombre cumplido, elegante, concienzudo, un burgués del siglo pasado en el mejor sentido de la palabra— vivió mucho más en Francia que en Chile y que fue en ese país donde escribió y publicó (entre otras obras) *Durante la Reconquista* (1897). El mismo año de la llegada de los Edwards a Europa, salió a la luz *Los trasplantados* (París, Garnier hermanos), novela que ha sido comparada a menudo con *Criollos en París*. “La permanencia del señor Blest Gana en París, escribe R. Silva Castro, le puso en contacto con innumerables americanos, sobre todo chilenos, que hacían una religión de su descastamiento”⁷¹. Sorprende, sin embargo, constatar la insuficiente presencia de París en su obra y el interés relativo de las novelas que allí transcurren⁷². “El espíritu burgués y la moderación temperamental de Blest Gana le impidieron (...) sacar partido de cuanto vio y observó (...). Su impermeabilidad ante el paisaje es sencillamente un hecho indiscutible...”⁷³. De cuanto vio y observó en Francia, ha querido decir el crítico. Hijo de extranjero, no habiendo vivido en su país de origen sino durante sus años mozos, se da en don Alberto esta extraña paradoja: más que lo presente, cuenta para él lo ausente, el país lejano. “Escribió chilénísimo” escribe en 1965 J. Edwards⁷⁴ después de haber sugerido que vivió como francés. Sin embargo uno tiene la impresión que vivió en París como al interior de una burbuja; que la capital no caló hondo en él; que, siendo él mismo un trasplantado, observó con hostilidad a otros trasplantados; a algunas caricaturas grotescas de chilenos con los que sería injusto compararlo. No sabemos si se conoció o se comentó en los círculos chilenos residentes en París en 1904 la reciente publicación de *Los trasplantados*; ni si Joaquín mostró alguna curiosidad por su autor o, eventualmente, por las tertulias que animaba en su casa de la calle Cristophe Colomb, en el mismo distrito donde él vivió.

“No concluía 1904 y (Joaquín Edwards) tenía una *petite amie...* se llamó Marcelle Lasbats”. ¿Quién era esa Marcela que, por los extraños azares de este mundo, aparece mencionada en una importante historia de Chile?⁷⁵. Joaquín se

⁷¹ Raúl Silva Castro, *Alberto Blest Gana (1830 - 1920)*, 2ª edición refundida, Zig-Zag, Santiago, 1955. Págs. 208-9.

⁷² Fuera de *Los Trasplantados*, tienen París como escenario *Engaños y desengaños* (1855), *Los desposados* (55) y *La fascinación* (58).

⁷³ Ricardo Latcham, “Blest Gana y París”, *El Diario Ilustrado*, 21 de julio de 1955.

⁷⁴ “Los chilenos afrancesados”, *La Nación*, 14 de julio de 1965.

⁷⁵ Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973)*, Arturo Alessandri y los Golpes Militares (1920-1925), Santillana del Pacífico S.A., Santiago de Chile, 1986, págs. 72-3.

refiere algunas veces a ella, pero librándonos únicamente su nombre. ¿Cuál era su condición social? ¿Dónde vivía? ¿Cómo se conocieron? ¿Cuánto tiempo duró la relación? ¿En qué elementos se apoyaba? Seguramente se trata de una de esas *midinettes* que abundaban en los Grandes Bulevares y que vivían en la periferia; de una aventura de paso que sólo dejó tras de sí un nombre y un apellido, ni siquiera un rostro bien definido. De cualquier modo, lo importante para el joven de entonces era tener su *petite amie* y hacer saber que tenía una. ¿Y Marcela en todo esto? Ya tendremos la oportunidad de profundizar en las relaciones femeninas de Joaquín; convengamos, por el momento en que, este primer encuentro, junto con conferirle cierto *cachet*, contribuía a infundirle una mayor seguridad y confianza en sí mismo. ¡Qué recompensa más grande para este adolescente entre tímido y atrevido que haber seducido a una muchacha francesa en la capital misma del amor; ese amor que “se sentía en todas partes” y que “entraba triunfante por los sentidos”, que se daba en espectáculo sin reticencias ni temores, como un hecho espontáneo y natural! “Hasta su llegada a París (Eduardo Briset) sólo había conocido los amores puros, refrenando los deseos no bien definidos que a veces le agujoneaban, i ahora el amor carnal con todo su poder bestial se le presentaba invencible i él se dejaba caer sonriendo en su abrazo de fuego”⁷⁶. A los 23 años, el autor no se deshace aún de una concepción a la vez medieval y romántica del amor en la que lo puro se opone a lo carnal y lo carnal se asimila a lo bestial. Sugestivamente, más que un sabor placentero, esta primera experiencia deja en el joven un sentimiento de pecado y de derrumbe. Su lenguaje, en este sentido, no puede traducir mejor las ideas que, al respecto, dominaban en su país, su clase y su familia. “Poco a poco rodaba, sin darse cuenta, hacia el abismo insondable del vicio”. La retórica –acompañada, ampulosa, solemne– se inscribe en la mejor tradición de cierto discurso cristiano al que este autor, acusado injustamente de hereje, parece adherir completamente.

Pero volvamos a don Joaquín cuyo fin se anuncia cada vez más cercano. La familia no quiere, sin embargo, marginalizarlo prematuramente de la vida. Es así como el 14 de julio, los vemos a todos en un coche abierto recorriendo la ciudad, disfrutando de la fiesta, contemplando el espectáculo de esos parisinos desenfrenados que celebraban la libertad... “Yo he seguido montado en aquel coche no sé cuanto tiempo –escribirá Joaquín 60 años más tarde–. No olvido el cuadro de París en fiesta ni la fisonomía del cochero... Quisiera encontrar otras palabras más expresivas y musicales para contar impresiones de mi primer París. Era otro aire, era una magia, el recuerdo de algo encantado”⁷⁷. Nuevamente esta cohabitación del jolgorio y la tristeza, la fiesta y el drama. Por una parte, una ciudad donde se siente libre y que festeja la libertad; por otra, la presencia de un padre que se derrumba, dejando tras de sí recuerdos contradictorios en los que la bondad y el afecto no atenúan jamás un profundo sentido del deber y la disciplina.

Termina el año y los esfuerzos por salvar al papá no se agotan. Como la medicina tradicional no ha dado resultados, se acude a la medicina paralela. Des-

⁷⁶ *El inútil*, págs. 98-9.

⁷⁷ “Los chilenos afrancesados” (cf. 74).

pués de todo, qué se pierde. Un caballero de la colonia les recomienda a dos jóvenes de Limache "que han hecho prodigios médicos". Nadie cree en la posibilidad de un milagro, ni el doctor d'Aulnay, su médico tratante, ni los miembros de la familia, pero nadie quiere tampoco tomar la responsabilidad de una negativa rotunda. Se les abre finalmente las puertas de la casa y los dos aprendices de brujo se instalan en ella con un arsenal exótico donde no faltan los ratones blancos. Uno de ellos, enfermero de profesión, lava la herida de don Joaquín y un pedazo de tres centímetros de cara cae en la palangana. Una mezcla de pudor y de vergüenza agobia al enfermo. "Visión roja de la vida destructora contrastando con un cielo azucarado por el sol de mayo". No vuelven al día siguiente, pero "ya han cobrado el primer cheque". Parten dejando de recuerdo "la mugre del laboratorio con dos ratones muertos". Luego ese recuerdo se transmutará en símbolo: el de dos buitres sacrílegos que no respetan a nadie ni a nada y que hacen malabares con la muerte... ¡Peregrina idea la del antepasado George el haber elegido Chile para fundar una familia!⁷⁸.

La víspera de su muerte, don Joaquín llamó a los suyos y pidió que se le leyeran las noticias del día. Una vez que estuvo a solas con el futuro escritor, le hizo entrega de un revólver Colt 38 "para que se defendiera" y le formuló este consejo postrero: "Pórtate siempre con honor y como hombrecito... No te importe el desastre... No aflojes nunca. ¡Honor!"⁷⁹. Sé fuerte, digno, intransigente. ¡Qué tremendo peso para los frágiles hombros de alguien que aún no traspasaba el umbral de la adolescencia! ¡Qué prescripciones más difíciles de realizar! En ningún momento el padre dice a su hijo: sé feliz. Es una palabra que aparentemente está ausente del repertorio lexical de don Joaquín, como si la felicidad no fuera algo recomendable. Ni la felicidad ni la expresión espontánea de los sentimientos, razón por la cual el escritor dice haber retenido sus lágrimas ese funesto día de la primavera de 1905. Poco antes de que Edwards Bello decidiera quitarse la vida, Alfonso Calderón lo visita varias veces en su casa. Entre otros temas, el cronista aborda el tema del suicidio, al que califica de "la salida honorable"; como si se hiciera eco de las últimas recomendaciones del padre en que el honor y el desastre aparecen estrechamente asociados. En otra ocasión, el escritor expresa a su interlocutor que "habría deseado recibir muestras de amor de su padre hacia él. Que se quitara de la cabeza la circunspección victoriana y le abrazara"⁸⁰. Don Joaquín parte dejando a la familia un legado considerable. No obstante, hasta el fin de sus días, el hijo sigue reclamando la caricia y la sonrisa que ese hombre austero y reservado no supo brindarle.

Le roi est mort, vive le roi! Murió el rey, viva el (nuevo) rey, se solía exclamar en palacio cuando un monarca espiraba. Murió el padre, vivan la vida, París, el amor; abajo la tristeza, las prohibiciones, los ceños adustos. Los pesares -contenidos o no- no logran acallar esos cantos de sirena que vienen desde el fondo del alma. No

⁷⁸ Todas las citas de este párrafo han sido extraídas de la crónica "Invento chileno contra el cáncer en 1905", *La Nación*, 10 de marzo de 1957.

⁷⁹ "Elogio en la muerte del padre" (cf. 23).

⁸⁰ Alfonso Calderón, *El vuelo de la mariposa saturnina - Diarios 1964 - 1980*, Ed. Nemo, Red Internacional del Libro, Santiago, 1994, pág. 87

sabemos con exactitud en qué momento la familia se mudó a la avenida Kleber, pero es posible que haya sido a comienzos del verano de 1905, poco tiempo después del deceso del jefe de familia. ¿Cómo y dónde pasó ese verano el joven Joaquín? Tampoco disponemos de información. Lo seguro es que, a fines de año, lo encontramos en Londres residiendo sucesivamente (y por muy poco tiempo) en el Hotel Metropole y en un *boarding house* cercano a la legación chilena. “No pretendo confesar ni la centésima parte de las peripecias de entonces”, declarará más tarde el cronista⁸¹, aguijoneando nuestra curiosidad sin por ello satisfacerla. Los gastos de esta estadía los adelantaba don Domingo Gana, Ministro de Chile y, como se dijo, tío de Joaquín. A cada entrega, el muchacho debía firmar un recibo en el que se especificaba en forma detallada el destino atribuido al dinero. En uno de ellos, vemos figurar, en la lista de inversiones, objetos tales como: aperos para baile, zapatillas, guantes, medias de seda y una cigarrera⁸², lo que hace pensar que el joven Edwards continuaba en Inglaterra la carrera de dandy precoz que había iniciado en París.

De cualquier modo, Joaquín había sido enviado a ese país no para divertirse sino para estudiar. Después de la muerte de su padre, la familia, aconsejada seguramente por el tío Domingo, decidió matricularlo en un colegio particular de pocos alumnos, el Sulhampstead Reactory, a poca distancia de Reading. Los recuerdos que guarda el escritor de los meses pasados allí están desprovistos de toda exaltación. Alejado de la familia, separado de París, sometido a una disciplina que no se acomodaba ni a su carácter ni a sus bullentes 18 años, no es raro que su memoria no haya retenido de esa época sino unas cuantas anécdotas sin mayor interés. A menos que le concedamos alguno al asedio sentimental de que fue objeto por parte de una chica torpe y poco agraciada: la hija del rector del establecimiento.

En julio de 1906, encontramos a la familia pasando sus vacaciones en San Sebastián. “Habíamos retenido habitaciones para ocho y una criada en el Hotel du Palais”⁸³ que fue residencia de Alfonso XIII. Antiguo balneario de la nobleza, los Edwards cruzan en el hotel y en la plaza a varios grandes de España: duques, marqueses, millonarios y al rey mismo. También se encuentran con Luis Bustos que continúa dilapidando su fortuna más allá de los Pirineos. Un día le solicitó a Joaquín que jugara por él; la suerte estaba del lado de los chilenos, pues confiesa el muchacho que “ganó miles” en medio de las miradas y el cuchicheo de la gente. ¡Qué embriaguez para el adolescente el verse arriesgando sumas importantes en uno de los grandes casinos europeos junto a ese coro de ricos y aristócratas que lo observaban con curiosidad! Desaparecido su padre, Joaquín se siente en la disposición del convaleciente que, habiendo presenciado la muerte de cerca, se aferra a la vida con todos sus sentidos. ¿Pero de qué vida estamos hablando? No es difícil deducirlo. Rodeado de aristócratas elegantes cuya actividad se reducía esencialmente a mostrarse, a pasear, a degustar en la terraza del *Cantábrico* una exquisita especialidad marina; con escasa posibilidad de alternar con ellos cuya llaneza era

⁸¹ “Aprender inglés” (cf. 33).

⁸² *Memorias*, Veraneo el año 1906, pág. 112. (cf. 17).

⁸³ *Ibid*, pág. 98.

solo aparente; desplazándose a través de los decorados suntuosos de casinos y palacios; respirando la brisa perfumada y tonificante de un océano que se presentaba a su vista con todo el esplendor del verano... no es raro que la vida se le apareciera al joven Joaquín como una fiesta, a la vez que como un juego y un teatro. ¿Qué razón había para quedar al margen de la pieza? ¿No pertenecía él también a una gran familia? ¿No tenía un apellido que, aunque trivial en Europa, en Chile era respetado? ¿No había heredado una fortuna considerable? ¿No disponía de tres otros atributos que no compartían necesariamente los familiares de la Concha o del Novelty⁸⁴: la juventud, la belleza y el talento? Pero no era todo. Junto con especular sobre un *proyecto de vida*, Joaquín pensaba en todo lo que, desde el punto de vista simbólico, estaba aportándole la experiencia presente. "Tener un incidente en Zapallar es chic. Dejarse ver en Viña da tono. Hotel du Palais que hoy no existe. Inolvidable. No sabría expresar el encanto de su colorido, de la distinción..."⁸⁵. Es interesante constatar el hiato a la vez sintáctico y semántico que se produce entre la segunda proposición y la tercera y que, con toda seguridad, resulta del pudor del autor a expresar con franqueza el fondo de su pensamiento. Resulta evidente que el período citado fue concebido para terminar con una tercera infinitiva del estilo de la que sigue: "Haber habitado en el Hotel du Palais constituye una distinción que difícilmente un chileno puede imaginar".

16 de agosto de 1906, día de San Joaquín. Los habitantes de Valparaíso viven momentos de terror a consecuencia de dos terremotos interminables (el primero a las 7.45 de la noche, el otro veinte minutos más tarde) y de varios sacudones que se prolongaron durante 24 horas. Joaquín parece lamentar el encontrarse entonces tan lejos de su puerto. "Perdí el *espectáculo magnífico* del terremoto de 1906 por encontrarme entonces en España, en el balneario de San Sebastián"⁸⁶ ¿Falta de sentido solidario? ¿Delirios de esteta? Ni lo uno ni lo otro, sino esa tendencia inveterada a sorprender al lector si no a chocarlo; a ver las cosas desde otro ángulo; a disolver los límites entre el drama y el humor, rasgo este último que se expresa en fragmentos como el que sigue, extraído del mismo artículo: "El fin del mundo estaba en las conciencias. Se escuchaba el 'Santo, Santo' por todas partes. Mujeres enloquecidas confesaban pecados a gritos, *pero no todos...* Siguió temblando toda la noche..." .

Terremoto o no, la familia ya había seguramente proyectado regresar a Chile. La catástrofe no haría sino precipitar los acontecimientos. Las referencias sobre las últimas semanas en Europa son nulas; lo más probable es que volvieron a Francia, prepararon su equipaje y se embarcaron en Cannes o en Marsella rumbo a Valparaíso. Después de casi tres años, Joaquín está seguramente deseoso de ver su país, de presenciar los efectos del sismo, de mostrarse con su nuevas tenidas, su nuevo corte de pelo, sus sombreros recién adquiridos. La despedida de París fue menos un adiós que un hasta pronto; estaba seguro de volver a la primera ocasión, de acabar de conocer la ciudad; de vivirla a fondo, sin duelos y sin testigos; de satisfacer una serie de curiosidades que permanecían insatisfechas. El virus

⁸⁴ La Concha: playa y sector exclusivo de San Sebastián, Novelty: bar elegante

⁸⁵ *Memorias* (cf. 17).

⁸⁶ "Terremoto de Valparaíso", *La Nación*, 16 de agosto de 1956.

de la capital había penetrado profundamente en él, aunque recién empezaba a descubrirla. Más tarde hablará del "descubrimiento de algo encantado", "mágico", "celestial", "fuera de lo humano", "al límite de lo inefable". Pero ninguno de estos calificativos satisface al escritor "quien quisiera encontrar palabras [aún] más expresivas y musicales para contar las impresiones de [su] primer París"⁸⁷.

Entre más se aleja de esa ciudad más crece la nostalgia y más *fabulosa* se torna. Con el tiempo, el proceso de cristalización irá aumentando hasta que llegue el momento en que le dé definitivamente la espalda y la transforme en ese paraíso perdido que le permitirá soñar hasta el infinito. No importa tanto lo que fue realmente el primer París para Joaquín como las sucesivas lecturas que fue haciendo de aquella permanencia, la literatura que inspiró, el rol importantísimo que jugó en el imaginario del escritor... "Fue la época más feliz, pero infinitamente más feliz de mi vida", escribirá más tarde. Poco importa si lo que afirma es real o si se trata de una mera hipérbole; lo relevante es la función simbólica (mítica) que, en adelante, París desempeñará en su vida.

Reiteradamente Joaquín rememoraré con ironía su regreso a Chile "después del terremoto, enguantado en suaves casimires de Debacker, saturado de la primera petulancia volteriana y zolesca"⁸⁸. Y no hay duda que ese primer viaje produjo en él una importante transformación: física, psicológica e ideológica: prestaba a su apariencia una atención creciente, se sentía cada vez más seguro y desinhibido; trataba de explotar esa superioridad que confería el haber vivido casi tres años en París y de amoldarse a la imagen que muchos de nuestros compatriotas se hacían de quienes habían tenido ese privilegio.

Como su hermano Oscar ("el más distinguido comefrailes que yo haya conocido", a decir de su primo Andrés Balmaceda)⁸⁹, como numerosos otros jóvenes intelectuales sudamericanos de la época, Joaquín no fue insensible a la influencia de la *Francia masónica*, a sus ideas y clichés. La concepción de la confesión como "una gran farsa... para apoderarse de las conciencias"; de un "Dios de lotería" que distribuye el cielo y el infierno a su antojo; de la religión como "una mentira inventada para los que sufren"; la evocación de la época inquisitorial, de "sacristías sombrías", de frailes coludidos con los ricos, de curas obesos y pollerudos asimilados "al sexo al cual usurpan sus faldas"⁹⁰, forman parte del arsenal de lugares comunes que circulaban en la Francia de comienzos de siglo. Junto al ideal laico, las ideas socialista que germinaban en ese país la alborada del siglo no deja-

⁸⁷ "Los chilenos afrancesados" (cf. 74).

⁸⁸ "El mito, dice R. Barthes, no se define por el objeto de lo expresado, sino por la manera en que es expresado... Un árbol es un árbol... pero un árbol dicho por Minou Drouet no es exactamente un árbol, es un árbol decorado, adaptado a cierto consumo, revestido de complacencias literarias, de transgresiones, de imágenes, en una palabra de un uso social que se yuxtapone a la materia pura". (*Le mythe aujourd'hui*, en: *Mythologies*, Ed. du Seuil, París, pág. 216).

⁸⁹ "A un cuarto de siglo de mi primera novela" (cf. 32).

⁹⁰ *Bajo el polvo de los años (Recuerdos de juventud 1907-1917)*, pág. 15, introducidos por una carta de Alone fechada el 27 de mayo de 1968. Ejemplar mimeografiado, de circulación restringida, que nos fue proporcionado amablemente por don Emilio Balmaceda, hijo del autor. (Nota: La obra acaba de ser editada por RIL editores y la Biblioteca Nacional y está a disposición del público).

⁹⁰ Cf. *El inútil* (primera parte) y *El Monstruo*.

ron indiferente al joven chileno. La observación y la experiencia contribuyeron a reforzarlas. En el curso de sus paseos por París, pudo constatar el contraste entre el lujo y la riqueza de ciertos sectores de la capital y la miseria de otros en los que raramente se aventuran los turistas convencionales. Sus dos primeras novelas contienen reiterados testimonios de su compasión hacia los explotados y de su adhesión a los principios del socialismo. "Eduardo amaba al pueblo (...) i amaba a la Francia porque ahí se daban los primeros pasos hacia el ideal socialista", escribe en *El inútil*⁹¹; y *El monstruo* deja constancia de su reacción indignada frente a esas "obreritas que tosían inclinadas desde la mañana hasta la noche en salas oscuras y mal aireadas (...) y que labraban en silencio la fama mundial de París i la fortuna de los Rouff, los Redfern, Paquin i los otros"⁹².

Al fin del primer gran viaje quedan ya en evidencia las diferentes contradicciones que gravitarán en Edwards Bello durante el resto de su vida: entre el que no conocía Francia y el que la conoció; entre el dandy refinado y el hombre comprometido socialmente; entre sus sentimientos hacia su país y su adhesión hacia Francia; entre el hombre de razón y el hombre de pasión.

4. IMÁGENES DE PARÍS

¿Puede hablarse de un París real? ¿Qué rasgos retuvo Joaquín de la ciudad al cabo de sus diversas estadías? ¿Qué sitios y personajes quedaron suspendidos en su retina resistiendo al filtro del tiempo? Intentaremos responder a estas preguntas interrumpiendo la línea cronológica adoptada hasta ahora y atendiendo menos a los detalles biográficos que a los vestigios literarios.

Antonio Salcedo llega a París y lo primero que deja en evidencia es su atracción por el verbo: "Estaba en París de Francia y hacia preguntas *por el placer de hablar*". A este deseo incontenible de poner a prueba los rudimentos lingüísticos que había adquirido en Chile, de comunicarse con nuevos signos y sonidos diferentes, se suma la evocación espontánea de toda una textualidad que contribuyó a alimentar su fervor por la ciudad en la que acababa de poner los pies. Los "sobrenombres" de París adquiridos en su infancia a través de una "literatura decadente y de zarzuela", vuelven a su cabeza como los aires lejanos de su infancia: "cerebro del mundo", "sagrada Lutecia", "ciudad luminaria donde van a morir cegadas las mariposillas"⁹³, lo que ya anuncia al futuro escritor atento no sólo a la realidad sino a las expresiones con que se la reconstruye. Curiosamente, ni la evolución de la retórica ni la ironía con que Joaquín considera las viejas designaciones impiden al cronista utilizar etiquetas decrepitas y grandilocuentes, un poco como hace el cineasta Almodóvar cuando introduce en sus películas melodías de viejas cupletistas, creando un efecto sugestivo considerable.

Muchos de los atributos, metáforas, aposiciones, etc. con que el escritor caracteriza la ciudad no hacen sino traducir los aspectos que más impresionaron su

⁹¹ *El inútil*, pág. 94.

⁹² *El monstruo*, pág. 60. Se refiere a grandes nombres de la moda parisina.

⁹³ *Criollos en París*, pág. 11.

sensibilidad: su aspecto único, no sujeto a ninguna competencia, como los dioses de las religiones monoteístas (“la capital más hermosa del mundo”, “la ciudad de las ciudades”,); su carácter rector y ejemplarizador (“orgullo de los hombres”, “gran voz en la noche de la humanidad”); su faceta mágica (“la eterna *boîte à surprises*”, caja de sorpresas); sus dotes de seducción (“esa gigantesca sirena cuyo canto se dilata por encima de los mares”); su vocación universal (“cosmópolis del Sena”); su inclinación femenina (“capital de la mujer”); su naturaleza luminosa y deslumbrante (“ese París brillante”, “ciudad luminaria”, “ville lumière”, “ciudad faro”, “lumbreira del género humano”)... “Yo creo —dijo el poeta— que París debiera ser una ciudad sagrada. Nadie la quiere mal... los invasores debieran evitarla como se evita un misterio superior a la guerra, a la política, a la muerte...”⁹⁴. No hay duda que la adhesión de Edwards hacia París es absoluta; que más que de amor, se trata de un sentimiento de devoción hacia una especie de deidad aureolada, detentora de las virtudes más excelsas.

Esta diversidad que se resuelve en una unidad (“París es un conjunto de Parises”) encierra una nueva contradicción: es eterno, pero cambiante⁹⁵. Lo eterno, lo aparenta a lo divino, es decir, a lo esencial y necesario; idea que Edwards Bello ilustra con la siguiente frase, pronunciada supuestamente por Bolívar en Jamaica: “Si no supiera que existe todavía un París, no me interesaría vivir”⁹⁶, lo cambiante, a las versiones de la catedral de Rouen surgidas de los pinceles de Monet y diferentes según las horas del día. París es también el reino de lo humano y de lo efímero: ha visto evolucionar la Historia a través de dos mil años, ha conocido (e impulsado) el ir y venir de la Moda, ha contemplado de cerca la cara de Muerte.

Esquiva, “la ciudad se entrega difícilmente, y no a todos”⁹⁷. Son muchos los llamados y pocos los que logran el privilegio de conocerla a fondo y de desentrañar sus enigmas. Porque París (...) no es un objeto de conocimiento corriente,

“no es una cosa objetiva, no es una cosa que se mira o se palpa, sino un misterio. Hay gentes que pasan por la capital sin conocer su secreto. París es una cosa abstracta. Rubén Darío llegó a París conociendo su secreto. (...) Muchos no conocen la ciudad aunque en ella residen, otros la conocen sin haber puesto las plantas de los pies en el sagrado suelo de Francia”⁹⁸.

La ciudad pierde así su corporeidad, su apariencia material, para transformarse en un concepto, un mito o un don al alcance de unos cuantos iniciados que no necesariamente tienen que confrontarse a las realidades. Engarzada en un entorno, la capital transmite al país sus propias tonalidades: “Francia es para nosotros la leyenda dorada de los siglos escrita por Víctor Hugo, es poema juvenil, ensueño y a

⁹⁴ “París”, *La Nación*, 23 de mayo de 1940.

⁹⁵ “La última vez que vi París”, *La Nación*, 27 de mayo de 1946.

⁹⁶ “¡A París!”, *La Nación*, 20 de julio de 1950.

⁹⁷ “Chilenos en París”, *La Nación*, 10 de diciembre de 1922.

⁹⁸ “Impresiones de París después de ocho años”, *La Nación*, 23 de diciembre de 1925.

la vez realidad vigorosa"⁹⁹. Publicadas en un momento particularmente crítico para Francia y con ocasión de la llegada del *Jeanne d'Arc* a las costas chilenas, las líneas que preceden tienden a completar la visión anterior: Francia (y consecuentemente su capital) no constituye sólo un ideal alojado en la cabeza de poetas y soñadores sino también una nación sólida, moderna y pujante.

Como Pedro Plaza, que "se complacía en conocer la ciudad al dedillo" y para quien "no eran extraños sus secretos"¹⁰⁰, Edwards demuestra un dominio sorprendente de algunos sectores de París, de sus calles y plazas, de sus barrios elegantes y de sus rincones viciosos, de sus cafés, restaurantes y teatros. La "capital que se alimenta de belleza", acapara todos sus sentidos: admira sus monumentos, sus plazas, sus jardines, el Río que fluye mansamente bajo sus sucesivos puentes. Se embriaga en primavera con su aire "lleno de Fragonard", ese aire "que tonifica y magnetiza" como una droga. Aspira profundamente sus olores, desde el que desprenden los cuerpos perfumados de mujeres hermosas hasta las emanaciones acres de las vespasianas dispersas en la ciudad. En su cabeza no terminan de resonar las notas de las canciones de moda y, muchos años más tarde, su paladar conservará la nostalgia de la *soupe à l'oignon* (sopa de cebolla) el *canard à l'orange* (pato con naranja) la *sole frite* (lenguado frito), etc. y de algunos grandes restaurantes parisinos como La Tour d'Argent, Boisvin, Fouquet's, Le Pré Catelan, etc.

Tanto Joaquín como sus dobles literarios adoran caminar por París (el metro tiene una presencia irrelevante en la obra del escritor), recorrer sus muelles, asomarse a la periferia, la elegante (Neuilly, Saint Cloud, Saint Germain) y la popular (Saint Denis, etc.). No le bastan los itinerarios convencionales a que son adictos los turistas ni se limita al horizonte rutinario y estrecho de quien hace de su barrio el universo.

"Conozco París mejor que los parisienses - expresa P. Plaza (...) Cuando yo quiero ver al pueblo en su salsa voy solo, enteramente solo (...) Con otros se pierde el encanto. Nos descubren (...). Voy solo y disfrazado de obrero... Soy conocido en todos los antros, desde la miserable place de la Chapelle hasta el Pré St.-Gervais. Pero no creas que ahí solamente: me conocen en el Mercado, en el Sebastó, en la calle Pas de la Mule, en la de Francs Bourgeois y la de Venise"¹⁰¹.

Más que por las grandes arterias urbanas -los Campos Eliseos, la avenida de la Opera, etc.- o por los barrios "típicos" (Montparnasse, Barrio Latino, etc.), el escritor se siente atraído por las calles angostas y sombrías caras a Francis Carco y a Pierre Mac Orlan; por los Grandes Bulevares y sectores aledaños: los mismos que contienen el *Café du Croissant* en que asesinaron a Jaurès, la calle Saint Joseph donde nació Zola, el antiguo diario *Le Matin* "donde apareció el primer

⁹⁹ "El pabellón francés en el Pacífico", *La Nación*, 11 de febrero de 1939.

¹⁰⁰ *Criollos en París*, pág. 70.

¹⁰¹ *Criollos en París*, pág. 129.

anuncio de la guerra" (del 14), *Les Méridionaux*, su casa de juego habitual. Raramente se trata de una topografía vacía; cada calle, cada sitio está asociado a una experiencia, personal o histórica vivida por el cronista. "Amaba París hasta en sus pissotières (urinarios)", escribe Edwards a propósito de Pedro Plaza¹⁰² con el que se identifica plenamente.

Su inclinación por las calles "louches" (tenebrosas) donde suele perderse, disfrazado probablemente a la manera de Plaza¹⁰³, no lo deja en absoluto indiferente a determinados sectores elegantes en los que se dan cita damas nobles, gente de la alta burguesía o bellas cortesanas que intercambian sus favores por joyas, tenidas de lujo o residencias palaciegas. Tan bien como el París miserable, el joven chileno conoce el París suntuoso, "ese París brillante que principia en el bosque de Bolonia i que, pasando por la plaza de la Concordia i la rue Royale, termina en los bulevares"¹⁰⁴; el París de la moda y la elegancia; el de la plaza Vendôme, la rue Royale, la rue de Rivoli y la rue de la Paix, esa calle rutilante en que se codean la casa Paquin, centro mundial de la elegancia, con las porcelanas Toy, las pieles Brevignon con la sombrerería Carlier y la casa Guerlain¹⁰⁵; los reservados del Maxim's y los palcos dorado y púrpura del Palacio Garnier¹⁰⁶.

No obstante, entre todos los distritos parisinos, Joaquín Edwards manifiesta una preferencia especial por el XVIII y por su vecino el IX¹⁰⁷. Él, como su personaje Pedro Plaza, vivió "antes y en el primer tiempo de la guerra" justo en el límite de los dos, en un pequeño hotel tranquilo situado en el número 60 de la calle Pigalle, a escasa distancia del Bal Tabarin y a la vuelta de la calle Víctor Massé, donde residía Vicente Huidobro (1917). El distrito es vasto, variado y abunda en barrios intrincados donde al autor le complace extraviarse. Particularmente fascinantes le resultan dos bulevares colindantes, el de Clichy y el de Rochechouart, sembrados de cabarets y restaurantes nocturnos (El Infierno, El Cielo, La Nada, La Rata Muerta, La Araña, La Urraca Cantora, etc.) y frecuentados por chulos, prostitutas y bohemios. Un poco más hacia el este, el sector de La Chapelle (donde Edwards declara haber también vivido) abriga a una población de pobres y marginales. *Paris, oh ville infâme et merveilleuse, chère aux amoureux autant qu'aux bandits...* (Paris, ciudad infame, cara tanto a los amantes como a los bandidos): Joaquín tararea esa canción a la salida de un cine santiaguino después de haber visto una película francesa que lo lleva a recordar ese París

¹⁰² *Ibid.*, pág. 312.

¹⁰³ Tanto como a las máscaras, Edwards Bello era adicto a los disfraces.

¹⁰⁴ *El inútil*, pág. 73.

¹⁰⁵ Célebre fabricante de esos magníficos perfumes que impregnan los salones de Saint Germain

¹⁰⁶ Victoria Duran, "¡Oh! Paris... Paris!", *Estampa* N° 389, Buenos Aires, 4 de febrero de 1946.

Maxim's: restaurant elegante situado en la calle Royale; Saint Germain: calle en la que proliferaban mansiones habitadas por la nobleza parisina; Palacio Garnier: nombre alternativo de la Ópera de París.

¹⁰⁷ Administrativamente París se encuentra dividido en 20 *arrondissements* o distritos, algunos de los cuales se distinguen por un rasgo particular: el V y el VI son conocidos por su concentración de estudiantes, facultades y librerías; el VII y el XVI son considerados particularmente *chics*; una parte del XVIII tiene aún fama de ser un barrio bohemio, etc.

inquietante y pecador que conoció en el pasado; el de las calles de la Charbonnière, Myrha y la Gota de Oro. No es probable que haya permanecido en La Chapelle más de algunos días; el hecho de decir "viví en...", dejando en el aire el tiempo de residencia constituye una forma de coquetería. En realidad, su principal "centro de operaciones", estuvo situado, como ya lo señalamos, en los alrededores de la place Pigalle, en el perímetro que cubre el cementerio de Montmartre, la Place Clichy, la Place Blanche, el Molino Rojo (cuyas aspas vio arder en el incendio de 1915) y las calles aledañas situadas al norte y al sur de los bulevares (rue Lepic, Durantin, de los Mártires, de las Abadesas, etc. y, al lado opuesto, rue Fontaine, de Douai, Victor Massé, Saint George, etc.)¹⁰⁸ "El lado pobre de París —lo llama Joaquín esquematizando un poco— con notas de energía y de romanticismo novelesco a lo Balzac y a lo Zola"¹⁰⁹.

La obra de Edwards Bello abunda en recorridos a través París y con frecuentes alusiones a los sectores más populares, libertinos y con más historia. Lo atraen los Grandes Bulevares, la calle Saint Denis y la aún pecadora calle Blondel, algunas que arrancan de la Bastilla (Pas de la Mule, Francs Bourgeois...), otras situadas detrás del Panteón, la rue Mouffetard, por ejemplo, que no era por ese entonces la calle turística y algo *snob* en que se transformaría, sino una callejuela sórdida que albergaba a traperos, prestamistas y mendigos. Aunque, como ya lo vimos, el Barrio Latino lo decepciona en su primer viaje y no aparece asociado a ninguna de sus residencias, sus calles y librerías, sus facultades y cafés no lo dejan indiferente. Un ejemplo, entre otros, nos lo brinda una crónica de 1926 en el que alude al boulevard Saint Michel y al café de La Cigüeña donde se encuentra con "artistas y grisetas, desterrados de Italia y España y compatriotas como yo enfermos de parisianitis"¹¹⁰. Llama, sin embargo, la atención que en este cultivador de realismo mágico no estén más presentes ciertas calles que sirvieron de escenario a *Los misterios de París* de Eugenio Sue (La Harpe, la Huchette, Saint Séverin, etc.), los cementerios, el río Sena u otros lugares en los que ha cristalizado la imaginación de numerosos escritores.

En el curso de sus diversas estancias en la ciudad, Joaquín va de un hotel a otro¹¹¹, lo que él explica en estos términos: "me he mudado de domicilio y esto lo hago a menudo, por sistema, pues en esta urbe inmensa mudar de hotel significa mudar de barrio y de costumbres y yo estudio a esta enorme, incomprensible, enigmática ciudad"¹¹². Escrito desde un hotel situado frente a la Estación del Norte, este texto tiende a establecer claramente que su relación con la capital poco

¹⁰⁸ Dos observaciones: a) La palabra "place" no tiene, en francés, el significado de "plaza", se trata de un punto de confluencia de varias calles. b) No está de más recordar que tanto el aspecto de París, como su iluminación, la composición social de sus barrios, la distribución comercial/residencial, etc. han variado considerablemente entre los años 13 y nuestro fin de siglo. También vale la pena tener en cuenta que —tal como lo señala el mismo Edwards a propósito del suyo, a un mismo barrio puede cambiarle totalmente la cara según se trate del día o de la noche.

¹⁰⁹ *Criollos en París*, pág. 76.

¹¹⁰ "Escenas del barrio latino" (cf. 13).

¹¹¹ "En París, durante la primera guerra europea, me hice sospechoso a la policía por haber ocupado más de treinta domicilios diferentes" ("La imposible vida social", *La Nación*, 16 de noviembre de 1961)

¹¹² *Epistolario sentimental*, pág. 29.

tiene que ver con la de otros chilenos "que llegan aquí a establecerse en departamentos u hoteles cercanos al barrio de la Estrella o de la Ópera"; que lo que él busca no es un contacto superficial, sino una aproximación profunda y sistemática, semejante a la del etnólogo cuando aborda una cultura exótica.

¿Qué observa, de preferencia, Joaquín cuando recorre la ciudad? Nada en particular y todo a la vez: transeúntes, carruajes, vitrinas, letreros, etc. Es posible que, de vez en cuando, se detenga ante grandes monumentos, que se introduzca en museos prestigiosos, pero (salvo excepciones) ni unos ni otros solicitarán mayormente su memoria en el momento de escribir sobre París. Lo mismo que a la lectura de la Biblia o de Proust prefiere la de los folletines y *el fait divers*, en sus recorridos por la ciudad tenderá a observar la vida en su movimiento y en su devenir, con todo lo que ella tiene de cómico, de contradictorio, de insólito: "me interesa un mercado, un matadero, un mitín, una pelea callejera, un desfile militar, una procesión"¹¹³.

Junto con observar el ir y venir de los peatones, "las oleadas humanas de París", este apasionado de la calle se encanta mirando el movimiento de los carruajes, el comportamiento de sus conductores, los fiacres y los coupés "con sus ruedas amarillas y la carrocería enjuncada", los cochecitos de *l'Urbaine*, los chispeantes cocheros que, entre dichos y gritos, se abren camino haciendo avanzar sus caballos.

El clima, el aire, las estaciones (en particular la primavera y el invierno), la luz, los amaneceres, tienen una gran presencia en sus recuerdos. Su experiencia a este respecto debió haber sido decisiva. Es muy posible que este noctámbulo empedernido haya sentido, una y mil veces, al salir de un cabaret, de un teatro, de una casa de juego saturados por el humo y el encierro, el efecto tonificante de la brisa parisina; que mientras —ya avanzada la noche— apuraba el paso para alcanzar la pieza de su hotel, haya aspirado profundamente el aire vivificante de la ciudad y, con él, todo el paisaje nocturno de París. Momentos de soledad, de concentración, de alegría profunda en los que el hombre se sintió fundirse a la capital y confundirse con ella.

Contrariamente a lo que ocurre en nuestras latitudes, la primavera estalla en París de un día a otro. De un día a otro cambian los colores de la ropa, los cafés prolongan sus terrazas hacia las veredas, el amor se expresa en todas partes. La ciudad se transforma, sonrío, produce en Edwards un efecto de embriaguez. Tanto como a este período del año, Joaquín se muestra sensible al espectáculo del invierno parisino que describe en *Criollos...* con caracteres de pintor. Narices "que gotean como caños de desagüe", autos "chapoteando en el barro" o que corren "dando aullidos de frío", lloviznas pegajosas que confieren a las casas un brillo oscuro de pizarra...: el autor es inagotable en metáforas y atributos cuando se trata de componer el fresco de la estación invernal.

"Asomándose por la ventana de su cuarto, Pedro vio la admirable perspectiva de la ciudad: la nieve tenía visos azulosos de una pureza increíble. Fue a buscar su automóvil (...). Era una impresión de cuento de

¹¹³ "Nuestras lecturas" (cf. 30).

hadas ir como en trineo por las calles. Los monumentos estaban desconocidos y los mendigos, las viejas porteras y golfos tenían bajo la nieve un aire suntuoso de personajes de ópera (...). Los árboles desnudos y los copos de nieve cayendo sin cesar recordaban aventuras y cosas imposibles (...). Mirando las piedras del pasado y los jardines ateridos y blancos del Luxemburgo, se experimentaba la emoción de empezar una vida mejor desligada de todo vínculo engorroso”¹¹⁴.

Pluma impaciente e irregular, la de Joaquín Edwards hace a menudo revivir su París con imágenes de un poder evocativo digno de Balzac o Baudelaire.

¿En qué consiste París? se pregunta Joaquín una y otra vez. No es posible formular una definición que contenga todo lo que la ciudad posee de mágico y embrujante; cada cual abriga un París diferente, selecciona sus propios signos, cultiva recuerdos que lo hacen mirar la capital desde un prisma particular. París es sobre todo un conjunto de reminiscencias inquietas alojadas en la memoria del que lo vivió. “¿En qué consiste París? Nadie lo sabe. Hasta el olor a la *crotte de cheval* en los novecientos permanece fijo en el recuerdo. Era una *trottin* que montaba con su caja de sombreros bajo el brazo en el Madeleine-Bastille, eran los cocheros que comían en las mesitas sobre la vereda una tarde de julio, era una mujer con violetas en el abrigo de pieles que entraba en el Pré Catelan... Era el estudiante de boina en el Boul’Mich...”¹¹⁵. Es un conjunto de sensaciones, paisajes, personajes en situación, inmovilizados en el tiempo, que configuran una imagen encantada.

5. UN MARCO IDEAL PARA EL AMOR

Entre los términos que se han empleado para caracterizar al Joaquín Edwards de los años mozos, hay uno que parece calzarle particularmente bien: es el de *dandy*. La palabra es de origen inglés y designa a un hombre que cultiva la elegancia tanto en su atavío como en sus maneras y en su lenguaje. Prototipo del dandy de fines del XIX y de comienzos del XX fue el conde Boni de Castellane, gran aristócrata, hombre rico, bello y dispendioso que estuvo a punto de consumir no sólo su fortuna, sino la de Anna Gould, riquísima heredera norteamericana con la cual se casó y divorció. Charles Baudelaire -que hizo todo lo posible para acercarse a ese ideal humano- desarrolla en forma muy explícita su visión del dandysmo. Para él, el dandy es un “hombre rico, ocioso y que, aún hastiado, no tiene otra preocupación que correr tras la pista de la felicidad”; es un “hombre educado en el lujo y acostumbrado desde joven a la obediencia a los demás”; es alguien “que no tiene más

¹¹⁴ *Criollos en París*, pág. 289.

¹¹⁵ “La última vez que vi París”, cf. 85. (*crotte de cheval*: bosta de caballo - *trottin*: costurerita - Madeleine-Bastille: tranvía que va desde la plaza de la Madeleine hasta la de la Bastilla - Pré Catelan: prestigioso restaurante en el Bosque de Boloña - Boul’Mich: expresión troncada con la que se designa familiarmente el bulevar Saint Michel).

profesión que la elegancia y que ostentará siempre una fisionomía particular y totalmente diferente" (...).

"Los novelistas ingleses que han cultivado más que nadie la novela de *high life* (...) han tomado la precaución, y con mucha razón, de dotar a sus personajes de fortunas lo suficientemente importantes como para pagarse sin vacilación todas sus fantasías; además, los han eximido de toda profesión. Esos seres no tienen otra preocupación que la de cultivar la idea de belleza en su persona, de satisfacer sus pasiones, de sentir y de pensar. Disponen a su antojo de tiempo y dinero, sin los cuales la fantasía no puede traducirse en acción". [El dandysmo es una] "necesidad ardiente de ser original dentro de los límites exteriores de las buenas maneras, una especie de culto de sí mismo, el placer de asombrar y la satisfacción orgullosa de no asombrarse nunca.. [Cualesquiera que sean sus variantes, todos estos hombres] responden a un mismo origen: todos participan del mismo carácter de oposición y de rebelión... de una necesidad de combatir y de destruir la trivialidad"¹¹⁶.

El culto a sí mismo, la preocupación constante por la imagen, la belleza física, la indumentaria, hacen del dandy un personaje eminentemente narcisista. La iconografía en torno al joven Joaquín lo muestra como un ser pulcro, refinado, suficientemente original como para atraer la atención sin chocar demasiado. Varios de los testimonios de quienes lo conocieron por allá por los años 10 recuerdan sus rasgos casi femeninos como su forma atildada y por momentos extravagante de vestirse. Hugo Silva habla de él como de "un joven de unos veinte años, esmerada y llamativamente *futre*"¹¹⁷; Hernán Díaz como "ese querido querubín educado en París que, en Huérfanos esquina de Ahumada seducía mujeres con sus polainas claras y su belleza de adolescente, algo tenebrosa, a lo Edgar Allan Poe: cara pálida, enormes ojos sombreados y pestañas de bayadera en una cabeza magnífica"¹¹⁸.

Varios de sus personajes —sobre todo aquellos en que creemos reconocerlo: Eduardo Briset, Fernando Jimenal, Pedro Plaza.— nos son a menudo presentados como jóvenes tímidos, relativamente inadaptados y algo ambiguos cuyo proceso de diferenciación parece encontrarse en suspenso. Eduardo es "un adolescente interesante, espigado, pálido... Habría sido casi un tipo afeminado con su boca demasiado rosa i su nariz muy fina, pero tenía un no sé qué en su porte i en su mirada, un algo extraño que imponía i que apagaba en la boca las frases burlescas de los amigos feos que detestaban la hermosura en los hombres"¹¹⁹; Fernando decide abandonar París, herido por "una calumnia que corría sobre su cuenta,

¹¹⁶ Pascal Pia, *Baudelaire par lui-même*, Editions du Seuil, Ecrivains de toujours, Paris, 1952, pág. 67 y sigs. extraídas por Pia de un capítulo de *Peintre de la vie moderne* de que es autor Baudelaire y de la cual nosotros sólo tradujimos algunos fragmentos procediendo a ligeras adaptaciones.

¹¹⁷ "Apología del escritor Joaquín Edwards Bello", *El Mercurio*, 16 de junio de 1968.

¹¹⁸ Germán Ewart [Hans Ehrmann] "Joaquín Edwards Bello", *El Mercurio*, 4 de marzo de 1962.

¹¹⁹ *El inútil*, pág. 14.

lanzada por una meretriz despechada¹²⁰; P. Plaza permanece largo tiempo en el tocador, pone énfasis en la importancia de la apariencia física ("nuestros pies, nuestras manos, nuestros dientes son un tesoro y hay que cuidarlos") y recuerda a su amigo Tonio que los aliños, ornamentos y colores no son el monopolio de las mujeres ("el gallo, el león, todos los machos, llevan los colores y las plumas. Sin ir tan lejos, los pieles rojas, tan viriles como son, se pintan y adornan la cabeza")¹²¹.

Tanto Joaquín como sus intérpretes se sienten felices al constatar que las parisinas se vuelven para mirarlos y les envían de ellos mismos una imagen admirativa y halagüeña: "Las mujeres decían de él: *c'est un amour*" (...) "agradaba a las francesas [su] tipo medio medalla romana y medio huaco de Atahualpa"¹²²; una cocota cuyo perro saca a pasear por las mañanas lo bautiza "petit Jésus"¹²³... "Las mujeres del Americano o de Maxim's se peleaban la compañía de ese muchacho moreno de grandes ojos claros (...) que era como un rayito de sol alegrando el Agosto de sus existencias"¹²⁴. A menudo es así: son ellas quienes admiran, son ellos los admirados y los que se admiran en los ojos de ellas como Narciso en el manantial.

La admiración que despierta en el sexo opuesto no es, sin embargo, suficiente para provocar en Joaquín una sensación de plenitud. ¿Siente acaso su belleza como demasiado *compuesta*? ¿O que ella no responde cabalmente a los cánones clásicos que subyacen en su imaginario? ¿O como desprovista de esa fuerza presente en algunos arquetipos recios, reputados viriles y a veces tenebrosos? Ciorian ha dicho que "mientras más se es menos se desea"... o quizás se admira. ¿No constituye la admiración, sobre todo si es excesiva, un deseo de apropiarse de las cualidades del Otro para satisfacer un sentimiento de *incompletud*? ¿No es de ese lado que hay que buscar la explicación de la fascinación que ejercen en Joaquín los toreros, "héroes del hampa"; algunos boxeadores como Carpentier, "el efebo apolíneo"; los gigolós, como ese Bibi con el cuerpo tatuado que se impone "con su figura hercúlea de amante, de macho hermoso y dominador"¹²⁵; los militares, como aquellos que conformaban ese "batallón de muchachos, hermosos como semidioses, marchando marcialmente al son de pífanos y tambores"¹²⁶; los marinos, como esos mancebos del Jeanne D'Arc "tan jóvenes y distinguidos" que tocan las costas chilenas¹²⁷, sin hablar de los jockeys o de esos argentinos satisfechos e insolentes, "con su aire de salvajes elegantes", que conquistaban París "con su tango y su desfachatez"¹²⁸.

No obstante el interés manifiesto por los ejemplares descritos, el escritor, a través de sus personajes, expresa una clara hostilidad hacia las tendencias homofílicas. "Odiaba por instinto los vicios antinaturales, declara a propósito de Eduardo, pero por una extraña depravación de los sentidos, gustábase pasar a veces ante un *Ceylan tea* o ante un *Palmyr's bar* en que sabía resucitaban triunfantes

¹²⁰ *El monstruo*, pág. 57.

¹²¹ *Criollos en París*, pág. 16.

¹²² "El meteco en la guerra", *La Nación*, 14 de noviembre de 1927.

¹²³ "Bajo el cielo de París" (cf. 68).

¹²⁴ *El inútil*, pág. 101.

¹²⁵ "El billete de banco" in: *Cuentos de todos colores*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1912.

¹²⁶ *El inútil*, pág. 138.

¹²⁷ "El pabellón francés en el Pacífico" (cf. 74).

¹²⁸ *Criollos en París*, pág. 16.

dos vicios que habían hecho tristemente célebres a dos ciudades antiguas: Sodoma y Lesbos¹²⁹. En su novela siguiente, *El monstruo*, Edwards vuelve a aludir a este tipo de establecimientos calificados de “antros asquerosos” poblados por “seres inmundos que al pie de la Basílica del Sagrado Corazón empiezan a vivir a la hora del crepúsculo” como “los murciélagos, cornejas i lechuzas que revolotean sinietras al anochecer por los campanarios de las iglesias de aldea¹³⁰”. En *Criollos...* Pedro Plaza se estremece al pensar que la casa de Jorge Dueñas, a quien ha ido a visitar, es “una cueva de maricas” y, a pesar de haber declarado lo complejo que es el tema (“en esto de maricas es difícil disertar”) y cuestionado el principio de normalidad (“todos somos anormales”), no vacila en afirmar que, de todos los seres que escapan a la norma, “el homosexual, el que ama a los de su propio sexo, es el más desagradable y hasta repugnante¹³¹”.

Como se habrá constado, en la descripción que hace Baudelaire del dandy, el amor no aparece como un rasgo distintivo, propio del personaje. El amor supone intercambio, don, abnegación, respeto e interés por el otro, olvido de sí mismo, atributos todos que resultan más bien ajenos a ese ser pendiente de su yo, de su apariencia, de su placer que es el dandy. Como el play boy de nuestros tiempos, el dandy es un especie de Don Juan, de abeja inquieta que va de flor en flor en busca de alimento; que procura seducir más que convencer; que percibe la vida no como algo natural, que fluye por sí solo, sino como una pieza de teatro en la que cuentan las máscaras, los maquillajes, los vestuarios y los decorados. Para realizarse, el dandy necesita impresionar al otro, con buenas o malas artes. Más que una igual, la mujer es para él un auxiliar, una vitrina que le permite hacerse valer y notar.

Desde muy joven —producto de sus lecturas, del medio social y de la época en que le tocó desarrollarse— Joaquín estuvo convencido que París constituía el marco ideal para amar. Ahí estaba, para atestiguarlo, toda esa galería de heroínas, todas esas pecadoras virtuosas —Marion, Manon, Mimi Pinson, Nana, Margarita Gauthier, etc.— que eligieron la Ciudad Luz como sitio ideal para dar la medida de su amor y de su humanidad. Una y otra vez, Edwards cita la frase de Darío: “tus abuelas están en Castilla, pero tu amada está en París”. Sólo ahí se puede vivir el amor perfecto y encontrar a la mujer soñada. Hay ciudades propicias para el amor y otras donde éste resulta apenas concebible: “Si me dicen que hay una gran novela de amor que se desarrolla en Chiloé, exclamo: no puede ser. Para amores Florencia, París, Roma. Chiloé no, por ningún motivo¹³²”. El amor “patina en París” e invade cada uno de los rincones de la ciudad. Se le respira como la brisa marina y se le contempla a través de jóvenes parejas que cruzan por doquier largos “besos desaprensivos y espontáneos, salivosos y explosivos¹³³”. Recién llegado a París y de vuelta de una larga velada con su amigo Pedro Plaza, Tonio Salcedo vaga a través de “calles nocturnas inflamadas de amor” y saturadas de deseo.

¹²⁹ *El inútil*, págs. 101-2.

¹³⁰ *El monstruo*, pág. 49.

¹³¹ *Criollos en París*, págs. 175 y 178.

¹³² Alfonso Calderón, “Joaquín Edwards Bello. Ocho conversaciones”, *Atenea*, Enero-Marzo 1968, N° 419, pág. 16.

¹³³ *Criollos en París*, pág. 21.

En este escenario excepcional, la mujer francesa, la parisina en particular, nos aparece como el prototipo acabado de la amante: "tiene un arte especial para hacer creer en el amor al más escéptico y desilusionado"¹³⁴. La simbiosis entre ella y la capital es tan grande que, al salir de París, se despoja de su calidad de parisense, "pierde el efluvio que sale en París de las entrañas del suelo y nos envuelve"¹³⁵. ¿Cómo visualiza Joaquín este arquetipo femenino? Como una mujer de unos "treinta años, graciosa, inteligente, pizpireta y con una gran cara de humanidad"¹³⁶. El término "humanidad" es quizás el que mejor da cuenta del atractivo que ejerce la francesa en el cronista. Contrariamente a la joven latinoamericana, hermosa, pero distante y altanera a los ojos de Joaquín, la francesa se le antoja como una persona tierna y caritativa, que sabe ver el lado amable de la vida, que tiene la virtud de admirar y es capaz de dar juicios originales y generosos. Desprovista de esa "horrenda seriedad facial que mata" propia de algunas mujeres de nuestro continente, las que el escritor conoce en París presentan un aspecto tranquilizador, materno, positivo que favorece la comunicación y el contacto¹³⁷. Son de una naturalidad que llega a desconcertar¹³⁸ y raramente pierden el sentido de lo real y cotidiano. Un buen ejemplo de ello lo constituye Lisette, la *petite amie* de Pedro Plaza que, incluso en los peores momentos de la relación, está preocupada del zurcido de los calcetines y del lavado de las camisas del amante ingrato. "Ponte a vivir con una gabachita como lo hago yo -aconseja el argentino Bollini al mismo Pedro, interesado por la chilena Lucía Salcedo-; no te hablarán de Confucio ni de Strawinsky, pero te darán buena comida y te pegarán los botones"¹³⁹. Esta marcada orientación hacia lo concreto, característico de la pequeña burguesía europea, no inhibe para nada el sentimiento ni la capacidad de amar, muy por el contrario: "La francesa -expresa el mismo Bollini- es la mujer más amorosa del mundo. Cuando se entrega es un perrito"¹⁴⁰. Sin que se lo proponga expresamente, su encanto termina por tener efectos financieros: "Es la única que dice con su cara de miel: *J'aime beaucoup les étrangers*. Y esta declaración a la larga nos cuesta el dinero que hace marchar el comercio quintaescenciado de la Ville Lumière"¹⁴¹.

Aun cuando Joaquín, hablando por boca de Plaza, hace alusión a la extrema variedad de parisinas ("La mujer en París es una sinfonía musical, desde la reina de Armenonville, a la buscona del *fortif*"¹⁴²), hay dos tipos femeninos que polarizan claramente su interés: el primero lo integran las costureritas de las grandes casas de moda a quien designa a menudo por uno de sus apelativos en francés

¹³⁴ "Chilenos en París" (cf. 87).

¹³⁵ "Aventura del Folies Bergère", *La Nación*, 25 de noviembre de 1954.

¹³⁶ "Impresiones de París después de ocho años" (cf. 98).

¹³⁷ "La primera dama de Francia y Mistinguette", *Zig-Zag*, 14 de enero de 1956.

¹³⁸ "En el salón más aristocrático del barrio del Saint Germain, se oye exclamar a una marquesa: Voy a bailar. No puedo estar sentada porque me molestan las almorranas" ("Relámpagos de París" *La Nación*, 2 de agosto de 1926).

¹³⁹ *Criollos en París*, pág. 257.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pág. 286.

¹⁴¹ "Impresiones de París después de ocho años" (cf. 98).

¹⁴² *Criollos en París*, pág. 40. - Fortifs: márgenes de una ciudad.

(*midinette* o *trottin* o *cousette*); el segundo, las *demi-mondaines*, es decir esas cortesanas “con aires de reinas” a las que aludimos al referirnos a la bella Otero.

Las *grandes cocottes* –a las que vacilamos en calificar de “prostitutas elegantes” por temor a que el factor sexual haga olvidar algunas grandes cualidades que las ennoblecieron– constituyen una categoría social típica del París de la Belle Epoque. Joaquín Edwards no se cansa de admirarlas, de describirlas, de evocarlas. En *El inútil* se menciona a la Otero (“de ojos grandes y cuajada de brillantes” paseándose por el Bosque de Boloña junto a otras cocotas famosas tales como Cléo de Méraude, la Dorgère “con su naricita respingada” o la Cavalieri con su cuello de cisne y sus ojos relucientes como piedras preciosas¹⁴³; En *El monstruo* se nos muestra a mademoiselle Polaire jugando en la gran mesa del Casino de Enghien y profiriendo “frases de carretero aprendidas en las veredas tortuosas de Montmartre en la época de su iniciación”¹⁴⁴. En *Criollos...*, a Polaire jugando en el mismo Casino, sólo que el autor atrae esta vez la atención sobre su físico delgado en abierto contraste con los de Dartaix, Damia o Emilienne d’Alençon que producen “efecto de belleza bizantina”. También está ahí la Massigny, con sus “ojos radiantes, rodeados de ojeras azules”, la Cavalieri y otras “bellezas de tarjetas postales” cubiertas de joyas, “*entretenidas*”¹⁴⁵ por magnates y salidas nadie sabe de dónde¹⁴⁶. Mujeres *divinas, inolvidables, con grandes aires de reina...* Ningún atributo es suficientemente elocuente para describir a estas beldades de comienzos de siglo.

¿Cómo explicar esta fascinación? ¿Qué le atrae tanto en estas divas que, por más de un rasgo, prefiguran las grandes estrellas hollywoodenses? ¿Su elegancia? ¿Su belleza? Como ya lo veremos, el hecho de tratarse de objetos de difícil acceso resulta atractivo para Joaquín. Hay que ser el rey Manuel de Portugal para tener una amiguita como Gaby Delys o Leopoldo de Bélgica para disponer de una amante como Cléo de Méraude, un hombre rico, un galonado apuesto o un jockey famoso para pretender la escolta de Gaby Naval o de Lina de Milan. Un hombre común y corriente tendrá que contentarse con mirarlas de lejos. Sus joyas y vestuarios, los lugares que frecuentan, los caprichos que se permiten las vinculan a ciertas deidades antiguas que despertaban un sentimiento de lejanía y admiración. Tanto como eso excita al joven chileno la dimensión subversiva y, en cierto sentido, hereje que se deriva de ese *demi-monde* tan ajeno a las tradiciones hispano-americanas. Ni el origen modesto de una gran parte de ellas ni el oficio que ejercen impiden que brillen en los mejores salones de la capital y que sean acogidas con admiración y simpatía. “¡Adelante las diosas!” exclama d’Annunzio abriéndoles el paso. Como observa muy bien Edwards, “pueden entrar en París a todas partes. Son el mejor adorno en los teatros, en los restaurantes y en el bosque de Bolonia. Las admiran y sienten orgullo por ellas”¹⁴⁷. “Reinas sin corona”, el pueblo

¹⁴³ *El inútil*, pág. 83.

¹⁴⁴ *El monstruo*, pág. 38.

¹⁴⁵ En lugar de emplear el término español correspondiente (mantenidas), el autor utiliza un galicismo, calco del francés *entretenues*.

¹⁴⁶ *Criollos en París*, pág. 152.

¹⁴⁷ “Gath y Chaves”, en: *Crónicas del Centenario* (J.E.B., Zig-Zag, Santiago, 1968) pág. 76.

no reniega de ellas, sino por el contrario, las considera con veneración y las siente cercanas a él, quizás porque muchas salieron de su seno o porque, lo mismo que Joaquín, las percibe como “más humanas, más caritativas y comprensivas que las del gran mundo”¹⁴⁸.

“La virtud revestida con la apariencia del pecado”, dice el escritor refiriéndose a una de ellas. En efecto, las *demi-mondaines* constituyen para él un desmentido a toda una tradición de origen medieval que opone virtud a ligereza y que asimila ésta a lo abyecto y pecaminoso. No tienen necesidad de ir a las iglesias para ser humanas y bondadosas; ni recibir lecciones de moral para ayudar al prójimo. Como no necesitan de manuales de buenas maneras para saber cómo caminar, conversar o seducir. Su encanto parece congénito... o es el resultado de “varios siglos de gracia”. Naturales, bellas, magníficas interior y exteriormente, el contacto con esas “mujeres de estampas inolvidables” resulta, además de halagador, profundamente enriquecedor. “En París la cocotte es maestra de almas, escribe Joaquín. En ellas se aprende buen gusto y piedad humana”¹⁴⁹.

A las contradicciones ya expuestas (pecado cubriendo la virtud, distinción no aprendida, tolerancia social a pesar de su calidad de cortesanas), se agrega el hecho que, la mayoría de ellas son amantes de hombres casados que las exhiben públicamente; lo que, de toda evidencia, constituye un atentado contra uno de los siete sacramentos instituidos por la Iglesia. Poseedora de una larga e ilustre tradición al respecto, la sociedad francesa se acomoda perfectamente a estas prácticas que, en muchas otras partes, serían fuente de escándalo. Edwards Bello, por su parte, se siente encantado de descubrir una sociedad regida por principios fundados en la razón y en el placer más que en la represión, el temor y la culpabilidad.

El otro tipo femenino que atrae y enternece a Joaquín es el de la *cousette* u obrera de la costura. Contrariamente a la *demi-mondaine* que resulta inaccesible para un joven como él, la *cousette* es una chica sencilla, espontánea, sedienta de afecto, que acepta resignada su destino de proletaria al servicio de las damas del *gran mundo*. El hecho de pertenecer a familias modestas, de poseer una instrucción limitada o de residir en barrios populares, no contraría en ellas ni el desarrollo del gusto ni el de las buenas maneras. Recordemos que no se trata de obreras comunes, sino de trabajadoras de la alta costura que, lejos de mirar con resentimiento a la clientela para la cual laboran, las consideran con un sentimiento en el que se conjugan la admiración y la envidia. Su sueño no es, en absoluto, la abolición del régimen social imperante, sino, al contrario, llegar a ocupar algún día el lugar de esas grandes burguesas a las que visten y embellecen. La tarea no es fácil y ellas lo saben muy bien. Por eso es que raramente pierden de vista sus orígenes o su condición. Realistas, conocen perfectamente sus límites y sus deberes. Románticas, no vacilan en aceptar cualquiera aventura susceptible de iluminar la vida tediosa y rutinaria que es la suya.

¹⁴⁸ “El caso de Naná” (cf. 43).

¹⁴⁹ *Memorias*, pág. 15 (cf. 17).

Como se habrá comprendido, entre este tipo social y aquel al que pertenece Joaquín media un abismo. ¿Qué de común puede haber entre este joven latinoamericano rico, ocioso, de buena familia, de un excelente nivel cultural, con un porvenir lleno de promesas y aquella trabajadora precoz, de origen modesto, mal pagada, enfrentada diariamente a los problemas de la supervivencia? No es, pues, sorprendente que esa muchacha pobre, algo ingenua, con la cabeza llena de ilusiones, se interese por un extranjero hermoso y afortunado e incluso llegue a creer en sus promesas de matrimonio. Resultan menos evidentes las razones que puede tener éste para sentirse atraído por aquélla. Podemos, no obstante, adelantar algunos juicios basándonos en comentarios del propio autor.

Un primer elemento que llama la atención cuando uno trata de circunscribir la vida sentimental de Edwards durante su *larga estada* en París es la desaprensión, por no decir el cinismo, con la que se refiere (al igual que sus símiles o porta-vozes literarios) a las chicas a que aludimos. Más que de objetos amorosos, cuando se nos habla de Lisette, Germaine, Chiffon, Marie Voisin u otras, tenemos la impresión de enfrentarnos a objetos de placer y de figuración. Es raro, por lo demás, que Joaquín emplee el término *amor* para describir las experiencias con esas jóvenes; la palabra *aventura* resulta más adecuada, asociada a veces al término *bohemia*. “Yo he hecho dos bohemias, declara a La Dama Audaz el año 27: la dorada y la de la amada mal vestida”. A decir verdad, de la “bohemia dorada” casi no disponemos de testimonios; en cuanto a la otra, es de suponer que equivale ya sea a esos “amores de un día” compartidos con “morenas ardientes y rubias pálidas” a los que alude en *El inútil*¹⁵⁰ ya sea a las aventuras algo menos efímeras con las *cousettes* que conoció alrededor de la Ópera o de la Plaza de la Magdalena. Lo que no parece suficiente para avalar la afirmación de G. Ewart según la cual “si se filmara la historia de J.E. entre 1904 y 1920, habría serios tropiezos con la censura”¹⁵¹.

El interés del escritor por esas Mimí a las que alude con frecuencia parece fundado en una razón: se trata de jovencitas mucho más modestas que él, de una aproximación fácil, dóciles, sin ninguna de las “complicaciones” de la burguesas latinoamericanas y dotadas, al mismo tiempo, de una gran ternura, de cierta inteligencia práctica y, sobre todo “de ese encanto especial inefable de la verdadera *trotin*”¹⁵². Es verdad que a veces dejan traslucir hábitos o maneras que delatan sus orígenes sociales; o que no disponen de los medios que les permitan proyectar una imagen aceptable entre gente de cierta categoría. Pero para eso están sus caballeros quienes —lo mismo que Higgins en el caso de Pigmalión— poseen, además del dinero, la fórmula para “transformar la crisálida en mariposa”¹⁵³. Fórmula que declina solemnemente el viejo Tajuña, tras haber olfateado a Chiffon “como verdadero perro sabueso”: *cuestión de asearla y ponerle plumas*¹⁵⁴.

¹⁵⁰ *El inútil*, pág. 102.

¹⁵¹ Germán Ewart, “Joaquín Edwards Bello”, (cf. 118).

¹⁵² “El incendio del Moulin Rouge”, *Cuentos y Narraciones*, Nascimento, Stgo., 1980, pág. 45.

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ Idéntica expresión utiliza en *Criollos...* a propósito de dos modistas de la célebre casa Worth.

De cualquier manera, se trata de chicas suficientemente honestas para que, a juzgar por lo que dice P. Plaza, se pueda confiar en ellas desde el punto de vista profiláctico: "Yo tengo *mina* higiénica —dice Pedro refiriéndose a Lisette, precisamente para no frecuentar los burdeles—. A lo que su interlocutor, el joven Williams, responde: "El puchero, por muy higiénico, cansa. A veces uno apetece ostras"¹⁵⁵. Las comparaciones entre el consumo alimenticio y el consumo humano no son excepcionales en la pluma de J. Edwards. Así, en una crónica enviada a Chile el año 25, expresa: "Al rodar del tren que nos lleva a la capital, ya vamos pensando en las parisienses, en las cabelleras doradas, los talles de avispa y las naricitas respingonas. Pensamos darnos un atracón de madamas, lo mismo que nos daríamos un atracón de langostinos o de ostras"¹⁵⁶. ¿Está consciente Joaquín que reflexiones como éstas inducen al lector a pensar en la antropofagia? ¿Se da cuenta —cuando habla de "asearlas" "ponerles plumas", "mina higiénica"— de estar reduciendo a sus *novias* a la condición de muñecos pasivos no contaminados? De cualquier manera, no hay duda que dicho lenguaje no es el del amor entre seres humanos.

Tal como ya se ha sugerido, las *cousettes* que interesan al cronista presentan, además de sus encantos personales, varios atributos que facilitan la aproximación. Así por ejemplo, el impulso inicial proviene a menudo de ellas, lo que reduce considerablemente el trabajo de conquista, hecho muy positivo cuando se trata de un joven de naturaleza tímida como Joaquín. Otro elemento digno de ser tomado en cuenta es que son muchachas "mostrables", es decir, suficientemente atractivas para exhibirlas en cualquier parte y recibir de rebote el beneficio narcisista que procura el ser visto con una mujer bonita: "La idea de lucirla (a Lisette) en la Ópera, en una butaca delantera, le parecía un programa seductor", expresa Edwards por boca de Pedro Plaza. Recordemos una vez más que se trata de chicas humildes, absorbidas por problemas económicos, con un horizonte limitado, lo que las hace sensibles a cualquier hecho o persona susceptibles de substraerlas a una existencia gris y, al mismo tiempo, favorece los designios sentimentales de todos esos jóvenes extranjeros que llegaban a París en busca de aventuras fáciles. En ninguna de las páginas de Joaquín encontramos un testimonio en que se haga alusión a encuentros con muchachas de su nivel cultural o de su condición social. Edwards parece perfectamente consciente de esta actitud: "Siempre he sentido preferencia por impresionar entre personas modestas antes que ser un piojo entre personas importantes"¹⁵⁷. En la crónica de donde se extrajo esta declaración, el narrador trata de seducir a Marie Voisin —costurera domiciliada en Montmartre, en cuya casa había tomado pensión— dejando a la vista, en su habitación, objetos inquietantes (retratos de anarquistas, un cuchillo, un revólver...), ostentando sus dotes de políglota y haciéndose pasar por el hijo del dueño del Banco Edwards de Valparaíso. Esta tendencia a impresionar a gente modesta debe haber estado muy anclada en el joven Edwards ya

¹⁵⁵ *Criollos en París*, pág. 124.

¹⁵⁶ "Impresiones de París después de ocho años" (cf. 98).

¹⁵⁷ "Bancos de las mil y una noches", en: *Historias de bancos, bancos con historia*, Ediciones La Ciudad, Santiago, 1983.

que alude a ella en varias ocasiones. Así, en *Criollos en París*, asistimos a una escena donde aparecen Pedro y su amigo Williams, sentado sobre los gruesos muslos de una argelina, en un prostíbulo de la Puerta Saint Denis. Refiriéndose al primero, Joaquín escribe: "Le agradaba llamar la atención o *epatar* a las mujeres, así fueran barrenderas. Se puso a presumir con la patrona ofreciendo pitillos en su cigarrera de oro macizo, que pasaba de mano en mano. La berebere pidió con su boca enorme y jugosa: -Dame tu pañuelo. -Toma, dijo Pedro. En tu vida tuviste uno igual. Es de Charvet"¹⁵⁸.

Aunque modesta y falta de instrucción, *la cousette* no carece ni de viveza ni de inteligencia, muy por el contrario, templada "por el rudo aprendizaje del taller y la miseria, puede llegar a ser la Pompadour o la Maintenon¹⁵⁹ de nuestra sociedad con poquito esfuerzo"¹⁶⁰. Lo que la hace acreedora a la admiración del cronista y —como en el caso de la *demi-mondaine*— contribuye a legitimar su acendrado resentimiento hacia una clase a la que él mismo pertenece.

A pesar de las numerosas alusiones a esas jóvenes costureras, es difícil saber con precisión a cuántas de ellas conoció y cuál fue la naturaleza exacta de sus relaciones. Le gustaba a Joaquín presumir de sus aventuras femeninas y divulgarlas a través de cartas o testimonios fotográficos que enviaba a sus amigos chilenos. Se puede desde luego asegurar que varios de los nombres que nos libra no constituyen sino variantes de uno solo, Germaine Michel, a la que confirió el apodo de Chiffon. Andrés Balmaceda la conoció en un bar, vecino al casino de Vichy donde, debido a su corta edad, no tenía acceso. Transida de frío, esperaba que Joaquín terminara de jugar. "Parecía una colegiala disfrazada con el traje de su mamá" —escribe Balmaceda en sus *Recuerdos*¹⁶¹. La noche siguiente vuelven a encontrarse en el vestíbulo de un teatro de la misma ciudad donde se presentaba *La dama de las camelias*:

"Chiffon vestía un traje como de cuentos de hadas (...) adornado con hileras de perlas y tules que la envolvían por todas partes y que por momentos la enredaban sin saber qué hacer con ellos (...). Uno quería creer que era una dama, pero era más una muñeca. Más tentaba de la risa que producía admiración. Su sitio adecuado habría sido en una vitrina de exhibición en los boulevards, no en el teatro. Y descontemos las piochas de brillantes, las pulseras y las sandalias doradas con hebillas de perlas".

La continuación y el final de la historia tienen ribetes de tragi-comedia. Alguien se enreda en la cola del traje de Chiffon, la empuja y ruedan por el suelo, deshechos, todos sus abalorios. Una vez en la sala, la muchacha se indigna al ver que Armando retribuye los favores de Margarita lanzándole un montón de billetes en la cara y lo increpa duramente desde su palco. El público reacciona protestando y la jovencita junto a Joaquín y demás acompañantes optan por abandonar el

¹⁵⁸ *Criollos en París*, pág. 128.

¹⁵⁹ La Pompadour: amante del rey Louis xv. Madame de Maintenon: amante del rey Luis xiv.

¹⁶⁰ *La Cuna de Esmeraldo*, pág. 53.

¹⁶¹ *Bajo el polvo de los años*, pág. 31 (cf. 89).

teatro. En la calle llueve a cántaros. "Fue una odisea poder subirla a un fiacre, donde seguimos mojándonos. Por último Chiffon, para tener algún movimiento, se arrancaba a pedazos el traje que iba arrojando a la calle. Terminada la operación, desnuda, con sus escasos paños menores, hubo que meterla en un abrigo y bajarla en el hotel, haciendo creer que venía accidentada"¹⁶².

Poco tiempo después, Balmaceda vuelve a encontrar a la pareja, esta vez en París, en el Bosque de Bolonia. La relación entre ambos -Joaquín y su amiga- se había deteriorado. Sin cruzar muchas palabras, los tres cenan en un pequeño restaurante. Mientras esperaban el café, Edwards se levanta con el pretexto de ir al baño. No regresa, pero Chiffon no se inmuta, pues está segura que, poseído por su demonio habitual, partió en dirección al *Círculo de los Meridionales*, su habitual club de juego. La muchacha aprovecha la ausencia de Joaquín para desahogarse y cuenta a su interlocutor que, obsesionado por el vicio que lo corroe, el joven ha terminado por desentenderse de ella y considerarla como una carga.

"Chiffon -concluye Balmaceda- era una criatura ingenua, inocente. Había abandonado su hogar, pobre seguramente, pero en el fondo de su ser llevaba impresas ideas de moderación, de orden, de respeto (...). En un arranque de pasión, lo abandonó todo por este príncipe que ella vestía en su imaginación con atributos deslumbrantes que no eran sino la fe y el fuego con que se entra en la vida en alas del primer amor"¹⁶³.

Pronunciada tendencia narcisista; atracción por ciertas divinidades del *demi-monde*; experiencias repetidas y cambiantes con jóvenes modestas a las que trata de deslumbrar; frecuentación de prostíbulos; dificultad aparente para desarrollar relaciones amorosas con mujeres del mismo nivel social y cultural: ¿existe una relación entre estas diversas manifestaciones conductuales?, ¿o un origen común? ¿Pueden integrarse a una teoría psicológica que, en forma coherente, dé cuenta de ellas? Sin ser especialistas, pensamos que el psicoanálisis (respecto al cual, sea dicho de paso, Edwards expresó las mayores reservas) constituye un marco de referencia adecuado susceptible de proporcionar elementos de respuesta a las preguntas planteadas.

Parece casi superfluo recordar el énfasis que Freud y sus seguidores acordaron a los primeros años y al rol del padre y de la madre en la constitución de la vida psíquica de un individuo. Estudiando la organización de la libido en el desarrollo del ser humano, el médico vienés distinguió cuatro etapas sucesivas, caracterizando a cada una por determinadas funciones y por la selección de un objeto y de una zona erógena. El célebre "complejo de Edipo" -al que Joaquín se referirá en varias ocasiones en forma despectiva- está ligado a la fase fálica de la sexualidad (dos o tres años), momento en que el niño comienza a jugar y a excitarse con su sexo. A este nivel de la evolución, se opera un proceso muy importante consistente en una tentativa más o menos lograda de identificación con el padre, considerado como

¹⁶² *Ibid.*, pág. 33.

¹⁶³ *Ibid.*, pág. 35.

símbolo de autoridad y fuerza física, paralela a un sentimiento libidinal hacia la madre y a un deseo de reemplazar a aquél, considerado como un rival. El complejo de Edipo es destruido por el llamado "complejo de castración" que conlleva el rechazo del incesto y la asunción simbólica de la ley y la autoridad.

Otra noción importante de la teoría freudiana es la de *narcisismo*, concebido ya sea como una etapa normal de la evolución del niño caracterizada por el descubrimiento y la apropiación de su propio cuerpo (narcisismo primario), ya como la proyección de la libido sobre una identidad exterior al sujeto, pero que no es otra que la imagen por la que aquel se toma (narcisismo secundario). Como es sabido, el término remite al mito de Narciso quien, obnubilado por su propia imagen, termina por perecer en las mismas aguas en que se contemplaba.

La confrontación de los conceptos recién expuestos con determinados rasgos de la biografía del escritor induce a pensar que éste no logró franquear la fase narcisista; que no existió identificación paterna; que hubo un Edipo mal resuelto; y que no se produjo la castración simbólica que pone término a aquél.

Entre los elementos psicológicos que caracterizan al cronista hay uno en que, salvo unas cuantas personas que lo trataron de cerca, no se ha insistido bastante: su timidez¹⁶⁴ (resultado quizás de las carencias recién señaladas) que Joaquín trata de compensar mediante actitudes que proyectan por momentos la imagen de un hombre seguro, atrevido y hasta cínico.

Pero volvamos al complejo de Edipo. Varias veces en el curso de este trabajo hemos aludido al contraste de carácter entre cada uno de los progenitores de Edwards Bello. Por un lado, un padre severo, circunspecto, ajeno a las expresiones de ternura; por otra, una madre sensible, refinada, romántica, accesible. Poco elocuente cuando se trata de su familia cercana, Joaquín es particularmente reservado en lo que se refiere a las relaciones con su madre. Sabemos que ella financió la impresión de *La Juventud*, que siendo ya un adulto, le envía dinero a Europa¹⁶⁵; que no leía sus artículos y sufría cuando se atacaba a su hijo en los periódicos¹⁶⁶... En 1943, a escasos días de su deceso, Edwards escribe a María Letelier a propósito de doña Ana:

"Ahora estoy preocupado por mi mamá, a quien quiero mucho y creo que la voy a perder. Delira conmigo porque recuerda que la quiero y si hubiera sido pobre estaría conmigo. En París yo di a mi mamá los mejores ratos porque la llevaba a las partes más lindas y romántica como a una niña... con Cuevitas (...). Yo le llevaba amigos para ella y no *snoobs*"¹⁶⁷.

Sin precisar a cuál de las estadas se refiere, Gonzalo Vial escribe en las páginas dedicadas a Edwards en su *Historia de Chile*:

¹⁶⁴ De "orgullosa y tímida" lo califica H. Díaz Arrieta que lo conoció bien.

¹⁶⁵ En una carta que se conserva en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, Joaquín le escribe desde España: "Estoy anonadado con su bondad. No tengo otra palabra para expresarle mi sorpresa y agradecimiento. Esto me permitirá quedar en España bastante tiempo, pues lo repartiré en mensualidades" (carpeta 706, Archivo del escritor).

¹⁶⁶ Germán Ewart, "Joaquín Edwards Bello" (cf. 118).

¹⁶⁷ *Epistolario sentimental*, pág. 64.

"Vivía con su madre a la cual adoraba. La relación entre ambos era curiosa, pues la señora, simultáneamente se enorgullecía de la apostura y los éxitos amorosos de Joaquín y temía que la vida alegre lo perdiera" (una novela posterior, *Criollos en París*, sirvió a Edwards para describir esa dualidad de los sentimientos maternos...)¹⁶⁸.

De hecho, el agrado de la madre no sólo deriva del éxito del hijo con determinadas mujeres, sino -lo que resulta aún más significativo- del hecho de ser considerada en ocasiones como una de ellas: "Rejuvenecía (doña Rosario) cuando a ella y a su hijo (Pedro) les tomaban por amantes. No veía malicia ni pecado"¹⁶⁹.

Gregorio Marañón, médico y ensayista español por el que Edwards Bello sentía gran respeto, estudió las repercusiones del complejo de Edipo en el pedagogo suizo Henri Frédéric Amiel¹⁷⁰, autor de un célebre *Diario*. Buena parte de sus puntos de vista nos interesa en la medida en que, a nuestro juicio, pueden ser aplicados al autor de *El inútil*. Un primer punto que vale la pena destacar es el de la concordancia psicológica entre el padre de éste y el padre de aquél, tendero ginebrino al que Marañón describe en los siguientes términos: "era seco, imperativo, hosco, aunque recto; con esa bondad aséptica de los puritanos (...): muralla admirable para ser contemplada por los extraños, pero inexpugnable para la ternura de los suyos"¹⁷¹. Carolina Brandt, la madre de Amiel nos es descrita como una "mujer bella, dulce y delicada", es decir con rasgos que podrían ser aplicados a doña Ana Luisa. El padre y la madre de Federico murieron cuando él tenía 13 años y, años después, éste deja estampado en su *Diario* los sentimientos que abriga por cada uno de ellos. Del primero escribió: "Si mi padre hubiera vivido me hubiera hecho sufrir mucho"; de la segunda: "Dios me debió dejar a mi madre; mi vida hubiera sido entonces completamente distinta"¹⁷². Ahora bien, si Joaquín raramente se refiere en términos hostiles hacia su progenitor, no nos disimula el verdadero terror que a veces le inspiraba ni su frustración por no haber recibido de él mayores muestras de afecto. Afecto que, en cambio, le testimoniaba su madre y, más aún quizás, su mamá: "En toda mujer necesito ver a mi *mama*. Siempre he necesitado una mujer que me acaricie como si todavía fuese un niño"¹⁷³. Es muy probable que el desnivel afectivo a que hemos aludido haya determinado toda su vida psicológica, dando pie, por un lado, "a un sentimiento de desvío hacia el padre autoritario" y, por otra, a una fijación y a una exaltación de la imagen materna. El caso es similar al de Amiel quien, según palabras de Marañón, "condicionó su libido en la dirección de un ideal elaborado con elementos maternos seguramente sublimados, convirtiéndose en un caso de lo que hemos llamado "el fetichismo del ideal"¹⁷⁴. Consecuencia de lo anterior:

¹⁶⁸ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891 - 1973)*, pág. 72 (cf. 75).

¹⁶⁹ *Criollos en París*, pág. 69.

¹⁷⁰ Gregorio Marañón, *Amiel*, Espasa-Calpe, S.A., 10ª ed., Colección Austral, Madrid, 1963.

¹⁷¹ *Ibid.*, pág. 85.

¹⁷² *Ibid.*, pág. 85.

¹⁷³ G. Ewart, "Joaquín Edwards Bello", (cf. 118).

¹⁷⁴ Marañón, *Amiel*, pág. 201 y (cita siguiente) pág. 202.

una persecución incesante tras ese ideal inalcanzable ; una sed que “no puede satisfacerse nunca a pesar de abreviar en tantos manantiales sucesivos”.

Amiel no fue el único caso humano que interesó al médico madrileño. Varios años antes, había escrito un “ensayo biológico” sobre otro tímido, Enrique IV de Castilla,¹⁷⁵ con características diferentes de las de aquél pero en el que también encontramos por lo menos dos rasgos ya detectados en Edwards: la tendencia a hacer alarde de sus aventuras femeninas y la atracción por mujeres de condición social inferior a la que se une un gusto por “el trato con gente villana”¹⁷⁶. Es de presumir que tanto su interés por las semi-mundanas inalcanzables como el demostrado por muchachas modestas e incluso por los amores venales tengan un origen similar: la no superación del complejo de Edipo. En el primer caso, se trataría de un auto-sabotaje, es decir, de un intento de relación que se sabe condenada a priori; en el segundo, de un intento destinado a alejarse lo más posible de la noble imagen materna.

6. JUEGOS DE AZAR

¿Cómo ocupó su tiempo Edwards Bello durante su “larga permanencia” en París? ¿A qué actividades se dedicaba? Recordemos las palabras de Baudelaire a propósito del dandy: “un hombre rico, ocioso... que no tiene otra ocupación que correr tras la pista de la felicidad”. Aunque parezca superfluo señalarlo, hay un hecho fundamental que es necesario tener presente: Edwards, contrariamente a la mayoría de los parisinos de su edad¹⁷⁷, no trabajaba ni dependía de un salario. Tampoco se dedicaba a los negocios ni proseguía estudios universitarios. Ni siquiera podría calificársele de “turista”, pues, por definición, un turista es alguien que permanece brevemente en un país y se desplaza. Visto de cierta perspectiva, Joaquín es un *marginal acomodado* a medio camino entre el turista y el residente; se aparenta al primero por el hecho que no está verdaderamente inserto en la sociedad donde se encuentra; se diferencia de él en el tiempo de residencia. Más de una vez, al compararse con el resto de los chilenos que vivían en Francia por entonces, señala lo bien que conocía la capital. Importa, sin embargo, recordar que existen diferentes vías de acceso al conocimiento y que el suyo fue, esencialmente, resultado de la observación, de lecturas diversas (libros, periódicos, revistas...) y de contactos más o menos fugaces y superficiales. No existió, en su caso, un elemento estructurante ni una profundización seria y sistemática de sus vivencias, lo que se traduce en su literatura por un predominio de lo pintoresco y anecdótico.

Las informaciones que disponemos respecto a su actividad literaria o intelectual en París son relativamente escasas. Edwards no era hombre de bibliotecas ni de universidades ni de museos. Es posible que su espíritu libre y rebelde se aviniera mal con todo lo que insinúa la quietud, la clausura y la monotonía: los muros de

¹⁷⁵ Gregorio Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, Espasa Calpe, Col. Austral, 14ª ed., Madrid, 1997.

¹⁷⁶ *Ibid.*, págs. 110 y sgts.

¹⁷⁷ En 1912 J.E.B. tenía 25 años.

un espacio de estudio, la inmovilidad de una sala tapizada de cuadros, la rigidez de ciertos cenáculos, escuelas e ideologías. Entre las "ausencias" constatadas en este aficionado y cultivador de la pintura, una de las más sorprendentes es la relativa a los museos y pintores, los que excepcionalmente son mencionados, no tanto por su calidad artística sino por su relación con sensaciones o vivencias del escritor. Los cursos que se profesan en el Colegio de Francia o en las grandes facultades parisinas también parecen dejarlo indiferente: "Bastante más aprendía y me divertía en las calle de París, en la ciudad de la eterna aventura... Confieso que yo fui a La Sorbona solamente cuando me sentí pobre y aburrido. París me llamaba por otros lados..."¹⁷⁸. Esos *lados* el autor no se cansa de evocarlos: son las calles, céntricas o "extraviadas"; el Bosque de Bolonia y los Grandes Bulevares; las vitrinas de Cartier y los escaparates de los *bouquinistes*; la plaza Vendôme, símbolo de la elegancia, y la plaza Pigalle, centro de la bohemia; los mercados al aire libre, las salas de remate, los cafés, etc. Vagar, mirar, perderse entre la multitud anónima sin sentirse observado ni juzgado, gastar la energía excedentaria: ésas parecen haber sido las principales *actividades* de Edwards Bello en su querido París: "le gustaba a Pedro irse por los bulevares, entrar en los pasajes, mirar libros y rarezas en los escaparates, escuchar canciones en los rinconcitos mezclados con las muchachas que salen de los talleres comiendo guindas"¹⁷⁹. También le atraía el teatro y los dramaturgos a la moda (Henry Bernstein, Edmond Rostand, Sacha Guitry, etc.); lo que sucedía en el escenario como lo que ocurría en la sala, en el vestíbulo o en los pasillos; la evolución de los actores como las reacciones del público.

Aunque individualista e independiente, Joaquín no se conducía como un misántropo ni rehuía los contactos familiares o sociales. Varios de sus amigos y parientes cercanos residieron en París durante la Primera Guerra y aunque el escritor expresa su reticencia a frecuentar a la colonia chilena, es seguro que dedicó a conocidos y familiares criollos parte de su tiempo. Excelente charlador, buen conocedor de París, su presencia debió haber sido solicitada no sólo en el círculo de los residentes sino también entre los amigos de paso que buscaban a un cicerone experimentado susceptible de iniciarlos en los secretos de la capital. Bastaba saber que no se trataba de una compañía segura y que, en cualquier momento, podía evadirse subrepticamente de una tertulia, "olvidar" una cita o desaparecer por un tiempo, corto o largo, sin que mediara un razón evidente¹⁸⁰.

Llama poderosamente la atención el hecho que, no obstante el tiempo que pasó el escritor en París y exceptuando a sus *amiguitas* de paso, no haga nunca mención a relaciones o amigos del país. ¿Fueron sus contactos con los franceses puramente funcionales y formales (relaciones esporádicas de servicio o de cortesía)? ¿Nunca tuvo un amigo nativo con nombre y apellido con el que se reconociera alguna afinidad, con el que pudiera discutir y confrontarse, al que pudiera confiar decepciones y alegrías, hacer partícipe de su peculiar visión de Francia

¹⁷⁸ "La Sorbona", Zig - Zag, (Archivo J.E.B., fecha suprimida).

¹⁷⁹ *Criollos en París*, pág. 324.

¹⁸⁰ "Uno de mis mayores placeres consiste en despersonalizarme, esto es, en desaparecer físicamente" ("Película Valparaíso", *La Nación*, 17 de marzo de 1955).

y, en los momentos de nostalgia, hablar (o fabular) acerca de Chile y los chilenos? ¿O Edwards vivió París como una especie de locación vacía o poblada por criollos o por nativos identificados y fundidos en conjuntos sociales poco diferenciados? La respuesta a cada una de estas preguntas contribuiría a explicar no sólo la imagen que el escritor se forjó de la capital sino también su sensación de aislamiento y de rechazo no bien los vaivenes de la historia comenzaron a ensombrecer el cielo de la dulce Francia. El particular *status* del cronista en vísperas y durante la guerra; el hecho de verse asimilado a algunos latinoamericanos poco escrupulosos y que parecían insensibles al drama por el que atravesaba el país, jugó ciertamente también un papel en el desentendimiento entre aquel y sus anfitriones quienes no llegan a comprender que alguien pueda gastar y pasarlo bien sin disponer de ingresos visibles.

En cuanto a su actividad literaria, es necesario tener presente que, cuando Edwards volvió a París en 1912, su nombre ya era bastante conocido en Chile. En 1910 había publicado *El Inútil*, novela parcialmente autobiográfica que dio lugar a ácidos comentarios por parte de algunos sectores de la sociedad santiaguina y de los medios clericales. Un año después publicó *Tres meses en Río de Janeiro* y, al año siguiente, su novela *El monstruo, La tragedia del Titanic y Cuentos de todos colores*.

El mismo año 12, poco tiempo después de haber desembarcado en Francia, escribió *La cuna de Esmeraldo* que sólo vería a luz 6 años más tarde. La obra lleva un doble subtítulo (Observaciones y orientaciones americanas - Preludio de una novela chilena) y constituye un *bric à brac* (no desprovisto de interés) de escritos de diferente índole y género que anuncian no sólo *El roto* sino, además, parte de la temática que desarrollará ulteriormente en sus crónicas. Es interesante subrayar que el cambio de país y continente no lo hacen olvidar las realidades que ha dejado tras él y que, por el contrario, lo estimula para profundizar en ellas.

Fuera de la obra citada, Edwards escribió muy poco: unos cuantos artículos para la prensa chilena y algunas crónicas de guerra ("novedosas y sensacionalistas") destinadas a diarios españoles y mejicanos y que sólo conocemos de referencia¹⁸¹. No fue, pues, la actividad literaria la que absorbió la mayor parte de su tiempo en París; es por eso que Enrique Bunster no se equivoca demasiado al afirmar que, "en su Francia bien amada [Joaquín] vivió en el anonimato, sin imprimir una línea"¹⁸².

Tampoco tienta mayormente al joven chileno el contacto con hombres de letras. En un artículo de enero de 1948, Edwards declara: "Confieso mi carencia de afinidad con los escritores que buscan a otros escritores para hablar de literatura. Nunca confesé en Europa ni en ninguna parte mi calidad de escritor"¹⁸³; y meses más tarde, volviendo sobre el tema, escribe a María Letelier: "Jamás vi a un escritor en París, como no fuera por un azar y sin intenciones literarias"¹⁸⁴. La verdad es que trató (en forma superficial) a algunos intelectuales latinoamericanos y que -

¹⁸¹ Andrés Balmaceda hace alusión a ellas en los *Recuerdos...* ya mencionados (cf. 89).

¹⁸² "Juventud de Joaquín Edwards Bello", *El Mercurio*, 3 de diciembre de 1972.

¹⁸³ "Vicente Huidobro", *La Nación*, 8 de enero de 1948.

¹⁸⁴ *Epistolario sentimental*, pág. 106.

como él mismo lo reconoce— durante la gran guerra (el año 17 exactamente) se encontraba regularmente con Alejandro Sux, escritor argentino, y con los chilenos Alejandro Thomson (d'Halmar), Teresa Wilms y Vicente Huidobro. Edwards estaba emparentado con Manuelita Portales, esposa de Huidobro, vivía muy cerca de ellos y es posible que, durante un breve tiempo, los haya visitado con cierta asiduidad y se haya cruzado con algunos de los artistas franceses de vanguardia que el fundador del creacionismo recibía en su casa. (El cronista recuerda una cena con Apollinaire, vestido con traje de soldado y provisto de una venda en la frente). De cualquier modo y tal como lo expresa, ni posaba de escritor ni le interesaba el comercio de los mismos, menos aún si no eran de habla española¹⁸⁵.

Al revés de lo que pudiera pensarse, su distanciamiento de la escritura, su relativo desinterés por el trato con sus pares, su escasa pasión por la cultura institucionalizada no tuvieron en Edwards ningún efecto esterilizante. Los años pasados en París constituyeron para el chileno un especie de *propedéutico* durante el cual pudo madurar, reflexionar, acumular experiencias, considerar a Chile en perspectiva, coleccionar imágenes para futuros escritos. Así lo percibió él mismo, que sentía germinar en su interior las semillas que, con el tiempo, lo convertirían en el primer cronista de su país. “En esa vida al parecer ociosa fueron germinando estas ideas. Pequeña utilidad que harán perdonar mi carácter errante y sensual”¹⁸⁶. Mucho antes, en 1917, había escrito a María Letelier: “En fin, María, lo que yo aquí vea o aprenda servirá para crearme un pedestal muy alto con el cual sueño noche y día”¹⁸⁷.

Amante de la calle, atento a las obreritas que salían de sus talleres como las abejas de un enjambre, existía un tercer polo de interés que atraía a Joaquín como una fatalidad: el juego. “El Paraíso sería para mí un Casino palacial en que yo jugara de manera incansable, con eterno crédito, y después saliera por las calles haciendo felices a los pobres que me contemplarían estupefactos...”, declara Edwards, consciente seguramente de estar expresando un despropósito y de que es la temporalidad y no la eternidad la que confiere a esta actividad todo su atractivo.

Comenzó a jugar desde muy joven hasta terminar convirtiéndose en un *ludópata*, es decir en alguien que depende del juego como el drogadicto del hachís o de la cocaína. Jugó —“con pasión, casi con delirio”— “en diversos países,

¹⁸⁵ Es por esta razón que su proclamación como presidente Dadá en el Salón de los Independientes (1921), su título extravagante de “chargé d'affaires Dada au Chile”, la dedicatoria ditirámica que preside su obra *Metamorfosis* (“A Tristan Tzara, creador de la lengua francesa), la elaboración misma de estas “composiciones ultraístas y dadaístas” (en circunstancias que toda su producción literaria se sitúa en las antípodas de esos movimientos) nos dejan totalmente perplejos, ¿Qué tuvo en mente Edwards Bello al escribir esas “composiciones”? ¿Conoció realmente al inspirador del dadaísmo? ¿Cuáles fueron sus vinculaciones con los representantes de esas corrientes? Son preguntas para las que carecemos de respuesta... A menos que se haya tratado de una tentativa fallida de rivalizar con Huidobro (o de ridiculizarlo) a quien había terminado por detestar. Aludiendo a él en una carta de marzo de 1917 lo llama Ouid'ogro.

¹⁸⁶ Declaración a Baccio Salvo publicada en la revista *Eva* del 28 de junio de 1968.

¹⁸⁷ *Epistolario sentimental*, pág. 30.

en París, en las casas de chinos de Lima, a las quinelas en la Habana, en la calle Victoriec en Bucarest, en Londres, y ¡qué sé yo!¹⁸⁸. Jugó en diferentes medios y sitios: en casinos elegantes y en tugurios sórdidos, en castillos suntuosos y en timbas de mala muerte, en lugares consagrados y en espacios imprevistos. En una de sus crónicas se rememora jugando al póker en una mansarda del Hotel Oddo¹⁸⁹, en otra, jugando al bacará en el que, años antes, había sido su propio dormitorio en su casa de la calle Condell, sede hoy en día de la municipalidad de Valparaíso¹⁹⁰. Aparentemente no se trataba de una inclinación hereditaria, pues, según el hijo, toda la experiencia lúdica de don Joaquín a lo largo de su vida se redujo a la apuesta, una sola vez, de un franco (que perdió) en el Casino de Montecarlo.

¿A qué razones obedecía entonces esa pasión por el juego? El escritor nos sugiere varias explicaciones, más o menos convincentes: la existencia de un casino (lo que, como acabamos de verlo, no es exacto), para entretenerse un poco, por vanidad (“me quedaba de la juventud un deseo de imitar a los jugadores elegantes que viera en los balnearios de lujo”), para seducir (“es agradable poner montones de fichas delante de las mujeres”), para descargar su energía nerviosa... en ningún momento por móviles financieros: “perder o ganar me era igual”, declara con aparente sinceridad. De cualquier manera, los efectos del juego fueron deplorables, tanto desde el punto de vista psicológico (“El juego es una pasión endemoniada que le cambia el carácter y lo enferma”, se lamenta Chiffon) como desde el punto de vista financiero. “Heredó una fortuna que ahora formaría centenares y miles de millones”, escribió Alone pocos días después de su deceso¹⁹¹. Y el mismo Edwards confiesa a R. Ricardo Bravo: “Volví nuevamente a Europa en 1912. Allí gasté todo mi patrimonio, cerca de medio millón de pesos”¹⁹². ¿Poseía capacidades admonitorias particulares? Joaquín ya había previsto este destino al escribir *El monstruo*... Pero si la pérdida tiene un gusto amargo, el juego codicioso tiene algo de indecente que repugna al dandy chileno.

Entre las páginas más logradas de *Criollos en París* se encuentran las dedicadas al juego; a los jugadores, a sus rituales y protocolos; a las diferentes figuras practicadas (bacará, *chemin de fer*, *écarté*...); a los ambientes cargados de tensión, esperanzas y frustraciones; a *Los Meridionales* en el bulevar Poissonière y a su comparsa de jugadores de todas las categorías; al Casino d'Enghien, “atracción diabólica para el vicio internacional” servida por sesenta trenes diarios; a los días fastos en que la suerte se manifiesta y a los funestos en que se solicita ansiosamente el bolsillo esperando palpar un billete perdido. Difícil olvidar los perfiles de Tajuña, el aventurero con cara de aguilucho; el de Cardoso, pájaro de mal agüero y eterno perdedor; el del mismo Pedro en sus horas de triunfo o, hacia el final de la novela, reducido al humillante papel de “mirón”. Más que jugadores, Edwards nos los presenta por momentos como los oficiantes de un rito satánico en que todos parecen irremedia-

¹⁸⁸ “El terror en el juego”, *La Nación*, 19 de octubre de 1944.

¹⁸⁹ “Hotel Oddo”, *La Nación*, 30 de junio de 1954.

¹⁹⁰ “La casa pompeyana” (cf. 8).

¹⁹¹ H. D. A., “Joaquín Edwards Bello”, *Pec*, 23 de febrero de 1968.

¹⁹² Ramón Ricardo Bravo, “La vida novelesca de Joaquín Edwards Bello”, *Zig-Zag*, enero de 1926.

blemente condenados; "Recordó sus augurios de pesadilla: juego es fuego; las cartas son llamaradas... Cardoso no decía palabra... pero sus ojos parecían gritar: Ya ves, yo te lo dije; a cada uno le llega su hora; ya estás en el fuego... Ya caíste en las llamas de este purgatorio, ya ves a las ánimas sin velos, tales como son. ¡Míralos retorcerse de dolor; míralos quemarse hasta los tuétanos!..."¹⁹³.

Nunca Pedro se parece tanto a Joaquín como cuando se encuentra frente al tapete verde; nunca éste se identifica tanto a un personaje como cuando describe a aquél con la respiración suspendida en una carta. Y si la descripción y el personaje parecen tan auténticos es porque el creador conoció a fondo la experiencia del juego; porque en múltiples ocasiones se encontró "temblando como condenado a muerte, detrás de otros jugadores"; porque la luz del casino también transformaba su rostro crispándolo y haciéndolo parecido a esos "cadáveres inflados de naufragos"¹⁹⁴. Atento a su figura, el joven narciso, el creador que trazó su doble en el personaje de Pedro, fue sensible a las alteraciones que el juego provocaba sobre sus rasgos físicos: "Es horrible -dice Lisette a ese amante que lo es cada vez menos-. El juego y el alcohol te han envenenando. (...) A veces, cuando salías de la sala de juego, me sorprendía la transformación de tu cara. Daba miedo mirarte..."¹⁹⁵.

La inclinación por el juego como la experiencia erótica ya descrita tienden a superponerse y a configurar de Joaquín Edwards un mismo retrato psicológico: el de un hombre tímido, narcisista, con todo un contencioso no resuelto en lo que respecta a su padre.

Joaquín está consciente de su "vanidad" cuando se imagina acumulando fichas delante de mujeres hermosas o distribuyendo entre gente pobre el dinero ganado en los casinos. Inseguro de sí mismo, trata de ser el centro de las miradas e imitar los gestos y comportamientos de esos caballeros ricos y elegantes que observó en San Sebastián, Deauville o Enghien. Su primo Andrés Balmaceda lo encontró en Vichy en uno de esos momentos gloriosos, jugando en la misma mesa en que jugaba el Agha Khan y la baronesa de Clifford. Terminó ganando 300.000 francos de la época. Días después, regresaba con Chiffon a París en un vagón de tercera clase y sin un franco en los bolsillos.

Desde hace pocos años los psicólogos se han interesado por el "juego patológico", asimilándolo a una toxicomanía. Una de las tesis que algunos de ellos sostienen es que "se juega para escapar a las dificultades o para aliviar una tendencia disfórica, como por ejemplo, sentimientos de impotencia, de culpabilidad, de ansiedad o de depresión"¹⁹⁶. También se ha insistido en el hecho que lo que se busca en los diferentes tipos de adicciones es "evitar situaciones de ansiedad substituyendo a la incertidumbre de las relaciones humanas el desarrollo previsible de una secuencia conductual que se ha vivido en forma reiterada". Freud se refirió al tema en un artículo publicado en 1928 titulado *Dostoiévski y el parricidio*. Según él, el móvil del juego no es el de ganar dinero sino el de

¹⁹³ *Criollos en París*, pág. 65.

¹⁹⁴ "El terror en el juego" (cf. 188).

¹⁹⁵ *Criollos en París*, pág. 189.

¹⁹⁶ Marc Valleur, Christian Bucher, *Le jeu pathologique*, PUF, Que sais-je, Paris, 1997. (T.N.).

autocastigarse, satisfaciendo así un sentimiento de culpabilidad de origen edipiano. "Creo que todos hemos deseado la muerte de alguien, escribe Edwards Bello, pero no del padre como aseguró Dostoievki"¹⁹⁷. La opinión del escritor ruso estaba fundada en una experiencia psicológica real, que se confirmó con el sentimiento de alivio experimentado por el autor del *Jugador* tras la desaparición de su progenitor. "La patología en el caso de Dostoievski se debería (en parte) a la existencia de un padre anormalmente severo. Los ataques de epilepsia, de sentimiento de muerte inminente, lo mismo que el juego, serían la reproducción de un guión fantasmático (con sus constituyentes clásicos): asesinato del padre y sentimiento de éxtasis o triunfo, angustia, culpabilidad, autocastigo"¹⁹⁸.

Estas cuantas pinceladas (5 y 6) en las que alternan eros y tánatos, el amor y el azar, la vida y la muerte requieren ciertamente de la profundización de un especialista; ella nos ayudaría a una mejor comprensión de la vida psíquica del escritor y de su creación literaria.

7. PARÍS ESTÁ ENOJADO

Súbitamente París se cubre de nubes, el bulevar se ensombrece, estalla la tormenta. Cada día ocurre un nuevo acontecimiento que estremece a la capital y que repercute en Europa y más allá del continente. El 28 de junio de 1914 es asesinado por un estudiante bosnio el archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona austro-húngara. El incidente es utilizado como pretexto por los alemanes para intervenir militarmente en territorio serbio. El 31 de julio se produce un nuevo asesinato: el del líder pacifista Jean Jaurès, ultimado de dos tiros en el *Café du Croissant* por un joven nacionalista que reprocha al político el oponerse a la ley de tres años¹⁹⁹ en circunstancias que Francia se encuentra amenazada de guerra. Joaquín se entera de la noticia en otro café, próximo de aquél, mientras comenta con un amigo el *affaire* Caillaux, otro hecho de sangre que conmociona al país: Henriette Caillaux, mujer de un ex primer ministro radical, acaba de dar muerte a Gaston Calmette, director de *Le Figaro* quien había publicado en su diario una carta escrita por Caillaux que reflejaba falta de escrúpulos políticos. Toda la capital está convulsionada. "La guerra se venía encima. Numerosas pobladas vociferantes recorrían las avenidas en diferentes barrios al grito de ¡A Berlín! Dos mil cremerías Maggi fueron destruidas y durante la noche entera repercutían en los ámbitos los gritos de patriotismo y de guerra: ¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!"²⁰⁰. El 1 de agosto de 1914 Gallieni llamó a la movilización general. Dos días después Alemania declara la guerra a Francia; una guerra que muchos no tomaron suficientemente en serio pensando que sería de corta duración.

¹⁹⁷ "Mi padre en el cine" (cf. 39).

¹⁹⁸ *Le jeu pathologique*, pág. 74. (Cf. 197).

¹⁹⁹ Ley votada el 7 de agosto de 1913 a instancias de la derecha francesa y de los sectores militares (y contra la voluntad de los sectores izquierdistas) que determina la vuelta al servicio militar de tres años.

²⁰⁰ Andrés Balmaceda, *Bajo el polvo de los años*, pág. 38. (cf. 89).

La ciudad cambia su fisonomía: los hombres corren a reconocer cuartel, los negocios bajan sus cortinas, los vehículos desaparecen, muchos hoteles son requisados y transformados en hospitales o centros de operaciones. Familias enteras desertan la capital en busca de un refugio más seguro. Por las calles se escuchan una y otra vez comentarios escuetos que revelan la cólera del pueblo, la gravedad de la situación, la esperanza de un pronto fin: "*Ce n'est pas une blague, c'est la guerre*" (no es broma, es la guerra), "*On les aura, les boches*" (ya van a ver los alemanes), "*T'en fais pas, je serai de retour bientôt*" (no te preocupes, pronto estaré de regreso). Pasado el pánico de los primeros momentos, la ciudad vuelve a respirar aunque con dificultad. A comienzos de agosto, después de haber invadido Bélgica, los alemanes atraviesan el río Marne. Dos millones de hombres se afrontan en una línea de 300 kilómetros entre Verdún y un París a la orilla del abismo. Gracias al general Joffre y al valor de las tropas trasladadas en taxi desde la capital, los alemanes son derrotados. Recién comienza la guerra.

Joaquín se encuentra en Francia desde fines de 1912; junto a sus demás hermanos que han llegado después. Cada cual hace algo diferente y lleva su propia vida: Oscar pinta y profundiza su manía anticlerical; Emilio es cónsul de Chile en Le Havre; Andrés, el benjamín, se interesa por las modas, el teatro y la vida privada de las estrellas parisinas del momento; María, la mayor, condesa de Roche, mujer refinada y discreta, es una asidua de los anticuarios y una coleccionadora de tapicerías y muebles de estilo... Poco sabemos respecto a la forma en que se relaciona la fratría; lo seguro es que cada uno respeta la forma de ser del otro. Joaquín es conocido por sus fugas, su humor, sus frecuentaciones (no siempre "recomendables", como acota María), pero todos le reconocen talento y cultura. A comienzos de otoño, como muchos otros chilenos, toda la familia se traslada en tren a Calais, atraviesa el Canal y llega a Londres. Después de algunas semanas de permanencia en Inglaterra, Joaquín parte a Madrid y retorna nuevamente a Francia.

La guerra no es un marco propicio para un dandy, menos cuando es extranjero y todavía menos cuando es proclive a la ensoñación y a las idealizaciones. La que vivió Joaquín en Europa tuvo un impacto considerable no sólo en su vida personal sino en su visión de la capital, como lo atestiguarán posteriormente muchas de sus crónicas y una de sus novelas más importantes. Más que la estructura, los personajes o la intriga, valoramos en *Criollos en París* su valor testimonial. Testimonio respecto a las transformaciones que el autor cree detectar en la sociedad francesa; a la vida de los latinoamericanos en la capital francesa entre 1914 y 1918; a una nueva percepción de la ciudad derivada de un cúmulo de experiencias penosas a las que Edwards se vio confrontado en el curso de aquellos años.

Decir que Joaquín no se percató de la proximidad del conflicto sería inexacto. Su sensibilidad, sus dotes de observador, su interés por el acontecer internacional le habían hecho presentir la amenaza que se cernía sobre la Ciudad Luz. En un artículo enviado a Chile en julio de 1914, junto con mencionar una serie de manifestaciones foráneas que, a su juicio, han provocado una degradación de la moda parisina ("el tango, el éter, los futuristas, Magic-City, el *turkey-trot*, las 'noches persas', todo ese hachís de bárbaro exotismo"), expresa su inquietud frente a una "cri-

sis extraña” que aqueja a una capital llamada otrora la moderna Atenas. “Un horizonte pagano, que ya denuncié, se adivina en la distancia... Un paganismo (*hélas!*) de decadencia... Reviven los bailes turbadores, los excesos mortales, los espectáculos bárbaros, la orgía”²⁰¹, manifestaciones todas que constituyen para el cronista un anuncio de fin de mundo.

Tampoco sería lícito pensar que fue la guerra la única responsable del cambio de perspectiva que se operó en Edwards en su apreciación de la capital. Basta leer algunos fragmentos de *El monstruo* (1911) o de *La cuna de Esmeraldo* (1912) para constatar que el amor de Joaquín por París, por muy intenso que haya sido, fue raramente ciego. “¿El París de noche? –monologa Fernando de regreso a su casa después de medianoche– ¡Mentira! Bastaba que las sombras lo envolviesen para que toda su vida se apagase i sus anchas avenidas semejasen cementerios i sus palacios de piedra monstruosos esqueletos. I Montmartre. ¿El eterno bullicio de la risueña colina? ¡Mentira también! Que algunos antros asquerosos (...) se llenasen de noctámbulos no quería decir que París brillase de noche”²⁰². Empeñado en demarcarse de aquellos sudamericanos que cuentan y se cuentan historias a propósito de la capital francesa, Joaquín tiende a mostrarse lúcido y a significar que parte de su prestigio es artificial, que el *París by night*, por ejemplo, no es sino una especie de argumento de venta al uso de turistas ingenuos; que la capital del placer oculta aspectos tristes de los que se habla raramente: “Fernando sintió toda la vergonzosa desigualdad social que resaltaba en una forma descorazonante en ese tétrico día invernal”, escribe el novelista, oponiendo la situación de las espléndidas *cocottes* que ensayaban donde los grandes modistos “pieles, sedas y brocados” y la de las pálidas obreritas que trabajaban penosamente para ellas.

Otro aspecto que, desde muy joven, desagrada al futuro escritor y hiere su amor propio nacional es la indiferencia o el desconocimiento que manifiestan los franceses hacia Chile. Como otras naciones europeas, Francia se muestra altanera, egocéntrica, auto-suficiente. La mayoría de sus habitantes son incapaces de reconocernos y de distinguirnos de otros latinoamericanos. Los medios de comunicación no se refieren a nosotros sino en rarísimas ocasiones y siempre en términos peyorativos; “la cuna de la civilización” nos considera como una triste caricatura, asimilándonos a menudo a algunas de sus colonias. Los fragmentos que siguen, de fines de 1912²⁰³, son suficientemente reveladores de los sentimientos que experimenta Joaquín frente a la ausencia de reconocimiento de parte de un pueblo que adora: “Aparte de ‘Le Figaro’ que, como es sabido, estuvo subvencionado por nuestro Gobierno, en ningún diario aparece el nombre de nuestro país durante años enteros a menos que se produzca una gran catástrofe: terremoto, guerra o revolución” ... “Mayol, en su teatrillo de la calle de l’Echiquier hizo célebre a una santiaguina *toute nue* (completamente desnuda) con una argolla en las narices. Me consta que es la única chilena popular en Francia”

²⁰¹ “La moda en París” (cf. 10).

²⁰² *El monstruo*, págs. 48 y 49.

²⁰³ Extraídos de “La cuna de Esmeraldo” (Págs. 191, 194, 216).

...“Los franceses nos consideran como unos guacamayos muy graciosos y bonitos que conviene *flatter* (adular), pero de lejitos, sin imitar”.

Pero todas estas constataciones no constituyen sino pequeñas sombras en un paisaje luminoso y colorido del cual Joaquín guarda un recuerdo encantado. En un artículo de fines del 25, el cronista distingue tres París: el de niño, el de adolescente y el de la guerra, que asimila respectivamente al paraíso, al purgatorio y al infierno “en el mismo orden que lo anuncio”²⁰⁴. En realidad, y tal como lo expresamos, no existió un París infantil: existió el de 1904-6 correspondiente a sus años de adolescencia y posadolescencia (17 a 19 años), el de la pre-guerra (fines de 1912 a agosto de 1914) y el de la guerra (27 a 32 años). A los cual habría que agregar el de 1925-6 cuando, bordeando los 40 años, el escritor viajó a Europa en misión oficial. Si bien este último dio origen a cierto número de crónicas, su gravitación sobre la sensibilidad del escritor no fue de mucho peso. El 25, el ciclo París estaba cerrado; lo que siguió después fue trabajo de la memoria. Lo más adecuado sería quizás hablar de un “antes” y de un “después”, de un París “dorado” (en los recuerdos) y de un París “sombrió” que comienza a gestarse poco antes del inicio de una guerra anunciada. La novela *Criollos en París* es la historia de una doble crisis, personal y colectiva; cuando los Salcedos llegan a la ciudad, ya comienzan a advertirse signos de la catástrofe que se avecina.

No obstante estos presagios, los hechos se precipitan rápidamente, dejando la impresión que el cambio fue brusco y sin transiciones: “Todo en París se daba vueltas, igual a un tapiz puesto del revés *sorpresivamente*”²⁰⁵. Súbitamente, la ciudad y Joaquín con ella, despiertan y se percatan que la Belle Epoque no fue sino un edificio agrietado y vulnerable y que el baile de máscaras llegaba a su fin. “Adiós al París infantil y alegre de antes. Había terminado el tiempo amable condensado en alegres payasadas y viejas canciones”²⁰⁶. Adiós al París de ayer... Lo más doloroso de todo es que la guerra le hace comprender que ese París de antaño era, en parte, obra de su imaginación; una suerte de ficción que había tomado en serio lo mismo que Chiffon las desgracias de Margarita en *La dama de las camelias*. Una metáfora teatral expresa con elocuencia los sentimientos de Edwards Bello al verse enfrentado al *foco negro de la realidad*: “Se terminaba la representación de esa ópera llamada París y los actores se sacaban sus disfraces y pinturas”.

Si bien no sentía demasiadas afinidades con la colonia residente en Francia, Edwards se consideraba profundamente chileno. “La presunción simple de fallacer en París pobre, olvidado como Contreras, me pone la carne de gallina”²⁰⁷, declara en más de una ocasión. Quería esa capital a causa de su gente –alegre, juiciosa, equilibrada, previsor– pero, sobre todo, porque la consideraba un marco adecuado para su realización personal. Se sentía libre, relajado, anónimo, aceptado socialmente; su calidad de extranjero no constituía para nada un obstáculo a su felicidad. Hablaba correctamente francés, comprendía el argot, dominaba

²⁰⁴ “Impresiones de París después de ocho años” (cf. 98).

²⁰⁵ *Criollos en París*, pág. 326. Las cursivas son nuestras.

²⁰⁶ *Ibid.*, pág. 336.

²⁰⁷ Cf. nota 244.

los códigos sociales, conocía la historia de Francia mejor que muchos franceses: tenía todo para vivir en ese país, y tratar con sus habitantes.

Pero con la guerra las cosas cambiaron. Cundió lo que Edwards calificó de "espionitis", es decir la tendencia a ver un espía en toda persona que no respondiera a determinados perfiles. Se recomendaba a los franceses mantenerse vigilante, abstenerse de hablar en voz alta, dar cuenta a la policía de cualquier actitud anormal. Dos grandes *affaires* que Joaquín siguió con atención, contribuyeron a justificar esta inquietud: el de Mata Hari y el de Buló Pacha. Este último era un meridional, hermano menor de un obispo, ex capellán militar, conocido por sus dotes de orador. Se casó dos veces con mujeres de fortuna a las que terminó arruinando; mantuvo una tertulia en París, se convirtió en anfitrión y amigo de políticos y magistrados y hasta logró, mediante una triquiñuela, hacerse fotografiar con Alfonso XIII para luego utilizar la fotografía con fines ilícitos. Fue acusado de negocios turbios y de trato con los alemanes aunque muchos afirmaron que sólo fue un figurón que pretendió venderse a un enemigo que no quiso negociar con él. De cualquier modo, había que hacer obra ejemplarizadora y, ante la duda, Clemenceau prefirió *no* abstenerse. Los cronistas de entonces recuerdan que se presentó ante sus verdugos vestido en forma impecable: sombrero, guantes blancos, terno elegante. Completaban su tenida dos pañuelos que sus deudos debían recibir después de la ejecución, teñidos de su sangre. El caso de Mata Hari es más conocido. Bella, sensual, misteriosa, pretendió jugar el papel de "agente doble" haciéndose pasar por especialista de bailes exóticos. Pero su juego no llegó demasiado lejos y su vida terminó frente a un pelotón de fusilamiento el 15 de agosto de 1917.

El primer efecto de la guerra sobre Edwards fue una rápida toma de conciencia de su condición de "meteco". Con ese término designaron los franceses "a los extranjeros flotantes y gozadores que daban una fisonomía especial a París antes y durante la guerra"²⁰⁸. El término es de origen griego y significó primitivamente "el que está fuera de su casa" (es decir, de su tierra de origen) y fue introducido al francés a fines del siglo XIX, aplicándolo peyorativamente "a un extranjero que reside en Francia y cuyo aspecto y maneras son muy desagradables"²⁰⁹. Totalmente ambientado en París, no es seguro que, antes que estallara el conflicto, Joaquín se sintiera verdaderamente parte de esta categoría; basta recordar que él mismo usaba dicha denominación para referirse a determinados compatriotas u otros latinoamericanos cuyas ideas y comportamientos contravenían los del país de residencia. Con la guerra, el extranjero comenzó a ser señalado con el dedo, "a ser tratado como la última mugre"²¹⁰ y Edwards, que tan bien dominaba la cultura francesa, a sentirse diferente. La identidad es, en gran parte, asunto de los demás; Joaquín confirma este postulado y asume con arrogancia su diferencia: "No tomé partido por ningún bando —escribe años después— *fiel a mi condición de meteco*. Eu-

²⁰⁸ "El meteco en la guerra" (cf. 122).

²⁰⁹ *Le Robert*, Dictionnaire Alphabétique et analogique de la langue française, t. 4, Société du Nouveau Littré, Paris 1976, pág. 389.

²¹⁰ "Navidad en París en 1917", *La Nación*, 25 de diciembre de 1955.

ropa nos despreciaba conjuntamente a los ibero-americanos; hacerse ilusiones sobre esto es pura tontería”²¹¹. Paralelamente, intenta un acercamiento a los suyos, olvida los atributos de la ciudad otrora sagrada, se desolidariza de ella y de su destino. A tal punto que, más tarde, sin ruborizarse, expresará este pensamiento sacrílego:

“Lo único que ansiaba yo, el meteco de entonces, era espectáculo... *Yo esperaba entonces a los bárbaros con todo mi corazón*, no porque deseara el triunfo de Alemania sino simplemente porque mis nervios que temblaron tantas veces frente a la Spinelli y la Mistinguette, quería estremecerse en esa visión grandiosa y alocada del paso del kaiser en la tarde lumínica bajo las gárgolas irisadas de Notre Dame donde dictaría la paz al son de Tanhauser...”²¹².

El dandy despechado no sólo vuelve la espalda a la amante de ayer sino aspira a convertirse en testigo gozoso de su derrumbe.

Es cierto que su universo social y psicológico se estrechaba cada vez más, que al sentimiento de rechazo vino agregarse el de aislamiento y que, en un momento, sus compatriotas desertaron la ciudad dejándolo librado a sí mismo y a su suerte. Pero entonces surge la pregunta: ¿por qué Edwards no considera regresar a Chile? ¿Será que, con el tiempo, los acontecimientos adquirieron en su imaginación matices más dramáticos que los que realmente tuvieron en el momento de vivirlos? ¿Será que prefería el infierno de Europa al purgatorio opaco de un país donde, aparentemente, no había espacio para una personalidad como la suya? Lo único seguro es que París se había convertido para él en un territorio árido, hostil e inhóspito al que, paradójicamente, permanecía aferrado. “Cuando los extranjeros salieron de París en vísperas de la Marne, yo me quedé... Yo me quedé en una soledad trágica: porque todo en mi persona gritaba el crimen de ser meteco: mi juventud sin uniforme, mi tipo, mi traje, mi acento”²¹³. Nueva reafirmación de su condición de extranjero que, esta vez, no sólo asume sino analiza y justifica. ¿Había escalado un peldaño más en el proceso de diferenciación? Hasta entonces sus sentimientos hacia Francia habían sido ya sea los del admirador ya los del amante indeciso que oscila entre el otro y el yo, la entrega y el repliegue sobre sí mismo. “Casi todos los metecos del círculo eran enfermos nerviosos. La concurrencia reposada y estable sentía cierta repugnancia por esos extranjeros sin deberes civiles ni patria ni moral”²¹⁴. ¿En qué plano se sitúa él al escribir estas líneas. ¿En el de la “concurrencia reposada” o en el de los “extranjeros sin deberes”? ¿En el de los franceses o entre los metecos? En ambos simultáneamente: por un lado admira el *self control* de los primeros y comparte su hostilidad hacia los otros, por otra se reconoce parte de éstos, informe, inútil, delicuescente. Este perpetuo ir y venir entre el sujeto y el objeto, el yo y el otro es uno de los rasgos más característicos de la personalidad del escritor y el mejor testimonio de su temperamento desgarrado.

²¹¹ “El meteco en la guerra” (cf. 122) Las cursivas son nuestras.

²¹² *Ibid.* Las cursivas son nuestras.

²¹³ *Ibid.*

²¹⁴ *Ibid.*

Resulta importante acotar que las alteraciones que produce la guerra en la vida de Joaquín no son sólo de tipo psicológico, sino también (y antes que nada) de carácter práctico. Es así como, en un artículo de 1925, considerando retrospectivamente los “años terribles”, se rememora como “un pobre meteco en la tempestad de denuncias, anónimos, envidias desatadas en torno a los no combatientes...”²¹⁵. ¿Quiénes eran los autores de esas indelicadezas? ¿Alguna muchacha resentida? ¿Alguna conserje que no soporta el espectáculo de un joven ocioso y elegante? ¿Una de esas familiares de Pigalle con las que solía encontrarse en sus noches de bohemia? A menos que se trate de un émulo de Cardoso al que importuna la presencia de este chileno atildado al que la suerte parece sonreír en el juego a la vez que en el amor. Joaquín, que valoraba sobre todas las cosas la libertad de que gozaba en París, comienza a sentirse acechado y perseguido. Este sentimiento se acrecienta el día en que, de regreso a su hotel, encuentra una convocación del Comisariato de Policía de la calle Saint George conminándolo a presentarse ante la autoridad el día y hora señalados. Una vez frente al comisario, éste pone delante del chileno un voluminoso *dossier* en que están registrados cada uno de sus pasos. A lo cual sigue todo un interrogatorio: ¿Qué hace usted en este país? ¿Cuáles son sus fuentes de ingresos? ¿A quién frecuenta? ¿Dónde conoció usted a esta muchacha (se le muestra una foto), menor de edad?: son algunas de las preguntas que se le formulan antes de solicitarle que se mantenga a disposición de la policía y se presente diariamente a firmar. Joaquín comprende rápidamente que este juego “no da más”, que la irresponsabilidad no es factible en tales circunstancias y que, en cualquier momento, puede ser citado a dar cuenta sobre sus actos y movimientos. El comisario se había manifestado particularmente preocupado por sus permanentes cambios de domicilio y las explicaciones que Joaquín le proporcionó no terminaron de convencerlo. Sugestionable como era, Joaquín se sintió abrumado y con el sentimiento de hallarse situado en los límites de la legalidad.

En 1916 Clemenceau dictó una ley llamando a reconocer filas a todos los ciudadanos de ascendencia francesa, inglesa, italiana, etc. residentes en París. A causa de su apellido, Joaquín fue preso como desertor en el Hotel Friedland y conducido a Saint Denis, al norte de la capital, donde se encontraba la sede del quinto regimiento de zuavos, algo así como la Legión Extranjera. El escritor cuenta que, después de hacerle entrega del uniforme y de verlo con la nueva indumentaria, el encargado del vestuario le dijo, utilizando palabras de argot: “Te voilà converti en bringand. Maintenant tu peux aller becqueter du sang de boche” (Estás convertido en un bandido. Sólo te falta ir a tragar sangre de alemanes). Joaquín no alcanzó a partir al frente, pero hizo varias semanas vida de soldado. ¿Cuántas exactamente? El mismo se contradice al respecto. “Estuve cinco meses de soldado”²¹⁶ expresa en una de sus crónicas, en tanto que escribe en otra: “Puse telegrama a mi hermano Emilio, que era cónsul en Liverpool. Dos meses más tarde me llevaron a la Corte de Justicia en París y me pusieron en libertad”²¹⁷. En la novela *Criollos en París* el acontecimiento no es atribuido a Pedro sino a Bollini, quien

²¹⁵ “Impresiones de París después de ocho años” (cf. 98).

²¹⁶ “Aparición de Cristo” en: *El bisabuelo de piedra*, Ed. Nacimiento, Santiago, 1978, pág. 92.

²¹⁷ “Recuerdos de un cuarto de siglo”, *La Nación*, 28 de noviembre de 1935.

colocado ante una triple alternativa: la cárcel, la expulsión del país o las trincheras, opta por la última; preferible la muerte que verse en la obligación de abandonar París.

Al volver a la vida civil se reanudan las pesquisas y las comparencias diarias al comisariato, más todavía, se confisca su pasaporte, quedando privado del único instrumento que le permite acreditar su identidad. Su situación se torna insostenible; sobre todo porque a veces el bolsillo está vacío y debe comer mal o pedir prórrogas en el hotel de turno.

Amenazada en su integridad, es explicable que la Ciudad Luz perdiera la fisonomía y los modales de antaño: "París estaba enojado. Ya no decía el *merci* ni el *s'il vous plaît*" (gracias ni por favor), escribe Edwards hacia el fin de *Criollos...*²¹⁸. Una ciudad sitiada no tiene ni tiempo ni ánimo para ejercer las buenas maneras, sólo le interesa sobrevivir: "Desde que comenzaron las hostilidades los extranjeros vieron desaparecer esa melosidad que se usaba con ellos y que era derivada de la llamada *politesse française* (cortesía francesa)... *Ces sales dégoûtants de neutres* (estos neutros asquerosos) era el calificativo que les daba la gente baja"²¹⁹. El resentimiento de Joaquín se prolongará muchos años después del final de la guerra como lo demuestra el empleo de ciertos términos despectivos en la reconstitución de los acontecimientos. El vocablo "melosidad" no es para nada casual y tiende a hacer de la cortesía, que no es sino una expresión de respeto al prójimo, una conducta caricatural y, en consecuencia, poco creíble. La "sagesse" misma, ese atributo al que Edwards rinde un verdadero culto y que parecía ser la virtud capital de los franceses; ese rasgo que engloba en una sola palabra las nociones de cordura, lucidez y equilibrio, "se despeñó (...) lo mismo que la cultura de Goethe y de Shakespeare"²²⁰.

París, la metrópolis de las mujeres rubias, hermosas, perfumadas ve desaparecer hasta sus rasgos físicos más admirados: "París se estaba poniendo algo oscuro" escribe Edwards: soldados senegaleses, musulmanes, tonkineses ensombrecían la ciudad"²²¹. El hecho parece haber impactado al joven aristócrata, acostumbrado a considerar la Ciudad Luz como una Ciudad Rubia, de ese rubio de miel, de sol y de oro que tanto subyuga a los países tercermundistas. Treinta años después de haber publicado las líneas precedentes, vuelve sobre el tema: "París se está volviendo oscuro. En mis tiempos era más rubio (...). París se ha oscurecido como lo temía Huysmans el racista. África y el amor de los extranjeros embrumecieron a París. Ahora el pelo rubio empieza en Nancy, hacia el norte y el este"²²². Texto sugestivo que inclina a pensar que tampoco Joaquín se encontraba inmune a las tentaciones racistas. Basta detenerse a reconsiderar los términos: la locución "en mis tiempos" lleva implícita la idea de que eran tiempos mejores; el empleo del verbo "temer" induce un referente poco grato (en este caso: el hecho que la ciudad se torna morena); el neologismo "embrumecer" deriva del sustantivo "bruma", es decir, lo contrario de lo diáfano y transparente.

²¹⁸ *Criollos en París*, pág. 292.

²¹⁹ "La crisis de Francia", *La Nación*, 21 de noviembre de 1921.

²²⁰ *Nacionalismo Continental*, pág. 88.

²²¹ *Criollos en París*, pág. 310.

²²² "Bajo el cielo de París" (68).

“Estaba igual a un animal en medio de la jauría. Todo en París le era adverso”²²³, escribe Edwards a propósito de Pedro. Sentimiento de discriminación, de soledad; sensación de peligro²²⁴; desaparición de todo lo que hacía de París una ciudad grata: buenas maneras, buen sentido, rostros hermosos... Joaquín comienza a asfixiarse en esta capital en la que había pasado los mejores momentos de su vida y que ahora contravenía sus tendencias de dandy y obstaculizaba sus ansias de placer y libertad. Estaba, en verdad, acorralado; sobre todo desde que –sin trabajo, sin pasaporte, con un expediente judicial abrumador– se había convertido en un elemento sospechoso e indeseable.

Descartando ciertos aspectos claramente folletinescos, no hay duda que los últimos capítulos de *Criollos en París* se cuentan entre las páginas más intensas y logradas de la producción novelística de Edwards. Varios comentaristas han subrayado, con razón, su carácter cinematográfico, atendiendo a su doble orientación kinésica y visual, a la emoción y al ritmo que el autor les confiere, a la exactitud con la que describe tanto los sufrimientos de la ciudad como sus propias desventuras. Entre la fecha de los sucesos y su relato han transcurrido más de quince años, pero aquéllos han permanecido intactos en la memoria del autor. Para compartírselos, éste evita las largas descripciones y procede por pinceladas progresivas que terminan configurando un gran fresco del París de la Gran Guerra. Fresco que recuerda por momentos determinadas pinturas de Gericault y de Delacroix y en el que abundan escenas de masas (turbas que reclaman la supresión de los tres años²²⁵; grupos de soldados apiñados en los andenes en actitud animalésca; militares de ultramar que confieren a París “la ordinariéz chillona de un puerto donde desembarcaran marineros borrachos”, etc.), rostros preocupados (“la cara se había vuelto ceñuda”), señales propias de una ciudad en plena crisis (grafittis en los que se insulta a los metecos, letreros en los que se sugiere la omnipresencia de espías...). Cuadro del que no están ausente los efectos sensoriales (“olor de yodoformo mezclado al aroma de los perfumes y a las emanaciones de restaurantes”; toques de sirenas; carreras precipitadas hacia los subterráneos; ritmos militares que eclipsan las “canciones de los amores de arrabal”...) y en el que hasta los objetos adquieren coloraciones fúnebres como si buscaran mimetizarse con el gran duelo colectivo: “La mesa grande de las antiguas partidas, tapada con grueso paño oscuro, se destacaba al centro de la sala evocando la grandeza pasada en su melancolía de catafalco”, escribe Edwards refiriéndose a la imponente mesa en la que se jugaba bacará en *Los Meridionales*²²⁶.

El amor de Joaquín por París no resiste a los momentos difíciles. La razón de ello es fácil de comprender: en lugar de ponerse en la situación del Otro, de analizar las circunstancias que lo han llevado al lugar donde está, de implicarse y desarrollar una actitud solidaria y compasiva, el chileno presta sobretodo aten-

²²³ *Criollos en París*, pág. 328.

²²⁴ “La vida para los civiles en París era peligrosa, sobre todo si se era meteco” (“Navidad en París en 1917” (cf. 210).

²²⁵ Cf. nota pág. 199.

²²⁶ *Criollos en París*, pág. 291.

ción a la forma en que la guerra afecta su vida de burgués. De esta manera, el amante se transforma en crítico si no en censor de los supuestos defectos de la amada. París sin dinero es insoportable: "mala cocina, peor habitación, caras agrias" (pág. 292). La gentileza de los parisinos es un mito: "son muy agradables cuando están de buenas [pero] en las malas son intratables" (pág. 322). Etnocentristas al extremo, desprecian a los extranjeros a quienes califican a menudo de *profiteurs* (aprovechadores). Profundamente chovinistas, no conciben que haya otros países interesantes y están convencidos que los extranjeros que residen en Francia lo hacen "porque sus patrias son feas, inhóspitas y desagradables" (pág. 326). A todas estas taras se añaden el afán de lucro y la rapacidad, lo que hace decir a Pedro: "Aquí todos, hasta Poincaré (admiten propina). La propina es la mayor hospitalidad francesa" (pág. 305). Nada es gratuito, ni siquiera la sonrisa; todo se hace por conveniencia e interés personal. Joaquín concluye este recuento por una constatación dramática que más bien parece la abjuración de todo un pasado amoroso: París es una ciudad impermeable, hermética, poblada de signos enigmáticos e inamistosos. La idea la expresa el Vaina, amigo de Pedro quien, de regreso a su patria (Venezuela), conmina a éste a seguir sus pasos: "Vente a América (...) París no sirve al latinoamericano del Sur (...). La vida parisiense es siempre un misterio para nosotros; todo nos está clausurado, aparte los sitios públicos plenamente abiertos mediante pago. Y conste: alcanzamos a conocer apenas el contorno de esa vida sin penetrar jamás en su cordial intimidad" (pág. 304).

Finalmente Pedro huye a España, sin que, por ello, su pasión por París se haya agotado. Sus invectivas, sus cóleras, sus abjuraciones corresponden a los del amante despreciado. De hecho, la capital lo perseguirá como su sombra hasta el final de sus días. ¿No intentó en un momento partir al frente "para defender esa gracia que se dilata desde la Pompadour a la Du Barry?" (pág. 290). ¿No nos dice él mismo por boca de su hospedera que, terminado el caos, el París eterno retomará su marcha un instante interrumpida y que, en ese momento, todo se tornará inteligible? ("Esto pasará, señor Pedro. Piense usted: estamos en guerra; hay medio millón de muertos y otros tantos prisioneros. Todo se explicará luego". Pág. 317). Las palabras mismas que dirige el joven a Lucía una vez franqueada la frontera constituyen una declaración de amor y de esperanza: "Pasará la locura de Europa. Francia volverá a ser Francia y París la más encantadora de las grandes ciudades" (pág. 345)²²⁷.

Junto a este rayo de luz que se proyecta al porvenir y que deja presagiar un re-encantamiento por parte de Edwards, es importante destacar lo que la guerra significó para él desde el punto de vista de su evolución personal e intelectual. No hay duda que un conflicto de esa naturaleza no se vive impunemente. A Joaquín lo ayudó probablemente a despertar y a madurar; a ingresar de lleno en la edad adulta; a recobrar su identidad; a renunciar a una serie de sueños e ilusiones; a descubrir su sitio en la sociedad chilena y quién sabe si también a interrumpir su carrera de novelista para abrazar la de cronista. Dos declaraciones —dignas de ser profundizadas— ilustran parte de estas hipótesis: "Yo estuve a punto de convertirme en una cosa laxa

²²⁷ Las citas de los tres últimos párrafos acompañadas del número de página están extraídas de *Criollos en París*.

e inservible, sin patria ni deberes, cuando sonó la guerra"²²⁸. Dicho de otra manera: la guerra tuvo la virtud de detener un proceso que habría convertido a Joaquín en un sujeto amorfo y sin identidad. Años más tarde, refiriéndose una vez más al impacto de la Primera Guerra Mundial sobre su formación, escribe con palabras no exentas de humor: "Si yo no hubiera vivido en París la guerra 1914-1918 sería otro. Seguiría creyendo en eso de la aristocracia castellano vasca y otras paparruchadas por el estilo. Habría un gran vacío en mí. ¡Viva la guerra de 1914!"²²⁹.

8. LA LLAGA VIVA (I)

¿Qué impulsa a Joaquín a ausentarse tanto tiempo de su patria? ¿Cómo la percibe desde lejos? ¿Qué lo mueve a regresar varias veces y a poner fin a sus viajes antes de los 40 años? He aquí algunas cuestiones a las que no se ha prestado demasiado atención y respecto a las cuales quisiéramos aventurar algunas sugerencias.

Para responder a la primera pregunta, conviene volver a recordar las reacciones que provocó la publicación del *Inútil* en la sociedad santiaguina de la época y la impresión que aquéllas produjeron en el autor. ¿Se trataba de una novela en clave? Muchos así lo creyeron, atribuyendo a personajes que el autor decía ficticios los nombres de personas reales. Joaquín lo negará hablando de un "error de interpretación del público, mezclado de maldad (que tuvo) honda influencia en mi vida". Sus explicaciones no convencieron a nadie quizás porque él mismo no estaba convencido. Más tarde hablará de "un traspie", de "péché de jeunesse" (pecado de juventud), de obra gestada "en una especie de sonambulismo extraño", del diablo metido en su pluma. ¿Dónde residía el "pecado"? ¿En qué sentido el sonámbulo había sido traicionado por su inconsciente? Las "claves" en Edwards son tan evidentes que casi no necesitan demostración. El caso es que la obra fue aplaudida por unos (jóvenes rebeldes, literatos en germen, etc.) y repudiada por otros, particularmente por algunos críticos, y miembros de su clase y de su familia. "Había perdido a la clase alta, pero había ganado, en cambio, otro mundo más entusiasta y simpático, la clase media", declara esquematizando un poco. Aparentemente y según él mismo lo confiesa, las críticas no lo dejaron indiferente: "No he vivido nunca para la opinión pública, escribe casi 60 años después, pero fui sensible al vacío social que me hicieron entonces". Omer Emeth, crítico oficial del *Mercurio*, calificó la novela de "lo peor de lo peor"; José María Raposo declaró sin matices: "Nunca subió más alto la desvergüenza literaria"; uno de sus primos Lamarca le negó el saludo. Dentro de los medios clericales y tradicionalistas, sus comentarios sobre Dios, los frailes, la confesión etc. como sus diatribas contra la aristocracia y sus declaraciones de amor al pueblo y al ideal socialista, cayeron como una bomba.. "Días inolvidables siguieron a medida que yo era más indeseable. Me refugié en cierta casa de mal vivir de la calle San Borja... De ahí partí a Buenos Aires... Yo deseaba ir más lejos. Deseaba huir de verdad. Pensé en Brasil... Me metí en un barco de cabotaje ... para desembarcar en Río de Janeiro"²³⁰.

²²⁸ "El meteco en la guerra" (cf. 122).

²²⁹ "Memorias y autobiografías", *La Nación*, 12 de agosto de 1954.

²³⁰ Los párrafos entre comillas corresponden a las citas combinadas de dos crónicas: "Omer Emeth", *La Nación*, 14 de septiembre de 1951 y "Memorias de El inútil", *La Nación*, 19 de mayo de 1968.

En enero de 1911 y tras una estadía relativamente breve, Joaquín regresa a Chile a bordo del *Oravia* de la Pacif Steam. En alta mar, escribe uno de los últimos capítulos de su futuro libro *Tres meses en Río de Janeiro*²³¹ en el que alude a este comentario formulado por una señora a propósito de él: "Hai Edwards hasta en La Calera; éste [el autor] no es de los principales..."²³². El joven no soporta las reiteradas preguntas respecto a su parentesco con *don Agustín* y le mortifica constatar que "el apellido Bello no suena ni truena"²³³. Viejo antagonismo entre la consideración acordada el dinero y el valor conferido a la cultura.

Muy poco tiempo permanece Joaquín en su país puesto que *El billete de banco*, relato incluido en *Cuentos de todos colores*, aparece fechado en París en mayo de 1911 y *El monstruo* en la misma ciudad en julio de 1911. Su estada en la capital francesa fue también de corta duración y no tenemos claro a qué razones obedeció. Lo seguro es que entre la publicación de *El inútil* (primeros días de septiembre de 1910) y su viaje a Francia (mediados de 1912) Joaquín Edwards desarrolló una actividad literaria extraordinaria. Su nombre comenzaba a ser conocido y Enrique Tagle, el célebre Victor Noir, no obstante la severidad con que había juzgado la primera novela, la calificó de "apasionante". Estimulado por este primer éxito, Joaquín continúa escribiendo; febrilmente, en poco tiempo, sin detenerse demasiado en detalles formales. Estaba decidido a afirmarse, a imponerse, a hacer tomar en cuenta la estirpe de los Bello; y todo eso, sin retroceder, sin abdicar de sí mismo ni de sus convicciones. Es así como, cuando aún no se acallaba el remesón producido por su primera novela, escribe una segunda, *El monstruo*, que constituye un verdadero desafío a los mismos sectores que, hacía pocos meses, lo habían vituperado.

Aunque escrito a los 24 años, *El monstruo* se nos presenta como la obra de un adolescente rebelde, iconoclasta, librepensador, indiferente a la opinión de los demás, que denuncia las contradicciones de una sociedad chata, cruel y fariseica. El blanco de sus ataques son los mismos: la "hipocresía ambiente", la "mentira convencional", la falsa caridad, las injusticias sociales; los adoradores de "un Cristo *snob*" representado en algunas estampas "con mostachos de gomoso" y al que sólo van faltando el monóculo y los botines de charol (pág. 258); los príncipes de la iglesia "ataviados como prostitutas, luciendo encajes de Inglaterra y monstruosas esmeraldas" (pág. 231); la liturgia vacua ridiculizada mediante un contrapunto silencioso entre las vibraciones intensas del *Ave María gratia plena* y el pegajoso estribillo de una cueca escuchada en el burdel de la Colibrí (pág. 259); las *bellas imágenes* a las que opone imágenes chabacanas como la de aquella victoria solemne arrastrada por "una pareja de potrones de exposición que desalojaban al trote ventosidades majestuosas por sus ancas potentes (pág. 228); el mundo político, generador de parásitos del estado y de una proliferación de partidos, como el "partido liberal gonzalista colorado claro" (pág. 243). Ni su pariente Agustín Edwards (al que apoda Creso) merece clemencia a ojos de este joven hostil a su clase que, en una nota a pie de página, recuerda que el propietario de "El Mercurio" y de

²³¹ Penúltimo capítulo, intítulado "De vuelta a la patria".

²³² *Tres meses en Río de Janeiro*, pág. 221.

²³³ *Ibid.*, pág. 216.

"Zig-Zag", "capitalista del *trust* de los escritores en Chile, es un millonario" (pág. 213).

1912 fue un año decisivo en la trayectoria personal y literaria de Edwards. Publica *El monstruo*, *Cuentos de todos colores*, *La tragedia del Titanic* y escribe *La cuna de Esmeraldo*; ingresa al Partido Radical, formación política por la que se siente interpretado; recibe el homenaje de Jorge Cuevas, autor de *Mi amigo Jacques*, obra en la que Joaquín es a la vez destinatario de la dedicatoria, inspirador del título y uno de los personajes principales. Ese mismo año (mes de agosto) encontramos al joven novelista a bordo del *Cap Polonio* junto a otros 32 chilenos que se dirigen a Europa. En una carta escrita a María Letelier parece exultar de alegría y buen humor y se imagina ya instalado en un *bistrot* de París ordenando un cassis²³⁴.

¿Qué busca Joaquín al ausentarse nuevamente de su patria? ¿Estaba saturado de un medio obtuso y provinciano que no acaba de denunciar? ¿Quería volver a disfrutar de los encantos de una ciudad de la que no podrá deshacerse nunca más? ¿Se sentía herido por los comentarios malévolos que circulaban sobre él en la buena sociedad y de los que encontramos algunos ecos en las páginas de *El monstruo* ("petimetre afeminado y cursi", "perdido sin creencia ni moral", etc.)? ¿Soportaba mal, no obstante sus declaraciones en sentido contrario, el haber perdido la estimación de la clase alta y el vacío social de que cree ser objeto? ¿Deseaba tomar un desquite, hacerse reconocer, forzar la mano de quienes le daban vuelta la espalda? Es muy posible que todos esos factores, en mayor o menor medida, hayan gravitado en su decisión de dejar Chile e instalarse en París. Estaba cansado de su país, de los pelambres, de las intrigas, de los "tontos graves". Quería sacudirse de todo eso, olvidar, hacerse olvidar... "Deseaba huir de verdad", había expresado, y sólo ahora, mientras el *Cap Polonio* surcaba las aguas del Atlántico, su proyecto comenzaba a cobrar forma.

Curioso e inconfortable destino el de este joven en el que pesan tantas contradicciones; desgarrado entre su formación europea y su interés por lo chileno; que pertenece a una familia aristocrática y profesa ideales socialistas; que se educó en el culto al trabajo y no vio reconocido el de su propio padre; que busca con afán su verdadera identidad social y cultural.

Cuando llega Joaquín a París el año 12 su visión de Chile ya está formada. No es la de un sociólogo ni la de un investigador, sino la de un autodidacta ilustrado proclive a acordar a sus experiencias personales valor de verdades generales. Gran lector, dotado de una memoria asombrosa, miembro de una de esas familias en que la Historia no sólo se acepta sino también se hace, posee un cúmulo importante de informaciones sobre Chile y los chilenos. ¿En qué medida éstas contribuyeron a avalar sus puntos de vista sobre los compatriotas? Difícil saberlo; cualquier conocimiento puede ser utilizado ya sea para disipar nuestros prejuicios ya para justificarlos.

Un hecho digno de ser señalado es que gran parte de las críticas de Edwards respecto a los chilenos apuntan a lo que él llama "la gente bien" y "rastacuerizada"

²³⁴ *Epistolario sentimental*, carta del 8 de agosto de 1912, págs. 15 y 16.

al contacto con la Ciudad Luz. La palabra deriva de "rastacuero", término que Edwards define así: "Rastacueros llamaron en Francia, y especialmente en París, a los ricachos extranjeros que hacían ostentación de riqueza: al que repartía propinas fuera de medida, al que se ponía brillantes en los dedos y en la corbata, al que llamaba la atención por su vestimenta y por sus acciones alejadas de los tonos corrientes y admitidos dentro del concierto"²³⁵. Blest Gana propone una definición más escueta y circunscrita a la familia que protagoniza *Los Trasplantados*: "Apodo con que los franceses de París designaban a los hispanoamericanos y hoy a todo extranjero de mal tono"²³⁶. Como es de imaginar, ningún rastacuero se siente acreedor a ese nombre, todos apuntan con el dedo a otros compatriotas que, a juicio de ellos, sí lo merecen. Milagritos y Dolores Canalejas, caricaturas grotescas del *rasta* en la obra de Blest, viven bajo el temor de ser calificadas con dicho nombre por la nobleza parisina. Para Edwards, es ese tipo de gente, "rastacuerizada y pervertida", la responsable de la mala imagen de nuestro continente en Europa; gente a la que caracteriza como "un grupo de ricachos vulgares, decadentes y antipatrióticos, entregados al culto del trapo y rendidos a los pies de la nobleza y la alta burguesía europea que les hace pagar impúdica y despreciativamente sus favores"²³⁷. De hecho, los contactos entre los "chilenos bien" y la verdadera nobleza parisina son limitados; no tanto porque ésta sea particularmente arrogante, sino porque, a pesar de las apariencias, no parece haber muchas cosas en común entre los dos universos.

Sorprenderá a algunos constatar que este joven aparentemente afrancesado y poco indulgente con sus compatriotas reproche a muchos de los criollos que viven en París su afrancesamiento y la forma peyorativa en que a menudo se refieren a Chile. ¿Se trata acaso de una ilustración del precepto según el cual "vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio"? Antes de responder a la pregunta, conviene tener presente un hecho importante: nunca Joaquín aceptó el calificativo de "afrancesado" ni fue percibido como tal por sus congéneres chilenos. La razón es simple. Contrariamente a esos "desarraigados", a esos "ex chilenos" que tanta repugnancia le producen, Edwards se mantuvo siempre sentimental e intelectualmente ligado a su país. Él como nadie demuestra que se puede perfectamente interiorizar una nueva cultura sin abdicar de su cultura original. Es verdad que Joaquín, como los chilenos que describe, padecieron de "parisitis", es cierto que compartía el pensamiento de Flora Yáñez cuando ésta escribía: "París me llena el alma y lo saboreo con voluptuosidad", pero ni aquella enfermedad ni la fruición con que disfrutó de la capital hicieron de Edwards un *rasta* o un desaculturizado. Hay quienes lo han comparado a Blest Gana considerando que ambos vivieron largo tiempo en Francia, ambos elaboraron una novela en torno a los "trasplantados", Chile ocupó un lugar preponderante en la literatura de cada cual. Entre uno y otro, existen, sin embargo, diferencias considerables: Alberto Blest vivió los últimos 40 años de su vida en Europa y decidió morir en Francia. Se interesó ciertamente por Chile y siguió con mucho interés los acontecimientos de

²³⁵ "Los rastacueros" (cf. 63).

²³⁶ *Los trasplantados*, t. 1, Zig-Zag, Santiago, pág. 22.

²³⁷ *La cuna de Esmeraldo*, págs. 197-8.

su país, pero siempre desde lejos y a través de diarios, informes e informantes. Confidenció a Silva Vildósola no haberse aclimatado nunca en Francia (lo que hace pensar a éste que Blest fue un "exiliado voluntario", jamás un trasplantedo)²³⁸. Es posible que, tras la muerte de su esposa a quien amaba intensamente, se haya sentido solo y extraño en una tierra que no era la propia; pero su integración a Francia fue tal, que ni siquiera eso lo decidió regresar a su tierra. Don Alberto se había hecho un lugar en París; sufrió cuando se le obligó a abandonar su puesto a la cabeza de la legación chilena; casó a una de sus hijas con el heredero de una baronesa; recibía en su casa de la calle Cristophe Colomb y, más tarde, en su departamento del Hotel Majestic a gente de la mejor frecuentación, chilena u europea (Domingo Santa María, Augusto Matte, Carlos Silva, M. De Blowitz, el corresponsal del *Times* en París, etc.); como otros chilenos de buenas familias asentados en la capital, se trasladaba a la Costa Azul cuando comenzaban los meses calurosos; excelente cultor de la lengua española, no se preocupó de que sus hijos llegaran a dominarla correctamente. De uno de sus hijos dice Edwards: "Willy Blest se transformó en francés: el más distinguido experto en la concertación de duelos mundanos (...). Otro caso, [el de] don Francisco Amunátegui Lira, hijo del que fue cónsul de Chile en París, parisiense hecho y derecho". Si bien sería inexacto afirmar que Blest Gana, como muchos otros chilenos, "sucumbió" a los encantos de la vida parisina, a sus brillos y frivolidades, parece innegable que compartió con varios otros caballeros de su clase el gusto por la cultura, *el savoir vivre*, el cosmopolitismo de la Ville Lumière.

"París es una fábrica de chilenos disfrazados de patriotas", declara Pedro Plaza en *Criollos en París* ¿Cómo explicar esta fascinación que ejerce lo extranjero -y particularmente lo europeo- en muchos de nuestros compatriotas? ¿Cómo se entiende su excepcional sentido de adaptación? ¿Por qué razón un chileno no se conduce como un alemán, un español o un francés quienes, vayan donde vayan, se mantienen leales a su identidad nacional? El mismo Pedro propone una respuesta: "Mi contextura está más equilibrada con el Sena que con el Mapocho... Somos hijos de europeos, por eso llevamos el virus de la expatriación. Sólo el indio se aferra a América"²³⁹. No es la primera vez que Edwards reflexiona sobre el tema. Ya en 1928, en su crónica "Los ex chilenos"²⁴⁰, había planteado su teoría de las "patrias derivadas", refiriéndose a países de colonización más o menos reciente que permanecen vinculados cultural y afectivamente a la metrópolis. Aunque viviendo en Chile (entidad en vías de constitución), los criollos miran aún la tierra americana con ojos de gente venida de otros horizontes. Joaquín los compara a los franceses residentes en Argelia o en Marruecos cuando estos dos territorios formaban aún parte de la Francia de ultra mar. La comparación, sin embargo, es relativa, por dos razones a los menos. Los franceses de África del Norte se opusieron a los nativos durante las guerras de independencia y, cuando triunfaron las

²³⁸ Carlos Silva Vildósola, *Retratos y Recuerdos*, Ed. Zig-Zag, Santiago, sin indicación de año, pág. 76.

²³⁹ *Criollos en París*, pág. 51.

²⁴⁰ *La Nación*, 2 de agosto de 1928. Publicada nuevamente el 15 de mayo de 1968.

fuerzas locales, regresaron en su mayoría al regazo materno; los criollos, en cambio, acapararon el poder político y substraieron a la madre patria una tierra de la que ella se sentía dueña. Otra diferencia: en el caso de los franceses expatriados, los vínculos con la metrópolis fueron, en general, muy estrechos en tanto que numerosos criollos se alejaron progresivamente de España, eligiendo a Francia como modelo cultural y social (sin que ésta, lógicamente, los reconociera como hijos). De ahí el drama secreto y quizás inconsciente a que se vio enfrentado parte del criollaje: con los indígenas no había nada de común; los mestizos no tenían cabida en sus salones; habían conquistado la autonomía operando una suerte de matricidio; eran considerados como extranjeros en la Francia bien amada. Refiriéndose a ellos Edwards alude a la "tragedia de no tener una patria bien metida dentro, como ocurre con los europeos", olvidando que el sentimiento de patria es el resultado de un proceso de varias generaciones y está ligado al de cierta *unidad*, territorial, social, cultural, etc. ¿Qué hay de extraño el que se sientan distanciadas de Chile esas élites expatriadas depositarias de gustos, valores y bienes sin relación al de la mayoría de los chilenos? ¿Por qué no se sentirían "patriotas" en circunstancias que son ellos mismos o sus familias quienes dirigen los destinos del país? Recordando su infancia nutrida de influencias europeas (institutriz inglesa, estudios en el Mac-Kay, trajes de la Casa Francesa, profesores alemanes, exposición a la zarzuela española, etc.), Edwards escribe: "Cuando uno se educa así puede decir que se ha educado en *Anodina*. No sabe ni de dónde es". De todas partes y de ninguna, lo que necesariamente tendrá su efecto en el proceso de constitución de la identidad, sometiendo al destinatario de tal educación a contradicciones desgarrantes.

"Tu patria se encuentra allí donde te encuentras bien", aseguraba un orador romano y no cabe duda que muchos chilenos residentes en París compartían esta máxima: ¿Qué había de cierto en lo que contaban a su regreso? ¿Hasta qué punto compartieron el festín parisino? Por muy grande que haya sido la distancia entre la realidad y el discurso, no se puede negar que, de una u otra manera, todos vivieron el mito de París; que, una vez en la "cosmópolis" (y no obstante los problemas de integración que debieron enfrentar), todos se sintieron en el centro del universo, ungidos, tocados por la gracia, gozando de privilegios comparables a aquellos de que se siente acreedor el creyente musulmán que realiza su primer peregrinaje a La Meca.

¿Volver a la tierra de origen? ¿Para qué? ¿Para enfrentarse con la mediocridad, la fealdad, la grosería? ¿Para volver a sentirse entrampado? ¿Para cesar de disfrutar del "encanto del misterio y el anonimato"? "Haría todo, hasta meterme a barrendero, menos regresar a Buenos Aires. ¡Ah, no! Cuando uno puede vivir en el salón del mundo, ¿para qué pensar en América que es el granero?", declara el argentino Bollini²⁴¹. Pedro, su amigo, es más directo cuando dice a Lucía: "(aquí) es más entretenido, hay mayor emoción, se aprende y se asimilan ciertas virtudes de medida".

Aun cuando, como él mismo lo confiesa, compartió algunos de los rasgos de los criollos que retrata (*tendencia al mimetismo, ataques desmedidos a su pa-*

²⁴¹ *Criollos en París*, pág. 239.

tria, etc.), nunca Edwards dejó de percibirse como chileno. Difícilmente el cronista habría podido declarar, como lo hizo Huidobro, "Chile es mi segunda patria", ni siquiera en broma. Por una razón: para él "la patria" tenía algo de sagrado, le dolía como una llaga viva, le producía irritación, la imprecaba, lo mismo que algunos creyentes imprecaban a sus más caras divinidades... pero seguía siendo suya, como el lastre o la sombra. Crítico mordaz de ciertos grupos sociales entre los que se siente incómodo, demostró por los sectores más desfavorecidos un interés y una ternura comparables a los escritores que conocieron de cerca la pobreza. Corrosivo e iconoclasta, reconocerá, sin embargo, al interior de la sociedad chilena, condiciones de honestidad y abnegación encarnadas en grupos o corporaciones a menudo subvaloradas (bomberos, scouts, marinos, "sirvientas", etc.). Heredero de algunos grandes nombres que forjaron nuestra historia, quiso ocupar su propio lugar entre los Bello, los Rozas, los Pinto, los Edwards, siempre presentes en su panteón imaginario. Estaban por último los recuerdos: su infancia transfigurada; la persistencia de sensaciones que permanecieron, indelebles, inscritas en su memoria; el rumor del viento en las encrucijadas del puerto, las brisa marina atravesando las ventanas de la calle del Teatro, los pregones del diariero anunciando el último crimen en la Calaguala, la mirada tierna de Perpetua y mil otros "fantasmas personales" que lo siguieron hasta el final.

Sintiéndose en "el salón del mundo", muchos trasplantados (y, más que ellos, sus hijos) consideran con gran aprensión el regreso a Chile; nadie concibe cambiar los Campos Elíseos por la Alameda de las Delicias, las vitrinas de la Place Vendôme por las de la calle Ahumada, el Sena por el Mapocho. Además, ¿qué van a ir a hacer a un país donde serán recibidos como extranjeros y cuya lengua misma comienzan a olvidar? El temor al regreso es un tema recurrente en quienes se han interesado en la vida de los chilenos en Francia a fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. "Se obsesiona con esas maravillas de París (...), se despecha por haber perdido los años anteriores en su país y se desconsuela de antemano por la presunción fatal de tener que desprenderse, acaso pronto, de un bien tan grande", escribe Ramón Subercaseaux, a propósito de aquéllos²⁴². En la novela *Los trasplantados*, Rosaura Fuentes abandona subrepticamente su grupo familiar en el momento mismo en que éste se apresta a regresar a Chile, culpando de ello a sus padres quienes "formaron hijos europeos con gustos, con educación, con costumbres, que no han de poder aclimatarse en aquellas sociedades [sudamericanas]"²⁴³. Por su parte, Alberto Rojas Jiménez escribe desde Francia el año 1925: "Para muchos de estos artistas ya vinculados al ambiente de París, la sola idea del retorno al país oscuro y de atmósfera intelectual enrarecida es motivo de angustia y de tormento. Nadie quiere tomar el barco de regreso". Para ejemplificar su aserción cita, entre otros, los nombres de Francisco Contreras y de Manuel Ortiz de Zárate. El primero "acaba de publicar una novela en francés y parece dispuesto a no escribir más en castellano. De Chile no quiere hablar"; al segundo lo presenta como un hombre exuberante, entregado a su oficio de pintor y que recuerda a su país con bastante desenvoltura: "¿Chile?

²⁴² *Memorias de ochenta años (De 1884 a 1894)*, pág. 434, Santiago, 1936.

²⁴³ Tomo II, pág. 349.

Ah, sí. Mi padre, que es un gran músico y mi hermano, que es un buen pintor, se ahogan en Chile. De allá me escribió el presidente de no sé qué sociedad. Me invitaban a concurrir a no sé qué exposición (...). Yo mandé una tela que habría podido vender aquí diez veces”²⁴⁴.

Para graficar el clima general reinante al interior de “la colonia” en París, Joaquín utiliza en no pocas ocasiones los términos “conventillo” y “pocilga”, queriendo poner de manifiesto, a través de ellos, las nociones de promiscuidad, grosería, degradación moral y otras que se aplican generalmente a sociedades marginales. En ese ambiente irrespirable, los pelambres, el “chaqueteo”, etc. son prácticas habituales: En 1943, recordando viejos tiempos, escribe a María Letelier: “... cuando ingresaba en París en el círculo chileno, todo se volvía: ‘Este dijo, este otro me decía, ¿sabes lo que me contaron?’, etc. En cierta época la ‘colonia’ se ponía repugnante”²⁴⁵. La apreciación no es nueva, ya que antes de su “larga estadía”, había escrito en *El monstruo* (págs. 65-6), tras la recepción de un anónimo enviado a Fernando Jimenal: “La colonia chilena se empeñaba en convertir la ville lumière en una pocilga. No se podía vivir; aquello era una inmundicia, una letrina, un antro asqueroso...”. Recordemos asimismo que la decisión de Fernando de regresar a su país estuvo parcialmente determinada por los “díceres envenenados de los compatriotas que pasaban la vida revolcándose en una pocilga” (pág. 57).

No teniendo nada mejor que hacer, integrantes del grupo chileno se dedican a enlodar a sus connacionales mediante procedimientos indignos. Pedro Plaza, por ejemplo, es objeto de varios anónimos en los que se le califica de “rufián” y resuelve, lo mismo que Jimenal, abandonar París “lejos de sus compatriotas cuyas intrigas eran temibles”²⁴⁶. Alternando la realidad con la ficción (con una ficción con grandes visos de verdad), Edwards recuerda haber sido víctima de una calumnia de V. Huidobro quien pretendió, en carta a un familiar, haberlo visto en un café leyendo a escritores franceses artículos del periodista chileno C. Silva Vildósola. La carta, según él, concluía pérfidamente: “Los franceses se reían de él”²⁴⁷.

Las falsas invitaciones también parecen constituir un procedimiento habitual. Andrés Balmaceda cuenta en sus *Recuerdos* (págs. 21 y 22) haber recibido una invitación proveniente supuestamente de una dama chilena de gran alcurnia a la que apenas conocía y que ofrecía una suntuosa recepción en su departamento parisino. “La invitación era falsa aunque la fiesta era auténtica”: Balmaceda no asistió, pero otros lo hicieron, sin percatarse que habían sido utilizados como instrumentos de una venganza personal. “Hubo lágrimas, desmayos (...), un alboroto inconmensurable”. La familia Sievers, “gente de campanillas” que residía entre Chile y París era conocida entre los chilenos residentes por sus bromas malévolas y cínicas. Se contaba, por ejemplo, que doña Carmen (la madre de familia), estando en Santiago y por pura diversión, había distribuido entre sus bufones y criados invitaciones apócrifas a un baile organizado por un industrial italiano con motivo del centenario de la Independencia. Son los mismos que, al esposo francés de una de las

²⁴⁴ “Artistas chilenos en París”, *El Mercurio*, 30 de agosto de 1925.

²⁴⁵ *Epistolario sentimental*, pág. 63.

²⁴⁶ *Criollos en París*, pág. 204.

²⁴⁷ *Epistolario sentimental*, pág. 106.

hijas, enseñan expresiones chilenas vulgares, haciéndole creer que poseen otro significado: "hice caquita" por "mucho gusto" o "chunchules" por "estoy bien", etc. Ingenuamente, el muchacho las introduce en sus conversaciones, cubriéndose de ridículo. A don Antonio Salcedo se le humilla públicamente haciéndole notar en voz alta que dejaba una recepción a la que fue invitado por los Sievers sin haber adquirido números para una tómbola de beneficencia. Finalmente, las herederas de doña Carmen, perversas y envidiosas como las hermanas de la Cenicienta, se empeñan en salpicar a la hija de aquél sugiriendo que olía mal "como toda chilena recién llegada"²⁴⁸.

9. LA LLAGA VIVA (II)

Dada la orientación de este trabajo no parece demasiado importante establecer el grado de objetividad de la descripción que Edwards nos brinda del círculo de chilenos en París; ni saber hasta qué punto sus juicios son susceptibles de generalización. Después de todo la "colonia" no fue sino un grupo bastante pequeño (unos pocos cientos), desestructurado e inestable; relativamente heterogéneo (social y profesionalmente); conformado, en parte, por chilenos recién llegados a París y por compatriotas de paso por la capital; dominado por unas cuantas personalidades que profesaban los valores de gran parte de las clases altas chilenas; unido principalmente por un mismo origen nacional y por una devoción hacia París no exenta de estereotipos y lugares comunes. Su funcionamiento no parece haber diferido sensiblemente del de la mayoría de las colonias extranjeras de cualquier país: encuentros (a menudo casuales) en lugares habituales, tendencia de cada cual a singularizarse y a ser tomado en cuenta, querellas de todo tipo, práctica de la maledicencia, conversaciones repetitivas en las que se suele rememorar con nostalgia al país de origen o hablar mal de él, denigrar al país de acogida, comparar a ambos, etc. Antes que las características objetivas del grupo, lo que interesa aquí es destacar sus proyecciones en nuestro cronista, tratando de conferirles un sentido.

La mayoría de las observaciones de Edwards respecto a la colonia apuntan a dos grupos determinados que denominaremos convencionalmente la "gente bien" y "los bohemios". Encontramos en el primer grupo ejemplares de abogados, políticos, especuladores, comisionados de todo orden, diplomáticos ("atornillados" o "novísimos), etc, ávidos de dinero, honores y respetabilidad, no siempre escrupulosos desde el punto de vista moral. Incluimos en el segundo a jóvenes de buenas familias, aventureros, marginales, etc. sin oficio conocido y cuyo ideal es "vivir París a fondo", pasarlo bien, distinguirse de cualquier forma (mediante la vestimenta, el lenguaje, el número de amantes, etc.). A no ser por la discreción de sus maneras y su tendencia a pasar inadvertido, Pedro Plaza debería integrar este grupo. Paradójicamente, no abundan en esta novela los nombres aristocráticos; Olga Cousiño es "distanciada" de la colectividad y la señora Huici de Errázuriz (*la belle chilienne*) "vive fuera de la misma". Se alude a una Trutruca Panquehue "de la alta sociedad santiaguina" y provista de "una voz de corneta de carnaval" y a una Berta Saldaña,

²⁴⁸ *Criollos en París*, págs. 91 y 161.

especie de ninfómana millonaria a la que se atribuyen “terribles antecedentes fisiológicos”, pero su gravitación en el círculo chileno parece insignificante. Más que por la fortuna o por el apellido, la “gente bien” se distingue por sus prejuicios, su rigidez, su falta de generosidad; rasgos a los que vienen a añadirse: un convencionalismo llevado al extremo, un “super yo” desproporcionado, una ausencia total de fantasía, una intolerancia absoluta a todo lo que signifique originalidad e iniciativa individual. Resulta sugestivo el hecho que la gente bien nos sea presentada de preferencia en forma mediatizada (es decir, a través de comentarios y juicios del narrador); lo que no es sino un recurso de facilidad tendiente a descomplejizar a los modelos. ¿Dónde se reúnen, de qué hablan, cuáles son los intereses de esos caballeros que constituyen el sector más representativo de la colonia chilena tal como Joaquín la percibe?

Una observación preliminar: las descripciones de residencias de chilenos en la capital francesa son prácticamente inexistentes en la obra de Edwards, lo que puede explicarse por dos razones: la primera es que parte importante de estos compatriotas (recién llegados, de paso, con residencia de sólo semanas o meses...) vivían en hoteles; la segunda es que importantes familias que ocuparon mansiones suntuosas están, como lo expresamos, poco representadas en la obra de nuestro cronista. Quedan, finalmente los otros: algunos solteros que —como muchos franceses de la misma condición— debieron haber vivido en esas mansardas o piezas independientes situadas en el séptimo piso y destinadas a la servidumbre; y los residentes enfincados en París: burgueses de situación holgada como el señor Larrea de *Criollos...* que ocupaban seguramente esos típicos edificios en piedra tallada de fines del siglo XIX y comienzos del XX, imponentes desde fuera, pero sin mucho espacio ni confort.

Dada esta situación, se comprende que buena parte de la colonia se encuentra de preferencia en hoteles y cafés, en el Consulado y la Legación, en dos o tres bancos, en determinadas recepciones oficiales o privadas. Los temas de conversación estaban condicionados tanto por las circunstancias espaciales como por otros factores relativos al sexo, la edad, los intereses, la actualidad chilena y francesa, etc. Edwards Bello nos proporciona numerosos ejemplos al respecto. Además de comentar las noticias de Chile, los caballeros suelen interesarse en temas relativo a las enfermedades, los negocios, la caída del peso, la compraventa, las exportaciones de nitrato, la ganadería, los precios, etc. Cuando Pedro los oye hablar, no puede dejar de pensar en su padre: “No tenían tiempo para pensar en otra cosa que en el dinero, en el cambio monetario y en sus intereses”²⁴⁹. Las señoras, por su parte, se interesan de preferencia por los “trapos”, las modas, los asuntos sociales y mundanos. En cuanto a los jóvenes, a algunos los encontramos en los salones hablando “en alta voz de teatros y de cocottes para hacerse los libertinos”; otros, de la misma categoría, viven “preocupados de caballos, de automóviles y de vestir a la inglesa más un 60 por ciento como los argentinos”²⁵⁰.

²⁴⁹ *Criollos en París*, pág. 81.

²⁵⁰ *Ibid.*, págs. 168 y 213.

En contacto con estos círculos, Joaquín experimenta un sentimiento de des acuerdo profundo. Todo en ellos se le antoja vulgar, convencional, previsible y, por lo tanto, aburrido. ¿Qué de común puede existir entre él y esos señores engolados y materialistas, esas damas maledicentes, esos tenorios de pacotilla? Definitivamente, siguen siendo los mismos: obtusos, jactanciosos, deslucidos. París no ha operado en ellos esa metamorfosis interior que se produce en todo aquel que ha penetrado a fondo una cultura extranjera. A su vez, Joaquín tiene el sentimiento que la hostilidad que testimonia a sus compatriotas rebota sobre él; unos lo evitan, otros lo desconocen, pocos se percatan que, tras sus apariencias de dandy, se esconde un ser humano sensible y lleno de promesas. ¿Es así realmente? Es, por lo menos, lo que imagina y lo condiciona, tanto o más que la realidad misma. Su hostilidad es tal que, por momentos, llega a pensar que sus compatriotas o, para ser más exactos, "lo chileno" es no sólo incompatible con lo que él es sino que constituye un elemento nefasto, fuente de mala suerte. Así, tras haber conocido a los Salcedo, dice a su madre: "Presiento el mal que me harán. Creo que traen la *guigne*, la mala pata"²⁵¹. Y así fue, de cierta manera. "De buena gana hubiera golpeado y ultrajado a esa chiquilla de color moreno amarillento [Lucía], que llegaba a París a cambiarle su vida y a trocar su indiferencia en amargura. Todo eso había sido obra de pocos días. Eso era el fruto de la llegada de Lucía Salcedo: la moral. Venganza de su padre. Lucía Salcedo atentaba contra su juventud, contra Lisette, contra el *pâté de lapin*, contra la calle Pigalle"²⁵².

Pocas veces el narrador y su creatura se identifican tanto; pocas veces los símbolos resultan tan transparentes. Porque tanto como un objeto de amor al que se aspira, Lucía representa la "agua-fiestas" que vino a turbar el festín parisino y que se confunde con la imagen del padre calderoniano. Chile, Lucía, el padre, son una misma cosa: el freno, la censura y, consecuentemente, la culpa. En el extremo opuesto, encontramos la frivolidad, la espontaneidad, la permisividad, es decir, todo lo que Joaquín ha venido a buscar a París y que el novelista simboliza en un nombre de mujer (Lisette), en una especialidad gastronómica (el paté de conejo) y en una calle habitualmente asociada al arte espontáneo, la bohemia y el comercio sexual.

"Me aburro cuando estoy entre la gente bien de mi tierra, dice Pedro a Lucía durante una fiesta en la Legación, porque es tan estéril y negativa; con ellos me consta que no llegaré a nada"²⁵³... Pacientemente, Joaquín va esbozando su visión de la patria y de los que en ella detentan el poder y la riqueza. A los rasgos mencionados, se agregan otros que hacen de Chile un país estéril y esterilizante y que se encarnan en algunos burgueses respetables que desaparecieron de esta tierra sin dejar descendencia: "Mire usted a nuestros millonarios: Federico Santa María, soltero y sin hijos. Juan Brown, Varela, Baburizza, Van Buren, Cousiño; todos solteros y sin hijos... ¿Qué quiere decir esto?"²⁵⁴. La respuesta esperada es obvia: que se trata de seres poco generosos, "anales" es decir "retentivos", castrados y castrantes, para usar la terminología freudiana.

²⁵¹ *Ibid.*, pág. 81.

²⁵² *Ibid.*, pág. 85.

²⁵³ *Ibid.*, pág. 168.

²⁵⁴ *Ibid.*, pág. 169.

Imposible que en ese medio un joven inquieto, sensible, inconformista, pueda desarrollarse. Por eso Joaquín detesta a sus representantes, porque los percibe como un freno, una valla, un *éteignoir*, dicen los franceses, término que significa a la vez "apagavelas", rémora e impedimento. Áridos y egoístas, esos hombres serios (por lo menos en apariencia) constituyen para el cronista el reverso de ese maravilloso pueblo parisino; de ese "pueblo niño", normalmente alegre y estimulante que ha integrado "la virtud de admirar"; lo contrario de esas costureritas ágiles, francas y de modales distinguidos que han sabido amarlos, valorizarlos, reforzar su autoestima. En Chile, piensa el cronista, nadie reconoce nada a nadie; la verdadera virtud, la felicidad, el mérito son combatidos como una herejía; cuando alguien comienza a sobresalir, los demás tratan de empujarlo, "la consigna nacional es nivelar por la desgracia"²⁵⁵.

A la luz de estas apreciaciones, se comprende fácilmente que Edwards Bello haya elegido al "imbunche" como uno de los símbolos más ilustrativos de la psicología y la mentalidad nacionales. "Estos imbunches —explica en una de sus crónicas— son niños normales a los que [brujos mapuches] deforman de manera diabólica; les tuercen las piernas, les cosen el ano y les rompen las vértebras"²⁵⁶. Dos años más tarde, ampliando esta definición, escribe:

"El signo de la vida mejicana es la calavera, escrita: ¡Viva la muerte! En la vida popular chilena es el invunche, esto es, la deformación hasta lo monstruoso o repulsivo, fabricado con fines perversos (...). El invunche sobrevive en forma de deformaciones morales, tergiversación de hechos a personas o en el acto de deformar y viciar las leyes (...). El chileno es un ser que se pone en ridículo y pone en ridículo a sus compatriotas. El hecho que haya más de 25 partidos políticos es una pueba de que hicimos un invunche de la política..."²⁵⁷.

Es claro que, en el ideolecto de Edwards, el "invunche" no es tanto un monstruo como un espíritu que se traduce en "la exaltación de lo feo, lo fétido y lo cangrenoso"²⁵⁸ en la tendencia a empujar al prójimo; en ciertas formas represivas de educación en las que no tienen cabida ni la espontaneidad ni la expresión de los sentimientos; en la ausencia de valores y, por ende de jerarquías válidas; en la propensión a denigrar, a obstruir, a destruir que Edwards cree discernir entre sus compatriotas. Varios fragmentos de esa preciosa recopilación que constituye el *Epistolario sentimental* muestran con claridad hasta qué punto este símbolo persiguió al escritor toda su vida: "mi gente me produce miedo, escribe a María en septiembre de 1943. Tengo miedo de presentarme [en los círculos sociales] porque sé que el primer gesto nacional, o reacción es de burla"

²⁵⁵ *Ibid.*, pág. 343.

²⁵⁶ "Niños y tiranos", *La Nación*, 29 de septiembre 1952.

²⁵⁷ "Crueldad en la literatura latinoamericana", *La Nación*, 24 de diciembre de 1954.

²⁵⁸ "El Invunche", *La Nación*, 29 de octubre de 1959. Cf. igualmente: "Bellezas y fealdades de Santiago". Respecto a la ortografía (vacilante) del término, cf. "Imbunche o invunche", *La Nación* 1 de noviembre de 1959.

(pág. 64); y algunos años después: "Aquí empuerqueñecen lo que tocan, todo tiende a volverse común y ordinario" (pág. 100). Que en todas estas observaciones haya exageración; que parte de ella sean la expresión de una personalidad paranoídea; que los defectos mencionados no sean ni generalizables ni exclusivos de los chilenos, nadie podría dudarlo. Pero, como lo dijimos, no se trata aquí de establecer una verdad, sino de cernir una visión que responda a una estructura y, si es posible, de sugerir algunas causas que la expliquen.

Dentro de esta visión, el clima, el paisaje, la configuración geológica de Chile juegan un papel preponderante. La relación entre estos elementos y la conducta de los pueblos es una vieja idea que ha sido sostenida con más o menos cautela por diversos autores. Joaquín, como le sucede a menudo, la asume no a título hipotético, sino como una verdad indiscutible; la evidencia de esta relación le parece tal, que se siente dispensado de argumentarla. El clima de París, por ejemplo, no asusta a nadie, y el frío, no obstante los datos que arroja el termómetro, es menos agudo que el que se experimenta bajo nuestras latitudes. Habiendo internalizado una larga experiencia de temblores y catástrofes naturales, el chileno ha desarrollado lo que podríamos llamar "el síndrome de Penélope", es decir, una tendencia a la inestabilidad, a construir y a reconstruir, a vivir en lo provisorio. Bajo los efectos del clima, el inglés que llega a Chile pierde, al cabo de poco tiempo, su condición de británico. "En el clima andino-sísmico los ingleses se vuelven medios locos; todo ese Cerro Alegre es una especie de manicomio gringo, como parte de Viña, la Calera y Quilpué"²⁵⁹. Este clima es, evidentemente, fatal para los espíritus delicados: "los hace hiperestésicos y aviva su mal. Chile elimina a los sensibles", escribe a María refiriéndose al suicidio de un hermano de ésta y aludiendo de paso (cosa rarísima) a uno de sus hijos²⁶⁰: "Tu hermano ha sido víctima del clima (...) He visto este fenómeno claramente desarrollado en uno de mis hijos nacido en Madrid"²⁶¹. En *Criollos...* vuelve sobre el tema al divisar en un salón de té de la rue de Rivoli a un grupo de "sudamericanas azulosas y tristes con esas neurastenias de los Andes, más profundas que el *spleen* y el *cafará*"²⁶². Naturalmente, este "clima imbunchizante" afecta no sólo las conductas, sino las instituciones: la prensa, la conversación, la política, etc. "Nuestra vida se desarrolla en constante espera de catástrofes", escribe, recordando a un chileno residente en París al que un amigo recomendaba no leer, antes de comer, las cartas o periódicos que recibía de su tierra a objeto de poder digerir tranquilamente los alimentos. Desgraciadamente, tampoco la lectura de la prensa francesa resulta recomendable: "los cortos telegramas de Santiago que publicaban los diarios de París parecían indicados para producir bilis. En general, no pasaban de los temas siguientes: lluvias de cenizas volcánicas, temblor, crisis ministerial, incendio de los bosques"²⁶³.

²⁵⁹ "La casa pompeyana" (cf. 8).

²⁶⁰ Edwards Bello tuvo dos hijos de su primera esposa, la española Ángeles Dupuy Ruiz: el primero, Jesús Joaquín, nació en Santiago en diciembre de 1920; el segundo, Bernardo, nació en Madrid en julio de 1924.

²⁶¹ *Epistolario sentimental*, pág. 99.

²⁶² *Criollos en París*, pág. 46.

²⁶³ "A propósito del triunfo de un escritor", *La Nación*, 27 de marzo de 1944.

El invunche, el terremoto, el conventillo son así tres de las metáforas más frecuentes con que Edwards caracteriza el "alma de su raza". La primera remite a la idea de represión, la segunda a la destrucción, la tercera a la de intriga, promiscuidad y desorden... Habíamos omitido señalarlo: el conventillo es para Joaquín no sólo un rasgo de personalidad, sino, además, una forma de vivir a la que afectan los chilenos, independientemente de su nivel social, cultural o económico; es por ello que, para ilustrarla, el escritor elige la casa de un diplomático y no la de un marginal: "El chileno viaja al extranjero y se lleva el conventillo con él. Un día fui a casa de C.M. Desorden por todos lados. Un chiquitín recorría la pieza montado en una 'cantora'. Alguien se desvestía y lanzaba la ropa. Otro le daba al serrucho"²⁶⁴. Las iniciales remiten a un ex representante de Chile en España y luego en Francia, escritor y hombre de las mejores familias

Espíritu positivista, no obstante ciertas manifestaciones que contradicen esta tendencia, al escritor le agrada que todo sea nítido y esté en su lugar; lo que explica quizás su afición a las definiciones y a los archivos como los homenajes que rinde a la "sagesse", la "mesure", el equilibrio y a otros atributos que una larga tradición intelectual suele imputar a Francia. A la de Descartes, Versailles, el Siglo de las Luces y Augusto Comte; en ningún caso a la de Breton, Lautréamont, Duchamp y otros contemporáneos de Joaquín, atentos a profundizar en una "realidad superior" no sujeta a las nociones de límites, controles y valores.

Tal como lo hemos sugerido en otro trabajo²⁶⁵, uno de los rasgos que caracteriza la obra de Edwards es la oscilación frecuente entre el Yo y el Él. Con ello quisimos expresar que si bien, en algunos casos, el narrador asume nítidamente su Yo oponiéndose a Él, en otras tiende a abolir las fronteras entre ambos y ello de dos maneras: ya sea poniendo en boca del otro lo que piensa o siente el Yo, ya sea asumiendo que el comportamiento que critica en el otro no difiere para nada del que practica el Yo-Joaquín. Ejemplo de primer caso (delegación de discurso): en el té organizado por la familia Gonzalves para inaugurar su nueva casa en la avenida Marceau (*Criollos...*), no es Pedro (Joaquín) quien se encarga de comunicar la forma en el que el autor se representa su patria, sino dos "jóvenes bien" que, paradójicamente, no inspiran al narrador la menor simpatía: uno es Juanito De Corralès, quien expresa con desenfado: "Yo veo a Chile como una larga muralla de adobe con letreros políticos" y su amigo Balazate quien ve su país "como una noche de invierno en que se masca el aburrimiento. La gente habla [allí] de muertes, de herencias, de edades, en tanto que una sirvienta pone baldes y escupideras para las goteras. Música de ratones en el entretecho"²⁶⁶. La calificación que el autor hace de los dos ("más desaprensivos que frívolos") es quizás una forma de sugerir que no hay razón para echar sus palabras a la broma. Ejemplo del segundo caso (identificación con el otro que execramos): "Yo soy -dice Pedro a Lucía- [subentendido: al igual que muchos de mis compatriotas] un cobarde, un tipo repelente, un ex chileno que reniega de su padre y de su patria. Soy un pobre idiota despreciable, ni chileno, ni francés, ni nada. Un paria. Hizo bien en despreciar-

²⁶⁴ Alfonso Calderón, "Joaquín Edwards Bello. Ocho conversaciones" (cf. 118).

²⁶⁵ "Joaquín Edwards Bello y los judíos", *Mapocho* N° 41, primer semestre de 1997.

²⁶⁶ *Criollos en París*, pág. 213.

me²⁶⁷. Líneas de particular significación en las que, nuevamente, el padre será asociado a la patria, quedan de manifiesto los problemas de identidad y el autor se declara culpable de una falta esencialmente imaginaria.

La patria a la que Pedro piensa renegar no es, lógicamente, un conjunto homogéneo²⁶⁸ como lo demuestra la variedad de tipos humanos que Edwards pone en escena. Entre ellos, unos constituyen transposiciones más o menos disimuladas; otros, "composiciones" fuertemente estereotipadas. Cardoso, por ejemplo, proyecta por momentos la imagen de un "malo" químicamente puro extraído de un museo de cera y fabricado con fines probatorios. Raramente el autor se conduce con neutralidad frente a sus creaturas; a unas les manifiesta desprecio, a otras simpatía, a otras compasión. He aquí cuatro personajes extraídos de *Criollos en París*; cada uno de ellos representa una faceta de la sociedad chilena, aunque la suma de los cuatro dista mucho de representar la complejidad de dicha sociedad.

Julio Tajuña Valdivieso constituye una de las variantes del aventurero nacional y está presente no sólo en *Criollos...* sino en otros relatos o crónicas. "Casado en La Serena, dijo que iba a ir a la esquina y no volvió más a su casa". Alto, huesudo, narigón, espeso de cejas, su figura evoca la de un español antiguo, serio y autoritario. Su tarjeta de visita lo presenta como ingeniero de minas, pero quienes lo frecuentan sólo lo han visto ejercer el oficio de "acarreador" o gancho de casas de juego. Es entendido en mujeres como se puede ser catador de vinos o tasador de animales; se comprenderá, pues, que no sobresalga ni por su sentimentalismo ni por su fidelidad. Llegó a París huyendo de la justicia chilena y, como dice Edwards en forma eufemística, "no conocía el viejo prejuicio de la honestidad"; a pesar de lo cual gozaba de prestigio entre sus compatriotas. Andrés Balmaceda recuerda haberse cruzado con él en *Los Meridionales*: "Me saludó en español como si fuéramos íntimos amigos. Yo no lo había visto nunca en mi vida..." escribe en las *Memorias*.

No es difícil comprender el interés si no la simpatía que Joaquín testimonia a este personaje. Tajuña es un pillo, pero un pillo con trazas de hidalgo; no es vulgar ni pierde la compostura; todo lo hace con convicción; cree en el honor a su manera; puede ser cínico, pero en ningún caso hipócrita ni convencional; estuvo vinculado con La Serena, ciudad-cuna de la familia Edwards. A la inversa de Joaquín que practica las pequeñas fugas, Tajuña realiza una de proporciones dando definitivamente la espalda a su pasado. Un verdadero aventurero, algo así como esos chulos emparentados a Mandujano²⁶⁹ que, en sus estadías madrileñas, el cronista solía encontrar entre la Plaza Mayor y la Puerta de Toledo.

El cónsul de Chile, apellidado en la novela Euskaldunátegui, también tiene un original que Edwards se da apenas el trabajo de maquillar: Manuel Amunátegui. Desprecia a Pedro Plaza y está bien correspondido. Ostenta la legión de honor,

²⁶⁷ *Criollos en París*, pág. 262.

²⁶⁸ "He conocido en París a chilenos varios de toda especie, de todos colores, buenos, serviciales, honorables, traidores, ladrones y bellacos. He conocido muy de cerca la especie del tragacoíma y del satisfecho presupuestívoro ("Vivir en París", *Zig-Zag*, 7 de abril de 1956).

²⁶⁹ Cf. *Chilenos en Madrid*.

está suscrito al *Mercure de France*²⁷⁰, abre sus brazos a los “chilenos influyentes” (figurones, políticos, millonarios), pero “odia a la mayor parte de sus compatriotas, especialmente a los jovencitos sin recursos que pretenden vivir en París como príncipes”²⁷¹. Oportunista, convencional, atento a las apariencias, don Manuel no puede evitar un sentimiento de malestar cuando —caprichos del azar— divisa a Pedro Plaza en *L'Abbaye de Thélème*, cabaret de reputación dudosa.

A Cardoso se le conoce únicamente por su apellido y sólo lo vemos aparecer en *Criollos en París*. Más que un ser real, se nos antoja como la ilustración de un mito. Arraigado para siempre en París donde lleva una existencia miserable, reúne todos los atributos de esas figuras malditas que pueblan ciertos relatos fantásticos. “Eterno perdedor”, quien lo frecuenta está expuesto a su “yeta”. En su alma sólo hay cabida para el odio y la envidia; el éxito y el triunfo de los demás lo hieren como dardo envenenado. Sin que medie otra razón que la envidia, se ensaña con Plaza, lo calumnia a través de anónimos, lo delata a la policía francesa... ¿Valía la pena haber desertado de su país para encontrar en la ciudad luminosa ejemplares de semejante calaña? ¿Estaba condenado a arrastrar ese fantasma hasta el final de sus días y fuera donde fuese? Porque, al término de la novela, esta figura espectral es percibida no ya como el representante de un sector o como “el receptáculo de todo lo malvado que pueden encerrar los países chicos”, sino como el espejo mismo de su tierra. “Ese tipo rubianco, de barbas deshinchas, ese espía, esa barrera a toda iniciativa, era la imagen de la patria. Le perseguía, le acosaba creyéndole feliz y la consigna nacional era nivelar por la desgracia”²⁷². El viaje a la tierra prometida se cierra así por un fracaso rotundo. ¿Qué sentido tiene permanecer en París si Chile es una fatalidad de la que no es posible desligarse?

Jorge Dueñas es otro aventurero, pero un aventurero triunfante que ejerce en Edwards Bello una fascinación irresistible. Se trata, en realidad, de Jorge Cuevas y la copia se acerca tanto al original que hay quienes se han preguntado por qué haber cambiado el apellido. Presente en *Criollos*, en sus crónicas, en su Archivo, es natural interrogarse sobre lo que significó Cuevas para Edwards.

Jorge Cuevas Bartholin nació en 1885 y pertenecía a una buena familia. Su padre fue senador, director de la Caja de Crédito y cónsul en Francia por poco tiempo; se casó tres veces y tuvo, en total, 33 hijos. Jorge fue el menor y tenía ocho años cuando murió aquél (dos años antes que su esposa). El muchacho fue tomado bajo la protección de una hermana mayor y, al decir de Edwards, se crió “en la pobreza más solemne”. A pesar de estas restricciones, frecuentó dos colegios de prestigio: el San Ignacio y el San Pedro Nolasco. Nathanael Yáñez S. lo conoció en este último y lo recuerda como “una figurita delicada de escaso empuje y acaso sin ninguna hombría”. Pasó fugazmente por las aulas de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, pero sus gustos se acordaban más con las antigüedades, la decoración y el diseño de trajes que con los códigos. En 1910 la

²⁷⁰ Revista literaria leída de preferencia en los medios burgueses.

²⁷¹ *Criollos en París*, pág. 205

²⁷² *Ibid.*, págs. 322 y 342.

figura de Cuevas era conocida en el centro de Santiago donde se le llamaba Cuevitas. Un año después se convirtió en un asiduo de la casa de los Edwards Bello, la antigua Bahía. Ni rico ni buen mozo, dominaba, sin embargo, un arma poderosísima: la adulación. Fue quizás gracias a ella que conquistó el corazón de doña Ana Luisa, la madre de Joaquín, de doña Olga Budge, la esposa de Agustín Edwards y la simpatía de Arturo Alessandri, de Omer Emeth y de otra gente importante. Son pocos los que resisten al olor del incienso.

Casi todos los relatos de vida contienen una dosis de leyenda; en el caso de Jorge Cuevas, la realidad supera la ficción. Recordemos, a título ilustrativo, su casamiento el año 27 con Margaret Strong, nieta de Rockefeller, que lo convirtió en millonario; el famoso Baile del Siglo en el Chiberta Country Club de Biarritz (2.000 disfrazados, 5 orquestas, champaña y caviar *a gogo*) y la réplica airada del Vaticano; el duelo (verdadero o fingido) con Sergio Lifar, coreógrafo del Ballet de Montecarlo; la compra de un marquesado y el fallo de la justicia francesa condenando con 25.000 francos a un periodista que se atrevió a discutir su autenticidad; su asociación con el príncipe Youssouf en un negocio de modas; su impresionante red de relaciones: millonarios, nobles, miembros de la realeza; su obra generosa a favor del ballet, su arte favorito; sus adioses solemnes en el Teatro de los Campos Elíseos donde expresó ante un público entusiasta: "Ofrezco este ballet a París. Hace 2.000 años Cicerón dijo que la patria está donde están los sentimientos. Mi corazón está en París y mi patria es Francia..."²⁷³.

Entre Jorge y Joaquín no todo fueron convergencias. El primero era frívolo, amanerado, barroco, melodramático; Edwards confiesa preferir "el trato con tipos más batalladores, los escritores bohemios, los tahúres y los tunantes". Sentía escalofríos cuando escuchaba asegurar que Jorge integraba una masonería de homosexuales que fue el trampolín de su ascensión meteórica; le chocan su ambigüedad, su falta de transparencia, los cumplidos almibarados con que envuelve a las viejas. Nada de lo cual impide que lo califique de "genio", "figura agigantada", "ser de excepción", "personaje mitológico" ¿En base a qué méritos?

Lo primero que le intriga es que la trayectoria de su amigo escapa a toda racionalidad. "Cuevas, escribe Edwards, es como la poesía moderna, se salta todas las explicaciones. Es una poesía modernísima en carne y hueso. Es un fenómeno"²⁷⁴. Y como la razón es inepta para justificar este destino, no queda sino acudir al mundo sobrenatural: Así, fueron "las hadas" quienes dotaron del don de conquistar a este "Cenicento" o a este "Patito feo" transformado en "cisne maravilloso" en el espacio de una noche. Don Alejandro Álvarez, el conocido internacionalista, alude a él en términos análogos; dice que es uno de los "misterios de París" y habla de sus "éxitos de hechicero", de su "magia envolvente", de la "posesión de un talismán extraño".

Otro de los rasgos sobresaliente del marqués (el que quizás más deslumbró a Joaquín) fue su condición de triunfador absoluto: le ganó a la pobreza, efectuó un

²⁷³ "¿Es un genio Jorge Cuevas?" *La Nación*, 17 de noviembre de 1960.

²⁷⁴ "Jorge Cuevas" (no se indica la fecha ni el diario o revista en que se publicó originalmente). en: J.E.B., "El marqués de Cuevas", recopilación de A. Calderón, Biblioteca Popular Nascimento, Santiago, 1974, pág. 25.

matrimonio excepcional, dejó descendencia (no obstante ciertos rumores infundados que cuestionaban la paternidad de sus hijos). Ascendió hasta “la cumbre de las cumbres” en el universo social europeo y “fue quizás el único sudamericano que encontró manera de vincularse en el gran París”. Al interior de la colonia, la sorpresa era inmensa cuando se le veía del brazo con la infanta Eulalia, alternando con Boni de Castellane, compartiendo la misma mesa con la duquesa de Wellington, Irina Romanoff o la reina madre de Rumania.

Lo mismo que las hermosas *cocottes* a las que nos referimos más arriba, Cuevas trastoca el orden social. Su éxito no obedece a su apellido ni a la aplicación mecánica de fórmulas probadas. Es por eso que su aparición, junto a un brillante séquito, en la fiesta de la Legación descrita en *Criollos...* provoca estupefacción y despecho:

“La gente sería estaba consternada. La irrupción de Dueñitas era el menús a todas sus teorías sociales. El pasado aristocrático de la señora Carvajal [esposa del homenajeado], se desmoronaba igual que torre atacada por el rayo (...). Un mozalbete, pequeño y feo, un Jorge Dueñas, sin personalidad en Santiago, la precedía en la alta sociedad de París (...). La mirada de la señora Carvajal se empañaba lo mismo que si la dejara el tren. Pedro comprendía la tragedia observando esos rostros heridos y trastornados”²⁷⁵.

Por su parte, Cuevas, que ya no es el joven apocado que residió en la pensión de la señora Rosental, saborea con fruición este triunfo. Los mismos que ayer lo repudiaron lo consideran hoy con un sentimiento en que se mezclan la hostilidad, la admiración y la envidia. Ocupado con su corte, el muchacho apenas si los mira, midiendo interiormente tal vez el camino recorrido desde los tiempos, no tan remotos, en que trabajaba en una pulpería de las salitreras norteñas.

El interés del futuro marqués del Huano en la obra de Edwards Bello deriva de su doble condición de testigo y vengador; su vida como su discurso constituyen una confirmación rotunda de la visión que su amigo Jacques se ha forjado de la patria común. “Deseo dormir mi último sueño en medio de esa tierra encantadora, en medio de este pueblo que siempre me fue fiel”. Con estas palabras concluye sus adioses póstumos al pueblo de París y quizás a sus propios compatriotas; agradeciendo a los primeros y diciendo indirectamente a los segundos: “quiero quedarme aquí eternamente porque fue aquí [no en mi tierra] donde se me abrió un espacio y se me reconoció como ‘peregrino del arte’ y como ser humano”. Desde hace tiempo este hombre inasible había roto los vínculos espirituales con su país; por la misma razón que su amigo Jacques: “Aquí empequeñecen lo que tocan (...) Es la mano que apesta. Nos hacen baratos”²⁷⁶. ¿Dice otra cosa J. Cuevas cuando declara: “Chile quiso hacer de mí un imbunche. París me hizo un rey”²⁷⁷. Es el mismo canto a dos voces que, por momentos, parecen confundirse

²⁷⁵ *Criollos en París*, pág. 171.

²⁷⁶ *Epistolario Sentimental*, pág. 100.

²⁷⁷ “¿Es un genio Jorge Cuevas?” (cf. 247).

en una sola. ¿Quién se expresa realmente, Cuevas o Edwards, cuando Jorge Dueñas se dice a sí mismo: "Chile era la valla, el obstáculo, aquello que [me] impedía ser"²⁷⁸, justificando así la ruptura definitiva con su país? Son el uno y el otro en una comunión total de pensamiento.

"Los domino ahora. Les gané la partida y me temen"²⁷⁹, declara Dueñas a su amigo" refiriéndose a "la colonia" y, más allá, a todos los compatriotas que le cerraron el camino. Lógicamente, esta venganza no es sólo la de él, sino también la de Joaquín y la de todos esos jóvenes que allá lejos, en la angosta franja de tierra, aspiran a existir y luchan contra el tedio, la rutina y los prejuicios.

Cada uno de los amigos elige, finalmente, su propia vía. Consciente de todo lo que le espera, Joaquín regresa a su país con el sentimiento amargo que ni entre los parisinos ni entre los ex chilenos hay un lugar para él. La verdad de las cosas es que, ahora como antes, teme a sus compatriotas a quienes responsabiliza de una falta imperdonable: el haber vulnerado su autoestima: "No sé por qué el trato con la gente de mi tierra me deprime -declaraba algunas veces Sebastián- me da la idea de que estaba equivocado respecto a mi persona y de que realmente no valgo nada... Yo vine a saber quién soy en Europa"²⁸⁰. ¿Por qué regresar entonces? Por varias razones probablemente: porque se siente extranjero, porque el París de la posguerra se ha tornado hostil, porque comienza a estar saturado de la colonia, de sus conocidos, de una vida sin proyectos.

Regresa, pues, a Chile sin saber muy bien el destino que su país le depara, pero con una intención muy clara: demostrar que es alguien. La gran oportunidad se la ofrece don Eleodoro Yáñez quien comprende rápidamente el partido que podía sacar de este joven culto, estudioso, con una gran diversidad de intereses, conocedor de varios idiomas, atento a la actualidad. Los años 20, 21 y 22 son años de "rodaje"; a partir del 22 escribe con bastante regularidad crónicas que prefiguran al futuro gran periodista en que pronto se transformaría; y el año 23 ya está instalado en *La Nación* donde, salvo excepciones y algunos intermedios, tendrá reservado un espacio vecino a la editorial hasta poco tiempo antes de su muerte.

El 25 vuelve a Europa como delegado de Chile ante la Liga de las Naciones con sede en Ginebra. "Nunca he sido tan rico. Con cargo de segundo secretario de embajada, tenía más de cien libras esterlinas al mes y gastos de instalación en oro"²⁸¹. Permanece varios meses en París donde vuelve a encontrar al "admirable" Jorge Cuevas en el Hotel Ritz, rodeado de las señoras de Astor, Vanderbilt y la baronesa de Stircea. El París de la primera estadía y el que precede la Gran Guerra no es sino un recuerdo encantado. Atrás las *cousettes* de nariz respingada, los viajes por "los mares y las islas de París", la posibilidad de "vivir con misterio", las convocatorias al comisariato de la calle Saint George. El único incidente con la policía tiene lugar en el boulevard des Capucines cuando volvía del restaurant

²⁷⁸ *Criollos en París*, pág. 172.

²⁷⁹ *Ibid.*, pág. 176.

²⁸⁰ *El chileno en Madrid*, Nascimento, Santiago de Chile, 1928, pág. 264.

²⁸¹ "Paseos Fiscales" en: *Nuevas Crónicas*, pág. 25, Zig-Zag, Santiago, 1966.

Webert acompañado de Félix Nieto y su esposa. Los tres están en "tenue de soirée" (tenida de noche), los caballeros con smoking; un agente les solicita identificarse, pero habían olvidado sus documentos en el hotel. Efectuadas las verificaciones, se les deja en libertad. Un mal momento, sin ninguna consecuencia.

En adelante, Joaquín Edwards se contentará con suspirar desde lejos por su amante transfigurada. ¿A qué seguir confrontándose con la realidad? Hace tiempo que París dejó de ser lo que fue, hace tiempo que perdió su significado original. A juzgar por sus palabras, pareciera que hasta lamenta haber regresado: "...y si algún remordimiento tengo de haber vuelto es porque me siento otra vez esa cosa amorfa y abstracta, me siento como una molécula de ese mundo calumniado que es el extranjero, el meteco de París"²⁸².

10. EL PARAÍSO PERDIDO

Se trata finalmente de precisar, so pena de repetirnos, qué rol jugó la Ciudad Luz en la vida de Joaquín, qué le dejó en herencia, qué funda su admiración y su gratitud por Francia.

Al hablar de "paraíso" estamos aludiendo a un espacio mítico, a un lugar encantado donde conoció o creyó encontrar la felicidad máxima. El atributo "perdido" está casi de sobra. Marcel Proust quien, por el prodigio del sabor de un biscocho, operó una de las vueltas al pasado más espectaculares de que haya constancia en la literatura, expresó en su magna obra: "les vrais paradis sont les paradis qu'on a perdus" (los verdaderos paraísos son aquellos que hemos perdido). Nuestros primeros padres apreciaron verdaderamente las dichas del edén cuando Dios los expulsó de él. La felicidad paradisíaca es de tal naturaleza que debe una gran parte a la imaginación y sólo se le aprecia desde fuera y desde lejos. Y pobre de aquél que pretenda contravenir estas normas, como intentó hacerlo otro escritor chileno: Benjamín Subercaseaux.

Aunque no parece que hayan simpatizado mucho, hubo varios puntos en común entre Edwards y Subercaseaux: ambos provenían de un estrato social elevado, recibieron una educación europea, hicieron de las letras un oficio, viajaron a París en sus años mozos, quedaron prendados de la capital francesa, se sintieron extraños al regresar a Chile, vivieron añorando Francia y repertoriando los males de su país de origen, no obstante lo cual lo amaron entrañablemente. Los dos viajaron por última vez a París como funcionarios del estado, Joaquín en misión puntual y Benjamín como cónsul vitalicio; el primero después de 8 años de haberlo visto por última vez, el segundo después de 30 años; el primero 45 años antes de su deceso, el segundo algunos años antes. Podría decirse que los ingentes esfuerzos desplegados por Subercaseaux para suceder a Gabriela Mistral en el consulado vitalicio apuntaban, esencialmente, a instalarse en la Ciudad Luz en compañía de su hijo adoptivo para revivir la leyenda dorada. Desgraciadamente, los resultados fueron lamentables. Las huellas de este *fiasco* aparecen perfectamente explicitadas en algunas de las páginas de *Aventuras de un joven que*

²⁸² "Impresiones de París después de ocho años" (cf. 98).

olvidó que era anciano. He aquí un ejemplo, extraído de la *Epístola I*: “nunca hasta entonces había regresado a un mismo lugar después de treinta años de ausencia. Todo estaba ahí... y nada estaba. Era un mismo teatro, pero donde se estaba representando una pieza diferente, ajena a mí, donde no me cabía ningún papel, y donde los actores me eran extraños; casi enemigos... Por eso te recomiendo, hijo, que si has dejado un lugar sin regresar a él sino después de treinta años, muérete más bien de ‘saudades’ lejanas pero no regreses, porque no encontrarás vida, sino muerte”²⁸³. Joaquín, en este sentido, fue más clarividente. Tal como lo vimos, recién llegado a París el año 25, ya estaba lamentando el haber regresado. Su última estadía europea fue, por lo demás, bastante corta y discontinua. Se dirigió a Ginebra, destino principal, volvió a París, viajó a Londres y a España... No tuvo el tiempo ni se dieron las condiciones para que se reimpregnara de la capital luminosa, lo que queda de manifiesto al considerar las crónicas enviadas a *La Nación* en el curso del año 26, la mayoría de carácter informativo y carentes, lógicamente, de ese sabor nostálgico que poseen sus evocaciones parisinas de años después.

Edwards comprendió perfectamente que había que perder el paraíso para ganarlo; y, de hecho, lo perdió en dos ocasiones. La primera, al estallar la guerra, cuando debió asumir el rol ingrato de meteco y comenzó a añorar el París que “rimaba con feliz”; el París “barato encantador, lleno de dulzura”; el de las semimundanas, los cafés concert, las casas de juego y el Molino Rojo; el de Jean Lorrain y Santos Dumont; el de la rue de la Paix y la Avenida las Acacias; ese París que quizás no fue sino un sueño y cuyas imágenes lo perseguirán como “fuegos fatuos en el cementerio de los recuerdos”²⁸⁴... La segunda, después de su último viaje, cuando le dio definitivamente la espalda iniciando un proceso de re-construcción en que las épocas tienden a confundirse.

Quienes han estudiado los fenómenos memoriales saben que recuerdos y olvidos se rigen por determinada mecánica y obedecen a cierta causalidad. Nietzsche y Freud consideran estos últimos como expresiones de defensa opuestas por el inconsciente. “Incluso entre las personas sanas, desprovistas de neurosis, escribe Freud, constatamos una resistencia que se opone al recuerdo de impresiones penosas”, una “defensa contra representaciones susceptibles de despertar sensaciones desagradables”²⁸⁵. El Análisis Transaccional introdujo en su teoría la noción de *desconocimiento*, que no es el olvido, pero está emparentado con él y que consiste en negarse a reconocer determinadas evidencias cuando resultan incómodas o inaceptables.

Otro hecho conocido y vinculado con lo dicho, es que la memoria es selectiva y que la selección de los recuerdos está relacionada con nuestra experiencia personal y con nuestros intereses. O. Guillaume atrae nuestra atención sobre la deformación de los recuerdos;

²⁸³ Benjamín Subercaseaux, *Aventuras de un joven que olvidó que era anciano*, Editorial Orbe, Santiago, 1970, pág. 23.

²⁸⁴ Cf. *Memorias*, pág. 134 y “La crisis de Francia” (cf. 219).

²⁸⁵ S. Freud, *Psychopathologie de la vie quotidienne*, Petite bibliothèque Payot, Paris, 1967. Pág. 155 y sgts. (T.N.).

“un recuerdo –nos dice– no puede ser comparado a un objeto inerte que se conserva; evoluciona con la actividad mental ulterior y su reproducción exacta es muy excepcional (...) Se han constatado tendencias sistemáticas a regularizar, a simplificar, a acentuar un detalle notorio o significativo, a sobrestimar las pequeñas cantidades y a subestimar las grandes (lo mismo sucede con el tiempo). Los acontecimientos son progresivamente falseados por la tendencia a establecer entre ellos relaciones lógicas, a interpretar detalles incomprensidos. Finalmente (...) existe una acción solapada de los factores afectivos que gravitan no sólo en la percepción original, sino en las transformaciones ulteriores del recuerdo. Uno termina por creer que vio lo que quería haber visto”²⁸⁶.

Un nuevo factor digno de ser considerado cuando se trata de reconstituir el pasado es la *omisión*, que es algo así como un olvido deliberado: “En cada crónica mía, las ideas que lanzo no representan sino la punta de un continente”, declaró Joaquín alguna vez, lo que resulta totalmente evidente cuando se considera la cantidad de temas cruciales sobre los que guardó silencio. La omisión puede resultar de diversas causas: economía verbal, pudor, deseo de no perjudicar a terceros, de proyectar una imagen maquillada de sí mismo, etc. Considerando este precepto de un lingüista: “hablamos tanto para comunicar nuestro pensamiento como para ocultarlo”, parece lógico que cualquier estudio riguroso de discurso personal (oral o escrito) debiera prestar atención tanto a lo que se dice como a lo que se calla consciente o inconscientemente. Las limitaciones de este trabajo no hacen posible profundizar demasiado en algunos elementos no explicitados.

Edwards leyó numerosas memorias y autobiografías pero pocas le satisficieron realmente porque, según él, pocas se ajustan a la “verdad pura” y completa. “Hay siempre un espacio prohibido -escribe. Lo prohibido es el otro yo, el Mr. Jekyll queda en lo inédito”. Lo ideal, para él, sería leer memorias de algunas personalidades chilenas (Madame Huici de Errázuriz, Benjamín Cohen, Neruda y otros) que hubieran consentido presentarse “al desnudo”, “sin farsa”²⁸⁷. El libro de Eduardo Balmaceda V. *De mi tierra y de Francia* “saturado de recuerdos y propio a las sugerencias” no parece tampoco haberlo entusiasmado, por dos razones: porque, en su opinión, la gran sociedad chilena –que constituye la materia prima de la obra– no presenta mayor “interés artístico” ni, por lo tanto, las condiciones para ser novelada; y la segunda, porque se trata de una descripción “desde dentro” y carente de perspectiva, en circunstancias que “el primer deber del paisajista es no formar parte del paisaje”²⁸⁸.

Es necesario por último, para situar correctamente la evocación que Joaquín hace de su pasado parisino, tener presente dos hechos suplementarios: uno relacionado con la razón que lo impulsa a rememorarlos en forma permanente (“no pasa un día que no recuerdo algo de eso”), el otro, con el carácter mismo de ese pasado. ¿A qué obedece ese afán de volver continuamente la vista hacia etapas de

²⁸⁶ P. Guillaume, *Manuel de psychologie*, P.U.F., Paris, 1932, pág. 168. (T.N.).

²⁸⁷ “Memorias y autobiografías” (cf. 229).

²⁸⁸ “De mi tierra y de Francia”, *La Nación*, 13 de noviembre de 1932.

la vida que quedaron atrás hace mucho tiempo? Comentando su última obra, el poeta Raúl Zurita responde, desde su rol de memorialista: "Cuando uno vuelve atrás es porque hay una disconformidad"²⁸⁹, juicio complementario del de Norberto Bobbio, para el cual la recuperación de determinados girones del pasado "ayuda a sobrevivir". El otro hecho que conviene precisar es que el pasado no es un elemento estático ("el pasado es lo más activo que hay en mi vida actual", declara Edwards ya en 1927) y que, contrariamente a lo que pudiera pensarse, no lo vivimos como pasado sino como presente. El pasado quedó atrás y su recuerdo es el de ahora, el que estamos viviendo en el momento de recordar, lo que explica que muchos de ellos se metamorfoseen a través del tiempo.

Joaquín Edwards Bello no escribió Memorias; la obra que, bajo su nombre, circula con ese título es un *collage* realizado por Alfonso Calderón a partir de notas, apuntes y artículos del cronista porteño. Quizás no las escribió porque le pareció superfluo, porque gran parte de sus libros y artículos constituyen variaciones memoriales, por más que él se aplique a calificarlos de "ficciones". Estas "memorias dispersas" no presentan ningún elemento desviante ni en lo que se refiere al modo de funcionamiento de la *mnesis* ni en lo que respecta al género literario consagrado con el nombre de memorias. Como ocurre regularmente al evocar el pasado, Joaquín no escapa ni a los olvidos, ni a las omisiones, ni al principio de selectividad, ni a la tendencia a esquematizar o a conferir un sentido a hechos que resultan inexplicables. El rol psicológico de esta evocación obsesiva de una ciudad mítica tampoco se aleja de lo que parece ser una constante: la necesidad de colmar una carencia, de hacer el presente más soportable. Y no puede decirse que haya dado en el gusto a aquellos de sus lectores que, al igual que él, hubieran deseado memorias "al desnudo" o "sin farsa". No se terminará nunca de repetirlo: cualquiera producción comunicativa es una puesta en escena de elementos significativos en función de una intención determinada.

Pero volvamos a algunos elementos sugeridos al comienzo de este trabajo y recordemos que la fascinación de Edwards Bello por París no es ni casual ni personal. No es el resultado del azar, sino de una educación y de la inserción en una sociedad y en una época en que Francia (y París en particular) gozaban de un prestigio excepcional no sólo en Chile sino en gran parte del mundo. Joaquín fue condicionado para querer a Francia desde pequeño, lo mismo que el resto de sus hermanos y hermanas. Una parte importante de la clase a la que pertenecía era igualmente francófila, pero dada la hostilidad que el escritor le manifestó desde muy joven, pudo haber sucedido que ese mismo sentimiento se hubiera transferido a Francia, lo que no ocurrió. Las razones parecen bastante claras. La Francia de fines del XIX y comienzos del XX fue el modelo no sólo de la moda, del buen gusto, de las buenas maneras para amplios sectores de la aristocracia y de las burguesías occidentales, sino también un centro intelectual, ideológico y político de primera magnitud donde se afrontaban elementos conservadores y progresistas, nacionalistas y aperturistas. Hubo así una Francia para las élites sociales y otra para las vanguardias ideológicas y literarias de diferentes categorías.

²⁸⁹ Entrevista de Claudio Alamos, *Caras*, 16 de abril de 1999.

Joaquín participó de ambas; no fue insensible al lujo, la elegancia, la gastronomía y otros ingredientes que hacían de París el centro mundial del refinamiento, pero no se quedó en eso; estudió la historia de Francia, alternó con jóvenes sudamericanos atentos a los aportes y a las evoluciones literarias del Hexágono, apreció el legado laico, republicano y valórico de la Tercera República.

No es, pues de extrañar que Francia haya operado en Edwards transformaciones importantísimas. Al contacto con París, Joaquín adquiere una nueva visión del mundo, de las relaciones humanas, de su proyecto de vida: "Hasta el año 1910 mi ambición hubiera consistido en ser un caballero santiaguino con casa en la calle Dieciocho: zaguán, cochera, comedor grande con vistas al jardín y bibliotecas con retratos de próceres (...). Entonces yo era en todo diferente al de ahora"²⁹⁰. Importa, sin embargo, señalar que el cambio no fue súbito, sino progresivo; que se inició antes de 1910, cuando durante su primera permanencia en Europa, comenzó a conocer el sabor de la libertad y un nuevo estilo de vida, más amable y tolerante que aquel en el que fue educado; que, si bien nunca creyó demasiado en la aristocracia de los apellidos, durante muchos años siguió compartiendo gustos, maneras e ideales de una clase con la que no termina de arreglar cuentas.

París es "mágico", en la perspectiva de Edwards, a varios títulos, pero una de las razones que más justifican este calificativo es su "poder transformador", su calidad de hada capaz de convertir al feo en hermoso, al tímido en audaz, al inseguro en confiado. Se trata, por lo demás, de un pensamiento compartido por muchos, casi de un tópico al que adhieren no sólo los que han experimentado los efectos de la gran capital. "No era permitido ir a París y llegar lo mismo que antes. Decir de alguien que 'llegó igual' era darle patente de infeliz"²⁹¹, es decir que se mantuvo impermeable a los mensajes y a las lecciones de la gran ciudad, que no se deshizo de la miopía provinciana que lo aquejaba al partir (y que justificaba el viaje), que jamás se desprenderá de ese espíritu insular que aqueja a aquellos que nunca han traspasado el umbral de su país.

Ninguna ciudad en el mundo detentaba un poder semejante, ninguna era capaz de cambiar tan a fondo a un ser humano. "Después de dos años de estadía en París, Eduardo era otro hombre: habían cambiado sus ideas y su físico", leemos en *El inútil*²⁹²; otro tanto le sucede a Tonio, pero desde su llegada a París: "Le parecía (...) que ya era imposible volver a ser el de antes (...) Estaba preparado para todas las transformaciones y los deslumbramientos (...) Poco a poco se le iba revelando el mundo"²⁹³, escribe el autor, agregando un nuevo atributo a esta hada maravillosa: su poder *revelador*, su capacidad de hacer emerger lo que está oculto (dentro de sí y frente a sí) y que un lastre de tradiciones, prejuicios, complejos, temores, impiden considerar con la lucidez requerida.

"He observado, se decía Pedro, que los criollos en París cambian no solamente de ideas sino de físico. Las mujeres blanquean a veces los ojos se les acl-

²⁹⁰ "Parque Cousiño", en: El marqués de Cuevas, pág. 162.

²⁹¹ "Llegando de Europa" (cf. 42).

²⁹² *Criollos en París*, pág. 92.

²⁹³ *Ibid.*, pág. 14.

ran..." No se trata, pues, de un cambio superficial, sino de un cambio del ser y del parecer, de un cambio que lava a las hembras de nuestro continente y les devuelve su blancura original, aquella que perdieron cuando emigraron a esas tierras semivirgenes expuestas a las inclemencias solares y pobladas de elementos sombreados originarios quizás de un Asia lejana. "Como somos descendientes de europeos que se expatriaron -agrega el mimo Pedro- no es raro que el clima europeo les devuelva algo de lo que les quitó el clima sudamericano"²⁹⁴.

Revelación y cambio van prácticamente de la mano. Al revelarnos a nosotros mismos, al mostrarnos de lo que somos capaces, París nos infunde el coraje de atrevernos a ser lo que realmente somos, a emprender, a sobrepasarnos, a vivir hasta nuestros ideales e ilusiones.

"En París el visitante extranjero y el extranjero se exaltan y se extreman. Personas que no saben cuánto pueden dar de sí antes de vivir en París (...) En general llegamos a París procedente de ciudades pequeñas, cuya vida social carece de ficción. No podemos aparentar lo que no somos. París se ofrece por eso mismo a nosotros como la ciudad en que podemos parecer lo que hubiéramos deseado ser"²⁹⁵.

¿Qué tiene París para que tanta gente se sienta más libre y atrevida a su contacto? La respuesta que sugiere Joaquín no difiere en mucho de la que proporciona para explicar algunos rasgos de carácter chilenos: el clima o, más precisamente el aire, provisto de virtudes tónicas excepcionales. La hipótesis no es original y se inscribe, por el contrario, en una larga tradición que co-relaciona el clima y el temperamento de los pueblos. En ningún momento se pregunta si dichos cambios son reales o imaginarios; ni por qué razón se operan en ciertas personas y en otras no; ni si ellos se derivan del hecho de sentirse interactuando en una sociedad diferente, con otros modelos y valores que aquellos a los que estábamos acostumbrados y sin esas vallas y restricciones a las que debemos necesariamente someternos cuando vivimos en nuestro medio habitual. De cualquier modo, Edwards es fundamentalmente un cronista, un divagador, un intelectual que, como todos los de su condición, vive haciéndose preguntas y sugiriendo respuestas, un escritor que a veces pareciera pensar en voz alta y que se siente autorizado para exteriorizar cuanta idea le pasa por la cabeza. Esta vez lo hace con precaución. "¿No habrá algo especial en el aire mismo de París? En los tiempos pasados (...) los meses de abril hasta julio tenían algo de extraordinariamente incitante a la felicidad, comparable a la borrachera del aire en los septiembres santiaguinos de mi niñez"²⁹⁶. Más que la pregunta inicial, resulta sugerente el comentario que la sigue en la medida en que hace evidente la co-habitación constante y a menudo sutil de la constatación objetiva, de valor general, y de elementos subjetivos que tienden a cuestionarla. Todo padre sabe, por experiencia, que la curiosidad de los niños es raramente tímida; que no conoce límites ni en cuanto al número de preguntas ni a

²⁹⁴ *Ibid.*, pág. 216.

²⁹⁵ "Los rastacueros". (cf. 62).

²⁹⁶ "¡A París!", (cf. 96).

las atribuciones causales. Una actitud semejante observa Edwards en la misma crónica al concebir una relación entre la composición del aire y el temperamento de quienes lo respiran:

“Me pregunto sin cesar por qué los científicos calvos y sin dientes, inventores de la desintegración del átomo y de las bombas, no han descubierto si acaso el temperamento de las sociedades humanas puede transformar la atmósfera de ciertos espacios terrestres, dándoles una calidad de gas para producir la alegría o euforia colectiva. Eso es lo que yo respiré en París allá por 1905 hasta 1913. Me parece que Alejandro Sawa, gran español latino de París, en la Cité Bergère²⁹⁷, donde se reunían, llamó a ese aire con un nombre de droga: la parisina”.

Dicho de otra manera, no sería imposible que el aire esté sometido a las fluctuaciones de la historia ni que gente feliz produzca un tipo de aire inductor de felicidad y mientras ésta dura.

En sus paseos por París, Edwards aspira a todo pulmón ese aire vivificante, repasa los diarios, se mezcla a una sociedad diferente, aparentemente más justa, humana y sonriente que la que ha conocido en su país... Nada mejor que la calle para conocer una ciudad, nada más ilustrativo que “probar la vida sin automóvil”, gastando los “zapatos en ferias, mercados escaleras y plazas pobres”²⁹⁸. Poco a poco, a medida de sus caminatas, de sus lecturas, de sus contactos con el pueblo de París, de sus aventuras sentimentales con esas francesitas encantadoras que lo admiran y defienden sus intereses, Joaquín va conociendo a Francia desde dentro, sus valores, sus instituciones, su estructuración social, *son génie*, es decir, su genio o esencia.

Muy rápidamente y ya en el curso de su primera estadía, Joaquín constata que, contrariamente a lo que sucede en su país donde los contrastes sociales son flagrantes, Francia —tras sucesivas revoluciones— ha hecho un esfuerzo tendiente a repartir la riqueza de manera más justa, a “igualar el bienestar” e “impedir las envidias sociales”²⁹⁹.

Educado en la escuela de su padre, fuertemente influido por el pensamiento social y económico de la Tercera República, Joaquín-Eduardo admira igualmente la “economía exagerada del pueblo francés”, su sentido de previsión y de responsabilidad, que se manifiesta, entre otras cosas, en el auto-control de la natalidad y en una conciencia clara de lo que significa educar y mantener a los hijos. “Él no miraba este fenómeno [el espíritu ahorrativo y previsor] como un mal, la China desbordaba de habitantes que vivían en un estado semisalvaje y miserable, en tanto que en Francia, las clases obreras gozaban de un bienestar admirable”³⁰⁰.

Estrechamente relacionado con esta tendencia, Edwards alude en varias ocasiones a la sobriedad de los franceses, a su capacidad para vivir en espacios res-

²⁹⁷ Pasaje situado en el 9º distrito de París poblado de pequeños negocios, cafés, restaurantes, etc.

²⁹⁸ “Memorias y autobiografías” (cf. 229).

²⁹⁹ “La crisis de Francia” (cf. 214).

³⁰⁰ *El inútil*, págs. 93-4.

tringidos y a menudo modestos, a su desdén por las apariencias y los boatos, a su tendencia a valorar el mérito antes que las exterioridades. Atributos todos que contrastan fuertemente con los de determinados sectores sudamericanos en los que el nuevo rico *snob* y pretencioso o el caballero atiborrado de formalismos y prejuicios constituyen modelos de sociedad. "Un gigoló argentino no hubiera vivido en los departamentos de Clemenceau, de Joffre, de Foch o de Poincaré³⁰¹ por juzgarlos insignificantes. Los sabios, los políticos y académicos europeos visiten de manera modesta o anticuada. Hay damas millonarias de la burguesía francesa que se ponen la misma ropa durante 20 años"³⁰².

Junto con las ya mencionadas y también vinculada con ellas, hay una virtud que Edwards aprecia particularmente en los franceses y es su *bravoure*, es decir, su coraje para reconocer y enfrentar la realidad, cierta disciplina interior que los preserva de las vanidades, los idealismos estériles y la frustración constante. La diferencia, en este sentido, es grande con otras sociedades que le son familiares donde el querer y el poder se confunden y en las que se vive pendiente de las apariencias.

"Yo he conocido siempre en el bulevar, entre mil, a un chileno recién llegado de Santiago, por el gesto pavo de la boca, la mirada opaca y la pretensión al andar, que son la marca de la vida deprimente de perpetua exhibición (...). Lo primero que les llama la atención en las calles de Europa es ver hombres bien vestidos, de sombrero hongo y camisa limpia, con canastas bajo el brazo, o tirando carretelas. Ellos no se atreverían a llevar un paquete. Hay criados en América a los cuales es difícil encomendar ciertas faenas porque su vanidad se hierde. Por esto los franceses que llegan a nuestros países dicen de nosotros confidencialmente: *Ils ne sont pas braves*" (no tienen coraje)³⁰³.

Ahorrativo, sobrio, realista, el pueblo francés no es, a los ojos de Joaquín, un pueblo triste; menos aún su capital, saturada de "vibraciones mágicas", ligera y chispeante como el champaña que produce, cantarina y hermosa como esa torre de Eiffel metamorfoseada por Huidobro en "guitarra del cielo", por B. Cendrars en "graciosa palmera", por el peruano De Torre en "hélice del tiempo"³⁰⁴. Sin hablar de esa *mesure* "fuera del sistema métrico", de esa "gracia helena", de ese ambiente "inefable", de "un trato, unas maneras, una ilusión de gloria de vivir que jamás en ninguna parte de la tierra, se podría ni siquiera presentir"³⁰⁵.

Si inefable, París no se puede contar, habrá que vivirlo y, diverso, cada uno lo vivirá y lo apreciará a su manera. El ambiente de París es indisociable de la ciudad

³⁰¹ Clemenceau (1841-1929): Primer ministro radical, organizó la victoria de los aliados contra los alemanes -Joffre: mariscal de Francia, vencedor en el Marne en 1914 -Foch: mariscal de Francia, obligó a los alemanes a solicitar un armisticio (1918) -Raimundo Poincaré. Presidente de Francia entre 1913 y 1920.

³⁰² "Pobreza y lujo" en: *Historias de bancos, bancos con historia*, Ed. de la Ciudad, Santiago, 1983, pág. 104.

³⁰³ *La cuna de Esmerado*, pág. 48.

³⁰⁴ "Torre Eiffel", *La Nación*, 5 de noviembre de 1923.

³⁰⁵ "Los rastacueros" (cf. 62).

misma, no se puede reproducir ni trasplantar a otro lugar; sólo puede revivirlo la memoria, el estímulo que provoca el recuerdo... el recuerdo de un pasado en parte real en parte idealizado y al que nos tornamos para evadirnos del presente ingrato.

Junto a esos recuerdos que Joaquín transporta con él como Cupido su aljaba, Joaquín interiorizó en París otro elemento que es no sólo una herramienta, sino también un sedimento simbólico que contiene la tradición, la historia, la visión del mundo del pueblo que lo ha forjado, nutrido y hecho vivir. Nos referimos al idioma francés, aspecto al que no se ha prestado atención pero que no ha podido pasar inadvertido para el profesor de francés que suscribe estas líneas.

Joaquín creció, como lo vimos, en un ambiente en que el francés gozaba de prestigio y era considerada por todos como la lengua de la diplomacia, de la aristocracia, de la cultura. Los lingüistas de hoy no atribuyen calificaciones a las lenguas (ya no se habla de lenguas ricas o pobres, nobles o plebeyas, femeninas o recias) ni establecen jerarquías entre ellas, pero a comienzos de siglo las cosas eran diferentes; el inglés era considerado *la* lengua del comercio, el italiano *la* lengua melodiosa de la ópera, el francés el mejor medio de comunicación entre las élites culturales y sociales del universo. La infancia de Edwards estuvo sumergida en esta *ideología lingüística*, a la que vinieron a agregarse algunas realizaciones prácticas como los nombres o títulos distribuidos en letreros, revistas o partituras que circulaban en su entorno inmediato. Ya vimos la importancia que tuvo lo visual en la adquisición del francés por el cronista, el rol jugado por letreros y pancartas a su llegada a París y los que, tras su regreso definitivo al país, continuarán “danzando en la memoria”: *Nelly's Bar, rue Duperré, Vins, liqueurs et charbons, Sage femme, etc.*

No disponemos de ningún documento sonoro para apreciar el francés que hablaba el cronista, pero la calidad de su escrito parece irreprochable, a juzgar por las cartas en ese idioma que envió a María Letelier. No es seguro que, con el tiempo, su competencia lingüística se haya debilitado demasiado. Junto con leer artículos o libros en lengua francesa, Joaquín no desperdiciaba la ocasión de hablar el idioma cada vez que la oportunidad se presentaba³⁰⁶, de recitar en voz alta poemas de Villon, Verlaine, Baudelaire, etc., de ver películas francesas en versión original, de escuchar canciones en francés, muchas de las cuales conocía de memoria. Edwards *gozaba* con el idioma francés lo mismo que se solazaba con los recuerdos de París; sus sonidos producen en él efectos semejantes al roce de un cuerpo o al susurro de una música. “Frasas jugosas, nuevas y agradables, se deslizaban a sus oídos” (...) “Suaves palabras como cosquillas, como lengüeteos llegaban a sus oídos: *papouilles, pomponette, crevettes, mignardise, polisson...*”³⁰⁷. Los términos y la fonética franceses ponen en movimiento todos sus sentidos; su aprehensión del idioma es a la vez sensorial y sensual; tanto o más que por los significados, el poeta Joaquín se siente atraído por los significantes, por “la vertiente *palpable* de los signos”. Sin que, por ello, deje de prestar atención a los aspectos morfológicos y sintácticos, a la particular arquitectura del idioma, a los juegos de palabras, a cier-

³⁰⁶ Cf. al respecto, Salvador Reyes, “Recuerdos de Joaquín Edwards Bello”, *El Mercurio*, 3 de marzo de 1968.

³⁰⁷ *Criollos en París*, págs. 11 y 38.

tas realizaciones (máximas, proverbios, refranes, lexías de todo tipo, etc.) en que se dice y sugiere mucho con una gran economía de elementos verbales.

Obligado a dar cuenta de la cultura francesa, Joaquín no puede abstenerse de apelar con frecuencia al idioma correspondiente. El uso de los términos originales son más sugerentes, para él, desde luego, pero también, piensa el escritor, para el destinatario del mensaje. Sucede igualmente que, como el francés está tan asociado a todo lo que ha visto y vivido, en el momento de la escritura le resulta difícil desprenderse de él. Lejos de ser un síntoma de afrancesamiento, como se ha dicho, el uso de vocablos franceses, calcos, etc., es en Edwards una expresión de libertad y de autenticidad. Criticarlo por ello es dar muestra de un purismo injustificable. Sobre todo porque, tanto al hablar como al escribir, no pierde nunca la conciencia ni el control de su lengua materna. Por eso es que tiene autoridad para mofarse de las hermanas Larrea (*Criollos en París*) que hablan español rodando las r, deformando ciertos fonemas, contaminando su discurso con "expresiones ridículas" como *epatar, estomacarse, buleversarse, rigolar, etc.* Joaquín acude al francés no por snobismo ni porque su sistema materno está dañado, sino por evitar un esfuerzo o por razones literarias. Para él es más expresivo que una prostituta francesa interpele a un potencial cliente mediante el llamado "*viens mon loup*" que utilizando las expresiones chilenas equivalentes. El tema podría ser objeto de un ensayo aparte, pero nuestra intención no es estudiar aquí los galicismos en la obra de Edwards Bello, sino dejar establecido que el idioma francés fue una de las dones más preciosos y perdurables que recibió Joaquín en su contacto con París, Francia y la cultura francesa.

Un término banal (y sujeto a mil interpretaciones) resume el recuerdo final que París dejó en Joaquín, no obstante todas las contrariedades derivadas principalmente del primer conflicto mundial: es el término "felicidad". Felicidad que procura la eclosión de las potencialidades dormidas (como esas "plantitas no regadas que súbitamente se desenvuelven y revelan su género"); felicidad de haber podido "auscultar mis propias fuerzas"; felicidad de saberse admirado y reconocido en medio de un pueblo y una ciudad que admira y ama; felicidad de sus errancias en la capital y de la posibilidad de respirar ese aire particular "que entona y alegra"; felicidad que comunica "el carácter aquiescente de las francesitas", el "carácter ligero de los franceses", las sonoridades de una lengua encantadora y las canciones que se anidan en las gargantas de las grisetitas. "Confieso: Aprendí mucho en Inglaterra y en España, pero nunca, en ninguna parte, tuve la enseñanza del *bonheur*, de la felicidad, como en París. Allí aprendí a ser buen pobre. Gómez Carrillo contó el caso de un artista sueco que le dijo: Cuando estoy pobre me voy a París y soy feliz"³⁰⁸. Joaquín no se cansa de repetir, con las variables consabidas, el mismo refrán, la misma euforia, similar emoción: "Todavía me emociona oír la palabra París", escribe después de haber visto la película *French Can Can*. "Los momentos más grandes de mi vida transcurrieron allí", confiesa a Hans Ehrmann. "Río [de Janeiro] como tú y como París están (...) en las regiones extrahumanas de lo más soñado que he

³⁰⁸ "El caso de Naná" (cf.43).

vivido”, escribe a María Letelier³⁰⁹. Difícilmente la euforia que le provoca el solo pensamiento de París puede ir más lejos. Raramente un objeto amoroso ha sido acreedor a tanta admiración, afecto y gratitud.

Una vez más: resulta inoficioso interrogarse sobre lo que hay de realidad y lo que hay de ficticio en esas imágenes euforizantes que Joaquín guarda de la “Ciudad Antorcha”. La “memoria emotiva” es más selectiva que las otras, es verdad, pero, en el caso de nuestro cronista, la emoción no siempre anula la lucidez, que puede cohabitar con aquélla y atenuarla o expresarse en forma independiente, cuando el intelectual prevalece sobre el poeta. Conviene, pues, volver a recordar, un comentario consignado inicialmente: “París fue para nosotros un Olimpo clausurado, pero lo amábamos y, *desde fuera*, escuchamos su música”... lo amaban quizás como Petrarca a Laura, como Dante a Beatriz, en forma platónica, desde fuera, lo que quiere también decir desde lejos, como un objeto inaccesible y vedado a la posesión.

Lejos de París, Joaquín se sumerge a menudo en la ciudad de su memoria; ello lo tranquiliza, le devuelve la alegría, la confianza en sí mismo; también él vivió momentos de gloria, también conoció la *gracia* de haber vivido en París. Y como el goce solitario es raramente completo, el escritor trata de compartirlo, de buscar la compañía de quienes conocieron experiencias análogas a las suyas, de descubrir cómplices, de detectar a otros “iniciados”, a otros miembros de “esa masonería formada por los que vivieron en París”³¹⁰, sobre todo, por los que vivieron allí entre 1910 y 1914. Los hay y en todas partes: “En cada rincón del mundo hay alguno que añora París”. Sólo ellos pueden comprenderlo, sólo con ellos puede comunicar en un plano de igualdad y degustar el sabor agridulce de la nostalgia: “Aún ahora, escribe ya en 1927, hago una gran diferencia en la amistad con las personas o cómplices, mejor dicho, que conocieron esas épocas (...) Hay un embrujo que nos liga a nosotros los que vivimos aquello”³¹¹.

Para conjurar el esquizoidismo, Edwards necesita de Otro-Semejante, de un referente, singular o plural, de alguien con quien poder confrontar sus vivencias y asegurarse que el paraíso alojado en sus memoria no es pura fantasía. Si otros compatriotas vivieron lo mismo, si quedaron, como él, “impregnados de París”, si conservan las mismas imágenes doradas, quiere decir que la Ciudad Luminosa existió realmente, que es más que un fantasma, que una quimera forjada por un espíritu afiebrado que busca escapar de la realidad. En efecto, “cuesta creer que eso fue cierto y a veces nos ocurre salir a buscar, por calles y vericuetos, a unos de los que vivieron en ese París de entonces para darnos la sensación de que no lo hemos imaginado, sino vivido”³¹².

¿De qué hablan, cuando se juntan los cofrades, “como yo, enfermos de parisianitis”? No es difícil imaginarlo: de tal restaurant donde se comía bien y por poca plata; de la generosidad de esa *midinette* que nos hizo salir del paso en un

³⁰⁹ *Epistolario sentimental*, pág. 77.

³¹⁰ “Un recuerdo de París”, *La Nación*, 22 de agosto de 1954.

³¹¹ “El meteco en la guerra” (cf. 122).

³¹² “Escritores y peleadores” (cf. 2).

momento difícil; de los paseos con ella a las orillas del Marne; de las grescas que los gigolos argentinos armaban en el barrio de Pigalle; de la conserje para quien Chile limitaba con Cuba; de la *cocotte* que, prendada de nuestra piel morena y de nuestros ojos de salvaje sudamericano, nos entregaba parte del dinero extraído del bolsillo de un burgués al que juraba adoración. "Signos [todos] de una vida parisiense de espuma, nunca auténtica ni de fondo", como ya se había dicho³¹³.

¿Qué parte de fabulación había en esas evocaciones que embriagaban a los participantes como el vino que libaban? Más importa establecer que todos quedaron marcados por París de manera indeleble; que sus recuerdos fueron como un bálsamo que les ayudó a sobrellevar las miserias de la vida; que les dio alas y los reveló a sí mismos; que todos pudieron corroborar el pensamiento de Hemingway cuando escribió a uno de sus amigos: *Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París te acompañará, vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue...*³¹⁴.

... Que nos sigue *hasta la muerte*, pudo haber dicho. Momentos antes de poner fin a sus días, una mañana del verano de 1968, Joaquín llamó a su mujer, la abnegada Marta Albornoz, y le solicitó hacerle escuchar un disco, más bien una canción, *Je ne regrette rien*, interpretada por Edith Piaf. Y fue mientras el gorrión de París repetía con exaltación: "*Avec mes souvenirs, j'ai allumé le feu, mes chagrins mes plaisirs, je n'ai plus besoin d'eux*" (*He hecho una hoguera con mis recuerdos - Ya no necesito ni de mis penas ni de mis goces*) que este amante de la Ciudad Luminaria se descargó un tiro en la boca.

CONCLUSIÓN

No tiene nada de raro en el universo de los sentimientos: más que de una ciudad, Joaquín se enamoró de una *idea* o más bien de un *mito*. Él, que vivió denunciándolos todo el tiempo. "La mitomanía es un vicio suramericano —declaró alguna vez. Poseemos una enorme capacidad para demoler los hechos verídicos y cubrir el lugar con una pátina de leyenda, de magia, de ultratumba. El mito es un fruto de infancia de los pueblos"³¹⁵.

Se nos permitirá esta vez disentir de nuestro insigne cronista. El mito no es un vicio, es, sobre todo, una necesidad, que Edwards Bello experimentó más que nadie. Tampoco es particular a los "pueblos niños", puesto que la vieja Europa y el Oriente milenario están saturados de mitos, actuales o pretéritos. En su primera acepción, el mito es un relato fabuloso.

El París que Joaquín vio, vivió, recordó estuvo condicionado por esa idea original. Idea que tuvo una particular vigencia en una época —fines del siglo XIX y comienzos del XX— y al interior de una clase: "la crema de la sociedad". Se trata de una idea global, es decir, de un conjunto de representaciones que terminan configurando una imagen fuerte, a menudo de carácter alegórico. Para la sociedad chilena de la época —pero no

³¹³ "París" (cf. 84).

³¹⁴ E. Hemingway, *París era una fiesta*, Seix Barral, S.A. Barcelona 1965, pág. 7.

³¹⁵ *Mitópolis*, Ed. Nascimento, Santiago, 1973, pág. 15. Cf. cita de R. Barthes, anterior a la nota 78.

sólo para ella— París fue la ciudad del pecado, de la elegancia, de las mujeres bonitas, de la buenas maneras, de la libertad y el libertinaje. No es tan difícil comprender que un muchacho sensible, educado en un clima severo y formal, ardiera de deseos de conocerla. Sobre todo si consideramos que en su casa, en su medio, en su patria, abundaban los signos y alusiones que, directa o indirectamente, invitaban con insistencia a participar en el festín prodigioso.

Cuando Joaquín dejó Chile en 1904, era algo más que un “niño bien”, era un intelectual en germen, con muchos de los rasgos de la especie: gusto por la lectura, interés por los idiomas y la actualidad, tendencia a plantearse problemas y a interrogarse sobre las causas. Pero como desde niño fue un rebelde, rechazó los marcos formales y la rigidez de las instituciones oficiales de enseñanza. Aprendió solo, buscó personalmente y en forma asistemática respuesta a sus inquietudes, no quiso someterse a las exigencias del análisis, la confrontación y la dialéctica. Lo que explica quizás que muchos vean en él más a un artista que a un intelectual en el sentido académico del término.

El hecho de haber recibido una educación laica; de haber observado en ciertos sectores de la sociedad chilena un divorcio flagrante entre las creencias y las prácticas, de haber llegado a Francia en plena República anticlerical, fue seguramente determinante en la constitución de su ideario político. En cuanto a su formación literaria, ya lo sabemos: primero fueron los cuentos de Callejas, los folletines publicados por *El Mercurio*, *Rocambole*, más tarde la lectura de Maupassant, Zola, France y... Paul Bourget, el primero en impresionarlo, no obstante sus orientaciones ideológicas, marcadamente reaccionarias. También entre los intelectuales chilenos —poetas, pintores, periodistas, etc.— París constituía un ideal:

“El nombre de la Ciudad Luz andaba de un lado a otro en nuestras mesas [de bohemios] todas las noches. A ellas venían a sentarse sin más ni más Picasso, Kafka, Chagal, Gauguin, Proust, el viejo Verlaine, Joyce, Apollinaire, Rimbaud, Modigliani, Van Gogh, y los poetas nuevos de Europa. Era la fiebre de París que se apoderaba de nuestras mentes y enardecía repentinamente nuestros corazones”,

escribe Diego Muñoz, viejo compinche de Neruda³¹⁶. París era el centro de la cultura universal, la capital mundial de la creación, el dominio reconocido de la libertad. París tenía todo para encantar al joven de gustos refinados y al cronista en germen que inició su trayectoria en don pequeños periódicos fundados por él mismo.

Al año después de haber llegado, Joaquín perdió a su padre, símbolo de la autoridad y del deber. Las lágrimas deben haberse mezclado a un gran suspiro de alivio. La imagen del padre y la imagen de la patria se superponen; el joven siente que uno y otro le “impiden ser”, constituyen una valla. ¿Ser qué? El mismo no lo sabe demasiado. Por suerte quedaba doña Ana Luisa, la nieta del Patriarca, símbolo de comprensión y de dulzura.

³¹⁶ *Memorias - Recuerdos de la bohemia nerudiana*, Mosquito Editores-El Juglar Press, Santiago, 1999.

Por el momento se trata de *vivir*, es decir, de ser feliz. Para lo cual París constituye el terreno ideal. Con dinero se pueden hacer tantas cosas y el joven dispuso de mucho; gracias a él pudo viajar, adquirir hermosas tenidas, mantener a algunas grisetas, frecuentar las salas de juego, acallar los viejos demonios interiores.

A pesar de todo lo que escribió sobre París, poco sabemos respecto a la vida que Joaquín llevó realmente en su capital bien amada, la cual, según propia confesión, no logra jamás penetrar totalmente. Y la práctica del "voyeurismo" tiene siempre algo de frustrante. De ahí la sensación de marginalidad que se desprende de algunos de sus textos. El estallido de la Primera Guerra no hizo sino agravar este sentimiento. Pero la guerra lo hizo también madurar y tomar conciencia de ciertas realidades.

No obstante su fervor por París, el número de páginas que le inspiró la ciudad, la cantidad de alusiones históricas, literarias, topográficas que ellas contienen, proyectando a veces una ilusión de profundidad, el lector no puede menos que sorprenderse al constatar cierto número de *vacios* que inducen a pensar en una aproximación de Francia un tanto superficial. Refiriéndose a *Criollos en París*, dos comentaristas escriben: "los personajes franceses, salvo raras excepciones, son meras sombras, material de relleno"³¹⁷, lo que parece bastante efectivo. Llama la atención que en una novela que sucede en Francia en uno de los momentos más álgidos de su historia, los franceses tengan tan poca presencia y densidad. Parece difícil llegar a conocer una sociedad tan compleja *desde fuera*, como decía el propio Edwards, ajeno al mundo del trabajo, limitando los contactos humanos a unos cuantos compatriotas, a algunos escritores sudamericanos, a una que otra obrerita graciosa pero con la cultura propia de su condición social.

Varios analistas han reprochado a Edwards Bello algunas incorrecciones gramaticales, la profusión de locuciones francesas, determinadas figuras de "mal gusto", el tono declamatorio a que por momentos es adicto, todo lo cual, a nuestro juicio, carece de importancia. Un escritor no tiene por qué ser un modelo de estilo ni un profesor de idioma nacional y muchos de entre los mejores han incurrido en prácticas similares. Otras cosas nos hacen reaccionar y muy particularmente algunas incongruencias de las que el escritor parece no haber adquirido conciencia. Resulta, por ejemplo, sorprendente, el constatar hasta qué punto el autor de tantas sátiras contra la burguesía de su país se mantiene fiel al ideario de esta misma clase y no precisamente del sector más ilustrado de la misma. Sus imágenes de París, algunas composiciones de tarjeta postal, los intereses que la ciudad suscita en él, los estereotipos de que participa son de inspiración netamente burguesa; son las imágenes y los intereses de la gente de su clase y de su época, hacia la cual demostró tanta hostilidad. Más que el "vulgarismo" de ciertos términos o metáforas, nos sorprende la forma de percibir y tratar a la mujer francesa, el lenguaje con que a veces se refiera a ella, la contradicción que consiste en, por una parte, rendirle culto y, por otra, subordinarla al hombre, a sus necesidades y caprichos. Dentro de esta misma línea -y aun cuando la relación no sea evidente- creemos pertinente

³¹⁷ Julio Orlandi, Alejandro Ramírez, *Joaquín Edwards Bello - Obra, Estilo, Técnica*, Col. Premios Nacionales de Literatura - 2, Ed. del Pacífico S.A., 2ª ed., Santiago, 1969, pág. 20.

mencionar el relativo desinterés del cronista por las expresiones literarias y artísticas que no responden a determinadas corrientes consagradas, una cierta indiferencia frente a los movimientos vanguardistas o disidentes... A menos que se quieran tomar en serio sus veleidades dadaístas.

Hechas estas reservas, conviene volver al tema central de este trabajo —el amor de Joaquín Edwards Bello hacia París— y concluir sobre el papel que jugó en la vida y obra del escritor. Aunque nadie se refiera a ellos, insistimos que el primer y mayor aporte de París al escritor fue el don de una lengua: el francés; lengua que disfrutó con fruición y que le permitió no sólo el acceso a nuevas fuentes de información, sino también a los textos originales de grandes escritores. No es fácil aprender un idioma extranjero, pero al fin de cuentas resulta gratificante. Sin contar que por amor se hacen muchas cosas. Tal como pudimos constatarlo, París no logró curarlo de sus “heridas chilenas”, pero constituyó, por lo menos, un tremendo refugio imaginario donde, de regreso a su patria, pudo asilarse en los momentos difíciles, tarareando las viejas canciones, recorriendo mentalmente las viejas calles, contemplando una y mil veces el mapa de París, pensando en las *cousettes* que lo admiraron y creyeron en él, codeándose con otros pacientes que sufrieron de su misma dolencia. París le permitió finalmente hacer la experiencia de la libertad en uno de los momentos más trascendentes de su vida.

Se ha dicho que uno no conoce un país extranjero impunemente. “¡Mejor habría sido no conocerlo!” dice el autor refiriéndose a París, presa de esa situación incómoda que emana del hecho “d’avoir le derrière entre deux chaises” (de tener las posaderas colocadas entre dos sillas). Es un sentimiento que hemos conocido todos los que hemos vivido varios años alejados de nuestro país, repitiendo al infinito el esquema clásico según el cual el Aquí está sistemáticamente marcado de un signo negativo y el Allá de un signo positivo. Idealizamos siempre lo que está lejos. Si estamos en el extranjero, visualizamos nuestro país de origen como maravilloso y la tierra de acogida insostenible; si sucede lo contrario y estamos en nuestro país, la encontramos afectada de todas las taras y suspiramos por el país donde vivimos. Ya se ha dicho: el paraíso sólo se vive a distancia.

De cualquier manera, el contacto con una cultura extranjera es siempre enriquecedor. Y los chilenos deberíamos pensar en los riesgos que corremos al vivir ignorando al resto del mundo y sujetos a un solo modelo cultural extranjero. Si en Edwards el amor está sistemáticamente asociado a la gratitud es porque Francia y París lo pusieron en contacto con nuevos valores y comportamientos, una forma diferente de relacionarse, una visión del mundo suigéneris.

Por nuestra parte —y al finalizar este estudio— pensamos en los momentos gratos que disfrutamos en el curso de nuestra larga convivencia intelectual con un cronista que merece la mayor admiración como asimismo en todos esos chilenos (varios miles) que llegaron a Francia después del año 72. Es una lástima que no se haya dado entre ellos un cronista de la talla de Edwards. Ello nos habría permitido confrontar la visión del dandy que vivió París “en espectador”, a caballo entre la época dorada y la época negra, y la del intelectual, la dueña de casa o el obrero que no tuvieron la alternativa de elegir y debieron sumergirse hasta el cuello al interior de las realidades francesas de la época pompolidiana.

EL DELITO DE PENSAR, UNA RAZON DEL DESTIERRO¹

José Ricardo Morales

En el congreso que ahora concluye, acabamos de efectuar, tal como en ocasiones precedentes, un penoso inventario: el de la considerable pérdida sufrida por España como consecuencia de la enajenación forzosa a que se vio sometida con la expulsión al mundo abierto de muchos de sus mejores hijos, por obra y gracia del dictador de turno, Francisco Franco. Una enajenación que ha de entenderse en su doble sentido de 'locura' y de 'exclusión' o 'apartamiento', porque si la demencia supone la carencia de mente, nada más demencial que excluir del país a un número crecido de inteligencias, por el hecho de que pusieron en juego su propia razón de ser: el pensamiento libre.

Aunque conviene recordar, a este respecto, que el deporte mayor y el más asiduamente practicado por los dictadores consiste en deportar a quienes no comparten sus propósitos, haciéndolos salir de su país por todos los pasos o puertos habidos, sean de mar o tierra, condenándolos inclusive a la mayor alteridad concebible: la del "otro mundo", el "más allá" situado tras las puertas del Hades, en donde los antiguos creyeron que se hallaba el reino de las sombras.

Por todo ello, sostuve en diferentes ocasiones que ante la general violencia castrense, ejercitada o ejercida entonces, como no podía ser menos, por un generalísimo, a los españoles libres no nos quedaron sino tres destinos posibles, a cual de ellos peor: uno, el de permanecer aquí aterrados, sin voz ni voto alguno, en cesación completa de su facultad pensante; otro, el más deplorable, el de aquellos que concluyeron enterrados por oponerse a un régimen que hacía de la muerte su principal razón, la sinrazón puesta de manifiesto en aquel exabrupto cavernario de Millán Astray, "¡Viva la muerte!" "¡Muera la inteligencia!", refutado con la genial inmediatez de Unamuno, quien encontró su fin tras definirse en la postrera de sus réplicas: "Venceréis, pero no convenceréis...". Por último, quedó el camino, para muchos sin término, de quienes tuvimos que abandonar forzosa-mente nuestra tierra, para clamar por ella en todos los tonos y en los lugares más diversos, levantando la voz en nombre de quienes permanecieron mudos para siempre y aun de aquellos que sin concesión alguna hubieron de mantenerse aquí circunstancialmente silenciosos.

Como quiera que sea, las tres categorías de españoles que acabo de considerar —los aterrados, los enterrados y los desterrados— fueron la consecuencia de esa moral del desperdicio que impera en nuestro mundo tecnificado, consisten-

¹ Conferencia de clausura del Congreso Internacional *El exilio de 1939. Sesenta años después*, celebrado con motivo de los *Cinco siglos de la Universidad de Valencia*. 4 de diciembre de 1999.

te en arrojar al pavoroso vertedero de "lo inútil", como si fuesen restos en desuso, a quienes se opusieron a la violencia uniforme, por no decir uniformada, que dominó en el país. De tal manera, al discrepar del régimen castrense, se hicieron comparables a esos objetos sin objeto imaginados por el arte de nuestro tiempo.

Digo esto porque en un mundo crecientemente instrumentalizado, en el que lo útil prevalece sobre lo necesario, quedaron excluidos de él aquellos que se tomaron la libertad de proponer ideas distintas de las que por entonces predominaban. De hecho, la consideración primera que los dictadores de toda índole brindaron a tales personas consistió en tratarlas como un desecho inútil e incluso peligroso, del que la sociedad en que vivían podía desprenderse sin menoscabo alguno. No obstante, quienes sufrieron semejante experiencia negativa, dado que poseían plena conciencia de su situación, fueron bastante más que útiles o inútiles, ya que se hicieron necesarios, al denunciar las falacias empleadas por las dictaduras para someter a sus pueblos. Con todo ello, la orientación tecnificada y meramente instrumental del pensamiento acabó reduciéndolo a ser un mero recetario de ideas aplicadas o aplicables a cada situación, recurso que emplearon las diferentes ideologías entonces en vigor. Tanto es así que por este camino acabaron convirtiendo a las ideas en simples pretextos, y a éstos en procedimientos rutinarios que culminaban reduciéndose a ser meras consignas o signos destinados a la acción, en las que perduraba cierto sentido religioso -*in hoc signum vinces*-, reemplazándose así, con semejante degradación instrumental del pensamiento, su necesaria condición fundamental.

Como consecuencia de este proceso reductor y aun degenerativo de las ideas, aceptándolas principalmente en función de sus posibilidades meramente utilitarias, tal vez podamos estimar que en vez de una sociedad de consumo, según propusieron entonces Marcuse y sus epígonos, hubo realmente dos de ellas. Porque a la que siempre fue considerada como tal, en la que el bienestar de todos se cifraba en el uso y abuso de cuantos bienes pudiera producir la técnica, había que añadir esta otra, de índole ideológica, ya que instrumentalizaba técnicamente a las ideas para colocarlas fácilmente en "el mercado", cosificándolas y limitándolas a ser simples esquemas de favorable aceptación. Al fin y al cabo, si los productos industriales nos lo entregaban todo hecho, en un *prêt à porter* universal, las ideas, en cuanto manipuladas o degradadas por las ideologías, llegaron a tener una finalidad muy semejante, convirtiéndose en artículos de consumo que nos lo daban todo resuelto, hasta el punto de que quienes las aceptaban, *podían incluso quedar libres de la necesidad de pensar*. ¿Hay beneficio comparable al de usar las ideas para impedirnos idear? Porque si la debida problematización del mundo es inherente al ejercicio del pensamiento, el liberarnos de todos los problemas que ocasiona fue el beneficio producido por tales ideas fijas a quien las compartiera.

Sin embargo, para lograr la felicidad que suponía el carecer de dudas, las diferentes ideologías dictatoriales exigieron la adhesión incondicional, en adecuada retribución por las muchas venturas que el régimen ofrecía. Aun cuando no cabe omitir que el pensamiento, en su sentido real y pleno, requiere siempre *poner condiciones* para que el mundo se nos revele con rasgos diferentes de los habituales o consabidos, corriéndose así determinado riesgo. Por ello, el que se

adhiera incondicionalmente a lo que sea revela cierta disponibilidad, comparable a la de un sello postal.

A este propósito, conviene destacar que la incondicionalidad no pertenece al orbe riguroso de las ideas, sino al de las creencias, como lo testimonia uno de los antiguos precursores de la Iglesia, Tertuliano, pues al mostrar su adhesión irrestricta a la fe en que creía, declaró abiertamente: "Creo porque es absurdo". De modo que al dotar de cierta carga de fe a las ideas las dotamos también de un determinado lastre de irracionalidad, ajena por completo a su más rigurosa condición. Dicha carga de fe contribuyó a la transformación de las ideas en ideologías, aun cuando colaboró también con la intención de difundirlas a toda costa. Por ello, si la instrumentalización del pensamiento lo convirtió en un artículo de fácil consumo, su difusión ilimitada constituyó otro aspecto característico de las ideologías, corroborándose así que no hubo sólo una sociedad de consumo, ya que si en la estimada tradicionalmente como tal predominaba la publicidad, para estimular la demanda de sus productos en el mercado, la otra que propongo, la del consumo ideológico, recurrió a la propaganda con la intención de difundir sus nociones crustáceas o cosificadas, facilitándoles su aceptación.

En suma, la publicidad y la propaganda que predominaron, respectivamente, en los dos campos de acción que se dividieron el mundo tras la segunda guerra mundial, fueron una muestra evidente de las dos sociedades de consumo aquí consideradas. Anticipándose a esta situación, Carlos Marx, que percibió con claridad el peligro de la degradación de sus propias ideas, instrumentalizándolas técnicamente o dándoles cierta carga de fe que deploraba, tuvo que declarar: "*Moi, je ne suis pas marxiste...*". Así reconoció el peligro de que los sacristanes ideológicos manipularan sin demasiado escrúpulo las muchas y rigurosas imaginaciones que propuso para entender y transformar el mundo.

De ahí que a las llamadas ideologías —que no sólo aparecen en el campo político, puesto que abundan en otras zonas del pensamiento— habría que llamarlas, más bien, "ideolatrías", puesto que se convierten con frecuencia en un invariable artículo de fe, según los numerosos atributos de creencia irracional que poseen. Entre ellos, el de privar a sus "adherentes" de correr riesgo pensante alguno, dado que éstos debían limitarse a glosar cuanto la propaganda ideológica les entregaba elaborado y digerido de antemano. Dicho aspecto ideolátrico y propagandístico, de índole cuasi sagrada, perteneciente a varias ideologías políticas, tuvo un remoto precedente religioso en la *Propaganda fide*, institución creada por los jesuitas en Roma, con el propósito de difundir sus creencias *urbi et orbi*.

Por último, en conclusión de este proceso basado en la uniformación instrumental de las ideas, conviene señalar que muchos de los conflictos habidos hace unos años, especialmente los atribuibles a la llamada "guerra fría", seguramente se debieron a que ambas sociedades de consumo —la de los bienes y su opuesta, la ideológica— entraron continuamente en pugna, ya que trataron de consumirse mutuamente, tal como correspondió a su naturaleza invasora. Sin embargo, es necesario reiterar que en las dos existía determinada raíz semejante —aquí subrayada al pensar "sobre" ellas, es decir, desprendido de ambas—, porque se hallaban subordinadas a una tecnificación que hizo predominar "los medios" —incluidos los de difusión— sobre la creatividad original que pudo haber en ellas.

* * *

Ahora bien, si nos remitimos de nuevo a la noción de "desperdicio", anteriormente considerada con respecto a la técnica, habremos de convenir en que lleva consigo la idea de "una pérdida". Por añadidura, cuando relacionamos dicha pérdida con la ocasionada por el destierro, ésta se nos hace presente de dos maneras. La primera cabe considerarla como la sufrida en persona por el desterrado, ya que al perder su país puede llegar a no encontrarse, sintiéndose desquiciado, fuera del límite en el que transcurrió su vida. Pero además, suele "encontrarse perdido" —tal como dicen en Chile, país de mi destierro—, pues al iniciar su exilio y vivir en un lugar que no es el suyo empieza por extrañarse, así como extraña a la vez su lugar de procedencia, desviviéndose además por saber qué ocurre en éste. De tal modo, el desterrado convierte literalmente su ignorancia en una constante añoranza por el país perdido y somete su existencia a una continua reversión, pues aprecia como muy próximo aquello que sucede a la distancia, allá en la lejanía de su tierra perdida, mientras se siente distante de cuanto pasa en su inmediato alrededor. Con todo ello, el desterrado se convierte en un ser escindido, un enfermo o infirme que debe "incorporarse" para mostrar su mejoría, lográndolo solamente cuando llega a formar parte del cuerpo social que lo acoge tras el destierro sufrido. De todo este proceso de pérdida e incorporación al país que lo recibe di cuenta a mi manera en el Primer Congreso de Literatura del Exilio (Universidad Autónoma de Barcelona, 1995), así que puedo abstenerme de efectuarlo nuevamente ahora.

Pero además de la pérdida sufrida por la persona en el destierro, cabe estimar también una segunda privación debida al menoscabo que el destierro produce en el país que lo origina. Esta segunda merma puede calificarse de "malversación", porque si habitualmente se entiende como el mal uso dado a los caudales públicos, con tanta o mayor razón podemos referirnos a la muy caudalosa malversación de inteligencias efectuada por España el año 39, como consecuencia del triunfo franquista. Porque, ni que decir tiene, nuestra derrota se convirtió en un derroche, tan extremado y gigantesco que estamos dedicando un año entero a dar cuenta de cierta porción de él, ya que los vencedores despojaron al país de una gran suma del verdadero capital con que contaba: sus cabezas pensantes, pues aunque muchas de ellas permanecieron siempre aquí, la carencia total de libertades les impidió el ejercicio pleno de sus atributos.

Los pretextos habidos para justificar nuestra exclusión fueron tantos y tan variados como erróneos, de modo que no merece la pena refutarlos punto por punto y uno por uno, porque no es necesario concederle demasiado valor a la superchería. Aun cuando, si a los pretextos aducidos por los vencedores les oponemos argumentos válidos —en el sentido real del argüir, con su significado riguroso de 'poner en claro'—, no puede omitirse que una República como la nuestra, puesto que renunciaba constitucionalmente a la guerra en cuanto instrumento de política nacional, había de verse al fin amenazada por quienes practicaban profesionalmente el ejercicio de las armas. Porque para ellos, "el glorioso alzamiento" no sólo les procuró el alza de cuanto les correspondía por ser, literalmen-

te, "soldados", sino que, sobre todo, supuso el acrecentamiento del prestigio y el poder perdidos por el ejército tras los fracasos experimentados en la guerra de África. Las sucesivas dictaduras castrenses, que culminaron con la de Franco, dieron prueba de un mecanismo reflejo establecido en España desde el siglo XIX, consistente en el juego alternado de la protesta y la mordaza, indefinidamente repetido. Por fin, para concluirlo, como la paz social y el orden les parecieron primordiales, trataron de instaurarlos definitivamente. Para ello recurrieron, como no podía ser menos, al orden y a la paz eternos, la paz y el orden de los sepulcros, según lo comprobó el babilónico monumento a los caídos, en el que, con el *monere* de "la memoria" y "el monumento", pretendieron recordar algunas de las cuantiosas víctimas que ocasionaron. Aunque llegados a este punto, tal vez resuenen con cierta ironía —que no puede ser más cierta— las oscuras palabras del personaje más popular de nuestro teatro: "Ya ni en la paz de los sepulcros creo...".

A este propósito, también podemos recordar que uno de los carteles favoritos de la España imperial rezaba de este modo: *Spain is different*. Posiblemente, con relación a las ideas, la mayor diferencia de aquella España respecto de otros países occidentales consistió en que el pensamiento le resultaba indiferente, porque le interesaba más la eternidad que el futuro. De modo que podía prescindir del problemático ahora y del incierto porvenir, tal como del pensamiento que les correspondiera, pues para resolver los problemas que implicaban le bastó con remitir al país entero hacia la eternidad en que cifraba su problemática falta de problemas. De ahí que en ese entonces España intentó perpetuarse indefinidamente en todas sus empresas, incluso marginándolas del tiempo humano. Aun cuando gobernar con miras a la inmortalidad tiene la desventaja de que para lograrla hay que morir previamente... Sea como fuere, bajo esta óptica eternizadora, Franco hizo de la guerra una cruzada de índole religiosa, a la que contribuyeron diferentes ejércitos tan religiosos y cristianos como el de Hitler —que al fin y al cabo también tenía su cruz, aunque gamada...—, con otras unidades igualmente cristianas, como la guardia mora que acompañó al Generalísimo en la defensa de su fe, durante toda la campaña y en sus apariciones oficiales. No es necesario insistir sobre ello para probar la rigurosa coherencia de aquel ejército cristiano y nacional que destruyó Guernica con alas alemanas, bombardeó esta costa levantina con la aviación de Italia, y de dicho país trajo cien mil soldados que demostraron sus muchas aptitudes para correr el maratón.

Pero dejándonos de ironías, ya que me he referido a la publicidad y la propaganda, conviene recordar que la propaganda hecha por el franquismo pretendió hacer creer al mundo entero que su cruzada fue una defensa contra el comunismo, porque supuestamente dominaba el país. Sin embargo, y para refutarla, nos basta con hacer presente que los comunistas lograron sólo diecisiete diputados, sobre un total de cerca de quinientos, seis meses antes de que estallara la guerra —según el resultado de los comicios efectuados en febrero del 36—, mientras que la Falange no consiguió ninguno. Por ello resulta plenamente demostrable la falsedad del pretexto aducido por Franco y sus secuaces, con las muchas secuelas que aún perduran, para iniciar aquella subversión, muy largamente preparada, contra una República que redujo el poder del ejército, como correspondió a sus principios. De esta manera, el conflicto adquirió un signo falso desde sus comienzos, convirtiéndose al fin en la supuesta lucha del fascismo contra el comunismo, siendo así que ambos eran minoritarios en

España, tal como acabo de indicar, hasta el extremo de que el fascismo fue punto menos que inexistente en el país. Así se escribe la historia.

Como quiera que sea, el hecho crudo y nudo es que de la noche a la mañana, tras de haber resistido hasta lo inconcebible a un ejército sublevado en casi todas las guarniciones del país, quienes tratábamos de mantener un régimen libre, basado en la diversidad de pareceres y de ideas, nos vimos arrojados a la nada, como desechos sin objeto ni futuro, tildándonos de subversivos y violentos quienes se alzaron a sangre y fuego contra un sistema racional y abierto, del que fuimos, realmente, sus conservadores. Digo esto porque muchos tratamos de conservar las modalidades de la política y la acción que mantuvieran vivas y vigentes aquellas condiciones en las que subsistiese la posibilidad de pensar, incluyéndose entre ellas las de la disidencia y la diversidad. No obstante, como la libertad que implican estaba condenada de antemano por el régimen de fuerza que imperó en estas tierras, el pensamiento se convirtió en delito, pues frente a la demencial idea fija que aquí predominaba no era posible oponer otras que la pusieran en tela de juicio. De ahí los tres destinos sufridos por quienes intentaron hacerlo, anteriormente considerados, y la aparente paradoja del título que encabeza esta comunicación: *El delito de pensar, una razón del destierro*. Merece la pena detenerse sobre ello.

* * *

Recurriré para empezar a la idea inicial del hombre formulada en los mitos antiguos, proponiéndolo como un disidente. Según tales mitos, especialmente los mesopotámicos y hebreos, la divinidad instituye determinadas normas, con sus prohibiciones adjuntas, que no pueden vulnerarse sin recibir el castigo correspondiente. De ahí que la felicidad humana radique en la plena obediencia a las reglas divinamente establecidas, sumisión compensada con el disfrute de un lugar benéfico, el Paraíso –literalmente ‘el jardín propicio’ o ‘parque cerrado’–, puesto definitivamente al margen del mundo hostil y abierto que se encuentra “más allá” de sus muros y de lo conocido. El huerto favorable le brinda al hombre la variedad de sus frutos sin esfuerzo alguno, encontrándose todo al alcance de la mano, ya que el lugar cercado es el de lo cercano.

Debido a ello, el hombre está representado en sus comienzos como un ser radicado en la sede propicia de su paraíso. Sin embargo, no por poseer una sede ha de entenderse como alguien pasivo y sedentario, porque, contrariamente, tan sólo en cuanto disponemos de una sede podemos di-sidir, apartándonos de ella. Tanto es así que en tales mitos el hombre aparece como un di-sidente, un transgresor que ignora voluntariamente las órdenes divinas, ya que pretende conocer el mundo por sí mismo. De esta manera vulnera todas las prohibiciones respectivas a las limitaciones y a los límites impuestos al pensamiento humano, puesto que contra la decisión paterna muerde los frutos del árbol que contiene un privilegio exclusivo de la divinidad: el del conocimiento. Dicho árbol, estimado además como “el de la ciencia”, es también “el del bien y del mal”, *convirtiéndose así en el signo de una alternativa*, con la que se delata que el conocimiento consiste, sobre todo, en *saber elegir* entre las opciones distintas que se nos ofrecen o que nos proponemos.

De esta manera se hace presente el *lógos* en la interioridad del mito. Como he desarrollado en otras partes, pese a la degradación actual del término, el mito en modo alguno significa la falsedad o el error que suelen atribuirle, puesto que en su significado original es palabra que contiene una verdad, supuestamente donada por las divinidades a los hombres. De ahí que sea la palabra que ha de guardarse en secreto, revelándola tan sólo en rigurosas condiciones especiales. Ese carácter hermético y oscuro del vocablo se percibe en su raíz, *my-*, posiblemente debida al sonido que se emite con los labios juntos —el mugido—, según consta en nuestro idioma cuando calificamos al taciturno y silencioso como el que “no dice mu”. Inclusive, en tal sentido, el misterio, en cuanto noción que deriva del mito, lleva consigo también determinado secreto.

Todo lo expuesto permite suponer que el mito, dado su sentido hermético, *es palabra que requiere determinada interpretación*. Por ser palabra velada tiene que ser revelada, sometiéndose a una exégesis. En ese caso apreciamos determinada acción del *lógos* sobre el mito. No en vano, la condición interpretativa del *lógos* se debe a que el término deriva de *lego*, que entre diversas acepciones lleva consigo el significado de ‘elección’, coincidente con la que acabo de atribuir al ser humano ante la alternativa ofrecida por el árbol de la ciencia. Porque el hombre, como insumiso y pensante, elige disidir: desobedece las órdenes y se coloca ante la dualidad habida en el árbol del conocimiento, el del bien y del mal, el del *lógos* frente al mito, aunque se halle incluido en éste. Con todo ello, el mito nos hace suponer que el motivo inicial del pensamiento riguroso se encuentra en el hecho de apartarnos de lo establecido por determinada autoridad. De ahí que su sentido auténtico radique en “pensar de otra manera”, distanciándonos de lo aceptado y consabido, porque de no ser así, consistiría sólo en aprender o en informarse de lo efectuado y establecido previamente por otros. Así que, en último extremo, *pensar consiste en proponer de una manera fundada aquello que no hay*, identificándose el pensamiento con la condición disidente del hombre.

Sin embargo, el ser pensante, al elegir su camino, ajeno a las prohibiciones previamente establecidas, se convierte en peligroso. El disidir y pensar se hacen equivalentes, y debido a la desobediencia que suponen se entienden como un delito: el desacato a la autoridad paterna. Por ello se merecen un castigo equivalente. *Similia similibus curantur*. Aquel que intente seguir su propia ruta, que la siga hasta el final con todas sus consecuencias. En ella está su castigo, pues ha de ser expulsado hacia lo abierto, al “más allá” de los límites, hacia la inseguridad. De manera que debe hacérselo todo. Está desnudo. Así comienza la técnica, dándole el tejido y el tejado protectores.

Por añadidura, si en la capacidad de extrañarse se encuentra el origen del pensamiento —según un autor antiguo—, en el extrañamiento forzoso, supuesto en la expulsión del paraíso, se significa un castigo que limita la posibilidad de pensar, pues el destierro suele anularla en muchos casos. Inclusive, la nostalgia por el paraíso perdido puede llegar a ser tanta que se haga paralizadora, hasta el punto de que el paraíso sea tal sólo por haberlo perdido.

Ahora bien, la situación expuesta en el antiguo mito se reproduce con rasgos grotescos en el mundo presente, cuando el endiosado dictador de turno ordena con

todo el rigor de su acreditada estulticia: "Fuera de aquí el que no piense como yo", en demostración palmaria de que no sabe qué es pensar y que debido a ello no piensa. De semejante endiosamiento dan fe las monedas españolas de mediado el siglo, en las que el inefable dictador de entonces se proclamaba modestamente un elegido "por la gracia de Dios". En ese caso, ¿puede extrañarnos que practicara tan divinamente su acreditado arte marcial, hasta el punto de exterminar con él o expulsar del país a quienes ejercieron el pensamiento, según su rigurosa condición discrepante, prohibiéndolo en aquel mundo uniformado y uniforme que intentó mantener hasta la eternidad? Porque al igual que en el mito, la actividad de pensar, entendida como una libre disidencia frente a lo establecido, también para aquel dictador constituyó un delito. Aunque el castigo que aplicó a quienes ejercieron su libertad pensante fue bastante más drástico que el del mito, porque si en éste se limitó la pena a la expulsión del infractor, la aplicada por Franco la excedió con creces, ya que, además del destierro, llevó consigo la privación de la vida. No en vano, quien se creyó escogido por la divinidad podía permitirse disponer a su antojo de la vida y la muerte.

Pero, por otra parte, aun cuando el hombre sea un disidente, también sucede, como contrapartida, que al experimentar el destierro forzoso suele llegar a convertirse en un obseso, hasta el extremo de que la obsesión más significativa del desterrado consiste en el regreso a su sede. En ese caso, durante el exilio lleva exclusivamente una vida vicaria, basada en el adverbio "mientras", pues para muchos de los desterrados todo el tiempo es espera. A consecuencia de ello, su pensamiento se hace retroactivo, en viceversa, ya que adopta un camino contrario al que es normal en el llamado "curso de los acontecimientos". De semejante pensamiento, basado en el retorno al país perdido, con las distintas consecuencias que implica, tratan también los mitos. Acudiré a dos de ellos, ciertamente ejemplares respecto a la reaparición del exiliado en su lugar de origen.

A este propósito, podemos recordar que en el descomunal poema homérico dedicado a la vuelta a la tierra perdida, Odiseo, tras veinte años de ausencia ignora dónde está. El país es otro, como él también lo es. Si bien no reconoce su lugar de origen, de análoga manera, tampoco se le reconoce en él. Y porque ignora en donde está, al no saber dónde se encuentra, no logrará encontrarse: es un desconocido.

El llegar de la nada le convierte en un nadie —que es la nada en persona—, dicho sea con la más extremada de las negaciones concebida en cualquier idioma: la nada española, en su significado pavoroso de 'no haber nacido' —'no nata'—, con el que se somete al hombre y al mundo a la inexistencia más absoluta. De un modo comparable a la situación de Odiseo, aquel que se halla desterrado experimenta la impresión desoladora de "*ser llevado al sepulcro sin haber muerto*", según escribió el poeta Ovidio desde la lejanía del mar Negro, a donde fue expulsado desde Roma. Expuesto en estos términos, su exilio le parece una pena de muerte sin morir, pues le hace conocer en vida la muerte del olvido. Por ello, el desterrado que regresa a su lugar de origen, queda hecho, literalmente, un *revenant*, un reviniente o fantasma de sí mismo, a la manera de "un aparecido" que volviese del ignorado "más allá".

Aunque esto no es todo, porque sumándose al desconocimiento que sufre su persona, la obra del desterrado correrá idéntica suerte. Pues aunque se pro-

cure su reconocimiento en el país de origen, como se ha hecho generosamente aquí, no en vano toda obra, debido a su condición histórica, nació en una situación y en un momento determinados, a los que respondió cumplidamente. De modo que pasada esa ocasión, su acción y su eficacia pueden perderse o atenuarse, convirtiéndose al fin en una especie de "acto de presencia"... hecho de ausencia. Ese es el sino lamentable del autor desterrado, porque su obra no vivió plenamente en el momento que le fue propicio, sino que muchas veces aparece a consecuencia de un benéfico rescate, que la convierte en una especie de objeto arqueológico. De ello tengo experiencia sobrada, así que ahora no hablo de oídas, pues aunque una obra no haya perdido su actualidad, bien pudo haber perdido su poder actuante.

A este propósito, merece recordarse que Ovidio escribió un libro *-Tristes*, alusivo al exilio-, dotándolo de un "yo" parlante, supuestamente ajeno al del autor, para que fuese a Roma en su lugar y allí alegara contra el destierro del poeta. El "yo" del libro quedó propuesto así, tal vez por vez primera en la literatura, mostrándose independiente del que le pertenece al autor-narrador. Mucho después, nuestro Arcipreste, hará también decir "yo, libro" al de *Buen Amor*, aunque tratándolo como si fuese un instrumento músico que dependiera de quien sepa pulsarlo; es decir, el lector. Pero el recurso de Ovidio va en otra dirección, pues hace que el libro tenga conciencia de sí mismo al decir "yo", siendo con ello un centro que a la vez se distancia de sí, desdoblándose, según le sucede al desterrado y como les ocurre a los autores literarios. Porque el texto de Ovidio se presenta en Roma como "yo libro de un desterrado", añadiendo después, "yo que soy un libro extranjero en esta ciudad", encontrándose al fin con que le impiden la entrada en Roma, tal como le aconteció al autor. De este hecho da cuenta el mismo libro, cuando declara: "La Libertad no me dejó tocar su atrio", refiriéndose al templo de la diosa y a la censura que le persiguió. La conclusión de tantas frustraciones queda expresada en estos términos: "La desventura de un autor (...) redunde en su producción, y sus hijos -es decir, sus libros- sufrimos el mismo destino que él soportó". Estimo que no se puede ser más explícito respecto a la situación que aquí nos congrega, referente al rescate, que agradecemos vivamente, de quienes experimentamos en vida y en obra circunstancias análogas a las expuestas en el libro de Ovidio, debido a haber sido penados por el delito de pensar. Es deseable, sin embargo, que este "acto de presencia", tal como acabo de calificarlo, represente un punto de partida decisivo para la recuperación de tantos trabajos del destierro dispersos por el mundo, debido a que hasta ahora, España no supo hacer suyo lo que es suyo: la obra de aquellos que razonablemente también pueden considerarse "sus autores", tanto en sentido recto como en el figurado del término.

Pero el segundo de los mitos, al que ofrecí referirme anteriormente, trata de un modo muy distinto el tema del regreso a la tierra perdida, ya que expone la vuelta de una divinidad a su lugar de origen. Me refiero a Dionysos, el impredecible dios dramático. Porque llegado a Tebas, su ciudad, al igual que Odiseo no lo conoce nadie. Aún más, tampoco lo reconocen como hijo de Zeus, poniéndose en duda su condición divina, porque ningún tebanos está dispuesto a creer el mito que les narra. Ni qué decir tiene que Dionysos, al saberse no sólo ignorado, sino nega-

do en su sacralidad, trastorna prodigiosamente el mundo cotidiano, enloqueciendo y exterminando a quienes le negaron. El extrañado de su tierra dirige así todo el poder de su extrañeza a subvertir el orden habitual, alterándolo poéticamente, para sobrepasar todos los límites posibles. Mientras, el dios sonríe. La máscara que lleva sobre el rostro es la única sonriente de la tragedia griega, y con ella denota la inteligencia disidente del ser que provoca y se aparta a la vez de sus continuas transgresiones. De modo que si el disidente es peligroso, hasta el punto de ocasionar su propio extrañamiento, ese extraño en regreso también es de temer, porque mantiene la memoria de cómo fue excluido de su mundo y por qué, ya que dispone a voluntad de la difícil libertad que se forjó.

Con todas las diferencias, que no parecen pocas, creo que la actitud adoptada por Dionysos a su regreso a Tebas, sintiéndose ignorado en ella y situándose a su vez ante un mundo que le perteneció, responde por completo a la asumida por muchos desterrados. Porque al retorno de su larga ruta hallaron la rutina de un pueblo amodorrado bajo un régimen de vocación eterna que lo paralizó, dándoles el deseo de trastornarlo por completo, trayéndolo al presente. Pero ninguno de ellos tuvo el poder del dios del drama. Ni siquiera aquel gran dramaturgo y buen amigo que fue Max Aub, pues no logró mover ni una hoja en aquel país berroqueño que encontró, juzgándolo acremente en *La gallina ciega*, un libro representativo de quien estuvo fuera de sí al conocer directamente la quieta pasividad del “español sentado”, distinto por completo del de Lope.

En resumidas cuentas, cuando tomarse determinadas libertades pensantes se considera un delito por los regímenes de fuerza, ha de estimarse que el término “delito” significó primeramente ‘faltar a lo debido’ o ‘no estar donde se debe’. Después, el hecho de faltar quedó sustantivado en la palabra “falta”. Sin embargo, el que la libertad pueda ser una falta “es lo que nos faltaba...”, ya que tomarse las libertades requeridas por el pensamiento supone todo lo contrario de ‘faltar a lo debido’ y aún de ‘no estar donde se debe’, pues constituyen la obligación primera del que piensa. Aun más, si el hecho de “faltar” implica una omisión, no hay omisión ni falta alguna en cuanto el pensamiento adopta las debidas libertades para ser lo que es: una aptitud humana que tiende a proponer fundadamente aquello que no hay. Por tanto, si la finalidad más rigurosa del pensamiento quizá consista en “pensar de otro modo”, no existe falta alguna al efectuar a fondo cuanto le pertenece.

Sin embargo, nos encontramos con que el desterrado supuestamente cometió una falta: la de poner en juego su pensamiento libre, frente a un régimen que se basó exclusivamente en el acatamiento. La falta cometida le ocasionó un castigo: el de ser excluido y faltar para siempre en una sociedad uniformada, cuyos principios, por no decir sus fines, había transgredido. Su pecado —si es que así puede calificarse— no fue el original, sino el de la originalidad. De ella nos hemos ocupado extensamente, estudiándola en el congreso que termina desde puntos de vista muy distintos. Pese a ello, habrá quienes estimen que los desterrados aún estamos en falta. No obstante, me inclino a suponer, dados los gratos testimonios recibidos, cuánto les duele a muchos el que los desterrados sigan haciendo falta. Gracias a todos ellos, pues bien sabemos que la grandeza de cada cual también depende de la grandeza de quienes le rodean.

Bien que lo supo nuestro Juan Luis Vives, ya que no pudo regresar a ésta su tierra, en la que en el colmo del ensañamiento, incluso fueron calcinados los restos de su madre, tras exhumarlos de su tumba por orden de la Inquisición. De ahí que tuvo siempre en cuenta la despiadada acción agresiva de los violentos con poder, juzgándolos en uno de sus trabajos, el titulado *De concordia y discordia*, al recordar que cierta ley de la antigua Corinto establecía que cuantos se destacaran en la ciudad debían abandonarla para siempre. Ni más ni menos que cuanto sucedió aquí en España, en donde el *dogma* —que es “pensar por decreto”— suprimió a la *doxa*, la opinión libre de los seres pensantes, convirtiéndola en un delito que merecía el castigo de la exclusión del país de quienes la practicaron, en ciertos casos “a perpetuidad”, tal como le ocurrió a la excepcional Margarita Xirgu, de acuerdo con la vocación eternizadora característica del régimen de Franco.

En una universidad como la de Valencia, algunos empezamos a orientar nuestro pensamiento con la lectura latina de la *Introducción a la sabiduría* de Juan Luis Vives, comprendiendo después que si el saber ha de partir de la extrañeza, el entrañamiento forzoso a que fuimos sometidos había de asumirse con todo el riesgo que merecía, incluyéndose en ello la ejemplaridad en la conducta y en las obras, poniéndolas al servicio de los pueblos que generosamente nos acogieron. Porque el desterrado, al quedar despojado de un país, se hace representativo no sólo de aquello que ocasionó su expulsión, sino del país mismo, debiendo demostrar con sus acciones y sus hechos la validez y la coherencia de cuanto sustentó frente a la violencia irracional que lo desposeyó de su tierra. De ahí que el desprendimiento forzoso de su lugar de origen le hace ser plenamente desprendido —en su significado de ‘generosidad’— con el país que lo acoge, entregándole a éste cuanto posee: su saber, su labor y su afección.

En ello el desterrado se diferencia por entero del emigrante, porque suele brindar a quienes le reciben aquello de que pueden carecer. Así, en vez de “hacerse la América”, tal como se atribuyeron con frecuencia los emigrantes españoles, en el burdo sentido de llenarse las faltriqueras, los desterrados pretendimos tan sólo contribuir a que América se hiciese. No fue otra la causa de nuestra actividad fundadora emprendida en el Nuevo Continente, dado que en nuestro caso significó la mínima retribución que merecía el don ofrecido por muchos pueblos americanos: el de la plena vida que nos brindaron como una generosa donación. Al fin y al cabo, ¿qué más puede deberse en esta vida, sino la vida misma?

Porque sin los países que abiertamente nos acogieron y sin las muchas posibilidades que nos donaron, ninguna de las obras aquí consideradas hubiera “tenido lugar”, dicho sea en el sentido francés del giro, pues ocurrieron o “tuvieron lugar” porque éste nos lo brindó una tierra nueva, sobre la que pudimos establecernos. De tal manera, si el desterrado es “un infirme” —como anteriormente propuse—, un enfermo inestable, requiere de la tierra firme para estabilizarse, por ello suele emprender en ésta una acción fundadora, de la que buena parte de ella se ha recogido en este congreso, ya que fundar es profundizar. Sólo así, al fundar o profundizar en aquel pueblo que le recibe, el desterrado se sentirá “uno” con éste, haciéndose a la vez “uno” consigo mismo aquel que previamente se en-

contrara desgarrado y disperso.

Ahora bien, si todo ello se lo debemos a los países que nos acogieron, también conviene destacar a quienes aquí, con ejemplar talento, tenacidad y perseverancia, nos permitieron dar cuenta clara de cuanto nos aconteció en aquel entonces. El muy considerable número de congresos dedicados por las universidades españolas a las labores culturales del exilio —desde el originalmente efectuado en el lugar que se designa, con propiedad absoluta, Bellaterra—, desmiente con rigor el pesimismo de Eurípides, cuando le hace decir a uno de sus personajes que “el huésped no le pone buena cara más de un día a su amigo desterrado”. Aquí, en Valencia, habéis logrado desautorizar al personaje aludido, brindándonos vuestro más cálido acogimiento. Contad con toda nuestra gratitud, porque los desterrados, si algo saben, es dar las gracias a quienes les rescatan de su desamparo. A tal punto es así, que cuanto acabo de calificar como delito para los regímenes de fuerza, aquí se convirtió en un deleite: el de pensar juntos cuanto nos une, por muchas que hayan sido nuestras divergencias, debidas a la diversidad consubstancial del pensamiento.

LE CORBUSIER EN *LA NACIÓN* DE SANTIAGO DE CHILE
(1924, 1926, 1927)*

Patricio Lizama A.**

Todos sabemos de la irradiación mundial que tuvieron los planteamientos de Le Corbusier a partir de los años veinte. En el caso de Sudamérica y de Chile en particular, hay varias razones que explican la influencia de sus postulados. Fernando Pérez afirma que el propio Le Corbusier tenía gran interés por nuestro continente que para él representaba "un conjunto muy especial de expectativas. Mítica o realmente joven, el continente es visto como una posibilidad privilegiada para el desarrollo de los ideales modernos".

Humberto Eliash y Manuel Moreno sostienen que lo fundamental fue el carácter abierto y permeable de los arquitectos chilenos¹ y agregan que existieron tres mecanismos a través de los cuales se produjo el contacto con los modelos extranjeros.

El primero fueron los viajes de los arquitectos nacionales en la segunda mitad de los años veinte; otro fue "la presencia como visitantes o como residentes de muchos arquitectos y artistas extranjeros que llegaron a Chile" y por último, las publicaciones que tuvieron un destacado papel en la comunicación de ideas e imágenes. Revistas como "*L'Esprit Nouveau*, *L'architecture d'aujourd'hui*, *Architecture* (N. York), *Architectural Record*... llegaban regularmente al país trayendo las últimas novedades en materia de arquitectura, diseño y urbanismo".

Más allá de los distintos énfasis, los investigadores de la historia de la arquitectura chilena coinciden en otorgarle a Sergio Larraín García Moreno, el carácter de precursor en la difusión de las ideas de Le Corbusier en Chile. A su regreso al país en 1929, él divulgó el libro *Hacia una arquitectura* que había aparecido en París en 1923 y que reunía varios artículos ya publicados en la revista *L'Esprit Nouveau*.

Las primeras noticias de Le Corbusier en Chile, también las podemos encontrar en el trabajo de difusión del arte contemporáneo que Jean Emar inició en 1923 en las páginas del diario *La Nación* de Santiago. En ellas se puede leer un comentario de *Hacia una arquitectura*, la traducción de algunos de los artículos publicados en *L'Esprit Nouveau* y otros temas referidos a la arquitectura contemporánea.

* El presente artículo fue leído en el Congreso "Le Corbusier y América del Sur", organizado por la Fundación Le Corbusier (La Plata, 1996).

** Universidad Católica de Chile.

¹ Eliash y Moreno puntualizan que esta situación se ha reiterado en todas las épocas, primero por la presencia de arquitectos extranjeros en el país (siglo XIX) y luego, por los estudios en el extranjero realizados por los arquitectos chilenos (siglo XX). *Arquitectura y modernidad*... (44).

La inserción de Jean Emar² en el campo artístico chileno de los años veinte, tuvo por objeto divulgar las diversas manifestaciones del arte de vanguardia. Entre abril y junio de 1923, Emar escribió en *La Nación* numerosos artículos sobre plástica europea contemporánea y entrevistó a los pintores chilenos Camilo Mori y Luis Vargas Rosas. Más tarde, en octubre del mismo año, hizo crítica de arte para apoyar la exposición de pintura del Grupo Montparnasse³, pero fue en diciembre de 1923 cuando comenzó a publicar las "Notas de Arte", un trabajo más orgánico y sostenido de difusión de la vanguardia que concluyó en junio de 1925⁴.

Al diseñar esta página, Emar y sus tres colaboradores utilizaron algunos aspectos que caracterizaban a la revista *L'Esprit Nouveau*. En primer término, su opción por la vanguardia entendida como una expresión de carácter internacional, rasgo que en las "Notas de Arte" era muy marcado. Otro aspecto saliente fue la gran apertura en sus intereses pues *La Nación* acogía diversas expresiones de la vida contemporánea como la pintura, literatura, arquitectura y también el cine, *music-hall*, deporte. Además, al igual que en la revista parisina, existía una gran excelencia en la difusión de material gráfico: en *La Nación* se vieron por primera vez en Chile, entre otras, reproducciones de pinturas fauvistas, cubistas, futuristas, así como dibujos y fotografías de obras de la nueva arquitectura. Por último, el grupo de las "Notas de Arte", al igual que el de *L'Esprit Nouveau*, tenía clara conciencia del carácter educativo de su trabajo, del espacio que abrían a los artistas y de la importancia de la puesta al día, cuestiones relevantes en el proceso de aceptación y legitimación de las propuestas contemporáneas⁵.

Es dentro de este esfuerzo de divulgación encabezado por Emar que surge la figura de Le Corbusier en toda su pluralidad. Distinguiremos lo publicado en la página "Notas de Arte" (1924), que corresponde al período en que Emar estaba en Santiago, de lo aparecido en las páginas "Notas de París" y "La Nación en París" (1926 y 1927), que corresponde al tiempo en que Emar residía en la capital francesa.

JEANNERET Y LE CORBUSIER SAUGNIER EN LAS "NOTAS DE ARTE" DE 1924.

JEANNERET Y LA PINTURA

La primera mención a Le Corbusier en las "Notas de Arte", apareció el martes 25 de marzo de 1924. Se trataba de una traducción de Emar del artículo "Destinos de la

² Para ahondar en su biografía, ver Pablo Brodsky, *Juan Emar. Antología esencial*, Santiago, Dolmen, 1994.

³ La exposición se llevó a cabo en Santiago en octubre de 1923, en la Casa Rivas y Calvo, y se considera la primera muestra de pintura contemporánea realizada en Chile.

⁴ Una descripción más amplia de la labor de Emar en el diario *La Nación*, se encuentra en nuestro texto Jean Emar. *Escritos de arte (1923-1925)*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1992.

⁵ Para ilustrar la lucidez en ambos casos, basta leer en el primer número de *L'Esprit Nouveau* textos como "Presencia del espíritu nuevo", "Servicios que prestamos a nuestro tiempo" y el propio "Espíritu nuevo". Respecto a Emar, bastan los textos "Algo sobre pintura moderna", "Críticos y crítica" y "Notas de Arte".

pintura", firmado por Ozenfant y Jeanneret y publicado antes precisamente en *L'Esprit Nouveau*⁶.

Los autores afirmaban que en la civilización premecánica, la producción a cargo de los artesanos era muy reducida pues el material de construcción más importante era el hierro. Ellos agregaban que dentro de esta producción, no se distinguían los límites entre lo industrial y lo propiamente artístico.

La realidad anterior, señalaban los articulistas, dio paso a la civilización mecánica fundada en el acero y la máquina, la cual originó profundas transformaciones en el espacio urbano y en la vida social, laboral y familiar. Para el artista, ya independizado de "los múltiples servicios" que le pedía la iglesia, la corte y el estado, este cambio le permitía liberarse del servicio a la industria y en un campo artístico que alcanzaba un creciente grado de autonomía, quedaba libre para replantearse su trabajo y "satisfacer las verdaderas necesidades del espíritu".

En medio de estas grandes perturbaciones, el "destino de la pintura" y del arte en general se convertía, de acuerdo a Ozenfant y Jeanneret, en un quehacer trascendente pues se vinculaba con la búsqueda de nuevos fundamentos para una vida humana carente de certezas. Para Emar, este artículo era muy interesante porque permitía vincular la "razón de ser" de los cambios en el arte contemporáneo, a una verdadera mutación epocal. Además, explicitaba la independencia del creador y la autonomía del campo artístico, asunto este último que para Emar era una condición imprescindible para la aceptación y legitimación del arte nuevo en Chile.

A fines de 1924, el jueves 27 de noviembre, apareció en las "Notas de Arte" un segundo artículo firmado por Ozenfant y Jeanneret, "La segunda época del cubismo 1912-1918", el cual también había sido publicado en la revista *L'Esprit Nouveau*⁷. En este texto, los autores afirmaban que la primera época del cubismo surgió en un período histórico crítico en el cual los pintores tuvieron "la libertad y la invención necesarias para buscar fuera de la facilidad de todas las fórmulas existentes, la expresión de un sentimiento de época nuevo", renovación plástica que generó diversos problemas.

Alrededor de los pintores cubistas, se congregó un grupo de seguidores que los imitaron sin juicio crítico: tenían la ilusión de ser nuevos, pero sólo se apropiaron de "una fórmula, maneras de hacer". La otra dificultad fue el rechazo del público que al juzgar el cubismo, se basaba en los valores artísticos establecidos, en un código de recepción inadecuado que descalificaba las propuestas del nuevo código de producción.

La segunda época, según Ozenfant y Jeanneret, comenzó a partir de la superación de un arte que había llegado a una abstracción radical. Los artistas integraron nuevas esferas de realidad vinculadas a la vida cotidiana, a objetos simples antes despreciados y a una vida interior múltiple y compleja. El cambio

⁶ Este artículo, "Destinos de la pintura", y el siguiente publicado en *La Nación* llamado "La segunda época del cubismo 1912-1918", fueron reunidos en el libro *La peinture moderne*. (Paris, Editions G. Gres) que formaba parte de la colección de *L'Esprit Nouveau*.

⁷ El cubismo fue la tendencia plástica más explicitada por Emar. En su segundo artículo, "Algo sobre pintura moderna. Ingres-Cézanne", destacaba el papel central de este último pintor como "padre de casi todo el movimiento actual" y su cuarto artículo se tituló "Cubismo". Ver *Jean Emar. Escritos de arte...*

posibilitó una búsqueda muy fecunda de modo que los articulistas advertían la aparición de una tendencia que abría otros caminos a la pintura.

En este texto se planteaban varios elementos que estaban en la base de la estrategia de difusión de las "Notas de Arte". Emar siempre le dio gran importancia al cubismo y a las leyes de construcción y equilibrio impuestas ya desde Cézanne. También fue muy crítico de los pintores chilenos que iban a Europa y adoptaban las maneras de hacer de las nuevas tendencias sin mayor reflexión. Por último, el análisis emariano de las condiciones de recepción de la pintura en Chile siempre explicitaba que los profesores de la academia, los pintores académicos y los críticos de arte eran los principales oponentes de las expresiones plásticas de vanguardia pues las ignoraban y / o las descalificaban⁸.

LE CORBUSIER SAUGNIER Y LA ARQUITECTURA

La siguiente publicación referida a Le Corbusier —esta vez la página completa— apareció el miércoles 18 de junio de 1924 y estuvo dedicada a la arquitectura. Emar publicó una entrevista "Con el arquitecto Rudolf Bruning" y escribió un artículo titulado "Ideas sueltas sobre arquitectura". Los textos se complementaron con un retrato de Bruning hecho por Vargas Rosas, con fotografías de algunas de sus obras como el edificio comercial y la sala de teatro en Alemania y la casa de campo en Melipilla y con una foto de un puente y un croquis de las ciudades - torres de Le Corbusier Saugnier.

El artículo "Ideas sueltas sobre arquitectura", reveló la enorme luz de Emar para entender las tensiones al interior del campo arquitectónico y las vinculaciones de éste con el resto del arte. Además, con el objeto de ilustrar sus planteamientos acerca de la estética, la belleza y las nuevas creaciones, citó breves párrafos del libro *Hacia una arquitectura* de Le Corbusier⁹.

El centro del conflicto, según Emar, estaba en la pugna entre dos estéticas: la racionalista, pura, estructural que se basaba en la economía y justeza de sus medios y la del adorno, impura y atomizada que se basaba en el embellecimiento y la ornamentación. La estética del adorno, agrega Emar, se originaba en la enseñanza de la escuela que promovía un concepto de belleza ligado al uso de un estilo con prestigio: "toda forma o pastiche de forma ... es por este solo hecho, bella, siempre bella, póngasela donde se la ponga". Las obras realizadas a la luz de esta estética, Emar las encontraba en Santiago (El Palacio de Bellas Artes y La Estación Mapocho) y en Europa¹⁰.

⁸ Los principales artículos donde aparecen descritas las tensiones del campo plástico chileno son "Algo sobre pintura moderna", "Críticos y Crítica", "Axiomas" y "Moscardones". También se puede consultar la novela emariana. *Miltin 1934*, Santiago, Zig-Zag, 1935.

⁹ Las citas de Le Corbusier, trataban sobre estética: "Estética del ingeniero. Arquitectura, dos cosas solidarias, consecutivas, la una en pleno florecimiento, la otra en punible regresión...". Emar especificaba también el concepto de belleza: "el arquitecto por las relaciones que crea despierta en nosotros profundas resonancias, nos da la medida de un orden que se siente de acuerdo con el del mundo, y es lo que sentimos como belleza". Por último, él citó el caso del avión, "la lección está en la lógica...", y el de la casa, "el problema de la casa no ha sido planteado".

¹⁰ Emar señalaba que El Palacio de Bellas Artes estaba carcomiéndose y derrumbándose, pero "cuajado de yesos decorativos". La Estación Mapocho rivalizaba "en su fachada con las más abundantes tortas de Ramis Clar". Respecto a los planos que dieron origen a la Estación Mapocho, ver el

Las construcciones de la nueva arquitectura –locomotoras, aviones, autos, transatlánticos– respondían a un principio de disciplina, a un problema que se resolvía de acuerdo a una concepción estructural. El escritor chileno concluyó que las obras de la arquitectura contemporánea habían sido creadas a partir de un concepto de belleza muy distinto al de la estética del adorno pues según él, las nuevas obras nacían “del juego de los diferentes volúmenes del equilibrio, de las diferentes masas, de la justa relación entre huecos y llenos y no del mayor o menor número de adornos y motivos decorativos”¹¹.

El análisis emariano permite advertir que su comprensión de los cambios en el arte era integral. Para él, los principios constructivos de la estética racionalista eran comunes a la industria moderna y a las expresiones de la pintura, escultura y literatura. También percibía que este nuevo modo de hacer, ponía en crisis un concepto de belleza que obligaba al arte nuevo a redefinir su razón de ser y a buscar su legitimidad, lo que generaba un conflicto con la mayoría de los agentes e instituciones del campo cultural.

LE CORBUSIER SAUGNIER Y EL URBANISMO

Una nueva publicación sobre las propuestas de Le Corbusier apareció el miércoles 1 de octubre de 1924 en *La Nación*, y estuvo centrada en los problemas urbanísticos. La otra colaboradora de las “Notas de Arte”, Sara Malvar¹², tradujo “El camino de los asnos. El camino de los hombres” de Le Corbusier Saugnier y escribió una breve nota titulada “Carreau”. Emar escribió el artículo “Ilusiones Santiaguinas. Tango triste con acompañamiento de serrucho” y el material gráfico que acompañaba a los textos consistía en dibujos del trazado de las calles de Montparnasse, la Plaza de L’ Etoile, La Puerta del Sol y un trazado con una “visión optimista de Santiago”.

artículo de Fernando Pérez, “Santiago de Chile 1890”. *Cien años de Arquitectura en la Universidad Católica*. Wren Strabucchi, ed, Santiago, Edic. ARQ, 1994.

¹¹ El concepto de belleza vinculado a la autonomía de la obra de arte que postula Emar, encuentra similitudes no sólo con otras expresiones plásticas sino que también con la literatura. Para ver sólo el caso hispanoamericano, Huidobro en los libros *Horizon Carré* y *Poemas Árticos*, incorpora en sus poemas una disposición tipográfica que juega con los espacios de la página, rompe la ordenación lineal que supone la sintaxis. El efecto total de un texto, como el de un cuadro, se percibe no en la continuidad sino en la interacción de sus elementos.

En los manifiestos y poemas huidobrianos, ya desde *El espejo de agua*, se observa una negación explícita del concepto de belleza como “sección independiente del total” como algo aparte que se coloca como “decorado”. En la afirmación “y el gran peligro del poema es lo poético”, Huidobro niega la capacidad de las figuras y de ciertas palabras (rosa, alma y ruiseñor) para producir por sí solas “lo poético”. El poeta chileno también señala que todo elemento, textual y/o visual, debe cumplir una función: “el adjetivo cuando no da vida, mata”. Así como Emar sostiene que en arquitectura, la belleza debe ser inherente a la construcción, Huidobro piensa lo mismo cuando afirma: “Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!/ Hacedla florecer en el poema”.

¹² Sara Malvar fue una pintora vinculada al Grupo Montparnasse y sus cuadros revelan, como diría Emar, el entendimiento de “la lección de Cézanne”. Además colaboró en las “Notas de Arte” pues tradujo varios textos de arquitectos y pintores y escribió algunos artículos muy lúcidos sobre arte contemporáneo.

La postura de Le Corbusier Saugnier era que las capitales europeas como París y Roma, fueron construidas a partir de necesidades básicas e inmediatas y sin mayor perspectiva urbanística. Ante los nuevos desafíos abiertos por el crecimiento de las ciudades modernas, el articulista afirmaba que era imprescindible adoptar la línea recta (el camino de los hombres) y no la curva (el camino de los asnos). Sara Malvar complementó el pensamiento corbusiano ya que promovía una "conciencia geométrica" que diera vida a la "ciudad blanca, recta, de líneas precisas" y al "país geométrico donde querríamos vivir".

A la luz de estas propuestas, Emar detectó algunos problemas urbanísticos de la ciudad de Santiago. Para él era necesario trazar nuevas avenidas, diseñar algunas diagonales, romper "el fatigoso y monótono tablero de ajedrez que es nuestra ciudad" y limitar el crecimiento indiscriminado de la capital chilena. A pesar que muchos arquitectos compartían el diagnóstico emariano, las autoridades aprobaron un proyecto de transformación de Santiago muy inadecuado que consistía sólo en "ensanchar todas las calles de Santiago"¹³.

La polémica continuó y el miércoles 27 de mayo de 1925 se publicó en las "Notas de Arte", un largo artículo titulado "Transformación de Santiago", el cual recogía un plan anterior elaborado por el arquitecto Carlos Carvajal y que había sido presentado en 1912 a la Sociedad Central de Arquitectos¹⁴.

Miradas en su conjunto, las dos "Notas de Arte" referidas al problema urbanístico, revelaban una estrategia de difusión que Emar usó permanentemente. Las novedades de la vanguardia —en este caso el artículo traducido de Le Corbusier junto al texto escrito por Sara Malvar— eran confrontadas directamente con la realidad chilena —el artículo emariano y el "proyecto" de Transformación de Santiago—¹⁵. Habría que agregar además que el contraste entre las nuevas ideas y la situación nacional, se ilustra en relación a los textos y también al material gráfico.

LE CORBUSIER SAUGNIER EN LAS "NOTAS DE PARÍS" DE 1926 Y EN "LA NACIÓN EN PARÍS" DE 1927

El trabajo desarrollado por Emar en Chile entre 1923 y 1925, fue seguido de una nueva labor de difusión realizada desde París. El jueves 21 de enero de 1926, *La Nación* publicó una página completa que dio inicio a las "Notas de París". Posteriormente la página cambió su título por el de "La Nación en París". Más allá de estas diferencias, la labor emariana en términos de difusión, establecía una continuidad con lo que habían sido las "Notas de Arte." En esta nueva etapa, Jean Emar y Marcelle Auclair eran quienes escribían y traducían y los dibujos y retratos estaban a cargo de Oscar Fabres y Luis Vargas Rosas.

¹³ La medida de ensanchar todas las calles —escribe Emar— condenaba "a vivir en una ciudad con calles en forma de serrucho, con todos los edificios viejos a la vista y todas las construcciones modernas ocultas" y además impedía solucionar el problema del tráfico.

¹⁴ El texto no tiene firma.

¹⁵ En los primeros artículos escritos por Emar se observaba claramente la modalidad. Él explicó el origen de la pintura contemporánea (siempre enfatizó el cubismo), comentó el trabajo de pintores como Matisse, Vlaminck, Van Dongen y posteriormente entrevistó a Vargas Rosas y a Mori.

La diferencia era que todo este grupo residía en París por lo que el trabajo se hacía en contacto directo con las personalidades del arte y la política, con las actividades y problemáticas que ocurrían en la capital francesa. Emar y Auclair iniciaban un trabajo en calidad de corresponsales de *La Nación*, actividad que también se desarrollaba en otros diarios y revistas chilenas y extranjeras.

LE CORBUSIER SAUGNIER
Y LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTES DECORATIVAS DE 1925

En la primera "Nota de París", Emar escribió el artículo "Otoño Decorativo" donde comentaba diversas actividades artísticas ocurridas en 1925. Él dio gran importancia a la Exposición Internacional de Artes Decorativas, muestra que ofrecía un acabado panorama del arte, la ciencia y la industria modernas. Para Emar, la exposición evidenciaba la instalación del arte nuevo: "Después de cerca de tres años de discusiones sobre si el arte moderno sería un síntoma de histeria o una degeneración del gusto, me fue altamente grato ver... un olvido absoluto del decorado... y un intenso deseo de rebusca, de volver a hacer vivir la arquitectura". El escritor chileno notó en la mayoría de los pabellones una opción por los planteamientos de avanzada, un "anhelo de vida que hará de los arquitectos verdaderos artistas y no constructores"¹⁶.

El juicio emariano, sin embargo, contrastaba con la opinión de los artistas europeos: "aún demasiado decorado y decrepitud: ni bastante audacia ni bastante pureza"; En la elocuencia de estas posiciones, se advertía el espíritu radical de los vanguardistas: "Nadie duda que hay cosas peores. Pero ese no es modo de juzgar. O se va francamente adelante, sin miedo y con conciencia, o no se hace nada". Uno de los pabellones de la Feria era el de *L'Esprit Nouveau* y fue diseñado por el propio Le Corbusier. Su postura no difería mucho de los otros creadores: "En medio de la Exposición Internacional de las Artes Decorativas, donde se retuerce el decorado, la Torre Eiffel se yergue pura como un cristal". El crítico de arte francés Florient Fels, también fue tajante al comentar la Exposición Internacional de Artes Decorativas: "Fue un desastre para aquellos que esperaban encontrar en ese vasto concurso de edificios, la expresión de de ideas nuevas".

La diferencia tan marcada entre estos análisis revelaba la intransigencia vanguardista y las resistencias que todavía tenían los nuevos planteamientos y obras arquitectónicas: baste pensar en las dificultades que tuvo el propio Le Corbusier en esta feria¹⁷. A la vez, le confirmaba a Emar la conveniencia de que los artistas

¹⁶ César Vallejo coincidía con Emar pues consideraba que "se advierte en la exposición una estética verdaderamente moderna. Ningún asomo de la mitología grecolatina... todo es muy moderno, es decir, muy moderno y muy antiguo, audaz, cosmopolita". (Jorge Paccinelli ed. 2ª ed. *César Vallejo. Desde Europa. Crónicas y artículos (1923-1938)*. Lima: Ediciones Fuente de Cultura Peruana, 1987. Págs. 38-40.

¹⁷ Le Corbusier aprovechó esta muestra internacional para publicar el *Almanach d'architecture moderne*. Paris: Les editions G. Cres, 1925.

chilenos viajaran a los lugares donde se podían ver y estudiar directamente las obras y construcciones artísticas.

LE CORBUSIER SAUGNIER Y EL ESTILO ARQUITECTURAL FRANCÉS

Florient Fels escribió un artículo llamado "Arquitectura" que fue publicado en *La Nación* el martes 28 de junio de 1927. Junto al texto, aparecían tres fotografías: la fachada de una casa particular de Rob Mallet-Stevens, una vista panorámica del interior del Estadio de Lyon construido por Tony Garnier y el frente y el costado de una casa de Bourgeois en St Clair.

Fels partía de una premisa radical: por primera vez "después de cien años, una escuela, o más bien un estado de espíritu, permite decir que existe actualmente un estilo arquitectural francés". A continuación señalaba que el estilo se reducía "al esfuerzo de algunos creadores: Le Corbusier-Saugnier, Andre Lurcat, Tony Garnier, Henri Sauvage, Mallet-Stevens, los hermanos Perret, Moreau, Djo Bourgeois"¹⁸.

El articulista agregaba que este grupo, después de muchas dificultades, había logrado "realizar en materia lo que durante diez años sólo fue un proyecto". Luego comentaba brevemente algunas obras de Lurcat, Mallet Stevens, Garnier, Sauvage, Bourgeois y distinguía el aporte específico de cada uno. Le Corbusier Saugnier, en cambio, era considerado el más teórico por lo que se citaban algunos de sus planteamientos.

Fels destacaba la concepción corbusiana de la arquitectura en armonía con la vida —la casa, la ciudad atravesadas por la necesidad de la arquitectura— y la búsqueda de la belleza y la utilidad que asemejaban a creaciones tan distintas como la locomotora y el auto, el traje y el avión. También subrayaba la importancia que Le Corbusier daba a la luz, al papel de la geometría en la construcción y al cemento armado y sus posibilidades para construir en serie. El crítico francés concluía con la certeza que la emergencia y consolidación de este nuevo estilo arquitectónico, marcaba un giro definitivo en la arquitectura —"no es más una fantasía estética enriquecida de un decorado"— y con la convicción que el cambio posibilitaría nuevas conquistas sobre la materia. Si bien Emar había comentado y citado varios de los conceptos mencionados anteriormente, la importancia de las afirmaciones de Fels radicaba en que por primera vez en el diario chileno se establecía con claridad la legitimación de las obras de la nueva arquitectura.

¹⁸ Fels era muy crítico respecto a los hermanos Perret y a Henri Sauvage pues sostuvo que "pertenecen a otra generación y no participan del espíritu nuevo sino por los beneficios que de él pueden esperar".

EMAR, UN INTRODUCTOR DE LA ARQUITECTURA MODERNA EN CHILE

Al concluir este recorrido sobre la figura de Le Corbusier en las páginas de *La Nación*, no cabe duda que es necesario considerar a Emar como uno de los primeros difusores de la arquitectura moderna en Chile. Él explicitó los planteamientos arquitectónicos que se superaban, las relaciones de la arquitectura con el conjunto de las expresiones artísticas de la época, los principios que regían las nuevas propuestas y las imposibilidades y/o alternativas de su apropiación en Chile.

Cristián Boza afirma que existen “dos circunstancias [que] concurren al hecho indesmentible de poder considerar a Sergio Larraín como uno de los introductores de la arquitectura moderna en Chile”. La primera corresponde al período formativo porque Larraín tuvo contacto con París a temprana edad y un conocimiento de la vanguardia y sus principales representantes lo que le otorgó un entendimiento de “primera fuente”. La otra circunstancia es que Larraín concretó su proceso formativo en obras, de las cuales la primera fue el Edificio Oberpaur construido en Chile el año 1929.

En el caso de Emar, él tuvo una formación muy semejante, con frecuentes viajes familiares a París y una estadía entre 1919 y 1923 y posteriormente entre 1926 y 1930. En estos años, se vinculó directamente con los principales exponentes de la vanguardia artística y cultural y viajó a España, Inglaterra y Suiza. La lúcida comprensión de los procesos de cambio a partir de este sostenido contacto, fue lo que Emar plasmó en el diario a través de artículos, entrevistas, traducciones, y el conjunto de su labor de difusión.

Humberto Eliash y Manuel Moreno sostienen que la modernidad “entraba más por las imágenes que por los conceptos”. Emar, a través de su trabajo en *La Nación*, introdujo la modernidad poniendo gran énfasis en el plano conceptual, pero nunca dejó de incorporar las imágenes de cuadros, dibujos, bocetos y obras arquitectónicas.

¿Quién de nosotros, estudiantes de aquellos años, no conoció los apasionantes conceptos de Le Corbusier en *Hacia una arquitectura?* se preguntaba Héctor Valdés recordando la década de los años treinta. Este mismo libro y los planteamientos centrales de Le Corbusier —el pintor que reflexionó sobre las nuevas condiciones del quehacer plástico, el arquitecto que postuló grandes desafíos impuestos por la civilización industrial, el urbanista preocupado de los problemas de la ciudad que emergía con el siglo XX— conocieron tempranamente Huidobro, Larraín, Emar y los lectores de *La Nación* en la década de los años veinte en Chile.

OBRAS CITADAS

Boza, Cristián. Sergio Larraín GM. *La vanguardia como propósito*, Bogotá, Somo Sur, 1990.

Eliash, Humberto y Manuel Moreno. *Arquitectura y Modernidad en Chile / 1925-1965. Una realidad múltiple*, Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1989.

Pérez, Fernando. *Le Corbusier y Sudamérica Viajes y Proyectos*, Santiago, Editorial ARQ, 1991.

Valdés, Héctor. “Prólogo” Montealegre Alberto. *Emilio Duhart. Arquitecto*, Santiago, Editorial. ARQ, 1994.

MARIO MILANCA:
ENTRE EL ASCO Y OTRAS PERSPECTIVAS

*Tomás Harris**

A "Envés"

Conocí a Mario Milanca y sus proyectos poéticos en Concepción, una lejana noche de 1976, en un recital poético que se llevó a cabo en el instituto Chileno Británico de Cultura, en ese entonces dirigido por el narrador inglés Jeremy Jacobson. Este recital o lectura poética, tenía –y continúa teniendo– tanto para mí como para los asistentes de esa tarde, una muy particular significación: era la primera lectura poética que se realizaba en Concepción después del golpe de Estado del 73 y había un ambiente de expectación, tanto entre los poetas que leerían su obra como en los –entonces– estudiantes de literatura y aspirantes a poetas, que asistíamos, por primera vez, al ritual incomparable de ver al poeta incorporado en su obra, con su voz, sus gestos, su ritmo, sus vacilaciones y su respiración. Leyeron en esa oportunidad, entre otros, Carlos Casaña, Jorge Salgado y Ricardo Cuadros, quien como el mismo Milanca, partirían el año siguiente, uno rumbo a Amsterdam, y el otro, a Caracas. La sala era pequeña, parte de la biblioteca del instituto y estaba casi llena. ¿Treinta personas? No sé si será mucho decir.

Me impresionó Mario desde el primer momento. Se veía seguro de sí mismo, sonriente, pero guardando la "solemnidad" del momento, participando a sus anchas, pero precavidamente de aquel ritual casi iniciático. No recuerdo en qué orden se leyó, pero Mario esperaba, mirando de tanto en tanto sus hojas de apuntes y poemas desparamadas sobre la mesa, junto al vaso de agua mineral, o a un punto en el vacío entre el público, con sus grandes y expresivos ojos de color azul profundo, inteligentes, vivaces. En esa oportunidad Mario Milanca demostró que su opción poética estaba inscrita en lo que Marcelo Coddou llamó, en su presentación a una selección de sus poemas en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, como una búsqueda "sistemática, consciente, responsable" del quehacer poético, definido por Mario en una entrevista en el diario *El Sur*, en 1977, como "oficio" que "requiere aprendizaje, ejercitación y estudio". Y lo demostró esa noche, leyendo algunos textos (sus experimentales "Heliófolas" destinados a un "Proyecto para una lectura de poesía audiovisual", elaborado junto a Raúl Zurita). También apareció su faceta de investigador acucioso, incansable –que tanto rédito le dio en Venezuela por sus estudios musicológicos latinoamericanos– cuando leyó parte de su tesis de grado sobre el anagrama, que concluyó con la lectura de un anagrama dedicado a Rilke, cuyos primeros versos aún recuerdo, tal vez malamente, ya un tanto gastados por la memoria, pero con la primera impresión de su aliteración vibrante y precisa: "Rompen lebreles rampantes la roca"... un gran verso, para mi gusto, que Mario no incluyó en ninguno de sus tres libros publicados, pero que habría que rescatar en una –¿presumible/(im)posible?– publicación en Chile de su obra.

* Investigador Archivo del Escritor Biblioteca Nacional.

La deuda que tenemos con Mario Milanca los escritores de mi generación que vivimos en Concepción por los 70', es grande. Milanca llegó a la Universidad penquista del sur, desde su ciudad natal de Puerto Montt, con proyectos de difusión poética que parecían una locura para el lugar y la época. Primero publicó, en 1974, al alero de la universidad, un tríptico de nombre comprometidamente rokhiano: *Fuego negro*; posteriormente, junto a los poetas Nicolás Miquea, Carlos Cociña, Javier Campos y profesores como Gilberto Triviños y Marcelo Coddou, editó y dirigió el tríptico *Envés*, de orientación ya estructuralista, que se puede considerar como una publicación axial para los intentos posteriores de reanimar al cadáver exquisito, a través de *Punto próximo* y *Posdata*, pasquines y/o revistas que edité junto a los poetas Carlos Decap, Nicolás Miquea y Juan Zapata, y los narradores Jeremy Jacobson y Roberto Henríquez. Más tarde, vendría *Lar*, dirigida por Omar Lara, ya entrada la década de los 80' y, actualmente, una nueva *Trilce*, pero ahora penquista.

Cuando recibí, el año 1986, el primer libro de poesía de Mario, *El asco y otras perspectivas*, publicado en Caracas el año 1986, bajo el sello "Envés", me llevé más de alguna sorpresa. Después de "Tres prólogos para un volumen", - donde se rinde homenaje a Enrique Lihn, Nicanor Parra y Gonzalo Rojas- en la primera parte del libro: "Plegarias", datada entre 1979-1983, me encontré con un Mario Milanca muy distanciado de la experimentación de sus proyectos neovanguardistas, como los audiovisuales con Zurita, o sus "Heliófolas" y los anagramas. Era el poeta del dolor y la distancia, del humanismo y el destierro, incluso del deseo y la nostalgia, que abría su poemario citando a Céline: "Y transcribo, copio, escupo a Céline; sí, Céline, fascista, nazi, un perdido, pero que tiene frases que son poemas: 'caí de pronto ante el espejo para mirarme envejecer, apasionadamente' ". En los otros "capítulos" del libro, "Tus áreas", "Heliófolas" y "Nouvel", reaparece el poeta de tendencia vanguardista, rupturista, experimental; pero cuyos textos conversan armónicamente con los cuales aparece el poeta del desgarró, de la vida a la intemperie histórica, y también de la metafísica y del destierro:

Ese mar, ese mar sureño penetra a esta pieza

(es la pleamar)

entra con la furia del invierno

llega con ese sonido que nos zumba-zumba

aquí.

Arrastra mesa, libros, lápices, esperanzas, tijeras, ficheros, radio

Y etcétera...

Arrastra nos arrastra

A la orilla

Es el agua

Es la ola

Es el océano -y todos sus misterios

Que viene a colmar esta soledad de perro funerario.

(“El mar, ese mar”)

O la resignación al destierro en su poema "MIS (últimas) ARISTAS":

*Después de algunos años,
sólo me queda un último recurso:
cerrar los ojos y caminar hacia ese pasado
y tratar de aprehender, asir algunas aristas
algunos restos de ese tiempo.
Cerrar los ojos y pegarse un chapuzón
en esas aguas frías -aún en verano--
Relajarse y oler esa vegetación mezquina, pero olorosa
Perder los ojos, pero mirar allá, al final
del túnel, vislumbrar un jirón del
oleaje y pájaros y tardes y juegos adolescentes.*

Hay un aspecto de la poesía de Mario, o más bien del mismo Mario Milanca, que me parece oportuno destacar aquí. Es el profundo impacto emocional y el dolor que le causaba la muerte de un joven artista o poeta. (En esta actitud de cofradía en la muerte, se acercaba a Lihn; recuérdese sus sendos poemas sobre la muerte de Carlos Faz y Carlos de Rokha). Por ejemplo, en su poema en prosa: "Te lo susurré ¿recuerdas?", leemos: "Te lo susurré ¿recuerdas? En aquella pieza oscura. Te dije es el terror... la ráfaga evocó en mí, y en ti también, tantos momentos amargos. Te murmuré con rabia, Claudio... No, tú no lo conociste, pero si lo hubieras hecho habría sido tu gran amigo. Un amigo "atropellado por un tren", según dijeron"... Ese "tú no lo conociste"... creo que vale para muchos, tanto para los que no lo conocieron, efectivamente, -¡Y cómo iban a conocerlo!- como para los que lo conocimos, a Claudio Fuentes, joven poeta y gran amigo, que murió en extrañas circunstancias, en Chiguayante, el 24 de diciembre de 1974: dijeron que "atropellado por un tren". O el inquietante -a estas alturas de su lectura- escrito "Bárbara: la memoria es un cadáver que se incendia", publicado en *Mapocho*, N° 43, el primer semestre de 1998: extraño, sentido, casi trágico, si eso es posible, texto teórico/poético, sobre los actos fallidos: el envío de un libro de Bárbara Delano (*El rumor de la niebla*) del que no acusa recibo a la malograda poeta en el accidente aéreo de Aeroperú, que tanto conmocionó a la poesía chilena; el deseo de "corregir" con un texto lo imposible. ("Aquí se le responde el envío de un ejemplar de su libro *El rumor de la niebla* (1987) que su autora -Bárbara Délano- envió a su compatriota M.M.G."). Y todo *post mortem*, a través de una suerte de elegía desgarrada, que ahora, nuevamente, podríamos llamar profética, igual como aparece *El rumor de la niebla* de Bárbara Délano, después de su muerte. De esta manera, Milanca introduce a las historias de nuestros poetas muertos trágicamente, inquietantes rasgos premonitorios, pero, en su caso, redentores, impregnados de un deseo de trascendencia a través del tópico del *bel morir* de Petrarca:

"De la voz -de la mano- de Maurice Blanchot busquemos las razones de los "clarividentes, los que, sin ser suicidas, van en busca de una muerte justa. Se quiere morir -escribió Blanchot-, pero a su manera. No se quiere morir de una muerte cualquiera. No se busca la muerte anónima; se

huye del 'se muere'. En definitiva, se quiere morir, esto es noble, pero no fallecer.

Todo artista —¿exageraría si afirmara que todos los artistas somos suicidas?— va en busca de una 'obra', pero no sólo sus trabajos llámese esculturas, pinturas, poemas, etc., son obras, sino que en esa búsqueda va más allá —en definitiva buscando llegar al 'más allá' y así se hace de la muerte una obra de arte. Y ennoblecer la muerte no es esperar que el tiempo acabe con esta estructura de carne y huesos y humores. No. Ennoblecirla es pensarla, meditarla, tratarla de tú a tú, sin necesidad de ser decrepito. No; eso es fácil, sencillo. Lo visionario es hacerlo cuando se respira en ese terrible lugar común: toda la vida por delante. Hacer de ese hecho inevitable, predecible una 'elección'. Así es la muerte no es prestada ni casual".

Mario murió también en un accidente aéreo, el de Cubana de Aviación, en diciembre de 1999, también en circunstancias extraordinarias, cuando el avión donde viajaba a Venezuela a buscar un grupo de médicos cubanos que regresarían a la Isla, se estrelló contra un cerro, mientras esperaba, circunnavegando el aeropuerto, atochado de vuelos, que iban y venían por la reciente catástrofe natural que asoló a ese país, a que autorizaran su aterrizaje. Mario regresaba a Venezuela desde Cuba, donde había estado investigando la "ruta latinoamericana" de Pablo Neruda. Estuve algunas semanas después en la Habana, y pude conversar con amigos de Casa de las Américas que lo habían recibido en su hogar de escritores. Lo recordaban como "ese poeta chileno de ojos azules que vivía en Venezuela". O "como un investigador acucioso, pero amable y abierto"... cosas así, que se dicen y se recuerdan al pasar, cuando uno insiste en indagar en lo inevitable: Lo fatal, como escribió Darío.

Mario siempre quiso regresar a Chile. Pero la realidad cultural y académica del país se lo impidieron. No hubo el lugar deseado para sus investigaciones. Tampoco posibilidades de publicar su poesía en libro. Dejó, además de *El asco y otras perspectivas*, una cantidad considerable de poemas inéditos, un proyecto de "antología personal", aún sin nombre, y dos poemarios publicados fuera del país: *La isla; el sueño; el reino*, editado en Caracas, bajo el sello "Envés", en 1986 y *La pasión, el logos y otros poemas*, editado en Caracas, esta vez bajo el sello "Con textos", el año 1993. No hubo casi réplicas. Reseñas o críticas. Que no se culpe a nadie, diremos con Maiakovski. El no-exilio (in)voluntario de Mario Milanca, sus constantes desplazamientos por América, en viajes que eran parte constitutivas de sus investigaciones, del itinerario de su "yo" vital y poético, desembocaron finalmente en una suerte de Destino cuya fatalidad es ambigua, polisémica, como diría el mismo Mario: "Hacer de la muerte mi muerte, ya no es entonces mantenerme 'yo' hasta en la muerte, es ampliar ese 'yo' hasta la muerte, exponerme a ella, no excluirla, sino incluirla, mirarla como mía, leerla como mi verdad secreta, lo espantoso donde, reconozco lo que soy cuando soy más grande que 'yo', absolutamente 'yo' mismo o lo absolutamente grande".

HUIDOBRO EN LA EVOCACIÓN DE NERUDA.
UNA PÁGINA TURBIA EN LA HISTORIA
DE LA FEROCIDAD LITERARIA CHILENA

Waldo Rojas

“Todo esto, todo esto, las borrascas y las tempestades,
algunas tragedias y no pocos dramas, es lo que ha contribuido
a crearme una especie de leyenda novelesca y llena de falsedades”.

VICENTE HUIDOBRO, *Vientos contrarios*, 1926.

¿VICENTE O “VINCENT” HUIDOBRO?

La vocación cosmopolita, sin duda uno de los rasgos más relevantes de la poesía chilena contemporánea, se remonta en sus primeras manifestaciones dignas de mención a la influencia de Rubén Darío. El gran nicaragüense supo reivindicar, como se sabe, para todos los escritores de nuestro continente el derecho de abordar libremente todos los temas, sin restricción de aquellos que Europa suponía o pretendía exclusivos, y en una lengua renuente a los cánones de la Academia, un lenguaje nuevo sin más constricciones que aquellas en las que él se reconoce a sí mismo¹.

Entre los primeros beneficiarios chilenos de la empresa dariana se halla el nombre de Huidobro, y es sin duda en ese mismo orden de filiaciones espirituales que el poeta chileno, tornándose figurada y literalmente hacia Francia, buscó ahondar, antes que algunos otros, en la fuente misma de la inventiva innovadora en poesía moderna. Los poetas de la primera generación así llamada “de la vanguardia” en Chile, participaron, cual más cual menos, de similar apertura exterior; cupo sin embargo a su persona y obra el ser objeto temprano de la reprobación de “afrancesamiento”, epíteto en cual se satisfizo durablemente una oscura voluntad de descalificación literaria y hasta ciudadana.

La adopción por Huidobro de la lengua francesa en un momento de su vida y de su cometido poético resulta por supuesto pasablemente desconcertante. La sospecha de “dandismo”, estimado además en su caso como afección juvenil mimética y pasajera, debió planear, por cierto, sobre estos escritos y condicionar su justiprecio, contribuyendo a alimentar en buena medida un clima de recon-

¹ Del mismo modo como, en su historia cultural, Chile careció de expresión artística barroca, asimilable a aquella surgida en los otros países de la América española en todos los campos, tampoco su literatura decimonónica conoció en toda su manifestación el romanticismo, ni, más tarde, un verdadero movimiento modernista, equivalente latinoamericano de la explosión “vanguardista”. La influencia de Darío dio pábulo a una nueva generación para superar los acentos gastados y las fórmulas caducas de “una vieja guardia post-romántica”, según Jaime Concha, a través de la afirmación de “un subjetivismo variado y multiforme, del cual han de partir los futuros experimentadores en el terreno de la vanguardia”; en todo caso, advierte, “alrededor del año 1915, ningún poeta es plenamente retardatario ni puramente subjetivista ni potencialmente vanguardista”. (Cf. Jaime Concha, *Vicente Huidobro*, Ediciones Júcar, col. Los Poetas, Madrid, 1980).

vención tendenciosa. A la luz de ciertas implicaciones políticas de la literatura, muy propias a los debates sostenidos en los medios intelectuales durante el período de entreguerras, hoy día aparece sino justificable por lo menos comprensible que tal desconcierto haya derivado paulatinamente de la complacencia ladina a la ofuscación enconada, no sólo de parte de la opinión literaria.

En Chile, la situación de hostilidad y conflicto en torno a Huidobro, probablemente favorecida por ciertas intervenciones poco felices de este mismo en aquellos terrenos, se resume simbólicamente en su ruptura tajante con algunos de los poetas chilenos más en vista, en particular con Pablo Neruda, consecutiva a la publicación de la *Antología de la nueva poesía chilena*, editada por Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim, en 1935. Circunstancia agravada y vuelta irreversible por las actuaciones polémicas de unos y de otros a propósito del conflicto español y del combate antifascista en Europa. De por entonces data la referencia a su aventura francesa como argumento polivalente de invectiva y reprobación.

El mote de "afrancesado" que se colgó temprana y durablemente al poeta chileno, no conllevaba, en ningún caso, las mismas connotaciones culturales y políticas, polémicas es cierto, pero al fin de cuentas presentables, que este mismo calificativo poseyó en la España del XVIII. En la mentalidad chilena, gustosamente socarrona ante la notoriedad y la diferencia, el "afrancesamiento" tiene que ver con la afectación presuntuosa y con una cierta forma de cursilería o amaneramiento pedante, y en todos los casos es objeto de sanción por el ridículo y el sarcasmo.

Como quiera que sea, la biografía de Vicente Huidobro (1893-1948) es inseparable de su establecimiento en Francia, y sobre todo en París, a partir de 1917 y hasta 1945. Es al cabo de un viaje en familia emprendido meses antes hacia Madrid, desde Buenos Aires, que el poeta alcanza la Ciudad Luz, en donde sus dieciocho años de avecindamiento, lejos de desplegarse en la continuidad de un arraigo permanente, conocerán frecuentes interrupciones por desplazamientos diversos en Europa, retornos a Chile de duración prolongada o episódica, además de un periplo en los Estados Unidos. Viajes todos motivados por la vehemencia de su inquietud literaria o forzados por la truculencia novelesca de sus vicisitudes sentimentales. Desde aquella primera fecha y hasta 1925, tienen lugar sus primeros contactos, aquiescentes o controvertidos, en un país en plena Gran Guerra, con algunos de los principales protagonistas del movimiento de la vanguardia creadora de esos años, desde Dadá y el Futurismo a las experiencias cubistas y surrealistas. Y es este tramo temporal que enmarca lo que sería pertinente señalar como su aventura poética francesa.

El joven poeta chileno interviene en un cierto número de entre las empresas de agitación estética en curso, se involucra en algunas de sus publicaciones, una de las cuales llega incluso a sustentar de su propio peculio². Al mismo tiempo reivindica la paternidad de por lo menos una de las tendencias entonces en liza, y que el chileno identifica con o sin razón al "creacionismo", de cuya invención y bautismo original le asiste desde Chile la certeza inquebrantable.

² V. DE COSTA, René, "Huidobro en sus revistas", en Mario, A. ROJAS y Roberto HOZVEN (ed.), *Pedro Lastra o la erudición compartida*, México, Premiã Editora de Libros, col; la red de Jonás, 1988, 406 pág., págs. 148-162.

Las coincidencias y analogías entre las ideas sostenidas por Huidobro a su llegada a Francia y la panoplia teórica abigarrada de los "ismos" europeos no son antojadizas ni puramente fortuitas. No es menos cierto que los tópicos de la renovación creadora puestos a circular entonces correspondían a condensaciones espirituales que se crean, por así decir, de modo espontáneo, al interior de una atmósfera de época sobresaturada por las exhalaciones de la experimentación iconoclasta, y que se difundían ya desde antes de la guerra. Conceptos y realizaciones consideradas como la manera conveniente de puesta en entredicho de un mundo de valores en crisis, y estimadas como la reacción cultural apropiada y urgente de adoptar frente a la profunda desazón que en casi todos los planos de la existencia colectiva aqueja desde fines de siglo a todo el continente.

Es probable que el alcance pleno de los datos de un tal estado de cosas europeo escapara en un comienzo a su cabal penetración para el lugareño recién desembarcado ahí desde una realidad lejana, y que este hecho ligado a los imperativos de una personalidad peculiar, dictaran a un Huidobro deslumbrado la aspiración de ocupar sin compañía la cabeza de aquel movimiento. Dicha conducta tutora de mentor y guía exclusivo no debía resultar en absoluto extemporánea en ese contexto propicio a las inflamaciones egotistas, y no difiere en mucho del comportamiento, entre la gente de letras, de un Tzara, de un Breton o incluso de Apollinaire.

La ambición del poeta chileno, sin embargo, asumida en los mismos términos y estilo en que en aquella época intensa se comprende y se vive este tipo de cuestiones, suscitará la oposición pertinaz de numerosos reclamantes de la antelación en el hallazgo de la novedad vanguardista, no sólo en París, capital por excelencia de dichas agitaciones, sino también en Madrid. Ambas metrópolis que todo separaba en muchos aspectos de la vida cultural y política, ofrecerán, pues, su terreno a los dos frentes en los que Vicente Huidobro cuenta dar la brega por la defensa e ilustración del *creacionismo*, según el poeta chileno lo entiende y lo predica³.

En los siete u ocho años del período señalado, Huidobro publica, ya sea en traducción asistida o en versión francesa personal —práctica ésta en la que hará no sin cierta audacia sus primeras armas—, una serie de breves volúmenes amén de alguna *plquette* y páginas sueltas, con poemas y manifiestos. Es en estos mismos años que el poeta deposita todas esperanzas y dispensa sus mejores energías en la conquista del "frente francés", capital europea de las inquietudes revolucionarias en arte y literatura de por entonces, victoria de la que da por descontado obtener la notoriedad y autoridad suficientes para infundir un nuevo rumbo a la creación poética de España y América.

Los resultados obtenidos en este sentido se revelarán poco susceptibles de confortar sus expectativas. Un viaje a Chile en 1919, premunido de la crónica de sus primeras hazañas literarias y del fruto concreto de las mismas bajo la forma de tres títulos franceses y de otros dos que se agregan al acopio de sus escritos

³ De las propias aseveraciones de Huidobro como de los debates en curso se desprende la idea "*creacionista*" como la confección por el lenguaje de un universo poético, novedoso y deliberado, al mismo tiempo paralelo y autónomo, libre de sujeciones al mundo de la realidad inmediata, pero internamente coherente consigo mismo, en conformidad con un principio de necesidad también inédito en sus fundamentos imaginarios, establecido por la facultad creadora del poeta.

juveniles en lengua castellana⁴, se salda por una acogida mitigada de parte del medio literario local agitado también por aires contradictorios de renovación. Han llegado también a Chile los ecos de la sospecha de fraude a propósito de una edición antefechada y, en general, en un país en el que pespunta ya la mentalidad de turbulencia juvenil que animará más tarde la agitación social estudiantil de los años 20, el poeta se estrella, fuera del círculo de sus amigos cercanos, a la hostilidad socarrona o a la indiferencia simple. Ni el anticonformismo estético del poeta, ni la ruptura creciente con su medio familiar a que algunos de sus desvaríos no sólo literarios lo conducen, parecen valerle las indulgencias de un país también en ruptura con sus atavismos sociales y en el que ya "el odio a la oligarquía se incubaba en el seno de las clases medias relativamente ilustradas"⁵. Por otra parte, el desarrollo de la "cuestión social" en el Chile de este primer cuarto de siglo, no se sacudía aún del todo de una forma de patriotismo beligerante heredado de la Guerra del Pacífico, y que a menudo condicionó negativamente, aunque no sin ambigüedades, la percepción del extranjero.

No más auspiciosos, sus logros europeos no guardarán proporción tampoco con la actividad efervescente de colaboraciones en periódicos, de conferencias, de fundación de revista, de nuevas publicaciones y de estrechamiento de sus relaciones con otras tantas celebridades artísticas españolas y francesas. Numerosas de entre estas relaciones tomarán sus distancias con el poeta a raíz del episodio de su falso secuestro por agentes británicos, con que el poeta intentará atizar una atención pública más bien displicente hacia su panfleto *Finis Britannia*, tentativa infausta de puesta en pie de un recurso derivativo hacia la política, compensatorio de sus poco fructíferos designios de hegemonía literaria. Los últimos productos de estos mismos cuentan hacia 1925 con otros dos títulos franceses⁶ y aún un amago de puesta en circulación del conjunto de sus *Manifestos*, antes de decidir su retorno a Chile ese mismo año, animado, pese a todo, de grandes proyectos de escritura en prosa y poesía.

En el apego indeleble de Huidobro a París, adonde volverá a residir todavía en dos ocasiones pocos años más tarde, habría que ver muy otra cosa que el capricho de un joven adinerado presa de fascinación por los atractivos de la Ciudad Luz, con su reputación de lugar de frivolidad y de placeres, y seducido por el prestigio de tolerancia que permitía a éstos subsistir. La experiencia parisina resultará ser, con todo, para Huidobro el dispositivo poderosamente revelador de sus reales facultades creadoras y de su vía original. Revelación que actuará sobre su espíritu de manera avasalladora, y que "la provincia cultural" de su país natal quizás hubiera podido muy difícilmente operar en él, por lo menos en ese grado y con esa intensidad. Anima, en efecto, al poeta la intuición férrea de que

⁴ Se trata, respectivamente, de *Horizon Carré*, editado en París en 1917; *Hallali* y *Tour Eiffel*, ambos publicados también en París en 1918, y ese mismo año en Madrid, *Poemas Árticos y Ecuatorial*.

⁵ Cf. Mario GÓNGORA, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981, pág. 39 y sgtes.

⁶ *Automne régulier* y *Tout à coup*, ambos libros llevan la mención de autor: Vincent Huidobro, que el poeta chileno utiliza por primera vez, en 1917, para firmar un poema publicado en la revista *Nord-Sud*, N° 2, y que seguirá empleando en sus siguientes colaboraciones. En los otros libros en francés mencionados, el poeta inscribe su nombre original castellano, Vicente.

es a partir de esta ciudad emblemática que tomará cuerpo una gran conmoción transformadora de la sensibilidad estética contemporánea, y cualquiera sea el nivel de su propia inserción en ella, o el valor de su aporte personal, dicha vislumbre, clave para comprender su propia acción, no se verá desmentida por la posteridad.

Sus poemarios escritos en francés, sin embargo, no tendrán mayor impacto en la memoria cultural francesa, y del paso del poeta chileno por tierras europeas no quedarán, por lo menos en Francia, huellas significativas⁷. En su momento, tampoco merecerán en Chile un interés durable. El obstáculo comprensible de la lengua explicaría en parte la apatía chilena, de no tener en cuenta la aparición en plazo breve de una serie de textos nuevos que, como *Altazor* y *Temblores de cielo*, vendrán a dar realce también nuevo a la imagen del poeta. Son estos escritos los que concentrarán en adelante la atención, a partir de 1931, sobre unas obras en las que son reconocidos de temprano los logros maduros y patentes de una expresión altamente innovadora, y que tendrán por efecto de hacer posible de manera retrospectiva la relectura fecunda de sus obras castellanas anteriores.

¿HUIDOBRO EN ISLA NEGRA?

La percepción de Huidobro en Chile fue, con todo, compleja en su misma ambigüedad, pero sea como fuere, un buen número de sus compatriotas no se privó de contribuir con intención no siempre santa, ni con demasiado disimulo ni exceso de elegancia, a hacer del epíteto "poeta francés nacido en Chile"⁸, sumado a su condición social de rancia alcurnia, un gaje de descalificación literaria⁹.

⁷ Respecto de algunos de estos problemas, véase nuestro trabajo el "Sobre algunos acercamientos y prevenciones a la obra poética de Vicente Huidobro en lengua francesa", introducción a Vicente Huidobro. *Obras poéticas en francés*, edición bilingüe, traducción, introducción y notas de Waldo Rojas, Editorial Universitaria, col. Vicente Huidobro, vol. 6, Santiago, Chile, 1999.

⁸ Este mote se remonta, como es cosa averiguada, a la *boutade* con que comienza Alberto Rojas Jiménez su crónica enviada desde París al diario *El Mercurio* de Santiago (29 de noviembre de 1924). Bajo su pluma no hay entonces en esa ocurrencia sino un dejo de leve ironía matizada de admiración juvenil hacia la excentricidad y desaforamiento quimérico del personaje, "sin desmedro de su poesía, viva, transparente, única" (Cf. Oreste Plath, ed., *Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba* Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Col. Escritores de Chile, Santiago, Chile, 1994).

⁹ "Es difícil calibrar el coeficiente nacional de la poesía de Huidobro"—afirma Jaime Concha, en una de las más interesantes síntesis críticas actuales sobre el poeta—. "Uno tiende inmediatamente a negarlo de plano o a dudar de la validez del planteamiento. ¿Cómo relacionar, en efecto, a Vicente Huidobro con Chile, de manera que no empobrezca su poesía y no someta la significación de su obra a las restricciones de una provincia cultural? [...] Dos obstáculos se oponen ciertamente a la empresa de definir su sitio nacional. Primero, porque casi siempre se ha visto en él a un representante del costado cosmopolita de nuestra cultura. Es claro que el mismo poeta enfatizó conscientemente este aspecto de su personalidad artística, haciéndolo a veces de forma agresiva, no tanto contra la sociedad que le dio origen, sino contra la clase alta que lo parió". En este mismo ensayo, el profesor Concha, fundamenta en la dicotomía entre "el alma del poeta" y la "costra social" que la recubre, el hiato que disocia algunas de sus novelas, construidas sobre un "paradigma social" de "tono neo-feudal", del "élan vanguardista del poeta". (Cf. Jaime CONCHA, *Vicente Huidobro*, Ediciones Júcar, col. Los Poetas, Madrid, 1980).

Esa doble causal de inhabilitación fue, por ejemplo, un arma frecuente contra Huidobro en la "guerra literaria", consumada ahora, en España entre él y Neruda, quienes, como recuerda el poeta español Juan Larrea, "del cultivo de las letras habían pasado al de las más cargadas letrinas"¹⁰.

El mismo Neruda, al reconsiderar su pasado, en un acceso de indulgencia conforme al ideal del varón de edad y nombre venerables, y bajo el relampagueo de un auto-expiatorio *vanitas vanitatum*, no puede impedirse de redundar en el tenaz sambenito. Algunos años después de su muerte, la figura de Huidobro fue cobrando dentro y fuera de Chile un interés creciente. Su poesía, desuncida de la referencia polémica a la cruzada creacionista, se bonificó del prestigio discreto de componente insoslayable de la modernidad asignable a la expresión lírica en lengua castellana en su versión inconformista fundadora. Vuelto un personaje de alusión inevitable en la redacción de sus *Memorias*¹¹, y no referible de un modo cualquiera, Neruda encuentra la fórmula de dosificar por fragmentos el recuerdo y figura del "gran poeta" de *Altazor* bajo el doble derivativo de un coronamiento paródico y de un siempre oportuno *faire valoir*.

Rememorando, en un primer momento, los años 20, evoca Neruda la dependencia cultural de Europa en que vivían "nuestros países", antes de precisar con énfasis que "los escritores de la oligarquía, ellos vivían en París", y agregar en párrafo seguido que "Nuestro gran poeta Vicente Huidobro no sólo escribía en francés sino que alteró su nombre y en vez de Vicente se transformó en Vincent".

Los recuerdos siguientes ahí consignados completan de éste un retrato por lo menos afligente, tomado del natural y precisamente con París como tela de fondo. Mientras el peruano Vallejo, con "vanidad de todo poeta", escribe Neruda, se vanagloriaba en cierta ocasión de sus "rasgos aborígenes", y no sin una pizca de autoderrisión por su mismo gesto, Huidobro "se dejaba caer un mechón en la frente, metía los dedos en el chaleco, erguía el busto y preguntaba: '¿Notan mi parecido con Napoleón Bonaparte?' " A falta de otro comentario de parte de Neruda, no queda sino creer que "Huidobro, poeta antípoda de Vallejo en tantas cosas", lo decía en serio.

Los lectores de *Confieso que he vivido*, recordarán, más adelante, el lamentable episodio de la maleta perdida por Huidobro en el tren que conducía, entre otras muchas personalidades literarias de la época, a ambos poetas a un congreso en Valencia durante la guerra de España, en 1937. Con regodeo implacable, Neruda incluye allí el relato de la exasperación que la inquietud y desazón de Huidobro habrían provocado en André Malraux ("¿Hasta cuando molesta usted a todo el mundo? ¡Váyase! *Je vous emmerde!*"); exabrupto éste seguido del incidente que suscitará la sugerencia de Neruda a unos jóvenes centroamericanos, que lo visitan en su compartimento, de ir "a ver también a Huidobro que debe estar solo y deprimido". El relato de este gesto altruista no llega sin embargo en su hidalguía a detenerse ahí, evitando a la ya maltraída memoria de Huidobro el

¹⁰ V. Juan Larrea, *Del surrealismo a Macchu-Pichu*, México, 1974.

¹¹ Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, México, 1974. Las menciones a Vicente Huidobro se hallan en las páginas 92, 98, 182, 183, 363, 394-397 y 406.

bochorno de su remate, o sea, el fiasco de aquéllos, según cuenta Neruda, ante la réplica de un Huidobro furioso, no por la maleta perdida, sino porque a diferencia de grandes universidades europeas, "la pequeña universidad" del país de dichos jóvenes era la única que persistía en ignorarlo: "Ni siquiera me han invitado a una conferencia sobre el creacionismo". Tampoco se priva el memorialista de agravar todavía el torpe desatino atribuido al chileno con una apostilla sardónica: "decididamente, mi compatriota y gran poeta no tenía remedio"¹².

Además de los aportes de este enojoso anecdótico, las menciones de paso van en el mismo infamante sentido. A propósito de su propia relación con el lenguaje y del valor del idioma natal en el estilo, que él compara a un ropaje habitual o a la piel sobre el cuerpo, Neruda recuerda haber encontrado su época "trastornada por las revoluciones de la cultura francesa", y confiesa su pasada atracción por ellas, aunque "de alguna manera no le iban a mi cuerpo como traje". Y agrega: "Huidobro, poeta chileno, se hizo cargo de las modas francesas que él adaptó a su manera de existir y expresarse, en forma admirable". Con lo que queda bien en claro que no por "admirable" el chileno Huidobro viste menos a su musa con ropa ajena y según dictado de la "moda" extranjera.

Se podrá comprobar más adelante que en estas *Memorias* el recurso de las evocaciones anecdóticas secundarias o el de las menciones de paso, sirve de hecho para introducir, adelantando el tono y los efectos, un breve capítulo particular

¹² El episodio evocado con suficientes detalles por Neruda no deja de suscitar alguna incertidumbre. El autor lo sitúa —según señalan el título y el contenido del capítulo— con referencia a "Un Congreso en Madrid", en 1937, al cual él mismo asiste como delegado chileno. De ser exactos la fecha y el lugar, se trata en verdad de la segunda etapa del Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, comenzado en Valencia el 4 de julio de aquel año; como se recordará, la magna reunión en esta ciudad fue acogida en el edificio del Ayuntamiento local, antes de desplazarse a la Residencia de Estudiantes de Madrid, el día 7, y culminar con una sesión en París, adonde residía Neruda desde el año anterior. Del tren en cuestión se dice que, "lleno de escritores", viajaba de París a Madrid, y el incidente tiene lugar en la frontera pirenaica. Es poco probable, sin embargo, que los participantes a la reunión de Valencia, Malraux entre ellos, se hayan desplazado a Madrid vía París. Dicho tren salió, en realidad, de París hacia Barcelona el 2 de julio y estuvo de vuelta el 12 de ese mes. Por su parte, Huidobro, que meses antes había viajado desde Chile directamente a España, no se le sabe en París sino al término de la reunión de Madrid.

En su libro de recuerdos de Neruda, Jorge Edwards, amigo y colaborador suyo, menciona un testimonio de Octavio Paz, asistente también al Congreso, quien asegura que Huidobro no viajaba en ese tren, cuyo destino era Barcelona y no Madrid, y que el supuesto incidente con Malraux tuvo en realidad a otra personalidad por protagonista, y "no por un asunto de maletas, como cuenta Neruda; su pleito fue con [Alexis] Tolstói (...) porque unos comisarios rusos le tomaron su automóvil sin decirle nada, el que ponía a su disposición la República española para ir a visitar Versailles". Desmintiendo a Neruda, Paz tiene razón al advertir la ausencia en dicho tren de Huidobro, quien se halla a la sazón en Madrid. Agrega posiblemente a la confusión el hecho de que en junio (21-25) de 1935 se había celebrado en París el primer Congreso Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura en apoyo a la República española, bajo la presidencia de Gide y Malraux, y con la participación, entre muchos otros, de Neruda y Vallejo, pero sin Huidobro, por entonces en Chile. En todo caso, las precisiones de O. Paz sobre el incidente de marras, no son sin consecuencias para la verosimilitud de la versión de Neruda. (Cf., Jorge Edwards, *Adiós, poeta*, Tusquets Editores, Barcelona, 1990, pág. 78).

explícita y nominalmente dedicado a "Vicente Huidobro". Como se sabe, en términos retóricos un elogio demasiado apoyado o reiterado con insistencia evidente invierte su signo y se desliza hacia la ironía. Con la repetición por tercera o cuarta vez del apelativo de "gran poeta", que ahora en exergo abre estas breves páginas, ya se sabe a qué atenerse respecto de ese y otros coronamientos que no pesarán mucho en la balanza de las compensaciones, cargada ahora a fondo en el lado del platillo de sus deméritos: desde "representante de una larga línea de egocéntricos impenitentes" a inconsecuente "niño mimado". Acompaña el todo un dejo de comprensión condescendiente, bajo la circunstancia atenuante de tener que reconocer un natural jugueteo, y finalmente pueril, congénito al "gran poeta". Y es con este mismo aliciente que Neruda persevera por su parte en la evocación de su anecdotario menos glorioso, en cuyo abundamiento sería superfluo aquí insistir.

Es de suponer, por otra parte, que el objetivo final del capítulo consiste en absolver de toda responsabilidad, en desmedro de su rival, a un Neruda contemporizador y hasta magnánimo en la larga historia de una enemistad unilateral. Es lo que en efecto se consigue de una leída liviana, a la que por lo demás invita el estilo mismo de todo el volumen. Como es sensato suponer, todos los materiales de esta confesión de vida *ad usum memoriam mundi*, han sido cuidadosamente escogidos —como todo lector de Memorias de cualquier época no puede ignorar— para mayor lustre de su autor y edificación de los hombres. Una lectura algo más acuciosa e informada hace entrever, a través del episodio culminante, la comisión por parte del autor de algo así como un lapsus diferido, y así resultaría que los elementos que han servido para elaborar, con aquel objetivo, la imagen de Huidobro dispersa en el mosaico de esta obra, vendrían paradójicamente a revelar de este modo su propio desmentido. Cuenta el memorialista:

"Huidobro murió en el año 1948, en Cartagena, cerca de Isla Negra, no sin antes haber escrito algunos de los más desgarradores y serios poemas que me ha tocado leer en mi vida. Poco antes de morir visitó mi casa de Isla Negra, acompañando a Gonzalo Losada, mi buen amigo y editor. Huidobro y yo hablamos como poetas, como chilenos y como amigos".

El Huidobro de esta escena daría muestras, más bien, de una rara cualidad penitente, distintiva de gentes de noble espíritu aquejadas en lo profundo por el peso de sus pasados yerros, así como el personaje del autor del relato da fe, *noblesse oblige*, de la no menos rara virtud de la indulgencia ante el acto de contrición tácita de un rival¹³. El beneficio moral que se desgaja de esta verdadera parábola edificante, exige sin embargo que ella remita a un suceso

¹³ Sobre las relaciones conflictivas entre Pablo Neruda y Vicente Huidobro, véase la sección "Postdata: Neruda sobre Huidobro", en el libro de René DE COSTA, *En pos de Huidobro*, Editorial Universitaria, Colección Letras de América, Santiago, Chile, 1980, págs. 97-107. En su laboriosa recolección de elementos testimoniales en favor de su argumento de un gesto final, de parte de Neruda, de "definitiva reconciliación, admirable por su limpidez y nobleza", hacia Huidobro, De Costa ignora sin más, entre otros maltratos memorialísticos infligidos al poeta de *Altazor*, el episodio hipotético de la visita de Huidobro.

irreprochablemente verídico, a riesgo de ensombrecer de duda no sólo la posibilidad de éste sino, por vía de consecuencia, la autenticidad de por lo menos todos los otros que tienen ahí a Huidobro como protagonista y tema.

Tanto como es posible indagar, no existe otro testimonio de la visita de Huidobro, "poco antes de morir", al poeta de Isla Negra en compañía de quien fuera, y resulta por lo menos curioso que el célebre editor traído a cuento —como testigo implícitamente único— no nos haya legado ni una palabra sobre este magno reencuentro, como sería de esperar del circunstante privilegiado de un suceso nada ordinario, en verdad, para la crónica de las letras latinoamericanas¹⁴. Más sorprendente aún: en su artículo "Búsqueda de Vicente Huidobro", de 1968¹⁵, publicado en homenaje al vigésimo aniversario de su muerte, el mismo Neruda no sólo ignora por completo aquella visita sino que expresará exactamente lo contrario de su eventualidad misma:

"En los últimos años Huidobro trató de reanudar y mejorar la relación que tuvimos brevemente cuando recién volvió por primera vez de Europa. Yo, herido por las incidencias de la guerrilla literaria, no acepté esta aproximación (...) No me encontré con él en esos días, no lo encontré después. Desde entonces sólo he continuado el diálogo con su poesía".

El texto de este artículo es retomado casi en los mismos términos en la redacción del capítulo de las *Memorias* anteriormente citado, sólo que estas líneas han sido expurgadas y en su lugar se da cabida ahora al pasaje de la 'visita' que lo cierra sin más. El tono categórico del primer texto así como el lugar ocupado por Huidobro en la apuesta global del segundo no dejan margen a pensar que el uno enmiende tácitamente una simple omisión circunstancial del otro, a un lustro de distancia. Tampoco se habla de la 'visita' en el prólogo a la edición francesa del último libro de Huidobro, traducido por el poeta belga F. Verhesen y publicado en 1975; texto muy probablemente escrito entre 1972 y 1973¹⁶. Los conceptos y el tenor de estas páginas para uso europeo son sin duda los que corresponden al protocolo de un homenaje póstumo, no obstante lo cual con sobrada sutileza Neruda deja deslizar su juicio, en el fondo invariable, acerca de la diferencia de Huidobro, "un importador de tendencias", cuyos méritos, reales y ahora reconocidos en otro mundo que el nuestro, tienen que ver precisamente con su adhesión cultural a aquél.

"Gran poeta" pero por otro lado personaje deplorable, las briznas que el memorialista depositará en el platillo de las virtudes creadoras de Huidobro, no son, pues, legión, además de verse continuamente aligeradas por la insistencia alusiva a su "afrancesamiento" y esnobismo, o bien gracias a la equivocidad de propósitos

¹⁴ Gonzalo Losada, fallecido efectivamente hacia 1970, con anterioridad en todo caso, a la fecha presumible de la última redacción de estas memorias, mal podría haber confirmado (¿o infirmado?) la veracidad del episodio.

¹⁵ Ver revista *Ercilla*, Santiago, 7 de febrero de 1968.

¹⁶ Se trata de la traducción de *El ciudadano del olvido*, de 1941, último libro publicado en vida del poeta: *Le citoyen de l'oubli*, Librairie Saint-Germain des Prés, Paris, 1975, 218 pág.

laudatorios inexorablemente compensados: hay en su poesía, dice, el "resplandor europeo" de un "poeta literario que siguió todas las modas"¹⁷.

El avatar que constituye aquel fragmento, del que se podría decir que resulta algo candorosamente espurio, admite, sin embargo otra lectura. En ella podría vislumbrarse, bajo la chapa opaca de oscuras resistencias conscientes y con destello cuasi subliminal, la verdadera merced de reparación de nuestro premio Nobel hacia su desaparecido contrincante de viejas reyertas. Ahora bien, no es en el plano de un asunto largamente inter-individual que esta reparación deberá intervenir, sino en aquel otro, simbólico y supra-individual, adonde se resuelven teleológica y hegelianamente, podría decirse, las contradicciones de los grandes arquetipos históricos, a uno de los cuales el poeta del *Canto General* se identifica como por derecho propio.

VERDAD SOSPECHOSA

O EL SENTIDO TRASCENDENTE DE UN EPISODIO IMAGINARIO

La muerte súbita y prematura de Vicente Huidobro, en enero de 1948, junto con cristalizar en el rechazo punitivo, y ahora irreversible, aquel gesto de "aproximación" de parte de Neruda, frustró para siempre la posibilidad de una reconciliación real entre ambos "hermanos enemigos". Es, al cabo, lo que con sentimiento de serena sinceridad dice éste en su artículo de veinte años más tarde, pero lo que en verdad da a entender contiene una recriminación embozada al curso tomado por las cosas en el presente de los años sesenta. El mundo ha cambiado y con él el estilo de adhesión otrora aceptable a ciertos valores so capa de los cuales, con o sin razón, alimentó y justificó su hostilidad hacia Huidobro. Los vuelcos del juego político mundial y local volvieron relativos antiguos antagonismos y contradicciones insolubles, e impusieron incluso al mismo Neruda pruebas algo amargas infligiéndole más de alguna decepción. El episodio de la "Carta de los cubanos" recogido en sus *Memorias*, es de este sentimiento sólo la muestra más sintomática. Hay otras. Como tal vez en su primera juventud, la poesía vuelve entonces a recuperar para el poeta el valor de un el reducto de vivencias y emociones marcadas por la impronta de la autenticidad, lugar designado del "diálogo" consigo y con los otros.

¹⁷ De esta dicotomía invariable en la apreciación de Huidobro por parte de Neruda, da testimonio también el citado Jorge Edwards: "a pesar de que todavía proyectaba en aquellos años [los años 50] una imagen de enemigo irreconciliable de Vicente Huidobro, y pese a la hostilidad intransigente de los huidobristas, sostenía que Huidobro era un gran poeta, un poeta que conseguía versos maravillosos, joyas que brillaban en el interior de cada poema. "El problema de Huidobro", decía, "es que fue el peor enemigo de su propia poesía. Su vanidad, su exhibicionismo histriónico, perfectamente infantiles, le hicieron muchísimo daño" (Cf., Jorge Edwards, *Op. cit.*, págs. 60-61). La hostilidad también invariable de Neruda hacia Huidobro aparece también en este testimonio, págimas más adelante, cuando Edwards refiere que el poeta Rafael Alberti, de visita en Chile y huésped de Neruda, hacia 1946 o 1947, "había tenido que visitar a Huidobro en secreto, sin decirle una palabra a Neruda" (*Id. loc.*, pág. 78).

La escena aunque rápida y escueta es, en efecto, pasablemente elocuente en el plano de una suerte de prefiguración determinista del sentido necesario de la Historia. Aunque mayor que Neruda de más de diez años, es Huidobro quien va al encuentro de aquél. Es él también, el aristócrata oligarca capitalino quien, desde su residencia de entonces en un paraje vecino pero en cierto modo anónimo, da el primer paso hacia el provinciano hijo del pueblo quien lo recibe en el lugar emblemático de la "casa de Isla Negra", cuyo nombre la costumbre confunde, casi metonímicamente, con la persona del poeta. No es, de este modo, en la fecha lejana de fines de los años 40 que la escena de 'la visita' se desarrolla, ni sólo en la escena actual de la memoria restituida, sino en la a-temporalidad del presente definitivo, último avatar dialéctico del Tiempo cumplido. Tiene ella lugar en el marco radiante del Fin de la Historia que reordena la apariencia caótica de toda la humana contingencia, y cuyo anuncio se plasma en el Chile de la Unidad Popular, en cuyos frescores primaverales el poeta-heraldo de la nueva era moja su pluma y escribe, indeleble, su profecía retrospectiva.

"Huidobro y yo, dice Neruda, hablamos como poetas, como chilenos y como amigos". Todas las implicaciones de la idea de "diálogo" caben en este *hablamos* plural, inscrito en unas páginas que a su vez 'dialogan' con el texto de 1968. Y es la instancia de la poesía como forma de vida (*como poetas*) la condición eficiente de un rito en el que no sólo hay que ver un gesto de (re)conciliación (*como amigos*), sino como el punto de llegada de aquella "búsqueda de Vicente Huidobro". En aquel artículo así mismo intitulado, Neruda prevenía: "nunca fui amigo de él. Y la vida literaria nos separó con crueldad". La clave del párrafo reside, sin embargo, en ese inesperado y hasta furtivo, *como chilenos*, puesto a guisa de término intermedio, cuasi superfluo, entre las otras dos modalizaciones comparativas introducidas también por el mismo adverbio, pero que de manera sacramental borra de un plumazo redentor los pecados de cosmopolitismo del "afrancesado" Vincent, y, transformado ahora en categoría del engranaje de la Historia, lo restituye en su chilenedad escamoteada como simple sujeto de la misma.

Apócrifo o de verosimilitud asaz sospechosa, el episodio de la "visita de Huidobro" no carece de una cierta significación en cuanto forma alegórica de la continuación de dicho diálogo. En la relación de ese evento fantasmático, el texto permite ver al trasluz el trazado de una verdad personal profunda, de la que el poeta esperaría asimismo dejar desprenderse una postulación simbólica supraindividual. Gracias al poder de la palabra, habría buscado éste, a falta de sanción efectiva en la esfera de las realidades concretas, conferir una manera de existencia retrospectiva a una escena perfectamente ficticia aunque verdadera en la esfera de los anhelos inconfesos. Restableciendo el llamado al orden entrañable de las realidades subjetivas contra el *fatum* de lo que fue, contra la objetividad irremediable de los hechos cumplidos, el poeta enarbola su reclamo, al mismo tiempo normativo e insurgente, de lo que debió ser. Es, así, al "sentido de la Historia" que el poeta de las *Residencias* acuerda en este texto una nueva oportunidad de cumplimiento. Y de paso, una ocasión al mismo tiempo de conjugar un acto de humana redención con una operación de alta estrategia *autobiográfica*. Por un lado, en su ánimo reconciliador que aunque venido tarde no hay razón de prejuzgar insincero, Neruda se dispensa tácitamente de incu-

rir en el indecoro de tener que desdecir, sin expurgarlo, el anecdotario punitivo antihuidobriano conservado en sus *Memorias*; por otro lado, es ésta la ocasión destinada a reescribir –y dar a repensar– bajo otro signo un trecho melancólico de la intra-historia personal del Neruda de carne y hueso, “una hoja más del gran árbol humano”, que habita sin ruido a la sombra estatuaría de la efigie inmarcesible, supraterrrenal, del vate de Isla Negra.

“Cuando se quiere rebajar a las gentes de letras –escribe Louis-Sébastien Mercier, observador agudo de las costumbres y del lenguaje de la época convulsa de la Francia revolucionaria–, se habla de sus vivas y a veces escandalosas querellas. Cierto es que en sus pleitos, parecen éstos poco claros sobre sus verdaderos intereses, y que afilan unos contra otros armas temibles que mejor harían en volver contra sus enemigos [...] Obtendrían más gloria verdadera en mostrarse indiferentes a los pequeños ataques que desplegando una sensibilidad que degenera en clamores inútiles: los más pequeños, que son siempre los más orgullosos, hacen de ordinario más ruido por una ligera punzada en su amor propio; pero los hombres de letras célebres ya se vengan una vez para no volver más sobre el asunto, o bien, lo que es todavía más sensato, desdeñan para siempre la injuria [...]. Pero al condenar los litigios de la gente de letras, el público cae en la hipocresía; en mucho le satisfacen como espectador de una guerra ridícula que encuentra muy divertida. En buenas cuentas, el público es chusco e indolente, posee un espíritu avidísimo de sátiras: disposición favorable para prestar oído a todos los sarcasmos que deben enviarse recíprocamente los combatientes”¹⁸.

París, otoño de 1998.

¹⁸ Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), en *Tableau de Paris*, 1790 (cita en traducción nuestra).

*Martin Heidegger*²

Diremos algo aquí, por un instante, de la filosofía alemana y, por tanto, de la filosofía en general.

Nuestra existencia histórica experimenta con creciente aflicción y nitidez, que su porvenir se halla equiparado con la definitiva alternativa entre la salvación de Europa, o su destrucción. Empero, la posibilidad de una salvación demanda dos cosas.

1. La conservación del pueblo europeo ante lo asiático.
2. La superación de su propio desarraigo y dispersión.

Sin esta superación no resultará tampoco aquella conservación. Pero, ambas cosas exigen, para ser resueltas, una transformación de la existencia desde sus últimos fundamentos y bajo las medidas más extremas. Una transformación semejante de la existencia histórica no podrá acontecer, sin embargo, jamás, como un apremio ciego hacia un porvenir indeterminado, sino sólo como una confrontación creadora con la totalidad de la historia pretérita -con sus figuras esenciales y sus épocas.

Ante esta tarea de nuestra existencia histórica, ya no es suficiente el seguir empleando en vano meras tradiciones, aunque éstas sean muy valiosas o, incluso, simplemente tranquilizándose con ellas. Sin embargo, no menos fatalista sería la opinión, de que un cambio histórico semejante se haya consumado ya por medio de la creación de nuevas instalaciones o esté lo suficientemente preparado.

Porque todo *ha sido puesto a decisión*: la historia, la naturaleza, los dioses y los ídolos, el puesto del hombre en medio del ente y las condiciones, disposiciones y medidas para su estabilidad, por ello es que han de ser puestas en movimiento, necesaria y originariamente, por igual, todas las fuerzas y ámbitos de operación del hombre.

La acción política, la obra de arte, la articulación del orden en la comunidad, el saber que piensa, la intimidad de la fe -todo esto no ha de cultivarse más como recintos de tareas de una "cultura", ni admite que se le siga ordenando únicamente en un "sistema cultural" ya existente. Éste mismo se ha vuelto cuestionable, incluso el concepto de una cultura en el sentido de realización de valores.

(Traducción de Breno Onetto, revisada en Bochum - Santiago, 1996-2000).

¹ Conferencia pronunciada en el Kaiser-Wilhelm-Institut, Biblioteca Hertziana de Roma, el 8 de abril de 1936.

² Cf. Hans Helmuth Gander (ed.), *Europa und die Philosophie, Martin Heidegger Gesellschaft - Schriftenreihe*, Band 2, V. Klostermann, Frankfurt /a.m. 1933, 31-34.

Este cuestionamiento aún no experimentado hasta el momento, no significa de ninguna manera ya la barbarie —al revés, a partir de este cuestionamiento, aquellos ámbitos de acción de la existencia humana crean recién una zona esencial, que los saca del marco de la mera industria cultural [*Kulturbetrieb*] habida hasta ahora.

Pues, ahora, se trata de algo mucho más elevado: en el ámbito del arte, por ejemplo, no sólo: que en lo sucesivo se sigan entregando considerables obras de arte, con la necesaria distancia temporal, sino que la obra conquiste, primeramente, para el mismo arte, otra vez, y en la totalidad de la existencia venidera, una nueva modalidad, que obligue al tiempo a regirse por nuevas medidas, y ponga en obra la verdad de las cosas de una forma renovada, y así ponga de manifiesto su esencia.

Toda acción y creación esencial tendrá que alojar su nueva posición siempre primero en la totalidad de la existencia. Por eso es que algo esencial debe acabar necesariamente entrando en conflicto con otra cosa esencial.

Y la grandeza de una existencia histórica consiste en que este conflicto entre acto y saber, entre obra y fe, entre saber y obra, no se sofoque en la igualdad y el sosegamiento prematuro, sino que se mantenga y se lo resista, que el conflicto sea en verdad disputado. Pues, donde algo esencial entra a disputar de verdad frente a otra cosa esencial, sólo resta una cosa posible, que *salga a la luz* una otra cosa más grande que ella misma.

En la medida que un pueblo asuma el resistir este conflicto en sus acciones esenciales, se sume [*rückt es ein*] en el aprontamiento para la cercanía o lejanía de sus dioses —y con esto, un pueblo recibe recién un saber acerca de *lo que es*.

Sólo en virtud de la verdad de este saber llega un pueblo a acercarse a su origen; desde esta cercanía se viene a constituir un suelo, sobre el cual hacer posible un pararse firme, y un persistir, una *verdadera autoctonía*. Hölderlin lo dice:

*Difícilmente abandona
el lugar, lo que vive cercano al origen*³.

De tal forma que, ponderamos sólo lentamente y de un modo aproximativo, qué extensión espacial y qué profundidad se le ha exigido a nuestra existencia histórica, para preparar e introducir el gran cambio en la historia europea.

Más ¿qué puede y debe hacer allí la filosofía? La cuestión parece superflua, si pensamos que la filosofía no ha fundado ni construido nunca de forma inmediata una existencia histórica. Ella aparece más bien como un agregado y un exceso, y ante todo, un *impedimento*. Sin embargo, al final, es justamente allí donde reside su determinación.

¿Qué es pues, en principio, la filosofía? En lugar de ir tras una delimitación conceptual forzada y que, en lo inmediato, no dice nunca nada, revivamos de nuevo aquí el recuerdo de dos historias.

³ Fr. Hölderlin, poema "Die Wanderung", en: *Obras completas*, al cuidado de Norbert von Hellingrath, tomo IV, München-Leipzig 1923, pág. 167.

La una, nos la cuenta el más viejo y por su nombre el más conocido de los filósofos griegos: Thales de Mileto. Al pasearse una vez contemplando reflexivo la bóveda celeste por poco (?) se cae dentro de un pozo. Una criada de Tracia se rió de él como de alguien que quiere investigar el cielo sobre su cabeza y no es capaz de ver siquiera lo que se tiene bajo sus pies.

Filosofía es aquella búsqueda y cuestionamiento, acerca del cual las criadas hallan motivo de risa. Y lo que hace una auténtica criada es tener algo de que reírse. Lo que quiere decir es que: sería un malentendido de la filosofía si se quisiese buscar hacer de ella cada vez algo inmediatamente comprensible, y pregonarlo como su utilidad.

Y la otra historia nos la cuenta un famoso erudito griego de la época de Sócrates. Se solía llamar a esta gente sofistas, porque parecían ser filósofos, pero no lo eran. Un tal sofista regresaba a Atenas, un día, tras dar exitosamente una serie de discursos en el Asia Menor, encontrando allí en la calle a Sócrates. Y, —así interpelo éste a Sócrates—, “¿Aún andas dándote vueltas por las calles hablando siempre lo mismo?”. “Por cierto, —respondió Sócrates— éso es lo que yo hago; tú, al contrario, siempre con tus constantes novedades, no eres, de ninguna forma, capaz de decir lo mismo sobre lo mismo”.

Filosofía es aquel decir, en donde se dice siempre lo mismo de lo mismo. Y esos grandes y esenciales pensadores no son otros, sino aquellos, en los que esto ha tenido buen resultado. Lo que significa: la propia historia de la filosofía es la historia de unas pocas y simples preguntas. Y la aparente multiplicidad arbitraria de los puntos de vista y del cambio de los sistemas no es otro, en el fondo, más que solamente la simplicidad de lo mismo y único, accesible sólo al pensador efectivo.

Y ¿qué es esto uno y mismo del que la filosofía constantemente habla, en aquella búsqueda pensante, y con el que el entendimiento del hombre sano nunca logra avenirse inmediatamente? La respuesta a esta cuestión la extraemos, de igual forma, de la primera gran época de la filosofía occidental. Ahí oímos el dicho más antiguo que nos ha sido legado inmediatamente desde el inicio de la filosofía griega; el dicho de Anaximandro: *eks hōn dē he gēnesis esti tois ouisi, kai tēn phthorān eis taūta gīnēsthai katā to chreōn, didōnai gār autā dīken kai tīsin allēlois tēs adikias katā tēn tou chrōnou tāksin*⁴. (“Mas allí de donde el nacer es para el ente, hacia allí también acontece el ocaso, como es la necesidad; pues el ente se permite [realizar] de modo recíproco el ajuste y la numeración para el desajuste según el orden del tiempo”).

Se ha preguntado por el “de dónde” surge el ente y “hacia dónde” retrocede por el fundamento y abismo del Ser [*Seyn*]. Y del Ser, se dice, que es dominado cabalmente por el desajuste y el ajuste, y que aquél permanece unido a éste.

El decir cuestionador de la filosofía se dirige hacia el Ser, hacia el hecho que el ente en principio sea y no, que no es. La filosofía surgió y ha surgido siempre de nuevo en el instante donde esto se hace patente en la quietud de un gran asombro: que el ente es, y un Ser se despliega. El Ser es aquello uno y mismo, en

⁴ Anaximandro, fragmento I, en: *Los Fragmentos de los Presocráticos*, trad. de H. Diels, publicado por W. Kranz. 5ª. ed., Berlín, 1934.

virtud del cual todo ente en cuanto que ente es aquello mismo, del cual lo que cuenta es precisamente ello mismo, de decirlo en su propia esencia –aquello, que no puede ser aclarado en comparación con otro, porque salvo él mismo no existe ninguna otra posibilidad de comparación, ni la más mínima, pues incluso la nada, en donde el Ser halla su límite, pertenece al Ser mismo. El Ser debe hacerse patente [*offenbar werden*] en cuanto que él mismo desde su fundamento más propio y ser recogido en la palabra y el saber, para que el hombre resguarde a todas las cosas en su esencia y supere su no- esencia. *La filosofía es el decir que cuestiona desde el fundamento del Ser en cuanto que el Ser del fundamento de todas las cosas.*

Esta referencia hecha a la esencia de la filosofía con ayuda de ambos relatos y del dicho más antiguo, es un recuerdo del inicio de la filosofía. Este inicio no lo ha dejado atrás, por tanto, ninguna filosofía como algo ya liquidado; al contrario, todo nuevo inicio de la filosofía *es y puede* ser únicamente una repetición del primero, un replantear la cuestión de: qué sea el ente –un decir de la verdad del Ser.

Es por ello que, si queremos aprender siquiera a vislumbrar algo del camino de la filosofía alemana, tenemos que saber algo esencial del inicio de la filosofía griega. Entendemos aquí por primer inicio en los griegos, la época de la filosofía que va desde Anaximandro hasta Aristóteles.

¿Qué figura ha tomado en esta época la cuestión fundamental de la filosofía, la cuestión por el ser? Vemos sencillamente que: en el instante en donde debe ser dicho lo que sea el ente, viene ya al lenguaje la verdad del Ser, y con ello se vuelve cuestionable también la esencia de la verdad misma. Con la cuestión por el Ser se ha asimilado ya de una forma más íntima la cuestión por la verdad. Sin embargo, para concebir este nexo, debemos dejar de lado todas las representaciones y conceptos tardíos del Ser y de la verdad – en especial, todo aquello que la así llamada “teoría del conocimiento”, esa problemática figura del siglo XIX, se ha imaginado.

Decisivo para la comprensión del inicio de la filosofía griega, y con ello en principio de la filosofía occidental, es la comprensión segura de las palabras con que los griegos nombraron el Ser y la verdad; pues el *nombrar* aquí es un acuñar y un configurar originario, un fundar de aquello mismo que ha de ser nombrado.

La palabra griega fundamental para el ser se reza *phýsis*. Nosotros la hemos traducido comúnmente por “naturaleza”, y pensamos con ello, la naturaleza como aquel recinto determinado del ente que es investigado por la ciencia natural; y por esto, se llama todavía a los primeros pensadores griegos, en la actualidad, “filósofos naturales”. Todo lo cual no es más que una desorientación. La que es dispensada luego con la aparente superioridad y bravucona opinión de aquellos que vinieron después, de que los primeros eran todavía muy “primitivos”. Mas todo esto de la *filosofía natural* como inicio de la filosofía griega no es más que un malentendido y conduce a la desorientación.

Phýsis quiere decir: brotar, surgir –así como el brotar de una rosa, el salir a la luz, mostrarse, aparecer; aparecer, del mismo modo que cuando decimos: que un libro ha aparecido, que *está ahí*. *Phýsis* como para el Ser dice para los griegos: estar ahí puesto en el mostrarse. El ente, es decir, *lo que se alza en sí mismo ahí adelante*, las estatuas de los griegos y sus templos traen la existencia de este pueblo recién a su ser,

al patente y vinculante estarse ahí adelante; no se trata ni de imitación, ni de expresión, sino de la posición fundante y de la ley de su ser.

Physis— la esencia del ser en cuanto que el *ponerse ahí mostrante*. Fuera de esto la nueva investigación lingüística ha mostrado que, *physis* proviene del mismo tronco que *phâos*, de luz, de relucir.

Porque el ser según su esencia es el reluciente ponerse ahí, justamente por eso le pertenece a él el retirarse en lo oculto. Desde allí entendemos el dicho de Heráclito: *physis kryptethai philei*, “el ser ama el ocultarse”. Lo que quiere decir: su patencia le es en todo tiempo arrancada y él mismo ha de ser siempre conquistado.

Lo que un ente es, lo que se ha puesto en la patencia de él mismo, es lo verdadero. Y ¿qué quiere decir verdad? Los griegos dicen: *a-létheia*, el desocultamiento; en el *inicio* de la filosofía griega la verdad pertenece a la esencia del Ser. Verdad es allí no sólo y meramente, como lo será más tarde y todavía hoy, una propiedad del enunciado y de la proposición, que el hombre dice y continúa diciendo *sobre* el ente, sino el acontecimiento fundamental del ente mismo, de éste que entra en la patencia o, como es hecho patente, por ejemplo, en el arte a través de su obra; pues el arte es el poner-en-obra de la verdad, la patencia de la esencia de las cosas.

Cuán íntimamente unidos están para los griegos ser y verdad (*physis* y *a-létheia*) lo hemos de inferir desde los opuestos, en los que el pensamiento griego pone desde un comienzo al ser: *ser* y *devenir*; *ser* y *apariencia*. El devenir es lo no-estable, lo que siendo pasajero de lo que está puesto en sí, se va perdiendo. En la medida que lo ente aparezca y desaparezca, sea captado en el cambio, se muestra constantemente diferente de como era antes; en la medida que lo ente aparezca así, se torna a sí mismo como una apariencia inconsistente.

Puesto que el ser significa: mostrar y aparecer, pertenece al ser, por tanto, la apariencia, la *dóxa*. Si observamos la ambigüedad de la palabra *dóxa*, ella significa, por una parte, el aspecto [*Ansehen*], el parecer en el cual uno está puesto, eso que uno *es* en lo abierto de la publicidad; pero, al mismo tiempo, alude a la mera *apariencia* [*Anschein*] que alguien da; y, con ello, el *parecer* [*Ansicht*] que uno se hace de él.

Todas las palabras fundamentales para el ser y la verdad y, según esto, todo preguntar y decir que se ha adecuado a ello, está dominado por entero por esta determinación esencial inicial del ser en el sentido del aparecido estar en sí, que se *despliega* [*weist*], a su vez, *en cuanto que* verdad, como desocultamiento.

Y ya que esto, al corto tiempo, no fuera comprendido más, produjo por cierto ya en la época griega un malentendido con los dos más grandes pensadores preplatónicos, Heráclito y Parménides, un malentendido que hasta hoy no ha sido superado.

Se dice que Parménides enseña el ser frente al devenir; pero él habla sólo del Ser en cuanto que el uno y el mismo, porque él sabe que está constantemente amenazado por la apariencia, y que ésta le pertenece a él como su sombra.

Se dice que Heráclito enseña el devenir frente al ser; pero él habla sólo del devenir para pensarlo al interior de lo uno del Ser, que está en la esencia del *lógos*. Pero *lógos* no significa allí, como algunos dirán más tarde, *razón* y *habla*, sino la *reunión*, la *reunificación originaria* de todas las disputas en lo uno (*légein*: colegir, recolectar, cosecha).

Si alguna vez dos pensadores enseñaron lo mismo: estos fueron Parménides y Heráclito –los que son aducidos de buen grado como un ejemplo didáctico de discrepancia en las opiniones filosóficas– quienes custodian y despliegan todavía totalmente el primer inicio del pensamiento occidental.

Ellos piensan juntos el ser con la apariencia y el devenir con la consistencia [*Beständigkeit*], del mismo modo como ya en el dicho más antiguo fueran pensados a una *dike* y *adikia*. *Dike* es el ajuste, el ensamblaje en el ensamble de la ley; *adikia*, lo desajustado, el salirse del ajuste, la contrariedad de la no-esencia de las cosas, que es igual de poderosa que su esencia.

Pero este inicio no pudo ser sujetado; pues, el inicio no es, como lo piensa una posterior explicación, frenética de desarrollo y desencaminada, lo incompleto y nimio, sino lo más grande en el retraimiento de su plenitud.

Y es por ello que lo más difícil es conservar el inicio. No obstante, el inicio de la filosofía griega no pudo ser conservado. Lo que quiere decir: la esencia del Ser y de la verdad experimentó una transformación que supuso por cierto el inicio, pero no lo dominó más.

Nosotros vemos la caída [*Abfall*] del inicio en Platón y Aristóteles, una caída, la cual en su concepción sigue siendo aún grande.

La palabra fundamental de la filosofía platónica es la “idea”; *idéa* - *eidós* quiere decir el parecer, el aspecto que se ofrece de algo; el *como qué se muestra* una cosa, es. El *eidós*, el parecer del ente es visto totalmente en el *curso de la mirada* del temple fundamental del Ser como *phýsis*, del emergente y aparecido estar en sí. Y luego, en la medida que el *eidós* (idéa) es puesto como lo visualizado en relación al rostro y al ver, no se concibe más al ser en su ser individual y autónomo, sino sólo con respecto a cómo se va convirtiendo en aquello que está al frente del hombre, en el objeto para el hombre.

Esta renuncia de la en sí reposante esencia del ser tiene, sin embargo, como consecuencia, que la idea, que ha de mostrar al ente en aquello que es, es realizada y reinterpretada ella misma como el *propio* ente, *óntos ón*.

El ente mismo empero, lo que así llamamos, las cosas, se derrumban en la apariencia, *mè ón*. Si el ente ha de ser captado en su ser, esto sólo podrá suceder entonces, en la medida en que le sea *asignado* a él su *idéa*, esa que es enunciada por él.

Enunciado significa *lógos*, y ésta es la *palabra fundamental de Aristóteles*. En el enunciado se enuncia algo de algo: la roca es dura. En el enunciado viene al habla el “es”, el *Ser*. De allí que, si algo haya de decidirse sobre el ser, hemos de interrogar al enunciado. De los diferentes modos del enunciado se han derivado los diferentes modos del Ser: substancia, cualidad, cantidad, relación. Enunciar quiere decir también *kategoréin*. Lo que se dice *propiamente* en cada enunciado es una determinación del Ser y se llama por esto *kategoría*. Que desde Aristóteles hasta este momento los conceptos del ser se llamen categorías, es el signo inequívoco para la transformación de la cuestión fundamental de la filosofía, que se ha venido ejecutando desde su inicio. (Lo que yace a la base, *hypokeímenon* - *ousía!* Lo *siempre presente*, pero ahora visto desde el *lógos*).

El enunciar, esto es, el acto fundamental del pensar, y con ello del *pensar como tal* se ha convertido ahora en el *tribunal* sobre el ser. La doctrina del *lógos*, la *Lógica*, deviene el fundamento patente u oculto de la *Metafísica*.

¿Y la esencia de la verdad? Inicialmente fue concebida como la *alétheia*, desocultamiento del ente, como un acontecer fundamental del ser mismo, en el que el hombre está inserto, para dominarlo, preservarlo y perderlo.

La *verdad* ahora es una propiedad del *enunciado* y significa la concordancia de la proposición con la cosa. Todo ha sido puesto de cabeza. Anteriormente, la pujanza y supremacía de lo patente era el ámbito, desde donde surgía la palabra y el decir; ahora, es el enunciado el lugar y el sitio de la decisión de la verdad sobre el ente.

Mediante esta transformación del inicio se ha alcanzado aquella posición fundamental de la filosofía occidental que determinó luego su destino en los siglos venideros. No se trata tan sólo que se mantengan imperturbables la determinación esencial del Ser como *ousía*, substancia, y la determinación esencial de la verdad como concordancia del pensar con las cosas, sino ante todo se hace evidente una cosa, cada vez menos cuestionada, y es que el *pensar* se consolida como el *tribunal para la determinación del Ser*.

Esta opinión fundamental se transformó—incluso—en el supuesto *decisivo* para la concepción de la filosofía *moderna*. Un carácter esencial suyo es el predominio de lo matemático.

La esencia de lo *matemático* es el autoponerse los más altos principios *a partir* de los cuales y según los cuales toda otra posición se sigue necesariamente. Con ello se toma lo matemático de un modo tan amplio y esencial, que ya no tiene siquiera relación con el número y el espacio. Éstos devienen recién regiones de lo matemático en un sentido más estrecho, porque permiten de un modo especial una *mathesis* respecto de lo cuantitativo. Y ya que eso que *es*, se determina a partir del pensar, el pensar y la ley fundamental del decir y del hablar, el principio de contradicción, no sólo tienen que transformarse en ley del resultado que ha sido pensado, sino en la determinación del ser.

A su vez, subyace en la esencia de lo matemático el que, en un resultado unificado se recojan y fundamenten como *sistema* todas las determinaciones del pensar. El impulso hacia el sistema y la construcción del sistema en la filosofía se hacen recién posibles, una vez que lo matemático se convierte en el principio más alto de todas las determinaciones del ser, desde Descartes. Ni Platón ni Aristóteles tuvieron un sistema, ni hablar entonces de los antiguos filósofos. Incluso Kant, que muestra—por vez primera, en la *Crítica de la razón pura*—lo legítimo del pensar dentro de sus límites, no pudo sustraerse a los rasgos del sistema, y esto debido a que, finalmente, a pesar de la crítica, también para Kant se mantuvo inalterable el pensar, el *juicio*, como el *tribunal* de la determinación del ser, esto es, del ser como objetualización de la experiencia.

Con mucho mayor ímpetu entonces irrumpe el pensar puro como origen del Ser y recibe su más profunda y última configuración sistemática en la “Lógica” de Hegel. Lo que Hegel nombra con el nombre “Lógica” y, en verdad, con claro saber, es aquello que anteriormente se llamaba Metafísica, Ontología, Doctrina del Ser.

En la Lógica de Hegel se consuma el camino de la filosofía occidental desde Platón y Aristóteles, pero no *desde su inicio*. Este, sigue permaneciendo indómito, y fue, si lo recorremos hacia atrás, interpretado siempre sólo desde la posición de caída fundamental, lo que quiere decir: malinterpretado.

Incluso Nietzsche, a quien visto desde otra perspectiva debemos agradecer, junto a Hölderlin, el redespertar de la filosofía presocrática, permanece allí en el malentendido del siglo XIX, en tanto que de lo que se trataba era de reformular la cuestión fundamental. Y debido a que él recoge sus conceptos fundamentales metafísicos del Ser y del devenir justamente del inicio de la filosofía —pero en el malentendido—, acaba su propia metafísica en el callejón sin salida de la doctrina del eterno retorno. Este fue un intento violento de pensar de modo igualmente esencial y a una el Ser y el devenir. Pero un intento, que se mueve en las categorías ya desarraigadas del siglo XIX, y que no se reencuentra en la reformulación originaria de la cuestión primera por el Ser.

Y, no obstante: es justamente éste el rasgo más interno, oculto a sí mismo de la filosofía alemana, simultáneamente con aquella concepción del pensamiento matemático moderno de los sistemas del Idealismo quiera retornar, una y otra vez, a un principio originaria y fundamento para la cuestión primera por el Ser: quiera *ir a la verdad*; que no es únicamente la determinación del enunciado sobre las cosas, sino la esencia misma; y *hacia el Ser*, que no es sólo objeto e idea, sino el Ser mismo.

Meister Eckart y Jakob Böhme, Leibniz y Kant, Schelling y Hölderlin, y finalmente Nietzsche buscan retroceder siempre de nuevo al fundamento del Ser, que se torna, siempre, en cada una de las diferentes interpretaciones, un abismo.

Nos damos la mano aquí levemente con lo que se conoce como “mística”, y se la toma como una objeción frente a la rigurosidad de la filosofía. Mas con ello se da por supuesto decidido con anticipación: que la cuestión filosófica por la esencia del Ser y de la verdad tiene al pensar como su único y primer tribunal, sea este en el sentido de la proposición simple, séalo en el sentido de la tríada proposicional de la dialéctica.

Con todo, de lo que se trata es precisamente de traer y poner a decisión esta *opinión previa* recién en su verdad, esto es, en su no-verdad; es decir, se trata de plantear de nuevo de una forma tan originaria la pregunta fundamental de la filosofía por la esencia de Ser, para que con ello se pregunte, a su vez y en primer lugar, sobre qué fundamento ha de ser a la esencia del ser.

Ser y pensar o ser y tiempo —ésta es la pregunta.

En la medida que formulemos nuevamente la *pregunta fundamental* de la filosofía occidental a partir de un inicio *más originario*, nos pondremos solamente al servicio de la tarea que designábamos como la salvación de occidente. Ella puede llevarse a cabo únicamente como una readquisición de los lazos originarios con el ente mismo y como una *nueva fundación* de toda acción esencial de los pueblos respecto de estos lazos.

En el cuestionar filosófico se trata de un disposición preparatoria de un saber nuevo, y por cierto, de un saber del *ser*, no de un conocimiento de éste o de aquel ámbito del ente o incluso la configuración *inmediata* del ente.

Este saber del Ser está, si lo vemos desde un punto de vista del obrar y actuar cotidianos, siempre y necesariamente, separado.

Este saber no trae nunca una inmediata exigencia de la existencia humana, sino más bien pone en la existencia del hombre aquella *vacilación* esencial, en vir-

tud de la cual él puede *detenerse* en su apuro, para comprobar en su contención, si acaso él procede por el camino de la esencia o de la no esencia. Es la contención de aquel saber, en la cual todas las cosas callan.

Desde el callar y el poder callar, empero, surge recién la palabra esencial, bien que, el lenguaje mismo.

Este saber no se disputa con la voluntad. Una gran voluntad del ser individual y de un pueblo es grande únicamente, en la medida de lo profundo y esencial que sea el *saber* que le guía. Un verdadero saber es voluntad auténtica y viceversa. Y un saber desencaminado no se le supera en la medida que se renuncie al saber y se le desacredite, sino, a la inversa, sólo de tal manera que sea aniquilado por un saber auténtico y fundado.

Querer saber es la lucha por lo verdadero. Lo esencial de todo verificar es la *verdad* misma. Ella es la lucha, en la cual algo esencial se pone frente a algo esencial e inesencial [o no-esencial], aquella lucha, en la cual la esencia y la no-esencia de las cosas salen a relucir al mismo tiempo. Aquella lucha, que según la palabra de Heráclito constituye la esencia de todo el Ser. Conocemos y nombramos esta palabra a menudo sólo incompletamente. Ella reza en su forma completa:

*Pólemos pánton mèn patér esti, pánton dè basileús, kai tòus mèn theòus édeixe tòus dè anthrópous, tòus mèn doúlous epoínse tòus dè eleuthérous*⁵.

“La lucha es en efecto el generador de todas las cosas, de todas las cosas empero también el conservador y, en efecto, deja a unos aparecer como dioses, a los otros como hombres; a los unos los establece como esclavos y a los otros, no obstante, como señores”.

⁵ Heráclito, Fragmento 53, *Op. cit.*

Pedro Lastra

A Lilián Uribe

Entre las interpretaciones que ha suscitado el relato *Semejante a la noche*, hay algunas muy sugestivas para el lector de Carpentier. Ese escenario móvil del cuento, en el cual recurren, se desplazan y se funden situaciones históricas de diversas épocas, invita asimismo a una lectura en movimiento: como las singularidades del texto son muchas, el interés de los estudiosos se ha centrado en una u otra de ellas. En un caso, en el diseño de la línea narrativa de apariencia circular que se revela al fin como una espiral, provocando la impresión de temporalidad desde el modo mismo en que se presenta el acontecer (Alexis Márquez Rodríguez). En otro, en el comentario sobre las relaciones de historia y ficción, lo que permite apreciar el nuevo espacio imaginario desplegado en esas páginas como un fascinante tejido de intertextos o citas entre manifiestas y cifradas. La exhaustiva lectura de Roberto González Echevarría es central en este aspecto: en su recorrido por una biblioteca que parece resumirse en el relato, ordena e ilustra con exactitud los sucesos y las épocas de la acción: siglo IX a.C., Guerra de Troya; fines del siglo XII, cuarta cruzada; siglo XVI, una de las expediciones españolas a América; siglo XVII, última expedición de La Salle al Nuevo Mundo (1684); siglo XX, un puerto durante la Primera Guerra Mundial y otro en las vísperas de la invasión de Normandía: excelente estudio, cuyo propósito se podría describir bien con el título de algún teórico de la intertextualidad: "La productividad llamada texto", de Julia Kristeva, por ejemplo.

La sombría o escéptica visión carpenteriana de la historia, patentizada en el contraste radical entre la proclamada grandeza de los principios y la miseria de los hechos reales vividos siempre por los guerreros del común, ha merecido comentarios valiosos (M. Roberto Assardo, Carlos Santander). El relato insinúa desde su título esa grave cuestión.

A Antonio Benítez Rojo se debe una de las más novedosas lecturas de este cuento. Su objetivo, sin duda logrado, es mostrar el paralelismo estructural que él advierte entre *Semejante a la noche* y el "Canon per tonos" de Juan Sebastián Bach, un orden de relaciones que Benítez Rojo también ha explorado con respecto a *El camino de Santiago* y el "Canon perpetuus" y a *Viaje a la semilla* y el "Canon a 2". Esos tres cánones forman parte del conjunto, en verdad admirable, llamado *Musikalisches Opfer*, compuesto por Bach en 1747, y sobre el cual abunda la bibliografía. Benítez Rojo proporciona informaciones muy precisas para apoyar su análisis, y el lector podrá seguirlo con notorio provecho en las páginas 645-662 de la revista *Eco* (Bogotá, número 258, abril de 1983). Esta recomendación es oportuna, porque no es tarea fácil resumir con éxito el minucioso desarrollo de las pruebas con las que el narrador y estudioso cubano verifica la exis-

tencia de ese fundamento estructural. Acercar la audición del "Canon per tonos" a la lectura del relato es doblemente iluminador.

La función de la música en la narrativa de Alejo Carpentier ha sido señalada muchas veces. Benítez Rojo tiene muy en cuenta esa circunstancia, que ahora se puede considerar en su totalidad porque desde 1987 disponemos de los notables escritos de Carpentier sobre la materia, reunidos en los tomos X, XI y XII de sus *Obras completas*, con el título *Ese músico que llevo dentro*. En ellos son frecuentes las notas o menciones que registran el fervor carpenteriano por la obra de Bach y, en dos o tres oportunidades, por la *Musikalisches Opfer*, Benítez Rojo no cita este párrafo, pero encontrarlo al comienzo de la crónica "El Bach de Albert Schweitzer" confirma la cercanía que él propone: "A todos los admiradores de la obra de Juan Sebastián Bach, a todos los que aman las *Pasiones*, *El arte de la fuga*, la *Ofrenda musical*, *El clave bien temperado*, y todas sus creaciones magníficas, aconsejo la lectura del libro capital de Albert Schweitzer...". Lo mismo digo de la que, para el caso, resulta ser una importantísima cita de Wagner reproducida por Carpentier en una crónica de 1954: "El canon expone la vida ordinaria del individuo medio: es un tema único, que regresa constantemente y se complementa en sí mismo —un ser humano, siempre semejante a sí mismo y que, por ello, lo mantiene todo, alrededor de sí, en un orden invariable... Pero aparece la fuga...", etc. ("El diario secreto de Wagner"). Esa cita wagneriana vale, sin duda alguna, como un esquema del argumento desarrollado por Carpentier e incluso da otro indicio sobre la elección de su título.

Hay todavía un dato que pudo atraer a Benítez Rojo para corroborar su sensitiva y lúcida lectura. Es este: al publicar por primera vez el cuento en la revista *Orígenes*¹, Carpentier escribió la siguiente dedicatoria: "(Para Julián Orbón)", así entre paréntesis, como para enfatizar una señal indirecta de entendimiento, porque Julián Orbón fue, como se sabe, el compositor y músico de la generación de *Orígenes*. Esa dedicatoria desaparece en las publicaciones sucesivas del relato, desde la inclusión en el libro *Guerra del tiempo* (1958), pero aquel indicio que es la dedicatoria a un joven músico, cuyo trabajo Carpentier apreciaba, no me parece insignificante. ¿Habrán conversado ambos, en esos años, sobre la *Ofrenda musical* y sobre fugas y cánones? En la crónica "El Festival del 'Sodre'" (1957), Carpentier se refiere a una *Tocata* y a unas *Versiones sinfónicas* de Orbón.

Al comienzo de estas notas aludí a las singularidades de *Semejante a la noche*, y he registrado algunas que han motivado a sus lectores. Agregaré aquí otra posibilidad para el estudio de relaciones o fundamentos estructurales de ese relato: esta vez el espacio de relación puede abrirse, según creo, hacia el cine.

El interés de Carpentier por este arte fue también muy sostenido y se puede seguir ahora en los volúmenes VIII y IX de sus *Obras completas: Crónicas de arte*,

¹ La Habana, año IX, N° 31, 1952, págs. 3-11

literatura y política, y en xv, *Letra y Solfa. Cine*, que reúne las páginas sobre el tema que publicó en *El Nacional* de Caracas entre 1951 y 1959.

Si la relación de *Semejante a la noche con Ofrenda musical* puede entenderse de acuerdo con el principio de la "elaboración distanciada", me parece que esa distancia es menor cuando se observa la estructura del relato (montaje, recurrencias, simultaneidades y fundidos) y la de *Intolerancia*, una obra capital del cine de comienzos del siglo, realizada por David Wark Griffith en 1916, y que al decir de Georges Sadoul marcó el apogeo de ese director y el del cine norteamericano (*Historia del cine mundial desde los orígenes*). En un artículo de 1928, Carpentier declaró: "Para los que aman el cine —como el que firma esta crónica—, es mucho más importante saber quién ha dirigido un *film* que conocer el nombre de los actores. Ellos no irían a ver una película de Richard Barthelmess por Richard Barthelmess mismo, sino porque Griffith fuera el director" ("La cinematografía de avanzada"). En otra crónica, publicada en 1958, se refirió así a *Intolerancia*: "Clásica en la historia del cine, (...) constituyó, en su época, un extraordinario esfuerzo de realización, de montaje e interpretación. Puede decirse que abrió una nueva era en los dominios del Séptimo Arte, usando de todos los recursos que la técnica había puesto, hasta entonces, al alcance de los realizadores" ("Las mejores películas del siglo").

Para el desarrollo de la técnica del montaje la importancia de esa película fue muy grande, y es evidente que comprometió en seguida el interés de los escritores².

Un breve esquema del argumento de *Intolerancia*, en el cual sigo a Georges Sadoul, permitirá ver con alguna claridad ciertas relaciones de cercanía, verificables en *Semejante a la noche*.

Cuatro episodios que recurren y se funden —edición alterna llama Sadoul a este procedimiento— despliegan ante el espectador la desoladora constante humana de la intolerancia y en suma conforman, según la expresión del propio Griffith, "el drama solar de todas las edades de la humanidad". En la película los momentos que ilustran esa visión de violencias y crueldades son "La caída de Babilonia", "La vida y pasión de Cristo", "La matanza de San Bartolomé" y el drama moderno "La madre y la ley". El arco temporal, como en *Semejante a la noche*, aquí también es enorme: siglo VI a.C., tercera década de nuestra era, siglo XVI y siglo XX. La repetida aparición de la imagen de una mujer que mece una cuna (la actriz Lilian Gish) y del primer verso del poema *Sea-Drift* de Walt Whitman —*Out of the cradle endlessly rocking*— funciona como *leitmotiv* que une el presente y el futuro con un desencanto apenas atenuado por la recurrencia de la frase *Love's Struggle through the Ages*. Pero el *leitmotiv* atrae de inmediato el recuerdo del trigo entrando en las naves en *Semejante a la noche*, indicador también de parecidas si no de más intensas desilusiones de la historia.

² Sobre la influencia de Griffith y de la técnica del montaje en la narrativa contemporánea, el lector puede consultar el capítulo IX del libro *El surrealismo en la ficción hispanoamericana*, de Gerald J. Langowski (Madrid, Gredos, 1982).

EL INQUISIDOR MAYOR DE MANUEL BILBAO.
ALGUNOS ASPECTOS DEL TEXTO Y DEL CONTEXTO

Eva Löfquist

ENTORNO CULTURAL

“...escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios i fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos, acostumbándole a venerar su religión y sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria i lo acostumbraréis a mirar, siempre unida, su libertad i su existencia social. Este es el único camino que debéis seguir para consumir la grande obra de hacer nuestra literatura nacional, útil y progresiva”. (Lastarria:115)

Así habló José Victorino Lastarria a los jóvenes escritores chilenos en 1842, año clave en el proceso cultural chileno. Durante el decenio del presidente Bulnes (1841-1851), cuando hubo una relativa tranquilidad y una política de conciliación nacional, surgió el movimiento intelectual llamado “generación de 1842”. Incitada por Lastarria y en respuesta a los emigrados argentinos¹, la generación de 1842 desarrolló una actividad ferviente en el campo intelectual literario. Estaba formada por dos grupos: los nacidos entre 1811 y 1818 y los entre 1819 y 1826². En los dos grupos fue Lastarria actuante y catalizador. La cita que inicia nuestro trabajo pretende mostrar cómo incitó, en su discurso programático inaugural de la Sociedad Literaria³, a los escritores chilenos para que contribuyeran a la fundación de una auténtica literatura nacional.

Lastarria buscó que los escritores situaran sus intrigas en ambientes chilenos, que evocaran la historia del país y que describieran las costumbres propiamente chilenas. En el género novelesco no podemos ver una respuesta inmediata, a pesar de que el mismo Lastarria dio buen ejemplo y en la década del 40 escribió varios cuentos o novelas cortas. Su intención era integrar lo chileno a través de episodios histórico-nacionales, pero la historia sólo le sirve de telón de

¹ Durante la dictadura de Rosas, muchos de los intelectuales argentinos estuvieron exiliados en Chile. Entre otros, tuvieron mucha importancia en la vida cultural chilena Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López. Es conocida la polémica que hubo en la prensa chilena en 1842 sobre el romanticismo y el clasicismo donde participaron chilenos y argentinos. Ver Pinilla, Norberto. *La polémica del romanticismo*. Buenos Aires: Americalee, 1943.

² El primer grupo fundó, en 1842, la revista *El Semanario de Santiago* y publicaron allí sus trabajos. Los otros, los más jóvenes, fundaron su propia revista *El Crepúsculo*, en 1843, estimulados y ayudados por Lastarria (Varona:62-64).

³ Son alumnos del Instituto Nacional que fundan La Sociedad Literaria en 1841 o 1842 y que eligen director a Lastarria. El trabajo de la Sociedad residió en estudios históricos, sociológicos y literarios que se leían y discutían.

fondo, o como elemento accidental para el mundo narrativo y las obras no llegan a ser ni históricas, ni costumbristas

Fuera de Lastarria hubo otros intentos novelescos⁴, algunos que quedaron inconclusos, pero, en general, cuando Manuel Bilbao⁵ escribe su novela histórica en 1852, la novela chilena está todavía en ciernes. Las dos novelas de autores conocidos, anteriores a esa fecha, son de corte folletinesco sentimental: *La vida de un amigo o un primer amor* (1846) de Wenceslao Vial Guzmán y *Emma y Carlos o los dos juramentos* (1848) de Bernabé de la Barra⁶. La primera, aunque explícitamente ubicado su marco escénico en Chile, no expresa una problemática particularmente Chilena. Es la exaltación sentimental de una historia de amores desgraciados que termina con la muerte heroica del amante desdeñado en el campo de batalla. La segunda se desarrolla en Europa y los protagonistas son condes y marqueses, lejos de la realidad chilena. El motivo principal es el vicio del juego y sus consecuencias.

Manuel Bilbao, nacido en 1827, quedaría al margen de la generación de 1842, pero su importante participación en la vida intelectual chilena es indiscutible. Perteneció al grupo intelectual chileno, en su mayoría liberales, que buscaba liquidar la herencia colonial como punto de partida para una nueva organización del país. Esa lucha por la liquidación de la herencia colonial, o su conservación, había penetrado la vida política, socio-económica y cultural chilena desde la independencia y tenía sus raíces en las dos tendencias que, a partir de la década del 40, se habían perfilado definitivamente y que formarían la conciencia político-social de la sociedad chilena; la conservadora y la liberal. La primera, tradicional, autoritaria y católica, estaba sostenida por los terratenientes y la mayoría del clero. La segunda, liberal y, en parte, anticatólica, estaba apoyada fundamentalmente por los más progresistas de una naciente burguesía mercantil-minera, el artesanado y grupos del pueblo urbano.

No podemos hablar de la vida de Manuel Bilbao sin relacionarla estrechamente con la de su hermano Francisco Bilbao, el gran ideólogo chileno. Los hermanos compartieron las ideas liberales y anticatólicas que les llevaron a varios períodos de exilio. Francisco Bilbao, ya en 1844, había marcado un hito en la historia cultural chilena con su famoso trabajo la *Sociabilidad Chilena*⁷. Isidoro Errázuriz, en su *Historia de la administración Errázuriz*, dice que la obra fue un ataque violento:

⁴ Bello, Carlos, "Trinidad o la mujer del pescador", *El Progreso*, Santiago, 1843. Lindsay, Santiago, "Escenas de la guerra de la Independencia. Talcahuano", *Revista de Santiago*, Santiago, 1848. (Inconclusa). Anónimo, "Constancia", *El Progreso*, Santiago, (marzo a abril de 1851). Anónimo, "Elvira", *El Progreso*, Santiago, (a partir del 29 de diciembre de 1852).

⁵ Consideramos chileno a Manuel Bilbao (Santiago 1827 - Buenos Aires 1895), a pesar de que pasó gran parte de su vida fuera de su país nativo. Constantemente se preocupó de los asuntos chilenos e intervino en ellos. Ya fuera desde el exilio o, más tarde, desde su hogar en Argentina.

⁶ Vial Guzmán, Wenceslao. *La vida de un amigo o Un primer amor*, Santiago: Imprenta El Progreso, 1846. Barra, Bernabé de *Emma y Carlos o los dos juramentos*. Santiago: Imprenta del Mercurio, 1848.

⁷ Bilbao, Francisco, "Sociabilidad chilena", *El Crepúsculo*, N° 2, (junio 1° de 1844), págs. 57-90. Vol. II.

"...contra la autoridad eclesiástica y el poder político, contra las instituciones del Estado y las de la Iglesia, contra la tiranía del sable y contra la de las preocupaciones que la sociedad respetaba y amaba como los viejos Penates de su raza... En los anales de Chile y de la España clásica de nuestros antepasados no había ejemplo de una rebelión más audaz. La sociedad quedó espantada; el Gobierno se alarmó; y los sacerdotes, que principiaban a sacudir de sus hombros la capa de impopularidad que los mantuvo aplastados y quietos durante las primeras épocas de la independencia, se dedicaron con empeño a atizar el fuego". (Errázuriz: 237-238).

La publicación de la *Sociabilidad chilena* movilizó a la sociedad chilena entera y además echó los cimientos de la fama de Francisco Bilbao como escritor y pensador revolucionario. Sus ideas y preocupaciones allí expresadas y las de sus *Boletines del espíritu*⁸ en 1850, son ideas adoptadas y compartidas por Manuel Bilbao a quien le sirven de base ideológica para su novela *El Inquisidor Mayor*.

Francisco Bilbao, en su viaje a Francia en 1845, después del juicio por la *Sociabilidad Chilena*, se relacionó con los pensadores más destacados allí. Dice Alberto Varona en su tesis sobre Francisco Bilbao: "...fueron el abate Lamennais, el filósofo Quinet y el historiador Michelet, los que ejercieron, con su amistad e indiscutible magisterio, la mayor ascendencia sobre el pensamiento de Francisco Bilbao". (Varona: 94)

Estos tres franceses ilustrados fueron antijesuitas y además combatieron la Iglesia católica entera. La fe de ellos en las ideas de la revolución francesa y del nuevo cristianismo social influyó mucho en Francisco Bilbao. Él ya había traducido a Lamennais al español en Chile en 1843 y en Francia tradujo otras dos obras.

Al regresar Francisco Bilbao a Chile, en 1850, hubo dos acontecimientos que tuvieron mucha repercusión en el país. En *El Amigo del Pueblo*, diario santiaguino⁹, se publicó una parte de *El dogma de los hombres libres*, traducción al español hecha por Mariano José de Larra de *Paroles d'un croyant* de Lamennais. En el mismo periódico se avisó la venta del ensayo *Boletines del espíritu* de Francisco Bilbao. Uno de los redactores del periódico fue Manuel Bilbao quien así cooperó en la divulgación de las ideas que compartió con su hermano. Sin embargo, debido al escándalo que produjo la obra de Lamennais en los círculos católicos, los redactores de *El Amigo del Pueblo* tuvieron que suspender su publicación. El fin principal del diario había sido la oposición a la candidatura conservadora de Manuel Montt y no quisieron ofender los sentimientos religiosos de su clientela política. También la obra de Francisco Bilbao provocó una tormenta de protestas aun en los grupos liberales que juzgaron negativamente y como inoportuna la campaña anticatólica en medio de las luchas políticas.

⁸ Bilbao, Francisco, "Boletines del espíritu", En: *Obras completas* por Manuel Bilbao, (Buenos Aires, 1865-66. pág. 205-243).

⁹ El diario *El Amigo del Pueblo* se publicó en Santiago de Chile desde el 1º de abril de 1850 hasta el 3 de junio del mismo año, editándose 53 números en total.

Cuando un año más tarde Francisco Bilbao salió exiliado al Perú, después del fracaso del movimiento del 20 de abril de 1851¹⁰, lo acompañó su hermano. Durante los años en el Perú, los hermanos realizaron un fecundo trabajo literario. Entre los trabajos de Manuel está *El Inquisidor Mayor* que escribió por "la falta de ocupación en el destierro" (*El Inquisidor Mayor o Historia de unos amores*. Lima: 1852. 1:a parte. p.X. En las citas la obra será abreviada *EIM*).

EL INQUISIDOR MAYOR

La novela se desarrolla en una Lima colonial de mediados del siglo XVIII, donde rigen la corrupción, las pasiones y la doble moralidad. Fue el último refugio para muchos españoles fracasados o arruinados y ambiciosos de riquezas peruanas. A esa ciudad, llega una joven pareja española llena de ilusiones y de ideas de la Ilustración francesa. Pronto se urde una intriga alrededor de los esposos que pone en peligro su felicidad. El Inquisidor Mayor se enamora de Magdalena, la esposa, y con la ayuda del abate principal de los jesuitas, logra eliminar del camino a Rodolfo*, el esposo.

La novela gira alrededor de dos ejes narrativos casi independientes. Uno de esos ejes narrativos corresponde a las intrigas amorosas y el otro al proceso inquisitorial de un supuesto hereje. Sin embargo, los dos sirven a los mismos propósitos: poner en evidencia la corrupción y el despotismo de la orden jesuita, oponer la fe absoluta a la facultad del raciocinio del hombre y condenar la larga colonización española.

El modelo narrativo que ha elegido Manuel Bilbao no es una elección arbitraria. La creación novelesca le permite manejar a su gusto todo un universo imaginario. Cada uno de los elementos estructurantes de la novela: el acontecimiento, la configuración de los personajes y la descripción del mundo narrado, le sirven para lograr la materialización de su visión del mundo. En la novela histórica hay una intención de resurrección de un pasado anterior al nacimiento del escritor y un deseo de rescatar el espíritu de época. La ubicación temporal y espacial condicionan el acontecer y definen el comportamiento de los personajes dentro de los códigos sociales reinantes de la época descrita. Pero la novela histórica también es un modo de explicarse un presente rechazado o aceptado por el autor. Le permite exponer hechos históricos, políticos, socio-económicos y culturales que condicio-

¹⁰ El levantamiento del 20 de abril de 1851 fue provocado por dos hechos. Por un lado las persecuciones por parte de las autoridades que sufrieron los miembros de La Sociedad de la Igualdad, asociación progresista encabezada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Por el otro, la fuerte resistencia a la candidatura de Manuel Montt. La afiliación al motín no fue la que se había esperado y las fuerzas del gobierno vencieron pronto a los revolucionarios. La batalla se dio en el centro de Santiago donde murió el principal caudillo del motín, el coronel Urriola. Las consecuencias para los involucrados fueron graves y muchos de ellos tuvieron que dejar el país, entre ellos, Francisco Bilbao.

* En la primera edición el nombre del esposo se escribe Rodulfo y veinte años más tarde, en la cuarta edición, se escribe Rodolfo. En las citas hemos copiado fielmente la ortografía de los textos originales.

narían el estado en que se encuentra la realidad actual. En el caso de Manuel Bilbao, la novela histórica le sirve para atacar una serie de códigos ideológicos que, según su visión de mundo, perduran y perjudican su sociedad contemporánea. A pesar de que ubica la acción en 1748, es su situación contemporánea la que provoca la crítica de ciertos fenómenos que tienen sus raíces en la época descrita.

Se sabe que en Chile este sub-género narrativo se conocía a través de las novelas históricas europeas de, por ejemplo, Walter Scott, Alejandro Manzoni, Alejandro Dumas y del español Manuel Fernández y González. En su mayoría fueron publicadas en forma de folletín en los periódicos y tuvieron gran difusión. En Londres, en la década del veinte, Andrés Bello había hecho reseñas sobre novelas de Walter Scott y José Joaquín de Mora las había traducido al español. En la casa paterna de Alberto Blest Gana, la lectura en voz alta de las novelas de Walter Scott era el premio para los niños estudiosos.

En nuestro análisis, pretendemos establecer la articulación entre los códigos técnico-literarios, que el autor usa para construir su mundo narrativo de acuerdo con sus propósitos, y los códigos para-literarios¹¹. El mensaje ideológico del autor se realiza a través de la actualización de ciertos actantes que actúan como fuerza motriz sobre el texto. En la novela de Manuel Bilbao hemos podido establecer una pareja núcleo de actantes que se manifiestan en todos los niveles narrativos. Por un lado tenemos el mundo colonial y por el otro el mundo ilustrado. Luego, en el texto concreto, se actualizan los actantes a través de actores y personajes¹². Así, en nuestro caso, el mundo colonial es representado, a nivel de actor, por la administración española, la Iglesia Católica en general y los jesuitas en particular y la corrupta sociedad limeña. A nivel de personaje encontramos, entre otros, al abate González, al Inquisidor Mayor, al virrey y a Margarita, la coqueta que ambiciona casarse con el Inquisidor Mayor, pero que muere víctima de sus propios engaños. A su vez, las ideas ilustradas son actualizadas en la novela por españoles cultos, extranjeros y supuestos herejes, caracterizados por los personajes Rodolfo, Magdalena, el hereje Moyén y su novia Enriqueta, que al verlo condenado a la hoguera se enloquece y muere.

CONFLICTO RELIGIOSO - LOS JESUITAS

El mundo colonial y todo lo que representa en cuanto a fanatismo religioso, represión política y explotación económica, se encuentra en constante pugna con las ideas de la Ilustración que habían guiado a los "padres de la patria" en su

¹¹ Utilizamos los conceptos códigos técnicos-literarios y códigos para-literarios según la sistematización que hace Carlos Reis. Reis, Carlos, *Fundamentos y técnicas del análisis literario* Madrid: Gredos, 1985.

¹² Ver Foresti, Carlos, "Las letras chilenas 1810-1880. Deslinde para su historia social", *Anales del Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo*, Gotemburgo, N°1, 1989, págs. 15-16. Pacheco, Ramón. *El puñal y la sotana o Las víctimas de una venganza*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874. Pacheco, Ramón. *Las monjas ensembradas: novela histórica*. Santiago de Chile: Imprenta de B. Morán, 1875. Tomo I, 1875, Tomo II, 1876. Pacheco, Ramón. *El subterráneo de los jesuitas: novela histórica*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878. 2 tomos.

lucha por la independencia. Esa influencia del movimiento ilustrado sobre la lucha por la independencia y, después, sobre las primeras décadas de la vida republicana chilena, fue decisiva. Como dice Carlos Paladines: "ella [la filosofía ilustrada] conformó el ideario político de la mayoría de los guerreros de la emancipación y de los constructores de las nuevas repúblicas" (Paladines: 9).

A mediados del siglo XIX hubo un fuerte conflicto religioso entre conservadores y liberales. Ese conflicto giraba en torno a la libertad de cultos, la separación entre la Iglesia y el Estado, la libertad de pensamiento y la conservación o la reducción del poder eclesiástico. En aquellas polémicas religiosas, es especialmente el jesuitismo que se convierte en el centro de ataque de muchos liberales, tendencia que también se ve en Europa. La presencia de los jesuitas no estaba restringida a la esfera religiosa, sino se siente en todos los campos de la vida social y política donde, como orden religiosa única, intervienen.

Manuel Bilbao es consciente de que su situación contemporánea tiene sus raíces en la Colonia y es esa realidad contemporánea la que le preocupa. Por eso, tal vez viene al caso examinar un poco más de cerca el estado en que se encontraban las creencias religiosas en Chile, hacia el año 1850. En primer lugar, todavía no se había producido la libertad de culto de 1865. La Constitución de 1833 prohibía cualquier desvío religioso de la Iglesia Católica:

"La religión de la República es la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquier otra". (Encina, XIV:442)

Varona (*ibid.*:123-124) habla de dos incidentes terribles a consecuencia de esa intolerancia religiosa. Un grupo de protestantes fue apedreado cuando quiso enterrar a un pariente en el lugar especialmente puesto a la disposición de los "herejes". En otra ocasión, no se le concedió permiso al capitán de un barco norteamericano para enterrar a un niño no católico. El padre tuvo que arrojar a su hijo al mar.

Además, la influencia del clero estaba presente en toda la vida diaria de la gente. Estaba vigente la costumbre de arrodillarse cuando pasaba el Viático y la mayoría de la gente participaba en las fiestas y ceremonias religiosas. Dentro de muchas familias, la máxima autoridad era el confesor, no el padre. El modo de pensar, de hablar, de comportarse, todo estaba imbuido por la religión católica.

El castigo desproporcionado que esperaba al infeliz que infringía el reglamento, según nuestra novela, es casi inverosímil: "El tribunal del "Santo Oficio", que había quemado á varios individuos, por el solo hecho de no haberse confesado en Semana Santa, porciunculas o jubileos, se hallaba resuelto á sepultar con Moyén la acusación que se le hacia". (*EIM*, I:186).

No podemos comprobar si la fuente crítica de Manuel Bilbao a los jesuitas es fundada o no, pero sabemos que cuando escribió su novela, muchos de los gobiernos liberales en América, en su lucha por separar la Iglesia del Estado, ya habían expulsado de nuevo a los jesuitas. De nuevo, porque en 1767 el "rey de la Ilustración", Carlos III, los había expulsado de España y de las tierras hispano-americanas. Después habían regresado y recuperado, poco a poco, sus bienes y su antiguo poder. Las riquezas inmensas que esa orden religiosa había acumulado durante menos de dos siglos en Chile son casi fabulosas. El gran historiador

chileno del siglo XIX, Diego Barros Arana, en un largo artículo en la *Revista de Santiago*, (1872, tomo I, págs. 713, 833, 933, y 998) sobre los antiguos jesuitas en Chile, estimó que la fortuna de la orden podía representar un valor aproximativo de entre dos y tres millones de pesos a la sazón de la expulsión, una cantidad en ese tiempo fantástica. Pero los jesuitas no poseían una fortuna estática, sino que se dedicaban al comercio para aumentarla y controlaban y monopolizaban ciertos sectores del mercado. El artículo de Barros Arana pretende ser objetivo, pero deja traslucir su opinión personal. Al lector se le forma una imagen de hipocresía, de codicia y de injusticias cometidas por los jesuitas en nombre de Dios. Las últimas líneas del trabajo nos dan una pauta del pensamiento de muchos liberales del siglo pasado y de la violenta oposición entre ellos y esa orden religiosa:

“¿Cuáles hubieran sido los embarazos de los padres de la patria si a todas las dificultades que tuvieran que vencer se hubiera agregado el prestigio, el poder i la riqueza de los jesuitas, que indudablemente se habrían pronunciado en contra de todo cambio de gobierno, i sobre todo en contra de la independencia i de la república?”. (*Revista de Santiago*:1008)

Manuel Bilbao, para poner mejor de relieve la considerada villanía de los jesuitas, en su novela emplea un narrador omnisciente que le permite entregar una mayor información sobre los personajes que lo que haría el uso de otro tipo de narrador. La omnisciencia admite el acceso a los pensamientos más íntimos de un personaje, revelando su maldad o bondad. Así, con los siguientes ejemplos de monólogos interiores, el narrador quiere mostrar toda la extensión de la supuesta malignidad de la orden en su intrigante labor; representado en su mayor grado de personificación por el abate González. El discurso adquiere gran fuerza semántica a través de las palabras de carácter negativo: desgarrar, celos, sacrificado, miseria, dolor y despojos:

“¿Qué me importaría desgarrar el alma de Rodulfo con celos que pudiera despertarle? ¿qué me importaría que Magdalena se encontrase dividida en su voluntad y que el Inquisidor fuese sacrificado por Rodulfo?”. (*EIM*, I:56)

“...Nuestro deber es sembrar la miseria y el dolor para conservar los despojos de una pronta muerte”. (*EIM*, I:61)

El antijesuitismo que vemos expresado en la novela, no es un fenómeno único. Varias novelas francesas, que tuvieron mucha difusión en Chile, entre ellas las de Eugenio Sue, se destacan por la misma actitud. A la obra de Manuel Bilbao, también siguieron otras chilenas con semejante intención: las de José Antonio Torres, Martín Palma, Barros Grez y, sobre todo, las de Ramón Pacheco. La crítica de Ramón Pacheco se divisa ya desde los mismos títulos de algunas de sus novelas: *El puñal y la sotana o las víctimas de una venganza*, *La monja endemoniada*

y *El subterráneo de los jesuitas*¹³ El actante agresor (el mundo colonial) vuelve a actualizarse a través del jesuitismo y en el prólogo de *La hermosa Cadière*, Torres expone muy explícitamente su objetivo:

“—Me presento nuevamente combatiendo a esa funesta Compañía que se llama JESÚS.—Con el conocimiento pleno de su historia, no puedo marchar equívoco en mis convicciones. —El siguiente trabajo, es la narración en verso de un hecho escrupulosamente sacado del catálogo que, para vergüenza del mundo, forma la estadística de esa célebre orden que ha asesinado monarcas, derribado tronos i assolado pueblos. —Mi objeto al publicarlo, es contener un tanto la influencia jesuítica que vemos con dolor estenderse en el país”. (Torres, 1853:v)

Torres publicó su novela un año después de que los jesuitas habían vuelto a disponer de todos sus bienes en Chile (1852), después de haber sido expulsados de toda América.

Seis años más tarde, José Antonio Torres vuelve a “combatir” a los jesuitas en su novela *Los misterios de Santiago*. La crítica no está tan abiertamente declarada como en el ejemplo anterior, pero no por eso es menos intencionada. La utilización de un narrador digresivo, con un discurso de preferencia valorativo¹⁴, permite al autor manejar la información de lo que considera las artimañas de la orden para mantener su influencia:

“Desterrado el jesuitismo del mundo entero, se revistió de formas estrañas para volver a reconquistar el terreno que la justicia universal le había arrebatado. Cambiaron sus corifeos accidentalmente de nombre y se desparramaron por los pueblos planteando establecimientos de educación a fin de formar el corazón de la juventud y contar con defensores y poderosos auxiliares en el porvenir”. (Torres, 1858:245)

Barros Grez, en *Pipiolos y pelucones*¹⁵, incorpora a un jesuita, que por su calidad de intrigante lo llama —apropiadamente— Hipocreitía. Martín Palma en *Los misterios del confesonario*¹⁶, en su presentación de doña Pacífica deja en términos claros su posición al respecto:

“...esencialmente amiga y defensora de los jesuitas, pertenecía de lleno a su escuela, a esa escuela de especulación religiosa, a esa escuela que

¹³ Pacheco, Ramón. *El puñal y la sotana o Las víctimas de una venganza*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874. Pacheco, Ramón. *La monja endemoniada: novela histórica*. Santiago de Chile: Imprenta de B. Morán, 1875, tomo II, 1876.

¹⁴ Utilizamos los conceptos de discurso valorativo y abstracto según las definiciones de Carlos Reis, *ibid.*: 298-299.

¹⁵ Barros Grez, Daniel. *Pipiolos y pelucones: tradiciones de ahora cuarenta años*. Santiago: Imprenta Franklin, 1876. Tomo I.

¹⁶ La ortografía de la última palabra en el título es correcta, se aceptan las dos formas: confesonario y confesonario.

amalgama las doctrinas del Evangelio con los negocios de bolsa y que ha sabido hacer un comercio, y un comercio lucrativo, de la enseñanza desinteresada a la vez que humilde y sublime de Jesús:..." (Palma:13)

Nos ha parecido pertinente hacer referencias a estas otras novelas de la época, para comprobar la existencia de un conjunto de textos que expresa los mismos modos de pensar, de relacionarse y de actuar de un determinado sujeto colectivo¹⁷. Un sujeto colectivo que aspira, a través de una praxis social dinámico-progresista¹⁸, a un cambio dentro del dominio político y religioso de la sociedad chilena del siglo XIX.

LAS IDEAS ILUSTRADAS – LA RAZÓN Y LA LIBERTAD

La oposición novelesca entre la intransigencia y rigidez religiosa de los jesuitas y las ideas ilustradas, la hallamos explícitamente expresada en *EIM* sobre todo en las conversaciones entre el hereje Moyén y los representantes del poder eclesiástico mandados a convertir al extraviado antes de su sentencia a la hoguera. El desarrollo de esas cuatro discusiones le permite al emisor, en cinco capítulos sucesivos, exponer toda su posición ideológica. El personaje Moyén, a través de sus largos discursos valorativos y abstractos, es concretamente el portavoz del autor. Aquí es el otro contrincante de la pareja actancial opuesta que cobra importancia: la filosofía ilustrada con las ideas del raciocinio del hombre, de la libertad y de los cambios necesarios en la sociedad. Contrapuesta a esas ideas está la posición defendida por el clero: la fe ciega y absoluta, la defensa de la esclavitud y el rechazo a cualquier cambio social que pudiera estorbar el orden establecido.

Al tratar el juicio de Francisco Moyén en Lima a mediados del siglo XVIII, Manuel Bilbao se ha basado en un hecho real que parece haber sido bien conocido en su época. Años después, en 1868, el mismo caso es tratado por Benjamín Vicuña Mackenna en un trabajo titulado *Francisco Moyén o lo que fue la Inquisición en América*¹⁹. Ricardo Donoso, el biógrafo de Vicuña Mackenna, dedica un capítulo a la obra y de allí citamos:

"Francisco Moyén era el nombre de un aventurero francés, culto y alegre, fanfarrón y vivo de genio, que a mediados del siglo XVIII vino a dar con su humanidad en tierras de América. A fines de noviembre de 1748 emprendió viaje de Buenos Aires a Lima, por la vía de Potosí. Una vez llegada la caravana de que formaba parte a esta última ciudad, a

¹⁷ Para el concepto sujeto colectivo, ver Ferreras, Juan Ignacio. *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*. Madrid: Taurus, 1976. pág. 9.

¹⁸ Para el concepto dinámico-progresista, consúltese a Foresti, Carlos, "Las letras chilenas 1810-1880. Deslinde para su historia social", *Anales del Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo, Gotemburgo*, N° 1, 1989, pág. 14.

¹⁹ Vicuña Mackenna, Benjamín. *Francisco Moyén o lo que fue la Inquisición en América*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1868.

finés de mayo del año siguiente, fué acusado formalmente de herejía ante el Comisario de la Inquisición, que lo era interinamente el propio cura de la Matriz de Potosí. Moyén tuvo la desgracia de jactarse durante el viaje de haber leído a Boileau y Voltaire, de haberse expresado con cierta libertad del lujo de los Papas, de manifestar que vendían indulgencias por dinero y de dar otras innumerables pruebas de evidente herejía a juicio de sus compañeros de viaje". (Donoso: 242)

El Moyén verdadero no fue condenado a la hoguera, pero su suerte fue de todos modos muy terrible. Después de 12 años fue expulsado de las tierras americanas, condenado a pasar 10 años en un presidio en África. La tradición dice que el barco en que fue embarcado desapareció, acometido por un huracán en los mares del Cabo de Hornos. Pero durante los años que pasó encarcelado en Lima fue "sometido a las más ínfimas humillaciones y los más amargos suplicios" (*ibid.*: 243)

Volviendo a la ficción, en la noche anterior a la última discusión, Moyén espera impacientemente el momento de poder volver al debate. El narrador nos entrega dos tipos de discursos. El discurso valorativo, que revela la identificación del emisor con el personaje y las ideas ilustradas, contiene elementos semánticos de tipo subjetivo: con impaciencia, la cuestión árdua, ajita, etc. Gradualmente el discurso pasa a ser abstracto, portavoz de supuestas verdades universales, casi axiomáticas, expresadas en presente: el triunfo de la razón, de su independencia es... y la piedra angular sobre que se está construyendo...

"Esperaba con impaciencia la venida del abate para ventilar la cuestión árdua de la soberanía de la razón; la cuestión que hoy ajita aun el edificio social en sus bases políticas y religiosas. No hay duda, el triunfo de la razón, de su independencia es á los ojos de la filosofía la piedra angular sobre que se está construyendo el edificio de la libertad universal". (*EM*, 1:239)

Moyén sostiene que Dios le ha dado la razón para pensar y juzgar por sí mismo. Si se le quitara esa facultad, quedaría dependiendo de otro pensamiento, de otra voluntad, lo que significaría esclavitud del pensamiento. Francisco Bilbao, en su *Sociabilidad chilena*, había hablado de las distintas formas de esclavitud que existían en la sociedad y que quería abolir. Exigía libertad política y religiosa para el individuo, libertad e igualdad para la mujer, libertad del hijo para con el despotismo de su padre, libertad para el esclavo y libertad de pensamiento para todos. En la novela encontramos tratados y defendidos todos esos niveles de libertad en los discursos de Moyén. Su posición coincide con las ideas de los ilustrados de la época de Manuel Bilbao y comprende todos los aspectos de la realidad americana:

"Para los ilustrados, en esta segunda fase, reemplazar el absolutismo colonial exigía no reconocer como válido nada que no estuviera previamente fundamentado en y por la razón, no depender de autoridad externa alguna sino más bien de sí mismos, en cuanto sujetos autónomos

responsables del propio desarrollo; sólo así se creyó que era factible transformar el caos heredado en orden y someter así la realidad a las manos y control de los americanos. El pensamiento por fin habría de gobernar la realidad". (Paladines: 17)

Pero también es importante señalar que el pensamiento ilustrado hispanoamericano, en su evolución, había llegado a incorporar nuevos elementos, entre ellos, "planteamientos políticos y económicos de corte liberal" (*ibid*:22). Es cierto que el pensamiento ilustrado desde sus comienzos comprendía ideas de libertad. Pero a la hora de constituirse las repúblicas, los ilustrados se vieron obligados a ampliar el concepto a comprender no solamente la libertad frente a España, sino la libertad social e individual:

"Junto a la idea de la 'razón', los ilustrados desarrollaron, en esta segunda fase, también una reformulación o ampliación de la idea de la 'libertad'. Dejó de funcionar la idea de libertad, como lo había hecho en la primera fase, tan solo como rechazo a la dependencia de España, para pasar a fungir también como repudio a las formas y estructuras con que la metrópoli había esclavizado a las colonias. De este modo, el concepto de libertad adquirió dos acepciones diferentes: por una parte, la de la libertad de la nación frente al dominio ilegítimo y absurdo de otro país, independencia política de la metrópoli; por otra, la de libertad del pueblo americano frente al sistema gracias al cual el opresor le había sojuzgado en el plano social e individual interno". (*ibid*: 17-18)

En la novela, la Iglesia Católica es el defensor más fuerte de los códigos coloniales, de la falta de libertad social e individual. Al final, Moyén sostiene que el catolicismo es una aberración del cristianismo y el último responsable del estado en que se encuentran la sociedad y sus códigos reinantes. De nuevo se manifiesta el mensaje ideológico a través de una mezcla entre el discurso abstracto y el valorativo. En las primeras líneas de la cita tenemos la postura categórica del hablante. Las cosas son así y basta. Después, para reforzar el mensaje, entran las palabras teñidas por el narrador: inventada por los hombres para avasallarla. En la segunda cita, en el discurso fundamentalmente abstracto, abundan las parejas semánticas opuestas con las que se caracteriza el cristianismo y el catolicismo: igualdad-privilegios, amor y caridad-violencia y censura, libertad-despotismo, mansedumbre y amor-odio y venganzas, etc:

"El cristianismo es la religión de Dios, la religión promulgada por el Salvador de la humanidad; y el catolicismo no es mas que la religión inventada por los hombres para avasallarla". (*EIM*, 1:190)

"El catolicismo innovó en el cristianismo. A la igualdad sustituyó el reconocimiento de jerarquías, de distinciones, privilegios y sancionó como de origen divino la soberanía de los reyes. A la adoración de un solo Dios, creó un calendario de santos que reemplazaron a los dioses paganos.

A la doctrina de amor y de caridad sustituyó la doctrina de la violencia y de censura. (Ved mi padre lo que es la Inquisición). A la libertad de conciencias y de política estableció para subrogarle la abdicación de la razón y apoyó el despotismo de los monarcas. Decidme ahora buen padre, es lo mismo el catolicismo que el cristianismo? Es idéntica la religión de mansedumbre y de amor á la religión de odios y de venganzas?". (EIM, I:192)

El sacerdote que ve sus creencias atacadas no tarda en dar su contestación. Apunta a la poquedad del hombre frente al poder divino y con lenguaje retumbante logra dar a su discurso un tono funesto:

"Dios habló, silencio mortales. Las sagradas escrituras son el testamento de la revelacion. El hombre solo debe creer y obedecer. ¿Quién eres tú, mortal, para encararte con el Omnipotente? Tu ley es humillarte ante la voz de trueno que hirió de espanto á los hebreos en medio del desierto. Lee ese testamento y allí verás las bases sagradas de la religión católica. (EIM, I:194)

LA HERENCIA ESPAÑOLA

Como vemos, en el mundo narrativo de Manuel Bilbao la falta de libertad religiosa y de libertad de pensamiento es absoluta. Según el narrador, la persecución de los heterodoxos había llegado a tal extremo que todo extranjero era considerado hereje. El discurso valorativo manifiesta la posición del emisor sobre el dominio español y sus consecuencias en la formación de los pueblos americanos:

"Por algún tiempo, la educacion supersticiosa que nos dieron los españoles, habia establecido como punto resuelto de que el extranjero; es decir, el que no era americano español ó descendiente de ellos, no creia en Dios ó por lo menos era hereje. Esa educacion que tenia por objeto impedir estabilidad de otros hombres que no fuesen ciegos instrumentos de los reyes católicos, habia producido los resultados que deseaban. El pueblo no hacia más que ver á un hombre ingles, aleman ó frances para que en el acto lo clasificase de hereje. Las familias le miraban con prevencion, el publico les odiaba por lo regular ninguna acojida encontraban aquellos desgraciados, cuyo crimen era haber nacido en tierras que no pertenecian al Rey de España". (EIM, I:185)

Son frecuentes las digresiones donde el narrador nos entrega elementos de una ideología claramente antiespañola. Por ejemplo, detenida la acción, el narrador se despliega en cuatro páginas sobre el monopolio español del comercio, la mala arquitectura, la falta de armonía en las calles de Lima y la cantidad exagerada de instituciones religiosas. Cuando Rodolfo y Magdalena arriban a Callao, el puerto de Lima, lejos de encontrarse en medio de la bulla portuaria esperada, se encuentran con una población monótona y despojada de toda actividad comercial:

“...los esposos vinieron á tierra, atravesando la desierta bahía, porque en aquel entonces, el comercio español tenia monopolizado el comercio de las colonias; así era que solo seis u ocho buques solian encontrarse anclados flameando en sus popas la bandera de los reyes que disponian de estos países en virtud del derecho de conquista. El Callao era entonces una poblacion crecida, pero monótona por la falta de actividad en las industrias, en los cambios de productos, en las especulaciones mercantiles. Las tiendas ó almacenes estaban provistos de efectos que producía la España, pero nadie se afanaba en vender...”. (*EIM*, I:19)

Subyacente en toda la narración encontramos el mundo colonial como el actante agresor que mueve el acontecer. Es la lucha por la liquidación de la herencia que dejó el período colonial que le mueve a Manuel Bilbao a criticar tan fuertemente todo aquello que tenga que ver con los españoles y su administración en Hispanoamérica. Esa administración estaba sistemáticamente explotando las riquezas de las colonias e impusieron medidas centralistas y un duro sistema tributario que afectaban gravemente la situación económica en Lima a mediados del siglo XVIII.

Más adelante, cuando las dos heroínas de la novela, la esposa Magdalena y Enriqueta, la novia del hereje Moyén, recurren al virrey para impedir que él intervenga en favor de sus hombres que están encarcelados por el Santo Oficio, entendemos que éste solamente es una marioneta totalmente subordinada a otras fuerzas. El poder eclesiástico, que en la figura del abate González reúne la codicia, la hipocresía y la brutalidad que al clero le atribuye Manuel Bilbao, tiene control absoluto sobre las cosas. El virrey no podía hacer nada que no estuviera en el interés del abate González. El empleo de amo y guardian, denominación que el narrador digresivo les confiere a las dos instituciones que constituyen el poder máximo dentro de las colonias —la Corona española y la Iglesia católica— encierra rechazo e ironía:

“El virey, aun cuando era delegado del amo que residía á tres mil leguas de distancia, y de un amo que era considerado ejerciendo el poder por delegacion de la Divinidad, estaba consagrado pura y exclusivamente al sosten del orden que permitía explotar las riquezas del país, dejando el dominio absoluto de la sociedad al poder eclesiástico, que por cierto era el mejor guardian de ese orden deseado”. (*EIM*, II:294)

El narrador digresivo nos proporciona constantemente información para juzgar la estampa que dejó el colonijaje sobre los países americanos. La novela histórica es un modo de explicarse el presente y el narrador se sitúa en el presente y toma una perspectiva histórica de los acontecimientos:

En Lima y Méjico es en donde se ha encontrado mayor dificultad para conseguir la independéncia, y en donde se ha tenido que luchar mas para organizar sociedades libres; porque es en ellos donde dejó mas raíces la conquista. (*EIM*, II:363)

FUNCIÓN DE LOS PERSONAJES

En cuanto a los personajes, con la excepción de Moyén, no hemos podido comprobar que Manuel Bilbao haya trabajado con personajes históricos como modelos para sus figuras ficticias. Tampoco le ha interesado mostrar los grandes hechos históricos. En ambos puntos difiere de otros dos escritores muy conocidos de la novela histórica chilena, Alberto Blest Gana y Liborio Brieba. En *Durante la Reconquista*²⁰, Blest Gana trata los hechos de la reconquista española en Chile en la segunda década del siglo XIX, donde participan las figuras históricas más importantes de ese proceso histórico. A su vez, es un documento de época que pretende usar el habla, describir las costumbres y mostrar la vida social decimonónicas en Chile. Liborio Brieba, en sus episodios nacionales²¹ sobre la misma época, ha convertido la historia chilena en una gran aventura. Actúan los mismos personajes de Blest Gana, pero aquí priman el diálogo y la acción. Las descripciones son muy breves y las digresiones pocas.

En cambio, los personajes de Manuel Bilbao cumplen una función distinta. Son, o portavoces de los códigos culturales del autor, o representantes de los fenómenos sociales criticados por él. Son planos, construidos en torno a un concepto o una idea. La presentación de los personajes en la novela es casi siempre directa. Eso le permite al narrador omnisciente llevar de la mano al lector e imponer sus propias reflexiones sobre las características de cada personaje a través de la descripción adjetiva, positiva o negativa. En esas descripciones vemos en función una serie de códigos culturales de la época.

Margarita, antípoda de las heroínas anteriormente mencionadas, es la mujer demonio, según la oposición romántica mujer demonio-mujer ángel. Ella reúne en sí todas las características que el código moral rechaza; es hermosa, pero ligera y descarada en su trato con los hombres. Pero, a su vez, Margarita es la individualización de la corrupción de la alta sociedad limeña en la época colonial y su vida la ha marcado. La virginidad e inocencia deseadas ya no se encuentran en ella. La adjetivación que usa el narrador para describirla es elocuente:

“Estaba Margarita vestida con voluptuosidad; hablaba á los sentidos con sus formas, á pesar de tener marchito el rostro, apagada aquella frescura que se conserva en una vida arreglada.

Sus brazos aunque gruesos, no revestían el torneo de la virginidad.

Las manos tan llenas y pequeñas que en otro tiempo decantaban la inocencia, estaban surcadas por venas hinchidas, movedizas al tocarlas y ásperas al tacto; signos inequívocos de la vida que llevaba”. (*ELIM*, II: 370-371)

Contraoponemos la presentación anterior de Margarita con la de Magdalena, la mujer ángel:

²⁰ Blest Gana, Alberto. *Durante la Reconquista*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1960. La primera edición se publicó en París en 1897.

²¹ Liborio Brieba publicó varias obras históricas sobre el período de la Reconquista e Independencia de Chile: *Amena literatura: los Talaveras*. Santiago: Imprenta Militar, 1871. El capitán San Bruno o El escaramento de Los Talaveras. Santiago: Imprenta de Schrebler, 1875.

“Magdalena, amorisa idólatra de su esposo, tenía en sí los dotes de espíritu que se requerían para la felicidad de Rodolfo. De formas torneadas, su semblante pálido resaltaba por el brillo de sus ojos negros y razgados. Cuerpo desenvuelto y fino, parecía despedir en el andar ese aire de voluptuosidad que enajena la sensibilidad de la época. Bella nariz, boca graciosa, encendida por el carmin de la juventud, arrobaba el sentido de los que la contemplaban. Magdalena, flor inocente no marchitada aun, parecía arrancada de los jardines del hermoso Nápoles para embalsamar las verdes riberas del Rimac”. (*EIM*, 1:14-15)

Magdalena reúne en sí las virtudes ideales de la mujer según la época de Manuel Bilbao. Es joven, bella y totalmente dedicada a su marido y a la felicidad de él. Su hermoso físico está totalmente condicionado por la vida casta y virtuosa que lleva.

La descripción pormenorizada de los atributos físicos de la esposa, es reemplazada en la presentación de Rodolfo por la exaltación de la fuerza de voluntad, la buena educación y la inteligencia; rasgos por lo visto de escasa importancia en la mujer. La fisonomía de Rodolfo corresponde a su nobleza interior y se eleva sobre el español común gracias a su educación francesa y su adhesión a las ideas de la filosofía ilustrada:

“Dotado el esposo de un físico varonil, revelaba en sus facciones marcadas la fuerza de una voluntad dominante. Orgullosa como los nobles de su época, carecía de las ridiculeces de la caballería. Había sido educado en los colegios de París y por consiguiente, su inteligencia despejada le hacía elevarse sobre los errores que dominaban al mundo y muy en especial á la España; porque la luz de la filosofía de los grandes genios que brillaron por la libertad en el siglo XVIII, encontraban un apoyo en toda razón, en todo hombre que se entregaba en brazos de la civilización...”. (*EIM*, 1:14)

Sin embargo, ni la fuerza de voluntad, ni la buena educación e inteligencia de Rodolfo le sirven para salvarse de la conspiración hecha contra su felicidad. Es detenido y mandado de vuelta a España por el abate y Eduardo (el Inquisidor Mayor). Su esposa recibe la falsa noticia de la trágica muerte de su esposo en el terremoto del 28 de octubre de 1746 (hecho real). Creyéndose huérfana en el mundo, ella se embarca a Chile para buscar a su cuñado que está misionando entre los araucanos. El Inquisidor Mayor, llevado por su pasión, la sigue y deja plantado al abate González, sin dar noticia de sus planes a nadie. Este, que había arriesgado mucho para asegurarle a Eduardo la posición y la reputación de las que gozaba, se enfurece en las últimas tres líneas de la novela:

“—Algún día sabrá ese ingrato, dijo el abate para sí solo, aludiendo a Eduardo, ese hijo sacrilego del abate Rondani, que á mi nadie me engaña!...”. (*EIM*, II: epílogo).

¿Pudo vengarse el abate? ¿Regresó Rodolfo? ¿Logró unirse Eduardo con Magdalena en Chile?... El lector curioso puede buscar las respuestas en Los dos her-

manos²², la continuación muy poco conocida de *El Inquisidor Mayor*, que publicó Manuel Bilbao diecinueve años más tarde.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Bilbao, Manuel. *El Inquisidor Mayor o Historia de unos amores*, Lima: 1852, 1ra parte.

Bilbao, Manuel. *El Inquisidor Mayor*, 4. ed. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Fundición de tipos, de la sociedad anónima, 1871, 2da parte.

Donoso, Ricardo. *Don Benjamín Vicuña Mackenna: su vida, sus escritos y su tiempo. 1831-1886*, Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1925.

Encina, F.A., *Historia de Chile*, Santiago: Nascimento, 1950, Tomo XIV.

Errázuriz, Isidoro. "Historia de la administración Errázuriz". En *Francisco Bilbao: revolucionario de América*, Varona, Alberto J., Argentina: Excelsior, 1973.

Lastarria, José Victorino Lastarria. *Recuerdos literarios*, 2. ed., Santiago: 1885.

Paladines, Carlos, "La herencia ilustrada", *El pensamiento Latinoamericano en el siglo XIX*, México, N° 419, 1986.

Palma, Martín. *Los misterios del confesonario: novela de costumbre*, Valparaíso: Imprenta del Mercurio de Tornero y Letelier, 1874, 2 tomos.

Torres, José Antonio. *La hermosa Cadière: leyenda histórica*. Santiago: Imprenta Chilena, 1853.

Torres, José Antonio. *Los misterios de Santiago*, Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio de S. Tornero Cía., 1858.

Revista de Santiago, Santiago, 1872.

Varona, Alberto J., Francisco Bilbao. *Revolucionario de América*, Argentina: Excelsior, 1973.

²² Bilbao, Manuel, *Los dos hermanos*, 4. ed. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Fundición de tipos, de la sociedad anónima, 1871, págs. 389 - 496.

LA SERIEDAD ARISTOCRÁTICO-BURGUESA
Y LOS ORÍGENES DE LA LITERATURA SATÍRICA
Y POPULAR EN CHILE

Maximiliano Salinas Campos*

I. "HAY PERSONA QUE CREE QUE NO SE HA REÍDO NUNCA":

LA MITOLOGÍA DE LA SERIEDAD EN EL ORDEN ARISTOCRÁTICO-BURGUÉS DEL SIGLO XIX

Una de las figuras emblemáticas del Chile decimonónico fue la del Presidente Manuel Montt. De él escribió Sarmiento: "[Hay] persona que cree que no se ha reído nunca"¹. Montt fue el representante del principio del orden y de la autoridad de la República de Chile, con toda la magnífica y vana ilusión de ser los ingleses de América del Sur. Reflejó la pretensión de hacer de Chile un colegio o una universidad, probablemente con el modelo de la Inglaterra victoriana. "En don Manuel Montt, ..., ha vivido siempre el inspector de colegio, el catedrático de la universidad. La república le ha parecido un colegio, y su voz, [...], la ha juzgado como juzgaba antes la bulla de los niños"².

Desde los inicios de la república aristocrático-burguesa desde 1830 hasta su ocaso un siglo más tarde el ideal cultural incuestionado de las élites estuvo marcado por la seriedad heredada del orden de la Ilustración. El orden público construido por políticos, abogados, educadores, clérigos y policías fue tributario del implacable moralismo de sus ideales. La seriedad fue el tono invariable de la cultura aristocrático-burguesa de Chile entre 1830 y 1930.

Entre 1830 y 1880 se pusieron las austeras bases de la república oligárquica. No sólo Manuel Montt fue un emblema en este sentido. Federico Errázuriz Zañartu paseaba en Fiestas Patrias su "rostro fiero y hosco"³. Las costumbres heredadas de España y del mestizaje fueron reemplazadas por una sociabilidad más formal y reservada. Copiada de la victoriana Inglaterra. La denominación de Chile como la "Inglaterra del Pacífico" era ya una expresión del *Times* de Londres hacia 1860⁴. Uno de los pensadores de este nuevo mundo admirador de

* Maximiliano Salinas Campos, investigador asociado, Universidad de Santiago. Este texto es parte del proyecto DICYT-USACH iniciado en 1999: "El grotesco y la cultura cómica como una visión de la vida pública: la prensa satírica y humorística chilena en la obra de Juan Rafael Allende", llevado a cabo junto a los ayudantes de investigación Daniel Palma, Christian Báez, y Marina Donoso.

¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Obras*, Barcelona 1979, 521.

² Ricardo Donoso, *Benjamín Vicuña Mackenna*, Santiago 1925, 94.

³ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago 1984, 10.

⁴ En 1865 expresaba el que sería más tarde arzobispo de Santiago Mariano Casanova: "La opinión unánime de Europa nos alaba y bendice, ... La historia, la geografía de Chile están a la orden del día. La inmigración será luego inmensa, y Chile habrá probado que es la Inglaterra del Pacífico, como lo llama el *Times*", Carta de Mariano Casanova a Miguel Luis Amunátegui, París, 15 de diciembre de 1865, en Domingo Amunátegui Solar, *Archivo epistolar de don Miguel Luis Amunátegui*, Santiago 1942, II, 496.

Inglaterra fue Andrés Bello, llegado a Chile desde Londres en 1829. Como gramático, legislador y académico contratado por el Estado llevó a todos estos diversos ámbitos la influencia de la Ilustración. Sus predilecciones estéticas se encaminaron hacia la seriedad de la tragedia griega. Las opiniones del pensador racionalista frente al universo de lo cómico son especialmente significativas. Dijo de Aristófanes: "Nada tan asqueroso en todos sentidos como las gracias con que Aristófanes sazona a menudo sus versos". De otro gran cómico popular de la Antigüedad, quien con sus burlas hizo zozobrar tradiciones y prejuicios, Luciano de Samosata, señaló: "[El] tono ligero y festivo, y todo cuanto se necesita para contentar a espíritus superficiales [sic!], le granjearon una popularidad universal"⁵. Lo cómico, y lo humorístico, para Bello, como para Aristóteles su maestro, constituyeron, al fin, formas menores del arte y la comunicación humanas. El ideal cultural de Bello era la razón política de la Ilustración, y no el resbaladizo e inseguro terreno de la "imaginación"⁶. José Miguel de la Barra, colaborador de Bello en la Universidad del Estado y cónsul de Chile en Londres, —en sus proyectos de moralización y racionalización públicas— llegó a censurar como inmoral al inmortal autor cómico español del siglo XVI Tirso de Molina⁷.

Este proyecto contempló la activa participación del clero católicoromano en el período comprendido entre 1830 y 1880. En 1853 el teólogo moral Lorenzo Robles quiso desterrar del comportamiento aceptable las formas del humor popular: "La chocarrería desagrada a las personas de educación; porque las chanzas groseras y las bufonadas picantes dan una baja idea del que las usa..."⁸. Llevando este espíritu hasta los confines australes de la república en 1844 el obispo de Ancud Justo Donoso se manifestó abiertamente contra los villancicos "burlescos" de la tradicional Navidad chilena⁹. Los seguidores laicos del clero conservador fueron fieles ejecutores del puritanismo moral. Zorobabel Rodríguez —un intelectual "de ceño fruncido y de aspecto bravo", como lo retratará Luis Orrego Luco— combatió las "remoliendas, parrandas, picholeos y borracheras" de la cultura popular los días lunes en la década de los años setenta¹⁰.

La constitución del orden aristocrático-burgués entre 1830 y 1880 necesitó un régimen policial que sancionara mediante un sistema penal la seriedad de sí mismo. Los bandos de policía del gobierno civil de la ciudad de Santiago a partir de 1830 procuraron evitar los desbordes de la cultura popular mediante reglamentaciones explícitas. En un bando general de ese año se prohibió en Santiago

⁵ Andrés Bello, *Historia de las literaturas de Grecia y Roma*, Madrid, s.f., 41, 86-87.

⁶ "Pensador profundo, observador perspicaz, [Aristóteles] desterró de sus obras la imaginación", Andrés Bello, *op. cit.*, 70-71. "Yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación", Germán Arciniegas, *El pensamiento vivo de Andrés Bello*, Bogotá, 1981, 150.

⁷ Cfr. Cartas inéditas de José Miguel de la Barra a Manuel Montt, en *Revista Nueva*, vi, 1902-1903, 273. Sobre Tirso de Molina, cfr. David H. Darst, *The comic art of Tirso de Molina*, Chapell Hill, 1974.

⁸ Lorenzo Robles, *Manual de moral, virtud y urbanidad dispuesto para jóvenes de ambos sexos*, Santiago, 1853, 15.

⁹ Justo Donoso, *Manual del párroco americano*, Santiago, 1844, 55.

¹⁰ Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Santiago, 1873, II, 231-256; ID., *Diccionario de chilanismos*, Santiago, 1875, 289. La visión de Orrego Luco, Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 187.

bañarse desnudo en las orillas del río Mapocho y disfrazarse las personas “con vestidos o insignias que no le correspondan”¹¹. Otro bando de 1843 prohibió celebrar la Navidad con pitos, cuernos, matracas, cencerros y demás instrumentos tradicionales populares. Un decreto de 1848 prohibió la venta de comidas, refrescos y licores populares en la Alameda de Las Delicias. Un bando de 1853 prohibió “jugar en las plazas, calles, paseos y demás lugares públicos de la ciudad y en sus suburbios, trompo, rayuela, chueca, volantines..., y todos los otros juegos que usan los muchachos y gente del pueblo”¹². La ordenanza de policía de la ciudad de Valparaíso en 1852 controló el funcionamiento de tambos, chinganas y “demás casas de diversión de la gente de trabajo” sólo durante los días oficialmente festivos “observándose en estas casas, decencia en el porte y palabras de parte de los concurrentes”. Asimismo se prohibió “tirar cohetes, voladores por las calles, prender Judas u otros juegos de pólvora, hacer fogatas y elevar globos”, y usar “disfraces por las calles en las horas de la noche”¹³. El intendente Francisco Echaurren prohibió la chaya carnavalesca en 1876 como un “pasatiempo impropio de un vecindario ilustrado como el de que se compone el primer puerto de la República”¹⁴.

José Victorino Lastarria tomó nota de estos cambios culturales que estaba introduciendo el régimen policial del orden aristocrático-burgués especialmente en la ciudad de Santiago. En estos términos denunció en 1868:

“Es curioso estudiar el modo como se han modificado la índole y las inclinaciones de la población de Santiago en los últimos treinta años, y como se han formado los hábitos que hoy tiene de disimulo, de apatía y de reservada tristeza, [...]. La actual generación no se apercibe de su modo de ser y cree que su ciudad natal ha sido siempre, como ahora, una especie de convento silencioso. No sabe que en otro tiempo había cierta familiaridad cordial que hacía el encanto de la gente acomodada, y una lozanía alegre y sincera en el pueblo, que lo hacía bullicioso, animado y jovial [...]. Esa falta de sinceridad, o más claramente, ese disimulo, esa hipocresía de la gente *decente*, que matan toda iniciativa, toda espontaneidad, que anulan toda personalidad, que han engendrado la costumbre de amoldar el pensamiento y las acciones a ciertas conveniencias, no están en el carácter de la población, sino que son vicios adquiridos [...]. Un gobierno omnipotente y represivo ha dominado durante treinta y seis años, apoyándose en los intereses de una oligarquía estrecha y reducida, es decir, de un corto número de hombres y de familias pudientes, que lo han creado y sostenido. Ese gobierno todopoderoso es el único que ha tenido la palabra, la iniciativa, la supremacía, para definir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. El ciudadano

¹¹ Manuel Valdés, *Recopilación de las leyes, ordenanzas, reglamentos i demás disposiciones de policía vijentes en el departamento de Santiago*, Santiago, 1870, 57-58.

¹² *Ibid.*, 56-57.

¹³ Manuel Blanco Encalada, *Ordenanza de policía para la ciudad de Valparaíso*, en Robustiano Vera, *Cartilla de los deberes del soldado de policía*, Santiago, 1888, 5-28.

¹⁴ *Ibid.*, 360, 796.

que ha tenido la osadía de no sometérsele, de censurarlo, de oponérsele, ha sufrido la persecución, el desdén, el desprecio del poder y de la pudiente oligarquía que lo apoya [...]. Todo ha venido a ser dogmas en política y en religión. [...]. El gran fin que estas autoridades han perseguido es el de abatir al pueblo, hacerlo callar, dominarlo de modo que se convenza de que no existe sino bajo la presión de la autoridad y de que nada puede hacer sin su beneplácito. Los actos diarios, los actos de cada instante de la policía no han tenido otro objeto [...]. Este sistema, de persecución contra todas las diversiones públicas, contra toda manifestación de contento o de solaz, se ha mantenido escrupulosamente por todos los gobernantes de Santiago, y se ha llevado con rigor hasta sofocar toda muestra de espontaneidad y de alegría en el pueblo,..."¹⁵.

Esta cita de Lastarria constituyó probablemente una de las críticas más agudas a la seriedad policial del orden de la Ilustración impuesto por la oligarquía conservadora a partir de 1830. Sin embargo, las élites liberales, por su parte, no alteraron sustancialmente este espíritu aristocrático-burgués. Los liberales eran parte integrante de este mismo espíritu. En definitiva, sólo disputaron su administración con los sectores conservadores. El mismo Lastarria era un escritor "ciertamente ingenioso, pero carecía de humor y sentido de la ironía"¹⁶. De tanto disputar espacios con sus enemigos terminó perdiendo su jovialidad: "La lucha perpetua que ha tenido que sostener en su vida, le ha condenado a vivir en un horizonte cuya atmósfera mata la natural alegría de su carácter, esterilizando la bondad de sus instintos", explicó, condescendiente, uno de sus biógrafos¹⁷.

Conservadores y liberales compartieron el espíritu de la cultura aristocrático-burguesa. Ambos tuvieron que leer y asimilar el *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* de Manuel Antonio Carreño, célebre compendio que se publicó en Valparaíso en 1863. Allí todos los miembros de la clase dirigente o aspirantes a ella se educaron en el decoro, la dignidad y la elegancia de una cultura que excluyó por completo al pueblo, al cuerpo, y la risa:

"Nuestro lenguaje debe ser siempre culto, decente y respetuoso por grande que sea la llaneza y confianza con que podamos tratar a las personas que nos oyen... No nos permitamos nunca expresar en sociedad ninguna idea poco decorosa... No está permitido el nombrar en sociedad los diferentes miembros o lugares del cuerpo, con excepción de aquéllos que nunca están cubiertos... En ningún caso nos es lícito hacer mención de una persona por medio de un apodo o sobrenombre... Es intolerable la costumbre de hablar siempre en términos chistosos o de burla... Son actos enteramente impropios y vulgares:... reír a carcajadas o con frecuencia;..."¹⁸.

¹⁵ José Victorino Lastarria, *Situación moral de Santiago en 1868*, reproduc. en Ricardo A. Latcham, *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago, 1541-1941*, Santiago 1941, 117-124.

¹⁶ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 210.

¹⁷ Alejandro Fuenzalida, *Lastarria y su tiempo*, Santiago, 1893, 418.

¹⁸ Manuel Antonio Carreño, *Compendio del manual de urbanidad y buenas maneras*, Valparaíso 1863, 60, 83, 85-86, 88, 121-122.

La publicación del Código Penal de la República de Chile por el Presidente Errázuriz Zañartu estuvo embebido del moralismo de la Ilustración. En este texto publicado en 1874 podemos encontrar las siguientes disposiciones que controlaron la sociabilidad cotidiana y festiva del pueblo, casi como imitando al contemporáneo *Manual de Carreño*: "El que vendiere, distribuyere o exhibiere canciones, folletos u otros escritos, impresos o no, figuras o estampas contrarios a las buenas costumbres, será condenado a las penas de reclusión menor en su grado mínimo y multa de ciento a trescientos pesos". (Art. 374). "Se comete el delito de calumnia o injuria no sólo manifiestamente, sino por medio de alegorías, caricaturas, emblemas o alusiones". (Art. 421). "Serán castigados con prisión en sus grados mínimos a medio conmutable en multa de uno a sesenta pesos:... 8º El que diere espectáculos públicos sin licencia de la autoridad,..." (Art. 495). "Sufrirán la pena de prisión en su grado mínimo conmutable en multa de uno a treinta pesos:... 7º El que con rondas u otros esparcimientos nocturnos altere el sosiego público, desobedeciendo a la autoridad". (Art. 496)¹⁹.

Después de su período de formación, en el tramo comprendido entre 1880 y 1930 el orden aristocrático-burgués llegó a su apogeo y, por último, a su crisis terminal. Durante los años del cambio del siglo XIX al XX el sistema cultural descrito alcanzó su exaltación, y, como veremos, su máxima seriedad. Se podría afirmar que fue durante el transcurso de estas décadas cuando la élite local se autoidentificó como nunca antes con la fantasía de ser los "ingleses de Sudamérica", con su particular soberbia, racismo y, por supuesto, delirios de grandeza.

Los grupos dominantes, especialmente tras la victoria de la Guerra del Salitre entre 1879 y 1883, se imaginaron a sí mismos como una minoría elegida, selecta, que podía bien dar un ejemplo de cultura, moralidad y civilización a toda América Latina. ¿Quién le podía hacer el peso a ese Chile fantástico? Nadie ostentaba la fuerza de gravedad necesaria para contrarrestar el valor de esta oligarquía del Pacífico Sur. Se creó de este modo lo que Julio Heise llamó acertadamente la "leyenda del hombre superior": "[Es] evidente que nuestra alta burguesía sintió muy sinceramente aquello de que los chilenos debían ser los ingleses de la América del Sur...; leían a Darwin y a Spencer; sentían y practicaban con entusiasmo ciego el liberalismo económico de Adam Smith y procuraban además imitar cuidadosamente las costumbres del 'gentleman'... Para el 'hombre superior' era de mal gusto una risa franca y desenvuelta. Sólo se debía llegar a la sonrisa y ésta muy dosificada según las circunstancias"²⁰.

El aristócrata-burgués de finales del XIX y comienzos del XX fue la quintaesencia del hombre serio, desprovisto de auténtica y robusta comicidad. Su vestir, su hablar, su opinar, debían ser reflejos del hombre superior y triunfador que conocía y disfrutaba de su condición excelsa obtenida a costa de los sacrificios de los demás. La ciudad de Santiago de la década de los ochenta albergó por antonomasia a ese mundo que era lo menos parecido a un régimen democrático. Observó Rubén Darío en 1886:

¹⁹ *Código Penal de la República de Chile, Santiago, 1874, 144, 159, 190, 192.*

²⁰ Julio Heise, *Historia de Chile. El período parlamentario, 1861-1925. I. Fundamentos histórico-culturales del parlamentarismo chileno*, Santiago, 1974, 186-187.

"Santiago es [una ciudad] aristócrata. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guarda ropas conserva su traje heráldico y pomposo... Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos... La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática"²¹.

Se comprueba este estilo cultural inconfundible de la aristocracia a través de uno de sus representantes más brillantes, el periodista y novelista Luis Orrego Luco. Editor y redactor en los órganos de la prensa "seria" como *La Época*, *La Libertad Electoral* y *El Ferrocarril*, conoció y expresó a fondo los resortes del "hombre superior" de su tiempo. De acuerdo a Orrego Luco Chile fue un constante modelo de civilización y de auténtica seriedad a lo largo de todo el siglo XIX. Escribió en 1904:

"La obra política de los legisladores chilenos de 1833, hoy día vigente, ha sido quizá la más seria y mejor meditada de las constituciones hispanoamericanas... Pasada nuestra guerra civil [de 1891], con todo su cortejo de males, implantado nuevamente y de manera definitiva el orden, comenzó a restablecerse el crédito de Chile, como país serio y trabajador, estraño a las calaveradas y perturbaciones de otros países sudamericanos. Los capitales extranjeros comenzaron a afluir en busca de intereses superiores..."²².

Ahí estaba todo el imaginario fantástico del orden aristocrático-burgués. Chile, a salvo del caos, durante todo el siglo XIX. Aunque, en los hechos, y de pasada, se reconociera que la incorporación del país a la moderna economía capitalista significaba un trágico destino para sus víctimas. En uno de los pasajes más serios y oscuros de su visión del país escribió Orrego Luco:

"A medida que la riqueza aumenta y se desarrollan y multiplican los capitales, crece de manera forzosa la desigualdad social; los unos se vuelven millonarios en tanto que los otros ruedan en el abismo,... Las leyes de la lucha por la existencia, enseñadas en la doctrina darwiniana, trascienden a la sociedad y revisten en ella cada día un aspecto más sombrío y más desesperado. La sociedad, según la comparación trágica de Malthus, se asemeja a un plano inclinado, en el cual los más felices tocan a la cima, tienen todas las felicidades y los goces, en tanto que los otros ruedan; se empujan mutuamente por aferrarse o por subir, mientras los más desgraciados se derrumban y caen pisoteados en el hervor de pasiones y de intereses. Desgracias y dolores son éstos imposibles de evitar, ya que según las leyes económicas no podemos

²¹ Rubén Darío, *Santiago en 1886*, reproduc. en Ricardo A. Latcham, *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago 1541-1941*, Santiago, 1941, 256.

²² Luis Orrego Luco, *Chile contemporáneo*, Santiago, 1904, 52, 199.

limitar ni el capital ni la competencia, base y origen del progreso y de la civilización humana”²³.

El orden aristocrático-burgués desde 1880 hasta su ocaso hacia 1930 fue como nunca ese nada estable y trágico plano inclinado donde en la cúspide moraba la élite encerrada en su excelsa fantasía de perfección republicana y donde, hacia abajo, se deslizaban los ineptos, ruidosos y derrumbados indígenas, mestizos, miembros de las clases populares o de las naciones vecinas.

En la cumbre estaba la oligarquía triunfante. Elegante, de sonrisa leve y con seguridad desdeñosa. Administrando con calma, sin ruido, y sin humor, el poder. Con gestos y apariencias de “gentleman”. Como se describiera al Presidente de la república Pedro Montt Montt: “[Correctamente] vestido de negro y usando casi a diario sombrero de copa, se diría que quería imponer un traje civil, opaco y grave, a la política... Era oscuro de color hasta su bastón con puño de oro, al cual imprimía un movimiento especial”²⁴. Julio Zegers, apoderado general en Chile del empresario inglés John North, por su parte, se caracterizó por su “sonrisa veladamente irónica”²⁵. Muchos hombres públicos semejaron o revelaron la apariencia de la severa e imperial Inglaterra. El senador y ministro plenipotenciario en Londres Marcial Martínez usaba “patillas inglesas” y se “esforzaba en parecer británico y lo conseguía”²⁶. El propio Presidente de la República Domingo Santa María lucía “ancho bigote caído a la inglesa”²⁷.

Los hombres más encumbrados del sistema fueron reconocidos por sus innumerables virtudes públicas y privadas. En ellos no había tacha ni mancha alguna. Luis Orrego Luco describió al poderoso político, diplomático y banquero anti-balmacedista Augusto Matte Pérez: “Don Augusto fue hombre de gran valer, inteligente, culto, simpático en extremo, muy rico y una personalidad política de considerable importancia... Don Augusto, personalidad extremadamente simpática y atrayente, esencialmente hombre de mundo, inteligente y fino, perito en el arte de tratar a las mujeres...”²⁸. A la luz de estos juicios no se comprende la formidable crítica que le hiciera la prensa satírica y popular de Juan Rafael Allende. Para Allende Augusto Matte era tan inconvertible en “hombre justo”, como sus “billetes de banco”²⁹.

²³ *Ibid.*, 167. El pensamiento de la aristocracia era, en este sentido, trágico. Nada podía alterar la situación de desigualdad social. “El remedio contra la miseria no se ha encontrado aún, y hay poca esperanza de hallarlo;... La nivelación social —la igual repartición de la riqueza soñada por los filósofos humanitarios y por los socialistas de todos los tiempos, no puede en modo alguno llevarse a cabo, sin trastornar por completo la organización social”, Ministerio de Justicia de Chile, *Estadística criminal correspondiente al año 1901*, Santiago, 1902, xxvi.

²⁴ Emilio Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ayer...*, Santiago, 1919, 111.

²⁵ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, 238

²⁶ *Ibid.*, 171.

²⁷ *Ibid.*, 71.

²⁸ *Ibid.*, 49-50, 181. De su hermano Eduardo Matte añadió: “Hombre de negocios, habilísimo, era gerente del Banco de Matte y a su inteligencia natural y conocimientos económicos y financieros unía una honradez acrisolada, un espíritu público, un desinterés personal y patriotismo muy elevados”. *Ibid.*, 335.

²⁹ *El Padre Padilla*, Santiago, 1, 21, 18.10.1884.

La "gente de razón", la gente seria de la época, pudo hablar con ese desdén hacia los que no pertenecían al círculo de los "hombres superiores"³⁰. Orrego Luco se refirió a Antonio Poupin, uno de los fundadores del partido Demócrata, como "un sastrecito de mínima cuantía"³¹.

La seriedad de la élite se expresó tanto bajo las formas conservadoras como liberales en el período comprendido entre 1880 y 1930. En ambas expresiones políticas o ideológicas subsistió el mismo ethos de la gravedad. En los centros más álgidos del poder económico (¿conservador, liberal?) la seriedad fue imbatible. Joaquín Edwards Bello recordó su Valparaíso natal:

"Ese Valparaíso antiguo era austero y de una gravedad que daba miedo. Los caballeros, terriblemente respetables, usaban levita,... He leído la descripción de un Banco londinense por Dickens, que encuadra con esa visión de mi niñez. Se trata de la descripción del Banco Tellson... Todos eran viejos o se hacían viejos. Estaba prohibido reír"³².

Al fin de cuentas, como lo señaló permanentemente el banquero y ministro de Chile en Inglaterra Agustín Ross Edwards (1844-1926) sólo mantener la moneda fija era "el único régimen serio y honrado"³³.

La religiosidad conservadora, llevada de su extremo afán moralizador, exageró las notas del castigo antes que las de la alegría de la proximidad amorosa de Dios. El presbítero Rodolfo Vergara Antúnez vio la "ira de Dios" descargada sobre el Perú en el contexto de la Guerra del Salitre³⁴. Un manual de piedad publicado en Talca el año 1909 para los socios de la Sociedad de Obreros de San José, los conocidos como "josefinos", exhortaba a la conversión: "¡Ah! ¡miserable pecador! ¡Cómo es posible que puedas reír, que puedas reposar! si en esta noche se corta el hilo de esta tu frágil vida: ¿a dónde vas a parar? Al infierno; al infierno. ¡Y tú no piensas en ello; y tú no temes; y tú vives seguro! ¡Pobre de tí! Es evidente que te ha cegado tu pecado. El fuego ya está encendido, no falta más que ser echado en él para arder eternamente, si no mudas de vida. ¡Oh Dios!"³⁵.

Los políticos conservadores, por supuesto, debieron reflejar esta seriedad del poder divino. El vicepresidente del Senado y canciller de la República tras la guerra civil y el derrocamiento del presidente Balmaceda, Luis Pereira, era un

³⁰ La "gente de razón" fue una forma común de designar en la época a la élite aristocrática. Un memorialista de esa élite recordaba las Navidades de su infancia: "Más tarde de la noche empezaban las zamacuecas, luego de haberse alejado 'la gente de razón'.", Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...*, Santiago, 1969, 36.

³¹ *Ibid.*, 32.

³² Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, Santiago, 1970, 30-31.

³³ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 585.

³⁴ Rodolfo Vergara Antúnez, *La ira de Dios*, en *El Estandarte Católico*, Santiago, 11.6.1880.

³⁵ Agustín M. Valenzuela, *Manual del josefino arreglado para uso de los socios de San José de la República de Chile*, Talca, 1909, 47-48. El tema del castigo de Dios recorrió el discurso conservador de la época. La guerra civil de 1891, la epidemia de 1905, el terremoto de 1906, fueron signos del castigo de Dios por la transgresión de sus preceptos, cfr. *El Porvenir*, Santiago, 2.9.1891, 5.8.1905, 17.9.1906.

caballero “engolado, como si se hubiera tragado el bastón”³⁶. En 1881 los conservadores apoyaron la candidatura a la presidencia de la República del general Manuel Baquedano, un hombre “de rostro seco y severo”, “serio y siempre grave”³⁷.

El mundo liberal era también de una general seriedad y compostura. El ideal moral de las élites liberales era alcanzar la perfección a través de la riqueza y la ilustración. Difícil encontrar en ello un sentido del humor³⁸. Enrique Mac Iver fue un modelo para los cánones culturales elitistas de su tiempo. “Formado por tradición de raza y gusto personal en la escuela inglesa, la primera virtud que aprendió de ella fue la sobriedad; y, para ser sobrio, antes logró ser sereno... Su lenguaje, de una pureza absoluta: jamás se le oyeron palabras deshonestas”³⁹. Hemos mencionado también la falta de humor y de sentido de la ironía de Lastarria. El ministro de Hacienda y de Chile en Francia Enrique Salvador Sanfuentes era un personaje “grave y severo, de aspecto elegante y distinguido”, que “conservaba la rigidez y el empaque de los retratos de los antiguos oidores”⁴⁰. Y para el historiador liberal Diego Barros Arana, la historia debió ser “seria, grave, sensata y razonable”⁴¹.

El periódico *El Ferrocarril*, vocero de los ambientes laicos y liberales, y cuyo redactor-jefe fue en una época el radical Luis Orrego Luco, tuvo la fama de ser el periódico “más importante de Chile, y de tanta reputación e importancia entre nosotros como el *Times* de Londres en Europa”⁴². Él daba el buen tono de las buenas costumbres de la sociedad oligárquica. En 1880 anunció que, después de la Guerra del Salitre, Chile asumiría el papel de regenerar naciones como el Perú y Bolivia, inculcándoles “amor al trabajo”⁴³. En 1886 condenó la celebración carnavalesca de la chaya por considerarse “en riña abierta con la buena educación”⁴⁴. En 1892 se quejó que en los “meetings” callejeros hubiera “gritos injuriosos e impropios de la compostura que deben revestir las manifestaciones populares”⁴⁵.

La seriedad aristocrático-burguesa se destacó como un ideal cultural de la élite en contraste con el estilo cultural de los grupos y sociedades subalternas o subalternizadas. Al fin de cuentas, la seriedad de la élite resaltaba como un valor superior ante las formas “poco serias” e inferiores de campesinos, obreros, indígenas o mestizos del propio país o del extranjero. Estas formas culturales eran, consciente o inconscientemente tachadas de “ridículas”, esto es, risibles. La mitología de la seriedad dividió, con un racismo y un clasismo flagrantes, a la “gen-

³⁶ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 175.

³⁷ *Ibid.*, 229, 559.

³⁸ Una exposición del *ethos* liberal en 1875 se puede ver en Jean Gustave Courcelle Seneuil, “Compendio de moral racional”, *Revista Chilena* II, 1875, 418-465. Del mismo autor, *Filosofía moral. La urbanidad*, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1880, 424-429.

³⁹ Sergio Moreno SCH., *Chilenos eminentes. Enrique Mac Iver*, en *Zig-Zag*, s.a., 63.

⁴⁰ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 223, 245.

⁴¹ Francisco Antonio Encina, *La literatura histórica chilena*, Santiago, 1935, 60.

⁴² Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1984, 73, 79.

⁴³ *El Ferrocarril*, Santiago, 11.1. 1880.

⁴⁴ *El Ferrocarril*, Santiago, 10.3.1886.

⁴⁵ *El Ferrocarril*, Santiago, 28.7.1892.

te de razón" de los otros. Mientras la racionalidad pareció patrimonio de la élite, el instinto animal y el mundo de las pasiones fue el patrimonio amenazante de indígenas y mestizos. Allí podía abundar sin cortapisas la risa. Como decía el refrán adoptado por la aristocracia, "la risa abunda en la boca de los tontos"⁴⁶. El mundo indígena era, desde las observaciones ilustradas del siglo XVIII, un mundo de risas sin sentido o estrepitosas. En 1911 Tomás Guevara dijo de los Mapuche: "El araucano ríe de ordinario con estrépito; rara vez con la moderación del civilizado... Los narradores cautivan la atención de niños y grandes, los enternecen, atemorizan o alegran hasta hacerlos estallar en estrepitosas carcajadas"⁴⁷.

El rechazo de la élite a la sociedad y cultura indígenas como "poco serios", insolventes o "ridículos" fue determinante en la época. Recaredo Tornero escribió de los indígenas: "Como si consultara a los dioses, [el adivino] se entrega entonces a contorsiones ridículas, gritos descomunales, invocaciones fingidas y actos de delirio..., los indios bailan, brincan, beben, ríen, aúllan en su rededor"⁴⁸.

Desde el punto de vista de la seriedad aristocrático-burguesa, la fiesta popular -con sus aspectos cómicos y libertarios- fue específicamente el lugar más "poco serio" de la vida de la población mayoritaria del país. La realidad inquietante de la chingana puso a cada momento en peligro la solidez moral que intentaba establecer la oligarquía en Chile. En 1832 esta instancia festiva ya fue duramente considerada por Andrés Bello en su periódico *El Araucano*. Las chinganas reducían la capital de Chile "a una gran aldea"⁴⁹. Para Vicuña Mackenna "las chinganas de los bárbaros son el cúmulo de todos los horrores y de todas las inmundicias de la humana depravación"⁵⁰. El vicario del arzobispado de Santiago Manuel Antonio Román definió con rasgos vergonzosos la imbatible chingana hacia 1910:

"Es la taberna española..., y a la cual acude la gente que gusta de la jarana,... lo característico de la chingana es la mala alegría que en ella reina, el vicio, que juega y ríe en ella con cara de Mefistófeles; es, en pocas palabras, la casa del holgorio y de la juerga española. La etimología es el vocablo quichua *chincani*, esconderse, desaparecer... Y, cristianamente hablando, ¿no se pierden también la vergüenza, el honor, las buenas costumbres, el dinero, y, lo que es peor, las almas, en las modernas chinganas?"⁵¹.

De acuerdo al publicista conservador Pedro N. Cruz, colaborador de la *Revista de Artes y Letras* entre 1884 y 1891, todo la expresión poética del pueblo

⁴⁶ Todavía en 1936 encontramos publicado en Santiago un manual de urbanidad europeo del siglo XIX que enseñó: "Está permitido bromear y reír cuando la hora y la ocasión sean propicias; pero nunca lo será poner en ridículo cosas sagradas o respetables. Las gentes que a menudo hacen reír, también ofenden muy a menudo de manera que vale más abstenerse de conversaciones irónicas, de levantar la voz, de andar imitando las maneras de los otros", Josep Pin y Soler [1842-1927], *Reglas morales y de buena educación*, Santiago 1936, 21.

⁴⁷ Tomás Guevara, *Folklore araucano*, Santiago, 1911, 8, 24.

⁴⁸ Recaredo Tornero, *Chile ilustrado*, Valparaíso, 1872, 362.

⁴⁹ *El Araucano*, Santiago, 69, 7.1.1832.

⁵⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, Santiago, 1939, II, 433.

⁵¹ Manuel Antonio Román, *Diccionario de chilenismos*, Santiago, 1908-1911, II, 39.

estaba cautiva y degradada por el ambiente de la chingana. En 1916 denunciaba "el espíritu de pura jarana y bochinche de nuestra poesía popular". "Nuestra poesía popular, en sus diversas manifestaciones, tonada, zamacueca, canción, coplas, está más o menos directamente destinada a ser cantada en las chinganas del campo y en las casas de remolienda de las aldeas y suburbios". Al fin de cuentas, la poesía popular chilena estaba, de suyo, ayuna de sobriedad. Era una poesía alcohólica, báquica, sin compostura⁵².

Las expresiones de la religiosidad popular pasaban a ser "poco serias" al estar también asociadas a la vida de la chingana. Esta percepción de la élite cundió después de 1880. Vicuña Mackenna ya había señalado en su momento: "La famosa [congregación] de Andacollo ha sido y continúa siendo el tipo de este escándalo, [con] borracheras, disoluciones, derroches al juego y todos los demás apéndices de las saturnales de Navidad..."⁵³.

El máximo desafío de la elite fue, por lo menos, trazar una frontera, ojalá infranqueable, entre la "seriedad" y compostura de su refinada cultura, y las formas simbólicas "inferiores" del mestizaje indígena-ibérico. Un corte entre la razón de la élite y la pasión y el instinto de la sociedad popular. Ésta fue, como sabemos, la política cultural de Vicuña Mackenna. Como intendente de Santiago hacia 1873 prohibió entrar con poncho a la plaza de Abastos y al Parque Cousiño. Prohibió asimismo el sombrero de "motemei" a los conductores de los ómnibus y excluyó, en fin, a los "rotos" de ciertos paseos públicos⁵⁴. El político y empresario conservador Antonio Subercaseaux Vicuña (1843-1911), miembro del directorio del Partido Conservador y de la Sociedad Nacional de Agricultura, comprobó con estupor cómo la "rotería" invadió los cuidados espacios del parque Cousiño para la celebración de las Fiestas Patrias de 1885. En las páginas de *El Estandarte Católico* el prestigioso representante de la élite ilustrada expuso su temor de verse sobrepasado con creces por los mestizos indígena-ibéricos:

"[Varas] de topear donde había grupos de heliotropos y rosas, toderías empapeladas con *El Padre Padilla* [periódico de caricaturas de Juan Rafael Allende] donde las acacias embalsamaban el aire con el aroma de sus flores, huasos enfurecidos por el anisado ocupando el lugar de la gente culta, y rabonas libidinosas donde le correspondía estar a la mujer honesta:... Triste gloria es la del mandatario [alusión al Presidente liberal Santa María] que, inspirándose en los acordes del rabel, levanta la compuerta de los arrabales para que vengan sus peores habitantes a talar con las llantas de los carretones cerveceros y con los zapateos de las resbalosas, los céspedes cultivados durante veinte años con el fin muy principal, entre otros, de dulcificar los gustos de un pueblo agreste y demasiado inclinado a los entretenimientos de rompe y rasga.

⁵² Pedro Nolasco Cruz, *La poesía popular chilena* [1916], en *Estudios sobre la literatura chilena*, Santiago, 1941, II, 401-418.

⁵³ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, Santiago, 1939, II, 264-265.

⁵⁴ Estas medidas fueron criticadas por los adversarios políticos de Vicuña Mackenna como atentatorias de la libertad individual, cfr. Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea literaria, política i religiosa*, Santiago, 1873, II, 215-217.

El mayor mal consiste en el espectáculo repugnante que ofrecen a la vista de la juventud esos cuadros lúbricos de las chinganas y de los corrillos vinosos donde el alma es una mujer sucia [...] y donde los congregados forman el grupo más acabado de la orgía salvaje... Sólo podríamos sentir en esos momentos la vergüenza de aparecer a los ojos de los extranjeros que visitan la capital en los días del aniversario, como projenie corregida y aumentada de los Quilapanes y de los Catrileos. No faltan adoradores convencidos de la barbarie y defensores ardientes de los ponchos listados, pero es menester que cambien de domicilio. Que se vayan a poner sus tiendas allá lejos, donde el tamboreo de arpas de raulí y las polvaredas de los indios [o 'lachos', texto defectuoso] se encubran sin ser vistas ni sentidas por la gente civilizada. Que se les construya una pampa en el resbalón. La capital no puede quedar a la merced del libertinaje popular...⁵⁵.

En 1911 con una similar indignación el político conservador Rafael Luis Gumucio denunció a la Universidad de Chile por albergar en sus publicaciones oficiales y "serias" el hablar "torpe, grosero, repugnante, nauseabundo" del pueblo chileno. En las páginas de *El Diario Ilustrado* denunció a los investigadores del folklore estudiosos de tales despropósitos como unos personajes "ridículos"⁵⁶. Al fin, el ministerio del Interior ordenó retener la distribución de la publicación universitaria. Mal que mal, como decía un sesudo estudio "filosófico-histórico" publicado en Santiago en 1914 sobre la persona y la obra de Jesucristo, éste jamás se había reído. Igual que Manuel Monti⁵⁷.

2. "MI NOMBRE DE PILA ES ROMPECADENAS":

LA CULTURA CÓMICA POPULAR Y LOS INICIOS DE LA LITERATURA SATÍRICA EN EL SIGLO XIX

Las formas culturales recién descritas se impusieron a contrapelo de la expresiones culturales mayoritarias del pueblo de Chile. La gran mayoría de la población obedecía al espíritu festivo de las tradiciones mestizas indígena-ibéricas, y aun africanas, conformadas durante los siglos XVII y XVIII. No podemos decir que esta

⁵⁵ Antonio Subercaseaux, *El Dieziocho. Aquí está Silva*, en *El Estandarte Católico*, Valparaíso, 23.9.1885. Años después, Antonio Subercaseaux era partidario de dar una "patada" al círculo de no-caballeros que rodeaban al presidente Balmaceda, cfr. Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago 1984, 137. Por su parte, para él los campesinos vivían en la "ausencia completa de esos agentes de la vida civilizada que se llaman religión, justicia, escuela y sociabilidad". Marcial González y otros, *Condición de los trabajadores rurales en Chile*, Santiago, 1876, 5.

⁵⁶ L.S.O. [seudónimo de Rafael Luis Gumucio], *Una vergüenza*, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23.8.1911, *¡Muy científico!*, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 25.8.1911, *Las adivinanzas obcenas*, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27.8.1911. El periodista conservador atacó una publicación de adivinanzas coleccionadas en la Sociedad de Folklore de Chile. En su crítica apuntó: "[Varias] de las adivinanzas colectadas ni siquiera son populares chilenas sino que han sido tomadas de periódicos de caricaturas i escritas por algún ingenioso bebido i trasnochado". *El Diario Ilustrado*, Santiago, 25.8.1911.

⁵⁷ Carlos José Degenhardt, *Jesucristo y su obra. Estudio filosófico-histórico*, Santiago, 1914, 319.

cultura popular no fuera 'seria' —así caeríamos en los estrechos prejuicios de la Ilustración—, pero sí que daba rienda suelta a las expresiones cómicas y satíricas con toda naturalidad. Sin las objeciones y las gazmoñerías de la cultura de élite.

Desde la época de la Independencia, y con la caída del otrora prepotente Imperio español —recargado al fin de sus días con la gravedad de la Ilustración que heredaría la república—, se fueron creando contradictoriamente espacios en la sociedad y en la mente que dieron cabida al espíritu burlesco y bufonesco de la cultura cómica popular. Los observadores extranjeros lo señalaron a propósito de las sátiras contra el clero ilustrado y politizado a favor de la monarquía extinguida. F. B. Head observó acerca de Chile en 1826: "El poder clerical ha disminuido muchísimo desde la Revolución. Los sacerdotes no son respetados; casi todos tienen familia y llevan las vidas más disolutas... El vulgo ríe de su inmoralidad"⁵⁸. Otro oficial inglés de paso por Chile entre 1821 y 1829 describió esta interesante nota acerca de la poesía popular satírica y sus inesperados mecanismos para sobrevivir a los instrumentos represivos:

"Uno de estos trovadores [populares], que gozaba de gran favor en el público, conocido con el sobrenombre de La Monona, por una tonada que a diario se le pedía cantase, compuso tal número de versos satíricos, con alusiones a las monjas y frailes, que los priores y abadesas hubieron de preocuparse del asunto, y se valieron de sus influencias para que se encerrase al infeliz cantor en la Casa de Corrección. Pronto, sin embargo, fue sacado de allí por intermedio de un cacique araucano llamado Venancio que se hallaba en Santiago, y se había entretenido con el cantor"⁵⁹.

La trova de origen hispano y el respaldo indígena se aunaban en esta cultura que no podía desmentir los favores del rico mestizaje que lo constituía por siglos. La copla de origen andaluz había salpicado de irreverencia hasta la seriedad supuesta de la muerte. María Graham en 1822 recogió versos campesinos en este sentido: "Hay varias letras para el *cuándo*, y en la tierra en que se habla el lenguaje de Sancho Panza algunas son burlescas:... *Cuándo yo me muera / no me lloren los parientes / llórenme los alambiques / donde sacan aguardiente*"⁶⁰. La mirada bufonesca frente al clero tenía larguísima antecedentes medievales y en la sociedad campesina de Chile esto fue lo común y corriente. En 1844 en su polémica *Sociabilidad chilena* Francisco Bilbao publicó los versos satíricos más conocidos al respecto:

*El cura no sabe arar
ni sabe enyugar un buey
pero por su propia ley
él cosecha sin sembrar.*

⁵⁸ Francis B. Head, *Las Pampas y los Andes. Notas de viaje* [Londres 1826], Buenos Aires, 1920, 126.

⁵⁹ *Memorias de un oficial inglés 1821-1829*, citadas en Eugenio Pereira Salas, *Los orígenes del arte musical en Chile*, Santiago, 1941, 253.

⁶⁰ María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago, 1953, 124-125.

*Él para salir a andar
poquito o nada se apura
tiene su renta segura
sentadito descansando
sin andarse molestando
nadie gana más que el cura*⁶¹.

El año 1866 Adolfo Valderrama en su *Bosquejo histórico de la poesía chilena* llamó la atención acerca de esta antigua tradición bufonesca de la poesía popular que pasaba de la reverencia a la irreverencia sin mayores dificultades con relación a los clérigos:

“Nuestros bardos populares tienen una fisonomía singular; van a oír misa, pero eso no quita que le hagan una décima burlesca al cura que la dice; son una mezcla estraña de credulidad y de escepticismo, que se explica sin embargo... Compadre, decía un pallador a un amigo suyo, a este cura maldito se le ha puesto en la cabeza darnos una corria de ejercicios; así es que la jarana la ejaremo pal día que salgamo”⁶².

En su *Diccionario de chilenismos* de 1875 Zorobabel Rodríguez no tuvo más que incluir las formas poéticas bufonescas que las autoridades coloniales en otro tiempo habrían censurado de una vez. Los versos contradicen a su modo su propia idealización del “roto” como un descendiente de vizcaíno taciturno y reservado:

*Vamos remoliendo mialmas
que el infierno se ha vuelto agua
los diablos se han vuelto pejes
y los condenados taguas.*

*Aleluya dijo el cura
por comerse las ayuyas
y el sacristán dijo amén
para tocar él también*⁶³.

En 1909 Ramón Laval comprobó en el lenguaje popular parodias cómicas del latín eclesiástico, como se empleaban desde la Edad Media:

*Dominus vobisco
en el poto te doy un pellizco.*

⁶¹ Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena* [1844], en *Obras completas*, Santiago, 1897, 1, 22.

⁶² Adolfo Valderrama, *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, Santiago, 1866, 148.

⁶³ Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de chilenismos*, Santiago, 1875, 24, 419.

*Orate fratres,
debaje del catre hay un futre
tomando mate⁶⁴.*

El mismo investigador publicó en 1916 las coplas bufonescas del folklore chileno con las clásicas referencias al infaltable "buen comer" de los clérigos y frailes:

*Los frailes de San Francisco
plantaron un higueral
¡Buenos en los frailes, rediablos,
qué brevas no comerán!⁶⁵*

Los registros que se disponen del folklore chileno del siglo XIX proporcionan invariablemente la imagen de una cultura cómica popular con grandes rasgos imaginativos y burlescos. En las letras de las "zamacuecas" recogidas en la época comprobamos un universo lúdico que rompe con las fórmulas patriarcales de la cultura de la élite. Allí campeaba un tiempo y un espacio hilarante, espontáneo, móvil, personal, liberador, propios de un mundo rural y mestizo. En 1903 fueron publicadas unas letras de "zamacuecas" recogidas de labios de las "cantoras" por el escritor Román Vial (1833-1896):

*No seas tan descarado,
hijito, para mirarme
porque mi madre no deja
un momento de catearme.*

*Si la vieja supiera
cuánto te quiero
me mataría a palos
con el plumero.*

*Con el plumero mi alma
y es bien sabido
porque ya varias veces
me ha sucedido.*

*Cierto tondondoré,
al otro pie. /...⁶⁶.*

⁶⁴ Ramón Laval, *Del latín en el folklore chileno*, en *Anales de la Universidad de Chile*, 112, 909, 939-940.

⁶⁵ Ramón Laval, *Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916, 108.

⁶⁶ Román Vial, *El 19 de septiembre, Segunda parte*, Santiago, 1903, 13-15.

En el universo lírico del pueblo la realidad y la fantasía se codeaban amigablemente para hacer estallar un espacio sin límites donde el pueblo reencontraba eufórico su paraíso perdido:

*Del cielo cayó un carnero
de los corrales de Dios
y del porrazo que 'e dio
enterró l'asta en el suelo
mi mamita hizo un puchero
¡Apesta qué estaba bueno!*⁶⁷

Sin tener las cortapisas moralizadoras de la Ilustración la cultura cómica popular del siglo XIX pudo manifestarse libremente en todos los ámbitos de la vida. Incluso en el ámbito tan reprimido y cauteloso de lo religioso tal como lo entendió la élite aristocrática. La religiosidad popular incluyó aspectos cómicos y grotescos que la nueva sensibilidad elitista no pudo aceptar. La Navidad fue durante el transcurso completo del siglo una celebración de excesos festivos. De risotadas y carcajadas. No sólo de las leves sonrisas permitidas por los manuales de urbanidad. En 1878 anotaba una crónica periodística sobre la Navidad en Curicó: "Las risotadas atronaban el espacio y lo menos que perdía el tal prójimo, era la manta y el sombrero"⁶⁸. En Valparaíso señaló un periódico en 1892: "La ruidosa fiesta de Navidad con su numeroso cortejo de risotadas..., acaba de pasar"⁶⁹. Otra crónica sobre la misma fiesta en Santiago en 1896 estampó: "[En] todas partes, el pueblo riendo a carcajadas, empujándose y rebosando de alegría"⁷⁰. Aun en Melipilla en 1912 la fiesta del nacimiento del Niño Jesús mantuvo estas características: "[En] uno de los templos de la ciudad se celebra la novena del Nacimiento, vistiendo a niños con disfraces de carnaval,..., y en actitud inconveniente para la Casa de Dios [sic], con ademanes grotescos, risotadas, sonajeras y alaridos,..."⁷¹.

Las representaciones sobre los "judíos", como símbolos de la explotación del pueblo, tenían una procesionalidad y una teatralidad bufonesca que las autoridades republicanas decidieron reprimir. En 1843, comentando las medidas de la intendencia de la capital en relación a la Semana Santa, se escribió en *El Progreso*: "Hubiéramos visto a nuestras gentes del pueblo, y a los niños apiñarse en torno de los grupos representativos, para admirar la pata torcida de un judío, la joroba del otro, las narices prominentes de éste, y los ojos saltados de aquél, con grande risa de la muchedumbre y no poca mortificación de los hombres sensatos,..."⁷². Con todo, el ritual de la quema de Judas continuó como una expresión de esta risa asociada al término feliz de la Semana Santa a lo largo de todo el siglo XIX. En Concepción se publicó una descripción hecha en 1893: "En las calles se entregan los muchachos al más loco regocijo; estallan por doquiera

⁶⁷ Ramón Laval, *Contribución al folklore de Carahue*, Madrid, 1916, 39.

⁶⁸ *El Curicano*, Curicó, 31.12.1878.

⁶⁹ *El Pueblo*, Valparaíso, 2.1.1892.

⁷⁰ *La Noche Buena en Santiago*, en *El Chileno*, Santiago, 25.12.1896.

⁷¹ *El Comercio*, Melipilla, 29.12.1912.

⁷² *El Progreso*, Santiago, 15.3.1843.

los cohetes y en muchas casas arde entre estallidos de voladores y risas de los chicos que bailan a su alrededor un miserable Judas de paja y papeles colgado de un árbol⁷³. Una crónica sobre la fiesta en Melipilla en 1913 escribió: "¡Y es de ver el alborozo de los preparativos de la escena y las risotadas y contentamiento general con que acojen las piruetas y contorsiones del ajusticiado!"⁷⁴. Toda una tradición cómica en relación al gozo de la resurrección se estampó en la crítica a los "judíos": "El pueblo espontáneamente toma parte en el sainete, como lo hace siempre que se le presenta la oportunidad de lucir su humorismo, para el cual no tiene competidor posible. —¡Contesta, pues, patilludo!— le dice a Judas uno del montón... El fuego continúa haciendo su obra y en pocos momentos el Judas a deshacerse parte por parte dándole oportunidad al pueblo para el derroche de sus chistes más ingeniosos"⁷⁵.

José Joaquín Vallejo no pudo olvidar en 1846 las formas populares y bufonescas de la celebración de Corpus Christi antes que llegara el estiramiento ilustrado:

"Teníamos también la gresca del toro y los caballitos, los gigantes y la tarasca, las mínimas y los cojuelos, que iban allí a hacer mil graciosos mimos y no menos raterías y obscenidades. Todavía hay quien suspira por ver, en esta función, aparecerse vestidos de cojuelos con pellejos, lazos y cencerros al tío Cajeta y al tío Juan Guata, caballerosos en la burra negra del tío Pinto; los cuales tíos y burra negra ejecutaban en la plaza las más estupendas diabluras..."⁷⁶.

La importancia de la risa ritual se vio reflejada en las imágenes populares más celebradas. En 1887 un observador advierte la creencia que la "China" de Andacollo "se ríe de contento"⁷⁷.

Las danzas no escaparon al espíritu cómico y festivo de una sociedad popular que se enriqueció con nuevas formas de expresión cultural en el siglo XIX. La "zamacueca", de la cual hemos visto ya sus letras burlescas, fue en este sentido una revolución coreográfica asociada al fin de la dominación colonial. Por estas connotaciones fue parte de una cultura cómica popular en expansión. En 1892 se escribió en un periódico de Valparaíso a propósito de la Navidad: "Y probablemente no han de faltar en algunos hogares la popular zamacueca, con sus consiguientes piruetas, saltos, cabriolas y contoneos"⁷⁸. No es casualidad que el *Chile ilustrado* de Recaredo Tornero haya dicho del popular baile en 1872: "Este baile, gracioso de por sí cuando es bailado con moderación, degenera en una torpe payasada cuando los danzantes pertenecen a la última clase del pueblo y los anima más de lo necesario la chicha o el ponche"⁷⁹. La aristocracia para in-

⁷³ *El País*, Concepción, 29.3.1893.

⁷⁴ *El Comercio*, Melipilla, 23.3.1913.

⁷⁵ Carlos Fernández Freite, *El Judas de San Ramón*, en *La confesión del Diablo y tradiciones regionales*, Santiago, 1936, 173-174.

⁷⁶ José Joaquín Vallejo, *Corpus Christi*, [*El Copiapino*, Copiapó, 14.6.1846], en *Antología*, 1970, 77.

⁷⁷ Eugenio Choteau, *Informe sobre la provincia de Coquimbo*, Santiago, 1887, 30-34.

⁷⁸ *El Pueblo*, Valparaíso, 24.12.1892.

⁷⁹ Recaredo Tornero, *Chile ilustrado*, Valparaíso, 1872, 484.

terpretar el baile nacional lo transformó en una respetable danza de salón. Alberto Blest Gana recordó que la élite bailaba la zamacueca "con gran seriedad en el rostro y compostura en los movimientos, como ha de ser la zamacueca de sociedad"⁸⁰.

Algunas letras de antiguas "zamacuecas" reflejaron la comicidad libertaria del tiempo en que esta innovación coreográfica irrumpió en los escenarios y las fondas chilenas:

*Se fregaron las Españas
con su rey de hoja de lata
quiso el león hacer hazañas
y lo ataron de las patas*⁸¹.

La élite nunca olvidó, en todo caso, que las danzas populares, como evidentemente lo era la "zamacueca", eran inquietante expresión de las "pasiones todas del hombre primitivo, especialmente de los negros e indios", como señalara Vicuña Mackenna en 1882⁸².

La cultura cómica popular del siglo XIX con sus evidentes componentes libertarios fue cuidadosa y magistralmente recogida por Alberto Blest Gana. En su abundante obra literaria, casi etnológica, podemos asomarnos al mundo real de la cultura mestiza o mulata con sus "risotadas". "[Las] voces y risotadas en que la alegría popular desahoga el fuego de su contento y el exceso tumultuoso de su robusta vitalidad", como escribió en 1897⁸³. Él mostró al pueblo burlándose de las imágenes de la religión oficial, como el patrono ecuestre de la ciudad de Santiago: "¡Agárrese, patrón; no hay que comprar sitio por nada! ¡Eso es, ya se le alborotó el manco; sujétele la rienda, patroncito!"⁸⁴. Los personajes populares, "Callana", "Cámara", de su obra *Durante la Reconquista* de 1897 fueron expresiones de la comicidad libertaria que caracterizó la vida cotidiana de un pueblo que no se sometió fácilmente a los cánones de gravedad de la aristocracia. Como el mulato José Retamo, "Callana":

"[Retamo] terminó con una ruidosa carcajada, agitando su gordura sobre el taburete; levantando con la risa los pies,... Retamo celebraba con grandes risas su propio chiste, lo que hacía agitar su abultado abdomen con movimientos convulsivos...y como su popularidad le había hecho llegar a poder tomarse toda especie de libertades con los caballeros de sangre azul, daba rienda suelta a su espíritu picaresco y a la latente rivalidad del hombre de color con los blancos, aprovechando toda ocasión de decir una gracia a costa de algún noble, como plantan

⁸⁰ Agregaba la narración: "Lucho Carpesano tamboreaba sobre la guitarra,..., y animaba a los bailarines con voces de jaleo, que no siempre correspondían por su decencia al rigorismo de los oyentes, y que hacían mirarse ruborizadas a prima Catita y prima Clea". Alberto Blest Gana, *Durante la Reconquista* [1897], Santiago, 1955, I, 220.

⁸¹ Antonio Acevedo Hernández, *La cueca*, Santiago, 1953, 342-343.

⁸² Benjamín Vicuña Mackenna, *La zamacueca y la zanguaraña*, Santiago, 1882.

⁸³ Alberto Blest Gana, *Durante la Reconquista*, Santiago, 1955, I, 14.

⁸⁴ *Ibid.*, I, 24.

los picadores sus banderillas sobre el lomo del toro, con gran contentamiento del público”⁸⁵.

La figura de “Cámara”, descendiente del “conquistador hispanoarábigo y de araucano”, reveló asimismo los resortes de un mestizaje cultural que más que tener el estigma de las “sangres impuras” tenía la virtud de los “livianos de sangre”: “Las risas descompasadas y los chistes populares daban un aire de fiesta a la llegada de Cámara y dejaban sentir lo contagioso de su buen humor y de esa cualidad indescriptible de ‘ligero de sangre’ que poseía en alto grado”⁸⁶. En muchos sentidos en “Cámara” se reencuentra históricamente la picardía legendaria de Pedro Urdemales⁸⁷.

Al fin de cuentas, no podemos escabullir un hecho mayor. La cultura cómica popular fue el telón de fondo que jamás pudo evitarse la propia élite aristocráticoburguesa con todo su racismo y sus aires de superioridad. En el fondo de su alma y de su conciencia sabía que era observada por la risa abundante de un pueblo imaginativo y bufonesco. Benjamín Vicuña Subercaseaux escribió en 1903: “Una de las características del ingenio chileno es la burla, una burla espontánea, un maravilloso instinto para encontrar el lado flaco de los hombres y las cosas... Del mismo modo, la imaginación del pueblo es alegre y bufona;...”⁸⁸.

Y cuántos lados flacos tenía el proyecto cultural de la élite. Al fin, era un flaco proyecto. Construido en una sola dirección: de espaldas al pueblo. Con una política exclusivamente asimilacionista en relación a los otros. Y con un afán de seriedad impostada que revelaba un escaso gozo de vivir.

La cultura cómica popular fue, desde sus orígenes, y también en el siglo XIX, una cultura oral y gestual. Una cultura que no se encuadraba en los moldes letrados, en las “letras de molde” de la Ilustración. Su campo propio era la teatralidad, la literatura oral, la danza, la poesía cantada. Sus lugares preeminentes estaban articulados en relación a las fiestas públicas y religiosas donde el cuerpo del pueblo lograba estirarse o revolverse a sus anchas como en una pública borrachera.

La risa del pueblo había que oír, no leerla. Daniel Riquelme, o *Inocencio Conchalí*, relató en 1903: “Los rotos seguían como una bandada de choroyes. Hablaban a gritos y reían a toda boca... [Me] fui disfrutando de la abundosa y espontánea algarabía de aquellos sujetos... El valle se llenó de carcajadas”⁸⁹.

En ningún caso fue fácil que esta cultura dejara sus propias huellas digitales en los espacios del papel prensado y reglamentado. Recordemos que en 1885 sólo el 28,9 por 100 de la población de Chile estaba alfabetizada⁹⁰. El campo del periodis-

⁸⁵ *Ibid.*, I, 192-193.

⁸⁶ *Ibid.*, I, 161. Sobre el tema, un antiguo trabajo de Mariano Latorre, *El pueblo chileno en las novelas de Blest Gana*, en *Atenea* XXIV, 100, 1933, 180-197.

⁸⁷ “Cuando se leen, ..., las hazañas del roto Cámara, es como penetrar en el escenario del ‘Diablo Cojuelo’ o en un extraño universo donde reinan a un tiempo —y encarnados en un solo ser— el soldado anónimo de las grandes batallas y la bellaquería de un Pedro Urdemales”. Hernán Poblete Varas, *Alberto Blest Gana y su obra*, Santiago, 1995, 218.

⁸⁸ Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Un país nuevo. Cartas sobre Chile*, París, 1903, 182-183.

⁸⁹ *Inocencio Conchalí* [Daniel Riquelme], *Artículos escojidos*, Santiago, 1903, 19-20.

⁹⁰ Leslie Bethell ed., *Historia de América Latina. 10. América del Sur, c. 1870-1930*, Barcelona, 1992, 183.

mo estuvo fundamentalmente reservado a los intelectuales "serios". Los nombres de los periódicos del siglo XIX en Chile dan una impresión cabal de los cánones éticos y estéticos de la oligarquía letrada. *El Progreso*, *El Ferrocarril*, *El Porvenir*, *El Estandarte Católico*, *La Revista Católica*, *La Libertad Electoral*, *El Mercurio*, no fueron sólo títulos de periódicos. Fueron los emblemas literarios de una aristocracia que imponía su voz en la república. Ojalá con un prestigio comparable con el de Europa⁹¹.

La cultura cómica popular sólo accedió en los espacios de la literatura de cordel donde los poetas o "puetas" populares utilizaron el formato de las hojas de periódicos "serios" para comunicar por escrito su imaginación desbocada y jocosa donde el cuerpo se aflojaba sin censuras:

*Una conductora lacha
Le dijo a su compañera
Un zancudo chiquito
De buena gana tuviera.*

*Yo lo tuviera, sí,
Por prenda mía,
Para hacerle cariño
Día por día.*

*Día por día, sí,
Es evidente,
Si me le atraco mucho
Habla la jente.*

*Así es vida, señoras,
Las conductoras⁹².*

*Una vez que me templé
la muchacha me abrazó
del apretón que me dio
de puro amor me cagué⁹³.*

La cultura cómica popular logró sólo en contadas ocasiones producir periódicos que por sus títulos reflejaban ya un mundo "no-serio", contradictorio con el de la aristocracia. Entre los más destacados habría que nombrar *El Ají*, publicado entre 1889 y 1893 por el obrero tipógrafo nacido en Limache Hipólito Olivares, y, aún más reconocido, *El José Arnero*, publicado entre 1905 y 1914 por el poeta popular nacido en Lo Cañas Juan Bautista Peralta (1875-1933).

⁹¹ Puede verse la descripción que hace el representante de la prensa "seria", Luis Orrego Luco, *La prensa en Chile*, en *Chile contemporáneo*, Santiago 1904, 173-186. Ahí no tiene cabida la prensa cómica ni la prensa popular.

⁹² Micaela Navarrete, *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, Santiago, 1998, 177.

⁹³ Verso del poeta popular Daniel Meneses, en Maximiliano Salinas, *Risa y cultura en Chile*, Santiago, 1996, 27.

El Ají sacaba de cinco a diez mil ejemplares y sólo era leído por los "rotos". La prensa conservadora, como *El Chileno*, lo consideraba en 1892 un "periodicucho de mala muerte". En 1890 salió en defensa de las costumbres carnavalescas de la chaya⁹⁴. Cuando se prohibieron las fondas en el Parque Cousiño en 1892 *El Ají* sentenció: "Nuestros gobernantes a toda costa quieren moralizar al pueblo, pero habrían de principiar por moralizarse ellos mismos"⁹⁵. Pretendió expresar el sentir popular de modo autónomo con respecto a la élite. En relación al conocido político que apoyo la sublevación de la Escuadra contra Balmaceda en 1891, Waldo Silva, expresó: "Waldo Silva está muy enfermo. Los "prostitucionales" quieren que se lo lleve Dios para canonizarlo santo, los balmacedistas desean que se lo lleve el diablo cuanto antes y *El Ají* dice que se vaya a la misma mierda"⁹⁶. Sus preferencias políticas estuvieron, en todo caso, con el partido Democrático, o con la "Democracia" a secas, para dejar de ser gobernados los chilenos "por una casta u oligarquía, llámese ésta conservadora o banqueros o judaicas"⁹⁷.

El José Arnero expresó con mayor fidelidad la cultura popular gracias a la imaginación del "pueta" Juan Bautista Peralta. Alcanzó un tiraje de quinientos mil ejemplares en 1911. El título del periódico aludía a un personaje folklórico —el Diablo— pero ahora identificado con los "rotos": "José Arnero vino al mundo, roto, con chupalla y sin camisa, trayendo sobre su pecho desnudo esta única inscripción, grandiosa, soberbia y sublime: ¡Abajo los caballeros! ¡Arriba los rotos!"⁹⁸. También se identificó con la figura de "El Huaso Raimundo", un célebre bandido rural en 1911⁹⁹. A través de sus páginas el "pueta" Peralta imprimió sus cuecas anticlericales¹⁰⁰.

A medio camino entre la gran prensa "seria" de la élite aristocrático-burguesa y las formas de la cultura cómica popular se ubicó la enorme producción periodística y humorística de Juan Rafael Allende (1848-1909). Se podría decir que esta importante figura literaria del siglo XIX conoció los dos códigos. Allende observó atentamente tanto el mundo de la oligarquía como el del pueblo. Pero sus simpatías estuvieron a favor de este último. La originalidad de Juan Rafael Allende fue introducir una prensa satírica que, usando los grabados y la poesía, pudo acercarse y, en oportunidades, representar, sin grandes dificultades la cultura cómica popular oral y gestual de Chile. ¿Qué podía reflejar mejor en el papel impreso la cultura popular que el dibujo y la poesía? Su modelo fue, en gran medida, la prensa satírica europea de su tiempo. Pero, como sea, creó un mensaje ampliamente recepcionado por la sociedad popular contemporánea. Es un dato inestimable saber que las fondas del Dieciocho en el Parque Cousiño eran empapeladas con sus periódicos irreverentes (lo que fue denunciado por A. Subercaseaux en *El Estandarte Católico* en 1885). Sus caricaturas se pegaban

⁹⁴ *El Ají*, Santiago, 10.2.1890.

⁹⁵ *El Ají*, Santiago, 19.9.1892.

⁹⁶ *El Ají*, Santiago, 17.10.1892.

⁹⁷ *El Ají*, Santiago, 10.4.1893.

⁹⁸ *El José Arnero*, Santiago, 30.11.1905.

⁹⁹ *El José Arnero*, Santiago, 28.8.1911.

¹⁰⁰ *El José Arnero*, Santiago, 1.11.1909.

también en los hoteles, restaurantes y tiendas más populares de su tiempo¹⁰¹. Desde su humor satírico, se rió de la prensa grande y "seria" y de sus luchas. En sus manos *El Estandarte Católico* se transformó en "El Estandarte Colérico" y *El Ferrocarril* en "El Fiero-Carril"¹⁰².

La ambivalencia de su discurso estuvo en que a ratos pareció adquirir los rasgos y los valores del Estado oligárquico. Cierta moralismo o puritanismo excesivos, un nacionalismo militarista, fueron elementos que demostraron su dependencia con respecto al lenguaje de la elite. Alguna descalificación moralista de las fiestas populares coincidió básicamente con los cánones de la Ilustración¹⁰³. Con todo, el mejor legado de la obra de Juan Rafael Allende está determinado por su reconocido contenido libertario. En el mejor de los sentidos recogió tanto la comicidad libertaria de la cultura popular como los contenidos emancipatorios del pensamiento republicano. Desde allí terminó siendo un formidable crítico del orden aristocrático-burgués que reprimió tanto a la plebe como a las mismas tendencias revolucionarias o progresistas del pensamiento moderno. Con este ideario fue uno de los fundadores del partido Democrático, el primer partido antioligárquico de Chile. "Mi nombre de pila es Rompecadenas,..." escribió el autor satírico Juan Rafael Allende en las primeras páginas de las *Memorias de un perro escritas por su propia pata* en 1893¹⁰⁴. Y podríamos decir que, en lo mas hondo, esa fue la estrella del propio Allende. En una oportunidad el autor se vio obligado a definirse públicamente en las arenas de la política y de la religión: "[Tanto] en política como en religión, yo no me caso con nadie, realizando así el programa que constituye la aspiración de mi vida, a saber: que en Chile tenga el pueblo un órgano de publicidad verdaderamente imparcial e independiente... Soy y seré siempre *El Padre Padilla* libre, independiente, porque esta independencia y esta libertad me hicieron venir a la vida pública, y esta independencia y esta libertad son las que me merecen la confianza del pueblo chileno, desde Tacna hasta Tierra del Fuego"¹⁰⁵.

Su amor por la libertad lo llevó a criticar las relaciones autoritarias en los colegios. En 1884 criticó a un profesor del Instituto Nacional: "Pije imbécil, / si no quieres / de palos te dé un rosario, / No seas autoritario / con la humilde juventud"¹⁰⁶.

Juan Rafael Allende denunció a los funcionarios de la élite por su falta de humor. Así se burló de Antonio Varas por "no reír jamás"¹⁰⁷. O de los intelectuales que esgrimían, pomposos, "toda la seriedad de su carácter británico"¹⁰⁸. Otro gran rasgo que lo caracterizó fue su cercanía con la vida del pueblo. En un país donde el estado portaliano generó una distancia infranqueable ante los "rotos", sólo comprendidos como un oportunista "peso de la noche", Juan Rafael Allende vio en ellos a seres de carne y hueso, con sus penas y sus alegrías, con su palpable humanidad, con defectos y virtudes.

¹⁰¹ Así lo reconoció Leopoldo Castedo, *Resumen de la historia de Chile 1891-1925*, Santiago, 1982, 83.

¹⁰² *El Padre Padilla*, Santiago, 4.10.1884; 29.11.1884.

¹⁰³ *El Padre Padilla*, Santiago, 27.12.1884.

¹⁰⁴ Juan Rafael Allende, *Memorias de un perro escritas por su propia pata*, Santiago, 1893, 6.

¹⁰⁵ *El Padre Padilla*, Santiago, 5.9.1885; 8.9.1885.

¹⁰⁶ *El Padre Padilla*, Santiago, 9.12.1884.

¹⁰⁷ *El Padre Padilla*, Santiago, 16.10.1884.

¹⁰⁸ *El Padre Padilla*, Santiago, 20.9.1884.

La élite aristocrático-burguesa, como lo hemos visto en detalle, con su seriedad imperturbable no quiso saber de la vida cotidiana del pueblo común. La ignoró. Su estiramiento y su endurecimiento fue parte de su progresiva metalización. Y, por lo mismo, de lejanía progresiva ante los pobres y la realidad nacional. Allende escribió en las *Memorias de un perro escritas por su propia pata*: "Rico, dueño de aquella fortuna mal habida, me sentía medio presbítero, medio banquero, y por lo tanto, ingrato y poco querendón con las personas pobres de mi familia"¹⁰⁹. En los *Cuentos colorados por el diablo azul*, de 1886, había dicho: "[La] corrompida y metalizada aristocracia,... esta clase privilegiada donde se desconocen las santas leyes del amor espontáneo y desinteresado..."¹¹⁰.

Reconocer el amor espontáneo y desinteresado era volver a hallar la cercanía del otro. El valor del otro. Su sátira contra el extranjerismo adquirió su sentido humano. Se rió, en estos términos, de los compatriotas que no respetaban al semejante. A propósito de un dentista chileno, Rolando Basulto, que por "ser chileno y ser modesto" no tenía clientela, escribió: "Hágase llamar Mr. Rowland Bassoultoud y verá cómo las hermosas chilenas se van en masa a taparse los dientes a su gabinete"¹¹¹. Allende amaba las costumbres populares, y comprobaba con lástima cómo la aristocracia, sintiéndose dueña del país, alejaba a los chilenos de su propia tierra. Por esto criticó la pintura afrancesada y aristocratizada de Pedro Lira¹¹². En 1896, con ocasión de las fiestas patrias, escribió:

"Ya en la Alameda no tienen lugar aquellos típicos y alegres bailes populares, en los cuales mineros con sus parejas lucían sus habilidades coreográficas en la *paloma*, el *cuando*, el *maicito* y la enloquecedora *zamacueca*, bailados al son de arpa y vihuela y el inevitable tamboreo en la mesita con latas... Hoy la Alameda la invade la aristocracia y se destierra de ellos al Pueblo"¹¹³.

Al final de su vida, Juan Rafael Allende optó por el socialismo. De este modo extremó su identificación con los "rotos", víctimas del orden aristocrático-burgués que tanto combatió. Para sus contemporáneos su nombre fue la de un humorista formidable identificado con los intereses de la plebe. El periodista de la aristocracia "seria" Luis Orrego Luco lo recordó con un disimulado aire mezclado de desdén y admiración: "Juan Rafael Allende había sido periodista de grande ingenio y dudosa moralidad, redactor del periódico de caricaturas *El Padre Cobos* y después de *El Padre Padilla*, en los cuales reveló ingenio agudo y espíritu mordaz y terrible. Escribía con gran corrección artículos virulentos, bien pagados siempre"¹¹⁴. Por su parte, el periódico cómico popular *El Ají*, a propósito de la detención del periodista en 1893, dijo, manifestándole su solidaridad: "[El] gran periodista don Juan Rafael Allende [...] no ha tenido más delito que abrir los ojos al pueblo"¹¹⁵.

¹⁰⁹ Juan Rafael Allende, *Memorias de un perro escritas por su propia pata*, Santiago, 1893, 66.

¹¹⁰ Juan Rafael Allende, *Cuentos colorados por el diablo azul*, Santiago, 1886, 35.

¹¹¹ *El Padre Padilla*, Santiago, 23.12.1884.

¹¹² *El Padre Padilla*, Santiago, 9.12.1884.

¹¹³ *El Jeneral Pítilo*, Santiago, 22.9.1896.

¹¹⁴ Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, 1964, 226.

¹¹⁵ *El Ají*, Santiago, 10.4.1893.

FRAGMENTO DE LA NATURALEZA DE GOETHE

Ricardo Loebell *

"Ni una palabra más: aforismo perfecto".

José Bergamín

En un extenso estudio sobre Auguste Rodin, J. A. Schmoll¹ acerca al artista a Friedrich Nietzsche, no tan sólo por la contemporaneidad generacional entre ambos, sino que por la secreta analogía establecida entre el arte aforístico de Nietzsche y el arte del torso en Rodin. La aforística de Nietzsche no se deja agotar con explicaciones referente al Impresionismo simultáneo de la época. El aforismo (tal como se conoce desde la Antigüedad y en la Edad Media, pasando por la tradición de los moralistas franceses y españoles del siglo XVI al XVIII, los románticos alemanes y posteriormente Wittgenstein y Cioran) no es solamente monumentalización de apuntes de un bosquejo. Se puede comprender igual a un torso de Rodin, en su forma sustancial, como concentrado y extracto del pensamiento y la expresión. No es breve sino inconmensurable, pero pacta bien con el tiempo. A través de su forma concisa se hace presente la *no escritura*, semejante al torso y sus extremidades ausentes. Como fragmento refractario es resistente.

El fragmento aforístico aquí tratado fue dejando huellas apócrifas en la literatura alemana, por *ser y no ser* de Goethe, hasta que hubo certeza de la gestación autorial de Christof Tobler, en coincidencia con las ideas del poeta.

Este ensayo fue originalmente escrito en alemán y no pretende ser más que un fragmento traducido al español en conjunto con Sven Olsson-Iriarte². Fragmento de un *fragmento*: La parte de un todo, como el todo de una parte.

NATURALEZA QUE EN CADA INSTANTE LLEGA A SU FIN

Al ingresar a la casa natal de Goethe en Francfort del Meno, el visitante se encuentra en el segundo piso con un reloj astronómico, que fue ideado por el consejero de la Corte Friedrich Wilhelm Hüsgen y construido por dos relojeros en Neuwied (Rin) en el año 1750. Al detenerse ante este "maravilloso reloj", tal cual lo describe Goethe al final de su 4º libro de *Poesía y Verdad*³, se percibe que aquí se trata de algo que trasciende un mero instrumento de medición del tiempo.

* Académico en Ciencias, Filosofía y Estética, Universidad de Playa Ancha de Valparaíso y UNIACC de Santiago de Chile.

¹ J. A. Schmoll gen. Eisenwerth, "Torso und fragmentarische Form", *Rodin-Studien* (München, Prestel-Verlag, 1983), págs. 97-160.

² Mis agradecimientos a Inma Palomo por su asistencia en la organización bibliográfica.

³ *Johann Wolfgang Goethe, Dichtung und Wahrheit*, tomo I, 4º libro (Frankfurt/M, Insel Verlag, 1975), págs. 180 y sgtes.

Hüsgen como abogado, por ser calvinista, no podía ejercer su profesión en Francfort (Meno), dedicándose en su tiempo libre no tan sólo a proyectar el reloj, sino que también a iniciar a Goethe en matemáticas, mecánica y astronomía, como profesor particular. Así el joven Goethe pudo contemplar con asombro esta pequeña obra maestra en el corredor de la casa vecina, toda vez que él lo visitaba a sus clases. La precisión con la que el mecanismo propulsor mide el tiempo exacto hasta la fecha, habrá seguramente incitado a pensar ya en aquel tiempo al muchacho de 12 años de edad.

Después del gran terremoto en Lisboa, que produjo terribles devastaciones en el año 1755, surgió una crisis religiosa por toda Europa occidental. De esta manera se formulaba la pregunta, que cómo se podía imaginar la bondad divina pensando al mismo tiempo en las víctimas que yacían bajo los escombros. La *Teodicea* de Leibniz la cual define nuestra vida en el "mejor de todos los mundos" no lograba explicar este acontecimiento. Con el *Deísmo* hubo aquí un apoyo. Esta forma religiosa que se remonta a Herbert de Cherbury⁴, señala que existe Dios como origen del mundo, sin que éste tenga alguna influencia en su curso después de la creación, ni por un milagro, ni por apostolado de su Hijo. De esta manera dejaba comprender el mundo como un eterno mecanismo de relojería.

Volviendo al reloj de Hüsgen, que representa el curso de la luna y del sol con igual exactitud, a la vez que previene con señales ópticas de advertencia ante cualquier detención, pareciera estar ante la materialización de una íntegra cosmovisión.

En aquel tiempo en que la filosofía del Newtonianismo se difundía incluso como lectura instructiva de velador (*Le Newtonianisme pour les Dames* se encuentra aún en la biblioteca de la mencionada casa de Goethe), describe Goethe, cómo su misántropo mentor Hüsgen, que al negar todo ser trascendente, más allá de su visión de mundo mecanicista, cerraba su ojo ciego y al mirar al cielo con el otro, decía: "Aún en Dios descubro faltas"⁵. En una especie de ceremonia le daba cuerda al reloj, "lo que podía realizar certeramente, ya que [como calvinista] no iba jamás a la iglesia"⁶.

El mecanismo del reloj se activa con pesas de hierro fundido, suspendidas por cordones de tripa, ensamblado y enmaderado en su caja. Estos materiales del reino mineral, animal y vegetal, configuran, de cierto modo, el concepto de una naturaleza como un todo. El ser humano es aquí el responsable de esta construcción. En esta "naturaleza muerta", se evidencia la naturaleza en su simbólica envoltura por el espíritu humano.

Diferente en el *Fragmento de Tobler*, poema que fue escrito entre 1781 y 1782, en que el hombre aquí es "rodeado y envuelto" por la naturaleza. Christoph Tobler⁷, al visitar en aquel tiempo a Goethe en Weimar fue, según últimas investigaciones, el autor de aquel famoso fragmento himnico, cuya coincidencia con

⁴ Edward Lord Herbert de Cherbury (1583-1648).

⁵ "Auch in Gott endeck' ich Fehler". De aquí en adelante, la traducción es nuestra. Johann Wolfgang Goethe, *loc. cit.*

⁶ "Welches er um so gewisser tun konnte, als er niemals in die Kirche ging". *Loc. cit.*

⁷ Georg Christoph Tobler. Teólogo y filólogo clásico de Zürich, Suiza (1757-1812).

propias ideas sostenidas en aquella década de los '80, reconoció Goethe 50 años después en una conversación retrospectiva con el Canciller von Müller⁸. El grado de aquel conocimiento, lo define como comparativo, al cual corresponde su conocimiento posterior como superlativo.

La palabra al comienzo del *Fragmento* contiene de modo exclamativo aquel objeto del discurso, cuya esencia, sin tener ni principio ni final, viene siendo *la naturaleza*. El ser humano se siente colocado en esta infinitud. Él adopta un lugar en ella que en el siguiente verso Tobler busca determinar y deslindar. En una posición intermedia éste es "incapaz de separarse de ella e incapaz de penetrar en ella más profundo".

El hombre está de cierto modo dentro y fuera de la naturaleza. Como "ser corpóreo [es] parte dependiente de la naturaleza", y, sin embargo, apartándose algunos pasos, puede aprehenderla como observador con sus sentidos y determinarla como objeto de sus pensamientos y sus actos⁹.

En el siglo XVII Descartes fundamenta su filosofía partiendo de una realidad, donde la naturaleza se encuentra aislada del ser humano, ante la opción de que éste se la apropie de cualquier manera, como si no perteneciera desde siempre a la estructura relacional entre naturaleza y humanidad. Goethe, sin embargo, —así Stolz— piensa la realidad desde un inicio más allá del dualismo en la complejidad de su entramado¹⁰. En el proceso de aprehensión de la naturaleza, el ser humano no puede ignorar su propia presencia; siempre percibe el objeto en relación a sí mismo, lo que se refleja en sus observaciones científicas. La contemplación del objeto implica una autoafirmación de la facultad de entendimiento. Conocimiento de la naturaleza significa al mismo tiempo conocimiento de sí mismo.

En Goethe la posición del hombre en la naturaleza determina el método de su investigación. El estudio de la naturaleza en Goethe parte del ser humano. El hombre y su vivencia inmediata de la naturaleza constituyen el centro, desde el cual las manifestaciones se funden en un orden inteligente. Él es y seguirá siendo el instrumento de medición más importante de la ciencia¹¹. El concepto de la intuición [unmittelbare Anschauung] en Goethe prioriza los órganos sensoriales del ser humano, que abarcan un determinado espectro limitado, frente a los instrumentos técnicos¹².

⁸ Kanzler von Müller, *Unterhaltungen mit Goethe* (Kritische Ausgabe von Ernst Grumach) (Weimar, Hermann Böhlau Nachfolger, 1956), págs. 258, 276, 349.

⁹ Cf. Werner Heisenberg, *Das Naturbild der heutigen Physik* (Hamburg, Rowohlt Deutsche Enzyklopädie, tomo 8, 1955), pág. 21.

¹⁰ Cf. Walter Stolz, "Das Naturgeheimnis in Goethes Anschauungskraft", *Scheidewege*, Vierteljahresschrift für skeptisches Denken, año 8, Stuttgart, Klett-Cotta, 1978, pág. 544.

¹¹ Cf. Werner Heisenberg, "Das Naturbild Goethes und die technisch-naturwissenschaftliche Welt" (conferencia del 21.05.1967), en *Schritte über Grenzen - Gesammelte Reden und Aufsätze* (München, Piper, 1971), pág. 253 y sgte.

¹² Dilthey escribe en su ensayo: *Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie* (1894) [Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica]: "Der Gewinn an grösserer naturwissenschaftlicher Exaktheit ging einher mit dem Verlust an Ganzheitlichkeit in der Betrachtung, die den Menschen als individuell strukturierte Persönlichkeit einbezog". Nota traducida: "La ganancia de mayor exactitud científica vino de la mano con la pérdida de la integridad de la observación, que incluía al ser humano como personalidad individualmente estructurada". En Wilhelm Dilthey, *Aufsätze zur Philosophie* (Hanau, Verlag Werner Dausien, 1986), pág. 16.

En una de sus máximas escribe que el hombre en sí, en la medida de que se sirva de su buen juicio, 'es el aparato físico más grande y exacto que pueda existir'. Y en una conversación con Eckermann señala que, si bien es cierto que se ha desempeñado en todas las áreas de las ciencias naturales, su interés está dirigido sólo a aquellos objetos que lo rodean en la tierra y que pueden ser aprehendidos de manera inmediata por los sentidos. Por ello nunca se habría preocupado de la astronomía y materias afines, porque para ello los sentidos no alcanzan¹³.

La diferencia que Goethe tanto enfatiza aquí —entre la intuición y la deducción racional—, supuestamente corresponde de manera bien exacta —según Heisenberg— a la diferencia entre las dos formas de conocimiento, "episteme" y "dianoia" en la filosofía platónica¹⁴.

Al postulado principal de la física clásica, según el cual sería factible una determinación puramente objetiva y matemática de la naturaleza, Goethe contraponen la genuina experiencia de la imprescindible participación humana en la conceptualización y en el resultado de cualquier experimento y de cualquier descripción de la naturaleza que se propone medirla.

Goethe enfoca aquí un hecho que Heisenberg en el siglo xx define como el principio de incertidumbre [Unschärferelation]. Dice: "La ciencia ya no se encuentra como observadora frente a la naturaleza, sino que se reconoce a sí misma como parte del juego de alternancias entre el hombre y la naturaleza. El método científico de segregar, explicar y ordenar, pone sus límites en evidencia, dado que el acceso a través del método altera a su objeto y lo transforma, no se puede distanciar de él. De esta manera, la visión de mundo de las ciencias naturales, deja de pertenecer al ámbito científico, en el sentido tradicional, Heisenberg concluye que el hombre en la naturaleza sólo se ve enfrentado a sí mismo. Para Goethe, a pesar de la insoluble condicionalidad humana de todas las relaciones naturales, la naturaleza que obra desde sí misma en su

¹³ El límite entre intuición y abstracción, en otro nivel también preocupó a René Descartes. En una de sus *Reglas para la dirección del entendimiento* se empeñó en presentar este fenómeno, de interés para él como heurístico, mediante la observación de una cadena: 'Si hablo de una cadena, lo hago porque reconozco que el último eslabón se relaciona con el primero, aún cuando mis ojos no abarquen con la misma mirada todos los eslabones intermedios que dan origen a la relación'. La observación de uno de los eslabones de la cadena, según dice en la tercera regla ("intuición clara y evidente y deducción confiable"), queda reservada a la intuición clara y evidente (bajo intuición no se entiende un juicio, en consecuencia deducción no se entiende como una conclusión lógica). Aquí se añade la deducción confiable, con la cual se abarca una especie de movimiento o serie temporal. A diferencia de la intuición, aquí no se requiere la presencia de la evidencia, dado que la memoria le otorga confiabilidad. Sin embargo, Descartes distingue estos dos caminos de la capacidad del entendimiento, en la medida de que el primero permite el conocimiento del principio, mientras que el segundo, la deducción, entrega las conclusiones más distantes. Los dos, concluye Descartes, constituyen los caminos más confiables para la ciencia, y no se deberían admitir otros, ya que serían dudosos y se prestarían para equívocos. Naturalmente, admite Descartes, lo que revela Dios representa algo más confiable que todo conocimiento. Cf. René Descartes, *Regulae ad directionem ingenii / Regeln zur Ausrichtung der Erkenntniskraft* (Hamburg, Felix Meiner Verlag, 1973), págs. 14-21.

¹⁴ Heisenberg señala en la mencionada conferencia: *Episteme* sería certeza inmediata, sobre la cual se puede apoyar, detrás de la cual no hay más que buscar. *Dianoia* sería la penetración analítica, el resultado de la deducción lógica. (Cf. Heisenberg, *Schritte über Grenzen*, pág. 258).

inmensa abundancia de manifestaciones, es grande y determinante socio vital del hombre.

Al desligarse de la intuición del objeto investigado, pasando al terreno de la abstracción, según Goethe, se corre el peligro que se prescinda de aquella parte de sí que pregunta por el valor del objetivo del conocimiento en cuestión: es decir, de la sensibilidad. A ella se le otorga el rol de resolver la supuesta tautología entre los términos "correcto" y "verdadero" en las ciencias¹⁵.

En el prólogo de la teoría de los colores, Goethe habla de la "temible abstracción", cuya erradicación sería un paso importante en pro de un resultado útil y vivaz de la experiencia¹⁶.

La idea de lo inexplorable en la naturaleza implica a su vez la premisa de que en el estudio el investigador se mantenga en la contemplación inintencionada pero al mismo tiempo activa, permitiendo, de cierto modo, que los fenómenos de la naturaleza se le acerquen.

LA POESÍA DE LA NATURALEZA EN EL FRAGMENTO DE TOBLER

La naturaleza es un organismo vivaz. En sus múltiples manifestaciones, revela un tipo de lenguaje que el hombre debe descifrar. En el *Fragmento de Tobler* dice: "Ella habla con nosotros sin cesar y no nos revela su secreto". ¿Pero de dónde se sabe que la naturaleza esconde un secreto? Aparentemente, comunica en una especie de texto hermético, aquello cuya interpretación impulsa la investigación sobre ella. Lo que la naturaleza imparte es la convicción de llevar en sí, el deseo que anhela saciarse mediante la investigación. En 1829, en una conversación con Johann Peter Eckermann, modifica esta afirmación de tal modo que dice "sólo se entrega al competente, verdadero y puro, y le revela sus secretos"¹⁷.

En su ensayo sobre Rousseau, Jean Starobinski describe la lengua de la naturaleza como un idioma que el hombre escucha, porque habla al interior de él. Inicialmente el hombre no se define por *hablar*, sino más bien por *oír*¹⁸. La voz de la naturaleza —añade Starobinski— proviene de una cercanía tal, que parece brotar de lo más interior de la persona.

Según Heisenberg, la formulación de lo que el lenguaje de la naturaleza nos comunica permanentemente —lenguaje del cual Goethe, el poeta e investigador científico, habla aquí— sólo es posible en la medida de que se intente crear un equilibrio entre el lenguaje matemático, por un lado, ofreciendo con su carácter denotativo una explicación unívoca de los fenómenos y el lenguaje común, por

¹⁵ "Die scheinbare Tautologie der Begriffe 'Richtigkeit' und 'Wahrheit' in der Wissenschaft". Cf. Werner Heisenberg, *op. cit.*, pág. 252.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 245.

¹⁷ *Goethes Gespräche mit Eckermann*. (Franz Deibel, ed.), (Leipzig, Grossherzog Wilhelm Ernst-Ausgabe, Insel Verlag, s/f), pág. 445. "No es la razón ni la mente clara, sino el entusiasmo, que transforma al hombre en poeta. Dios se sirve de ellos, robándole la mente clara, como siervo y herramienta. Es Dios mismo que habla ahí, y que a través de ellos habla con nosotros".

¹⁸ En este contexto es interesante la relación en alemán de oír: *hören*, obedecer [abaudire]: *gehören*; pertenecer: *gehören*.

el otro lado, aproximándose más a una representación intuitiva, pero que, debido a su carga connotativa, no se escapa de la ambigüedad¹⁹.

Aislado en el lenguaje matemático, perdería el acceso a la intuición; si, al revés, lo excluyera desaparecería la explicación. Y a partir de este dilema, que también Dilthey presentó en la dicotomía entre la *comprensión* de la historia y la *explicación* de las ciencias naturales, y sobre la base del problema que se le ha creado a las ciencias naturales con la fisión nuclear, podemos reconocer el carácter intransferible entre el lenguaje matemático y el lenguaje común.

El uso de la paradoja, frecuente en la filosofía alemana del Renacimiento (pienso en Eckart, Tauler, Seuse, Böhme, Weigel, Franck, Paracelsus y otros), como se da por ejemplo en el lenguaje poético del *Fragmento de Tobler*, puede aproximarse con más eficacia al doble carácter de los fenómenos naturales²⁰.

Goethe logra una posible aproximación al fenómeno natural –“siempre cubierto por algo suave”– mediante lo que el denomina como “empirismo moderado”, mediante el lenguaje poético, que al mismo tiempo se enfrenta al fenómeno natural como el símbolo de una naturaleza ininvestigable; en su lenguaje: “sublime naturaleza en la naturaleza”.

Heisenberg, señala en su conferencia “La ley de la naturaleza y la estructura de la materia”, que en la aproximación a un principio concordante detrás de los fenómenos, el lenguaje de los poetas podría ser en este caso más apto que el de las ciencias²¹. Esto es de interés sobre todo en relación al lenguaje *discursivo* y *representativo* en Emmanuel Lévinas.

¹⁹ Si dos partículas elementales chocan con energía extremadamente alta, es un hecho que en general se rompen, pero los fragmentos no son más pequeños que las partículas destrozadas. Describir este hecho con el idioma común nos llevaría a una paradoja que en primera instancia extrañaría; queda un resto de ambigüedad en el lenguaje.

²⁰ Friedrich Gundolff destaca al respecto, el elemento del misticismo de la naturaleza en el *Fragmento de Tobler*.

²¹ Cf. Werner Heisenberg, “Das Naturgesetz und die Struktur der Materie” (conferencia del 3.06.1964), *Schritte über Grenzen*, pág. 242.

Volviendo a su postura elaborada en el marco de la investigación de la morfología de las plantas, durante su viaje a Italia en 1787, Goethe, a su vez, creía poder reducir las variadas formas de las plantas que había observado durante el viaje a un principio concordante. El hablaba de la “forma esencial, con la cual la naturaleza en cierto modo siempre juega, produciendo la diversidad de la vida desde su juego”, y, partiendo de este punto, creó la idea de un fenómeno originario, de la planta original (Cf. Heisenberg, *op. cit.*, pág. 245). En una carta en 1787 a Herder escribe: “Esta tiene que existir. De lo contrario, ¿cómo reconoceríamos que tal o cual forma es una planta?”

Aquí, Goethe se encuentra en el límite de la abstracción, la que le infringe temor (Cf. Heisenberg, *op. cit.*, pág. 246). En su intento de encontrar -a través de la observación- la analogía [Bildungsgesetz] que organiza la planta, Goethe, mediante la intuición, pasa por el mismo proceso que el matemático que calcula la progresión diferencial con la ayuda del algoritmo. Mediante la división de los términos consecutivos de la primera sucesión diferencial de la progresión geométrica $\langle 1 - 2 - 4 - 8 - 16 - 32 \rangle$, se obtendría el resultado: $[2 - 2 - 2 - 2 - 2]$. Esta sucesión diferencial es constante y, con ello, dispongo de la regla que me permite extrapolar. Es decir, el término $n+1$ sería en este caso $32 \times 2 = 64$. Esto es lo que Goethe, en una carta a Herder a mediados de mayo del mismo año, llama la clave, para la cual podía inventar una infinitud de plantas que tienen que ser consecuentes, aun cuando no existan.

REVISIÓN DEL FRAGMENTO DE TOBLER

En su conversación con el Canciller von Müller en 1828, Goethe reconoce la congruencia de la idea de Christoph Tobler con su propia visión de la naturaleza casi cincuenta años atrás. El nivel de comprensión que había poseído en aquel entonces, lo denomina un comparativo, respecto del cual su estado actual de conocimientos, en la forma de una superación dialéctica, sería un superlativo.

Si bien ya se habría hablado de una especie de panteísmo, en el cual se pensaba que los hechos mundanos estaban basados sobre una esencia inabarcable, absoluta, que al mismo tiempo se contradecía a sí misma. Esta postura, sin embargo, carecería de la realización, es decir, de la intuición de las dos reglas de la polaridad y de la graduación, que Goethe definía como los "dos grandes impulsores de toda la naturaleza". A éstos él debe su metamorfosis de las plantas, que explican aquello que Goethe llamó la versatilidad de la naturaleza: su flexibilidad, la capacidad de ser idéntica a sí misma en la diferencia.

Como Goethe reconoció en una conversación con Eckermann, él debe estas conclusiones, entre otras, al hecho de haber vivido en una era de grandes descubrimientos (magnetismo, electricidad). A partir de ahí, Goethe aplica el concepto de la polaridad, que según él pertenece a las más generales de las leyes naturales. Desde su perspectiva, la naturaleza se caracteriza como un proceso ascendente, integrado por graduaciones y, al mismo tiempo, por fuerzas antagónicas. Las dos fuerzas entrarían en reacción, en la cual la graduación dependería en forma inversa de los antagonismos, y los antagonismos del mismo modo de la graduación. Si en el *Fragmento de Tobler* la naturaleza es todavía aquello que se basta a sí mismo, lo que en todos los cambios conserva algo duradero, ahora ella representa un proceso de desarrollo irreversible, que en el ascenso —monadológico— desde abajo hacia arriba "adquiere una perfección cada vez mayor". Para Goethe, en oposición a Spinoza, tiene un significado la sucesión temporal del llegar a ser, frente al ser eternamente condicionado del individuo.

Goethe interpreta a Spinoza en una forma mediatizada y modificada por Herder. El propio Herder se apartó de la doctrina ortodoxa de Spinoza al modificar el concepto rígido de substancia, reemplazándolo por la idea dinámica del devenir y perecer en la naturaleza. "El *hen kai pan* deviene proceso"²². De este modo, Goethe, a través de Herder, llega a un "*spinozismo dinamizado*"; existe una relación evolutiva desde lo inferior hacia lo superior, desde lo imperfecto hacia lo perfecto. "En oposición a Spinoza, para Goethe lo esencial de la naturaleza es que ella posee una historia evolutiva"²³.

²² *Hen kai pan* (: Uno y Todo) se piensa como unidad del universo en que la interrelación y correlación de los elementos forman un todo. Cf. Alfred Schmidt, *Goethes herrlich leuchtende Natur. Philosophische Studie zur deutschen Spätaufklärung* (München-Wien, Carl Hanser Verlag, 1984).

²³ Hermann Siebeck en Alfred Schmidt, *op.cit.*

Hacia finales de su vida, en el período tardío de su filosofía, Goethe integra el concepto del hilozoísmo²⁴, que él elabora en su estadía en la Campagna y con la cual se distancia explícitamente del materialismo francés; especialmente refuta la tesis que el ser orgánico naciera de lo anorgánico. En este contexto también habría que mencionar la influencia del escrito kantiano "Principios metafísicos de la ciencias naturales". Goethe recoge este pequeño texto de Kant, en el cual el concepto de una explicación dinámica de la naturaleza se contraponen a una mecánica, y que se explica como una lucha antagónica de distintas fuerzas (de atracción y repulsión), y lo interpreta como polaridad originaria de todos los seres al penetrar y animar la diversidad infinita de sus manifestaciones.

El realismo de Goethe se resiste de pensar la naturaleza como algo que se puede reducir íntegramente a conceptos especulativos. Para él, el universo era un organismo en el cual se desarrollaba lo biológico-pujante, aquello que para el hombre a veces era incalculable. Pensemos en su excursión al Vesuvio, que Goethe emprendió durante su estadía en Nápoles, poco antes de la erupción del volcán. Goethe no establece una equivalencia entre naturaleza y moral, como lo hace Shaftesbury. En oposición al inglés, para Goethe la naturaleza no es un fenómeno social, al cual se le pueden atribuir virtudes. Desde su punto de vista, no hay ninguna contradicción entre las fuerzas interiores de la naturaleza y sus expresiones exteriores. No es ningún símbolo para alguna otra cosa, existe por sí, es ella misma (Dilthey). Lo interesante en este contexto es el proceso paulatino de maduración en el trato de la naturaleza.

Comparemos ésta con la visión del poeta chileno Pablo Neruda, quien, en su primera fase, representa la naturaleza en sus poemas como una especie de fauce (Giacomo Leopardi). Más tarde, en cierto modo se mide con ella, al seleccionar-la teleológicamente, como una especie de despensa de materia destinada a los fines del ser humano. En un momento posterior, se verifica una transformación, cuando aquellos elementos de la naturaleza, de los cuales el hombre se apodera culturalmente, experimentan un traspaso hacia el terreno de lo poético, despojándolos de todos los intereses humanos que los reducían. Las diversas odas son una muestra de este desarrollo. En el *Canto General*, en "Las alturas de Macchu Picchu", la naturaleza es más que el mero escenario de la historia. No es aquel "diario" en el sentido de Rousseau, donde la discrepancia entre realidad e ilusión se vuelve tan notoria, sugiriendo la "Nouvelle Héloïse" que el goce del amor sólo sería posible en la abnegación, en el recuerdo.

El hombre deja sus huellas en la naturaleza, y las reencuentra interpretándolas como señal de haber vivido en tiempos anteriores. Según Rousseau, el hombre, a través del recuerdo, en la sucesión, se sigue dejando impresionar por la naturaleza. En sus diarios se congela el presente y, con ello, la naturaleza. En cambio en Neruda

²⁴ Hilozoísmo: Corriente que contempla la materia vivificada y animada desde su origen. Goethe afirmaba, que ni la materia podía existir y ser activa sin espíritu; ni tampoco el espíritu sin la materia. La escuela jónica y estoica consideraba, a la materia, no sólo como activa, sino como viviente, es decir dotada de espontaneidad y sensibilidad. Se distingue del materialismo y del espiritualismo, porque no hace resultar la vida ni de una combinación, ni de un principio superior y separado, que forma y vivifica la materia.

resalta el instante del presente en ella; para él la naturaleza es historia. En su última fase, en la autobiografía, fomenta la imagen, que a él mismo habría que entenderlo como huella y objeto de la historia. En el caso de Goethe es lo abierto de la naturaleza que una y otra vez sorprende y entusiasma a crear un poema.

El *Fragmento de Tobler* todavía se creó bajo la influencia de los "Genios tormentosos" [Sturm und Drang]. Su afán de vida los lleva a comprender la verdad de las manifestaciones de la naturaleza, tanto en su diversidad como en su devenir y perecer.

Si bien Goethe, en sus investigaciones de la naturaleza, siempre demostraba una gran perseverancia para alcanzar sus objetivos, nunca ha estado privado de la fuerza ética para reconocer el motivo fáustico que nacía en el lejano horizonte. De otro modo, ¿cómo se hubiera podido interesar por la leyenda hebrea del Golem (del Rabbi Löw), en la cual se inspira su *Aprendiz de hechicero*?

Él detestaba la idea de la investigación ilimitada de la naturaleza.

—"La naturaleza enmudece bajo la tortura... y su respuesta es perjudicial", o como dice Tobler: "No se le arranca ninguna explicación de sus entrañas"—.

igual como el alejamiento de ella mediante el escepticismo y el estudio de la Biblia.

Tal vez éste haya sido el motivo por el cual, cuando tenía 10 años, rechazó la propuesta del misántropo Hüsgen de estudiar la palinodia de Agrippa de Nettesheim *De incertudine et vanitate scientiarum* (cuya esencia se puede resumir en la frase *nihil scire felicissima vita*)²⁵. Es probable que ya en aquel entonces haya favorecido al libro de la naturaleza.

En una carta a Charlotte von Stein, Goethe escribe: "No te puedo expresar, cuan legible se me está volviendo el libro de la naturaleza. Mi prolongado deletrear me ha ayudado, ahora, de repente, haciéndose efectivo y mi muda alegría es indecible".

LA NATURALEZA - FRAGMENTO [DE CHRISTOF TOBLER]²⁶

¡Naturaleza! Nosotros estamos rodeados y abrazados por ella, incapaces de separarnos de ella e incapaces de penetrarla de manera más profunda. Nos incorpora al circuito de su baile, sin rogativa nuestra ni advertencia suya, y nos acarrea, hasta que cansados nos desprendemos de sus brazos.

Ella gesta, incesantemente, nuevas formas; lo que es, nunca había estado, lo que estuvo, nunca volverá a ser —todo es novedad y, sin embargo, siempre lo antiguo.

²⁵ Aquí se refiere a una obra preferida de su mencionado mentor Hüsgen: Agrippa von Nettesheim (1486-1535), *De incertitudine et vanitate scientiarum et artium et de excellentia verbi dei*, (1530) [Sobre la inseguridad y vanidad de las ciencias y las artes y sobre la excelencia de la palabra de Dios]. *Nihil scire felicissima vita* [No saber nada es la vida más feliz].

²⁶ Goethe, *Die Natur*, Fragmento del *Tiefurter Journal*, (1783), Editor: Hermann Leicht, (München-Pullach, Paul Stangl Verlag, s/f). Traducción al español de Sven Olsson-Iriarte y Ricardo Loebell.

Vivimos en medio de ella y le somos ajenos. Ella habla con nosotros sin cesar, y no nos revela su secreto. Constantemente obramos sobre ella, y sin embargo no podemos dominarla.

Pareciera haber basado todo en la individualidad, pero los individuos le tienen sin cuidado. Siempre construye y siempre destruye, e inaccesible es su taller.

Vive en medio de muchas criaturas, y la madre, ¿dónde está?—Ella es la única artista: desde la materia más simple hasta los mayores contrastes; sin aparentar esfuerzo hacia la máxima perfección— en la determinación más exacta siempre cubierta de algo suave. Cada obra suya tiene su propia esencia, cada una de sus manifestaciones su propia definición, no obstante todo constituye el Uno.

Ella representa un espectáculo: si ella misma lo ve no lo sabemos, sin embargo lo realiza para nosotros que estamos parados en la esquina.

En ella son eternos, vida, devenir y movimiento, y sin embargo no avanza. Se transforma incesantemente, y no se detiene un solo instante. Quedarse le es desconocido, y la detención ha maldecido. Es sólida. Su paso es medido, sus excepciones raras, sus leyes inmutables.

Ella ha pensado y está siempre meditando, pero no como persona, sino como naturaleza. Ella se ha reservado un propio sentido universal que nadie puede descifrar.

Los seres humanos están todos en ella y ella en todos. Con todos realiza un afable juego, y se alegra mientras más el otro gane. Con muchos lo hace así a escondidas, de modo que finaliza el juego antes de que lo adviertan. Hasta lo más desnaturalizado es naturaleza, hasta la más grosera pedantería tiene algo de su ingenio. Quien no la viera por doquier, no la verá bien en parte alguna.

Se ama a sí misma, y se adhiere eternamente a su ser por un sinnúmero de ojos y corazones. Se desplegó para gozarse a sí misma. Siempre gesta nuevos sibaritas para compartirse insaciablemente.

Ella celebra la ilusión, y a quien la aniquila para sí y para otro, lo sanciona como el más severo de los tiranos. Quien confiado a ella sigue, a éste lo aprieta como criatura a su corazón.

Incontables son sus criaturas. A ninguno le es totalmente mezquina, pero tiene sus favoritos por los que derrocha y se sacrifica bastante. A lo grandioso ha ligado su protección.

Arroja sus criaturas de la nada, y no les dice de donde vienen ni adonde van. Sólo deben caminar; el rumbo, ella lo conoce.

Resortes tiene pocos, pero nunca gastados, siempre activos, múltiples también.

Su espectáculo es siempre uno nuevo, porque crea siempre nuevos espectadores. Vivir es su más bella invención, y la muerte es su artificio para tener mucha vida.

Ella envuelve al ser humano en un letargo, estimulándolo incesantemente hacia la luz. Grávido y pesado, lo hace depender de la tierra, remeciéndolo continuamente para levantarlo.

Reparte necesidades porque ama el movimiento. Milagroso es que logra todo ese movimiento con tan pocos medios. Cada necesidad es beneficiosa; súbitamente satisfecha y dispuesta a resurgir. Reparte una necesidad más, entonces surge una nueva fuente del deseo; retomando pronto su equilibrio.

— Extiende todos los instantes para el más largo de sus cursos y en cada instante llega a su fin. Es la vanidad en persona, pero no frente a nosotros, a quienes se ha otorgado la máxima importancia.

Permite a cualquier criatura que experimente con ella; a cualquier necio que la juzgue; a miles de letárgicos que pasen por encima suyo sin apreciarla, y siente alegría con cada cual, y su cálculo en todos. Aún siendo irreverente se acata sus reglas; se obra con ella, aunque se quiera ir en su contra.

Todo lo que da lo hace por un beneficio, porque entonces lo crea imprescindible. Vacila para ser solicitada; se apresura para que nadie se sacie de ella. No tiene lengua ni habla, pero crea lenguas y corazones, por medio de los que siente y se expresa.

El amor es su corona y es el único medio para acercársele. Crea abismos entre todos los seres y todo quiere ser del enredo. Ha aislado todo para poder estrecharlo. Por unos sorbos del cáliz del amor mantiene una vida llena de esfuerzo, preservada de algún daño.

Ella lo es todo. Se premia y se castiga a sí misma, se alegra y se atormenta. Es áspera y apacible, encantadora y terrible, débil y omnipotente. Todo está ahí en ella. Pasado y futuro no lo conoce. Presente le es eternidad. Es bondadosa. La alabo con todas sus obras. Ella es sabia y silenciosa. No se le arranca ninguna explicación de sus entrañas y no se le arrebató ningún regalo que ella no entregue por su voluntad.

Ella es astuta, para un fin beneficioso, lo mejor es no advertir su astucia.

Ella es íntegra, pero siempre inconclusa. Así como se realiza, lo puede hacer siempre. A cada cual se le aparece de una forma distinta. Ella se esconde en miles de nombres y términos y es siempre la misma.

Aquí me ha instalado, y de aquí me llevará. En ella confío. Ella dispone de mí a su gusto. No aborreceré su obra. Yo no hablaba de ella. No, lo que es verdadero y lo que es falso, todo fue expresado por ella. Todo es su deber, todo es su mérito.

*DIE NATUR - FRAGMENT [VON CHRISTOF TOBLER]*²⁷

Natur! Wir sind von ihr umgeben und umschlungen - unvermögend aus ihr herauszutreten, und unvermögend tiefer in sie hinein zu kommen. Ungebeten und ungewarnt nimmt sie uns in den Kreislauf ihres Tanzes auf und treibt sich mit uns fort, bis wir ermüdet sind und ihrem Arme entfallen.

Sie schafft ewig neue Gestalten; was da ist war noch nie, was war kommt nicht wieder - alles ist neu, und doch immer das Alte.

Wir leben mitten in ihr, und sind ihr fremde. Sie spricht unaufhörlich mit uns, und verrät uns ihr Geheimnis nicht. Wir wirken beständig auf sie, und haben doch keine Gewalt über sie.

Sie scheint alles auf Individualität angelegt zu haben, und macht sich nichts aus den Individuen. Sie baut immer und zerstört immer, und ihre Werkstätte ist unzugänglich.

²⁷ Goethe, *Die Natur*, Fragmento del *Tiefurter Journal*, (1783), Editor: Hermann Leicht, (München-Pullach, Paul Stangl Verlag, s/f).

Sie lebt in lauter Kindern, und die Mutter, wo ist sie? - Sie ist die einzige Künstlerin: aus dem simpelsten Stoff zu den grössten Contrasten; ohne Schein der Anstrengung zu der grössten Vollendung - zur genauesten Bestimmtheit, immer mit etwas Weichem überzogen. Jedes ihrer Werke hat ein eigenes Wesen, jede ihrer Erscheinungen den isolirtesten Begriff, und doch macht alles Eins aus.

Sie spielt ein Schauspiel: ob sie es selbst sieht wissen wir nicht, und doch spielt sie's für uns die wir in der Ecke stehen.

Es ist ein ewiges Leben, Werden und Bewegen in ihr, und doch rückt sie nicht weiter. Sie verwandelt sich ewig, und ist kein Moment Stillestehen in ihr. Für's Bleiben hat sie keinen Begriff, und ihren Fluch hat sie an's Stillestehen gehängt. Sie ist fest. Ihr Tritt ist gemessen, ihre Ausnahmen selten, ihre Gesetze unwandelbar.

Gedacht hat sie und sinnt beständig; aber nicht als Mensch, sondern als Natur. Sie hat sich einen eigenen allumfassenden Sinn vorbehalten, den ihr niemand abmerken kann.

Die Menschen sind alle in ihr und sie ist in allen. Mit allen treibt sie ein freundliches Spiel, und freut sich je mehr man ihr abgewinnt. Sie treibt's mit vielen so im Verborgenen, dass sie's zu Ende spielt ehe sie's merken.

Auch das Unnatürlichste ist Natur, auch die plumpste Philisterei hat etwas von ihrem Genie. Wer sie nicht allenthalben sieht, sieht sie nirgendwo recht.

Sie liebt sich selber und haftet ewig mit Augen und Herzen ohne Zahl an sich selbst. Sie hat sich auseinandergesetzt um sich selbst zu geniessen. Immer lässt sie neue Geniesser erwachsen, unersättlich sich mitzuteilen.

Sie freut sich an der Illusion. Wer diese in sich und andern zerstört, den straft sie als der strengste Tyrann. Wer ihr zutraulich folgt, den drückt sie wie ein Kind an ihr Herz.

Ihre Kinder sind ohne Zahl. Keinem ist sie überall karg, aber sie hat Lieblinge an die sie viel verschwendet und denen sie viel aufopfert. An's Grosse hat sie ihren Schutz geknüpft.

Sie spritzt ihre Geschöpfe aus dem Nichts hervor, und sagt ihnen nicht woher sie kommen und wohin sie gehen. Sie sollen nur laufen; die Bahn kennt sie.

Sie hat wenige Triebfedern, aber nie abgenutzte, immer wirksam, immer mannigfaltig.

Ihr Schauspiel ist immer neu, weil sie immer neue Zuschauer schafft. Leben ist ihre schönste Erfindung, und der Tod ist ihr Kunstgriff viel Leben zu haben.

Sie hüllt den Menschen in Dumpfheit ein, und spornt ihn ewig zum Lichte. Sie macht ihn abhängig zur Erde, träg und schwer, und schüttelt ihn immer wieder auf.

Sie gibt Bedürfnisse, weil sie Bewegung liebt. Wunder, dass sie alle diese Bewegung mit so wenigem erreicht. Jedes Bedürfnis ist Wohltat; schnell befriedigt, schnell wieder erwachsend. Gibt sie eins mehr, so ist's ein neuer Quell der Lust; aber sie kommt bald in's Gleichgewicht.

Sie setzt alle Augenblicke zum längsten Lauf an, und ist alle Augenblicke am Ziele.

Sie ist die Eitelkeit selbst, aber nicht für uns denen sie sich zur grössten Wichtigkeit gemacht hat.

Sie lässt jedes Kind an sich künsteln, jeden Toren über sich richten, Tausende stumpf über sich hingehen und nichts sehen, und hat an allen ihre Freude und findet bei allen ihre Rechnung.

Man gehorcht ihren Gesetzen, auch wenn man ihnen widerstrebt; man wirkt mit ihr, auch wenn man gegen sie wirken will.

Sie macht alles was sie gibt zur Wohltat, denn sie macht es erst unentbehrlich. Sie säumet, dass man sie verlange; sie eilet, dass man sie nicht satt werde.

Sie hat keine Sprache noch Rede, aber sie schafft Zungen und Herzen durch die sie fühlt und spricht.

Ihre Krone ist die Liebe. Nur durch sie kommt man ihr nahe. Sie macht Klüfte zwischen allen Wesen, und alles will sich verschlingen. Sie hat alles isoliert, um alles zusammen zu ziehen. Durch ein paar Züge aus dem Becher der Liebe hält sie für ein Leben voll Mühe schadlos.

Sie ist alles. Sie belohnt sich selbst und bestraft sich selbst, erfreut und quält sich selbst. Sie ist rau und gelinde, lieblich und schrecklich, kraftlos und allgewaltig. Alles ist immer da in ihr. Vergangenheit und Zukunft kennt sie nicht. Gegenwart ist ihr Ewigkeit. Sie ist gütig. Ich preise sie mit allen ihren Werken. Sie ist weise und still. Man reisst ihr keine Erklärung vom Leibe, trutzt ihr kein Geschenk ab, das sie nicht freiwillig gibt. Sie ist listig, aber zu gutem Ziele, und am besten ist's ihre List nicht zu merken.

Sie ist ganz, und doch immer unvollendet. So wie sie's treibt, kann sie's immer treiben.

Jedem erscheint sie in einer eigenen Gestalt. Sie verbirgt sich in tausend Namen und Termen, und ist immer dieselbe.

Sie hat mich hereingestellt, sie wird mich auch herausführen. Ich vertraue mich ihr. Sie mag mit mir schalten. Sie wird ihr Werk nicht hassen. Ich sprach nicht von ihr. Nein, was wahr ist und was falsch ist alles hat sie gesprochen. Alles ist ihre Schuld, alles ist ihr Verdienst.

POLÍTICA, DISCIPLINA Y LITERATURA.
LA REVISTA *CRITERIO*, BUENOS AIRES, 1928-1936

María Ester Rapalo

Criterio es una revista semanal de orientación nacionalista católica que comienza a publicarse en Buenos Aires a partir del 8 de marzo de 1928 y continúa editándose hasta la actualidad, aunque con notables modificaciones.

La escasa bibliografía existente tiende a caracterizarla básicamente como una revista de "ideas" omitiendo el entramado político, social y religioso que opera como soporte de difusión del proyecto autoritario nacionalista. En ese sentido se puede afirmar que la reconocida influencia que ejerce el nacionalista francés Charles Maurras puede observarse no solo en relación al discurso antiliberal y antidemocrático sino en relación a las estrategias diseñadas en función de la ruptura institucional (o golpe de fuerza contra el estado liberal). Estas estrategias contemplan un conjunto de fuerzas reunidas y convocadas; un papel específico y directivo para los intelectuales ("la primacía de la inteligencia") patrocinados por esas fuerzas y, dentro de este campo, un rol central atribuido al periodismo y a la literatura. Nuestra intención es señalar algunos elementos de esta influencia que se observan en *Criterio*, y en torno a *Criterio*, así como la singularidad de este emprendimiento en el que es posible visualizar una confrontación entre los intelectuales laicos y los eclesiásticos en los que se dirimen diferencias ideológicas en cuanto al grado de radicalidad y a la lucha por la "primacía", fenómenos que, dado el papel directivo atribuido a los intelectuales dentro del proyecto general antes y después del golpe, exceden los marcos de la dirección de la revista. Teniendo en cuenta que estas cuestiones no se dirimen abiertamente, sino de manera velada, y que se trata de un primer abordaje del tema, nos limitaremos a señalar algunos elementos que nos parecen claves para sustentar nuestra hipótesis, por lo que nos hemos extendido hasta mediados de la década de 1930 porque a partir de fines de 1929, luego del alejamiento del primer director junto a parte de su grupo, van apareciendo de manera más explícitas las diferencias que se insinuaban en los comienzos de la publicación.

EL GRUPO SURGO - CRITERIO

En *El porvenir de la inteligencia*, el principal ideólogo del grupo nacionalista Acción Francesa - Charles Maurras - sintetiza con singular claridad la estrategia que combina una alianza de fuerzas políticas y sociales y un sistema de patronazgo a intelectuales:

"Supóngase, digo, la posibilidad de confederar sólida y públicamente los mejores elementos de la Inteligencia con los elementos más antiguos de la

nación; la inteligencia se esforzaría por respetar y apoyar nuestras viejas tradiciones filosóficas y religiosas, por servir a determinadas instituciones como el clero y el ejército, por defender a determinadas clases, por reforzar determinados intereses agrícolas, industriales e incluso financieros (...). Una elección de esa especie devolvería a la inteligencia francesa cierta autoridad. Los recursos afluirían, con las devociones, para un esfuerzo en tal sentido. Puede que una vez más la corona de oro nos fuera ofrecida como a César”.

Y más adelante especifica las funciones dictatoriales que deberá cumplir la inteligencia: esclarecer a las fuerzas aliadas (“ver y hacer ver”); ejercer “la inminente función consultiva que le es propia” y una tercera que tiene por objeto a la masa de la sociedad: “sería indispensable que la inteligencia lograra la obra maestra de obligar a la opinión pública a comprender la profunda nulidad de sus poderes y a afirmar la abdicación de una soberanía ficticia”¹.

¿Qué fenómenos nos hablan de la inspiración maurraciana de *Criterio* y su entorno? Por un lado la publicación irrumpió en la escena pública como el órgano de prensa de un “movimiento” compuesto por grandes e influyentes propietarios católicos, jerarquías eclesiásticas e intelectuales que afirmó públicamente a través de un manifiesto preliminar su decisión de imponer su modelo al resto de la sociedad, sintetizado como “restauración de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva”. También se hizo pública la fuente de financiación a través de la nómina de los suscriptores accionistas de la editorial Surgo destinada a financiar *Criterio* y “otras publicaciones semejantes”. En ellas se mezclan los más connotados apellidos de las clases propietarias con jerarquías eclesiásticas: diecinueve miembros de la familia Pereyra Iraola, Joaquín de Anchorena, Casares, Nazar, Unzué, Guerrico, Grondona, Martínez de Hoz, Díaz Velez, Padilla, Santamarina, Boch, Fresco, Estrada, Tornquist, Zuberbüler figuran, entre otros, las jerarquías eclesiásticas Santiago Copello, Emilio di Pascuo y los rectores de los colegios católicos más importantes de la capital, el del Salvador y el de San José.

La Iglesia, sin embargo, asumiendo un protagonismo mayor que el deseado por los intelectuales laicos, se reserva el atributo de controlar la publicación por medio de la *censura* y para tal fin coloca al sacerdote español Zacarías de Vizcarra, quien también está al servicio de la familia Pereyra Iraola en calidad de tutor de los hijos. (Vizcarra, a su vez, reproducirá en España luego del triunfo de la república en 1931 una experiencia similar a la de *Criterio* mediante la conformación del grupo y la publicación *Acción Española*, de notoria influencia maurraciana, la que oficiará como una de las fuentes legitimadoras del franquismo)².

Un dato significativo relativo al financiamiento del proyecto es que la organización patronal *Asociación del Trabajo*³, que en sus orígenes nucleaba a los más

¹ Charles Maurras, *El porvenir de la inteligencia*, Buenos Aires, Huemul, 1965. Traducción y advertencia de Julio Irazusta.

² Ver Raúl Morodo: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Universidad, 1985.

³ La Asociación del trabajo fue una organización patronal con objetivos netamente clasistas creada en 1918 y reactivada luego de la Semana Trágica de enero de 1919 con el fin de coordinar

importantes terratenientes, financistas y empresarios nacionales y extranjeros realiza aportes sustanciales⁴, hecho más significativo aún si tenemos en cuenta que el director de *Criterio* durante 1928 y 1929 -Atilio Dell Oro Maini- es, simultáneamente, secretario general de dicha organización.

Dell Oro Maini, el primer director de la revista, reunía, además de su talento y su experiencia, requisitos necesarios para anudar el proyecto: su ascendente carrera se realiza mediante la doble pertenencia a la Iglesia y a los ámbitos empresariales. En efecto, proveniente de una familia de origen humilde fue educado y protegido por los jesuitas del Colegio del Salvador de donde egresa convertido ya en un destacado militante católico. Finalizados sus estudios de derecho, junto con Joaquín de Anchorena (representante de la Sociedad Rural) se desempeña como abogado de empresas navieras; en 1920 llega a secretario general de la Asociación del Trabajo creada en 1918 y presidida también por Joaquín de Anchorena; es cofundador de las distintas iniciativas que desembocarán en *Criterio*: de los Cursos de Cultura Católica (1922), del Convivio (1927) y de la editorial Surgo (1927).

Algunos elementos presentes en *Criterio* ya se pueden visualizar en las dos publicaciones de la Asociación del Trabajo, las que insumen una parte importante de su presupuesto así como las energías del secretario general. Una de ellas es el *Boletín de Servicios* para empresarios a través del cual se pretende constituirlos como clase "consciente": ofrecen distintos servicios (rompehuelgas, policía privada, bolsa de trabajo, sistema de transporte, etc.) para desestructurar a los sindicatos obreros; se aconsejan comportamientos "solidarios" interclase y se incentiva la consulta de una biblioteca en la que, ha juicio de la AT, se reúnen los materiales que todo empresario debería leer, entre ellos la publicación vaticana *Civiltá Cattolica* y los periódicos y clásicos de la literatura política que consumen los trabajadores. La segunda publicación es un periódico (o contraperiódico) para trabajadores titulado *La Concordia*⁵, autodefinido como "la única publicación de procedencia conservadora para obreros" a quienes les era enviado sin consulta previa. La Asociación del Trabajo, al tiempo que exigía al gobierno una fuerte represión y clausura de las

acciones desde el ámbito privado para desarticular a las organizaciones obreras y presionar al gobierno de Yrigoyen para que implemente políticas favorables a las clases propietarias, en especial la represión contra todo aquello que favoreciera la autonomía y la acción de los trabajadores (libertad de organización, de prensa, de propaganda, de huelga, etc.) y la capacidad de organización de los sindicatos. En una palabra se buscaba el disciplinamiento de la clase obrera, entendido como la adecuación de esa clase a su función, es decir, trabajar. Sus directivos participaron también en la fundación de la Liga Patriótica (1919), una organización para policial con la que llevaron a cabo acciones coordinadas.

⁴ Este dato se encuentra en María Isabel De Ruschi Crespo, *Criterio, Un periodismo diferente, Génesis y fundación*, Buenos Aires, ed. Fundación Banco de Boston, Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano, 1998. Ruschi Crespo tuvo acceso al archivo de Atilio Dell Oro Maini, donde se encuentran los datos de los aportes siguientes: Asociación del Trabajo, con 240 suscripciones y un aporte de 2.400 pesos; el doctor Luis Doderó con 150 suscripciones y un aporte de 2.000 pesos; La Patagónica con 150 suscripciones, y siguen entre otras empresas costeadoras Ferrocarril Sud, F.C. Pacífico; Ferrocarril Central Argentino; Banco de Boston; Banco Francés e Italiano; el padre Adolfo Tornquist y Ernesto Tornquist Ltda., etcétera (todos ellos asociados a la Asociación del trabajo) (pág. 155).

⁵ *La Concordia* era una publicación con un tiraje de 30.000 ejemplares que salía tres veces por semana y era enviada a los domicilios de los trabajadores a partir de los listados que los empresarios (no todos) asociados suministraban.

publicaciones obreras, pretendía, mediante un acto de sustitución forzada, aportar con su periódico al disciplinamiento de los trabajadores buscando que los destinatarios adecuaran su pensamiento y sus acciones a las necesidades de sus empleadores. Para lograr su objetivo al mismo tiempo que desacreditaba y amenazaba a los "agitadores" suministraba para el resto modelos de conductas deseadas con las que sus destinatarios pudieran identificarse.

Uno de los recursos empleados, propios del género para estimular mecanismos identificatorios y generar la adaptación perseguida, fue la incorporación de una serie de ficciones —anécdotas, pequeños relatos denostativos de los "agitadores" sociales y políticos, folletines por entregas— de los cuales se desprendían conductas o normas de comportamiento. En general transmitían la visión moralizante y conformista del tradicionalismo católico ilustrado a través de armoniosas y paternalistas relaciones entre miembros de las clases altas y de los sectores subalternos correspondientes, en las que estos últimos dejaban librada su suerte individual a la buena voluntad de los primeros. No obstante, luego de participar en 1921 junto con las fuerzas estatales y la Liga Patriótica en la ofensiva violenta contra el movimiento obrero, la A. T. pareció reconocer como más efectivo el uso de la fuerza: luego de manifestar la admiración por las prácticas ilegales del movimiento "nacionalista" italiano y de establecer un paralelismo con la realidad nacional, la Asociación afirmaba que a los trabajadores argentinos "si algo se les pega es a palos"⁶ y abandona a principios de 1922 la publicación de *La Concordia* continuando hasta 1929 la del *Boletín*, momento en que prácticamente desaparece la Asociación sin dar cuenta de ello. (Hecho no casual, si tenemos en cuenta que sus directivos estaban preparando el golpe de Estado que en 1930 derrocaría al Presidente radical Hipólito Yrigoyen).

No obstante el cierre de *La Concordia*, el objetivo de cohesionar a las clases altas y disciplinar a otros sectores sociales no es clausurado, sino madurado de manera sistemática en nuevos espacios. En efecto, Dell Oro Maini estimulado por la influencia del filósofo neotomista Jacques Maritain —en ese momento, como la gran mayoría de los intelectuales católicos franceses, seguidor del nacionalista Maurras⁷—, funda un centro de estudio y difusión del neotomismo y del nacionalismo junto a Tomás Casares y César Pico al que denominan Cursos de Cultura Católica (CCC). Tanto las apoyaturas económicas como el diseño y los objetivos denotan, además, la influencia del Instituto de la Acción Francesa creado por Maurras en 1907, financiado, como sus publicaciones y otras actividades, por la Iglesia y los empresarios. Los CCC con una estructura universitaria y un complejo nivel de enseñanza que apuntaba a la "revalorización intelectual del catolicismo" se propusieron reactivar y hegemonizar el campo católico (participaron activamente junto con el patriciado católico en el movimiento que se opuso —enfrentando al gobierno de Alvear— a la designación de monseñor De Andrea en el Arzobispado de Buenos Aires) y atraer a jóvenes universitarios y profesionales con el objetivo de formar administradores del Estado⁸.

⁶ "La reacción nacionalista", *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, 5-12-1921.

⁷ Eugene Weber, *L'Action française*, Paris, Stock, 1964, cap. 12 y Magdalena Dell Oro Maini "Criterio en el pensamiento de su fundador", en *Criterio*, 16-10-1995.

⁸ En la promoción de los Cursos afirman que se proponen que su doctrina "inspire y oriente todos los actos del hombre, públicos y privados". Cursos de Cultura Católica, *Criterio* N° 12-7-1928, pág. 63.

Un segundo e importante avance se produce en 1927 a raíz del lanzamiento de la candidatura presidencial de Yrigoyen. En esta circunstancia se amplía la "confederación" —diría Maurras— de la "Inteligencia" con los elementos "más antiguos de la nación" para emprender una ofensiva ideológica contra el consenso liberal hegemónico. En efecto, en 1927 desde los Cursos, simultáneamente a la fundación de la editorial Surgo y de *Criterio* se crea el *Convivio*, con la finalidad de ganar artistas, periodistas y escritores a los que se ofrece la posibilidad de formarse y publicar su producción. En las reuniones nocturnas semanales se "ofrece" un espacio paternalista de consagración futura: la publicidad anuncia que los recién llegados "contarán con el apoyo de amistades verdaderas" (...) "organiza exposiciones, conciertos y lecturas; ciclos de lecciones sobre artes, sesiones de bibliografía; informa sobre el movimiento artístico y literario nacional y extranjero" poniendo de manifiesto una estrategia de cooptación que remite a un grupo activo que toma las decisiones e instrumentaliza los afectos y otro seguidor pasivo que obtendría gratuitamente réditos de un lugar de pertenencia que permite contactos sociales, aprendizaje, difusión de la producción y ascenso social.

La presencia de literatos y de críticos literarios en la "confederación" a través del sistema de patronazgo no es un aditamento contingente, como hemos señalado, sino que es funcional a los objetivos políticos del grupo, para quienes, tanto el periodismo como la literatura han cumplido el nefasto rol de educar al público masivo en los principios de igualdad y libertad que condujeron a desórdenes políticos y contienen, con la institucionalización de la democracia y el principio de soberanía popular, una potencialidad destructiva que los intelectuales de la ultraderecha o "la inteligencia" deben coadyuvar a anular tanto antes como luego del golpe de fuerza⁹. Ver Charles Maurras, *El porvenir de la Inteligencia*, Buenos Aires, Editorial Nuevo Orden, 1965 (Traducción y Advertencia de Julio Irazusta). Y aún más, *Criterio* sostiene, como Maurras (literato y hombre político él mismo), que esa "inteligencia" compuesta por periodistas, hombres de letras y teóricos políticos debería acaudillar la reacción contra el Estado aprovechando el prestigio que detentan los intelectuales y hombres de letras. Tomás Casares hablará de "la primacía de la inteligencia en la acción" entendiendo por inteligencia el privilegio que le corresponde a la Iglesia o a sus voceros en tanto intermediarios entre Dios y el pueblo de fijar las normas de comportamiento tanto del poder civil como de la masa de la población. En este sentido lo único que vale es el juicio moral para "poner límites a la concepción de lo lícito" y a la "suicida predicación de la tolerancia"¹⁰. Ernesto Palacio también hará explícito el lugar que se auto asignan como "inteligencia" en la política tarea "contrarrevolucionaria": es útil todo hombre que coopere con el "renacimiento intelectual" porque —citando a Maritain— "son, verdaderamente, los auxiliares de las fuerzas divinas porque preparan el orden futuro". En consecuencia, Palacio explica

⁹ El secretario de redacción de *Criterio*, Samuel Medrano describe en su nota "El comunismo en la Argentina" del primer número de la revista el "caldo de cultura" que es preciso eliminar y señala los lugares donde se introdujo el "virus": "no sólo en su prensa corrosiva, revolucionaria, audazmente perturbadora (...) ha logrado introducirse en núcleos de cultura, en el ambiente universitario, en cierto periodismo popular, en la misma escuela primaria....A.S.M., *Criterio*, N° 1, 8-3-28.

¹⁰ Tomás D. Casares, "La Inteligencia", *Criterio*, N° 1, 8-3-1928.

que han incorporado en *Criterio* a los que, incluso ignorando a dónde tiende su esfuerzo, "hayan logrado despejar su cerebro de los dogmas nebulosos del liberalismo humanitario y conquisten verdades parciales (...). Por eso aplaudimos ya en estas páginas una obra de Arturo Cancela; por eso estimamos los esfuerzos de Melián Lafinur, de Gálvez, de Díaz Leguizamón y aun —no obstante la magnitud de algunos errores suyos— del mismo Leopoldo Lugones, cuyas críticas a la democracia son de mucha utilidad, aparte de su indiscutible mérito literario"¹¹.

Retornando al año 1927 vemos que así como aceleró la movilización de la Iglesia, la "buena sociedad" y los Cursos de Cultura Católica, la candidatura de Yrigoyen fractura definitivamente a la prestigiosa revista literaria *Martín Fierro*, varios de cuyos miembros se incorporarán o acercarán a *Criterio*. Algunos de ellos harán el pasaje del nacionalismo cultural al nacionalismo político. Tal fue el caso de Ernesto Palacio, cofundador y jefe de redacción de la maurraciana *La Nueva República* y responsable de la sección crítica literaria de *Criterio*, y de Leopoldo Marechal, que se incorpora al Convivio y a los Cursos de Cultura Católica. Jorge Luis Borges, Ricardo Molinari y Eduardo Mallea, en cambio, si bien aceptan colaborar en *Criterio*, tienen una participación escasa y permanecen al margen de las actividades del Convivio. (Otros miembros de *Martín Fierro* que colaboraron en *Criterio* fueron: Emilio Pettotuti como crítico de arte y los poetas Alberto Prebich, Jacobo Fijman y el futuro fraile Antonio Vallejo.)

De *La Nueva República*, además de Palacio, colaboraron en *Criterio* los hermanos Irazusta, Carulla e Iburguren (quienes desde principios de la década, y aún antes, como Carulla, han adherido a la doctrina de Acción Francesa) y los fundadores de los Círculos Tomás Casares (adjunto de dirección de *Criterio*) y César Pico tuvieron intervención en *La Nueva República* dando sumadas muestras de las afinidades existentes entre ambos sectores. La presencia del consagrado novelista Manuel Gálvez también debe leerse en clave maurraciana: la existencia de un amplio público habituado a su lectura explica el hecho de que sus contribuciones sean básicamente apelaciones públicas de contenido político-ideológico, a lo que se puede agregar otro dato, que Gálvez consigna en sus memorias como un hecho excepcional: las altas sumas que él y otros redactores y colaboradores recibían por sus contribuciones.

Otro dato que señalan la vinculación estrecha entre *Criterio* y la Asociación del Trabajo es el de los colaboradores en común. En efecto, Dell Oro incorpora como jefe de redacción y administrador de *Criterio* a Samuel W. Medrano, (también miembro de los Círculos y del Convivio) un abogado nacionalista y militante católico de los Círculos de Obreros que en la Asociación era considerado un "empleado" del que suponemos, dadas las similitudes de estilo y de opiniones, era el redactor principal de *La Concordia*, dato difícil de confirmar dado que el equipo de este periódico se mantuvo en el anonimato. Otros dos altos ejecutivos de la Asociación del Trabajo, el abogado y terrateniente Lorenzo Amaya, que secundaba a Dell Oro como subsecretario y Eduardo Mazzini —gerente general— se incorporan a *Criterio* como especialistas en jurisprudencia y economía.

¹¹ Ernesto Palacio, "Literatura y política", por Alfonso de Laferrere, colección "La Nueva República", *Criterio*, N° 33, 18-10-1928.

Por el numeroso cuerpo de redactores y colaboradores (más de sesenta), por la amplitud de materias y temas que aborda (educación, legislación, economía, finanzas, ciencia, política nacional e internacional, religión, arte, literatura, crítica literaria y cinematográfica, etc.) se puede pensar que más que una revista, *Criterio* parece ser la exhibición de un cuerpo con capacidad de administrar el aparato estatal, lo que sería funcional a su pretensión de ser el núcleo político de un régimen autoritario ya sea civil o militar previsible o preordenado por ellos mismos. Es especialmente significativo al respecto los signos de impaciencia que muestra Dell Oro a principios de 1929 porque ya hay grupos dispuestos a la ruptura institucional pero aún no están convencidos de las ideas que ofrece la "inteligencia" desde *Criterio*: en efecto, en el banquete del primer aniversario celebrado en marzo de 1929, que cuenta al futuro general golpista José F. Uriburu en un sitial de honor, Dell'Oro Maini fustiga a aquellos sectores que, "movidos por el instinto de conservación sin el control de la inteligencia", buscan sólo a "los caudillos" y prescinden de "las ideas conductoras" por considerarlas factor de desunión. "Es una política de cobardía -sentenció enfáticamente-, grata a ciertos conservadores, verdaderos conspiradores de sí mismos"¹².

No obstante, aunque no se cubrieran ampliamente las expectativas de la "inteligencia" varios miembros del grupo -financiadores o redactores- ocuparán cargos políticos significativos luego del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. Por ejemplo, Enrique Santamarina será vicepresidente de Uriburu; Ernesto Bosch, ministro de Relaciones Exteriores (ambos habían pertenecido al núcleo fundador de la Liga Patriótica en 1919 y son accionistas de Surgo); Ernesto E. Padilla, (ex gobernador conservador de Tucumán y protector de los Cursos de Cultura Católica, accionista de Surgo y redactor) ministro de Educación y Justicia, y Dell'Oro Maini, interventor de la provincia de Corrientes, acompañado de Tomás Casares como ministro de Gobierno.

LOS CONTENIDOS DE *CRITERIO* Y EL OBJETIVO DISCIPLINATORIO

Entre las publicaciones del primer período de la Asociación del Trabajo y la aparición de *Criterio* observamos continuidades y diferencias. El espíritu de las publicaciones sigue siendo el mismo, es decir, el de intelectuales de derecha que exigen políticas determinadas al Estado, sugieren a las clases propietarias comportamientos para consigo mismos y políticas para el resto, pero en *Criterio*, es decir en 1928, se ha producido un *salto*: ya no se está pensando en cómo desarticular al movimiento obrero sino en cómo acabar de raíz con el sistema liberal y democrático para garantizar la perdurabilidad del orden social.

En este sentido desde las páginas de *Criterio* se ofrecen argumentos que justifican regímenes autoritarios y un programa disciplinador para la amplia masa de la sociedad a quienes se les privaría de los derechos civiles y políticos. Para ello las nociones políticas más significativas que *Criterio* opone al liberalismo político y a la *democracia* (la izquierda es vista como una extensión hacia la igualdad econó-

¹² "El banquete de *Criterio*", *Criterio*, N° 54, 14-3-1929.

mica alentada por la democracia política) combinarán argumentos provenientes del neotomismo y del nacionalismo, el que a su vez es tributario del primero en tanto recupera como principio central la noción medieval de la desigualdad de los hombres para justificar los privilegios de un grupo y el sometimiento del resto. El concepto *liberalismo* es en *Criterio* puramente político y contiene todo lo que de liberador produjo y modeló el Iluminismo y la Revolución Francesa a lo largo del siglo XIX y, en ese sentido, el epíteto de "estúpido" que, al igual que Maurras, acoplaron al concepto y a ese siglo. Con ese enfoque, *Criterio* promoverá la "revisión" de un conjunto de ideas e instituciones: los principios de igualdad y libertad; los derechos y libertades de los ciudadanos; el proceso de autonomía individual, y por consiguiente del espíritu crítico; los principios humanitarios y la moral de la solidaridad; la divulgación de la ciencia y de los avances de la racionalidad, los argumentos profanos que legitiman el poder del Estado; la educación pública laica y, como broche final, el sistema político democrático y el voto universal.

Según los argumentos autoritarios el mayor mal de la democracia es que no garantiza una autoridad con suficiente capacidad para imponer el orden, precisamente porque esta limitada por una serie de libertades y garantías individuales que no sólo no es posible restringir sino que por la misma dinámica electoral se van ampliando "demagógicamente" hasta poner en riesgo la misma supervivencia del ordenamiento social o del término equivalente, nación. Como modelo alternativo se propone una "restauración" de antiguos principios y del lugar privilegiado que ocupaba la Iglesia Católica en la formación de las conciencias de los sujetos para garantizar que el poder político quedara depositado en clases naturalmente conservadoras del orden o en representantes de estos grupos como las fuerzas armadas.

En una suerte de "nueva Edad Media", promovió el concepto de sociedad jerárquica entendida como aquella en la que —de acuerdo con sus *dignidades*— cada grupo social cumple con funciones que le son privativas. Así, en el terreno político les correspondía a las jerarquías sociales superiores el privilegio de gobernar, y al resto, el de obedecer y acatar. En ese sentido, desde *Criterio* se las apelará para *hacerles ver* que en tanto son "los mejores elementos de la sociedad", las "clases conservadoras" deben ocupar el lugar político que "naturalmente" les estaba asignado. Y para ello recurrió, según los autores, tanto al argumento teológico del origen divino de la sociedad jerárquica, como al de la responsabilidad que les cabe por ser "los mejores", por tener experiencia en el ejercicio del poder, porque, en cuanto clase dirigente en lo económico y social tenían el deber de "actuar con autoridad y eficacia en el gobierno de la sociedad". En este sentido se les advierte pedagógicamente, (buscando activar a su vez los sentimientos de pérdida de los apelados) que "es ridículo creerse dirigente cuando en realidad no se dirige nada"¹³. Actuar con autoridad y eficacia implicaba en marzo de 1928 realizar alguna maniobra para evitar el triunfo de Yrigoyen: "operar como fuerza de oposición a la demagogia subalterna, inculta, desafortada, ambiciosa, anarquizante, desorganizadora"¹⁴, asimilando, como puede observarse, la masa de votantes y los

¹³ "Es ridículo creerse dirigente cuando en realidad no se dirige nada", de Samuel W. Medrano, *Criterio*, N° 1, 8-3-1928.

¹⁴ *idem*.

atributos de inferioridad y desorden. Si en la coyuntura conflictiva del primer gobierno radical los sujetos a ser disciplinados comprendían básicamente a la clase obrera, a fines de la década del 20' se está pensando en un sector más amplio: la "plebe", la "muchedumbre", la "chusma" incluye y excede a la clase obrera: se trata también de los llamados sectores populares y medios quienes votan, tienen acceso a la educación pública, leen novelas y libros de divulgación científica y una prensa que les permite estar al tanto de la vida pública y de los entretelones de la política operando, tal como manifiestan los redactores de *Criterio*, como una fuerza que limita las pretensiones restauradoras de la "inteligencia".

Por ello, la estrategia para movilizar a la alta burguesía en pro de la ruptura con el liberalismo consistió en presentar un panorama dramático de la actualidad (situación de la que la considera en parte responsable por haber asumido una actitud indiferente frente a los "desbordes anárquicos" aludiendo específicamente al conflictivo período 1919-1922) y un futuro aun peor, salvo que se implemente un giro que modifique esa perspectiva. Con ese objetivo pinta imágenes de caos en sus páginas: "(...) en la actualidad una profunda crisis del espíritu de autoridad mina las familias, las clases y la sociedad entera"¹⁵; "La desmoralización contemporánea, hija del desenfreno de las autonomías individuales desorbitadas..."¹⁶, o, en junio de 1929 ante el avance socialista en la capital "...antes, el mencionado sufragio universal era una magnífica mentira. En tanto que hoy es una realidad terrible y una posibilidad de alcances insospechados".

A partir de los diagnósticos catastrofistas la revista concluye que debía conquistarse o abatirse el régimen político imperante para imponer luego la reforma que promovería el nuevo orden social. En ese sentido, el régimen político fascista, es visualizado como un proyecto con objetivos semejantes¹⁷. Un día antes de que Yrigoyen asumiera el segundo mandato presidencial, Manuel Gálvez, afirmando que la dictadura fascista y sus imitaciones están inspirados en Maurras, las describe de la siguiente manera: "Al principio roussoniano y anárquico 'todos los hombres son iguales' opuso este otro que restableció el sentido de las jerarquías: 'cada uno en su puesto'. (...) Y todas restablecen el orden jerárquico, imponiendo el respeto al poder (...) reponiendo a la Iglesia en su verdadero lugar, estableciendo la enseñanza religiosa, combatiendo la inmoralidad". Simultáneamente anuncia la necesidad de su instauración en la Argentina en un corto plazo: "llegará un día, dentro de algunos años, en que la vida será intolerable en este país", y obligará a "una restauración de la política clásica, es decir un retorno al orden perenne..."¹⁸. Y efectivamente, una vez que asumió Yrigoyen, la revista se dedicó a agitar el frente militar y celebró enfáticamente el triunfo de la revolución de septiembre.

¹⁵ Juan Carulla, "Perspectivas de decadencia", *Criterio*, N° 10, 10-5-01928.

¹⁶ Tomás Casares, "Moralidad Pública", *Criterio*, N° 57, 4-4-1929.

¹⁷ En el *Boletín de la Asociación del Trabajo*, en esta misma época rescatan el fascismo básicamente por sus virtudes disciplinadoras; publican el discurso del ministro de Corporaciones de Italia, Giuseppe Bottai que se titula "La disciplina de la producción en el Estado fascista", *Boletín de Servicios* N° 195, 5 de marzo de 1928.

¹⁸ Manuel Gálvez, "Interpretación de las dictaduras", *Criterio*, 11-10-1928.

La garantía de continuidad "perenne" del nuevo orden estaba depositada en la posibilidad de disciplinar a los que debían obedecer y para ese fin la herramienta que el modelo de *Criterio* ofrece es, como afirman en el manifiesto de presentación, la "restauración de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva". Esta disciplina se sostendría sobre dos pilares: la represión física —una condición necesaria inmediata pero menos profunda que la segunda— y la transformación de las conciencias, (es decir de la opinión pública), mediante la religión en tanto ella es portadora de una moral de autorrepresión individual alimentada por el temor a Dios. (Tomás Casares la define, siguiendo a Donoso Cortés, como "policía de los espíritus").

El primer secretario de redacción, Samuel Medrano, sintetiza así los lineamientos rectores del programa disciplinador de *Criterio*:

"(de aquellos) elementos que conspiran activamente contra la organización social dentro de la cual nos movemos (...) son cómplices, en primer término, quienes creen que es suficiente una buena organización represiva que se encargue de llevar a la cárcel a los autores. No. Es necesaria también la obra preventiva. Aquella que se ejerce limpiando a la sociedad de los elementos incompatibles con ella, y la que lleva a las masas una adecuada educación y formación moral que conduzca por su propia fuerza normativa al repudio de la violencia. Convengamos que en nuestro país no se realiza ni la una ni la otra"¹⁹.

Ahora bien, la aplicación de este programa, requeriría la transformación del marco jurídico, sobre todo en lo que atañe a la "prevención", puesto que "la limpieza de la sociedad" no puede realizarse sin transgredir el marco de derechos y garantías individuales. Al respecto, *Criterio* recuerda a "Pío VI denunciando la Declaración de los derechos del hombre como contrarios a la religión y a la *societas*"²⁰. Es decir que en vez de castigar sobre delitos tipificados y en base a las pruebas del acto cometido, el castigo tendrá asidero "sobre la base de la sospecha de lo que son, serán y pueden ser determinados individuos" prestándose por lo tanto a todo tipo de arbitrariedades²¹.

Además de la prevención ejercida por el Estado, el *individuo*, fuente natural de desorden, debía estar subordinado a las autoridades "naturales" en todos los niveles de la realidad social y política (familia, lugar de trabajo, ámbitos educativos, nación, etc.) y, en ese sentido, la moral y cosmovisión católica que considera lo existente creación divina y opone a la libertad y autonomía individual el concepto de obediencia a los superiores, era considerada el instrumento más idóneo para poner límites al proceso de individuación igualitaria alimentado por la concepción liberal. Por ejemplo, la concepción del origen divino del poder político sería más eficiente que la teoría liberal del contrato social, porque mediaría el temor a Dios para garantizar el acatamiento a la autoridad a la vez que anularía la idea de

¹⁹ ASM (Samuel W Medrano), Redacción, *Criterio* N° 37, 15-11-1928, pág. 205.

²⁰ Julio Menvielle, "Teología y política", *Criterio*, N° 94, 19-12-1929.

²¹ Michel Foucault, *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI, 1975, cap. 1.

que los hombres así como definieron un contrato podrían modificarlo. Tomás Casares, hijo del directivo de la Asociación del Trabajo (terrateniente y miembro de la familia propietaria de la empresa La Martona), discurre sobre la potencialidad de los principios católicos para generar en los pobres, seres "más proclives a la insubordinación", el *quid* del disciplinamiento: el abandono de su propia voluntad y la sumisión a otras voluntades. Según su concepción, el binomio pobreza-disciplina es posible si se ofrece a los pobres la alternativa de la santidad —partiendo de la pobreza entendida como un acto de penitencia—, rematando esa condición en una última escala que lo convertiría en santo: "la suprema obediencia expresada en el total abandono de la propia voluntad en la de Dios"²². Siguiendo a Tomás Casares, la "obediencia perfecta" es santidad y el liberalismo ("la libertad en el error"), "pecado"²³. En síntesis, la moral religiosa es instrumentalizada de manera tal que se presenta como antagónica a los principios políticos y jurídicos de igualdad y libertad.

Criterio sostiene, además, que no sólo la democracia y el liberalismo sino el conocimiento mismo, la posibilidad de pensar, resultan atentatorios del orden y de la sociedad jerárquica. El proceso de ascenso de los sectores medios y el de individuación deben ser detenidos desde la sociedad civil y desde los espacios institucionales y a eso apunta el descrédito constante del sistema de educación pública. Éste junto con el sistema democrático coadyuvan al desplazamiento de las familias tradicionales: cumple una función niveladora y alimenta la movilidad social, hechos que se tornan especialmente graves en el nivel universitario por ser en este ámbito donde se forman los sectores gobernantes²⁴.

Desde el punto de vista de los contenidos y de su carácter laico, el sistema educativo propaga ideas liberales y no adoctrinan de acuerdo con la moral católica. Por eso mismo es un factor que alimenta el proceso de individuación y el desorden social. Sobre este punto el médico maurraciano Juan Carulla afirmó que la educación laica "promueve la insolencia para con los padres" y "deja libre a la libido", y rematará: "Las gentes cuanto más han estudiado traen hoy a la sociedad una pedantería intolerable, una tendencia al desorden rayana en la anarquía"²⁵.

CRITERIO Y LA LITERATURA

Partiendo de esta base y en función de la estrategia maurraciana *Criterio* va a mirar a la literatura desde la perspectiva de la lucha contrahegemónica. En tanto "inteligencia", son varias las funciones que se atribuye:

En primer lugar la incorporación de ensayos sobre literatura o producción literaria se inscribe en la consideración del espacio cultural como "un campo de

²² Tomás Casares, "La pobreza instrumento de penitencia", *Criterio*, N° 25, 23 de agosto de 1928.

²³ Tomás Casares, "La pobreza... y Equívocos: A propósito de política, religiosidad, misticismo y liberalismo", *Criterio* N° 50, 14-2-1929.

²⁴ Una de las doce anécdotas que escribió Gálvez para *Criterio*, protagonizada por el doctor y senador socialista Del Valle Ibarlucea, comienza así: "El doctor del Valle Ibarlucea había nacido para hortera...".

²⁵ Juan Carulla, "Dominio de la pornografía", *Criterio*, N° 3, 22-3-1928.

batalla" y desde ese punto de vista la revista no sólo es un espacio para criticar la producción considerada antagónica sino que también opera como un polo de atracción más para ampliar su radio de acción o para prestigiar simplemente el campo católico (una operación similar a la del Convivio). En función de esto último en la época de Dell Oro se incorporan colaboraciones –aparentemente sin condicionamientos– de autores de calidad como Borges, Mallea, Molinari, cuyos artículos o creaciones literarias no se muestran tributarios de la dogmática de *Criterio*. También se publican vanguardistas como Anzóategui (responsable además de las críticas de cine), Etcheverrigaray y Dondo. Por otra parte la necesidad de divulgar la temática católica y nacionalista explicaría la difusión en sus páginas de autores de dudosa calidad, como la poetisa Raquel Adler, especialmente promocionada (así como homenajeada en el Convivio) por haberse convertido al catolicismo y hacer de ese tema un tópico central de sus poemas.

En segundo lugar, y partiendo de la premisa de que desde la literatura y la crítica literaria se llega a la política le atribuyen un rol decisivo –igual que al periodismo– en la conformación de la opinión pública²⁶, pero a diferencia del periodismo, la literatura ofrece modelos identificatorios que pueden alimentar el orden o el desorden individual tanto en los lectores como en los escritores y en ese sentido los críticos “vigilan preferentemente las ideas ateniéndose al mismo tiempo a los aspectos puramente artísticos y literarios”²⁷. En relación a la vigilancia de las ideas las notas de *Criterio* coinciden en una clasificación de la literatura que denota una importante influencia maurraciana: la clásica, (como los regímenes políticos), es la que defiende y reproduce ideas de orden y jerarquía y la romántica es aquella que ha devastado la tradición, alimentado la sedición y el proceso de individuación.

Los parámetros de la crítica literaria también son mirados desde esta óptica y en función de ello Ernesto Palacio intenta establecer los parámetros “verdaderos” que deben guiar la producción y la crítica literaria. Coloca bajo el rubro de “decadente” a la crítica hegemónica (romántica, anticlásica, revolucionaria, individualista, de exaltación del sentimiento o de la experiencia sensible que producen el agnosticismo crítico y la negación de las normas eternas) y en antítesis a estos valores propone, en cambio, que la estética sea sometida a la ética tomista (“la crítica debe estar orientada hacia el *ser*”), es decir que el criterio de valor para juzgar una obra es “distinguir lo que permanece de lo que varía y, por consiguiente, expresar las condiciones eternas de la belleza”²⁸.

De acuerdo a estas premisas diseña un sistema de preferencias y exclusiones. Condena la estética del realismo social: no debía tratarse el problema social considerado estúpido humanitarismo. En ese sentido, Palacio diferencia de manera tajante al Gálvez positivo del negativo, rescatando la “buena senda” abierta por

²⁶ Por ejemplo, en un ataque a la revista literaria *Nosotros*, la Redacción de *Criterio* considera inadmisibles que “el binomio director” –por Bianchi y Giusti– crea que puede interpretar y dirigir a la opinión pública argentina”, *Criterio*, N° 3, 22-3-28. Notas de la Semana. (citado por María Isabel de Ruschi Crespo, *op. cit.* pág. 113) Ruschi Crespo también aporta el dato de que en *Nosotros* las colaboraciones son generalmente gratuitas (pág. 111).

²⁷ “En el aniversario de *Criterio*”, *Criterio*, N° 53, 7-3-1929.

²⁸ Ernesto Palacio, “Proposiciones sobre la crítica”, *Criterio*, N° 1, 8-3-1928.

“La maestra normal”²⁹ y “La sombra del convento”, y condenando aquella parte de su obra contaminada por “la epidemia humanitaria”, que alude a “Nacha Regules” (publicada en el diario socialista *La Vanguardia* en 1919). El comentario concluye con un recordatorio que reafirma su mirada vigilante: “no es necesario insistir en ese punto dado que el mismo autor ha hecho confesión pública y solemne de sus pecados ideológicos”.

En relación a la literatura de izquierda, Palacio diferencia las apreciaciones estéticas de las ideológicas. Por ejemplo, en el juicio sobre Álvaro Yunque y otros cuatro poetas afirma, luego de señalar los valores estéticos positivos: “Porque los que realmente tienen, de entre los cinco, algunas condiciones poéticas, solamente las muestran cuando escriben olvidados de sus estúpidas doctrinas” (por “su sentimentalismo humanitario abominable”)³⁰.

Según los parámetros de Palacio lo no cambiante o eterno (la “belleza”) se traduce en términos de esencialismo nacionalista: la nacionalidad es una naturaleza y el idioma el alma. Como, por otra parte, las obras de calidad que se adecúan a sus parámetros son escasas o casi nulas, Palacio opta por violentar la voluntad de los autores para llevar las obras de reconocida calidad a su terreno. En el caso de *El lenguaje de los argentinos*, corrigiendo al autor, afirma que en realidad, teniendo en cuenta el fervor de Borges por la gramática, el título se debería traducir “exactamente” como “El alma de los argentinos”, y que, en relación con las direcciones cardinales que —afirma Borges— orientan la escritura de su texto, “eternidad” y “Buenos Aires” pueden ser traducidos por “alma” y “patria” respectivamente³¹. En la misma línea esencialista, aunque con menos elogios, comenta favorablemente la obra de Gálvez “Los caminos de la muerte” sobre escenas de la Guerra del Paraguay, novela en la que su autor coloca el imaginario de la guerra como motor de los sentimientos de regeneración nacional: “Hay pues unidad de ambiente guerrero —afirma Palacio— y podría decirse que el verdadero protagonista de la novela es el espíritu nacional. En ese sentido, es también una obra eminentemente patriótica”.

En un frontal artículo que ilustra tanto sobre el objetivo autoritario de someter a los escritores como sobre su impotencia al respecto, Ernesto Palacio polemiza con Leopoldo Lugones, el poeta colocado en ese momento en el centro del sistema literario, es decir que “en Lugones, como afirma Beatriz Sarlo, se aprende a escribir: los argentinos tienen que escribir como Lugones o contra él”³². Ya no es criticado con el humor satírico de *Martín Fierro*, sino censurado desde una mirada estético-moral. A causa de la afirmación de Lugones de que en arte, así como en

²⁹ En “La maestra normal” los ensueños románticos y la educación carente de sólidos principios morales que había recibido en la escuela laica habían conducido a la “caída” moral de la heroína. Para un análisis de la vinculación entre ideología y correlatos ficcionales en la producción novelística de Manuel Gálvez ver: María Teresa Gramuglio, *Imaginaciones de un nacionalista: Manuel Gálvez y la decadencia de la Argentina en Argentina en el siglo xx*, Carlos Altamirano (ed), Buenos Aires, Ariel, 1999.

³⁰ Ernesto Palacio, Poemas 5, Alvaro Yunque... *Criterio*, N° 23, 9-8-1928.

³¹ Ernesto Palacio, “El idioma de los argentinos”, por Jorge Luis Borges, *Criterio*, N° 17, 28 de junio de 1928.

³² Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pág. 137.

su conducta personal, se guía "dentro del orden", de acuerdo con su criterio, Palacio le replica que escribir "a cada uno como se le da la gana" deviene en anarquía tanto en arte como en moral³³.

No obstante, como hemos visto, Palacio podía reconocer valores estéticos en la literatura del campo adversario, es decir, aceptar la existencia del "otro", cosa que no parece posible en el caso de Enrique Osés. En efecto, el crítico de teatro Enrique Osés, que acostumbraba firmar con distintos seudónimos y será el próximo director de *Criterio*, va a mirar la literatura, básicamente, desde un punto de vista policial.³⁴ Señalamos a continuación las razones por las cuales Ibsen, convertido por Osés en un paradigma del mal, debería, si no se hubiera muerto, estar en la cárcel. En la nota

"Ibsen o la soberbia afirma:

—"Fue el último romántico del intelectualismo individualista y salvaje".

—"...a pesar de toda su obra, Ibsen huele a podrido".

—"...responde a principios jacobinos: todos los males 'dimanan del oscurantismo impuesto por la Iglesia'".

—"...su yo existe por encima de todo... Para todo le basta su propia inteligencia".

—"...para Ibsen no hay más que un procedimiento para vivir la vida: la rebeldía".

—"...es la más intolerable afirmación de la soberbia: el individualismo extremado, es decir, el mayor pecado que se pueda cometer contra Dios".

La crítica finaliza aludiendo a los homenajes de que el autor es objeto en Noruega y el mundo por cumplirse cien años de su nacimiento y aventura, a partir de un personaje *alter ego* de Ibsen, cuál debería ser la política estatal al respecto: "Pero el gobierno de ese país, si surgiera en un 'fjord' un Brand de carne y hueso, lo primero que haría sería meterlo en la cárcel. Y haría muy bien"³⁵.

La cuestión de los castigos y la censura es concomitante al ejercicio de la vigilancia y ello nos coloca en la tercera cuestión que se plantea la "inteligencia" de *Criterio*: indicar al Estado las políticas a seguir: Si Osés condenaba a prisión, *Criterio* (Notas de Redacción) aprueba fervientemente al alcalde del régimen dictatorial de Primo de Rivera que quemó en la plaza pública los libros de Pérez Galdós³⁶.

³³ Ernesto Palacio, "Estética nihilista. Carta abierta a Leopoldo Lugones", *Criterio*, N° 5, 5-4-1928.

³⁴ Enrique Osés fue director de *Criterio* entre noviembre de 1929 y principios de 1932, nombrado directamente por el arzobispo de Buenos Aires. Osés había desempeñado altos cargos en el diario católico *El Pueblo*, era miembro de los CCC, del Convivio y redactor y crítico de teatro desde los comienzos de *Criterio*. Luego de 1932 continúa su trayectoria como director de publicaciones nacionalistas: *Crisol* (fundado por el presbítero formado en Alemania Alberto Molas Terán) y *El Pampero*, esta última financiada por el régimen nazi por medio de la embajada alemana en la Argentina.

³⁵ Luis Beltrán, (Enrique Osés) "Ibsen o la soberbia", *Criterio*, N° 6, 12 de abril de 1928.

³⁶ "Un alcalde español -resucitador de aquellos viejos alcaldes guardadores de hombres- ha quemado en la plaza del pueblo las obras de un escritor en otras épocas gloriosos: Benito Pérez Galdós

o, menos drástico, Gálvez sostiene en 1931 que la autoridad debería prohibir, como el "siempre clarividente... Mussolini", la literatura rusa en ediciones populares (tanto la clásica como la contemporánea) para evitar que el espíritu comunista y el cristianismo humanitario de ese pueblo sigan expandiendo el "veneno" revolucionario entre los izquierdistas y aquellos "judíos que quieren ver destruida la civilización cristiana"³⁷.

La diferencia de juicio entre Palacio y Osés es una manifestación de los enfrentamientos de subgrupos que, sin que se hicieran explícitos, existían en *Criterio* y su entorno. En efecto, en una de las escasas notas de Dell Oro, que en realidad es la transcripción del discurso inaugural del *Convivio* de 1929, unos meses antes de abandonar la dirección (noviembre de 1929), pueden apreciarse las dificultades que se le presentan a Dell Oro: se queja de que los jóvenes del *Convivio* son sustraídos de su aprendizaje para ser lanzados "a determinadas actividades extrañas a su vocación"; se queja de que en el ámbito católico "aún existe una secreta resistencia a la labor cultural y artística"; de que existe la tendencia a llevar esas actividades a un terreno considerado "neutral", y se esfuerza por dar fe de que los miembros y participantes del *Convivio* son fervientes católicos. Por otra parte Gálvez destaca en sus memorias los crecientes conflictos y los motivos que condujeron a la renuncia del director, entre ellas la publicación de literatura vanguardista y de escritores no identificados abiertamente con el proyecto político de *Criterio*: "Al padre Vizcarra le desagradaban los versos de Anzoátegui, de Molinari, de Borges, de Etcheverrigaray, de Dondo. Le reventaban los sintéticos, expresivos y bellos dibujos de Juan Antonio. No podía tragar los artículos de César Pico". Y si bien en cuestiones de literatura, lo que rechaza el censor es aquella literatura que otorgaba prestigio a la revista, aporta Gálvez un dato que indica que la cuestión de la literatura estaba enmarcada en un conflicto más amplio: "Vizcarra exigía que el periódico siguiese las directivas de la Santa Sede..."³⁸.

Y en efecto, si bien no es sencillo inferir el significado preciso de esta afirmación, seguramente debe encuadrarse dentro de la disputa que sostenían en Francia el Vaticano y la Acción Francesa por la primacía en las filas católicas, sin que esto implique que los que permanecen en la revista dejen de nutrirse de las ideas de Maurras y sus aledaños de la ultraderecha francesa. Hay un hecho notorio: el salto a la dirección de Osés (y junto con él de sacerdotes como Julio Menvielle) y a partir de 1932, de Monseñor Franceschi, indica que la Iglesia adquirió plenos poderes, máxime cuando la revista, incorporada a la Acción Católica a partir de 1930, quedó subordinada directamente al arzobispado. Me interesa caracterizar el tono que va a adquirir la revista hasta bien entrada la década de 1940 y los personajes que ascienden a primera línea para tratar de entender los cambios que se producen en relación a la literatura y también para resaltar que un mayor hincapié en la religiosidad y en la espiritualidad no implicó una menor radicalidad

(...) El gobierno de Madrid quiso ver en (esta hazaña) un atentado contra la grandeza de España, cuando no era sino la purificación por el fuego de un despojo de su decadencia". Redacción, "Grandeza y decadencia de España", *Criterio* N° 75, 8-8-1929.

³⁷ Manuel Gálvez, "El veneno de la literatura Rusa", *Criterio* N° 160, 26 de marzo de 1931.

³⁸ Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria III. Entre la novela y la historia*, Buenos Aires, 1962.

ideológica, sino todo lo contrario. En efecto, a partir del alejamiento de Dell Oro Maini y de sus más cercanos colaboradores, el discurso aristocratizante se torna más agitado y vulgar; la prosa más injuriosa y el programa represivo alienta la instauración de la pena de muerte, justifica las torturas policiales y exige una rigurosa censura de prensa junto al encarcelamiento de periodistas y escritores. (hay que tener en cuenta que después del golpe el clima era propicio para este despliegue, pero la acción represiva de la dictadura de Uriburu (1930-1932) a *Criterio* le parece insuficiente). Asimismo, la fuerte incorporación de la variable antisemita, antes apenas insinuada, agrega un nuevo argumento de exclusión y persecución. El modelo de Estado antiliberal promocionado es denominado "gendarme" por el sacerdote Julio Meinvielle, quien también encontrará los argumentos justificatorios del golpe de Estado de 1930 en el teórico alemán de la dictadura y futuro asesor jurídico de Hitler, Carl Schmitt.

Dentro de este marco se manifiesta lo que podríamos denominar la revancha del clero. En efecto, pensamos que las observaciones de Gálvez en sus memorias remiten a dos cuestiones fundamentales que habrían hecho eclosión a fines de 1929: por un lado se había hecho excesivamente evidente la instrumentalización clasista de la religión a la vez que, por otro lado, los sacerdotes eran prácticamente relegados de la función propia, es decir de intermediarios entre Dios y los hombres y ese lugar era ocupado por "la inteligencia" laica. En efecto, la defensa corporativa es asumida con "energía" luego del retiro de Dell Oro: los sacerdotes defienden y asumen "la supremacía de la inteligencia" en tanto teorizadores, intermediarios y tal vez futuros funcionarios. La cuestión gira alrededor de las siguientes preguntas: ¿Quiénes son los más capacitados para interpretar el tomismo, para decidir cómo se deben comportar las autoridades y los sujetos o para indicar qué se puede o no se puede leer? Un mes después de la renuncia de Dell Oro, el sacerdote Julio Meinvielle, parece pasar la factura a los salientes: la teología, afirma, no es un recetario de moralismo seudo cristiano; "el terreno espiritual y divino (fue) encomendado a los sacerdotes" y remata sus recriminaciones recordando a "Pío XI anatematizando los desvaríos políticos de la Acción Francesa (...) quien no puede permitir ese modernismo político doctrinario y práctico"³⁹.

Osés, que si bien no es sacerdote estuvo siempre incorporado a la estructura eclesiástica, ajusta cuentas, por su parte, con aquellos críticos literarios "que se dicen católicos" pero cuya "cobardía moral" impide que "asuman plenamente los corolarios estéticos de la fe religiosa y recomiendan o condenan las novedades literarias por sus condiciones puramente estéticas". La defensa corporativa en Franceschi no casualmente se manifiesta de manera violenta en relación a Gálvez, quien no sólo había usurpado lugares de teólogos y censores sino que pretendía a través de sus "novelas católicas" generar fenómenos de conversión, ser contemporizador con los pecados carnales, incorporar descripciones de la realidad para tornar más efectivo su mensaje, etc. En la dura polémica iniciada con Gálvez, Franceschi se representa a sí mismo como alguien a través del cual habla Dios (por eso, afirma, ni preparó su disertación ni recuerda qué es lo que dijo en la exitosa noche de la comunión de los hombres del Congreso Eucarístico) y su in-

³⁹ Julio Meinvielle, "Teología y política", *Criterio*, 19-12-1929.

vestidura sacerdotal lo autoriza, precisamente, para desautorizar de cuajo al Gálvez novelista: le da una lección de moral teológica que tiene como punto de partida "el arte carece de derecho contra Dios" y le recuerda que no sólo no debe usurpar lugares, sino que él mismo debe someterse a la "prohibición para los católicos de no publicar sin previa censura eclesiástica". La defensa corporativa hace olvidar a Franceschi la lucha contrahegemónica que él también predica: lo acusa de recurrir al realismo para "competir con el campo de la vereda de enfrente" (...) "por el ansia de no ser descalificado por ciertos críticos" y Gálvez hace parte a Franceschi de una peculiaridad de "nuestro ambiente social" que resulta nocivo para el catolicismo: "un puritanismo casi protestante o jansenista resultado casi siempre de la hipocresía"...⁴⁰.

Luego del retiro de Dell Oro y su grupo, el área de colaboraciones literarias y de crítica se degrada, radicaliza y empobrece como el resto de la revista. En literatura el paralelo se traduce en la elevación del antes ignorado Hugo Wast (Gustavo Martínez Zubiría), escritor de largos folletines, a paradigma del deber ser del escritor católico. En efecto, no es casual que a las pocas semanas de haber asumido Enrique Osés la dirección de la revista aparezca por primera vez una elogiosa nota sobre Martínez Zubiría, (aunque su autor, Sixto Martelli, no omite relatar los obstáculos que tuvo que vencer en su propio "interior" hasta "entrar en su prosa")⁴¹. La revista sigue sosteniendo que "hay que empezar por la literatura para llegar a la política", y si bien los objetivos ideológicos son los mismos, ahora se expresan de una manera más transparente: "El burgués pacífico y de 'orden' ha venido siendo considerado por la ley cada vez más tan irónicamente como por la novela y el teatro. (...) Habrá que escribir, otra vez, novelas y comedias donde las cosas vuelvan a ser *como deben ser*: donde hagan su reaparición el anciano venerable y la señora honesta y el hijo obediente"⁴².

A la exigencia de "inventar" una sociedad se suma un discurso que alimenta identificaciones y exclusiones tajantes, ya no solo ideológicas, sino racistas y xenófobas.

Por ejemplo, estando la revista bajo la dirección de Monseñor Franceschi, el secretario de redacción José E. Assaf, publica en 1936 una larga nota en la que el lenguaje de choque hace jugar como excluyentes a las figuras de César Tiempo y Hugo Wast. Es necesario señalar que pocos meses antes Wast había publicado *El Kalal-Oro*, un virulento alegato antisemita en el que el autor desplegando argumentos políticos, teológicos y económicos pretendía demostrar la existencia de un complot judío contra el mundo cristiano. A raíz de que dicho autor se desempeñaba como director de la Biblioteca Nacional, el escritor Cesar Tiempo (Israel Zeitlin) publica el folleto "La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional" por lo que *Criterio* asume la defensa de Wast contraponiendo ambos nombres y figuras: caracteriza positivamente a Hugo Wast como escritor católico, miembro de una familia tradicional y autor "de numerosos libros argentinos por los cuatro

⁴⁰ Gustavo Franceschi, "La castidad en la novela", *Criterio*, N° 407, 19 de diciembre de 1935 y Manuel Galvez, "Acerca de la castidad en la novela", *Criterio*, N° 422, 2 de abril de 1936.

⁴¹ Sixto Martelli, "Una hora con el novelista Hugo Wast", *Criterio*, N° 93, 12-12-1929.

⁴² ídem.

costados”, y señala al escritor César Tiempo como aquel que reúne todas las marcas de la exclusión y de la persecución: “nada puede pedirse de menos argentino”, “escritor semítico”, “extranjero inadaptado”, “un ideólogo de extrema izquierda”, “ateo, racionalista”⁴³. Este discurso no sólo es destacable porque condensa la posición ideológica de la revista durante estos años sino porque dado el respaldo institucional del que gozaba define también la posición eclesiástica argentina en un debate que comprometía a gran parte de la opinión pública. En este sentido, un indicador notable de la postura ideológica de *Criterio* será la polémica que en 1937 encuadra a los sacerdotes Julio Menvielle, Leonardo Castellani y Gustavo Franceschi junto a César Pico en contra de Maritain y sus “desvaríos” sosteniendo que para los católicos es un deber el apoyo a la “guerra santa” librada por Franco en España y la colaboración con los movimientos de tipo fascista para salvar al mundo “de la revolución social y del caos”⁴⁴. A su vez, dando muestra de la inclinación por el nazismo, el sacerdote y escritor Leonardo Castellani —que desde los comienzos de *Criterio* firma sus obras literarias con el seudónimo Jerónimo del Rey— señala como una de las razones que lo han convertido en ex discípulo de Maritain la postura de “desaprobación del antisemitismo” adoptada por el filósofo francés⁴⁵.

En síntesis, como balance de esta experiencia político- intelectual católica que se expresa en *Criterio* se puede afirmar que la estrategia que combinaba la promoción del autoritarismo con el intento de prestigiar y reproducir el campo católico mediante la literatura y cierto grado de tolerancia en relación a ella, se vio frustrada luego del retiro de Dell Oro Maini y del consiguiente triunfo del clero más radicalizado de la escena política argentina.

⁴³ José A. Assaf, “La cuestión judía en su lugar”, *Criterio*, N° 409, 2-1-1936.

⁴⁴ Julio Menvielle “Carta a Jacques Maritain de César Pico”. *Criterio* N° 492, 5-8-1937. Julio Menvielle, “Los desvaríos de Maritain”, *Criterio* N° 488 de 8-7-1937.

⁴⁵ L. Castellani “Maritain, hombre de acción”, *Criterio* N° 489, 15-7-1937.

LA *TEXTUALIDAD* DE LA HISTORIA:
FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS Y PSICOPEDAGÓGICOS
DE LA REFORMA EDUCACIONAL

Ignacio Muñoz Delaunoy

I. LA REFORMA Y LA PASIVIDAD DE LOS HISTORIADORES

Los historiadores que ejercemos o hemos ejercido como profesores directamente en las aulas sabemos que esa historia descriptiva, memorística, enciclopédica, conmemorativa, que se imparte en los establecimientos educacionales y aun en las mismas universidades, no tiene salvación. Carece de justificación, como *Historia* y como *Pedagogía*. Alguna vez pudo ser defendida por el aporte que representaba para la tarea de la construcción de la nacionalidad, pero en el mundo postmoderno, en que campean las ideas de "diferencia", "discontinuidad", "desconstrucción" y "diseminación", en que la pluralidad de pequeños consensos locales se impone sobre las meta-prescripciones, parecen no tener ya cabida los discursos oficiales unificadores.

Esta visión desencantada rebasa la esfera de los especialistas. A nuestros alumnos ha llegado a no interesarles en absoluto el ramo y ya ni siquiera se cuidan de manifestarlo. Acostumbrados por el mundo actual a lenguajes dinámicos e interactivos, a materias que los interpelan directamente o que satisfacen las exigencias pragmáticas de la vida moderna, sobrellevan con dificultad el ramo. La sociedad misma ya no está satisfecha con lo que le ofrecemos y nadie duda, a estas alturas, que el tipo de historia que enseñamos y los métodos que empleamos para generar aprendizaje, tienen sus días contados.

Pero, aunque los historiadores y todos los que participamos en el sistema que perpetúa la historia descriptiva estamos de acuerdo en un diagnóstico como éste y pensamos que es necesario cambiar las cosas, que es necesario incorporar los aportes recientes de la prolífica historiografía desarrollada en los principales centros académicos y que es fundamental acompañar la renovación en los contenidos con sustanciales transformaciones metodológicas, encaminadas a convertir la enseñanza de la historia en una "pedagogía activa", cuando hemos llegado a esa etapa en que se quiere transformar los deseos en hechos y los hechos en acción política concreta, hemos manifestado un contumaz desinterés frente a todo lo que trascienda la reducida esfera de nuestras preocupaciones de eruditos.

Por el contrario, seguimos apegados, en nuestra práctica cotidiana, al mismo tipo de pedagogía que criticamos en forma tan acerba, seguimos produciendo textos del tipo más *tradicional*, a pesar de ciertas modificaciones puramente cosméticas.

Es de toda evidencia que, no obstante el acuerdo tácito respecto a la necesidad del cambio, las clases de Historia, en cualquier nivel, siguen consistiendo en un tedioso e interminable relato de sucesos cuya importancia resulta difícil de establecer y cuya elaboración y procesamiento no supera, muchas veces, el de una simple

ordenación cronológica; es también evidente que, al momento de evaluar, aun en los casos en que ha habido voluntad para introducir alguna renovación en la didáctica, se sigue privilegiando la capacidad de retención por sobre el aprendizaje significativo.

¿Por qué persiste un estado de cosas que advertimos como riesgoso y hasta lamentable?

La realidad chilena demuestra que los historiadores y todos los agentes que integran eso que podríamos llamar el sistema educacional, en el área de las ciencias sociales, hemos reaccionado frente a la presión que ejerce la sociedad sobre nosotros, transformándonos en un elemento muy conservador, que no sólo no participa con ánimo en la definición de los cambios que están teniendo lugar —dejando esa tarea a especialistas de otras disciplinas—, sino que se muestra decididamente refractario a cualquiera innovación que vaya más allá del nivel puramente discursivo.

Sin embargo, nuestra desidia, lo queramos o no, tendrá que acabar.

La reforma educacional en curso, que ha comenzado a aplicarse a partir de 1999, nos impele a involucrarnos en forma creativa y polémica en el cambio, pues de otra manera correremos el riesgo de dejar nuestros asuntos en manos de *afuerinos* —psicólogos, curriculistas, especialistas en los temas educacionales, funcionarios de los organismos estatales, profesores—, lo que, ciertamente, podría redundar en perjuicios serios para nuestra disciplina.

¿De qué riesgo estamos hablando? Algunos de los tópicos más polémicos ya empiezan a ser ventilados en los diarios. Hemos visto que la eliminación de algunas materias del currículo ha suscitado una acalorada y elevada confrontación entre algunos historiadores, que servirá para fijar posiciones y para movilizar a los distintos actores que intervendrán en la reforma. El debate sobre los contenidos es pertinente. Pero no es la única batalla que hay que librar. A mí me importa más el enfoque que quiere darse a la *nueva enseñanza de la historia*, y sus implícitos psicopedagógicos, pues mantengo que es en ese terreno donde se jugará el destino de la reforma y donde puede sufrir nuestra disciplina los golpes más certeros y destructores.

Podemos opinar porque tenemos a nuestra vista lo que ha ocurrido con las reformas que se han desarrollado en otros países; conocemos sus aciertos y también los riesgos que podría deparar para nosotros una asimilación acrítica de renovaciones extranjeras.

¿Qué explica nuestra pasividad frente al tema? ¿Qué explica que hallamos dejado tanto tiempo a las cosas mantenerse en este estado calamitoso? ¿Por qué no hemos hecho nada si nos vemos enfrentados a indicios claros de que las estrategias pedagógicas que empleamos conducen al fracaso, si advertimos, día a día, que nuestros alumnos asimilan poco de lo que les enseñamos, que no logran elaborar explicaciones, que no transfieren conceptos que se suponen adquiridos? En este ensayo argumentaré que no se trata meramente de pusilanimidad o de compromiso interesado y culpable con un estado de cosas. Si no hubiese razones mucho más serias y profundas, la *historia factual* sería, a estas alturas, cosa del pasado.

Este tipo de historia, a mi juicio, sólo puede subsistir debido a que todavía aparece *justificable* para mucha de la gente que interviene en el proceso educativo, aunque no sean conscientes de ello. Para muchos profesores e historiadores la his-

toria factual no carece de cierta justificación teórica, tanto en el terreno propiamente epistemológico como en el psicopedagógico. La lealtad que le profesan, pues, no se origina en causas espúreas, sino en lo que yo considero una devoción sincera a teorías añejas e inadecuadas, algunas de las cuales ya han sido desechadas por los psicólogos hace casi cien años. De modo que hay una especie de doble discurso, puesto que por una parte la denostamos, ponemos de relieve todas sus debilidades, pero por la otra contribuimos a sostenerla al no atacar las bases en que descansa. Las críticas que se le dirigen han sido más bien adjetivas y no han implicado un cuestionamiento radical a sus supuestos epistemológicos y a la teoría del aprendizaje implícita en ella. Si queremos combatir este tipo de historia para *descerebrados* no tenemos que ocuparnos de adjetivarla, sino que debemos hacernos cargo de las asunciones teóricas en las que se sustenta.

2. SUPUESTOS PSICOPEDAGÓGICOS Y EPISTEMOLÓGICOS DE LA ENSEÑANZA TRADICIONAL

La vieja historia factual descriptiva, practicada por los historiadores y los profesores de historia, contenía una teoría del aprendizaje y una teoría de la historia subyacentes. Sus supuestos psicopedagógicos se apoyaban en el asociacionismo y los epistemológicos, en el positivismo, combinado con algunos elementos de la hermenéutica rankeana. Esta mezcla explosiva fue superada por las estrategias de *aprendizaje por descubrimiento*, basadas en el constructivismo y en una visión de la historia como una ciencia explicativa pero también interpretativa.

En este artículo argumentaré que el remedio no ha sido de una índole distinta a la enfermedad, que a veces los esfuerzos radicales de renovación pueden coexistir bastante bien con aquello para cuya superación han sido diseñados.

Los postulados del aprendizaje reproductivo o meramente asociativo son muy simples. Como se advertirá con claridad, coinciden en buena parte con la postura de los historiadores académicos tradicionales sobre cuál es la forma más efectiva de hacer historia y de producir aprendizaje.

El conocimiento es algo que se acumula. Aprender es tomar algo del exterior, tal como se encuentra, y depositarlo sobre los otros conocimientos que el alumno tenga. Hay que presentar a los alumnos los materiales, que deben ser organizados siempre de acuerdo a la lógica de la disciplina de que se trate, y luego, mediante una práctica reforzada por estímulos externos (condicionamiento clásico o condicionamiento instrumental), debe exigírseles que los reproduzcan respetando fielmente la estructura propuesta. La exposición a un *modelo* correcto, siempre deberá producir un aprendizaje adecuado.

¿Qué tipo de conocimientos son los que deben ser puestos a disposición de los alumnos?

Los conocimientos en cuestión no deben ser adaptados, para ponerlos a la altura de las capacidades de los educandos. El asociacionismo adhiere tácitamente al *realismo filosófico*. Entiende el conocimiento como una *huella de la realidad*, como una suerte reproducción fiel del mundo. Los científicos, nos dice, son el tipo de especialistas llamados a capturar ese reflejo del mundo y a organizarlo en un texto.

Luego los educadores deben tomarlo y ponerlo, tal cual lo han dejado los especialistas, a disposición de los alumnos. La realidad, mediada por los científicos, puede llegar muy bien a las mentes de los alumnos, debido a que existe un vínculo que cruza transversalmente a todas las partes del sistema y asegura la comunicación: la forma en que está organizado el mundo es concordante con el tipo de ordenación que dan los científicos a los conocimientos que de él extraen, con la que dan las sociedades al lenguaje natural que les sirve para comunicarse, y con la manera en que está estructurada la mente humana.

Es a partir de este tipo de asunciones que se explica que gran parte de los textos escolares consistan, en el fondo, en un apretado resumen de algún denso estudio compilatorio preparado para alumnos universitarios. La ciencia, por compleja que sea, es el mejor tipo de este esquema al cual pueden ser expuestos los alumnos. Este tipo de textos, dentro del modelo, son un marco de referencia *sagrado*.

Pero ¿cómo pasamos de la *enseñanza* o instrucción al *aprendizaje*? ¿Cómo se trasmuta el conocimiento en bruto en una materia elaborada? El asociacionismo receta a los alumnos la mayor cantidad de lo que define como "información de tipo cultural", queriendo significar con ello una base suficiente *sobre las cosas importantes* de nuestro pasado. Si se cumple con ello la victoria ya está a la mano, pues luego las mentes de los niños y los adolescentes transformarán, como por arte de magia, esa masa informe de datos en elaboraciones intelectuales sofisticadas y a sus dueños (los alumnos), en la medida que se produce ese proceso de elaboración, en *sabios*. El único cuidado que hay que observar es el de partir por lo más fácil e ir evolucionando progresivamente hacia lo más difícil. El conocimiento complejo se alcanza gracias a la adquisición previa de conocimientos más básicos. La firmeza del aprendizaje, su perdurabilidad y su potencialidad, siempre dependerá del respeto de la norma de la secuencialidad y de la intensidad de la ejercitación. Cuanto mayor sea la práctica, mayor habrá de ser el aprendizaje. La repetición de conductas es, pues, un rasgo fundamental de esta estrategia.

No es este el lugar para dar cuenta de las aporías del asociacionismo. Desde mediados del siglo xx los estudios han puesto en evidencia el realismo y empirismo ingenuo en el que se inspira, y ya es de sobra evidente que el principal supuesto con el que pretendió validarse —la idea de que los alumnos son capaces de transformar la información memorizada en conocimiento significativo, aplicable a situaciones nuevas— no resiste la prueba de la experiencia. La psicología de la instrucción ha evolucionado por caminos radicalmente distintos y ya nadie, en el campo de la psicología o de la enseñanza, se siente a inclinado definir sus posturas teóricas y metodológicas en función de él¹, aunque todavía pueda advertirse la fuerza de su presencia en la academia histórica y en la praxis misma de la enseñanza, sobre todo en los sectores donde el positivismo ha logrado persistir.

La historia nació, como campo de investigación independiente, en Alemania, en la segunda mitad del siglo xix. En ese momento seminal se logró crear un consenso en cuanto a un repertorio de definiciones teóricas, metodológicas, temáticas, y en torno a lo que Peter Novick describe como el mito central a partir del cual se ha constituido el discurso y la profesión histórica (y, que permanece, aún en

¹ J. I. Pozo (1987), pág. 235.

nuestros días, como la base que dota a la disciplina de su "razón de ser"): el ideal de la objetividad².

En su acepción primera –en registro claramente idealista–, objetividad importaba una suerte de ética de la distancia, un apartarse de lo estudiado para dejar que los hechos pudieran, por decirlo de alguna manera, *hablar por sí mismos*. En el siglo XX, el positivismo lógico actualizó esta noción, como parte de su esfuerzo por defender la unidad de las ciencias. El tipo de objetividad de la que ahora se trata dependía más del operar de mecanismos sociales de crítica y evaluación, que aseguraran la imparcialidad del trabajo científico, que de la existencia de ciertas cualidades morales en el investigador. Pero tanto en el primero como en el segundo caso, se exigía, como condición necesaria para tener acceso a "La Verdad", la neutralidad del intérprete, su compromiso de rehuir toda forma de implicación con los intereses del presente o del futuro. Esta actitud de la disciplina tuvo derivaciones concretas y directas en el campo de la enseñanza.

Los profesores e historiadores, atacados en distinto grado por el virus del objetivismo, comulgan con la idea de que la acción del pedagogo debe consistir en proporcionar a su audiencia, mediante clases expositivas y textos, un conocimiento despojado de todo celo interpretativo, de ideologías, emociones, perspectivismos y extrapolaciones. El intérprete y el narrador, que habla por él, deben ser aplacados, en el texto o en la cátedra, para que la audiencia pueda percibir sólo las voces del pasado. La buena Historia, y la enseñanza que se imparta de ella, debe ser más pura que los cuentos de hadas (que no lo son para nada, pues están llenos de juicios éticos y políticos). Debe reducirse a su sustancia misma: los hechos.

Este modelo de enseñanza se apoya en un soporte principal –los textos–. Las clases expositivas y todos los medios auditivos y visuales actúan al servicio de la estructura argumentativa y factual ofrecida por los textos, que resumen el conocimiento "puro", sistematizado por los científicos.

En la segunda mitad del siglo XX ha habido importantes corrientes de pensamiento anti-objetivistas. Su virulenta acción destructivista, que se ha hecho más firme en las últimas décadas, ha puesto en evidencia la imposibilidad de practicar una *historia neutra* –así como existe una física o unas matemáticas pretendidamente neutras–, que no esté cruzada por los valores individuales o colectivos, por principios políticos, prejuicios y mentalidades de cada época. Hay consenso en cuanto a que el esfuerzo por producir algún tipo de historia aséptica no acaba en textos neutros sino en textos pobres, pues "los datos, por mucho cuidado que se haya puesto en su recogida y observación, sólo adquieren importancia después de reunirlos y ordenarlos de acuerdo con un paradigma teórico. De lo contrario, no son más que átomos a la deriva, solitarios e insignificantes"³.

Estos cambios epistemológicos y disciplinares han sellado definitivamente la suerte del modelo de enseñanza receptiva y de su prima hermana, la historia descriptiva o factual. Y amenazan hacer lo propio con los textos, el instrumento preferido al servicio del asociacionismo.

² P. Novick (1997), pág. 11.

³ C. Cipolla (1991), pág. 85.

Se vislumbra, en el horizonte, la posibilidad de una historia sustentada en otro soporte. Pero eso ya es materia del apartado siguiente.

3. UNA HISTORIA SIN TEXTOS:

DEL APRENDIZAJE RECEPTIVO AL APRENDIZAJE POR DESCUBRIMIENTO

Los historiadores y los distintos agentes que operan en el mercado educacional percibieron, desde hace bastante tiempo, que las cosas iban mal con la historia. Se mostraron, en consecuencia, dispuestos a hacer modificaciones curriculares.

Los cambios tuvieron que ver con un incremento en los grados de abstracción de la materia y con la agregación de nuevos tópicos *adecuados*.

Se sustituyeron los hechos (por ejemplo, ubicación espacial en el territorio chileno de los distintos pueblos prehispánicos) por conceptos (pueblos de agricultores avanzados, simples o pueblos preagrícolas), las personas (Pedro de Valdivia) por instituciones o categorías sociológicas (la figura del conquistador). El propósito perseguido era el de trocar la adquisición pasiva de conocimientos por la incorporación de capacidades intelectuales para analizar el pasado y el presente, el de dar el gran paso que hay entre la historia descriptiva y episódica a una historia explicativa e interpretativa.

Sin embargo, los resultados fueron magros. La razón de ello estaba en que los cambios se habían desarrollado a nivel de contenidos, dejando intacta la teoría subliminal de aprendizaje —que se aprende por simple agregación de conocimiento—.

Ahora los adolescentes debieron memorizar, además de las clásicas banalidades de la historia narrativa, algunas sesudas elaboraciones de la explicativa; fueron bombardeados con conceptos (del tipo de “república parlamentaria” o “estado de bienestar”), los cuales eran combinados sin discriminación alguna con datos menudos (todos los puentes y líneas férreas que se inauguraron durante la administración del presidente Manuel Montt). El problema de la educación parecía reducirse, por parte de los universitarios y de los burócratas que se ocupaban de ella, a decidir qué contenidos de la disciplina había que escoger y cómo debían ser ordenados en el currículo, sin tomar en cuenta lo que pudieran decirnos las nuevas teorías en boga en psicología educacional.

Pero ¿qué pasaba con todos esos datos y con las abstracciones que se les fueron agregando —que, desde el punto de vista de las mentes que los recibían, no eran otra cosa que datos, en el mismo sentido que lo es la fecha de una batalla, pero mucho menos inteligibles—? ¿El acopio de esa información permitía a los alumnos desarrollar alguna destreza intelectual o siquiera alguna sensibilidad hacia la materia?. Si uno analiza el currículo de enseñanza media vigente en las últimas décadas, con todas sus variantes, uno puede advertir que el almacén sigue abierto —la mente concebida como un recinto para depositar información cultural—, sólo que ahora se contienen en él tanto datos en bruto (especialmente cuando se trata de períodos políticamente críticos, como el siglo XX), como unos cuantas conceptualizaciones (que abundan, a medida que nos alejamos del presente), que intentan satisfacer algunos de los parámetros que la clásica taxonomía de Bloom carga a esta disciplina.

Los estudios empíricos de los psicólogos nos han demostrado que siempre que predomine una concepción asociacionista o memorística del aprendizaje, va a dar lo mismo si lo que se entrega a los alumnos son fruslerías, conocimientos relevantes o cualquiera combinación de éstos, puesto que ni los unos ni los otros pueden llegar a traducirse en un verdadero aprendizaje —un conocimiento que se integra al *mapa conceptual* de los alumnos, modificándolo—.

El fracaso rotundo de esta estrategia de aprendizaje originó nuevas búsquedas. La psicología cognitiva, particularmente la psicología genética piagetiana, proveyó de una alternativa al paradigma empirista del aprendizaje, que se reflejaba tan bien, en el terreno psicológico, en el conductismo⁴. Los psicólogos cognitivos revirtieron en ciento ochenta grados la postura de los asociacionistas —a los que, como hemos visto, debe tanto la historia tradicional—. El aprendizaje ya no fue entendido como el resultado de un proceso de adquisición paulatina y constante de conductas a base de pequeños incrementos, estimulado desde fuera. El individuo no podía seguir siendo concebido como un órgano pasivo, cuyo aprendizaje podía ser correctamente inducido a través de la manipulación. Esta estrategia a toda luces había fallado. Se hiciera lo que se hiciera *fuera* del sujeto, los resultados en términos de aprendizaje eran discretos y la causa de ello sólo podía tener que ver con lo que sucedía en su interior. Se dio vuelta de campanas todo, y se planteó que el aprendizaje era esencialmente un suceso endógeno.

El enfoque cognoscitivo o constructivista afirma que “el aprendizaje es una reestructuración de percepciones e ideas, no simplemente una reacción pasiva ante la estimulación y el refuerzo del exterior”⁵. El conocimiento es algo que se elabora en la intimidad, que no puede ser obtenido del contorno como un bien ya acabado, simplemente acopiándolo, junto a otros saberes, en la *bodega*: el aprendizaje es, por el contrario, esencialmente un proceso de construcción interna de modelos o reglas de representación; aprendemos precisamente en virtud de nuestras propias acciones de asimilación y de la capacidad que tenemos para formar nuestros propios modelos. Si vemos bien la cosa, lo que se quiere implicar con esto es que no se puede adquirir conocimientos ya hechos, sino que los sujetos deben construirlos personalmente⁶. No existen, en esa medida, modelos correctos que debamos replicar —textos y las clases expositivas que los reproducen y hacen expresivos—. El aprendizaje, se torna en un acto individualísimo y, en definitiva, en un hecho esencialmente psicológico. Se puede decir que *aprender* viene a ser lo mismo que *descubrir*.

Este enfoque teórico, interesantísimo, ha sido el que ha animado todos los intentos recientes de levantar una alternativa real a la enseñanza tradicional de la historia en Europa y es bueno, ahora que nos encontramos en una coyuntura similar —la reforma en curso sigue las aguas del constructivismo—, analizar críticamente lo que ha resultado de estos cambios a nivel de pragmática.

Es necesario, sobre todo, porque el enfoque piagetiano de la “*enseñanza activa*” o más bien, de la “*enseñanza por descubrimiento*” —aplicado a raja tabla, en toda su radicalidad teórica—, puede implicar un replanteamiento tan agudo en la forma como

⁴ I. Enesco; A. Navarro (1996).

⁵ T. L. Good; J. E. Brophy (1993), pág. 129.

⁶ J. I. Pozo; M. Asensio; M. Carretero (1989), págs. 218 y 219.

se ha practicado hasta aquí la enseñanza de la historia, que podríamos perfectamente estar asistiendo al instante en que se firma el acta de defunción, en la vida escolar, de aquello que siempre hemos entendido como propio de la disciplina.

La especificidad de lo nuevo se entiende mejor por contraste. Veamos las diferencias que presenta el modelo constructivista, respecto del asociacionista.

El sistema tradicional de enseñanza se basaba en la repetición de conocimientos. Era un sistema coercitivo y vertical, en el que la efectividad de la enseñanza era determinada fundamentalmente por el grado de control social que fuera capaz de ejercer el profesor sobre su audiencia, de su capacidad para convertir unos textos *correctos* —organizados por los historiadores— y a él mismo, como receptor de la Verdad, en un modelo a reproducir. La posición de los alumnos, en el proceso de aprendizaje, era absolutamente pasiva. El nuevo enfoque revierte todo. Cambia la relación entre enseñanza (intervención del profesor) y aprendizaje (intervención del alumno); antes importaba fundamentalmente lo primero, ahora pasa a tener gravitación sobre todo lo segundo. A diferencia del anterior, es horizontal —el profesor baja de su pedestal—, descansa en el principio de la libertad y no en el de la coerción. La efectividad del aprendizaje es entendida como función de la capacidad del profesor para hacer a los alumnos llegar por sus propios medios a lo que se pretende que aprendan, de su capacidad para explicarles, de una manera transparente, los planteamientos metodológicos —qué se va a hacer, cuándo, cómo y para qué— que les permitirán encontrar sentido a lo que hacen y participar activamente en la toma de decisiones que los lleva a expandir los horizontes de sus mentes. Los alumnos ya no son vistos como simples receptores, o como ‘espectadores’ de su proceso de aprendizaje, sino que se les encomienda el papel de investigadores, que deben descubrir, en el material que se les entrega, las respuestas a los problemas que se les plantea; deben ser, en definitiva, “actores” de su propio proceso, y “autores” de la historia que conocen y viven en sí mismos.

Hay un segundo orden de diferencias. La historia tradicional, al igual que la enseñanza tradicional, creía que su asunto era “el pasado tal como fue”. Lo que los especialistas definían como el tipo de conocimientos al cual debían ser sometidos los jóvenes, era nada menos que la realidad misma. El nuevo modelo, aunque no lo exprese directamente —es obra esencialmente de psicólogos y no de epistemólogos de la historia—, tiene un concepto radicalmente distinto acerca del tipo de cosas que los alumnos deben aprender y de las finalidades, en cuanto a adquisición de conocimientos, valores y habilidades, que es propio perseguir. Para el constructivismo, como para la postmodernidad, el conocimiento deseable, es definido consensualmente al interior de la sociedad en la que el educando participa, pues ya se ha renunciado a la idea de que los historiadores puedan poner a nuestra disposición algo así como “La Verdad”, organizada con el mismo criterio que la naturaleza o Dios emplearían.

Este enfoque ha sido muy fructífero. La reforma al currículo del ramo de historia puesta en práctica en Europa, en los setenta y ochenta, partió de esta base conceptual. Varios cientos de profesores jóvenes y voluntariosos, muchos de ellos inspirados en la visión materialista de la historia y unos cuantos en la *Escuela de los Annales*⁷,

⁷ C. Guimerà (1993).

se lanzaron en una especie de carrera desbocada a la elaboración de los materiales que requiere este tipo de pedagogía en que el alumno se transforma en una suerte de investigador privado cuya misión es encontrar el conocimiento. La imaginación no reconoció muchos límites. Ha habido de todo lo concebible, desde intentos de aproximar a los alumnos a la historia mediante el juego⁸, la participación en desfiles de moda⁹, el análisis de películas¹⁰, hasta llegar incluso al desarrollo de interesantísimas simulaciones históricas a través del computador que obligan a los alumnos a pensar como historiadores¹¹.

Pero ¿qué ha resultado en la práctica?

A estas alturas puede afirmarse que el aprendizaje por descubrimiento de los piagetianos, en sus primeras versiones, ha fracasado en su empeño de hacer de la enseñanza de la historia algo radicalmente distinto —una pedagogía activa—. En la práctica sólo parece haber conseguido más de lo mismo. El entusiasmo teórico de los precursores del constructivismo parece haber favorecido precisamente la disposición que quería contribuir a erradicar —la pasividad del alumnado frente a cualquier tópico histórico—.

El error no se deriva de la incorrección del enfoque mismo, sino del extremismo de la primera aplicación y de fundamentales debilidades en algunos de sus supuestos teóricos.

Veamos con calma los distintos tipos de cargos que pueden formularse en su contra.

Para los piagetianos de primera generación el aprendizaje, en la etapa del pensamiento formal, tiene que ver básicamente con la verificación de procesos internos de maduración cognitiva y no con la forma cómo se enseñan los conocimientos (ni con los conocimientos mismos). El aprendizaje, decía el maestro, se produce en uno mismo; sólo se aprende realmente lo que uno ha logrado descubrir por sus propios medios. El papel del sistema educativo en su conjunto debe consistir, dentro de este esquema, en crear las condiciones más propicias para que los alumnos puedan desarrollar su actividad investigativa, proveyéndolos de los materiales y recursos que sean menester para impulsar la exploración.

Los años y las reformas mismas han puesto en evidencia los defectos de este enfoque constructivista extremo. Si se lleva la cosa a su derivación lógica, uno debería concluir que no puede haber aprendizaje más que de las cosas que uno mismo ha descubierto; que no pueden ni las ciencias ni los profesores ayudar al alumno a entender algo. Si el adolescente ha alcanzado un determinado estadio en la evolución de su pensamiento, entonces podrá transformar el conocimiento que le ha transmitido el sistema, en forma elaborada o en estado de pureza casi animal, en un verdadero y personalísimo aprendizaje.

Piaget y sus seguidores más extremos llegaron a plantear que, dado que el aprendizaje es resultado de la puesta en marcha de procesos psicológicos internos, la intervención de la didáctica o de cualquiera índole de acción externa

⁸ M. A. García (1984).

⁹ E. Piñero; J.R. Santana (1996).

¹⁰ J. E. Montarde (1986).

¹¹ J. Irizar; J. Orenga (1987).

aplicada por los agentes educativos, resulta más bien un inconveniente, que dificulta que se produzca ese aprendizaje, que un aporte a él. Si los profesores y el sistema le enseñan algo a un niño o a un adolescente, en el fondo están impidiendo que ese niño u adolescente pueda *descubrirlo*, o sea que pueda *aprender* (puesto que uno solamente puede aprender lo que ha descubierto). Ello resultaría particularmente grave si el profesor se anima a enseñar conocimiento elaborado y no sólo datos (si interpreta hechos, si los explica, si saca de ellos derivaciones interesantes o relaciones significativas), ya que si pone al alcance de los alumnos *lo significativo* ya elaborado, en el fondo, a pesar suyo, está produciendo exactamente el efecto contrario del que busca (está impidiendo que los alumnos puedan *aprenderlo* por descubrimiento).

De modo que, tanto los positivistas, proclives al *aprendizaje asociativo*, como los piagetianos, que propugnan un camino activo y constructivo hacia el conocimiento, terminan coincidiendo, al descender a la parte operatoria de todo el asunto, en lo principal, no obstante las radicales diferencias que parecen separarlos: ambos delegan casi totalmente, en manos de los alumnos, la elaboración del conocimiento y reservan para el sistema (establecimientos educacionales, profesores, curriculistas, psicopedagogos, especialistas universitarios...) el papel más modesto de proveer el conocimiento que luego será elaborado; ambas *didácticas* incurren en el mismo error básico de endilgar a los adolescentes una carga mucho más pesada de la que ellos están en condiciones de soportar. El *aprendizaje por descubrimiento*, si no es acompañado por estrategias didácticas, un soporte de conocimientos, y nociones correctas acerca de las características psicológicas de los adolescentes, termina asimilándose en sus resultados a las pueriles asunciones empiristas de los positivistas: si amontonamos en las mentes de los alumnos la cantidad necesaria de elementos se produce automáticamente el aprendizaje.

La práctica y los avances de ciencias auxiliares de la pedagogía y de la propia psicología cognitiva demuestran que estas estrategias no resultan en absoluto. Los alumnos no logran transformar los datos desnudos en elaboraciones complejas; son incapaces de penetrar los procedimientos explicativos primarios de la historia (tiempo histórico, explicación causal, explicaciones teleológicas o intencionales, el problema del cambio y la continuidad). La cosa va mucho peor cuando se reemplaza los datos de la historia tradicional por el tipo de información, más elaborada, de la cual se surten las vertientes historiográficas que han querido hacer de la historia una disciplina más analítica y centrada en problemas. La idea de que todo se solucione reemplazando los textos y las clases expositivas por manipulaciones en laboratorios, es apriorística e ingenua.

Los estudios nos enseñan que nociones simples y de uso corriente (que no impliquen un grado alto de penetración de los contenidos y enfoques propios de la disciplina histórica ni de ninguna otra), como "ciudad", "colonia", "ley", "autoridad", "arte", "cultura" son inasequibles. Los alumnos son a veces capaces de hilvanar frases que denotan comprensión de los conceptos y los profesores fácilmente pueden ceder a la tentación de suponer que ese acto de repetición refleja un verdadero aprendizaje. Sin embargo, como señala Delval, no nos damos cuenta de que el hecho de que el niño o el adolescente sea capaz de repetir una fórmula "no garantiza que entienda lo que se oculta debajo de ella, la cantidad de conocimientos que resume". Los concep-

tos que se aplican en historia, aún los más simples, revisten gran complejidad "y suponen un largo camino de construcciones que los adultos han olvidado y del que son totalmente inconscientes, ya que una vez formado el concepto, puede parecer absolutamente evidente y simple", de manera que los alumnos bien pueden ser capaces de invocarlos correctamente, satisfaciendo las demandas del profesor durante los exámenes, sin haber aprendido realmente nada¹².

El problema se agudiza en el caso de nociones cuyo origen se encuentra fuera del ámbito de nuestra disciplina, cosa que ya es muy frecuente —con esta moda de la integración y la interdisciplinariedad— y que amenaza con serlo todavía más de acuerdo a las nuevas orientaciones curriculares. Si ponemos sobre las espaldas del profesor la tarea de iniciadores en otras disciplinas sociales más exigentes, como la economía, la ciencia política, la geografía o el derecho, el grado de ineffectividad en el proceso instruccional puede llegar a extremos increíbles. Uno puede preguntarse, por ejemplo, si resulta una expectativa razonable la de suponer que jóvenes de 16 y 17 años (3º y 4º medio) lleguen a manejar con provecho nociones como las de *elasticidad-precio de la demanda*¹³.

Aceptemos que la enseñanza tradicional de la historia no conduce a la adquisición de virtualmente ninguna habilidad cognitiva (análisis, inferencia, interpretación crítica, síntesis o juicio evaluativo), que no se logra desarrollar, mediante ella, ni siquiera el sentido común. Pero no se llega mucho más lejos con una pedagogía formalmente muy activa, pero que coincide con el modelo anterior en otorgar a los adolescentes una misión que no les corresponde (elaborar el conocimiento) y en dispensar, a quienes si les debería tocar la tarea, de ejecutarla (profesores y especialistas que elaboran el material de apoyo).

Las aporías del constructivismo no pudieron ser advertidas por los piagetianos de primera generación.

Justificamos el rotundo fracaso de sus teorías, aplicadas durante varios años en Inglaterra y España, por la enorme dificultad que representaba para los alumnos la comprensión de los contenidos históricos¹⁴. Mantuvieron su devoción a la taxonomía de su maestro, siguieron sosteniendo que el aprendizaje es algo que se construye internamente y que depende más del estadio en que se encuentre el alumno en el proceso de maduración cognitiva que de la forma como se le pre-

¹² Delval (1981a), pág. 33. En otra publicación el mismo autor analiza las dificultades de los niños para elaborar conceptos sobre el mundo social (J. Delval, 1981b). Carretero, Pozo y Asensio examinan esta materia desde una perspectiva más amplia (M. Carretero; J. I. Pozo; M. Asensio, 1983).

¹³ El manual confeccionado por P. Alonso y F. Mochón para atender las necesidades de alumnos de los primeros años de enseñanza media, nos regala la siguiente definición: "*La elasticidad-precio de la demanda (Ep) mide el grado en el que la cantidad demandada responde a las variaciones del precio de mercado y se expresa como el cociente entre la variación porcentual de la cantidad demandada del bien producida por una variación de su precio en un 1 por 100, manteniéndose constantes todos los demás factores que afectan a la cantidad demandada*". (P. Alonso; F. Mochón, 1994, pág. 110).

¹⁴ Encontramos razones como las esgrimidas en los estudios de los ingleses de comienzos de los setenta —Stokes (1970), Peel (1971), Lodwick (1972)— y en los muy posteriores de los españoles en la década de 1990 —Aisenberg (1994) o Delval (1994)—. En 1980, el jefe del "History 13-16 Proyecto", que se había propuesto transformar radicalmente la enseñanza de la historia en Gran Bretaña, debe reconocer que, tras 10 años de camino, los avances son mucho menos auspiciosos de lo que se había supuesto (D. Shemilt, 1980).

sente la información, pero establecieron una suerte de condición de excepción con la historia. En el caso de esta disciplina se reconoció la existencia de un retardo en la adquisición del razonamiento hipotético-deductivo. Se admitió que era necesario comenzar más tarde con las materias que presentaban una complejidad excesiva, e incluso que, frente a aquellas que superaban con creces las capacidades cognitivas de los adolescentes, se optara por la abstención. No hubo, pues, una autocrítica seria que atacara la base misma de la teoría del aprendizaje de Piaget.

Esa revisión implicaba un nuevo salto intelectual que ellos no estaban en condiciones de dar. Fue tarea de los nuevos constructivistas.

4. EL RETORNO A LOS TEXTOS: APRENDIZAJE SIGNIFICATIVO POR RECEPCIÓN

Algunos de los sucesores de Piaget, entre los que se distingue Ausubel, repararon en que las cosas iban mal. Pero no lo atribuyeron a la teoría misma, sino al entusiasmo que habían mostrado los primeros en valerse de ella para fines educacionales. Ausubel recogió la sustancia misma del constructivismo y mantuvo, como lo hace el autor de este ensayo, que su validez teórica sigue en pie.

El problema radica en que se quiso aplicar en forma generalizada un enfoque y una metodología prometedoras, sin reparar en que, en muchos casos, ello no era pertinente; el uso extensivo y abusivo de una estrategia correcta, es defectuoso y tiende a producir más costos que beneficios. Los piagetianos se vieron de pronto con un juguete nuevo entre manos y no se resistieron a usarlo para lo que fuera. Como señala Ausubel, para "ciertos propósitos designados y para ciertas situaciones de aprendizaje especificadas cuidadosamente, sus fundamentos son claros y justificables; pero el aprendizaje por descubrimiento tiene también su propia mística elaborada: sus usos y ventajas legítimos han sido extrapolados injustificadamente hasta incluir metas educativas, niveles de madurez intelectual, niveles de experiencia en la materia y de desempeño cognoscitivo a los cuales no se adapta; y todo esto por razones que proceden de afirmaciones completamente dogmáticas; de concepciones pseudonaturalistas acerca de la naturaleza y las condiciones del desarrollo intelectual, de ideas anacrónicas sobre la relación del lenguaje con el pensamiento; de fantasías sentimentales relativas a la naturaleza del niño y los propósitos de la educación; y de interpretaciones ciegas de los testimonios de investigación"¹⁵.

Ausubel no sólo nos alertó contra el mal uso de algo esencialmente provechoso, sino que propuso su propia receta de aplicación. La llamó *aprendizaje significativo por recepción*.

El modelo de Ausubel recoge parte de la herencia del enfoque clásico —*aprendizaje por descubrimiento*—, pero incorpora los nuevos hallazgos de la psicología.

Lo que resulta relevante para nosotros —los historiadores— es que este modelo restablece los equilibrios rotos por los devotos de la *enseñanza activa* a ultranza. La estrategia del aprendizaje por descubrimiento jibarizó el papel del profesor en el

¹⁵ D. P. Ausubel (1980), pág. 533.

proceso de aprendizaje, puesto que lo privó de la que ha sido tradicionalmente su misión por antonomasia —transmitir a los alumnos cuerpos estructurados de conocimientos—. Al promover un aprendizaje espontáneo, al asumir que la labor del profesor debe consistir en proporcionar las condiciones adecuadas para que los alumnos induzcan, construyan o inventen el conocimiento, se dejó al profesor en una situación incomodísima y bastante deslavada, mientras se ampliaba en forma ilimitada el papel del alumno. El nuevo enfoque reinstala al profesor en una posición destacadísima, disminuyendo proporcionalmente la parte del alumno. Junto con ello, vuelve a situar en un estatus eminente a la clásica metodología expositiva de enseñanza y a los tan vilipendiados textos, con rigurosos argumentos científicos. En cierto sentido representa una verdadera *vuelta al pasado*, una especie de *conservadurismo* que resulta muy difícil de tragar hoy en día, puesto que supone de algún modo, aunque con importantísimos matices de diferencia, un retorno al clásico método de exposición verbal, a la presentación a los alumnos, en su forma final, de los contenidos que se quiere enseñar, que ha sido y es el recurso pedagógico que todos estamos de acuerdo en despreciar.

Para nosotros, los historiadores, los aportes de Ausubel y sus seguidores constituyen un avance notable y alentador, del cual no podemos sustraernos, puesto que, de todos los ramos impartidos en el colegio o en las universidades, no hay ninguno que esté más marcado por las estrategias receptivas (exposición verbal de contenidos disciplinares) y no hay ninguno que se haya resistido más a las innovaciones propuestas por Piaget, Bruner y todos los artífices de la escuela psicológica que propugna el aprendizaje espontáneo a través del descubrimiento. La historia es la disciplina que, en el terreno educativo, se ha mantenido más fiel a sus modos de expresión tradicionales, a pesar de las reconvenciones que el contorno le hace sentir y de nuestros propios sentimientos de culpa. Por lo tanto, la noticia de que puede promoverse un aprendizaje verdaderamente significativo, del primer y más alto nivel, a través del medio que principalmente utilizamos —con importantes modificaciones que el mismo Ausubel sugiere¹⁶—, representa una muy buena nueva. Hay otra razón adicional para que nos interese en su trabajo. En el pasado ha habido otros momentos en los que se nos ha instado a hacer de la enseñanza de la historia algo más sofisticado, y en que nos hemos sentido dispuestos a enfrentar el desafío que ello supone. Pero en los hechos se ha podido constatar que pese a las buenas intenciones de todos los actores intervinientes, los procedimientos expositivos han seguido proveyendo “el grueso de la actividad intelectual en el ambiente escolar”¹⁷. Las razones de aquello son múltiples. No puede desdeñarse la importancia de una tradición, que se remonta a los tiempos de los griegos, sino más atrás. Al peso de la cultura tal vez haya que añadir, como nos han hecho ver los filósofos narrativistas de la historia, la existencia de una suerte de conexión esencial entre la forma en que los investigadores presentamos los resultados de nuestras investigaciones —una exposi-

¹⁶ Como señalan B. Joyce y M. Weil (1985, pág. 90), una de las características del trabajo de Ausubel, que lo hace atractivo y muy aprovechable por los profesores, es la de haberse ocupado, a diferencia de otros psicólogos que han tratado el tema, no sólo de cómo procesa la mente los conocimientos (aprendizaje), sino también de cómo deben organizarse los conocimientos (currículo) y de cómo se pueden aplicar en forma práctica estas ideas al desarrollo del material pedagógico y de la docencia.

¹⁷ D. P. Ausubel (1980), pág. 42.

ción narrativa-, el objeto a cuyo servicio se pone ese artefacto literario -hechos que deben ser tanto comprendidos como explicados-, y la exigencia de que todo el esfuerzo cognoscitivo que se haga desde el prisma de nuestra especialidad -la aprehensión de lo humano en la temporalidad-. La existencia de nexos tan firmes entre *contenido* y *forma*, para usar la metáfora favorita de Hayden White, torna en artificioso el intento de desvincular al oficio, y a su equivalente en el terreno educativo, de su textualidad¹⁸. Quiero implicar con ello que probablemente los métodos que buscan hacer prevalecer el aprendizaje espontáneo nunca puedan representar una alternativa seria a las formas clásicas de practicar la pedagogía y que, dado ese escenario, la única opción plausible para hacer operativos los cambios que nos propone el constructivismo sea la fórmula ausubeliana que da acogida a la herencia de la cual somos tributarios. Mediante un remozamiento del método expositivo verbal, que se atenga a los consejos que nos ofrece la psicología y la didáctica, podremos obtener mejores resultados que los que alcanzaríamos si insistiéramos en una metodología atractiva y vanguardista pero, por decirlo de alguna manera, *poco prolífica* a la larga.

Hoy en día ya hay un firme convencimiento en torno a que las estrategias por *descubrimiento* de la psicología genética no son operativas en historia, en los términos en que se las planteara inicialmente. Los sucesores de Piaget, que rescatan los valores básicos del constructivismo, ya no creen, para partir, que los alumnos sólo puedan aprender lo que ellos han descubierto¹⁹. Se entiende que resulta de todo punto de vista ilusoria la pretensión de que los adolescentes puedan llegar a inferir, tras un lento y personalísimo proceso de inducción -en el que verdaderamente el profesor no tiene ninguna participación-, conocimientos y conceptos que a los historiadores y a los científicos sociales les ha tomado mucho tiempos construir²⁰. Para acceder a un nivel de elaboración intelectual de orden superior se precisa un vigoroso apoyo externo.

Esta constatación, validada por muchos estudios recientes, importa un giro sustancial en la teoría del aprendizaje. La admisión de que es necesaria la enseñanza de conocimiento ya elaborado -no descubierto por los propios alumnos-, restituye en parte su antigua función a los textos, en los que los académicos nos presentaban sus conocimientos bajo la forma de relatos, y al profesor mismo, que oficiaba como mediador entre texto y audiencia.

El constructivismo ausubeliano nos señala que el conocimiento elaborado críticamente por el profesor no sólo no dificulta el proceso psicológico de aprendizaje de los alumnos, sino que lo impulsa. El verdadero aprendizaje sólo puede tener lugar sobre la base de estos cimientos previos que provee el profesor. Los alumnos, aún los más talentosos y maduros psicológicamente, siempre requerirán de un instrumento teórico que los oriente, que los ayude a direccionar su búsqueda y a discernir; siempre necesitarán ser abastecidos de los conceptos generales e inclusores que son prerequisites para asimilar un determinado contenido. El profesor, se nos dice, no puede sustraerse a la tarea de apoyar intelectual y afectivamente a sus alumnos en el proceso de aprendizaje²¹.

¹⁸ H. White (1984).

¹⁹ D. P. Ausubel; J.D. Novak; H. Hanesian (1983).

²⁰ M. Carretero; M. Asensio (1988), pág. 219.

²¹ J. Domínguez (1989), pág. 56.

El conocimiento elaborado, dentro del enfoque ausubeliano, recupera en parte su antigua posición y prestancia; lo mismo ocurre con el profesor, que deja de ser visto como un simple transmisor aséptico de conocimientos (aprendizaje por *acumulación* o *por repetición*) o de recetas metodológicas (aprendizaje por *descubrimiento*), y se transmuta en un iluminador, un agente activo que se concentra, ante todo, en explicar, analizar, relacionar y evaluar críticamente. Su tarea consiste, ahora, no sólo en dominar a la perfección los conocimientos de su especialidad, sino en preparar a los alumnos para la adquisición de toda esa red de nuevos conceptos que ese conocimiento presupone, y aportar a sus alumnos la asistencia necesaria durante todo ese largo proceso que comienza con la remoción de concepciones iniciales erradas, continúa con la instalación y acomodación del material nuevo sobre el antiguo, y acaba con la modificación del mapa conceptual completo del alumno. Ya no tiene cabida la profilaxis intelectual. El profesor debe poner toda su inteligencia en la materia que trata, debe explicar cada aspecto implicado en el gran tema de fondo, debe sacar todas las derivaciones complejas que puedan resultar de sus premisas.

El aprendizaje se verifica cuando el alumno internaliza todo o parte de lo que el medio activamente le facilita. Ciertamente ello no puede ocurrir en forma automática. Las elaboraciones complejas no están al alcance de los adolescentes que cursan enseñanza media, no sólo porque los rebasan en el sentido de que ellos nunca podrían haberlas derivado por sus propios medios, sino también en el de que, incluso cuando han sido asistidos en forma correcta por el medio, los resultados nunca son alcanzados del todo. Los estudios de psicólogos sobre las dificultades de los adolescentes para poder situar los procesos históricos en sus contextos, para comprender los procesos causales o para manejar adecuadamente la noción abstracta del tiempo histórico, son demasiado concluyentes como para que podamos formarnos expectativas demasiado ambiciosas sobre el punto.

Pero la existencia de limitaciones importantes no deben llevarnos nunca a sacar la conclusión de los primeros piagetianos, desencantados, de que una historia verdaderamente conceptualizada y explicativa es algo fuera del alcance cognitivo de los adolescentes (por lo cual bien valdría la pena que nos olvidáramos de la historia y pusieramos los ojos sobre las ramas de las ciencias sociales más estructuradas y más próximas a las ciencias basadas en el pensamiento lógico-matemático, respecto de las cuales las categorizaciones piagetianas han demostrado ser adecuadas). El hecho de que los alumnos no puedan dar con las claves esenciales que gobiernan a las materias que estudian, de que no se muestren a la altura de muchos de los conceptos básicos que son parte del trabajo histórico y de que logren con dificultades establecer las relaciones relevantes que promueven como objetivos fundamentales los currículos, no es garantía de la inevitabilidad del fracaso. El constructivismo no concibe el conocimiento como una meta a la que se accede en forma inmediata; no cree que sea algo que se pueda adquirir de buenas a primeras, como se compra un remedio en una farmacia. Se trata, por el contrario, de un proceso largo, de acercamiento paulatino hacia la edificación de significados. Es normal que la meta se muestre esquiva, pero hay que dar por descontado que, merced a un buen sistema de apoyo, se puede lograr aproximaciones importantes, que servirán en otras etapas de la vida de los alumnos, como base para elevarse a mayores niveles de abstracción.

Podemos confiar en que de todos estos cambios en la teoría del aprendizaje resulten algo más que buenas intenciones, puesto que ya tenemos, a nuestra disposición, estudios exhaustivos sobre formas operativas para desarrollar estrategias de aprendizaje como las sugeridas por Ausubel en historia²². Estos trabajos aplicados nos demuestran que no estamos sólo frente a la irrupción de nuevas y prometedoras teorías, que se acomodan bien al tipo de actividades que desarrollamos los historiadores en la vida cotidiana (restituye el valor a los textos y a la enseñanza a través de la exposición de contenidos estructurados en un relato): podemos esperar que ellas se transformen en uno de los vehículos principales de las renovaciones verdaderas.

¿Por qué volver la vista hacia un modelo expositivo de enseñanza como el promovido por Ausubel? ¿Por qué intentar rescatar, a través de él, los textos? Hay dos razones para ello. La primera tiene que ver con mi intención de defender a la disciplina de los peligros que entraña la pedagogía activa para la unidad de nuestra ciencia, en un período, como el que vivimos, en que la iconoclastia de los postmodernos ha dejado de ser una actitud discolá y marginal y se ha transformado en la ortodoxia dominante en muchos ambientes. Es una defensa de tipo gremial. Me ocuparé de ella al final de este ensayo. La segunda concierne a materias propiamente educacionales.

Los vigorosos esfuerzos emprendidos en países como España o Inglaterra destinados a infundir nuevos aires a la historia, mediante un fuerte compromiso con la llamada *pedagogía activa*, ya han entregado sus primeros frutos, luego de más de dos décadas de reforma, y uno puede sacar sus conclusiones. Uno de los resultados más sorprendentes ha sido la constatación de que las cosas no son lo que parecen, que la pedagogía activa no es necesariamente sinónimo de alumnos motivados e involucrados en su proceso de aprendizaje. La praxis nos muestra que las clases que renuncian al soporte del texto e involucran la ejecución de actividades dinámicas y participativas —investigación, dramatización, juegos de simulación, etc.—, pueden perfectamente producir lo contrario de lo que se habían propuesto.

También hemos podido aperecernos de que una buena aproximación hacia el conocimiento, preparada por el profesor, puede resultar infinitamente más estimulante para los alumnos, en algunos casos. Hoy sabemos, gracias al estudio de los psicólogos, que una clase de tipo expositiva no tiene por qué ocasionar una respuesta pasiva del alumnado. La idea de que los textos de historia y las clases expositivas eran inapropiados para el desarrollo de aprendizaje significativo, arrancaba de una idea incorrecta acerca de aquello en lo que consistía la enseñanza receptiva.

El argumento de que los conceptos y generalidades abstractas sólo pueden dejar de ser expresiones vacías si el alumno los descubre autónomamente, mediante su propia experiencia en la solución de problemas empíricos, se origina a partir de un equívoco: la asimilación, en forma poco seria, de dos cosas de naturaleza muy distinta —el aprendizaje por *repetición* con el aprendizaje por *recepción significativa*—.

²² Ya se ha desarrollado unidades pedagógicas modelo que aplican los postulados de Ausubel en forma concreta a la historia (T. Fernández Corte, 1987), y se analiza las ricas posibilidades que ofrecen para la elaboración de textos de estudio (J. A. García Madruga, J. Luque y J. Martín, 1989).

Si toda enseñanza de tipo expositivo ha de producir los mismos lamentables efectos que la pedagogía memorística, el único camino para llegar a un aprendizaje verdadero debería ser el ofrecido por las metodologías no-expositivas y particularmente no-verbales. El error radica en que se toma por característico de esta técnica lo que constituyen sus desviaciones y errores más flagrantes, y eso naturalmente no es admisible. El clásico aprendizaje por repetición de *conocimientos ya hechos* era eficiente en lograr que los alumnos recordaran por algún tiempo la materia, pero no posibilitaba su verdadera comprensión. Uno fácilmente se ve inclinado a suponer que la causa de este fracaso radica en el tipo de formato empleado —verbal— y no en la especificidad de la aplicación.

La innovación que nos ofrece Ausubel, como se ha visto, es el planteamiento de que puede haber aprendizaje al nivel más alto, a partir de la presentación, por parte del profesor o del material escrito de apoyo, de conocimientos ya acabados, elaborados, y que esto no implica para nada un simple aprendizaje memorístico. Mediante clases expositivas se puede inducir a los alumnos a una fuerte carga de actividad psicológica, a construir su aprendizaje reconciliando lo que saben con lo que están aprendiendo, asimilando el conocimiento nuevo y luego acomodando toda su estructura cognitiva en función de esta incorporación.

Para lograrlo es preciso tener en cuenta los mecanismos psicológicos que permiten que se produzca la evolución desde la *enseñanza* hacia el *aprendizaje*.

Los psicólogos cognitivos han demostrado en forma indelible que la asimilación de cualquier nueva información sólo puede ser efectiva si logra conectarse positivamente con elementos existentes en la estructura cognitiva. La preexistencia de una estructura cognitiva adecuada, amplia y bien organizada, es el factor que posibilita la adquisición y la retención de conocimiento nuevo. Cuando los elementos que componen esa estructura mantienen entre sí relaciones caóticas que impiden al receptor connotar las cosas que saben, percibir su sentido, la incorporación de nuevos contenidos, por bien que se hagan las cosas, no puede ser satisfactoria. Da lo mismo si se trata de materiales muy simples o de conocimientos estructurados y complejos, de cosas insustanciales o importantísimas; si no existe una vinculación entre el nuevo conocimiento y el que el alumno ya poseía, si no están ligados de una manera que tenga sentido para él, no habrá aprendizaje significativo.

Esos conceptos previos, llamados “inclusiones” por Ausubel, que permiten que el nuevo conocimiento se “encaje” en la red conceptual lógica y psicológica del alumno, no son piezas fijas e inalterables. Los “inclusiones” reciben algo del contenido que los invade; son transformados por lo mismo que ellos alteran. En ese instante surge una nueva organización conceptual. Las cosas no son como antes, pero tampoco ha habido un ajuste completo a lo nuevo. Desde ese piso, superior al anterior, se recibirán y se asimilarán conocimientos posteriores. Mientras mayor sea el número de “inclusiones” que posea el alumno, mientras mayor haya sido el número de veces en que la estructura conceptual ha sido requerida para acoger conceptos que le resulten traumáticos, mientras más amplia haya sido la gama de éstos —conceptos concretos, abstractos, universales—, mayor será la capacidad para aprender en forma perdurable nuevas cosas, para adquirir nuevas destrezas cognitivas y para evolucionar hacia formas superiores de reflexión.

Lo interesante de todo esto es que resulta posible que los profesores abastezcan a sus alumnos de esos "organizadores previos". No hay ninguna razón para dejar solos a los alumnos en ese difícil trance.

Pero admitir su importancia implica, también, aceptar que se produzca una redefinición completa de aquello que los profesores entienden y han entendido siempre como una clase de historia. La exposición, el verbo, era usado para transmitir conocimiento complejo. Pero el conocimiento a este nivel de abstracción es algo a lo que puede arribarse luego de un largo proceso de incorporación de fundamentos conceptuales —una red de conocimientos, habilidades, disposiciones anteriores a la experiencia misma—, y no resulta razonable que pretendamos partir por el punto en que acaban las cosas: lo correcto es que nos hagamos cargo del asunto desde su verdadero principio. Y eso implica que sumemos a los profesores funciones nuevas, para las cuales tal vez no se encuentren ni bien dispuestos ni bien preparados.

Una buena clase de historia debería consistir en un largo, graduado e informado programa de construcción del soporte previo. Necesariamente ese trabajo debería partir por la realización de un riguroso estudio acerca del conocimiento preexistente que hay en los alumnos que el profesor enfrenta (que debe actualizarse en todo momento). La evaluación inicial permitiría al profesor saber con qué cuenta, qué conocimientos, habilidades y disposiciones poseen los alumnos que puedan ser de utilidad para afirmar el aprendizaje posterior. También permitiría determinar qué organizadores previos, de aquéllos que son indispensables para la ejecución progresiva del programa de ampliaciones de la red conceptual, faltan y deber ser provistos. Por último, nos proporcionaría antecedentes acerca de lo que puede dificultar la asimilación y la acomodación (y debe ser erradicado).

Esta tarea de remoción es fundamental para el aprendizaje. El hecho de que aquello que sabemos, las "ideas previas" que poseemos —prejuicios, nociones inconscientes o conocimientos estructurados—, sean uno de los factores de mayor gravitación en la construcción del conocimiento, transforma en problemático la cuestión de las "misconceptions" (ideas erróneas). Nuestra mente está cargada no sólo de conocimientos y valores positivos (desde el punto de vista de su utilidad para favorecer un cierto tipo de aprendizaje), sino también de esas nociones y valores falsos o disfuncionales con ese objetivo. El trabajo de erradicar las nociones previas inadecuadas debe ser parte esencial de la tarea del profesor, y, no se trata para nada de una tarea fácil. En primer lugar, porque la mayor parte de los *a priori* se sustentan en un fundamento valórico, y los valores, como han demostrado los psicólogos, psicólogos sociales, antropólogos y sociólogos, son inmunes a la experiencia y se resisten a la modificación o al reemplazo. En segundo lugar, porque esa labor depuradora, conveniente para el desarrollo de un cierto aprendizaje, puede ser indeseable en sí misma. Las nociones preliminares son el fundamento a partir del cual se constituye eso que llamamos la *personalidad* o la *estructura valórica* esencial del sujeto, y el precio de su eliminación puede equivaler a la pérdida de la identidad. En tercer lugar, debido a que las nociones previas acerca de cuestiones históricas, políticas o sociales, son extremadamente complejas. No se trata simplemente de conjeturas como aquellas que permiten a los científicos que estudian la naturaleza ampliar su mirada con interrogantes que puedan

ser o no corroboradas con los datos empíricos; las "anticipaciones de sentido" que se mueven en este registro comprometen al sujeto que las ha hecho suyas hasta sus raíces mismas (no sólo como individuo, sino como miembro de una tribu cuya existencia depende de una sofisticada y complejísima red de consensos sociales y culturales). Como ha demostrado el psicólogo M. Carretero las ideas previas sobre cuestiones históricas, sociales o políticas, son tan resistentes que se demuestran insensibles al dato y que logran "repeler" lo nuevo, las presencias invasoras, sin que la base conceptual previa sufra ninguna mella. Las personas normalmente no sólo se demuestran renuentes a cambiar sus ideas y actitudes preliminares, sino que además sus mentes se las componen, cuando son apuradas por información que resulta contradictoria y que desmiente los fundamentos que el individuo tiene, para desfigurar su contenido, de manera de poder mantener sus posiciones iniciales (la percepción y la razón crítica quedan subordinadas a los valores del sujeto)²³.

En los párrafos anteriores he defendido la idea ausubeliana de que el modelo de *aprendizaje significativo receptivo*, no es asimilable al modelo *asociativo* o *repetitivo*, pues, a diferencia de éste, la *recepción activa* tiene la virtud de movilizar psicológicamente a los alumnos de una manera constructiva. He dejado entrever, asimismo, que este modelo tiene el mérito adicional de proponer una renovación de las prácticas didácticas que no afecta en su sustancia a la disciplina misma, puesto que, a diferencia del basado en el descubrimiento individual, reconoce la utilidad de los textos en la elaboración del aprendizaje significativo —sobre esto volveremos al final—. Pero no quiero que se colija a partir de esto algún tipo de compromiso con una nueva "receta mágica". Me parece indispensable evitar incurrir en el mismo error que reprocho a los más enfáticos impulsores de la *pedagogía activa*: confundir los extremismos a los que siempre se ven impelidos los intelectuales cuando cae en sus manos un "juguete nuevo", con la sustancia misma de una postura cuya utilidad está restringida a un determinado campo de pertinencia.

El aprendizaje receptivo no puede constituir un paradigma único y universal. Los distintos enfoques teóricos representan sólo excelentes caminos para satisfacer las metas para las cuales fueron elaborados, pero su cobertura es necesariamente limitada. Como señalan B. Joyce y M. Weil, no existe un modelo de enseñanza perfecto, válido para todos los alumnos, de todas las edades, culturas o clases, que sea "capaz de hacer frente a todos los tipos y estilos de aprendizaje"²⁴. Una reforma que pretenda asegurar resultados de cierta importancia, debe admitir como punto de partida el eclecticismo metodológico.

Una vez que reconozcamos que la coherencia teórica puede ser más un defecto que una virtud, podremos recuperar la libertad que se requiere para la búsqueda de la mejor alternativa posible.

Las reformas curriculares que han tenido lugar en Europa desde los sesenta demuestran fehacientemente que las distintas teorías del aprendizaje, con sus correspondientes modelos didácticos, no son en absoluto rivales que se excluyan entre sí; por el contrario, resultan complementarias, en el sentido de que cada una de ellas hace mejor ciertas cosas que la teoría rival hace muy mal, y en el de que,

²³ M. Carretero (1995), págs. 22-23.

²⁴ B. Joyce; M. Weil (1985), pág. 11.

además, al aplicarlas simultáneamente, se crea una sinergia altamente positiva cuyo efecto es que la suma del aporte combinado supere con creces el que podríamos deber a cada una por su lado.

Podemos afirmar, a partir de esas experiencias, que pueden maximizarse los resultados con una buena combinación de elementos. Hay algunas normas mínimas que deberían observarse.

Parece de todo punto recomendable partir por el aprendizaje significativo receptivo. Los alumnos necesitan de muchos conocimientos previos —nociones, conceptos, leyes explicativas...—, para poder elaborar una reflexión histórica de cierto nivel. No basta instruirles, como se supuso durante mucho tiempo, en cuestiones de método. Sin esa base, cualquier exploración personal de los alumnos, por bien dirigida que esté, no debería generar resultados más auspiciosos que los que ofrecían las viejas metodologías decimonónicas. La experiencia europea es concluyente en este punto.

La labor de acomodar en las mentes de los adolescentes los primeros cimientos debe ser llevada adelante a partir de un modelo expositivo, en el sentido que lo entiende Ausubel (con la ayuda de clases expositivas y textos). Mediante una correcta enseñanza receptiva se les puede proveer de un cuerpo de conocimientos y reglas disciplinares acabado, organizado de acuerdo con las normas internas de la disciplina misma y que tenga en consideración la estructura psicológica de los alumnos sobre los cuales deberá aplicarse.

Una vez que se ha dotado a los alumnos de un substrato adecuado de conceptos inclusores (u “organizadores previos”), que se ha producido el choque entre el nuevo conocimiento y la red conceptual preexistente, resulta particularmente útil, para afirmar la nueva estructura cognitiva resultante, apelar a las clásicas estrategias *por descubrimiento*²⁵. Estas estrategias, que resultan inoperantes para transmitir cuerpos estructurados de conocimientos complejos, han demostrado ser, en cambio, excepcionalmente apropiadas para contribuir a su *acomodación*.

También son apropiadas en otro sentido. La tarea de construir nuevo conocimiento impone el arduo ejercicio —como hemos visto— de vencer las resistencias que ofrecen el conjunto de valores, ideas, nociones previas y *misconceptions* que no calzan con el nuevo conocimiento, y en esa enfadosa tarea resulta utilísima la experimentación personal, el camino inductivo.

Incluso ha podido establecerse que el tan vilipendiado *aprendizaje de tipo asociativo* (acumulativo o memorístico) resulta necesario, en algún nivel, puesto que siempre se requerirá, para poder desembocar en un aprendizaje significativo, el dominio de alguna información básica, que sólo puede ser adquirida en forma automatizada y repetitiva²⁶.

No estoy descubriendo la pólvora, ni nada así. Mis planteamientos son compartidos por varios psicólogos que se han ocupado de estas materias —Asensio, Carretero, Delval, Pozo, etc.—, y están validados por una dilatada experiencia innovadora.

El caso de los programas *Historia 13-16*, en su versión inglesa y especialmente en su versión española, es muy ilustrativo y muy aleccionante, en varios sentidos. Cons-

²⁵ D.P. Ausubel (1966).

²⁶ J. I. Pozo, M. Asensio, M. Carretero (1989), pág. 237.

tituye una gran ventaja para nosotros partir mucho más tarde que los europeos en la reforma: podemos aprovechar teoría y tecnología, adaptadas a nuestras circunstancias locales, evitando caer en errores que resultan inevitables para quienes emprenden un genuino esfuerzo de innovación, de primera generación.

El programa inglés respetó mucho los principios de la estrategia de *aprendizaje por descubrimiento*. Sin embargo, al hacer la evaluación de los logros alcanzados, Denis Shemilt nos señala que no se cumplieron todas las expectativas²⁷. El programa logró hacer que los alumnos comprendieran mejor cómo razonan los historiadores, favoreció positivamente la adquisición de conceptos y resultó más motivante. Pero los resultados de un cambio tan radical fueron mucho menos espectaculares de lo que se había supuesto. No se logró, por ejemplo, que los alumnos que dominaban la metodología de los historiadores, pudieran desarrollar explicaciones sobre los fenómenos del pasado superiores a las de los alumnos formados en el esquema tradicional, y eso aparece como inaceptable, pues implica que se avanzó bien poco precisamente en el terreno que parecía más propicio para ello. La receta española aprovechó bien esta experiencia. Mantuvo la devoción al aprendizaje por asimilación o descubrimiento, pero la dosificó algo más, poniendo bastante énfasis en el aprendizaje significativo por recepción, especialmente en las unidades introductorias.

Creo, sin embargo, que el rescate del aprendizaje receptivo no implica, de ninguna manera, que las cosas vayan a ser fáciles. Formalmente seguirán predominando las clases expositivas y los textos, pero ya no se podrá volver las cosas al mismo estado en que se encontraban antes. La naturaleza de la exposición significativa es sustancialmente distinta a la que solemos poner en práctica en los textos y las clases, y tiendo a pensar que estamos todavía menos preparados para realizar un cambio en este terreno que para los ejercicios y piromancias características del aprendizaje por descubrimiento.

Las razones de ello, a mi juicio, son principalmente dos. Este tipo de pedagogía necesita surtirse de materiales muy sofisticados. El formato puede ser el mismo de antes, pero su asunto es completamente otro. ¿Qué características tendrían que tener los textos para poder generar un aprendizaje receptivo pero a la vez significativo? Lo que hace significativo un relato de cualquier tipo, nos dice Ausubel, es la existencia de relaciones entre cada una de sus partes, sobre la base de una determinada lógica; el sentido al que contribuye esa lógica o principio ordenador, debiera ser transparente, debiera resultar evidente para el que enseña y el que aprende; además esa relación debiera conciliar, hasta un punto aceptable, la organización lógica del conocimiento, que deriva de la disciplina misma, con la psicológica, que resulta de la mente de cada alumno.

La cosa suena simple, pero no lo es.

El profesor seguirá enseñando historia "contando cuentos", ensamblando, mediante ellos, precarias redes de significados. Pero deberá agregar, a sus labores, otras nuevas.

He sostenido más atrás que uno de los factores determinantes del aprendizaje actual son los aprendizajes anteriores, la estructura de anticipaciones de sentido que cada individuo porta en sí. He señalado que la pedagogía activa, en conse-

²⁷ D. J. Shemilt (1980).

cuencia de lo anterior, debe comenzar con la aplicación de evaluaciones que permitan establecer cuáles son las ideas previas de los alumnos sobre las materias y qué *organizadores* básicos, en consecuencia, es perentorio incorporar para sostener la adquisición de significados que se quiere lograr. Y es de toda evidencia que ni los historiadores que hacen los textos ni los profesores que los "aplican" consideran que sea parte integral de su trabajo el realizar estudios de evaluación, ni ejercicios preliminares de preparación de aprendizajes futuros.

A estas dificultades se añade otra de no menor envergadura. Los aprendizajes significativos son por definición subordinados e interrelacionados (se producen en un contexto, al interior de una *Gestalt* determinada). Una idea aprendida se halla siempre jerárquicamente relacionada a una idea ya existente en la mente del alumno, a la que se conecta a través de puentes cognitivos, configurándose complejos *mapas conceptuales*. Sin embargo, todavía no está claro como puede ayudarse a los alumnos a construir esas entreveradas organizaciones conceptuales, lógicas y psicológicas, con textos o materiales de cualquier tipo. Ausubel otorga enorme importancia a la tarea de suministrar a los alumnos el arsenal necesario de ideas y resortes psicológicos, que permitan conectar los nuevos conceptos que se quiere incorporar al mapa conceptual del alumno. Pero no desarrolló, en toda su extensión, una teoría que nos aclare cómo actúan. Mientras no sepamos nosotros, los que nos entretenemos con estas cosas, cómo operan estos puentes de significado, que facilitan la adquisición de conocimientos, es algo incauto y descomedido pretender que el medio educativo, al cual interpelamos con nuestras proclamas, encuentre una forma positiva de salir del paso por sus propios medios.

Algunos ausubelianos se han hecho cargo de las proposiciones de su maestro y han desarrollado de modo aceptable, en sus implicaciones teóricas, todo lo atinente a los mapas conceptuales²⁸ y a la utilización de organizadores previos, textuales o no textuales²⁹, pero todavía es poco el trabajo empírico que ha resultado de esto.

Los profesores, los especialistas universitarios o de organizaciones no gubernamentales (ONG) y los burócratas que dominan la producción de materiales pedagógicos, tendremos que aceptar que nuestro papel en el proceso ya no puede seguir consistiendo en el de meros reproductores acrílicos de conocimientos, escudados en una indefendible neutralidad ideológica, valórica y epistemológica (o, en el caso de los historiadores que recibieron alguna instrucción de psicología educativa, en la cómoda posición de los sustentadores del aprendizaje como un acto de descubrimiento que corre sólo por cuenta de los alumnos). Debemos dotar a los alumnos de esa especie de infraestructura conceptual y metodológica en base a la cual se sostiene el conocimiento histórico, y apoyarlos paso a paso en la internalización de todas las materias lindantes con él, en cada etapa del proceso. Y eso presupone dos cosas para las cuales ciertamente el medio no está adaptado: un dominio muy completo tanto de los contenidos disciplinares como de las variables psicológicas y didácticas que inciden en el aprendizaje.

²⁸ J. D. Novak; D. B. Gowin (1988), págs. 33-75.

²⁹ B. Joyce; M. Weil (1985), págs. 89-107.

Ciertamente no es nada de fácil cumplir con unas expectativas tan altas como éstas, que tal vez sean demasiado ambiciosas y se condigan poco con la *capacidad instalada* de docentes con que contamos.

Como se ve, el desafío que importaría una renovación en los términos sugeridos, para profesores, especialistas en las disciplinas y para todas las personas e instituciones que participan en el sistema, es enorme y uno puede abrigar razonables dudas sobre la posibilidad de que se produzca un cambio tan severo como éste, por más que pensemos que resulta un objetivo conveniente.

5. PERSPECTIVAS

Estamos participando en un proceso de reforma curricular de envergadura. Aunque no sabemos hacia donde van a derivar los cambios en la empiria, a estas alturas parece de toda evidencia que los especialistas a cargo de las transformaciones han optado por seguir las aguas de un constructivismo enfático, en lugar de las formulas intermedias que he defendido aquí —reconciliadas, en cierto modo, con la forma tradicional de hacer y enseñar historia—.

Esta opción no es irrelevante —para nosotros los historiadores— y quiero acabar este ensayo llamando la atención sobre algunos riesgos implícitos en esa opción, a la luz de los resultados obtenidos por los reformadores ingleses y españoles. Quiero subrayar la idea de que una cosa son las buenas intenciones —teóricas— y otra muy distinta la práctica.

La reforma en curso, que ha comenzado a aplicarse a partir de 1999, ha acabado con el imperio de los contenidos y ha asumido como preocupación central para el sector Historia y Ciencias Sociales el “desarrollar en los estudiantes conocimientos, habilidades y disposiciones que les permitan estructurar una comprensión del entorno social y les orienten a actuar crítica y responsablemente en la sociedad, sobre la base de principios de solidaridad, cuidado con el medio ambiente, pluralismo, y valoración de la democracia y de la identidad nacional”³⁰.

El nuevo enfoque da al trasto también con el viejo ideal de la objetividad. Los alumnos, se nos señala ahora, sólo se muestran receptivos frente a materias que les parecen próximas, que los emocionan, los comprometen o que les resultan de interés, en algún sentido. Por esa razón se recomienda a los profesores adoptar un perspectivismo franco:

“La Historia y las Ciencias Sociales no constituyen un saber lejano y desvinculado de su mundo; por el contrario estas disciplinas les ofrecen un conjunto de aproximaciones conceptuales y habilidades relevantes que les pueden ayudar a comprender mejor sus vidas, discernir sus opciones y trazar planes a futuro, a la vez que pueden ayudarles a entender su contexto social y el mundo contemporáneo, reflexionar sobre el curso de los acontecimientos y sentirse motivados a participar activamente en diversos niveles en la resolución de los problemas de la sociedad”³¹.

³⁰ Ministerio de Educación (1998), pág. 97.

³¹ *Ibid.*, pág. 97.

No se trata ya de preparar a los jóvenes para entender un pasado extinto, sino de aportarles capacidades que les permitan vivir mejor su presente y enfrentar los desafíos individuales y colectivos que plantea el futuro.

Deberá acabarse con la especialización. Uno de los principales *objetivos transversales* de la reforma es el de propender a una enseñanza integradora de tipos de conocimientos relacionados: Las autoridades educativas expresan así esta exigencia:

“...se postula como necesario lograr una enseñanza integrada de estas disciplinas, para asegurar que los estudiantes no se queden con una visión fragmentada de la realidad social, sino que logren aproximarse a una comprensión de la complejidad y causalidad múltiple de los fenómenos sociales, entendiendo que hay diferentes perspectivas para abordarlos. Se profundiza así la formación lograda en la educación básica, abordando la realidad social con mayor rigor y complejidad analítica y mayor amplitud temática”³².

En materia de estrategia instruccional se exige el abandono de las clases expositivas y de los textos convencionales, y se aboga en forma decidida por una práctica que se sustenta en el desarrollo de experiencias empíricas, que permitan construir a los alumnos su propio conocimiento:

“La propuesta curricular supone, para su mejor realización, el desarrollo de estrategias metodológicas que impulsen a un aprendizaje activo a los estudiantes, fomentando su curiosidad, su capacidad de búsqueda y organización de información, su capacidad de juicio autónomo y de resolución de problemas; a través de la realización frecuente de trabajos de investigación, de elaboración de informes y ensayos, de foros y debates y de trabajos grupales, en los cuales se exija, en forma permanente, acuciosidad, rigor y elaboración de un pensamiento propio”³³.

La documentación oficial confirma este giro³⁴.

¿Son sensatos los cambios que nos propone el Ministerio? ¿Son deseables desde nuestro punto de vista —como historiadores—?

³² *Ibid.*, pág. 98.

³³ *Ibid.*, pág. 100.

³⁴ M. S. Erazo recomendó, en las Jornadas del Programa de Perfeccionamiento Docente del Ministerio de Educación, llevadas a efecto a fines de 1998, reemplazar decididamente los relatos de acontecimientos y los análisis de procesos, estructurados de acuerdo a un orden cronológico y temático, por actividades participativas: dramatizaciones, visitas a terreno, experimentos, creaciones (cuentos, poesías, videos, radioteatros), investigaciones, resolución de problemas, dinámicas grupales, juegos de simulación, desarrollo de fichas de aprendizaje, organización de exposiciones, representaciones (musicales, coreográficas), organización de eventos, proyectos. Para que no quede ninguna duda sobre el punto, el Ministerio de Educación incorporó en su página Web un documento en el que se indica a los profesores los contenidos y aprendizajes esperados, los procedimientos de evaluación y las estrategias instruccionales a aplicar en los cursos “reformados” (5° Año Básico y 1° Medio). El documento es muy elocuente. El aprendizaje receptivo pasó al olvido.

La enseñanza de la historia es anticuada. Ninguna de las grandes reformas que han afectado a la disciplina —actualización y complejización de los contenidos, interdisciplinabilidad y acercamiento a las demás ciencias sociales, estrategias de aprendizaje por *descubrimiento* y por *recepción*— nos ha llegado, a cabalidad, y no ha habido, hasta ahora, un cambio sustancial en la didáctica. Si somos sinceros, debemos reconocer que todavía nos encontramos atrapados en la etapa del *aprendizaje por repetición*.

Pero esto puede no ser tan malo, pese a todo. El haber llegado a la reforma más tarde que muchos, nos reporta un doble beneficio: podemos aprovechar muy bien toda la experiencia positiva que nos precede, ahorrándonos el enorme gasto de recursos y tiempo que representa crear las soluciones y, sobre todo, podemos acortar bastante terreno si logramos evitar caer en los errores principales que han caracterizado a cada uno de los esfuerzos de renovación, enredándolos durante décadas en devaneos sin demasiado sentido.

El paso desde una *historia descriptiva* a una *explicativa* es algo en lo que todos estamos de acuerdo. Pero los resultados a que han dado lugar las profundas transformaciones emprendidas en Inglaterra ("*History 13-16*") y España ("*Germania-75*" e "*Historia 13-16*"), inspiradas en el modelo del aprendizaje por descubrimiento, no han sido muy alentadores. Y esto no debiera dejarnos indiferentes, si se tiene en consideración que la transformación propuesta por las autoridades se inspira de manera directa en esos referentes.

Los psicólogos españoles Mario Carretero, Juan Ignacio Pozo y Mikel Asensio, al hacer el balance del camino recorrido por la reforma española, señalan que aun cuando las críticas a la enseñanza tradicional de la Historia eran compartidas por todos, y estaba muy claro qué es lo que *no había que hacer*, nunca fue tan evidente qué es lo que *había que hacer*, la forma práctica como debía pasarse desde la "historia descriptiva" a la "historia explicativa"³⁵. Una cosa era plantearse como necesario superar un enfoque arcaico y promover alguna suerte de pedagogía activa que situara al alumno como el objeto del aprendizaje, y otra muy distinta lograr elaborar un currículo alternativo, preparar los materiales y el personal docente que hiciera posible satisfacer esas expectativas.

Luego de 20 años de reforma, no es mucho lo que se avanzó en Inglaterra³⁶. Lo mismo vale para los españoles, que partieron algo después. El saldo que dejaron los primeros diez años de aplicación de la reforma, según confiesan sus propios artífices, fueron más bien discretos³⁷. El cambio, liderado por colectivos de profesores, que se comprometieron en la tarea de la renovación desde su práctica cotidiana, fue desordenado; nunca se contó con un debido respaldo en el mundo académico que permitiera sistematizar todas las experiencias piloto de renovación en la didáctica; siempre se mantuvo una relación disarmónica entre las tres variables sustanciales que requiere toda instrucción que pretenda transformarse en aprendizaje (la disciplina misma, la

³⁵ M. Carretero, J. I. Pozo y M. Asensio (1989), pág. 15.

³⁶ J. Domínguez (1987).

³⁷ En 1987 se publicó en España una suerte de balance, en el que se da cuenta de los avances más relevantes y de los problemas con que se ha topado la reforma; los resultados, queda claro, no son nada espectaculares (I. González; C. Guimerà; D. Quinquer, 1987).

didáctica y la psicopedagogía), y en particular, la renovación en la didáctica no tuvo en cuenta para nada las investigaciones de la psicología evolutiva³⁸. Joaquim Prats, que tuvo participación activa en los dos grandes esfuerzos de modernización pedagógica llevados a cabo en las décadas de 1970 y 1980 en España, "Germania-75" e "Historia13-16", reconoce que estos esfuerzos serios y razonados, en los que participaron centenares de profesores creativos y bien intencionados, no lograron constituirse en una alternativa al currículo tradicional. Esa meta, luego de casi dos décadas de renovación, todavía esta pendiente³⁹.

Los reformadores exigieron mucho más de lo que los alumnos y el sistema estaban adaptados para rendir. Los intentos por *poner al día* el currículo, incorporando las nuevas tendencias, y sintonizándolo con las modas más actuales como la de la interdisciplinabilidad, transformaron a la Historia en un ramo difícilísimo, absolutamente fuera del alcance de los adolescentes a los que estaba dirigido, lo que se tradujo en rendimientos muy deficientes en la tarea del aprendizaje. La razón es palmaria. Si es difícil para los alumnos dominar las conceptualizaciones melifluas y poco estructuradas que van implícitas en la enseñanza tradicional de la historia (que no van mucho más allá del simple sentido común de gentes cultas), si apenas se las pueden arreglar con los listados de presidentes, batallas o instituciones, resulta poco menos que imposible que logren hacerse cargo de una disciplina mucho más compleja (la *nueva historia*, por designarla de alguna manera), que además depende de ciencias auxiliares que se apoyan en redes conceptuales jerárquicas, estructuradas y que emplean métodos rigurosos de investigación y de análisis; es absolutamente imposible que los adolescentes logren relacionarse en forma efectiva con una historia más explicativa cuya naturaleza supone una capacidad de generalización que el sistema no favorece y para la cual ni ellos, ni los profesores, ni las mismas universidades, están preparadas.

La opción seguida en las reformas inglesa y española de emprender la tarea pedagógica de transferir a los alumnos lo que podría designarse como *el punto de vista histórico* (como se les aproxima al *matemático*, al *biológico* o al *económico*), se topó con un serio escollo en el camino: no es lo mismo inducir conocimientos en el "laboratorio" de química que en el de historia. Los verdaderos conceptos históricos presentan características especialísimas que los tornan en muy difíciles de aprehender, incluso para los mismos especialistas. El problema radica en que, a diferencia de los conceptos propios de ciencias más estructuradas —que cuentan con vocabularios consensuales de aglutinación— los conceptos que manejan los historiadores son singularmente vagos. Su significado nunca es unívoco; suele variar en el tiempo, según sea el lugar o el punto de vista político o valórico de quién los emplea. Además este tipo de construcciones, siempre suponen, como señalan D. Shemilt (1987) o M. Carretero y M. Limón (1995), conocer muy bien el contexto al cual van referidos, cosa con la que nunca podrá contarse en el mundo escolar. Esta polisemia infernal impide que los alumnos (y los mismos profesores) sepan a qué atenerse y exige un esfuerzo importantísimo en el desarrollo de estrategias didácticas apropiadas para superar cada obstáculo, sin el cual todo intento de re-

³⁸ G. Zaragoza (1989), pág. 196.

³⁹ J. Prats (1989), págs. 209-10.

novación curricular supondrá un esfuerzo estéril. A esta extrema falta de precisión en materia de significado conceptual se suma, por si fuera poco, un segundo inconveniente específico a la materia. El acceso al nivel de pensamiento formal (hipotético-deductivo), se produce en forma más tardía y más incompleta en el caso de esta materia, de lo que ocurre con las matemáticas y los demás materias que se imparten durante la enseñanza secundaria, lo que torna todavía más serias las dificultades de asimilación⁴⁰.

La cosa se complica todavía más cuando añadimos a la dificultad inherente al enriquecimiento del currículo con contenidos cada vez más sofisticados, a la inmadurez psicológica relativa con que enfrentan los alumnos lo social, la exigencia paralela de basar las estrategias instruccionales en un trabajo inductivo llevado a cabo por los propios alumnos.

El resultado de todo esto ha sido que el ramo de ciencias sociales se ha convertido en todo un "ladrillo", en uno de los más difíciles de la educación media, y en uno de los que cumple en menor medida con los objetivos pedagógicos que se había propuesto. Experiencias como la de "Germania-75", en Cataluña, son especialmente expresivas de aquello.

Este programa no sólo quiso hacer de los alumnos unas especies de detectives que se autoeducan, siguiendo los postulados más radicales de la línea piagetiana inicial, sino que adoptó como fundamento de la transformación de los contenidos el *materialismo histórico*, vale decir, una de las teorías del conocimiento de más alto grado de abstracción (psicológicamente inabordable por jóvenes de entre 13 y 16). ¿Cómo esperar que los alumnos puedan inducir, a partir de la ejecución de determinadas actividades, la teoría de las fases de transición de las clases sociales de Marx o la sutil teoría de la falsa conciencia? Joaquín Prats, impulsor directo de este programa, reconoció que, en la práctica, esta enseñanza resultó tan repetitiva, falta de variedad y poco efectiva como la anterior. La única novedad radicaba en que ahora debían retener conceptos abstractos (que no entendían), en lugar de simples hechos (que no les importaban)⁴¹.

La lección es clara. Las mejores intenciones no garantizan los mejores resultados. Si los contenidos y métodos de enseñanza son inadecuados para las capacidades de los alumnos, por más modernos y atractivos que se nos aparezcan a nosotros los especialistas de la historia o a los teóricos de la psicología, pueden generar unos resultados todavía peores que los que producía el clásico y anquilosado *aprendizaje por repetición*.

Otra área muy problemática, sobre la cual ya he dicho alguna cosa, tiene que ver con el "material humano" que requiere, como condición básica, una reforma que repose sobre bases constructivistas —moderadas o extremas—.

Para que el asunto pueda caminar, es necesario contar con un tipo de profesor que se muestre tan competente en psicología y didáctica, como en el manejo de los contenidos, lenguaje y procedimientos de la disciplina misma. La reforma

⁴⁰ E. A. Peel (1971) estableció que los adolescentes ingleses no alcanzan el nivel del pensamiento explicativo antes de los 15 o 16 años, en el caso de la historia (con un retardo de un par de años en relación a lo que sucede con otras materias).

⁴¹ J. Prats (1989), págs. 203-5.

invita en condiciones perentorias a un trabajo entre las disciplinas. Es necesario acompañar la innovación curricular, con cambios correspondientes en la forma de entregarlos (didáctica), y sobre todo, hay que avanzar mucho en la investigación en torno los objetos de esa enseñanza (psicopedagogía).

¿Puede un adolescente entender el concepto de *tiempo histórico*? ¿Están a su altura los principios de la ciencia política o de la economía?, y si es así, ¿desde qué edad en promedio? Hay una abundante literatura que se ha ocupado de determinar las aptitudes y capacidades de los niños y los adolescentes en cada uno de los estadios en su desarrollo. Berti & Bombi (1988), Berti (1994), Furnham (1994) han publicado valiosos estudios sobre la forma en que razonan, en cada etapa de su desarrollo cognitivo, los jóvenes frente a los tópicos políticos y económicos. Benlloch (1976) y Delval (1981a, 1981b y 1994), han hecho lo mismo respecto a lo que podría designarse como conocimiento social. Friedman (1982), Montangero (1984), Pozo (1985), Asensio, Pozo y Carretero (1989), han estudiado la capacidad de los niños y adolescentes para comprender el tiempo histórico. Estos son sólo algunos ejemplos de los numerosos estudios que ya existen y están a nuestra disposición.

Los avances en el terreno de la didáctica mismas son todavía más significativos. Los profesores españoles, ingleses, norteamericanos, franceses o alemanes han desarrollado varios cientos de experiencias innovadoras, cuyos resultados están a nuestra disposición para que los evaluemos y nos animemos a adaptarlos a las condiciones locales. Existen revistas especializadas, como los *Cuadernos de Pedagogía* (España) o *Teaching History* (Inglaterra), que las han recogido o que dan cuenta de ellas, de manera que el trabajo de juntar el material existente tampoco es demasiado excesivo.

El "nuevo profesor" debería estar familiarizado con estos avances, las universidades deberían incorporarlos en sus propios currículos e incluirlos en las actividades de capacitación que realizarán. El asunto no es nada de fácil. La experiencia de otros países demuestra que la disposición de los historiadores y de los profesores para hacer estos acomodos, no suele ser muy favorable.

Por último, debemos contar con los problemas que plantea el modelo de aprendizaje mismo —los más serios, desde mi punto de vista—.

Como he reiterado en forma algo majadera, los reformadores chilenos han optado por el *aprendizaje por descubrimiento*, tal cual lo hicieran ingleses y españoles. Esta decisión no es insustancial. Este ensayo ha sido escrito precisamente como un alegato en contra de alguna de las derivaciones insoslayables de la *pedagogía activa* y en defensa de la textualidad de la historia.

Los textos son la principal víctima de la reforma.

La historia siempre se ha organizado en textos, en los cuales los historiadores intentan dar cuenta de sus asuntos a través de una trama narrativa y de explicaciones causales, teleológicas o genéticas. El problema radica en que los historiadores no se limitan nunca a decirnos qué es lo que ha pasado —si hicieran sólo eso su trabajo tal vez resultaría digerible para las hordas piagetianas—. Como mínimo siempre intentan organizar los datos de una manera tal que resulte posible al lector explicar su ocurrencia y penetrar en el significado que tienen dentro de un contexto. Se entiende que es parte de su oficio del historiador el intentar proporcionar a sus datos un tipo de coherencia interior similar o próxima a la que era característica de esa parcela del pasado que le sirve de objeto.

La pedagogía activa, se nos dice, no puede sostenerse en un material de ese tipo —textos, del tipo que sea—, que relega al lector (o auditor) a una posición subalterna: el texto contiene los conocimientos y el principio organizativo que el lector debe reproducir; el lector no tiene que descubrir nada y no le queda más que comportarse como un receptor pasivo.

Los textos, en general, no son apropiados para gatillar ese proceso psicológico que desemboca en el conocimiento verdadero; esta máxima se cumple en forma mucho más inflexible en el caso de los dedicados específicamente a la enseñanza de la historia. Esos textos acostumbran transmitir conocimientos y certidumbres irrefutables, que son presentadas como no problemáticas; buscan entregar respuestas y no desencadenar preguntas o inquietudes existenciales. No dejan nada en manos del lector. Además tienen un poder de irradiación *perverso*. Las cátedras de historia, los recursos audiovisuales y todos los medios auxiliares de la enseñanza de la historia —retratos, mapas...—, se someten a su estructura y demandas, actúan como simples refuerzos para apuntalar la información allí desplegada y para ampliar su fuerza de irradiación, sin introducir elementos de crítica o formas de mediación que impliquen una elaboración de los contenidos o una invitación a esa elaboración.

Los psicólogos no pretenden cargar todas las culpas a los historiadores que componen los textos (reproducidos luego por los profesores); sostienen que las debilidades de sus creaciones no se deben a la forma como ellos conciben el conocimiento posible, ni a las modalidades instruccionales que creen pertinentes para la comunicación de esos contenidos a través de sus escritos. El pecado de origen de sus textos es ser textos; el problema es el *soporte* y no los historiadores: para los primeros piagetianos el texto implica, en sí, un principio activo que no logra extenderse al lector, sino con muchas dificultades.

El “aprendizaje por descubrimiento” requiere de otra cosa. Es necesario disponer de soportes que permitan trasladar el principio activo a los alumnos. Hay que abandonar los textos y llevar al alumno al laboratorio del científico. Sólo allí, mediante la realización de acciones físicas y psicológicas adecuadas, logrará encontrar “una nueva organización o estructura en los materiales de aprendizaje que no se hallaba explícita en los mismos”⁴². En ese instante, cuando se han liberado los procesos psicológicos que acaban en esa nueva estructura —o conocimiento—, puede plantearse que el aprendizaje se ha verificado y ha dejado de ser simplemente “enseñanza”.

¿Debe prescindirse del todo de textos y profesores, en su sentido clásico?

Los psicólogos sostienen que la exigencia mínima para que puedan justificarse es que dejen de comportarse como los *dueños de la verdad* y se transformen en simples compañeros de ruta en el camino al crecimiento interior de los alumnos⁴³. Es decir, sirven en la medida de que renuncien a ser lo que son —organizadores de la realidad, dueños del conocimiento— y se transformen en lo que no son —mediadores que ayudan a los alumnos a arreglárselas por sí mismos, a crear su propia idea de la realidad—.

⁴² J. I. Pozo; M. Asensio; M. Carretero (1989), pág. 219.

⁴³ J. Delval (1987), pág. 269.

El segundo gran damnificado de una reforma basada en un constructivismo extremo son los hechos históricos mismos, aquellos objetos que, desde siempre, los historiadores hemos asumido como nuestra preocupación central. Al constructivismo no le importa defender las tesis del relativismo filosófico, terciando en los debates sostenidos por epistemólogos, hermeneutas, críticos literarios, acerca de si los especialistas de la historia tienen razones fundadas para sostener que las historias que cuentan tienen que ver con un pasado "real". Perciben, como telón de fondo, las tendencias recientes que han llevado a la filosofía postmoderna a alejarse con decisión del vocabulario de la referencia y dificultan que el optimismo de los historiadores en cuanto a sentir que su trabajo sea sustancialmente distinto al de los literatos, sea justificado. Pero no les importa tomar partido en la polémica. La razón de ello tiene que ver con el hecho de que el foco de su interés es el aprendizaje, no la historia como campo de investigación o forma de conocimiento.

Sin embargo, a pesar de que el constructivismo radical no ha asumido como bandera de lucha la devastación o "destrucción" de la historia concebida como un *espejo de la realidad*, en la práctica ha acabado contribuyendo a ello, en la medida en que confiere una importancia exagerada al aprendizaje (y particularmente "a" las variables internas o psicológicas, que lo determinan), en detrimento de la disciplina misma.

La cuestión es la siguiente. Si se defiende como objetivo de la enseñanza de la historia el desarrollo de determinadas habilidades intelectuales —las que son características de los historiadores, las necesarias para la construcción de una sociedad plural, etc.— ¿qué importancia puede tener el medio usado? Esas destrezas cognitivas pueden ser potenciadas con la misma efectividad a partir de los datos e interpretaciones que validan los historiadores con su trabajo profesional o con información totalmente ficticia; el "laboratorio" de los piagetianos puede funcionar tan bien con el material cuya procedencia sea el mundo —*significados con referencia*—, como con ejercicios lógicos o simulaciones.

La convicción constructivista de que la "realidad" no es su asunto, su defensa tan postmoderna (más tácita que abierta) a favor de la *pluralidad de los significados*, es peligrosa en cuanto puede implicar la idea de que "cualquier cosa vale". Sin el escudo protector del cual nos proveía en viejo concepto de objetividad (desprovistos de aquella actitud corporativa favorable a mirar el pasado simplemente *como lo que ha sido*); amparados en un concepto de verdad extremadamente mitigado (verdad como diversidad de interpretaciones alternativas); despojados del lenguaje de la referencia y de esa ingenua teoría de la realidad en la cual nos reconocíamos y consolábamos, quedamos muy mal parados.

Mi argumento es que la historia no va a poder ser bien enseñada si es que, en pos de un enfoque integrador, psicologista y postmoderno, no se respetan mínimamente aquellos elementos que son inherentes y necesarios para la especialidad —su concepción del tiempo, del cambio y la continuidad, de la causalidad, de su textualidad y estructura narrativa..., e incluso sus viejas y anquilosadas devociones metodológicas—. Si se quiere hacer de la historia una mera excusa para las ciencias sociales o la pedagogía acabaríamos adulterando su esencia⁴⁴.

Muchos estarán de acuerdo con el medievalista Julio Valdeón, en que los contenidos de la disciplina que denominamos historia tienen un fundamento propio;

⁴⁴ E. Martín (1983); J. I. González (1989).

en que, a pesar de todos los cambios, la tarea de los historiadores sigue consistiendo en *establecer los hechos* y en que no puede admitirse esta *historia de laboratorio*, que además de estar construida sobre una base factual dudosa, se alimenta de teorías, conceptos y métodos ajenos⁴⁵.

Quizás haya que aceptar que lo que entendemos por historia —lo que hemos entendido en realidad siempre, a pesar de todas las renovaciones— tenga que quedar relegado a los ambientes académicos, tal cual sucede con la física de punta que hoy sólo se despliega en los departamentos más especializados de las principales universidades; quizás sea sensato contentarse con que la educación acabe surtiéndose de versiones de la historia muy matizadas, mucho menos *puras* y mucho más *útiles*, en cuanto a su capacidad para favorecer el aprendizaje; quizás debamos conceder que el ramo de ciencias sociales sea empleado para ayudar a los alumnos a mirar el mundo desde un punto de vista socio-histórico, tal cual se les modela para hacerlo desde uno lógico-matemático, mediante la acción concomitante de una serie de acercamientos o puntos de vista disciplinares. El hecho de que la nación ya se haya constituido y de que, por lo tanto, ya no sea necesario pedirle al ramo que sirva a la finalidad política de transformar a las comunidades en individuos, a los individuos en ciudadanos y a los ciudadanos en chilenos y patriotas, puede hacer posible, en un horizonte mediato, que pueda dejarse a la ciencia pura donde debe estar y a la educación en su propio nivel.

Un cambio de este tenor no representaría ni siquiera una transformación sustancial frente a lo que existe hoy en día. Para nadie es un misterio que el tipo de historia que se enseña en los colegios, que ha sido elaborada muchas veces por especialistas de nota, difiere completamente de aquella que esos mismos historiadores desarrollan en su práctica cotidiana. Los historiadores profesionales ya se han acomodado, de hecho, a la necesidad que les plantea la sociedad en este terreno. Hoy en día un mismo calificado profesional puede ser autor de estudios analíticos y profundos, y, a la vez, de alguno de esos extensos recetarios de datos que se endilga a los alumnos de básica y media. Nosotros sabemos (o intuimos) además que estos textos de estudio persiguen objetivos que nada tienen que ver con las de la disciplina misma (inculcar amor a la patria, a su territorio, a algún determinado sistema político....), por lo que no resultaría demasiado disruptivo el que contribuyéramos a elaborar un *producto-historia* cuyo objetivo fuera predominantemente pedagógico y sólo en la medida necesaria disciplinar.

Pero una cosa es hacer esas concesiones y otra muy distinta aceptar que el ramo sea completamente suprimido —manteniéndolo en el nombre pero no en su sustancia—.

Los excesos de *psicologismo* son inaceptables. Si permitimos que los reformadores hagan primar exageradamente el *aprendizaje* como objetivo frente a la disciplina misma, si aceptamos que la historia sea entendida sólo como un medio para inculcar ciertas destrezas intelectuales o emocionales en los alumnos, lo que debería ocurrir, en el mediano plazo, es que la disciplina acabe subordinando su ser, su propia epistemología, a las necesidades de la psicología y la didáctica, hasta el punto de hacerse absolutamente irreconocible. Y no entiendo por qué haya que resignarse a tanto

⁴⁵ J. Valdeón (1993), págs. 15-16.

(por qué para enseñar a los adolescentes a pensar como historiadores haya que hacerlo a costa de pervertir el sentido de la ciencia histórica misma).

Si analizamos los resultados concretos de las reformas curriculares que se han verificado en los 1970's y 1980's en Europa caeremos en la cuenta de que estas aprensiones no son injustificadas.

¿Hay argumentos que justifiquen que se nos pida tanto?

Una transformación curricular de estas características sólo resultaría socialmente admisible bajo dos condiciones: que se demostrara que esta estrategia de aprendizaje es tan efectiva como se presenta a sí misma y que, suplementariamente, se estableciera a firme que no pueden conseguirse similares resultados por otros medios, sin tener que sacrificar a las disciplinas. En cualquiera de esos casos deberíamos mostrarnos mucho más dispuestos a admitir que se desarmara nuestra disciplina bajo el pretexto de ponerla en armonía con la estructura cognitiva de los jóvenes.

Pero eso está muy lejos de ocurrir, a pesar de las predicciones de los críticos más acerbos del ramo. Los resultados de las reformas inglesa y española han sido demasiado discretos como para fundamentar ningún radicalismo psicologista. A la luz de lo que se ha logrado, no parece recomendable sino el pudor y la templanza. En cuanto a la segunda cuestión, puede decirse lo mismo.

La investigación psico-pedagógica actual ha establecido de manera indesmentible que los adolescentes sólo logran aproximarse a la etapa del *pensamiento formal*, en la que resulta posible desarrollar un conocimiento abstracto, entre los 14 y los 17 años, en el caso de la historia; vale decir, mucho más tarde de lo que lo hacen esos mismos jóvenes cuando se trata de matemáticas o ciencias naturales. Hay, por lo tanto, una constatación científica que nos plantea que hay un factor interno en nuestros educandos que dificulta transformar a nuestra disciplina en una especialidad razonada y explicativa, a nivel de educación secundaria. ¿Qué causas producen ese fenómeno de retardo? Muchos especialistas creen que la cosa es así —y será siempre así— porque las mentes de los adolescentes no están adaptadas para asimilar la estructura de nuestra disciplina, sus fundamentos, sus conceptos, sus normas internas de organización. Mi parecer —y el de muchos de los psicólogos constructivistas que se ocupan hoy de estas materias— es que las dificultades de los alumnos para desarrollar conocimiento significativo, en esta área, no son absolutas y pueden perfectamente ser superadas en una medida importante. La respuesta más firme, en este sentido, es la del constructivismo ausubeliano —que he defendido aquí, para atacar a los psicólogos educacionales en su propio terreno—. Ausubel y sus seguidores han sostenido y demostrado que la *estructura lógica* de la disciplina y la *estructura psicológica* de los alumnos, nos son exactas, pero tienen puntos de contacto suficientes como para que sea posible a lo menos una comunicación fructífera⁴⁶; cree que los textos y las clases expositivas, por lo tanto, siguen siendo vehículos pertinentes para la transmisión de significados y la construcción de aprendizajes; y cree que el autoaprendizaje

⁴⁶ Según Ausubel existe una similitud entre la forma como están organizadas las materias por las disciplinas científicas y el modo como las mentes organizan el conocimiento. En ambas casos la estructura conceptual mantiene un orden jerárquico; los conceptos más amplios, abstractos o *inclusores* se encuentran a la cabeza, y se van desgajando de ellos conceptos más específicos. Por ello el objetivo de alcanzar aprendizaje significativo no tiene por qué implicar una vulneración de las pautas de organización interna de la disciplina.

basado en el ejercicio empírico de tareas nunca podrá desplazar, como se pretende, a las formas clásicas de enseñanza.

El propósito de convertir a los niños y adolescentes en una especie de *Hércules Poirot* de la historia, es un error no sólo porque resulta impresentable en sí mismo —porque importa una simplificación excesiva del trabajo que hacemos los historiadores—⁴⁷, o porque se sustenta en teorías psicológicas inadecuadas, sino fundamentalmente porque no existen datos que lo validen ni siquiera en el propio ámbito de la psicología educacional.

La cosa se ve, sin embargo, más seria de lo que es. Hay una serie de antecedentes, de tenor estrictamente práctico, que aseguran muy poco porvenir a una reforma como la propuesta (si se ciñe estrictamente la dirección fijada por sus creadores).

Las modificaciones al ramo de historia no son un tipo de asunto que concierna sólo a unos cuantos especialistas. Hay mucha gente en la sociedad que se siente comprometida con cambios de este tipo y ese solo hecho lleva la cuestión desde el terreno académico, al contingente. Y allí, precisamente, no dominan los partidarios de los cambios espectaculares.

En una sociedad conservadora como la chilena resulta políticamente imposible avanzar en cambios curriculares de esta magnitud con celeridad. Siempre habrá grupos organizados, con mucho poder, que resistan cualquier modificación sustancial al currículo del ramo de ciencias sociales. Podemos dar por descontada, para partir, la existencia de una férrea oposición de los sectores de la sociedad más identificados con la tarea de la preservación de la memoria histórica (militares, sectores nacionalistas, conservadores de izquierda que tomen esto como una forma subterránea de derogar al pueblo como actor social, organismos de tipo *cultural* privados o públicos comprometidos en la defensa de la "alta cultura"...) y de los agentes educativos mismos (universidades, grupos de investigación o divulgación histórica, cofradías de historiadores, gremios de profesores y bibliotecarios, y funcionarios dentro del mismísimo Ministerio de Educación)⁴⁸.

Los cuestionamientos podrían ser incluso mayores. Una alteración curricular profunda puede despertar una reacción que rebasa la esfera de los grupos organizados, y que cruce a toda la sociedad. Mario Carretero nos refiere una experiencia de este tipo vivida en México. En septiembre de 1992 aparecieron nuevos libros de texto en los que se reemplazaban contenidos tradicionales por nuevos, adaptados a las exigencias de una educación más satisfactoria desde el punto de vista constructivista. Esta innovación fue aceptada, a fin de cuenta, por los grupos especializados. Pero la gente misma se opuso. El sacar de la escuela personajes venerados (algunos de los héroes de la independencia mexicana), pareció un acto de traición a la patria. Los profesores reaccionaron en primera instancia, pero luego fueron seguidos por la gente corriente, y se suscitó una polémica de carácter nacional en la que intervinieron todos los sectores⁴⁹.

⁴⁷ J. Plowright (1983).

⁴⁸ M. Ferró ha demostrado que los grupos sociales que controlan el poder político siempre buscan ejercer un control sobre lo que se designa como la "historia oficial".

⁴⁹ M. Carretero (1994), págs. 21-22.

La resistencia social a cualquier reforma sustancial es una particularidad de la historia, que no comparten otras asignaturas (nadie participaría en un mitin frente a la Moneda o al Ministerio de Educación, ni escribiría editoriales en importantes medios de comunicación, si los cambios atañeran a ramos como las matemáticas o las artes plásticas). Y resulta fácil explicarlo.

La historia es ciertamente el ramo que más directamente contribuye a la conformación de la identidad nacional y es el más afectado por los valores e ideologías políticas de los distintos grupos que componen la sociedad.

Es bueno detenerse en este tema, puesto que, aún cuando podamos no ser conscientes de ello, en gran medida la justificación para la persistencia de un modelo de pedagogía en el que teóricamente nadie cree radica en que es funcional con objetivos políticos de mucha trascendencia con los que muchos, sin excluir a los mismos profesores, comulgan.

Los intelectuales critican acerbamente al ramo de ciencias sociales por el hecho de que no promueve en lo más mínimo el desarrollo intelectual de los alumnos, por el hecho de que contribuye a "asesinar el alma" de los jóvenes de un modo irreversible⁵⁰, pero quizás precisamente de eso mismo se trate....

La enseñanza tradicional puede no ser relevante a efectos de modificar la estructura cognitiva de los alumnos, pero es muy útil si lo que se busca es fabricar *ciudadanos* adaptados.

Es un hecho que el estudio de la historia ha estado orientado, desde que se introdujo la materia en los currículos durante el siglo pasado, fundamentalmente a la tarea de preparar a los individuos para desenvolverse correctamente al interior de un orden sociopolítico establecido. Y no se trata, de una finalidad subalterna, de menor rango, entre otras más importantes, ni de una especie de vicio, necesario de erradicar. Estos estudios han demostrado ser muy útiles para educar para la subordinación, la aceptación del orden institucional, el respeto a los intereses y derechos colectivos por sobre los individuales, el paternalismo, el patriotismo⁵¹. Esto es evidente en nuestra propia experiencia.

En países en que la formación de la nación no ha precedido a la del Estado, como sucede con Chile⁵² o los Estados Unidos, la importancia estratégica y política del ramo de ciencias sociales es todavía más directa. Deberíamos entender dentro de este contexto, por ejemplo, la decisión del Gobierno del general Pinochet de incluir a la historia como una prueba obligatoria para cualquier joven que quiera ingresar a la universidad. Lo mismo vale para los Estados Unidos, que han sido incluso más entusiastas que nosotros en asignar a las ciencias sociales un rol preeminente⁵³.

Una reforma al ramo de historia, pues, siempre supondrá el optar por una línea de acción tanto política como pedagógica, siempre traerá de contrabando una visión respecto al tipo de chileno que queremos preparar para el presente y el

⁵⁰ M. Schatzman (1977), pág. 30.

⁵¹ M. Apple (1996).

⁵² Sigo en este punto la conocida tesis de M. Góngora.

⁵³ En 1986 el 83% de los estados que componen la federación exigía que los colegios impartieran un curso obligatorio de ciencias sociales, mientras sólo un 7% imponía similar exigencia respecto del ramo de matemáticas (Delval, 1988, pág. 190).

futuro. La apuesta por modelos de enseñanza que potencien la libertad, la creatividad, la autonomía, la tolerancia, la capacidad de comprender críticamente el mundo, la participación activa en la creación del destino propio y el colectivo, necesariamente se relaciona con la opción por la democracia, por una sociedad y una economía abiertas, dinámicas y adaptables al cambio, en el contexto de un mundo que tiende a la integración política, económica, social y cultural. El norte de una reforma de corte constructivista es, en definitiva, se diga o no, similar a aquel que quiere derogar: quiere ayudar a erigir nuevas formas de ciudadanía. Y no está del todo claro que aún estemos viviendo en una sociedad dentro de la cual aquellos propósitos últimos aparezcan como deseables.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Pilar; Mochón, Francisco: *Economía básica. Chile: una realidad*. Santiago: McGraw Hill, 1994.
- Apple, Michael W.: *El conocimiento oficial. La educación democrática en una era conservadora*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Asensio, Mikel; Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio: "La comprensión del tiempo histórico". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp) *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 103-37.
- Ausubel, D. P.: "Meaningful reception, learning and the acquisition of concepts". En; Klausmeier, N. J. y Harris, C. W. (eds.): *Analysis of concept learning*. N. York: Academic Press, 1966.
- Ausubel, D. P.: *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. México: Trillas, 1980.
- Ausubel, D.P.; Novak, J.D.; Hanesian, H.: *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. México: Trillas, 1980 (2ª ed.).
- Benlloch, M.: "Acerca del pensamiento sociológico en el niño". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°21, 1976, págs. 32-35.
- Berti, A. E.; Bombi, A. J.: *The child's construction of economics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- Berti, Anna Emilia: "Children's understanding of concept of state". En: Carretero, Mario; Voss, James F., *Cognitive and instructional processes in history and the social sciences*. Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates, 1994, págs. 49-75.
- Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel: "Comprensión de conceptos históricos durante la adolescencia". En: *Infancia y Aprendizaje*, N° 23, 1983, págs. 55-74.
- Carretero, Mario; Asensio, Mikel: "La enseñanza de las Ciencias Sociales: aspectos cognitivos y psicopedagógicos". En: Francisco Huarte (Coord.), *Temas actuales sobre Psicopedagogía y Didáctica*, Madrid: Narcea, 1988, págs. 205-21.
- Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel: "Problemas y perspectivas en la enseñanza de las Ciencias Sociales: Una concepción cognitiva". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp), *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 13-29.
- Carretero, Mario: "Perspectivas disciplinares, cognitivas y didácticas en la enseñanza de las Ciencias Sociales y la Historia". En: M. Carretero, *Construir y enseñar las Ciencias Sociales y la Historia*. Buenos Aires: Aique, 1995, págs. 15-32.

- Carretero, Mario; Limón, Margarita: "Construcción del conocimiento y enseñanza de las Ciencias Sociales y la Historia". En: M. Carretero, *"Construir y enseñar las Ciencias Sociales y la Historia"*. Buenos Aires: Aique, 1995, págs.33-62.
- Cipolla, Carlo: *Entre la economía y la historia. Introducción a la historia económica*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Delval, Juan: "El conocimiento de los niños de su propio país". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°75, marzo 1981a, págs. 33-36.
- Delval, Juan.: "La representación infantil del mundo social". En: *Infancia y Aprendizaje*, N°13, 1981b, págs. 35-67.
- Delval, Juan: *Crecer y pensar. La construcción del conocimiento en la escuela*. Barcelona: Laia, 1987.
- Delval, Juan: "La construcción espontánea de las nociones sociales y su enseñanza". En: Francisco Huarte (Coord.), *Temas actuales sobre Psicopedagogía y Didáctica*, Madrid: Narcea, 1988, págs. 184-204.
- Delval, Juan: "Stages in child's construction of social knowledge". En: M. Carretero y J. F. Voss, *Cognitive and instructional processes in history and the social sciences*. Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates, 1994, págs. 77-102.
- Domínguez, Jesús: "La renovación de la enseñanza de la Historia en Inglaterra en los últimos 20 años". En: Ministerio de Educación y Ciencia, *La Geografía y la Historia dentro de las ciencias sociales: hacia un curriculum integrado*. Madrid: Comercial Malvar, 1987, págs. 231-46.
- Domínguez, Jesús: "El lugar de la Historia en el curriculum 11-16: Un marco general de referencia". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp), *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 33-60.
- Enesco, Ileana; Navaro, Alejandro: "El conocimiento social". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°244, febrero 1996, págs. 69-75.
- Erazo, María Soledad : "La reforma curricular en 5° Básico y 1° Medio. Implementación de los planes y programas propuestos por el Ministerio de Educación". Jornadas Programa de Perfeccionamiento Docente del Ministerio de Educación, octubre-noviembre 1998 (inédito).
- Fernández Corte, Teresa: "Objetivos y organización previa para una lección de Historia". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°154, diciembre 1987, págs. 68-71
- Ferró, Marc: *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Friedman, W. J. (Ed.): *The developmental psychology of time*. N. York: Academic Press, 1982.
- Furnham, Adrian: "Young people's understanding of politics and economics". En: Carretero, Mario; Voss, James F., *"Cognitive and instructional processes in history and the social sciences"*. Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates, 1994, págs. 17-47.
- García Madruga, J.A.; Luque, J.; Martín, J.: "Aprendizaje, memoria y comprensión de textos expositivos: Dos estudios de intervención sobre el texto". En: *Infancia y Aprendizaje*, N°48, 1989, págs. 25-44.
- García, M. A.: "La historia cercana a través del juego". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°118, octubre 1984.

- González Lorenzo, Juan Ignacio: "Qué historia enseñar". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°175, noviembre 1989, págs. 68-70.
- González, Inmaculada; Guimerà, Carme; Quinquer, Dolors: *Enseñar historia, geografía y arte. De los reyes godos al entorno social*. Barcelona: Laia, 1987.
- Góngora, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Universitaria, 1986.
- Good, T. L.; Brophy, J.E.: *Psicología educacional*. México: McGraw Hill, 1993.
- Guimerà, Carme: "El pensamiento del profesor". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°213, abril 1993, págs. 19-23.
- Hempel, Karl: "The function of general laws in history". En: Patrick Gardiner (Ed.), *The Theories of History*. N. York: Free Press of Glencoe, Inc., 1959.
- Irizar Arguiñano, José; Orea Vera, José: "El proyecto Mediterraneo". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°154, diciembre 1987, págs. 58-61.
- Joyce, B.; Weil, M.: *Modelos de enseñanza*. Madrid: Anaya, 1985.
- Martín, E.: "Jugando a hacer historia: los juegos de simulación como recurso didáctico". En: *Infancia y Aprendizaje*, N°24, 1983, págs. 69-88.
- Ministerio de Educación: *Objetivos fundamentales y contenidos mínimos obligatorios de la Educación Media*. Santiago: Ministerio de Educación, 1998.
- Ministerio de Educación: "Historia y ciencias sociales. Programa de estudio 1º Año Medio. Documento presentado al Consejo de Educación" (31 julio 1998)
- Montangero, J. "Perspectives actuelles sur la psychogenese du temps". En: *L'anne psychologique*, N°84, 1984, págs. 433-60.
- Montarde, José Enrique: *Cine, historia y enseñanza*. Barcelona: Laia, 1986.
- Novak, J. D.; Gowin, D.B.: *Aprendiendo a aprender*. Barcelona: Ed. Martínez Roca, 1988.
- Novik, Peter: *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México, D. F.: Instituto Mora, 1997, 2 vols.
- Peel, E. A.: *The nature of adolescent judgement*. Londres: Stamp Press, 1971.
- Piñero, M. R.; Gil, P.: "Los juegos de simulación en la E.G.B.: una investigación en el área de las ciencias sociales". En: *Infancia y Aprendizaje*, N°27-28, 1984, págs. 185-204
- Piñero, Elisa; Santana, Juan Rafael: "La historia en la pasarela". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N°248, junio 1996, págs. 37-40.
- Plowright, J.: "Watching the detectives: a critique of the School Council's analogy between Historicians and the Detectives". En: *Teaching History*, N°35, 1983, págs. 6-9.
- Pozo, Juan Ignacio: *Aprendizaje de la ciencia y pensamiento causal*. Madrid: Visor, 1987.
- Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel; Carretero, Mario: "Modelos de aprendizaje-enseñanza de la Historia". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp.), *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 211-39.
- Prats, Joaquim: "Las experiencias didácticas como alternativas al cuestionario oficial: reflexiones críticas sobre las experiencias Alemania-75 e Historia 13-16". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp), *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 201-10.

- Schatzman, Morton: *El asesinato del alma*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- Shemilt, Denis: *History 13-16. Evaluation study*. Edimburgh: Holmes McDougall, 1980.
- Shemilt, Denis: "Adolecent ideas about evidence and methodology in History". En: Charles Portal (ed.), *The history curriculum for teachers*. Londres: The Felmer Press, 1987.
- Shemilt, Denis: "El proyecto 'Historia 13-16' del *School Council*: pasado, presente y futuro". En: Ministerio de Educación y Ciencia, *La Geografía y la Historia dentro de las ciencias sociales: hacia un curriculum integrado*. Madrid: Comercial Malvar, 1987, págs. 173-207.
- Valdeón Baruque, Julio: "El lugar de la Historia". En: *Cuadernos de Pedagogía*, N° 213, abril 1993, págs. 15-18.
- White, Hayden: "The question of narrative in contemporary historical theory". En: *History and Theory*, N° 23(1), 1984, págs. 1-33.
- Zaragoza, Gonzalo: "La investigación y la formación del pensamiento histórico del adolescente". En: Carretero, Mario; Pozo, Juan Ignacio; Asensio, Mikel (comp) *La enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Visor, 1989, págs. 165-77.

INDEFINIENDO LAS FRONTERAS: PLURALIDAD DE VOCES EN LA SUDÁFRICA DEL *POST-APARTHEID*

*Ximena Picallo Visconti*¹

VOCES MÚLTIPLES

El nacionalismo, mito unificador del siglo XX, conforma una de las más inteligentes ironías modernas. En su lucha anticolonialista envuelve una sutil forma de alienación. Cancela las individualidades dentro de la anatomía colectiva y construye imaginarios políticos y culturales que en el intento de unificación ahogan la diversidad. La literatura no es ajena a este proceso. Desde tiempos inmemoriales los afanes por definirla han ocupado extensas bibliotecas. Desmedidos intentos en busca de develar la esencialidad literaria y sus pertenencias nacionales. No resulta innovador considerar a la literatura como un sistema ideológico ya que ésta tiene relaciones íntimas con el poder social por lo que puede constituir un espacio de reafirmación y consolidación del proyecto nacional. Es así como en épocas de límites imprecisos, hipertextos y diversidad cultural todavía resuenan los ecos de las consideradas literaturas nacionales. Literaturas delimitadas desde proyectos políticos y limitadas por fronteras nacionales muchas veces impuestas y dibujadas, pero a su vez fracturadas en la polifonía de sus formas y voces.

La literatura sudafricana, de la que me ocupo en este ensayo, debe pues ser entendida como un ensamble de voces y textos, una literatura polifónica que se niega a la clasificación. Esta literatura se halla escrita tanto en las consideradas lenguas africanas como en aquellas lenguas de origen europeo que son utilizadas en el presente². Este amplio espectro lingüístico se expresa en un diverso corpus literario y, por lo tanto, constituye un campo más que interesante para pensar temas tales como las fronteras, los límites, la identidad y la nación, sus construcciones y representaciones.

Muchos son los escritores que eligen expresarse en inglés, francés y portugués sin que esto signifique una posición eurocéntrica de pensarse como extensión de la literatura europea, ya que el lenguaje no es suficiente para definir una literatura, como tampoco deben serlo el color de la piel o las tradiciones culturales y literarias que conformen a los escritores. Siguiendo esta línea de pensamiento hablar de una única entidad identificable como literatura sudafricana se torna aún prematuro y hasta podríamos pensar que innecesario y meramente cla-

¹ Alumna de doctorado de El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.

² A saber: isiNdebele, seSotho sa Leboa, seSotho, isiSwati, xitsonga, setswana, tshivenda, isiXhosa, isiZuli, afrikaans e inglés. Estas once lenguas son idiomas oficiales actualmente en Sudáfrica ya que la nueva Constitución establece que el lenguaje es uno de los derechos fundamentales y que ninguna persona podrá ser discriminada directa o indirectamente por su idioma.

sificatorio. Más aún, este simple intento de nombrar lo que creemos tiene particularidades comunes y permanentes nos llevaría a ser productores de otro de los tantos discursos hegemónicos que bajo una superficie de orden y "representatividad" ahogan la diversidad.

Las discusiones con relación a la definición y marcación de la literatura sudafricana son vastas en la producción crítica de estos últimos años³. Discusiones que trascienden el ámbito del discurso literario y refieren a procesos históricos particulares y a prácticas políticas, sociales y culturales que se relacionan con la construcción de una identidad representativa y "originaria" que intenta legitimar y consolidar un discurso nacional. Por lo tanto, una de las principales problemáticas en torno a esta temática tiene que ver con la definición y los márgenes de la "entidad" nombrada como literatura sudafricana y sus implicancias políticas en la sociedad del *post-apartheid*. Problemática que, sin duda, se encuentra atravesada por tópicos tales como la producción de textos, las poéticas dominantes y las hegemonías literarias pero también por los procesos políticos e históricos que le dan sentido y la construyen, en definitiva por el imaginario cultural, político y social legitimado en un momento en particular y por una producción literaria específica. La literatura sudafricana, pues, conduce inevitablemente a una serie de cuestionamientos que más que ser respondidos necesitan ser repensados. Cuestionamientos que necesariamente articulan los problemas principales de críticos y teóricos contemporáneos: identificar qué constituye "la" literatura sudafricana. Existen tres obras claves para estos estudios, que se tornan fundamentales al momento de pensar los márgenes en los cuales se recortan, es decir, centrales para entender estas discusiones y el proceso de reconocimiento que fue necesario en dichos estudios, a saber: la obra de Manfred Nathan, *South African Literature* de 1925 que trabaja el tema de lo que es "de" Sudáfrica o se encuentra "en" Sudáfrica. En realidad esta obra se centra en el tema de la identidad, sus fronteras y representaciones pero sobre la asunción de que toda la literatura producida en Sudáfrica está en inglés u holandés. La escritura negra en inglés o aún en lenguas "nativas" fue ignorada, aún como una posibilidad. En segundo lugar, la obra de Stephen Gray, *Southern African Literature* de 1979, en la que se incluye una amplia geografía literaria (toma por ejemplo Zimbabwe), y en la que, por otro lado, aparece un capítulo sobre "La emergencia del inglés negro". Esta obra reconoce a los escritores negros de expresión inglesa que fueron expelidos por la diáspora internacional pero, sobre todo, se centra en la escritura sudafricana en inglés; y por último, la obra de Albert Gérard, *Four African Literatures* de 1971, éste es el primer estudio de su clase, en el que se considera que la escritura Xhosa, Sotho y Zulú de Sudáfrica padeció el control gubernamental y misionero. A su vez, distingue que tanto ingleses como holandeses-afrikaans tienen, también, lazos transoceánicos de tradición cultural inglesa que atraviesan

³ Ver al respecto Rosemary Jolly, "Rehearsals of Liberation: Contemporary Postcolonial Discourse and the New South Africa", *PMLA*, vol.110, 1, New York, 1995; Stephen Gray, *Southern African Literature: An Introduction* (Ciudad del Cabo, Printpak, 1979) y André Lefevere, "Interfase: Some Thoughts on the Historiography of African Literature Written in English", *The History and Historiography of Commonwealth Literature* (Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1983).

sus creaciones y que muchas veces han dificultado el desarrollo de expresiones independientes.

Ante tal proceso polifónico podemos establecer que una de sus tantas voces es aquella que se expresa como literatura sudafricana en inglés. Ésta comenzó por los años 1820, con los asentamientos ingleses y el uso de esta lengua como oficial en la región. Esta literatura se considera que ha surgido, en parte, como el producto de una cultura importada, conscientemente liberal, pero orientada hacia un origen temprano previctoriano, que estaba representando no sólo elecciones estéticas sino también políticas. Esta tradición literaria es blanco de varios ataques que tienen que ver con sus vertientes occidentales y por lo tanto es considerada como extensión del orden colonial. Barbara Masekela, por ejemplo, activista política y ex exiliada, sostiene que este tipo de tradiciones literarias han empobrecido y subsumido en el silencio a las voces "locales" y considera que las artes necesitan redefinirse como portadoras de los valores de la comunidad, oponiéndose a la visión opresiva y patriarcal de la cultura implícita de los grupos gobernantes blancos. Sostiene también que la cultura basada en el inglés y el afrikaans fue "una parte válida de la amplia y rica tapicería de la cultura sudafricana —pero sólo una parte— no el centro alrededor del cual gira el amplio universo cultural". Por ello establece que en lugar de tomar como guía al modelo europeo de la "alta cultura", es necesario construir "una estética particularmente sudafricana"⁴.

La pregunta se torna inevitable y es aquella que tiene que ver con la llamada "esencialidad" sudafricana. ¿Qué significa entonces una estética particularmente sudafricana? La perspectiva de Masekela es un tema familiar y recurrente ya que evoca el enfrentamiento entre centro y periferia, y demanda una más clara y "auténtica" cultura nacional. De acuerdo a Masekela, la cultura de la comunidad anglo ha sido la más exclusiva y por lo tanto opresora de otras manifestaciones culturales. Para ella el problema se origina en que la voz de la bien financiada "elite cultural" es a menudo asumida como única y confluyente; representante de todos los grupos culturales, simplemente porque "ésta es la única que todos han oído". El punto se mantiene: hay muchas diferentes voces —varias de ellas nuevas— que conforman las expresiones literarias sudafricanas, no sólo de expresión inglesa, y que demuestran su multifacetismo. Y, por lo tanto, el conflicto también continúa, ya que las representaciones propuestas desde diferentes ángulos tienden a construirse bajo supuestos de exclusión para legitimarse en un discurso único y monolítico que conforme la "esencialidad sudafricana".

SILENCIO Y APARTHEID

Las políticas represivas y autoritarias impuestas por el sistema del apartheid indudablemente afectaron y condicionaron la producción literaria de esos años, fundamentalmente en la postura política que los intelectuales tomaban ante este proceso histórico, pero también en lo que respecta a las políticas literarias y sus

⁴ Barbara Masekela, "We are not returning empty-handed", *Die Suid-Afrikaan*, 28, Agosto 1990, págs. 38-40.

procedimientos⁵. El *apartheid* se conformó sobre la conciencia histórica silenciada por el poder establecido y se erigió como discurso dominante que no sólo acallaba otras voces sino que también se ubicaba en un espacio inaccesible a ellas. La política del silencio, entonces, afectó de diferentes maneras a los escritores que producían en este contexto histórico, especialmente a aquellos para quienes la escritura era una "arma" contra el urgente enfrentamiento político e ideológico. Gcina Mhlophe, Jeremy Cronin y Mongane Serote son algunos de los escritores a quienes la urgencia política les impuso una serie de prioridades en la producción literaria. Prioridades que implicaban escribir para una causa y abandonar, por ejemplo, ciertos temas literarios que no se relacionasen directamente con la situación política que se vivía y la urgencia de "reflejarla" y denunciarla. El problema de este tipo de literatura no es justamente su compromiso político —todo discurso lo tiene y la literatura no es deleznable por ello, todo lo contrario— el punto aquí es que la producción literaria desarrollada en tales circunstancias se tornó reduccionista ya que muchas veces su tendencia era una simple oposición binaria, en la que el mundo era reducido a patrones maniqueos de oposición, ellos/nosotros, blancos/negros, bueno/malo⁶. Bien sabemos que los procesos históricos y políticos son mucho más complejos que una simple oposición binaria, pero pensemos también en la legitimidad de estos discursos urgidos políticamente, como lo fue, por ejemplo, el discurso de la *Négritude*. Pues bien, la literatura no es ajena a esta complejidad y a lo que se apunta aquí es a una crítica de los que se suponen discursos oposicionales pero que en realidad operan bajo los mismos mecanismos de aquellos a los que se oponen. Pero, entender la pesada "carga" de los escritores en el *apartheid* es un punto de partida para entender la situación actual de la literatura sudafricana en pleno proceso de cambio.

Lenguaje y literatura juegan y contienen dinámicas de relación con la palabra y el silencio. El silencio no es simplemente el otro lado de la palabra sino que también puede adquirir sustancia. Es decir, lo "no dicho" pasa a ser parte del juego de la literatura y dispara, metafóricamente, significados connotados. El proceso dialógico entre "lo dicho" y "lo no dicho" es un tropo literario de gran importancia estética y política en el proceso discursivo de la literatura. Pero, lamentablemente, esta no es la situación que tiñe el "silencio" del *apartheid*. El concepto adquiere otro significado en este proceso histórico, significado que se conforma desde la represión y la

⁵ El *Apartheid* fue un sistema complejo y contradictorio que atravesó los discursos y prácticas no sólo económicas y políticas de los sudafricanos, sino también los discursos culturales y por lo tanto literarios. Sudáfrica fue considerada entre los diez países más desarrollados del mundo por el grado de desarrollo capitalista y por el bienestar económico y social de la minoría blanca; pero, sin embargo, el 90% de la población negra vivía por debajo del límite de la pobreza en un total despojo económico, social, cultural y político. Las comunidades negras eran la respuesta a la demanda de mano de obra; pero el predominio numérico de esta población con relación a los habitantes de origen europeo era una amenaza, por lo tanto, para evitar la considerada "degradación" de la sociedad "blanca" se promulgaron leyes para mantener a las "razas" separadas y garantizar la explotación, el control y la segregación de las poblaciones negras. Ver al respecto Hilda Varela Barraza, *Sudáfrica, las entrañas del apartheid* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986).

⁶ André Brink, "Interrogating silence: new possibilities faced by South African literature", *Writing South Africa. Literature, apartheid and democracy, 1970-1995*, (Cambridge, Cambridge University Press, 1998), págs. 14-16

censura. El *apartheid* ha demostrado que existen diferentes niveles de silencio, uno el que existe en la relación dinámica entre la literatura y el lenguaje y otro, más específico, impuesto por ciertas conjunciones históricas. Por ejemplo, la urgencia de relatar por una "causa" fue la promotora de que muchos escritores negros tuvieran la necesidad de articular la opresión para promover la solidaridad de la resistencia interna. De esta manera, la producción literaria de estos escritores atravesó varios y diferentes momentos relacionados con el momento histórico en el que se encontraban: se enfocó en la experiencia urbana, exploró los parámetros de la opresión después de *Sharpeville*⁷ e incrementó la exploración de la literatura como "arma de enfrentamiento" después de *Soweto*⁸. Pero su característica esencial fue el arraigo que mantuvo a lo "histórico" y su fe en los procesos de representación. Por otra parte, los escritores blancos, entre otros Nadine Gordimer y André Brink, también comenzaron a experimentar la necesidad de "decir las cosas" ya que avanzaban cada vez más las áreas proscritas y la censura. Durante estos años se desarrolló una fase literaria realista, la cual estimulaba la solidaridad entre los oprimidos y concientizaba a aquellos que no estaban implicados directamente con la lucha. Fue el *apartheid* quien irónicamente impuso en los escritores la necesidad de "relatar" ya que esto no era permitido en ámbitos más abiertos y directos y la literatura, a través del uso sugerente del lenguaje, era quien proveía los mecanismos de "decir" lo que no se podía decir⁹.

Las "ataduras" literarias eran, por lo tanto, internas y externas, ya que como se ha planteado no sólo el silencio provenía de la censura impuesta por el sistema político dominante sino también de un silencio literario debido a las necesidades políticas de enfrentamiento en las que se encontraban los escritores y por las que su literatura también era condicionada.

En ese contexto vienen a irrumpir los estilos modernista y postmodernista que trataban de desarticular el discurso dominante de la historiografía blanca. Los textos modernistas y postmodernistas ofrecían otro modo de resistencia ya que estos textos no fueron leídos desde lo puramente denotativo sino que implicaron una mirada de relaciones intertextuales que eran establecidas en todos los discursos, por lo que el texto no era unívoco y hegemónico sino que representaba la complejidad en la pluralidad de voces, de visiones, de "historias". Este tipo de elección estética excluía de la lectura el preconcepto de "simple ficción" porque relacionaba el "texto" con el mundo, el mundo en sí mismo era concebido como una "historia" y por lo tanto se insertaba dentro de la conciencia de los lectores como una invitación a la elección

⁷ En marzo de 1960 se produjo una manifestación frente a la estación policiaca de Sharpeville que protestaba por la Ley de Pases, la cual restringía el espacio de movilidad y asentamiento de la población negra. Sesenta y nueve de los manifestantes fueron asesinados por la policía y dos organizaciones africanas prohibidas.

⁸ Para entender la masacre de Soweto de 1976 es necesario retroceder al año 1954 cuando se puso en marcha la Ley de Educación Bantú. Esta ley implicaba que todas las escuelas negras estarían bajo el control del gobierno y estipulaba que la lengua para la instrucción sería el afrikaans. Esta situación explota en junio de 1976 cuando un grupo de estudiantes negros marchó por Soweto protestando contra el afrikaans como medio de instrucción y reivindicando el derecho a aprender en sus lenguas maternas. Dicha manifestación culminó en una masacre de los estudiantes "rebeldes" por parte del gobierno.

⁹ André Brink, *op. cit.*, págs. 16-17

moral. Por ejemplo, en la narrativa de J. M. Coetzee y Nadine Gordimer se permite "leer entre líneas" algunos de los documentos históricos, lo cual lleva a imaginar una historia más allá de la historia¹⁰. Estos nuevos textos no se ubican como una corrección del silencio o de otras versiones de la historia, sino que a través del proceso de intertextualidad permiten estrategias de interrogación las cuales conducen al lector a asumir una nueva responsabilidad ante la narración, es decir ante el mundo¹¹. El cambio político hacia una etapa de transición democrática implicó también que los escritores empezaran a pensar en un "arte del *post-apartheid*" y concibiesen la oportunidad de romper con los códigos miméticos del pasado. El modelo postestructuralista tiene un rol importante en esta ruptura con los cánones literarios hasta el momento utilizados ya que éste piensa a la historia como "discurso" y crea nuevos patrones en la sintaxis hasta el momento utilizada, con lo cual se empieza a pensar en un futuro aún no representado¹².

DESDE EL MARGEN

La producción literaria de Nadine Gordimer y J. M. Coetzee, puede representar en la generalidad de las críticas lo que Masekela llama la cultura históricamente dominante, es decir, la tradición inglesa elitista, validada por un grupo cultural metropolitano y externo. Nada más equivocado. La literatura producida por estos autores tensiona la historia política y cultural sudafricana del *apartheid* y el *post-apartheid* al cuestionar la forma de representar el campo de la literatura sudafricana desde categorías nacionalistas y excluyentes. En este contexto, me gustaría considerar el rol de estos autores como escritores sudafricanos cuyos textos son, de alguna forma, el resultado de esta enmarañada historia (colonial y postcolonial) de la literatura sudafricana.

Teniendo en cuenta estos entramados procesos, sus trabajos aparecen como un campo privilegiado de exploración, ya que tanto los autores como sus textos permiten cuestionar no sólo sus posiciones dentro de la literatura sudafricana sino también el contexto cultural y político en el cual los escritores producen y su representación y posición dentro de él¹³.

¹⁰ Según Clingman la literatura no provee una clase de documento evidente, ni tampoco es suplementaria de algo más "real", llamado historia. La literatura no ofrece una sombra histórica, sino substancia, una específica clase de evidencia dentro del dominio de la historia cultural. Por lo tanto, los temas culturales que se podrían representar a través de las representaciones literarias de estos autores tienen que ver con las nociones de identidad, con las definiciones de sí mismos y de los otros, con las construcciones narrativas, sus mecanismos de producción y legitimación, su poder y su relación con el poder, como así también con su rol y representación de los intelectuales en la sociedad Sudafricana del *post-apartheid*. Ver Stephen Clingman, "Literature and History in South Africa", *History from South Africa. Alternative visions and Practices* (Philadelphia, Temple University Press, 1991), págs. 107 y 108.

¹¹ André Brink, *op. cit.*, págs. 22 y 23.

¹² Elleke Boehmer, "Endings and new beginning South African fiction in transition", *Writing South Africa. Literature, apartheid and democracy, 1970-1995*, (Cambridge, Cambridge University Press 1998) págs. 46 y 47.

¹³ Ver al respecto la obra de Edward Said, *Representations of the Intellectual* (Nueva York, Vintage Books, 1996).

El tema de la identidad, entonces, se torna clave en las obras de estos autores ya que es un tema crítico que implica una posición particular no sólo en sus definiciones sino también en las prácticas que se desprenden de él. Teniendo en cuenta las ideas expuestas por Stuart Hall encontramos dos diferentes modos de pensar la identidad cultural. La primera posición es la que define la identidad cultural en términos de una cultura compartida, una clase de "verdad propia" y colectiva, a través de la cual se conforma una historia compartida con ancestros sagrados en común. En esta concepción las identidades culturales reflejan las experiencias históricas comunes y los códigos culturales compartidos con marcos de referencia y significado estables, continuos e invariables. Unicidad en la cual un grupo se identifica a partir de características que considera "esenciales". Tales representaciones ofrecen un modo de imponer una coherencia imaginaria sobre la experiencia de lo disperso y la fragmentación. De esta manera representan o "figuran" África como la madre de diferentes civilizaciones que las liga, les da significado y las unifica. Los textos producidos por estas nuevas formas de práctica cultural, en las que se considera emergen las representaciones de los "márgenes", restauran un imaginario y conforman un proyecto que tiene el propósito de oponerse a las representaciones hechas por el colonialismo. Por ende, no sólo confrontan los modos fragmentados y patológicos en los cuales esta experiencia ha sido reconstruida dentro de los regímenes dominantes de Occidente, sino que también se erigen como fuente de resistencia e identidad. La segunda posición, planteada por este autor, es ampliamente diferente. Reconoce que, como hay puntos de similitud, hay puntos críticos de diferencia profunda y significativa que constituyen lo que "realmente somos o en lo que hemos devenido". No se puede hablar de "una identidad" sin reconocer su otro lado, las rupturas y discontinuidades que constituyen la pretendida unicidad. Esta identidad cultural es, pues, un "devenir" tanto como un "ser". No es algo que ya existe, trascendiendo el lugar, el tiempo, la historia y la cultura, ya que, las identidades culturales vienen de todos lados, tienen historias, y están sujetas a constantes transformaciones. Más allá de estar fijadas en algún pasado esencializado, están sujetas al juego continuo de la historia, la cultura y el poder. Por lo tanto, considera Hall que "identidades" son el nombre que les damos a los diferentes modos en que nos posicionamos ante las narrativas del pasado¹⁴. Es en esta segunda posición donde se enmarca el tratamiento que a este tema dan Gordimer y Coetzee en sus obras ficcionales. Postura que presenta el carácter traumático de la experiencia colonial y los modos por los cuales los "otros" fueron posicionados y sujetados a los regímenes dominantes de representación, no sólo bajo el poder político o económico sino también, y a veces más ferozmente, por el poder cultural y la normalización. La colonización cultural ha sido una experiencia de más largo alcance ya que ha trascendido y trasciende los márgenes históricos y geográficos del colonialismo. La postura, que considero los autores sostienen, es aquella que plantea que las identidades culturales son los puntos de identificación dentro de los discursos de la historia y la cultura, que no implican una esencia sino un posicionamiento.

¹⁴ Stuart Hall, "Cultural Identity and Diaspora", *Contemporary Postcolonial Theory*, (Nueva York, Arnold 1997) págs. 111-112.

La escritura de Nadine Gordimer ha variado radicalmente a lo largo de su carrera: desde el realismo social hacia una poética narrativa modernista, que se hace evidente en *The Conservationist*. Por un lado, Gordimer es vista como una escritora comprometida con la corriente de pensamiento occidental en lo que respecta a política y cultura, pero, paradójicamente, también ha sido tratada como una traidora a aquellos valores liberales blancos que, se considera, fueron promovidos y analizados minuciosamente en su ficción temprana. Es innegable que la autora ha adquirido una posición más radical, evidente, desde mediados de 1970, tanto en sus obras ficcionales como ensayísticas, que encuentra su culminación hacia 1980 cuando abiertamente se adhiere a los movimientos de liberación y a los cuerpos culturales asociados a ellos, tal como el Congreso de Escritores Sudafricanos. A pesar de estos pronunciamientos políticos que redundan en su quehacer literario, continúa representando en ciertos ámbitos el más obvio ejemplo del eurocentrismo expuesto por Masekela; es decir aquel que implica el uso del inglés como lengua de expresión y el apego a tradiciones culturalmente exclusivistas; lo cual aún pareciera opacar las voces de los considerados escritores locales, léase en este contexto escritores negros. Sin embargo, este tipo de categorizaciones no tiene en cuenta los intersticios y los desplazamientos de la producción de esta autora que escapa a las necesidades de definir. Desde el contexto del *apartheid*, sutilmente dibujado en sus obras, Gordimer explora temas tales como el mal, la violencia, el poder, la ambigüedad, la incertidumbre y el colonialismo bajo todas sus formas.

Así, gran parte de sus trabajos surgen de la necesidad de representar la calidad de vida en Sudáfrica de los últimos años, vida que ha sido dominada por las políticas de una forma específica del colonialismo. Este tipo de tendencias en la obra de Gordimer permite contraatacar a aquellos críticos que han considerado sus trabajos como si estos simplemente exhibieran un criterio "universal", criterio que significaría un pensamiento occidental y humanista liberal. Pero refutarlos en simples términos de locación se torna burdo a las connotaciones que este tipo de discurso trae aparejado. El concepto de universalismo es de interés particular para los escritores postcoloniales porque implica la noción de la naturaleza humana homogénea y unitaria, la cual marginaliza y excluye las características distintivas y la diferencia de las sociedades postcoloniales. Uno de los temas cruciales de la teoría postcolonial es que las realidades culturales de las sociedades postcoloniales puede diferir ampliamente. La "universalidad" de los escritores ha sido invocada en las discusiones literarias a través del mundo angloparlante como un signo infalible de su "estatura y seriedad". El mito de la universalidad se torna entonces en una estrategia primaria del control imperial que tiene un efecto pernicioso en la crítica colonialista la cual denigra los textos postcoloniales sobre la base de una asunción de que "europeo" es igual a "universal"¹⁵. Por lo tanto discutir el criterio universal de las obras de Gordimer —más allá de que éste sea asociado a connotaciones occidentales y por lo tanto desestimado— implica reproducir discursos maniqueos y esencialistas que responden a una característica fundamental de la construcción del poder colonial y, paradójicamente para las intenciones de estos discursos, legítima posiciones a partir de un lenguaje que deviene imperialista.

¹⁵ Chinua Achebe, *Hopes and Impediments*, (Nueva York, Anchor Book, 1990), págs. 68-90.

Como ya hemos mencionado, la obra de Gordimer varía radicalmente a lo largo de los años. Su primera producción se realiza en los que muchos han dado en llamar "la inconciencia del contexto". Esta inconciencia o más bien extrañamiento se refleja claramente en una de sus declaraciones del año 1961, en la que la autora afirma que "el novelista en Sudáfrica no vive en una comunidad"¹⁶. Gordimer está reclamando su comunidad literaria, los márgenes dentro de los cuales poder representarse y producir. Aquí, podríamos pensar, comienzan las críticas que se preguntan sobre su representatividad como escritora sudafricana ya que la autora parecía estar ignorando mucha de la producción literaria importante de unos años a esa parte¹⁷, o por lo menos parecía no sentirse parte de esa comunidad y sus referentes se construían en los autores occidentales del siglo XIX. Suena extraño que Gordimer, en 1961, no haya considerado el vasto e importante corpus literario africano ya existente; pero indudablemente aquí el punto es otro: como escritora "colonial" lo que está buscando es un sentido de "tradición". Sentido que está alienado desde su propia cultura colonial, sin certezas de una identidad y, por lo tanto, mirando hacia un ideal que tiene sus orígenes en los centros metropolitanos extranjeros que no le permite ver lo que la rodea. Sus primeros reconocimientos literarios fueron escritores europeos tales como Maupassant, Chejov, Lawrence, Turgueniev y Proust quienes le dieron elementos para aprehender la realidad de manera creativa. Fueron estos escritores europeos de finales del siglo XIX y principios del XX quienes ayudaron a Gordimer a definirse como escritora, encontrar su propia voz y, eventualmente, su compromiso para escribir en Sudáfrica.

The Lying Days, como todos sus trabajos anteriores a *The Conservationist* y, en efecto, como gran parte de la ficción anterior a *The Conservationist*, opera dentro del realismo clásico, corriente principal de la ficción del siglo XIX. *The Conservationist* marca una crisis en el modo en que la imaginación colonial pacta con la realidad percibida; una crisis que conduce al colapso de las relaciones de la narrativa tradicional con la sociedad, ahora imaginada como una mera superficie, por la cual el escritor y el lector necesitan de una nueva forma de representación, más sensible a las fuerzas impersonales, psicológicas e históricas que, como Gordimer comienza a reconocer, están confrontadas desde que nacen¹⁸. La situación política sudafricana, crecientemente polarizada entre los nacionalistas afrikaners por un lado y el surgimiento del Movimiento de Conciencia Negra por el otro, lleva a Gordimer a cuestionarse las políticas de la reforma liberal y a considerar que en este contexto éstas se habían vuelto irrelevantes. Para el escritor liberal esto significaba que la novela realista clásica europea ya no era adecuada. *The Conservationist*, representa, enton-

¹⁶ Dennis Walder, *Post-colonial Literatures in English*, (Oxford, Blackwell, 1998), pág. 161.

¹⁷ No es poca la producción y la "comunidad" literaria "africana" a la que la autora ignora, por ejemplo: en 1883 *The Story of an African Farm*, un texto fundante de la experiencia colonial, y la primera novela exitosa de un escritor blanco nacido en el país, y además mujer, Olive Schreiner (1862-1920); en 1930, *Mhudi* de Plaaitje, la primera novela en inglés de un sudafricano negro; en 1924 el trabajo de Sarah Gertrude Millin, *God's Step-children*; en 1946 el de Peter Abrahams, *Mine Boy*; en 1948 el de Alan Paton, *Cry, the Beloved Country*. Y más allá de esto, una novela que otorgó a la escritura africana en inglés tal fuerza que ya esta no podría ser ignorada por el mundo: *Things Fall Apart* (1958) del nigeriano Chinua Achebe.

¹⁸ Dennis Walder, *op. cit.*, págs. 163 y 164.

ces, la posición política que implica el cambio de una poética realista a una modernista, ya que considero que en esta obra la elección particular de una poética modernista y el abandono del realismo clásico manifiesta que la autora no sólo pacta con una estilística sino que también asume una elección política.

El "conservacionista" del título de la novela es un rico industrial de Johannesburgo llamado Mehring, quien ha comprado cuatrocientos acres de granja a fin de evadir impuestos. La historia de este granjero africano tiene obvias sugerencias simbólicas, como las tuvo la narrativa temprana de Schreiner, pero a diferencia de ésta, la obra de Gordimer está escrita en un estilo modernista, complejo, multiestructurado y elíptico, estilo que se quiebra sólo con la utilización de los indicadores externos de tiempo, lugar y personaje¹⁹. Un mecanismo narrativo recurrente en esta obra es la presentación directa de la conciencia: predominantemente la conciencia del hombre blanco, aunque ésta está entretejida con las voces, pensamientos y visiones de los otros. Pero, subvirtiendo el hilo narrativo aparentemente presentado, aparece la extraña presencia del "otro", el hombre negro, quien está, sin embargo, ya muerto. La narrativa que creemos dominante está crecientemente permeada por este hombre anónimo, asesinado cerca de la granja y cuya "historia" se torna en hilo conductor de la de Mehring.

Los temas de la novela están establecidos tempranamente, desde lo que podríamos considerar un comienzo abrupto, curioso y elíptico y se relacionan con la propiedad o la posesión. Esta cuestión se repite hasta la última línea de la novela, cuando es respondida por el reenterramiento del hombre negro muerto, quien de ese modo toma "posesión" de la tierra. La ironía presentada es que la urgencia del hombre blanco para "conservar" la tierra es una desilusión, lo que él realmente quiere conservar es un modo de vida con un intenso deseo que oscurece y hace desaparecer todo lo demás y que a la vez sugiere la vulnerabilidad del discurso del hombre blanco. El rol histórico del hombre blanco, héroe masculino de la ficción colonial, será subvertido: definirá el mundo alrededor de él, lo poseerá y por último lo destruirá. La percepción del "otro" como objeto es desconstruida, la voz y la mirada, teóricamente dominantes, son las que se fracturan y son los "otros" los que se tornan en sujetos agentes. El tema representado por Gordimer se relaciona con las discusiones teóricas en torno al "otro" y sus representaciones como objetos silentes y carentes de agencia. La postura de Gordimer, considero, no es aquella que muchos juzgan de paternalista por problematizar el espacio del "otro", según Rey Chow, en la forma de un síntoma del hombre blanco en la que el sujeto es representado en términos absolutos²⁰. Esto puede observarse, por ejemplo, hacia el fin de la novela, en donde la conciencia del "hombre blanco" ha perdido su dominio y por lo tanto su habilidad para intervenir y conducir la narrativa. No obstante, éste no es el fin de la "historia", la novela finaliza con la perspectiva de los trabajadores negros, enterrando su muerto y simbolizando la restitución de la tierra y del hilo narrativo a aquellos a quienes les pertenece. Por lo que podemos inferir que ese "otro" no es tornado en una entidad absoluta cuyo silencio permita la ocasión del propio discurso, más bien

¹⁹ Dennis Walder, *op. cit.*, pág. 165.

²⁰ Rey Chow, "Where Have All the Natives Gone?", *Contemporary Postcolonial Theory*, (Nueva York, Arnold, 1997), pág. 124.

el discurso se ha descentrado y en el devenir argumental es el "otro" quien queda en posesión de "la narración".

Las obras de Coetzee, por su parte, permiten explorar temas tales como la alteridad y la diferencia. *Foe*, una de sus obras claves problematiza sobre la narrativa y la identidad. El autor, a partir de la parodización de la amplia gama de narrativas coloniales, explora la "escritura blanca" y reescribe las épicas nacionalistas *afrikaners* donde los personajes se presentan como antihéroes. El tema de la memoria se plantea aquí inevitablemente, ya que la saga de las hazañas nacionalistas es construida generalmente alrededor de la renarración de ciertos eventos, conocidos y memorables, que son elaborados sobre hechos heroicos o figurados y que presuponen el triunfo del bien sobre el mal. De esta manera las narrativas nacionalistas inducen a una selectiva amnesia nacional con relación a eventos específicos ya que la renarración de ciertos eventos, como así también los nuevos matices que el discurso nacionalista les proporciona, contribuye y reafirma la organización, la unidad, la disciplina y la moralidad de un nacionalismo público que sustenta un criterio estático de identidad. Son estos procedimientos los que parodiza el autor y, por lo tanto, cuestiona.

Foe es considerada un texto literario rico que reúne y retrabaja teorías y modos de escritura extraídas de los extensos archivos ideológicos y mitológicos del pensamiento occidental, incluyendo textos de una "Gran Tradición" hegemónica. El título de esta obra es un juego de significados que indica los problemas y preguntas que el texto desarrollará. Alude directamente al escritor Daniel Defoe y a su novela *Robinson Crusoe*. ¿Cuál es el significado de la presencia de este nombre y qué implica en la obra? El *Crusoe* de Defoe expropia a Viernes, el nativo, haciendo de él un sujeto y un esclavo a la vez.

La manipulación del nombre original "Defoe", en el que se recorta el "De" impuesto dos siglos antes, es un importante gesto paródico. Sugiere un movimiento político urgente e imperativo: el de la crítica al mundo colonial y a sus representaciones. La simultaneidad de esta sustracción irónica y el agregado de más identidades y diferencias culturales testimonia un movimiento que es narrativo e ideológico y que se constituye en un nuevo centro discursivo. *Foe* sugiere una visión particular del mundo y sus habitantes desde una perspectiva que derrumba códigos estéticos, lingüísticos, culturales y narrativos. Conformándose en un discurso que cuestiona la existencia, el encerramiento y la codificación para ofrecer modos discursivos que son fluidos, indefinibles y continuamente renovables. Esto permite argumentar, entonces, que el escritor sudafricano, en contestación al logos de Occidente, tuvo en mente un propósito político. Si uno acepta la idea que Defoe es metafóricamente transformado y (re)constituido como un extranjero-enemigo, entonces el texto *Robinson Crusoe*, retrabajado por Coetzee se vuelve el campo de batalla elegido, en donde el enfrentamiento entre el "yo" y el "otro" se presentan. En este enfrentamiento nos es posible escuchar las voces de los subordinados: la de la mujer y el esclavo negro, que resuenan de la misma manera que la del opresor, interactuando en intercambios violentos, cada una intentando imponerse sobre la otra. Una de las diferencias más importantes del texto de Coetzee con el de Defoe se encuentra en la incorporación de la voz de la mujer, la cual encuentra un nuevo escenario para la escritura.

El "margen" para los personajes de *Foe* no es un espacio de marginalización sino de resistencia; un espacio para la creatividad en el cual la oposición binaria colonizado/colonizador se desdibuja en la "reescritura" que permite la pluralidad de sujetos múltiples. La elección de escribir desde el "margen" (representado en la voz narradora de la mujer) es un acto político elegido intencionalmente por Coetzee para otorgarle al mundo un nuevo sentido y descentrar las representaciones hegemónicas construidas sobre los "otros" pero también sobre "nosotros"²¹. Es decir, una postura que implica repensar la construcción hecha de las identidades en términos esencializados, ahistóricos e inmutables.

La llamada "escritura blanca en inglés" en Sudáfrica sintió el impacto de la producción de Gordimer y de Coetzee. El giro modernista o post-modernista que le otorgan estos escritores a la considerada "escritura blanca"²² la convirtieron en un espacio de representación más diverso y polifónico. Ambas obras se relacionan con las formas emergentes de representar al sujeto postcolonial y se conforma desde la polisemia que conjuga singularidad y pluralidad. Estas nuevas prácticas culturales y formas de representación descentran la representación clásica del sujeto "marginal" otorgándole un nuevo espacio y por ende ponen en cuestión el tema de la identidad²³.

INTERSTICIOS NARRATIVOS

La narrativa de estos autores no sólo representa las preocupaciones de intelectuales en disidencia con el sistema del apartheid, sino que también gira alrededor de formas alternativas de representar la construcción de identidades, es decir fuera de

²¹ Laura Di Michele, "Identity and Alterity in J. M. Coetzee's *Foe*", *The Post-colonial question* (Nueva York, Routledge, 1996), pág. 167.

²² Graham Pechey, "Post-apartheid narratives", *Colonial discourse/postcolonial theory*, (Nueva York, St. Martin, 1996), págs. 164-165.

²³ La diversidad de la población sudafricana como su complejo proceso histórico ubica al país en una situación única que nos habla de una realidad de plurales "identidades" y profundas diferencias que conforman una historia de separación y un proyecto actual de reconciliación. Desde las elecciones de 1994 la "reconciliación" se ha convertido en el lema principal para llevar a cabo la reconstrucción de una nueva "Nación". Pero, la reconstrucción nacional requiere mucho más que nuevas estructuras políticas y económicas; implica la formación de nuevos lazos entre los diferentes grupos de la población, lazos que contemplen y respeten la diversidad cultural. Según Thornton el presente de Sudáfrica se halla en una etapa de transición que se manifiesta fundamentalmente en el proceso de propia invención que absorbe el pasado y el futuro en el momento presente y se conforma en un proyecto postmoderno cuyo plan de acción consiste en encontrar y validar una "meta nacional". Por lo tanto, el antiguo proyecto modernizante, perteneciente al sistema del *apartheid*, debe ser reinventado. Pero, el discurso étnico en Sudáfrica aún es poderoso, y la transformación democrática, creo, requiere una des-politización de la etnicidad que permita que las representaciones puestas en juego a la hora de conformar un "nuevo discurso de nación" desplacen su significación a nuevos espacios de diálogo que no impliquen enfrentamientos de orden "esencialista" y reproduzcan oposiciones binarias y maniqueas. Dichos desplazamientos permitirían pensar los conceptos de identidad, etnia y otredad como construcciones y representaciones históricas y culturales, descartando las connotaciones esencialista que muchas veces ellos inferen. Ver al respecto Robert Thornton, "The potentials of boundaries in South Africa: steps towards a theory of the social edge", *Postcolonial Identities in Africa* (Nueva York, Zed Books, 1996), págs. 136-158.

marcos clasificatorios y maniqueos de concebir la cultura, la historia y la sociedad. Así, leer sus obras desde el contexto post-apartheid nos conduce a preguntas como las siguientes: ¿Cuáles son los discursos implicados en el proceso de renovación o invención del discurso de la Nación? O, ¿cuáles son los márgenes del nacionalismo con relación a los nuevos modos de convivencia, es decir el régimen político del *post-apartheid*? Esta narrativa, entonces, nos permitiría pensar a la Nación como un proceso histórico ligado a permanentes reescrituras. Tales reescrituras se erigen como límite de toda representación y, por lo tanto, delimitan las posibilidades políticas y culturales de sus propios desplazamientos. Me refiero a las formas de representar la etnicidad y el nacionalismo en el contexto del *apartheid* y en el proceso posterior a éste. Lo que conlleva a la pregunta sobre las representaciones, no sólo pertenecientes al sistema del apartheid, racializadas y maniqueas, sino también a las representaciones que tratan de definir un contexto democrático. Nosotros tenemos que considerar a ambas clases de representaciones como "participantes" dentro de lo que podríamos llamar la construcción de "políticas de identidad" en el discurso de la Nación. Pensemos, por ejemplo, las críticas a estos autores que ponen énfasis en su falta de "representatividad" como escritores sudafricanos ya que pertenecerían exclusivamente a una tradición literaria "occidental" y liberal.

De las once lenguas oficiales existentes en Sudáfrica, al menos cinco (incluyendo las dos de origen europeo) han producido corpus literarios importantes en los últimos ciento cincuenta años. Esta situación permite pensar, como ya se ha expuesto, en la existencia de una pluralidad de voces que conforman la entidad identificable como literatura sudafricana. La pregunta es recurrente desde distintos ángulos: ¿Cómo, por ejemplo, podrían ser leídas hoy novelas como *The Conservationist* o *Foe*?, ¿cómo los trabajos de novelistas sudafricanos "blancos liberales"? ¿Podemos pensar que aún tienen algo para decir, o inevitablemente, en el contexto postcolonial opacan las voces de otros, más importantes? ¿Qué implica, entonces, más importantes?, ¿más africanos? ¿Y qué tanto de "africana" es la obra de estos autores? En esta línea de pensamiento podemos sostener que las representaciones culturales de una "identidad nacional" conforman un discurso hegemónico basado sobre las mismas asunciones que supuestamente rechaza. Discursos que legitiman una voz y opacan la emergencia de voces alternativas. La construcción de un discurso de Nación no tienen necesariamente que implicar una representación de "lo nacional" fundado sobre políticas maniqueas de identificación. Mas aún, el tema es reconocer la diferencia como un modo de construir un entramado social articulado que rechace cualquier intento de erigir una única y homogénea narrativa nacional.

La narrativa de J. M. Coetzee y Nadine Gordimer, considero, contiene una idea de Nación que incorpora las tensiones y contradicciones que están girando en lo social y por lo tanto cuestionan la literatura que en lugar de transitar un camino de búsquedas y reconciliación se limita a aludir, definir e indicar. Por lo tanto, la Nación del *post-apartheid* vista desde las tensiones históricas y culturales no se traduce en la narrativa de estos autores en negación o clasificación de los conflictos para estabilizarlos. La polifonía literaria sudafricana, celebrada en la ficción de estos autores, representa el espacio político democrático que concilia la construcción de identidades plurales, diferidas e inestables que permiten indefinir fronteras y pensar una nación singular dentro de la pluralidad.

LA EDUCACIÓN CHILENA Y LAS ELITES POLÍTICAS DE LOS SECTORES MEDIOS (1900-1970)

Nicolás Cruz¹

I. PRESENTACIÓN

El presente trabajo intenta describir y analizar los rasgos principales de la educación chilena durante la mayor parte del siglo XX, destacando de manera especial el papel protagónico que tuvieron los sectores medios en la demanda y conducción de este servicio durante el período.

La idea central que se señala es que estos sectores no introdujeron reformas profundas en el sistema educacional que heredaron de la conducción liberal de la segunda mitad del siglo XIX, centrándose en la lucha por la ampliación de la matrícula que atendiese a una mayor población y promoviendo, al menos parcialmente, la enseñanza técnico profesional. Junto a lo anterior, profundizaron una tendencia presente desde el último cuarto del siglo anterior en favor de la educación femenina.

Cabe hacer algunas consideraciones sobre lo que recién se ha señalado. La primera es que los logros (cobertura —educación técnico profesional— promoción de la enseñanza femenina) no pueden calificarse como menores, salvo que se confronten con el discurso que estos sectores medios, especialmente los radicales, levantaron con el objetivo de presentarse como profundos reformadores educacionales, cosa que realmente no hicieron. El discurso mesocrático convenció en su momento y, debido a los escasos estudios que se han realizado al respecto, resulta posible observar como esta idea se mantiene hasta nuestros días. Un análisis detallado de los presupuestos generales de la nación, así como del rubro educación y de cada uno de los segmentos al interior de éste, permiten cuestionar las bases sobre las cuales fue levantado.

La segunda consideración consiste en que los sectores medios chilenos, agrupados mayoritariamente en el Partido Radical², entre las décadas de 1920 y hasta

¹ Nicolás Cruz es profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

² *El Partido Radical* es el más antiguo de los actualmente vigentes. Formado en la segunda mitad del siglo XIX, debutó en política como un grupo profesista, democrático y anticlerical. Con representación parlamentaria ascendente, participó en algunas coaliciones gobernantes desde finales del mencionado siglo, situación que se consolidó durante el siglo XX. Desde los inicios de esta última centuria —1906, específicamente— se definió como un partido de izquierda atento a la cuestión social y a las demandas populares. En 1936 integró y encabezó el Frente Popular junto a los partidos Socialista y Comunista. El Frente, gobernante a partir del año 1938, se rompió a los pocos años, adoptando el radicalismo la postura de centro político que ha caracterizado su accionar político. No se cuenta con buenos estudios sobre el partido Radical chileno y sus gobiernos. Este grave vacío de la historiografía chilena ha sido subsanado parcialmente por Jaime García; (1990) *El partido Radical y la clase media*, Santiago, Chile. Con algún provecho pueden consultarse J. Palma; (1967) *Historia del Partido Radical*. Santiago, Chile y por G. Urzúa (1968) *Partidos políticos chilenos*, Santiago, Chile. Véase Larissa Adler y Ana Melnick (1998) *La cultura política chilena y los partidos de centro (Una explicación antropológica)*, Fondo de Cultura Económica. Santiago, Chile.

finés de los años cincuenta, desarrollaron conductas comunes con las de sectores equivalentes de otros países latinoamericanos, en cuanto a satisfacer por medio de la educación su búsqueda de ascenso social, privilegiando para esto la mantención de aspectos importantes del currículum tradicional que se habían demostrado eficaces para la formación de elites dentro de la sociedad.

Estos comportamientos, si bien son comunes en distintos países, tuvieron significados específicos en Chile de acuerdo al avance educacional que se venía desarrollando desde los momentos iniciales de la conformación del sistema republicano. Uno de los rasgos centrales del sistema educativo que se instaló en 1843 fue el de privilegiar la educación media o secundaria por sobre la primaria o básica, dotando a la primera de un plan de estudio con un claro predominio de los contenidos humanistas. Los sectores liberales que a través de sucesivos gobiernos controlaron el poder en las últimas décadas del siglo XIX e iniciales del XX, introdujeron cambios en cuanto a una mayor presencia de las materias científicas y la lucha por hacer de la enseñanza una de las herramientas más importantes de la laicización de la sociedad, pero no modificaron el predominio de los estudios medios o secundarios.

Los radicales, como ya ha sido dicho, aunque introdujeron un grado de diversificación mayor que significó un enriquecimiento del sistema, tendieron a la mantención del orden de las cosas. Su comportamiento frente a la educación puede entenderse como una expresión de "La expansión populista de los sistemas educacionales que no se realizó únicamente en el ámbito de la educación inicial y básica. Los sectores medios —que aportaban una fracción muy dominante en la opinión pública, en los cuadros políticos de los aparatos de movilización social y en el poder— ya habían franqueado la educación primaria y sus metas variaban —según el nivel en la escala jerárquica— entre la expansión de la educación secundaria y la de posgrado"³. De modo tal que si bien su demanda fue diversificada e implicó una explosión en todo el sistema, terminó por concentrar los recursos financieros y humanos en la superior, en desmedro de la básica inicial⁴.

II. LOS SECTORES MEDIOS CHILENOS

Para realizar un análisis de la educación chilena durante la primera mitad del siglo XX y del comportamiento predominante de los sectores medios en su conducción en cuanto mantenedores del sistema tradicional, resulta necesario intentar trazar su perfil.

Lo primero que debe señalarse es que a la dificultad habitual que se tiene para definir estos sectores tan amplios dentro de la sociedad, se suma la escasa información y reflexión que a este respecto ha desarrollado la historiografía chilena, limitándose en la mayor parte de los casos a descripciones generales y bastante parciales. De hecho, por ejemplo, no existe un estudio completo de los gobiernos radicales entre los años 1938 y 1952, así como tampoco del segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958).

³ Germán Rama (1995) "La educación y los cambios en la estructura social de América". En Reyna, José Luis (compilador) *América Latina a fines de siglo*, México, pág. 257.

⁴ *Ibid.*

No obstante la carencia anterior, se encuentra un consenso en cuanto a que los sectores medios chilenos tienen un triple origen. En primer lugar están aquellos funcionarios que se desempeñaron en los servicios públicos desde el siglo XIX. Este grupo habría experimentado un crecimiento significativo durante las dos últimas décadas de aquella centuria, situación que se habría mantenido y acrecentado durante la primera mitad del siguiente. Los gobiernos de los sectores medios, empujando por el de Arturo Alessandri en 1920, habrían aumentado de manera significativa el número de los empleados fiscales. Como una parte importante de este sector deben contarse quienes habían alcanzado una formación universitaria, de entre los cuales los gobiernos de la primera mitad del siglo reclutaron a sus miembros. Profesores, funcionarios del poder judicial y variados miembros del sistema cultural chileno del período, por colocar sólo algunos ejemplos, provinieron de este grupo.

Un segundo origen se encuentra en los comerciantes e industriales que se consolidaron debido al auge económico de fines del siglo pasado a partir del ciclo salitrero posterior a la Guerra del Pacífico. Éstos aumentaron en número y poder durante el período estudiado, tendiendo, con el paso del tiempo, a abandonar su condición mesocrática y transitar hacia tendencias políticas y económicas más identificables con los postulados de los sectores tradicionales de la sociedad.

En tercer lugar se encuentran los grupos extranjeros que comenzaron a radicarse en Chile desde mediados del siglo XIX y que tuvieron un poder muy significativo desde finales de la centuria pasada y muy particularmente durante las primeras décadas de ésta. Respecto de este sector deben hacerse las siguientes consideraciones. La primera es que la inmigración no fue demasiado relevante en términos numéricos en Chile, particularmente si se le compara con el vecino caso argentino. En efecto, las colectividades alemana, inglesa, árabe e italiana —la ordenación responde al orden de instalación en el territorio— fueron reducidas aunque de un gran impacto en la actividad comercial e industrial. La segunda consideración dice relación con el hecho de que al momento de definir los sectores medios hacemos una división artificial entre un origen comercial e industrial y otro de los inmigrantes, puesto que a muy poco andar estos dos aparecen fundidos en uno solo. Finalmente, también cabe destacar aquí que los descendientes de los inmigrantes han abandonado en medida importante su condición mesocrática para identificarse con los intereses de otros sectores de la sociedad⁵.

En suma, se trata de un sector vasto y diversificado, con algunos intereses comunes, pero con diferentes expectativas que se evidenciarán de manera periódica en su comportamiento público. Lo común, al menos por lo que se refiere a los años estudiados, puede resumirse en cuatro puntos: la lucha por la democratización del sistema político mediante la extensión del voto directo y universal; la obtención de la

⁵ La identificación de los sectores medios ha sido objeto de varios trabajos. Para una mayor profundización en el tema, recomendamos Gazmuri, Cristián (1996) *Nueva Historia de Chile*, Santiago, Chile, 1996. Góngora, Mario (1986) *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile: siglos XIX y XX*, Santiago, Chile. Heise, Julio (1974) *Historia de Chile: el período parlamentario 1861-1925*, Santiago, Chile. Un clásico en la materia se encuentra en Johnson, John (1961) *La transformación política en América Latina*, Buenos Aires, Argentina. Ahora se encuentra una interesante descripción de los sectores medios y su actuación política en Adler L., Larissa y Melnick, Ana (1998) *op.cit.*

casa propia, contando para este logro con el subsidio del Estado en cuanto principal agente del ahorro y el crédito; el llamado permanente a adoptar las medidas necesarias para el desarrollo de la industria y la modernización del país, y, finalmente, el derecho a la educación en forma gratuita, laica y de carácter obligatoria⁶.

Desde el punto de vista político, como hemos señalado con anterioridad se expresarán, de manera preferente, a través del Partido Radical en la primera mitad del siglo, y se identificarán de manera creciente con la Democracia Cristiana⁷ a partir de la década de los cincuenta. En lo educacional, sus demandas mantendrán una continuidad a lo largo del tiempo, traspasando a los partidos que tengan una hegemonía en determinados momentos.

III. EL BALANCE CRÍTICO DEL CENTENARIO Y LA ENSEÑANZA OBLIGATORIA

Las primeras décadas del siglo xx, y especialmente los años cercanos a la conmemoración del primer siglo de vida republicana (1910), fueron un tiempo en el cual se hizo un análisis negativo y pesimista sobre la situación de la nación. Pese a las riquezas que habían ingresado como resultado de la incorporación de nuevos territorios muy ricos en minerales luego de la Guerra del Pacífico, y la estabilidad política lograda con posterioridad a la guerra civil del año 1891, la mayor parte de los muchos diagnósticos que se hicieron en el período destacaron la injusticia social que se vivía, la frivolidad de la vida política conducida por el Parlamento y el estancamiento económico⁸. Fueron muchos los ensayos, artículos y discursos que dieron a conocer estos puntos y, según se ha observado, tuvieron un fuerte impacto en la sociedad. Destacaron los ensayos como *El problema nacional* de Darío Salas, *Sinceridad* del doctor Valdés Canje y *Nuestra inferioridad económica* de Francisco Antonio Encina, así como los discursos del radical Valentín Letelier sobre la crisis moral de la república y el del demócrata Luis Emilio Recabarren sobre la injusticia social. Un análisis de estos nombres deja ver que provenían de variados sectores, encontrándose entre ellos, además de los ya mencionados, radicales (Celis), liberales (Agustín Ross y

⁶ García, Jaime (1990) *El Partido Radical y la clase media*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile. La tipificación de las aspiraciones de los sectores medios se encuentra en el capítulo "Interpretación del partido Radical de los intereses de la clase media en Chile", especialmente págs. 112 y sgts.

⁷ La Democracia Cristiana chilena tuvo su origen en el Partido Conservador del cual se separó en los inicios de la década de 1940. Con un ideario de inspiración social-cristiano, experimentó un ascenso vertiginoso en la política chilena consituyéndose en un grupo decisivo de la vida política a partir de la segunda mitad de la década de 1950, llegando a la presidencia de la república con Eduardo Frei M. en el año 1964. Su accionar en la vida política se ha hecho siempre en representación básica de los sectores medios. Su historia está mejor documentada en obras como las de Fleet, Michael (1985) *The rise and fall of Chilean Christian Democracy*, Princeton, USA.; Gazmuri, Cristián (1996) *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)* Santiago, Chile, y Yocelovsky, Ricardo (1987) *La Democracia Cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei*. Ciudad de México, México. Agradezco a Cristián Gazmuri haberme facilitado el acceso a su completa biografía de Eduardo Frei actualmente en prensa.

⁸ Véase a ese respecto Subercaseaux, Bernardo (1988) *Fin de siglo: la época de Balmaceda: modernización y cultura en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile. Góngora, Mario (1986) *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile. Vial, Gonzalo (1981) *Historia de Chile 1879-1973*, Editorial Santillana, Santiago, Chile, Tomo 1, vol. 1.

Guillermo Subercaseaux) y nacionalistas (Tancredo Pinochet). La variedad aumenta cuando se tiene en cuenta que una parte significativa de ellos provenían de distintas regiones del país, mientras que sólo una minoría representaba el pensamiento tradicionalmente preponderante de Santiago y de los sectores acomodados. Finalmente, no había una clara cuestión generacional entre ellos ya que tenían edades muy distintas⁹.

El tema que concitó un mayor acuerdo entre los distintos autores fue el "...factor de crisis representado por la relajación moral de la clase alta chilena de la época, y este punto podría ser aquel en que existe mayor consenso entre los autores a que nos referimos"¹⁰.

En este contexto, la educación fue un tema al cual todos, en mayor o menor grado, hicieron referencia. Pese a que las posturas tomadas fueron muy diversas y polémicas entre sí, hubo un acuerdo en torno a la necesidad de ampliar la matrícula de la enseñanza elemental o básica mediante el establecimiento de su obligatoriedad —la gratuidad se había establecido en la ley de 1860—, la necesidad de establecer una continuidad entre la enseñanza básica y la media y la conveniencia de modificar el carácter humanista que había primado en la enseñanza chilena durante el primer siglo de vida republicana. Este último punto fue arduamente discutido durante el Congreso Educacional de 1912¹¹.

Uno de los efectos de los debates fue la dictación de la Ley de Enseñanza Elemental Obligatoria de 1920, la que concretaba una aspiración largamente sentida desde finales del siglo anterior. Sus objetivos más inmediatos eran lograr un mayor ingreso a la escuela, pero también retener a esa población escolar durante los seis años de su duración. Darío Salas, en su ya mencionado libro, señala que del total de matriculados en el primer año, sólo un 3% llegaba al quinto año y un 2% al sexto¹².

La ley de 1920, contrariamente a la opinión más extendida entre los historiadores, tuvo un impacto inmediato y positivo sobre la cobertura escolar. Si el promedio entre los años 1910 y 1920 fue de un 58,6%, en la década siguiente, esto es en aquella inmediatamente posterior a la dictación de la ley, se alzó al 69,3%. Si bien no se lograron los resultados esperados en términos absolutos, debe consignarse un avance significativo en términos parciales. La década de 1930, por el contrario, implicará un descenso importante en términos de cobertura escolar debido a la crisis económica internacional que se inició en el año 1929 y que tuvo una fuerte incidencia en Chile.

La apreciación sobre el impacto inmediato que tuvo la ley de 1920 sobre la educación elemental o básica se refuerza al observar que la enseñanza media mantuvo durante estos años su crecimiento histórico, al igual que la superior. La cobertura en educación media, por ejemplo, fue de un 17,9% para la década 1910-1920 y de un 18,7% para la siguiente, produciéndose un descenso brusco y más pronunciado que en el tramo básico a raíz de la crisis económica.

⁹ Gazmuri, Cristián (1980) *Testimonios de una crisis. Chile: 1900-1925*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile.

¹⁰ *Ibid.* Pág. 11.

¹¹ Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria. Memoria, *Actas*, Santiago, Chile, 1913.

¹² La traducción a porcentajes es nuestra y se hace con el objetivo de homogenizar las cifras del autor con los criterios utilizados en el trabajo. Ver Salas, Darío (1917) *El problema nacional*, Santiago, Chile.

Presentamos a continuación algunas de las cifras más significativas sobre las cuales basamos nuestro análisis. La intención es observar de manera detallada los años inmediatamente anteriores y posteriores a la dictación del reglamento de 1920.

Cobertura por nivel educacional y población en edad escolar¹³

Año	Educación Básica	Media
1918	59.7 %	19.9%
1919	57.5 %	19.6%
1920	58.7%	18.7%
1921	70.6%	20.1%
1922	71.6%	20.7%
1923	68.0%	19.6%
1924	70.1%	19.9%
1925	69.0%	20.4%

La cobertura educacional, como es lo lógico, tuvo un correspondiente en una clara alza en la matrícula fiscal en el nivel básico, la cual se hace más evidente al comparar con el lento ascenso de la matrícula en la enseñanza media del período.

Matrícula Fiscal por niveles¹⁴

Año	Educación Básica	Educación Media
1918	336.292	42.337
1919	326.227	43.785
1920	346,386	44.763
1921	434.300	47.695
1922	442.601	49.719
1923	425.056	48.686
1924	446.697	50.288
1925	439.937	53.660

Esta nueva población escolar no fue atendida con un incremento en los fondos que el Estado destinaba a la instrucción pública. Las cifras del Presupuesto Nacional indican que el porcentaje destinado para estos efectos no experimentó mayores variaciones, manteniendo estándares similares entre la década anterior y la posterior a la dictación de la ley. Donde, en cambio, se aprecia una diferencia significativa es en la distribución del Presupuesto de la instrucción de acuerdo a cada nivel educacional. Los mayores recursos requeridos para la enseñanza elemental implicaron una disminución de aquellos entregados a la enseñanza media. Esta última recibía un porcentaje superior al 20% hasta 1920, mientras que en la siguiente tendió a ubicarse

¹³ Hevia F., Pilar. (1998) *Evolución del sector educacional público y privado chileno 1845-1995*, CB-PUCCH. Santiago, Chile. Inédito. Pilar Hevia es investigadora asociada del Instituto de Historia de la P. Universidad Católica de Chile.

¹⁴ *Ibid.*

cerca del 15%. La enseñanza básica, por su parte, concentró un 69,1% como promedio entre 1920 y 1931, contra promedios cercanos al 55% en las anteriores.

Corresponde resaltar el hecho ya mencionado en cuanto que la implantación de la enseñanza obligatoria no significó una mayor entrega de recursos por parte del Estado, con lo cual no fue posible aumentar el costo medio por alumno, comenzando a generarse una crisis de calidad de la educación que será observada en los años siguientes.

IV. EN BUSCA DE LA REFORMA GLOBAL: EL DECRETO 7500.

Durante los años del gobierno militar encabezado por Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), se intentó un acelerado proceso de modernización del país que alcanzara de manera simultánea todas las áreas de su actividad. El intento fue intenso, pero improvisado y contradictorio en muchos planos, entre los cuales la educación fue un objetivo declarado de primera importancia.

El proyecto educacional del gobierno Ibáñez se expresó en el decreto 7500, en el cual se buscó fundir las diversas aspiraciones educacionales que habían emanado de los análisis críticos y de los congresos pedagógicos de Educación Básica (1902) y Media (1912) realizados a inicios de siglo. Aunque no llegó a implementarse, su análisis resulta interesante en cuanto radicalizó todos los aspectos por los cuales los sectores medios demostraron interés en el campo educacional. El ambiente de su dictación corresponde con la máxima expresión del movimiento cultural y magisterial en favor de la enseñanza básica.

El decreto 7500 (compuesto por 45 artículos divididos en 4 acápite más unas Disposiciones Transitorias), reafirmaba la función educacional del Estado y consideraba la enseñanza particular como una cooperadora en dicha función.

La Enseñanza Básica o Elemental resultaba objeto de una serie de disposiciones que tendían a garantizar la concurrencia obligada de los niños y niñas, su extensión a seis años, e introducía una interesante diversificación que contrastaba con la constante homogeneizadora de la enseñanza tal como se había planteado hasta ese momento. Así, ésta ofrecería distintas opciones a través de diversas escuelas "en consideración a las necesidades del alumnado y de la región o la localidad"¹⁵. La primera de ellas eran las escuelas urbanas, luego las rurales o de concentración, las escuelas hogar para niños indigentes, débiles y de inferioridad orgánica, anormales y retrasados mentales. A lo anterior se agregaba un esfuerzo expreso por establecer una continuidad entre la escuela Básica y la Media¹⁶.

¹⁵ Decreto con Fuerza de Ley Número 7500 de 10 de diciembre de 1927 firmado por el Presidente Carlos Ibáñez del Campo y Eduardo Barrios, Ministro de Educación.

¹⁶ El reclamo por la relación entre ambos tramos de la enseñanza se basaba en la necesidad de superar la habitual discontinuidad entre ambas. Los liceos y los colegios medios reclutaban sus alumnos de sus propias clases preparatorias. Esta práctica que ya se venía desarrollando desde la segunda mitad del siglo XIX, había sido objeto de varias disposiciones legales en contra. Hacia la década de 1920 su permanencia había generado una doble escuela básica, una de tipo popular y la otra destinada a la primera formación de las elites.

Con todo, el Decreto 7500, y el espíritu del cual procedía, no puede leerse como el de una atención predominante por parte del Estado al primer tramo educacional. El secundario también fue objeto de varias reformas importantes, particularmente por lo que se refiere al espacio más amplio que se le concedía a la enseñanza técnico-profesional.

La Enseñanza Media o Secundaria aparecía dividida en dos ciclos de tres años con tres salidas: científica, humanista y técnico-profesional avanzada. El primero de los dos ciclos se dedicaría a la cultura general de los estudiantes, mientras que el segundo era entendido como una preparación para los estudios superiores en sus dos primeras vías de salida, y como la finalización de los estudios para quienes desearan dedicarse a las entonces llamadas actividades prácticas.

El presidente Ibáñez resumió las intenciones de su gobierno al promulgar el mencionado decreto.

“Objetivo principal es el de adaptar y orientar la enseñanza a las necesidades de producción y crecimiento del país. Normas constantes, en todos sus grados, son los de despertar vocaciones y proporcionar un método útil de vida de acuerdo con la región en que vive el niño. En este sentido es la enseñanza secundaria la que ha experimentado una reforma más radical... A la escuela primaria de seis años siguen, o un ciclo de especialización técnico manual, o el primer ciclo secundario común de tres años en los liceos. De este modo ya pueden a los diez años, egresar alumnos del ciclo especializado elemental con una preparación específica en una industria o en un oficio”¹⁷.

El Decreto, como ya fue señalado, no tuvo implementación e incluso el propio Presidente lo desestimó ante el Parlamento en el mes de mayo del año 1929:

“El Decreto con Fuerza de Ley número 7500, de fecha 10 de diciembre de 1927, que reformó hasta sus cimientos todas las ramas de la enseñanza, resultó inaplicable en la práctica, pero no por defecto de sus disposiciones que, por el contrario, han de señalar siempre el esfuerzo más noble y bien intencionado en pro del perfeccionamiento de nuestro sistema educacional, sino a causa de la absoluta falta de selección del personal y por consiguiente el desconocimiento de sus aptitudes, que hizo imposible al Gobierno su acertado empleo; y debido también a la insuficiencia de medios económicos para realizar tan vasto plan”¹⁸.

Durante los años siguientes, bajo la segunda administración liberal de Arturo Alessandri y luego las radicales a partir de 1938, los intentos de reforma y mejora de la educación serán graduales y acotados.

¹⁷ Carlos Ibáñez del Campo. Mensaje del Presidente de la República ante el Parlamento. 21 de mayo, 1928.

¹⁸ Carlos Ibáñez del Campo. Mensaje del Presidente de la República ante el Parlamento 21 de mayo, 1929.

Los intentos de reforma ibañizta tuvieron el carácter intenso y breve que ya hemos destacado. En este sentido hay concordancia con lo sucedido en los otros planos de su quehacer. No era extraño que a los grandes anuncios de un día vinieran las contradicciones del día siguiente¹⁹. Este movimiento de militares jóvenes y de figuras políticas hasta entonces desconocidas, elaboraron, más que un programa de gobierno, una infinidad de proyectos que buscaban introducir cambios en todas las áreas en un período breve a partir de un pensamiento de tipo nacionalista, al estilo de los que surgieron entre los militares jóvenes en varios lugares de América Latina. La crisis económica del año 1929 y la posterior caída del gobierno de Ibáñez, no permitieron la maduración del proyecto y la posibilidad de que se concentrara sobre los temas fundamentales. Analizado con la perspectiva del tiempo, se observan los últimos años de la década de 1920 como la explosión de un gran magma, creativo, con fuertes inquietudes por la situación social y la modernización de la sociedad, que no logró concretarse en un proceso real de transformaciones²⁰.

Existen dos aspectos de los intentos de reforma educacional que corresponden destacar de acuerdo a la óptica del tema que estamos desarrollando. El primero, tal como lo ha señalado Iván Núñez, consiste en que si bien se aprecian elementos de la Escuela Nueva y de distintos aspectos de la Pedagogía Científica, la reforma respondía en lo fundamental de "la tendencia crítica que, desde comienzos de siglo, venía cuestionando diversos aspectos de nuestro desarrollo educacional. En el fondo, la reforma recoge muchos de los planteamientos de las corrientes nacionalistas, desarrollistas y democratizantes que se esbozaron en la segunda década..."²¹. Esta característica hace de este proyecto un ejemplo único en el cual la educación fue pensada partiendo de los elementos propios de la sociedad, sin prestar una mayor atención a lo que eran los proyectos elaborados en otros escenarios.

Pese a que la mayor parte de los aspectos de la reforma no se implementaron ni fueron retomados con posterioridad, el crecimiento de la enseñanza técnico-profesional, en cambio, experimentó un incremento, manteniéndolo en las siguientes. Este punto característico de las preocupaciones del accionar de los sectores medios en el plano educacional, puede seguirse a través del comportamiento de los recursos otorgados al interior del presupuesto nacional.

¹⁹ Cruz, Nicolás (1981) *La presidencia de Ibáñez a través de la prensa*, Cuadernos de Trabajo. Icheh, Santiago, Chile. Un trabajo completo sobre el período se encuentra en Vial, Gonzalo (1996). *Historia de Chile, 1891-1973*, vol. iv. Editorial Santillana, Santiago, Chile

²⁰ Góngora, Mario (1983) *op. cit.* Se ha utilizado la 2ª edición de 1986, Editorial Universitaria. Santiago, Chile. Se trata, a mi entender, de una lograda percepción del período, especialmente en su valoración de los aspectos ideológicos y culturales envueltos. Véase especialmente el capítulo "El tiempo de los caudillos (1920-1932)".

²¹ Núñez, Iván (1987) *El trabajo docente: dos propuestas históricas*, Ediciones PIIE, Santiago, Chile, pág. 92. Véase también Núñez, Iván (1978) *Reforma y contrarreforma educacional en el primer gobierno de Ibáñez 1927-1931*, Serec, Santiago, Chile.

**Presupuesto para Educación por tramos desde 1925 hasta 1940,
incluyendo la técnico-profesional**

Año	Ed. Básica	Media C.-H.	Media T.P.
1925	67%	16%	1%
1926	64%	17%	2%
1927	64%	16%	1%
1928	68%	15%	6%
1929	58%	14%	9%
1930	58%	21%	6%
1931	69%	21%	9%
1932	65%	17%	6%
1933	59%	15%	3%
1934	56%	15%	6%
1935	55%	15%	7%
1936	57%	15%	7%
1937	55%	15%	7%
1938	53%	15%	8%
1939	54%	15%	8%
1940	52%	15%	9%

V. LAS REFORMAS GRADUALES A LA EDUCACIÓN CHILENA

Las décadas que siguieron al intento de reforma integral del período 1927-1931, implicarán esfuerzos más moderados de cambio en el plano educacional, situación más acorde con las ideas de los grupos medios respecto de los cambios sociales generales, y educacionales específicos, que se debían introducir en la sociedad chilena.

Los esfuerzos educacionales, mirando globalmente el período 1938-1952, en el cual se sucedieron los gobiernos radicales de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941); Juan Antonio Ríos (1942-1946) y Gabriel González Videla (1946-1952), se centrarán en los siguientes puntos: consolidación del rol del Estado en la dirección educacional; aumento de la cobertura escolar en los distintos tramos educacionales, y un proyecto de modernización y mejoramiento de la calidad de la educación por medio de la creación de escuelas y liceos experimentales en los que se introducían nuevos contenidos y metodologías que, luego de un período de prueba, se extendían al resto de los establecimientos del sistema formal.

Uno de los rasgos que caracterizó el ejercicio del poder de los ya mencionados sectores, desde los inicios de la década del 20, fue el papel central que le otorgaron al Estado en la conducción de todos los asuntos de la vida económica social del país. El aspecto más importante consistió en el rol que debía desempeñar en la conducción de un desarrollo económico estable, así como en la generación de un proceso económico social que elevara los niveles de vida de la población²².

²² Véase la descripción de este punto en Gazmuri, Cristián (1996) *Nueva Historia de Chile, op. cit.*, págs. 479 y sgts.

Esta idea central en el pensamiento político mesocrático tendrá una expresión muy clara y decidida en el plano educacional. Como ha resumido el historiador Mario Núñez:

“La política educacional se impartirá con un fuerte acento estatal desde el todopoderoso Ministerio de Educación Pública. Todas sus ramas se adecuan a las nuevas directrices. Los servicios educacionales se expanden a las zonas agrícolas y urbanas marginales, se reestudian los reglamentos, se impulsa la Sociedad Constructora de Establecimientos Educacionales S.A., se amplía la cobertura del alumnado en todos los niveles y se le da a la educación secundaria profesional un trato especial en la construcción de nuevos establecimientos de este tipo, en su equipamiento y en el acceso a ellos de los sectores populares que se deben preparar para incorporarse a las nuevas industrias que el Estado creaba por medio de la Corporación de Fomento”²³.

Esta orientación de la educación responderá a un ideario que se fue gestando entre los radicales desde los inicios de siglo xx y que alcanzó en la figura de Pedro Aguirre Cerda su expresión más lograda y acabada. Sus ideas tienen agregada la importancia de su gestión presidencial, interrumpida prematuramente por su fallecimiento en 1941. Las ideas centrales pueden ser resumidas en que la educación debía consolidar su carácter obligatorio y que el Estado debía responder en términos reales a su compromiso de entregarla en el tramo básico o elemental. Esta garantía se establecía por medio de la gratuidad, cuestión que estaba determinada desde hace más de cien años, pero cuya reiteración adquiriría una importancia decisiva en el contexto de la obligatoriedad. En lo posible, se debía ampliar de manera significativa una oferta secundaria que tuviese las características de gratuidad del primer tramo. En su direccionalidad, la enseñanza debía contener una clara intención de homogeneizar a los grupos sociales, tanto por el hecho inicial de abrir la igualdad de oportunidades a todos los sectores poblacionales, como también por el hecho de que los contenidos fuesen iguales para todos, a fin de que los distintos grupos unificaran su pensamiento y acción dentro de las aulas.

Un punto que se puede apreciar como destacado por los radicales era el planteamiento de una enseñanza que integrara los aspectos denominados clásicos (dirigidos a la educación del gusto), los morales (la descripción es más confusa y abarca aspectos cívicos como espirituales, aunque uno de los postulados indicaba la necesidad de marcar la enseñanza en un sentido laico), y los industriales (con el objeto de preparar para el trabajo). Este último punto, como tendremos oportunidad de ver más adelante, fue uno de los más logrados del programa²⁴.

²³ Núñez, Mario “Tendencias educacionales detectadas en el siglo xx en el liceo chileno”, en: *Conferencias del primer Congreso Iberoamericano de la Historia de la Educación*, Serie Encuentros, Facultad de Educación, Universidad Católica de Chile, 1989, pág. 186.

²⁴ Escobar, Dina (1996) “Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular, un intento modernizador de la educación chilena”, en: *Revista de Historia de la Educación*, vol. II, Santiago, Chile. Recio Palma, Ximena M. *El discurso pedagógico de Pedro Aguirre Cerda*. Instituto de Historia. Facultad de Filosofía y Educación Universidad Católica de Valparaíso (Serie Monografías Históricas N° 10), Valparaíso, Chile, 1998.

Si bien el proyecto radical aparece como muy vasto, resulta posible observar una coherencia en cuanto pone los énfasis en muchos de los aspectos que caracterizan las aspiraciones de los sectores medios emergentes en una sociedad: igualdad de oportunidades para incorporarse a los tramos medio y superiores del sistema educacional, educación para el trabajo a fin de contar con un grupo preparado para la modernización que se impulsa desde el propio Estado, y continuidad de aquellos contenidos de los planes de estudio que se han demostrado eficientes en la formación de grupos dirigentes.

La implementación del programa entre los años 1938 y 1952 –momento en el cual terminan los gobiernos radicales en medio de un acentuado desprestigio político– permite visualizar cuales fueron, en definitiva, las prioridades educacionales realmente atendidas, pero también cuán importante fue para ellos la enseñanza en el plano general de sus realizaciones.

El punto en el cual se centraron los esfuerzos de manera sostenida fue el aumento de la cobertura y en la creación de establecimientos educacionales y deportivos. La revisión con cierto detalle de las cifras, señala que en el primero de estos aspectos, los logros reales no dan la posibilidad de hablar de un gran crecimiento como han sostenidos algunos autores y se cree generalmente, sino que debe pensarse más acertadamente en un aumento que no se diferencia con las tasas históricas que se pueden observar desde los inicios del siglo.

Matrícula por niveles y porcentaje de cobertura por nivel en los años 1938-1952²⁵

Año	Básica	Media	Superior
1938	470.530 (67,1%)	56.565 (15,9%)	4.482 (1,0%)
1939	472.726 (64,3%)	59.163 (15,8%)	4.774 (1,0%)
1940	512.975 (67,8%)	63.372 (15,6%)	5.558 (1,1%)
1941	525.147 (69,4%)	70.859 (17,3%)	4.533 (0,9%)
1942	526.302 (68,8%)	76.600 (18,4%)	4.541 (0,9%)
1943	522.615 (68,7%)	81.696 (19,3%)	4.439 (0,8%)
1944	518.802 (67,9%)	83.072 (19,8%)	4.551 (1,1%)
1945	517.137 (69,9%)	86.575 (20,4%)	4.779 (1,2%)
1946	521.442 (68,3%)	94.191 (21,7%)	5.725 (1,1%)
Año	Básica	Media	Superior
1947	530.008 (70,7%)	101.248 (22,8%)	5.939 (1,3%)
1948	538.764 (71,8%)	104.472 (23,4%)	5.287 (1,5%)
1949	547.820 (72,8%)	106.627 (23,9%)	6.719 (1,3%)
1950	557.451 (73,9%)	108.690 (24,4%)	6.903 (1,5%)
1951	551.457 (74,8%)	110.701 (25,0%)	7.451 (1,4%)
1952	571.521 (77,6%)	113.642 (26,1%)	7.164 (1,3%)

²⁵ Hevia, Pilar (1998), *op. cit.*

La enseñanza elemental tuvo un promedio anual de crecimiento de un 6,7% (470.530 alumnos atendidos en 1938, contra 571.521 en 1952). Dentro del tramo se observa un crecimiento de la atención en el sector privado (19,7% en 1940 a un 32,5% en 1957), siendo su promedio de crecimiento de un 7% anual, contra un 1,6% del sistema fiscal.

La enseñanza media muestra índices levemente menos significativos²⁶. En el año 1938, la totalidad de los estudiantes alcanzaba a 56.565, mientras que en 1952 llegaba a 113.642, con un promedio anual de crecimiento de un 3,8%. Desde el punto de vista de la atención en establecimientos fiscales y particulares no se observa variación, si se toma en cuenta que en 1940 atendían un 63,6% y un 36,4% respectivamente, mientras que en 1957 los porcentajes son de un 62,2% y un 37,8%. Al igual que en la enseñanza básica o elemental, el promedio anual de crecimiento fue superior en la enseñanza particular (6,2%) que en la fiscal (5,3%).

Al interior del tramo secundario, uno de los aspectos más interesantes de observar es la consolidación de la población femenina como aquella que recibe más educación, teniendo en cuenta que los liceos que las atendían habían empezado a establecerse hacia finales del siglo XIX, esto es, unos cuarenta años después de los masculinos. Entre 1950 y 1956, el 51,5% de la población estudiantil era femenina..

La enseñanza superior fiscal, por su parte, experimentó un claro crecimiento durante el período (4.482 inscritos en 1938 contra 7.164 en 1952), manteniéndose también en este tramo la superioridad del público atendido por los establecimientos fiscales con respecto de los particulares²⁷.

Los datos presentados referentes a la cobertura educacional y que evidencian un crecimiento sostenidamente moderado, deben completarse con el aumento significativo de la enseñanza técnico-profesional al interior del tramo secundario. Ésta, que ocupó siempre un lugar destacado en el ideario radical, recibió un respaldo significativo durante los años que tenemos bajo observación, creciendo en un promedio anual del 5,5%. Este esfuerzo fue realizado fundamentalmente por el Estado en cuyos establecimientos se atendía más del 90% de la demanda en este sentido.

Comportamiento del presupuesto enseñanza técnico-profesional 1938-1952²⁸

Año	Porcentaje
1938	8%
1939	8%
1940	9%

²⁶ Dentro de la educación media se incluye a los liceos y a los demás institutos en que se imparte una formación cultural general, como la enseñanza técnico-profesional de grado medio (institutos comerciales, escuelas técnicas, escuelas industriales, escuelas agrícolas).

²⁷ Grassau, Erika y Orellana, Egidio (1959), *Boletín Estadístico de la Universidad de Chile*, Vol. III. N°1, Instituto de Investigaciones Pedagógicas. Sección Estadística, Imprenta Universitaria, Santiago, Chile.

²⁸ Hevia, Pilar, *op. cit.*

Año	Porcentaje
1941	9%
1942	12%
1943	13%
1944	13%
1945	12%
1946	13%
1947	13%
1948	13%
1949	13%
1950	13%
1951	14%
1952	9%

Para completar este punto, debe tenerse en cuenta que existía una enseñanza técnico-profesional impartida fuera de la educación media, la cual se formaba en institutos comerciales, de instrucción agrícola, minera, industrial y de profesiones llamadas femeninas. Ésta muestra una interesante alza en la asignación de fondos dentro del presupuesto de instrucción pública durante toda la primera mitad del siglo xx, variando de un 0,4% (1900) a un aproximado de 12% durante la década de los años cincuenta. Uniendo, entonces, ambas informaciones, puede visualizarse en este punto una de las mayores coherencias de las ideas y prácticas de los gobiernos radicales.

Las cifras presentadas respecto de la cobertura se entienden y clarifican al analizar el comportamiento del Presupuesto de Instrucción Pública para el período. En efecto, resulta posible observar también aquí un crecimiento lento y sostenido, pasando de una cifra levemente superior al 11% a inicios del siglo, a una cercana al 17% hacia 1950. Dentro del total del presupuesto, resulta factible constatar el apoyo ya señalado a la enseñanza técnico-profesional, así como también el crecimiento en el ítem otros, donde se consignan los gastos relacionados con la edificación escolar.

Los intentos de modernización educacional apuntaron, como ya en parte ha sido señalado, a la diversificación de la oferta educacional:

“Dos proyectos apuntaron más específicamente al cambio educacional. En 1945 se formuló el Plan de Renovación Gradual de la Educación Secundaria, para explorar nuevas formas de organización escolar y un nuevo currículum en la enseñanza secundaria, con el objeto de adaptarla a la masificación, a hacerla más flexible y a incorporar elementos de una pedagogía funcional y activa. Se crearon siete liceos de experimentación, como primer paso de una estrategia de multiplicación progresiva de los mismos”²⁹.

²⁹ Núñez, Iván, *Desarrollo educación...*, op. cit. pág. 20

Como hemos tenido oportunidad de señalar, las investigaciones recientes han puesto bajo una nueva luz la impresión positiva de la gestión educacional de los radicales³⁰. Manteniéndonos en el ámbito de los principales indicadores utilizados en este trabajo, resulta útil, aunque sea en términos generales, observar su comportamiento en los años siguientes. La Enseñanza Básica experimentó un interesante crecimiento en su cobertura, llegando a casi el cien por ciento en la primera mitad de la década de los años sesenta (97,4% en 1964). La Enseñanza Media, por su parte, alcanzó a un 36,5% de la población en edad escolar en 1964. Un descenso apreciable, en cambio, se observa en la enseñanza técnico profesional luego de que los radicales abandonaran el gobierno.

LA EDUCACIÓN BAJO LA DEMOCRACIA CRISTIANA (1964-1970)

Una nueva expresión de los grupos medios en la conducción educacional se encuentra a partir del año 1964, cuando la Democracia Cristiana llegó al gobierno. Manteniendo el comportamiento constante que estos sectores han tenido con respecto a la enseñanza, el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) puso el tema en un lugar privilegiado de su agenda política. Los énfasis generales aparecen como una profundización de tendencias ya claramente expresadas a partir de la década de 1930, esto es, la ampliación de la cobertura, la modernización de los contenidos y métodos de la enseñanza, y un estímulo hacia la diversificación educacional, apuntando especialmente a generar condiciones favorables para la enseñanza técnico-profesional.

Lo que distingue el período 1964-1970 son los logros obtenidos especialmente en el área del aumento de la cobertura, la que aparece, en definitiva, como el escenario en el que el gobierno puso todo su empeño y diseñó como privilegiado de su acción. En estos años, la enseñanza básica mantuvo un crecimiento de un 5,3% de promedio anual; la media de un 11,8%, mientras que la técnico-profesional alcanzó un 19,4%. Finalmente, la superior alcanzó un promedio de 15,4%. Estas cifras requieren de algunas puntualizaciones que las puedan hacer más comprensibles: el crecimiento de la educación básica -extendida a partir de 1965 de seis a ocho años- permitió que hacia 1970, el 96,8% de la población entre los seis y los catorce años estuviese matriculado. En el tramo secundario, se avanzó desde

³⁰ Escobar, Dina en su *Pedro Aguirre Cerda y el...*, *op.cit.* resume en cinco puntos las limitaciones que enfrentaron los radicales para aplicar el ideario inicial formulado por Pedro Aguirre Cerda, destacando en el punto 3 que sectores importantes dentro del mismo radicalismo no demostraron, en definitiva, un convencimiento profundo de sus ideas. Núñez, Iván en su *Desarrollo educación...*, *op.cit.*, señala que resultó muy difícil concordar en una idea común de reforma general, concluyendo que se vivieron "...iniciativas paralelas y no coordinadas entre sí, promovidas dentro de una estructura orgánico-administrativa resistente al cambio" (pág. 21) Núñez, Mario, en su *Tendencias...*, *op. cit.*, por su parte, destaca que la oferta radical en cuanto a la enseñanza técnico-profesional, no coincidió con la demanda generalizada de los jóvenes que seguían viendo en lo humanista-científico una vía más segura de ascenso social. Interesantes referencias a este respecto en Adler, Laria y Melnick, Ana, *op. cit.* págs. 146 y sgts.

un 15,1% de la población entre 15 y 19 años, que asistía en 1961, a un 33,5%. Los matriculados en el sistema superior llegaron a un 9,2% de la población entre los 20 y los 24 años³¹.

Los avances, ciertamente que no imputables de manera exclusiva al gobierno de la Democracia Cristiana, resultaron ser muy alentadores y abrieron posibilidades para un desarrollo posterior del país. Cabe recordar, en términos comparativos, que estos son los años en los cuales varios países de América Latina, especialmente los centroamericanos, inician campañas masivas destinadas a lograr, en un futuro mediato, una alfabetización básica de su población.

Correspondientemente al aumento de la matrícula, se llevó adelante un plan de construcciones escolares en ciudades y zonas rurales. En todo caso, con el objetivo de poder atender a la creciente población, se estableció la doble jornada que permitió duplicar el número de asistentes por edificio. Según los datos más aceptados a este respecto: "Entre 1965 y 1967, se construyeron 1.145.000 metros cuadrados, y en los tres años siguientes, 500.000 metros cuadrados más. Así, el déficit se redujo a menos de 1.000.000 de metros cuadrados, a pesar de haber aumentado la matrícula fiscal en 700.000 alumnos"³².

El aumento de la cobertura implicó profundos desafíos en cuanto a la necesidad de diversificar la enseñanza con el objetivo de poder atender una demanda cada vez más variada. La impresión que se tiene al observar el período en su conjunto es que, pese a las intenciones y esfuerzos desarrollados en este sentido, continuaron primando aquellas líneas más tradicionales que se habían desarrollado en la educación del siglo xx. Esto es, que la enseñanza básica, pese a su aumento a los ocho años en que se mantiene hasta hoy día, no logró constituirse plenamente en una educación sustantiva, manteniendo su característica de preparatoria para un tramo secundario al cual accedían pocos de sus egresados. En la enseñanza secundaria, por su parte, el liceo de orientación científico-humanista continuó teniendo el papel predominante que ya hemos tenido oportunidad de resaltar en varias ocasiones.

La reforma, que aspiraba en sus declaraciones, a abarcar simultáneamente cobertura, calidad y diversificación, tuvo sus mayores logros en el primero de estos aspectos, cuestión, por lo demás, muy importante, pero generó el inicio de una crisis en la calidad de la educación que se mantiene hasta la actualidad y que constituye el aspecto central que busca remediar la reforma que actualmente se propone.

Los esfuerzos realizados para actualizar los conocimientos de los profesores para los nuevos planes y programas de estudio propuestos a partir de 1965, labor llevada adelante especialmente por el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio, así como también la elaboración de textos novedosos y bien logrados, no alcanzaron a satisfacer los desafíos de una explosiva demanda educacional que parecía tragarse rápidamente todas las ofertas que se hicieran.

³¹ Los datos se encuentran en: Echeverría, Rafael (1982) *Evolución de la matrícula en Chile 1935-1981*, PIIE, Santiago, Chile.

³² Schifelbein, Ernesto (1976) "Diagnóstico del Sistema Escolar Chileno en 1970", Santiago, Chile, págs. 63-64, en: Núñez, Iván *Desarrollo educación..., op. cit.* nota 49.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA RECOMENDADA
(SE HAN PRIVILEGIADO LOS TÍTULOS MÁS RECIENTES)

- Bellei, Cristián (1995) "Los debates sobre la Educación Media Chilena en el siglo xx", en : *Estudios Sociales*. N° 5, trimestre 3, Santiago, Chile.
- Bengoa, José (1994) "La comunidad perdida" en: *Proposiciones* 24, Santiago, Chile.
- Cox, Cristián, González, Pablo et al (1997) *160 años de educación pública. Historia del Ministerio de Educación*, Edición del Ministerio de Educación, República de Chile, Santiago, Chile.
- Cruz, Nicolás (1993) *El Plan de Estudios Humanista en Chile*, Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Cruz, Nicolás y Whipple, Pablo (coordinadores) (1996) *Nueva Historia de Chile*, Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile.
- Drake, Paul (1978) *Socialism and populism in Chile 1932-1952*, University of Illinois Press, Chicago, USA.
- Echeverría, Rafael (1982) *Evolución de la matrícula en Chile 1935-1981*, PIIE, Santiago, Chile.
- Escobar, Dina (1996) "Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular, un intento modernizador de la educación Chilena", en: *Revista de Historia de la Educación*, vol. II, Santiago, Chile.
- García, Jaime (1990) *El Partido Radical y la clase media en Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Gazmuri, Cristián (1980) *Testimonios de una crisis. Chile: 1900-1925*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Godoy, Hernán (1971) *Estructura social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile.
- Góngora, Mario (1981) *Ensayo sobre la noción de estado en Chile siglos XIX y XX*, Ediciones de la Ciudad Santiago, Chile, (reediciones a partir de 1986 en Editorial Universitaria, Santiago, Chile).
- Grassau, Erika y Orellana, Egidio (1959) *Boletín Estadístico de la Universidad de Chile*, Santiago, Chile, vol. III, N°1.
- Lomnitz, Larissa y Melnick, Ana (1998) *La cultura política chilena y los partidos de centro (una explicación antropológica)*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, Chile.
- Núñez, Iván (1978), (1987), (1989) y (1990) *Reforma y contrareforma educacional en el primer gobierno de Ibáñez 1927-1931*, Serec, Santiago, Chile.
- El trabajo docente: dos propuestas históricas*, PIIE. Santiago, Chile.
- La descentralización y las reformas educacionales en Chile 1940-1978*, PIIE. Santiago, Chile.
- Reformas educacionales e identidades docentes. Chile 1960-1973*, PIIE, Santiago, Chile.
- Núñez, Mario (1989) "Tendencias educacionales detectadas en el siglo XX en el liceo Chileno". En *Conferencias del Primer Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación*, Serie Encuentros, Facultad de Educación, Universidad Católica, Santiago, Chile.
- Pozo, José Miguel (1990) "El Congreso Nacional de Educación Secundaria de 1912 en la perspectiva de la evolución de la educación Chilena". En (Revista) *Dimensión Histórica de Chile* N° 6-7.

Rama, Germán(1995) "La educación y los cambios en la estructura social de América", en: Reyna, Jose Luis (compilador) *América a fines de siglo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Recia Palma, Ximena (1998) "El discurso pedagógico de Pedro Aguirre Cerda", *Serie de Monografías Históricas* N° 10, Instituto de Historia, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad Católica de Valparaíso.

Subercaseaux, Benjamín (1988) *La época de balmaceda: modernización y cultura en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile.

Vial, Gonzalo (1996) *Historia de Chile 1891-1973*, vol. iv, Editorial Santillana, Santiago, Chile.

LOS INTENTOS ESTATALES POR ESTIMULAR EL FACTOR HUMANO
NACIONAL A TRAVÉS DE LA INMIGRACIÓN EUROPEA
1880-1920*

Baldomero Estrada

INTRODUCCIÓN

La inmigración en Chile, durante el período de auge emigratorio europeo, no tuvo las características masivas que mostró en los países de la costa Atlántica. Empero, pese a que en el transcurso del período de mayor flujo a América, 1880-1920, accedieron a las costas de Chile, sólo un poco más de 100.000 migrantes europeos, su impacto se ha traducido en un sustantivo aporte para el desarrollo histórico de la sociedad chilena.

Con el transcurso del tiempo es perceptible el positivo efecto que la inmigración europea ha provocado en las áreas económicas, culturales y políticas del país. De allí entonces que el estudio de la inmigración en Chile debe ser enfocado desde una perspectiva cualitativa.

Para una mejor comprensión de la evolución del proceso migratorio chileno debemos tener en consideración cómo actúan e interactúan los procesos históricos internos y externos comprometidos. Eso significa que debemos tener en consideración, por un lado, los influjos de los acontecimientos internacionales y por otro, el propio desarrollo histórico del país.

Sin duda que los factores de expulsión operativos en Europa, provocaron en América un fuerte interés por atraer esa gran fuerza laboral y también cultural como, en general, lo veía nuestra clase dirigente americana. Empero, no todos los países estaban en similares condiciones para atraer a esos migrantes y, además, entregarles posibilidades laborales. Las economías de países como Argentina y Brasil requerían de una gran cantidad de mano de obra. Tal estado de demanda laboral posibilitaba se ofrecieran salarios atractivos para los europeos. Distinto era el caso de Chile, geográficamente distante y con una economía de limitado mercado laboral, lo cual determinaba la existencia de salarios poco atractivos para los migrantes europeos. Sin embargo, la elite chilena consideró, en todo momento, que era importante traer al país migrantes europeos. En un primer momento se planteó como una forma de provocar cambios culturales en consideración a la labor educativa e influencia que podían desarrollar los migrantes. Posteriormente, se vio la migración como una solución demográfica que fortalecería a la nación y permitiría una mejor ocupación del territorio, tan escasamente poblado, sobre todo si se tenía en cuenta el extraordinario crecimiento poblacional que afectaba a Argentina, como consecuencia de la fuerte migración que estaba atrayendo.

* Es parte del proyecto FONDECYT N°1971035

Desde el momento mismo de la independencia se manifestó interés en Chile por traer extranjeros, pero sólo a mediados de siglo fructificó un proyecto que se concentró específicamente en alemanes. Luego, en atención a las posibilidades que se comenzaron a dar desde la década de 1880, el Gobierno adoptó medidas más concretas tendientes a facilitar la llegada de migrantes. A partir de 1882 se inicia un proceso caracterizado por los sobresaltos; la falta de una política coherente y de una planificación estable. Diversos problemas políticos internos, como conflictos revolucionarios, rotativas ministeriales, además de problemas económicos, determinaron que no existieran las mejores condiciones de programación y manejo de parte del Estado chileno. Por otra parte debemos considerar las ya señaladas limitaciones del mercado local como también las dificultades a las que se enfrentaban los representantes chilenos en Europa con los diferentes gobiernos que se mostraban renuentes a permitir la emigración desde sus respectivos países hasta nuestras costas.

A través de los años, junto con los cambios políticos, se produjeron diversas modificaciones en cuanto al tipo de migración que se debía privilegiar. En un primer momento se implementó un proyecto de colonización estatal para luego pasar a un proyecto de migración urbana procurando traer obreros especializados. Posteriormente se insistió en la colonización estatal para enseguida preferir proyectos colonizadores de tipo privado e insistir con la migración de obreros.

A través de las siguientes líneas procuraremos mostrar la evolución que tiene el proceso migratorio chileno con todos sus sobresaltos, los cuales no hacen sino revelar los problemas de una sociedad que aspiraba a un proyecto pero que sin embargo, tenía poca claridad en cuanto a la forma de llevarlo a cabo; los recursos disponibles y la real necesidad de él.

PRECEDENTES:

LOS PRIMEROS FLUJOS MIGRATORIOS Y EL PLANTEAMIENTO IDEOLÓGICO DE LA CLASE DIRIGENTE

Desde el momento mismo de nuestra independencia hubo un manifiesto deseo, de parte de nuestros gobernantes, y un interés declarado por atraer migrantes europeos a nuestro territorio¹. En razón de la pugna con España y de la general crítica y rechazo a todo lo que significara hispanidad, se pensó en la venida de escoceses, suizos, irlandeses o alemanes².

La vigencia de los problemas políticos internos y la falta de recursos impidieron que se plasmaran los diversos proyectos elaborados durante las primeras décadas de nuestra vida independiente. Sólo a partir de 1845, el Estado inicia una verdadera acción, para atraer familias mayoritariamente alemanas, en calidad de colonos, que se les establecería fundamentalmente en las provincias de Valdivia y

¹ José Miguel Carrera proponía, en 1811, la traída de inmigrantes irlandeses para que "colaboraran en la defensa de territorio". Ver Carmen Norambuena, "Política y Legislación Inmigratoria en Chile, 1830-1930, en *Cuadernos de Humanidades* N°10, Facultad de Humanidades, Universidad de Santiago, 1990, pág. 26.

² *Ibidem*, págs. 27-29.

Llanquihue. Este flujo migratorio se mantuvo a un ritmo medido pero latente hasta comienzos de la década de 1870, contabilizándose hacia 1872, la presencia de 3.491 colonos europeos³.

La labor conseguida hasta aquel momento, más que el resultado de una labor institucional y fruto de una política meditada, fue consecuencia del trabajo personal emprendido por determinados pioneros, como Vicente Pérez Rosales y Rodolfo A. Philippi, que con su personalidad y convicciones marcaron ese particular ciclo migratorio⁴.

Para esta época era unánime la opinión de los sectores intelectuales acerca de la conveniencia de traer inmigrantes europeos para poblar los territorios que se fueran incorporando a la soberanía nacional. B. Vicuña Mackenna sostenía, en 1865, que la inmigración europea resolvía varios problemas a la vez: el del territorio, ocupando zonas que podrían interesar a nuestros vecinos; la carencia de técnicas modernas; el de nuestra organización como nación y el problema de Arauco. Sobre este último punto cabe señalar que se estaba refiriendo al indígena, al que identificaba como "un bruto indomable, enemigo de la civilización, porque sólo adora los vicios en que vive sumergido, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituyen la vida salvaje"⁵.

Por otra parte se asumía, por la sociedad, la importancia que tenía la actividad agrícola en el proceso de desarrollo del país. Intelectuales, economistas y la opinión pública, en general, se plantearon en este sentido unánimemente. C. Seneuil se refería a la agricultura como "el primer agente de engrandecimiento nacional"⁶. Santiago Tagle la identificaba como "el principal manantial que produce la felicidad pública"⁷. En este contexto se consideraba indispensable incorporar mano de obra calificada capaz de asumir un papel modernizador, lo cual se traduciría, imperiosamente, en la traída de extranjeros. La prensa percibía que

"la falta de obreros inteligentes es la mayor rémora que hasta aquí han tenido nuestros progresos en agricultura; por consiguiente cuando se haya podido superar esta dificultad, cuando los propietarios de fundos puedan proveerse con pocos gastos de trabajadores laboriosos e inteligentes, capaces de manejar con acierto los nuevos instrumentos podrá decirse que desde entonces el porvenir de labranza de nuestra agricultura queda asegurado"⁸.

³ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores (MRREE), presentada al Congreso Nacional, 1908, pág. 89.

⁴ George Young, *Germans in Chile: Inmigrations and Colonization, 1849-1914*, Center for Migrations Studies, New York, 1974; Jean Pierre Blancpain, *Les Allemands au Chili (1816-1945)*, Koln Wien, Bohlau Verlag, 1974.

⁵ Cit. en Jorge Pinto, "Morir en la Frontera. La Araucanía en Tiempos de Balmaceda", en Luis Ortega (Editor), *La Guerra Civil de 1891, Cien Años Hoy*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago, Talleres Gráficos Universidad de Santiago, 1993, pág. 134.

⁶ Luis de la Cuadra, *Necesidad de la Emigración Europea a Chile*, Imprenta Chilena, Santiago 1872 pág. 12.

⁷ *Ibidem*, pág. 13.

⁸ Cit. en Luis de la Cuadra, *op. cit.*, pág. 96.

El mismo periodico, frente a las aprensiones de algunos parlamentarios por favorecer a los colonos extranjeros, sostenía que "nuestra conveniencia está en provocar la inmigración a cualquier precio. Aún cuando hagamos la riqueza de los especuladores, siempre habrá ganado el país. Esto debe bastar a la tranquilidad del cielo más vivo"⁹.

En 1864, el gobierno llamó a concurso, a través de la Universidad de Chile, para que se presentasen proyectos sobre el modo de fomentar la inmigración extranjera en Chile y la colonización de las regiones aún despobladas. El trabajo seleccionado como ganador correspondió a Joaquín Villarino, rector del Liceo de Valparaíso, quien concluía: "Bienvenida sea la inmigración europea porque aporta consigo el adelanto moral para nuestras masas ignorantes; introduce entre nosotros prácticas útiles i contribuye a cimentar la paz i la prosperidad, el progreso en las instituciones i la libertad... Salud a esa inmigración que lleva consigo el estandarte de la igualdad, de la fraternidad i el progreso universales"¹⁰.

En 1872 se le otorga carácter de Oficina General para la Inmigración a la Sociedad Nacional de Agricultura, organismo que agrupaba al sector terrateniente del país; y en 1874 aparece una ley que sólo concede calidad de colono en territorio indígena a los inmigrantes procedentes de Europa o de los Estados Unidos¹¹. Esa ley permitía a los particulares establecer colonias por iniciativa propia, concediéndoles hasta 150 hectáreas de tierra por cada cabeza de familia. Los resultados fueron muy efímeros y la ley más bien se prestó para la creación de sociedades colonizadoras fantasmas que estimularon la constitución de latifundios¹².

COLONIZACIÓN Y OCUPACIÓN DE LA ARAUCANÍA. 1882-1888

En 1882 se abre una nueva etapa del proceso migratorio al asumir el Estado un rol más activo. Se crea el cargo de agente General de Inmigración y Colonización de Chile en Europa, que se ocuparía de dirigir el proceso de reclutamiento de migrantes en Europa. A fin de recibir a los migrantes y asumir la responsabilidad de dirigir el establecimiento de los europeos en las zonas a colonizar se creó la Inspección General de Colonización con sede en la ciudad de Angol (Decreto Supremo del 29 de marzo de 1883). Se nombró a cargo de dicho organismo a Martín Drouilly, Teniente Coronel de Guardias Nacionales. Esta oficina quedó bajo la dependencia de la Sociedad Nacional de Agricultura que mantuvo hasta 1888 la calidad de Oficina General de Inmigración.

De acuerdo a los proyectos del Ministro de Relaciones de la época, José Manuel Balmaceda, se pretendió en un primer momento traer migrantes que vinieran a colonizar o a emplearse como obreros industriales. Se pretendía que la pro-

⁹ Ibídem, pág. 101.

¹⁰ Joaquín Villarino, *Estudios sobre la Colonización y Emigración Europea a Chile*, Imprenta Nacional, Santiago 1867, pág. 171.

¹¹ Ramón Briones, *Glosario de Colonización*, Imprenta Nacional, Santiago 1900, págs. 30-33.

¹² María Rosaria Stabili, "Las Políticas Inmigratorias de los Gobiernos Chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920", en: *Estudios Migratorios Latinoamericanos* N°3" (abril 1986), pág. 187.

cedencia fuera multinacional y especialmente de Alemania, Suecia, Lombardía, Suiza y provincias vascongadas, por cuanto "son estos los pueblos en que la virilidad de la raza, las buenas costumbres, el respeto a la autoridad y a los hábitos de trabajo, inspiran más seria confianza"¹³. Sin embargo el cambio de ministro alteró radicalmente la situación. El nuevo secretario de Estado, Luis Aldunate Carrera, asumió el cargo en abril de 1882 y permaneció en él hasta enero de 1884.

El nuevo ministro concentró su preocupación en la traída de colonos, en una magnitud menor a la pensada por su antecesor y mantuvo el carácter multinacional que este había planteado. Nombró como agente general de Inmigración y Colonización de Chile en Europa a Francisco de Borja Echeverría, quien había publicado un interesante trabajo sobre la colonización en el sur de Chile por lo cual participaba ampliamente de los proyectos colonizadores del ministro¹⁴.

En un comienzo se pensó en migrantes vascos por lo que se concentró el reclutamiento en las provincias vascongadas, pensándose en las similitudes culturales y las características positivas que se asignaban a esos habitantes como labradores. Aldunate, acogiendo las opiniones de Echeverría luego de una visita a la Península Ibérica sostenía ante el Congreso poseer los antecedentes "para creer que los vascos son los agricultores más adelantados que se conocen; que sus campos del centro revelan adelantos considerables de una profunda labor y de un asiduo trabajo". En esa misma ocasión el Ministro se inclinaba por privilegiar un determinado grupo por sobre el pluralismo étnico afirmando que la colonización "debe tender a refundir dos o más razas en una levantándolas y vigorizándolas. Este hecho pone de manifiesto las ventajas de la homogeneidad de razas para la colonización. He aquí uno de los motivos que el gobierno ha tenido en mira para buscar a la raza vascongada"¹⁵.

En aquella sesión hubo también opiniones disidentes que no compartían la posición de Aldunate. Francisco Puelma Tupper calificaba a los vascos como fanáticos religiosos y poco adelantados en su quehacer laboral y se inclinaba en favor de la traída de alemanes. Frente a esto, Aldunate sostenía que no era el propósito del gobierno traer exclusivamente migrantes de una sola nacionalidad, empero no se mostraba partidario de traer alemanes por cuanto creía que estos no se integraban a la sociedad nativa y se aislaban, cual era la situación que existía en ese momento con los germanos en el sur del país¹⁶.

El primer envío de migrantes dejó al descubierto algunos errores de la planificación que determinaron cambios posteriores de importancia. En el caso de los vascos salieron con transporte gratuito desde España a Burdeos 305 personas pero sólo se presentaron en el puerto 201. Posteriormente en el trayecto se produjeron varios conflictos que se tradujeron en el abandono del barco de aproximadamente

¹³ Carta del ministro J. M. Balmaceda al presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), Rafael Larraín Moxó, 27 de marzo de 1882, en Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura, Vol. xx, 1882, pág. 260-263.

¹⁴ El ministro Aldunate estaba casado con una hermana de F. de B. Echeverría; véase Myriam Duchens, "Europeos para Chile: La Reactivación de la Política de Colonización y el Trabajo de los agentes Generales en Europa, 1881-1886", Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, 1995.

¹⁵ Sesiones Extraordinarias de la Cámara de Diputados, 6 de enero de 1883.

¹⁶ *Ibidem*.

100 vascos en Montevideo, para lo cual contaron con la ayuda de la colectividad vasca uruguaya, argumentando que en Chile "serían enviados a poblar el desierto, reducidos así a la condición de esclavos"¹⁷. Agreguemos las protestas que manifestó el comisario del grupo; esto es la persona que lideraba en el viaje a los migrantes y que posteriormente retornaba a España¹⁸. Este conjunto de dificultades trajeron como consecuencia el traslado del centro de operaciones de la gestión migratoria chilena desde España a Suiza y Alemania. En ambos países hubo que enfrentar otros tantos problemas por cuanto existían múltiples restricciones a la emigración en atención a los abusos que se cometían, sobre todo por parte de los agentes reclutadores. En Suiza se había dictado una ley federal en 1880 que imponía una estricta vigilancia a las agencias de emigración y les exigía, para poder ejercer, la obtención de permisos oficiales y el pago de una patente de 40.000 francos¹⁹. Otro importante impedimento en Suiza fue la presencia de Juan Zürcher, cónsul suizo en Valparaíso que no se mostraba partidario de establecer colonos en la Araucanía por considerarlo un lugar peligroso y así lo hizo saber a las autoridades de su país²⁰. A consecuencia de las aprensiones de las autoridades suizas se determinó en diciembre de 1883, por parte del Consejo Federal Suizo prohibir los reclutamientos hacia Chile. Si bien el flujo de migrantes suizos fue bastante limitado, en relación a los que se dirigieron a otros países, puede decirse que para Echeverría fue el lugar en el que obtuvo mayor acogida por cuanto la mayor cantidad de europeos que envió durante su gestión fue desde ese país: del total de 2.056 personas que envió, 1.293 salieron de Suiza²¹.

En Alemania también se presentaron diversos obstáculos que impedían la labor de reclutamiento hacia Chile. En primer lugar sólo se podía operar a través de agencias oficiales y se imponía que los contratos que firmaran los migrantes no podían contener cláusulas de reembolso, lo cual afectaba el modo de operar de la Agencia chilena por cuanto se exigía a los migrantes devoluciones y pagos posteriores. Fue necesario actuar en forma clandestina o desde ciudades limítrofes de países vecinos. Entre los colaboradores importantes que actuaron en Alemania corresponde mencionar a Karl Ochsenius, cónsul de Chile en Marburgo²². De un total de 312 migrantes que Echeverría pudo embarcar en Alemania, sobresale un grupo organizado por Oscar Barchwitz-Krauser, que se presentaba como misionero deseoso de establecer en Chile una colonia evangélica. Realizaba prédicas en diferentes lugares, lo cual le provocó problemas con la policía que lo retuvo por medio día, y sólo fue liberado previo pago de una elevada fianza. Logró, al final,

¹⁷ Pedro Santos Martínez, "La Inmigración en Chile: El Caso de los Colonos Vascos (1882-1883), en *Historia N°22* (1987), Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile.

¹⁸ El Comisario se quejó de la mala atención que recibió en Chile, en donde ni siquiera se preocuparon de su alimentación, lo que determinó que se alejara molesto del país, en: Correspondencia de Echeverría al Ministro Aldunate, París, 6 de diciembre de 1883, en: Archivo Nacional, Fondo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Vol. 260.

¹⁹ Federico Schneider, *La Inmigración Suiza en Chile*, Graphisches Unternehmen, Bern 1983, pág. 16

²⁰ Correspondencia de F. de B. Echeverría al ministro Aldunate, París, 2 de febrero de 1884, en Archivo Nacional, Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Vol. 260.

²¹ Nicolás Vega, *La Inmigración Europea en Chile 1882 a 1895*, Agencia General de Colonización del Gobierno de Chile, París 1896, pág. 55.

²² Correspondencia de F. de B. Echeverría al ministro Aldunate, Lucerna 27 de agosto de 1883, en AN, FMRREE, Vol 260.

reunir un importante grupo de familias, de diferente origen social, que posteriormente se radicaron en la Colonia de Contulmo²³. Otro grupo de alemanes constituido por 15 familias con 55 personas fue organizado por Gotthold Tzschabran, que se decidió a viajar luego de recibir una carta de un colono establecido en Chile, el cual le manifestaba que allí el Gobierno había cumplido sus promesas y el suelo con un buen trabajo aseguraba positivos rendimientos²⁴.

Al cesar el ministro Aldunate en sus funciones por desacuerdos con el Presidente Santa María, el agente Echeverría presentó también su renuncia luego de una ardua labor que significó iniciar una dura tarea competitiva con limitados recursos y escaso apoyo en Europa²⁵. Permaneció en París a la espera de Benjamín Dávila Larraín, su sucesor, quien llegó en junio de 1884.

La presencia de Dávila trajo como consecuencia algunas modificaciones en el estilo y perspectivas del proceso de reclutamiento de migrantes. Insistió en la migración selectiva pero propuso, conjuntamente con la traída de colonos, la atracción de obreros industriales. Debido a la ausencia de instrumentos legales que permitieran derivar fondos para el efecto, se procuró la venida de migrantes a la zona central, bajo la designación de "migrantes libres", con el único privilegio de contar con pasaje marítimo rebajado y pase libre en los ferrocarriles estatales de Chile²⁶. Planteó también la posibilidad de establecer un sistema que hiciera posible la traída de inmigrantes calificados por parte de empresarios, costeados estos los pasajes. Para el nuevo agente, la migración debía realizarse pensando en la posibilidad de establecer núcleos de atracción para futuros migrantes que se desplazarían en forma espontánea. La presencia de los extranjeros no la percibía en el plano demográfico, que, sin duda, es irrelevante dada la escasa significación que tenían en ese plano. La importancia de estos trabajadores estaba en sus condiciones de instrucción y conocimientos, lo cual "contribuye a asegurar el éxito de una colonización, sobre todo en un país que no necesita de brazos sino de nuevos métodos y tendencias progresistas". A su juicio esas condiciones se percibían especialmente en los suizos y alemanes, que eran los que más atención habían prestado al fomento de la instrucción técnica²⁷. Recordemos que Echeverría, su antecesor en el cargo, no se mostraba muy partidario de la migración alemana.

Dávila concluía sus planteamientos sosteniendo que "el extranjero irá a Chile y le llevará con sus brazos y capitales hábitos de orden y economía, contribuirá al desarrollo de la vida comunal y al fomento de la instrucción, y en vez de miseria y la desgracia que le asediaban en su antigua patria, encontrará en nuestro hermoso suelo el germen de su bienestar y una nueva patria para sus hijos"²⁸.

²³ Alberto Meyer, *Historia de la Colonia Contulmo (Según informaciones dadas por Paul Franow, Wallo Hanisch, Paul Kotwicz y Gotthold Tzschabran)*, en Liga Chileno-Alemana, Los Alemanes en Chile en su Primer Centenario, Editorial Liga Chileno-Alemana, Santiago 1950, pág. 151.

²⁴ *Ibidem*, pág. 155.

²⁵ Correspondencia de Echeverría al nuevo ministro de RREE, Aniceto Vergara Albano, París, 15 de febrero de 1884, FMRREE, Vol. 260.

²⁶ Memoria que el agente Jeneral de Colonización de Chile en Europa pasa al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, pág. 48, en Memoria presentada por el Ministro de RREE y Colonización de Chile al Congreso Nacional de 1885.

²⁷ *Ibidem*, pág. 50.

²⁸ *Ibidem*, pág. 66.

La traída de obreros tenía cada vez más partidarios. La creación de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), en 1883 fortaleció esa idea. Esta institución, nacida bajo el alero gubernamental buscaba estimular la venida al país de obreros calificados. Es así como procuró establecer mecanismos que lo hicieran posible. Al igual como gestionó la Sociedad Nacional de Agricultura, en pro del mismo objetivo, en abril de 1884, la SOFOFA representó al Gobierno que el agente general pudiera contratar obreros calificados por cuenta de los industriales que lo solicitaran. Pero para el agente Dávila, que estaba de acuerdo en traer obreros, no era apropiada la fórmula, por cuanto debía ser el Gobierno quien asumiera la responsabilidad del proceso y no los particulares.

Una de las primeras gestiones que realizó Dávila fue lograr que se levantara la suspensión decretada por la Confederación Suiza al reclutamiento hacia Chile. Para esa fecha habían aparecido otros factores que afectaban tales propósitos. En julio de 1884, ocasión en que el agente viajó a Berna a enfrentar el problema se encontró con publicaciones en la prensa en donde se informaba negativamente sobre la colonización en Chile, de acuerdo a testimonios de algunos colonos. El *Nouvelle Vaudois* publicaba el 30 de julio de ese año, un artículo de un supuesto colono que afirmaba que los chilenos eran peores que los indios, puesto que llevaban en una mano el crucifijo y en la otra el puñal. A estas opiniones se agregaron otras por el estilo suscritas por colonos. Empero también hubo testimonios favorables como una carta de la Sociedad de Suizos-Alemanes dirigida al Consejo Federal que contenía opiniones positivas sobre la colonización y la gestión del Gobierno chileno²⁹. Finalmente las actuaciones de Dávila tuvieron éxito y en noviembre de 1884, se levantó la prohibición establecida por el Gobierno suizo.

En Alemania la labor de Karl Ochsenius, ex cónsul de Chile en Marburgo, resultaba fundamental, ya que se desempeñaba como agente de emigración extraoficial, tarea que lo llevó a dejar su cargo diplomático. Sin embargo conflictos personales entre Ochsenius y el senador Eliodoro Gormaz afectaron también las relaciones entre el eficiente agente alemán y Dávila, lo que terminó con la destitución del ex cónsul afectando negativamente la labor de reclutamiento en Alemania³⁰.

Los envíos de migrantes se reducían al período primavera-mediados de verano. Se debía pensar en un viaje de 40 días, de tal forma que se procuraba que los migrantes tuvieran posibilidades de instalarse, preparar sus tierras y no enfrentarse a la época de lluvias, perdiendo la temporada productiva. Durante el lapso 1884-85, se presentaron múltiples problemas que afectaron duramente la labor de Dávila. Cuando este se encontraba preparando el envío de la primera expedición, recibió, el 27 de agosto, un telegrama del Ministerio de RREE, ordenándole suspender los envíos, en razón del apareamiento de la epidemia de cólera en Europa; medida que provocó serios trastornos en los planes del agente, que además la consideraba exagerada dado que cientos de vapores salían hacia diferentes países sin peligro alguno. Esta medida afectó seriamente la confianza de parte de los intere-

²⁹ Correspondencia del agente Dávila con el Ministro, *Lucerna, 14 de Agosto de 1884, FMREE*, Vol. 260.

³⁰ Myriam Duchens, *op. cit.*, pág. 135-138.

sados en viajar a Chile, puesto que los perjuicios ocasionados a los que ya se había contratado eran irreparables³¹. Muchos estaban establecidos en hoteles y listos para viajar, tras haber liquidado todos sus bienes. La medida sólo se alteró en noviembre, cuando muchos de los comprometidos se habían decidido a viajar a otros lugares. Posteriormente se sumaron los inconvenientes económicos que limitaron sustantivamente los proyectos del agente. Se le había hecho saber que en consideración a los problemas con el cambio monetario que afectaban negativamente al peso chileno debía limitar los envíos para esa temporada a 1.200 personas. El 21 de enero de 1885, Dávila recibió una orden desde la embajada en París de suspender los envíos por falta de dinero³². Una vez reanudado el servicio se permitió para esa temporada efectuar envíos extraordinarios durante los meses de marzo y abril. En el mes de agosto de ese año cuando se aprestaba a efectuar el primer envío de la temporada, Dávila recibió informaciones desde París haciéndole ver la existencia de obstáculos económicos que impedían el viaje de los colonos. A los pocos días pudo reiniciar los envíos, aunque de sólo aquellos con los cuales ya existía contrato, debiendo suspender nuevos reclutamientos. Las dificultades en que se veía envuelto el agente lo llevaron a presentar su renuncia al cargo, siendo esta rechazada por el Ministro³³.

En ocasiones el agente tuvo que enfrentar los compromisos económicos de su propio peculio. Como una fórmula de obtener mayores recursos recibió dinero de los colonos a cambio de una letra pagadera en el puerto de desembarco, con lo cual se otorgaba mayor seguridad a los viajeros y se lograba disponer de mayores fondos.

Durante el año 1886 hubo algunas modificaciones en los contratos que se aplicaron a los colonos, a consecuencias de una visita que realizó el ministro de RREE a las colonias, oportunidad en que pudo comprobar con decepción las escasas

³¹ El agente escribió al Ministro desde Basilea el 4 de octubre de 1884: "La situación se hace cada día más grave para esta Agencia General que estrechada por los emigrantes que le exigen el cumplimiento de compromisos contraídos bajo la palabra de un Gobierno serio, no puede satisfacerlos con decirles que los embarques se han suspendido por causa del cólera. ¿Cómo han de aceptar ni emigrantes ni agentes que se tenga miedo en Chile a la importación del flagelo mediante 40 días de navegación cuando los puertos de Estados Unidos a 8 días de viaje están todos abiertos para los emigrantes?"

³² Dávila de inmediato se dirigió al ministro de RREE, B. Vergara Albano en los siguientes términos: "agobiado en este momento de trabajo con una correspondencia enorme en todas lenguas, habiendo contraído compromisos de todo género para poder servir efectivamente a mi país y al Supremo Gobierno, no puedo ocultar a Ud. cuan penosa impresión me ha causado la orden del Sr. Ministro. Puede contar Ud. con que he de hacer toda especie de sacrificios para evitar este golpe de muerte a la empresa que corre a mi cargo comprometiendo mi crédito personal y todos los recursos de que puedo, en este momento, disponer, para salvar la situación actual aunque ignoro, dada la importancia de la suma que necesito si ello me es posible... Si mis esfuerzos fueran impotentes para salvar la situación y si no encuentro en nuestra legación el apoyo que solicito, me veré obligado a enviar a Ud. la dimisión del cargo que envisto por más doloroso que sea abandonar este servicio al que creo haber consagrado todos los esfuerzos de que soy capaz", *op. cit.* en M. Duchens, *op. cit.* pág. 141.

³³ Entre los argumentos que exponía el agente para justificar su decisión decía: "No hay libertad para trabajar, ni tranquilidad para celebrar contratos si las órdenes e instrucciones generales de ese departamento son a cada paso contradictorias o suspendidas por nuevas resoluciones. Más valiera suspender de una vez la Agencia General y abandonar la obra iniciada, en este momento preciso en que comenzamos a cosechar los frutos de dos años de labor, más valiera abandonarla que reducir a tan mezquinas proporciones el servicio", *cit.* en M. Duchens, *op. cit.*, pág. 146.

aptitudes agrícolas de los ocupantes de los predios. Dávila estaba consciente de la situación por los informes del inspector general de Colonización pero sabía que era difícil poder controlarla. Propuso introducir en el contrato una cláusula que permitiera al Gobierno anular la validez del mismo si los firmantes no eran efectivamente agricultores y exigirles además que trajeran una mínima cantidad de dinero.

En agosto de 1886 el agente Dávila recibió instrucciones de regresar a Chile y dejar a cargo de sus funciones a Juan de la Cruz Cerda, cónsul de Chile en Londres. Dávila renunció en enero de 1887 y fue reemplazado por Isidoro Errázuriz que asumió en mayo de ese año³⁴.

Esa temporada llegaron sólo unas 300 personas. Martin Drouilly pensaba que tal situación se debía a la renuncia de Dávila y las nuevas condiciones exigidas a los migrantes de poseer un determinado capital³⁵. Reconocía el inspector que el pequeño grupo llegado tenía a primera vista condiciones superiores a los grupos anteriores y hacía notar que el monto de capital traído por las 52 familias llegadas superaba ampliamente el monto de la totalidad de las 459 familias del primer envío³⁶.

A Errázuriz le correspondió dirigir los envíos de la temporada 1887-1888 de este ciclo colonizador y su gestión tampoco estuvo exenta de problemas. El nuevo agente debió enfrentar prohibiciones de reclutamiento en Suiza en 1887, a consecuencia de problemas suscitados a raíz de las reclamaciones hechas por ciudadanos suizos perjudicados durante la Guerra del Pacífico. También se vio afectado por las suspensiones de envíos según instrucciones gubernamentales de abril de 1888³⁷. En mayo de 1889 se suspendió en definitiva el envío de colonos, fecha en que el cargo de agente estaba en manos de Francisco Gandarillas, reemplazante de Errázuriz desde noviembre de 1888.

Sin duda que entre los obstáculos más evidentes del proceso de colonización estaba la inexistencia de condiciones agrícolas de los migrantes contratados. El inspector Drouilly afirmaba en 1890 que "muchos colonos, extraños a las labores de campo, se han mantenido absolutamente ociosos viviendo miserablemente con los arriendos de los terrenos y bueyes que se les ha entregado y que es conveniente hacer cesar ese estado de cosas que desacredita el servicio"³⁸. Por su parte, los colonos se quejaban de la falta de seguridad y aplicación de justicia; daños de animales en las siembras; ambigüedad en líneas divisorias; carencia de escuelas³⁹. La falta de seguridad fue problema constante y de muy difícil solución. Fueron comunes las denuncias al respecto en la prensa nacional y también

³⁴ M. Duchens, *op. cit.*, pág. 157.

³⁵ Informe del Inspector General de Colonización a la Sociedad Nacional de Agricultura (Angol, 30 de abril de 1887), en Memoria presentada por el Ministro de RREE y Colonización de Chile al Congreso Nacional de 1887, Establecimientos Tipográficos La Época, Santiago 1887, pág. 191.

³⁶ *Ibidem*, pág. 192.

³⁷ Nicolás Vega, *op. cit.*, pág. 51.

³⁸ Informe del ex-Inspector General de Colonización M. Drouilly correspondiente al año 1889-1890, Traiguén, mayo 6 de 1890.

³⁹ Informe del Inspector General de Colonización a la Sociedad Nacional de Agricultura, Angol 30 de abril de 1887, *op. cit.* pág. 196.

en Europa. Drouilly constantemente debía informar de asaltos, robos y algunos asesinatos⁴⁰.

Al respecto un colono suizo declaraba en 1887:

“Me han sucedido desgracias tras desgracias; me han robado constantemente. Había preparado cerca de cuatro mil adobes para edificar esta casa: Una noche me robaron las tablas que los protegía de la lluvia y los perdí todos. Por eso mi construcción se retrasó una estación. Había comprado sesenta francos de papas que quería sembrar, me las robaron en el campo así como también las hortalizas. Dentro de la casa me robaron estando yo ausente. Mas tarde un par de bueyes. Luego tocó el turno a mis dos caballos que había pagado ocho días antes...Chile es sin duda un país de porvenir. El terreno es excelente, todo se da de maravilla y yo habría tenido éxito como los demás, si no hubiera sido por los robos de que fui víctima”⁴¹.

MIGRACIÓN LIBRE O INDUSTRIAL. 1888-1991

Este período lleva la marcada impronta del Presidente de la República José Manuel Balmaceda, quien se mostró decidido partidario del proceso migratorio y le brindó todo su apoyo.

En febrero de 1889, se creó en Santiago, la Oficina de Inmigración Libre, destinada a orientar a los europeos enviados por el agente general destacado allí. Entre noviembre de 1888 y diciembre de 1890, llegaron más de 20.000 migrantes libres o industriales, como consecuencia del particular interés del gobierno, empeñado en un vasto programa de desarrollo industrial y de obras públicas⁴².

En consideración a las falencias que se advertían en torno a la recepción de la masiva llegada de extranjeros, y con el propósito de descongestionar el puerto de Talcahuano como centro de recepción, se establecieron otras hospederías en las ciudades más próximas al punto de llegada, y en Santiago; lugar al que preferentemente se dirigían los inmigrantes libres. En la capital se creó una hospedería con capacidad para 500 personas, en Talca se habilitó un recinto para acoger a 700 migrantes, y en Concepción se hizo lo propio, para 300 individuos⁴³.

⁴⁰ Para el inspector existían variadas causas para explicar la situación y señalaba las siguientes: “insuficiencia de policía rural; absoluta carencia de cárceles que se puedan considerar como tales; construcción de la línea férrea, que atrae una población nómada, entre la cual se esconden fácilmente los prófugos de las provincias vecinas; facilidad de esconder los robos en los extensos bosques de esa región; la ocupación libre de los terrenos vacos, que atrae a ellos malhechores perseguidos en otras partes. A todo lo cual hai que agregar la incapacidad de los colonos en cuanto a seguir los robos, lo que estimula a los ladrones, y en fin, la mala voluntad contra los extranjeros que abrigan y aún ostentan algunos agentes inferiores de la autoridad”, Memoria Anual del Ex-Inspector Jeneral de Colonización M. Drouilly.

⁴¹ En Francisco Grin, *Las Colonias Suizas en La Araucanía*, GEA, Santiago 1987, pág. 167.

⁴² N. Vega, *op. cit.*

⁴³ U. Prieto, Memoria de la Oficina de Emigración, Santiago 1 de mayo de 1890, en Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1890.

Durante los primeros 14 meses que operó la Oficina de Emigración Libre llegaron a Chile 20 naves, algunas de las cuales trajeron hasta 1.500 pasajeros. Esto significó serios problemas para los funcionarios a cargo de su atención. Ocurría, por ejemplo, que existía el compromiso con el consignatario de los vapores que el desembarco debía efectuarse en un solo día, ya que de lo contrario el inmigrante se enfrentaba a un mayor costo por estada y alimentación. Por consiguiente, se hacía necesario desembarcar pasajeros y más de 4.000 bultos de equipaje en un lapso de 6 horas⁴⁴.

A fin de paliar estos inconvenientes, el director de la Oficina de Emigración Libre propuso al Ministro de RREE una serie de medidas tendientes al desplazamiento más expedito de los migrantes desde su llegada. Entre las sugerencias que el gobierno acogió destaca la habilitación de una hospedería en Concepción, frente a la estación de ferrocarril, con capacidad para 120 personas y susceptible de ser ampliada a 2.000. También se estableció en Valparaíso una casa con 100 camas⁴⁵.

En determinado momento se pensó centralizar toda la actividad de recepción de europeos en Valparaíso, como indica el Decreto Supremo del 21 de noviembre de 1890, que ordenó recibir a todos los inmigrantes en Valparaíso, suprimiendo las hospederías en otras ciudades. La Guerra Civil de 1891, no permitió la aplicación efectiva de esa disposición; por el contrario, un decreto del 10 de junio de 1891, atendiendo razones económicas, suprimió la Oficina de Emigración Libre⁴⁶.

Durante el período 1887-1891, que corresponde al gobierno de J. M. Balmaceda, se produjo el mayor ingreso de inmigrantes a Chile en toda su historia. Ello evidencia que durante el mandato de Balmaceda hubo una mayor preocupación e interés por la venida de extranjeros, como lo indican las cifras y las decisiones adoptadas.

Si nos detenemos a analizar el quinquenio del gobierno de Balmaceda advertimos que en los años 1889 y 1890 se concentra la mayor cantidad de migrantes, alcanzando las 22.336 personas: la mayoría procedentes de España (39.6%), Italia (29.9%) y Francia (22.2%). Entre los tres países reúnen el 91.7% del flujo migratorio en el bienio. En términos de representación por sexo, los hombres constituyen el 61.2% del total⁴⁷.

El volumen de europeos que llegó en esos dos años representa el 32% del total de migrantes que arribó a nuestras costas entre 1882 y 1914, período en que se concentró la acción estatal para atraer migrantes al país⁴⁸.

Es interesante señalar entre las características generales del grupo de europeos que llegó como consecuencia de las gestiones del gobierno de Balmaceda, una fuerte concentración de migrantes libres o industriales, en desmedro de colonos. De los 24.028 inmigrantes que pisan suelo chileno, 22.196 se identifican como industriales⁴⁹. El interés del Gobierno por desarrollar la industria y las obras públicas, por la vía de captar mano de obra especializada de Europa, queda reflejada en esa cifra.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 472.

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 474.

⁴⁶ Ramón Briones, *Glosario de Colonización*, Imprenta Nacional 1900, pág. 541.

⁴⁷ Nicolás Vega, *op. cit.*, pág. 54.

⁴⁸ George Young, *Germans in Chile: Immigration and Colonization, 1849-1914*, Center for Migration Studies, New York, 1977, pág. 4.

⁴⁹ *Ibidem*.

Respecto a la nacionalidad de los migrantes es destacable el predominio que comienza a adquirir a fines del siglo XIX, el grupo de origen latino, liderado por los españoles y seguido de los italianos. En la tercera posición figuran los franceses. De acuerdo a las cifras censales se percibe una disminución de los grupos anglosajones en favor de los procedentes del sur del continente europeo que, para el siglo XX, irán aumentando en número. (ver cuadro adjunto).

Particular importancia tuvo para el Gobierno de Balmaceda la presencia de profesionales europeos que, con su trabajo, influyeron positivamente en los distintos ámbitos en que se desempeñaron. En la contratación y selección de especialistas, el ministro de Chile en Francia, Carlos Antúnez y González, se empleó a fondo: ingenieros y arquitectos formaron prioritariamente el grupo de 70 europeos contratados, que procedían especialmente de Francia y Bélgica. Doce de estos profesionales, luego de cumplidos sus contratos, se radicaron en el país, continuando en el ejercicio de su oficio⁵⁰.

Agricultor, artesano, jornalero y sirviente son los más de los oficios que declaran los inmigrantes traídos por la Oficina de Emigración Libre durante el primer año (1889-1890), y corresponden a un grupo de 8.835 trabajadores distribuidos en múltiples quehaceres⁵¹.

La descripción y ubicación del proceso migratorio en un contexto cuantitativo nos entrega elementos objetivos de ponderación a nivel estadístico, pero no nos aproxima necesariamente a los acontecimientos, las opciones, las vivencias, las opiniones, las percepciones, los debates y las consecuencias que todo ello tuvo en los grupos sociales involucrados en los hechos que nos interesan. De ahí que hemos intentado cubrir esa falencia mediante la revisión de los informes oficiales y las opiniones, noticias y debates aparecidos en la prensa de la época.

Según el director de la Oficina de Migración Libre, U. Prieto, en un informe de mayo de 1990, "la calidad de los inmigrantes que han venido al país, en general, es buena y todos ellos encuentran fácil colocación, salvo algunas excepciones"⁵². Sin embargo, una revisión de los periódicos revela una situación distinta, ya que se describe un escenario complejo y bastante problemático.

El diario *La Unión* de Valparaíso se caracterizó por mantener una posición decidida y constante en contra de la inmigración. En octubre de 1890 sostenía que

"a pesar de los deplorables resultados que ha producido en Chile la inmigración artificial, hay todavía quienes se empeñan en hacerla andar contra viento y marea. Ni los crecidos gastos que ella impone y que resultan improductivos, o lo que es peor, contraproducentes; ni la violencia y considerable emigración nacional que con ella se está provocando y que anu-

⁵⁰ Ernesto Greve, *Historia de la Ingeniería en Chile* (Tomo IV), Imprenta Universitaria, Santiago 1954, pág. 26.

⁵¹ U. Prieto, Memoria de la Oficina de Emigración..., pág. 482. Los grupos más importantes son los siguientes: 1590 agricultores, 540 albañiles, 465 carpinteros, 125 cocheros, 221 cocineros, 205 comerciantes, 277 costureras, 102 ebanistas, 170 empleados, 124 herreros, 1021 jornaleros, 110 lavanderas, 126 marinos, 279 mecánicos, 626 mineros, 218 panaderos, 146 pintores, 542 sirvientes, 192 zapateros. Todos estos oficios corresponden a 7.079 personas.

⁵² *Ibidem*, pág. 475.

la hasta el aumento material de brazos que parece buscarse; ni los peligros morales ni los contagios materiales que estamos internando con cada cargamento humano, elegido sin examen ni acierto, han podido convencer a los defensores del costoso y desdichado ensayo de que Chile no está preparado para estas operaciones, sino que al contrario, se encuentra en condiciones de no poder continuarla sin gravísimo daño⁵³.

Resulta evidente la contradicción entre la percepción del citado director de la Oficina de Migración Libre y la del diario que, en sus comentarios, señala algunos problemas que efectivamente eran reales. Por ejemplo, no fue tan fácil para muchos inmigrantes encontrar empleo; por el contrario, hubo grupos importantes que no tuvieron posibilidad de ubicarse, lo cual los llevó a deambular miserablemente por la ciudad de Santiago.

Entre los más afectados estuvieron los españoles e italianos. La colectividad italiana de Santiago debió actuar frente a los urgentes problemas surgidos, creando un Comité de Ayuda al Inmigrante⁵⁴. Un aviso publicado por la Legación Diplomática italiana en Chile, en febrero de 1891, da cuenta de múltiples solicitudes de migrantes italianos que acuden al Consulado en busca de ayuda para regresar a la Península⁵⁵. La prensa entrega, además, innegables testimonios de europeos que reemigran hacia Argentina. Entre los argumentos con que estos justifican su éxodo está el de las bajas remuneraciones que se pagan en el país. Sostienen haber sido engañados, porque se les había asegurado en la Agencia chilena en Europa que ganarían 4 a 5 pesos diarios, pero sólo se les ofrecía uno⁵⁶.

Algunos periódicos criticaban la calidad de los inmigrantes, en especial los procedentes de Italia⁵⁷. La prensa de la colectividad a través de *L'Eco d'Italia* replicaba de inmediato. Sin embargo, a través de sus propias páginas, seis meses más tarde, insertaba una acerba crítica de un médico italiano que había viajado con un grupo de compatriotas, a bordo del "Cachar", desde Italia a Chile. Teodoro Arsemino, el médico en cuestión, sostenía que "todo cuanto es posible de escándalo y de censura sucedió a bordo por obra de los 1600 individuos; insubordinación, rebelión, amenaza, riñas, cuchilladas, fornicación, excesos de todo género. Es una historia que sonroja y ofende el sentimiento de la dignidad humana y del patriotismo"⁵⁸.

Posteriormente se argumentará que fue un error traer migrantes sin seleccionarlos y con pasaje totalmente gratuito, como ocurrió entre 1889 y 1890⁵⁹. En ese período se concentró la mayor cantidad de migrantes: llegaron más de 10.000

⁵³ Diario *La Unión* de Valparaíso, 18 de octubre de 1890.

⁵⁴ *L'Eco d'Italia*, Santiago-Valparaíso, 2 de noviembre de 1890, inserta una citación a reunión para el "Comité de Ayuda al Inmigrante".

⁵⁵ *L'Eco d'Italia*, Santiago-Valparaíso, 8 de febrero de 1891, publica que por instrucciones del Ministerio de RR.EE. de Roma se pone en conocimiento de los italianos, sobre todo de los de Concepción, ante sus solicitudes, la imposibilidad de acudir en su ayuda para sufragar los gastos de regreso a Italia.

⁵⁶ En Leonardo Mazzei, "La Inmigración Italiana en la provincia de Concepción. 1890-1930", Tesis para optar al grado de doctor en Historia, U. Católica de Chile, 1989, pág. 57.

⁵⁷ *La Libertad Electoral*, Santiago 23 de octubre de 1890.

⁵⁸ *L'Eco d'Italia*, Santiago-Valparaíso, 5 de marzo 1891.

⁵⁹ Nicolás Vega, *op. cit.*, pág. 26.

personas cada año. A la incapacidad del medio para proveer la demanda de trabajo a un contingente tan numeroso, se acumularon los trastornos que acarreó la crisis política vivida con la Revolución de 1891.

La revisión de la prensa de la época deja al descubierto no sólo la variedad de posiciones, opiniones y evaluaciones que se hacen al proyecto de inmigración. También surgen otros aspectos relevantes del quehacer político y de la conducta social de los habitantes.

Los órganos de prensa ubicados políticamente en la oposición a Balmaceda mantenían una actitud extremadamente crítica y negativa frente a la inmigración europea: *La Unión* de Valparaíso, diario conservador, fuertemente ligado a la Iglesia fue un verdadero símbolo en este aspecto. Los argumentos esgrimidos por ese periódico se fundaban en la inconveniencia de traer trabajadores, teniendo en cuenta la emigración de brazos chilenos al exterior y la baja calidad de los europeos que llegaban.

En condición neutral aparecía *El Mercurio*, también de Valparaíso, al informar de los problemas y las distintas posiciones, y publicando en forma textual artículos de otros periódicos. Quizás el diario que mostró mayor preocupación por el proyecto migratorio fue *La Libertad Electoral* que, siendo de posición ideológica liberal, no extraña que haya mantenido una postura muy positiva hacia la labor de Balmaceda.

Muchos de los argumentos críticos que se formulaban quedaban neutralizados por la polémica, debido a lo encontrado que resultaban los hechos admitiendo pareceres muy opuestos y válidos. Es así, por ejemplo, como figuran noticias de obreros chilenos protestando por la cesantía que les afectaba, a raíz de la llegada de los extranjeros⁶⁰, frente a lo cual muchos empresarios destacaban la necesidad de traer mano de obra especializada desde Europa, debido a la falencia existente en Chile. El propio Gobierno trajo en 1889, 108 albañiles catalanes, a fin de ubicarlos en las obras de canalización del río Mapocho⁶¹.

Las polémicas también se trasladaron al interior de las colectividades migrantes: los italianos especialmente. En determinado momento crearon un ambiente de aguda discusión que, al interior del grupo, provocó disparidad de opiniones. Se calificó a los migrantes italianos como personas de limitados atributos, afirmando-se que su venida no se había traducido en buenos resultados⁶². La prensa de la colonia prontamente replicó⁶³. Sin embargo, como ya se ha mencionado, hubo

⁶⁰ *El Mercurio*, 1 de mayo de 1890, "sabemos que como 200 obreros, muchos de los cuales han quedado sin ocupación en las fábricas que trabajan han firmado una solicitud para presentarla al gobierno. En ella llaman la atención del Sr. Ministro del ramo hacia el hecho de que entre los inmigrantes que llegan en crecido número por los vapores del Estrecho, figuran muchos de oficio caldereros y fundidores. Esto como es natural, exponen, los coloca en más difícil situación que la que tienen".

⁶¹ *El Mercurio*, 7 de marzo de 1889.

⁶² *La Libertad Electoral*, 23 de octubre de 1890.

⁶³ *L'Eco d'Italia*, 26 de octubre de 1890. Un artículo firmado por Augusto Morla sostenía que "casi todos los inmigrantes italianos llegados a Chile es un conjunto de gente robusta, joven y bien formada; hombres voluntariosos y dispuestos al trabajo: de buena índole pero con el "grave defecto" de ignorar el idioma nacional... Transcurrido ya meses desde la última remesa de esos inmigrantes, aún quedan muchos en la más escualida miseria, porque espulsados de las hospederías, pues se les considera carga pesada, rechazados de todas esas partes donde soliciten trabajo, pues no se les tiene confianza y se les considera ineptos".

testimonios de los mismos italianos que criticaron muy ácidamente las características que tenían los migrantes peninsulares que llegaron a Chile⁶⁴.

Es evidente que no era posible aceptar evaluaciones generales, a partir de situaciones coyunturales que muchas veces estaban fuertemente prejuiciadas, no obstante, son reiterativas en toda la prensa las quejas por la pobre organización existente.

Acogiendo este sentir, *La Libertad Electoral* que como ya fue planteado mostró una actitud constante de apoyo a la inmigración, reconocía que la organización del sistema migratorio no era apropiado ni en Europa, donde no se reclutaba a la gente indicada, ni tampoco en Chile: no existía la infraestructura adecuada para recibirlos y ubicarlos laboralmente⁶⁵.

La revolución de 1891, puso término a un período, en el que ingresaron al país, en ocho años, cerca de 30.000 europeos, de los cuales sabemos que varios miles reemigraron o regresaron a sus países⁶⁶.

El agente general de Colonización del Gobierno de Chile en Europa, en un informe del organismo, que abarca desde 1882 a 1895, concluía que Chile no había tenido la debida preocupación por atraer contingentes demográficos europeos para aumentar su población. Consideraba que esa circunstancia era un verdadero peligro nacional, agregando que "por causa exclusiva de esta pobreza inmigratoria la mayor parte de los problemas políticos se encuentra irresoluta en Chile"⁶⁷.

Durante el período posterior a la Guerra del Pacífico se incorpora más activamente la SOFOFA. En sus funciones principales como institución se proponía estimular la venida de obreros y personal industrial calificado. Desde 1895, el gobierno facultó a la SOFOFA para que asumiera la responsabilidad de traer inmigrantes que contasen con contrato anticipado. Un grupo reducido de migrantes llegaron por esta vía que, sin duda, representaba el mecanismo más serio utilizado hasta el momento. De un total de 6.345 migrantes europeos que arriban entre 1896 y 1902, aproximadamente el 25% lo hizo a través de este organismo empresarial⁶⁸.

REINTENTO DE COLONIZACIÓN ESTATAL: EL CASO DE CHILOÉ

Desde 1891 hasta 1905, no se advierten mayores variaciones en la evolución del proceso migratorio. Se mantuvo un promedio anual de migrantes inferior a las mil personas, que sólo se vió alterado ocasionalmente como consecuencia de las rebajas de pasaje, como es en los años 1895 y 1896⁶⁹. En 1894 se reanudó la colonización, interrumpida en 1889⁷⁰. En diciembre de 1894 se encargó al agente en Europa reclutar 200 familias destinadas a colonizar las provincias de Llanquihue y Chiloé y las comarcas al Sur del río Cautín⁷¹.

⁶⁴ Ver nota 58.

⁶⁵ "La Libertad Electoral", 4 de octubre de 1890.

⁶⁶ Nicolás Vega, opág. cit. pág. 55.

⁶⁷ *Ibidem*, pág. 84.

⁶⁸ Boletín de la SOFOFA, año XX, N°9, 1903, pág. 10.

⁶⁹ Nicolás Vega, opág. cit., pág. 119.

⁷⁰ *Ibidem*, pág. 114.

⁷¹ *Ibidem*, pág. 7.

En 1893 asumió el cargo de agente jeneral de Inmigración en Europa, Nicolás Vega, quien pensaba que la migración debía desarrollarse en forma paralela, en terminos de colonización y migración industrial por cuanto una "población agrícola sin población industrial, denota un pueblo en la infancia; población industrial sin población agrícola, condenaría a una nación a ser esclava del mercado extranjero"⁷². El agente planteó la necesidad de la colonización como una posibilidad de desarrollo de pequeños propietarios que no existían prácticamente en el país; por otro lado postula la descentralización de la administración pública al proponer algunos mecanismos de administración comunal tan apreciada en Europa. Representa, además, ser una necesidad incrementar la población de las zonas agrícolas a fin de estimular cultivos intensivos. Como fórmula de estímulo propone exenciones tributarias a las colonias en formación.

Vega supone, recién asumido al cargo, que la experiencia obtenida con los proyectos colonizadores anteriores permitiría superar los problemas surgidos en los nuevos intentos. Señala como los defectos fundamentales de la colonización anterior los siguientes: Falta de preparación de las regiones a colonizar; privilegiar a grupos procedentes de un sólo país y falta de preocupación e inconstancia en la empresa⁷³.

De su parte, la Inspección Jeneral de Tierras y Colonización que durante los últimos años había estado establecida en Santiago, se trasladó, en abril de 1896, a Temuco y quedó a su cargo Agustín Baeza Espiñeira. En mayo de ese año se reorganizó dicho organismo, dándole un carácter más profesional, para lo cual hubo una serie de cambios y nuevas contrataciones, especialmente de ingenieros. El territorio a colonizar se dividió en tres sectores: el primero correspondió a la zona comprendida entre el río Bío-Bío y Valdivia; luego Llanquihue y Chiloé y finalmente la región de Magallanes⁷⁴.

En una evaluación efectuada en 1896, por el Ministro de Relaciones Exteriores respecto a la situación de los colonos extranjeros establecidos en la década de 1880, este señalaba que los resultados eran muy favorables. Hacía notar que de 7.120 personas contratadas permanecían en la región 5.310, las cuales ocupaban una extensión de 65.610 hectáreas de terrenos fiscales. Por otro lado, en terminos económicos, el Estado había recuperado parte de su inversión por las devoluciones recibidas de parte de los colonos⁷⁵. Por su parte el Inspector Jeneral de Tierras y Colonización, en el informe correspondiente a 1896 destacaba que

"en casi todas las colonias que he recorrido, me ha sorprendido la limpieza y propiedad en las habitaciones, casi todas ya hechas de material sólido y con magníficas techumbres. Las instalaciones de establos y graneros no dejan que desear, y las plantaciones de huertos y hortalizas reúnen valio-

⁷² *Ibidem*, pág. 28.

⁷³ *Ibidem*, pág. 28-29.

⁷⁴ Memoria de Relaciones Exteriores, 1896, pág. 83

⁷⁵ *Ibidem*, pág. 85.

sas colecciones de semillas y plantas, muchas de ellas traídas e importadas del extranjero y aclimatadas con sorprendente facilidad en sus hijuelas⁷⁶.

Para el nuevo período colonizador que se iniciaba, la preocupación se centrará en Llanquihue y Chiloé. En un primer momento se pensó partir con 150 familias repartidas en ambas provincias; sin embargo, posteriormente se ordenó al agente en Europa concentrarse en el envío de 80 familias para ubicarlas en Chiloé⁷⁷. En este nuevo proyecto se aplicó la idea multinacional apoyada por el agente Nicolás Vega y se encargó de recibir e instalar a los colonos al ciudadano danés, Alfred Weber, a quien se le asignó el cargo de Inspector de Colonización de Llanquihue y Chiloé. Llama la atención esta nueva experiencia, por cuanto poco o nada se aplicó de la experiencia obtenida en los procesos anteriores a despecho del optimismo de las autoridades centrales. Nada de lo previsto para llevar adelante el programa funcionó. Múltiples obstáculos atentaron contra las medidas trazadas, y determinaron que la experiencia chilota fuese una de las menos logradas de entre todas las por ese entonces acometidas. Entre los problemas suscitados creemos que los cuatro siguientes tienen mayor relevancia.

A diferencia de lo ocurrido en la Frontera, donde el Fisco tenía la propiedad eminente de la tierra, en Chiloé se presentó el caso de que los terrenos destinados a la colonización estaban habitados por numerosas familias chilotas, algunas de las cuales poseían títulos de propiedad en regla; otras, simplemente estaban ocupadas desde tiempo ha, no estando dispuestas ni las unas ni las otras a abandonar sus predios. Esta circunstancia no solamente dificultó a los colonos europeos la posibilidad de adquirir propiedades de modo expedito sino que además provocó un sinnúmero de querellas con los asentados, las que para la futura convivencia no dejarían de tener repercusiones.

Un segundo aspecto dice relación con las condiciones de las tierras a asignar. El trabajo de la Comisión encargada de preparar el terreno para la recepción de los europeos tampoco actuó según las expectativas cifradas, debido a que la parcelación de las distintas propiedades a asignar había sido hecha sobre un plano imaginario y sin ningún tipo de estudio de los terrenos, los que en muchos casos presentaban condiciones inapropiadas para dedicarlos a la agricultura. No se trazaron deslindes y, lo que es peor, no había caminos para que los asignatarios pudiesen acceder a las hijuelas. Cuando A. Weber se presentó en la región, el 30 de agosto de 1895, apenas un mes antes de la llegada del primer grupo de europeos, detectó tal situación y, pese a sus esfuerzos por postergar el proceso, no pudo conseguirlo, porque de hecho los colonos ya venían en camino. Tampoco se había previsto donde alojar a los colonos y proteger sus pertenencias⁷⁸.

En realidad, la situación contrastaba inexplicablemente con lo que en Europa se había prometido a los migrantes. Se suponía que las condiciones y facilidades permitirían al europeo disfrutar de una granja a la manera como se hacía en

⁷⁶ "Memoria del Inspector Jeneral de Tierras y Colonización" correspondiente al año 1896, en *Memoria del Ministerio de RR.EE.* de ese año, pág. 90.

⁷⁷ *Ibidem*, pág. 129.

⁷⁸ "Memoria de la Inspección de Colonización de Llanquihue y Chiloé". 1895-1897, en *Memoria M.RR.EE.*, 1897, pág. 194.

Alemania. Muchos de los beneficios que en realidad se les concedieron no podían utilizarse o simplemente eran insuficientes. La carreta ofrecida no servía de nada si no se contaba con caminos, y la cantidad de tablas y clavos asignados eran insuficientes para construir una vivienda apropiada⁷⁹. El aislamiento respecto a los lugares de abastecimiento imponía a los colonos la dependencia de los productos del mar, o el consumo de los animales que pudieran criar. En cuanto a la asignación de una cuota de 30 centavos diarios, fijada por el Estado, mientras se instalaban en la colonia, era asimismo insuficiente, a juicio de Weber.

Un tercer punto cuestionable se relaciona con la elección del lugar donde se pretendía asentar a los colonos. El clima y, a causa de ello, las condiciones del terreno, hacían demasiado difícil las labores de acondicionamiento y cultivo. Las constantes lluvias, las tierras pantanosas y los bosques impenetrables conformaban un ambiente que estimulaba la deserción. Al parecer, como lo planteó Weber, Castro, la región cercana, ofrecía condiciones bastante más propicias. Muchos de los que finalmente permanecieron, lo hicieron porque no tuvieron los medios o la fuerza de voluntad para regresar a su lugar de origen, o para trasladarse. Después de todo, los mismos chilotes con su éxodo masivo hacia Magallanes y Valdivia estaban testimoniando desde antaño las dificultades que ofrecía el hábitat.

A todo lo anterior debe, por último, agregarse la deficiente elección que se hizo de los colonos, pues en su mayoría eran artesanos y obreros urbanos. Según Weber, en el primer grupo de 150 familias, tan sólo había 20 agricultores, y aunque entre los que llegaron después aumentó el porcentaje de individuos vinculados a las actividades rurales, éstos siempre fueron minoría.

La pobreza de los colonos fue otro impedimento al formal desarrollo del proceso de colonización. Muchos de ellos carecían de lo apropiado para cobijarse de la intemperie, haciendo necesario que conservasen en su poder los colchones de paja usados durante el viaje. Curiosamente, y quizás como testimonio de desconocimiento de las características del lugar a ocupar y de su incapacidad como labradores, entre las pertenencias de los colonos escaseaban las herramientas, abundando, en cambio, los artículos superfluos e inútiles para una actividad de la naturaleza prevista.

Lamentablemente, la llegada de estos europeos no fue motivo de satisfacción para la comunidad chilota. El inmigrante era causa de frecuentes disputas y se le identificaba como un agente de alteración de las costumbres y de la moralidad, cuyas repercusiones eran estimadas nefastas. La prensa exteriorizó el malestar de la población, recalcando los aspectos negativos de la venida de mayor número de trabajadores vistas las escasas posibilidades laborales de los lugareños, hecho que además provocaba un inminente descenso en el precio de los artículos, haciendo muy poco comercial su elaboración.

El robo del ganado de los colonos, la negativa a trabajar para ellos, a menos que se pagasen altos salarios, aparte de múltiples otras formas de boicot a sus faenas y la destrucción de sus pertenencias, fueron las respuestas de los chilotes desde el momento de la llegada.

⁷⁹ *Ibidem*, pág. 198.

Al respecto, cabría señalar que la ayuda de los chilotos se concebía bastante importante, en razón de que las colonias no se constituían a base de agrupaciones de familias de la misma nacionalidad. Equivocadamente, se privilegió la colonia mixta, lo que determinó el aislamiento y desamparo, provocando serios roces entre ellos. Y aunque los colonos no tuvieron los problemas de inseguridad en sus vidas y sus propiedades como aconteció en la Frontera en 1880, a consecuencia de los ataques de los bandoleros de esa región, los escasos hechos criminales cometidos fueron perpetrados por los mismos colonos⁸⁰.

Entre las limitaciones que presentaba el grupo de inmigrantes debemos también añadir los problemas de salud que aquejaron a muchos de ellos y que al enfrentar la rigurosidad del clima tendieron a acentuarse en forma dramática. Entre los recién llegados hubo casos de hospitalización inmediata, siendo muy frecuentes los decesos en los primeros años.

En cuanto a la composición por nacionalidades además de advertirse un predominio de alemanes y británicos, es interesante la variedad de nacionalidades concurrentes, como también lo numeroso de los grupos familiares (ver cuadro adjunto). En promedio, cada familia contaba con más de 5 integrantes, sobresaliendo los austríacos, con más de 7 miembros. Este importante grupo que tuvo una ingente labor como colonizadores y agentes de cambio cultural comenzarán a reducirse desde los primeros momentos. A fines de 1899, cerca del 60% se había marchado⁸¹. En 1901 sólo quedaban 98 familias, de las cuales 42 eran alemanes, que demostraron ser los más perseverantes, seguidos por escoceses y holandeses⁸². En Chiloé hubo una tasa de desertión que no es posible encontrar en ninguna otra región colonizada. Sin embargo, pese a lo frustrante de la experiencia, justo es reconocer que los colonos capaces de sobreponerse a la adversidad del ambiente, permanecieron en la región y jugaron un destacado papel en su desarrollo.

MAGALLANES:

UN CASO DE MIGRACIÓN ESPONTÁNEA

La región de Magallanes fue incorporada en 1843 al territorio nacional de Chile, con un primer establecimiento en el Fuerte Bulnes. Su primitiva población fue un

⁸⁰ Weber detalla una serie de situaciones particulares referente a algunos miembros del grupo con antecedentes delictuales o inmorales, *op. cit.* pág. 220

⁸¹ Alfredo Weber, Chiloé 1902, Imprenta FUNDECHI, Ancud 1981, pág. 172.

⁸² Jorge Mc Bride, *Chile su Tierra y su Gente*, Prensa de la U. de Chile, Santiago 1938, pág. 284, visitó la región en 1930 y reflexionando sobre los problemas que atentaron en contra del proyecto de colonización, manifiesta lo siguiente: El motivo de la estagnación colonizadora de Chiloé se debe más a la naturaleza que al hombre, es la selva la que ha resistido. La historia de la colonización aquí ha sido principalmente la lucha con el bosque. Basta mirar la isla para darse cuenta de ello. La floresta es el más grande problema de Chiloé; afecta la vida del pueblo, el desarrollo de sus recursos, el papel que ella juega o que no juega en los negocios nacionales, en forma más vital que en ninguna otra parte. Por siglos este ha sido el problema que la naturaleza ha presentado al hombre que pretendía establecerse en la isla; hasta que sea resuelto, si es posible, Chiloé no puede esperar más de lo que es al presente: una provincia lejana de escaso significado por el número de sus habitantes o por su importancia en la nación".

destacamento militar, destinado a representar la soberanía y jurisdicción de la República, principalmente en la región del Estrecho⁸³. En 1848, el fuerte Bulnes se transformó en un establecimiento penal, destinado a recibir relegados y sus familiares. En 1852, luego de una sofocada rebelión de la población penal, llegaba a Punta Arenas Bernardo Phillippi, en calidad de gobernador, con 14 familias alemanas y con el propósito de iniciar el proceso de colonización. Lamentablemente, la muerte de Phillippi afectó el proyecto. Asumió en reemplazo del pionero colonizador, el ciudadano danés Jorge Ch. Schythe. Hasta 1867, no se advertirán grandes transformaciones en la población, cuyos efectivos no llegaban a los 300 habitantes. En ese año, el Presidente de la República dispuso el otorgamiento de una serie de franquicias, destinadas al fomento de la colonización de Magallanes que comprendían pasajes liberados, adjudicación de terrenos, pago de una pensión y libertad de internación para diversos enseres⁸⁴.

En 1868, con la llegada de el nuevo gobernador Óscar Viel, se incorporan otras 60 familias de colonos⁸⁵. Para entonces sólo se identificaba al 3% de la población de procedencia extranjera. El Gobernador, apoyado por el Ministro de Relaciones y Colonización, Adolfo Ibáñez, y con la ayuda del Ministro de Chile en Buenos Aires, Alberto Blest, hizo venir, en 1873, desde Buenos Aires a un grupo de 50 inmigrantes europeos, en su mayor parte británicos y franceses. Al año siguiente se agregan otros colonos extranjeros aumentándo la población a 173 europeos recientemente incorporados. Posteriormente, entre octubre de 1876 y mayo de 1877, se sumaban 120 colonos suizos. Fue esta la segunda inmigración dirigida y el único intento de colonización organizada que conoció el Territorio de Magallanes⁸⁶.

Al iniciarse la década de 1880, se pueden apreciar dos transformaciones importantes en la economía magallánica que incidieron en un decisivo impacto en la evolución demográfica regional. La incorporación de la crianza ovejera y la explotación minera de yacimientos carboníferos y lavaderos auríferos. Estas actividades atrajeron a un importante grupo de pobladores, especialmente extranjeros, de tal modo que para el censo de 1885, el 35% de la población estaba compuesta por foráneos (781 habitantes, de un total de 2.085)⁸⁷. El desenvolvimiento y ampliación de esas actividades coadyuvaron al sostenido crecimiento poblacional espontáneo, sobre todo de habitantes extranjeros y específicamente, escoceses, ingleses y malvineros. Al comenzar la década de 1890, hubo un giro en la tendencia inmigratoria europea en razón de la particular participación que tuvieron en el desarrollo de la explotación de yacimientos auríferos algunos croatas. A contar de ese momento se iniciaría un constante flujo de inmigrantes de esa nacionalidad que pausadamente llegaría a transformarse en el grupo hegemónico de la región.

⁸³ Mateo Martinic, "Origen y Evolución de la Inmigración Extranjera en la Colonia de Magallanes entre 1870 y 1890", en *Anales del Instituto de la Patagonia*, Vol VI, N°1-2, 1975, pág. 5.

⁸⁴ *Ibidem*, pág. 12.

⁸⁵ Para 1871 la población de Punta Arenas era de 805 personas compuesta por: 22 funcionarios y familiares; 40 soldados y familiares; 100 confinados y familiares; 520 colonos y familiares; 85 personas más, como saldo del crecimiento demográfico, en M. Martinic, *op. cit.* pág. 11.

⁸⁶ *Ibidem*, pág. 18.

⁸⁷ *Ibidem*, pág. 20.

Entre 1891 y 1892, no menos de 2000 extranjeros llegaron a Magallanes⁸⁸. Para 1894, la explotación aurífera entró en declinación, luego de la extracción de aproximadamente dos toneladas de oro. Empero, la crianza de ovejas se expandía y consecuentemente aumentaba la ocupación de nuevos espacios. Por otra parte, el comercio y diversas industrias comenzaron su desarrollo y a dar un carácter especial a la región sobre todo por la fuerte concentración de población extranjera. A fines de siglo había más de 1.000.000 de ovejas y diversos establecimientos como frigoríficos, maestranzas, aserraderos, astilleros y variados establecimientos que complementaban las actividades económicas básicas; todas ellas imprimían un sello de desarrollo económico notable de la región que, incluso, tuvo sus efectos en el desarrollo del territorio argentino, a través de la actividad naviera y financiera⁸⁹. Hacia 1914, el proceso expansivo alcanzó su culminación. Se consolidó el desarrollo de la actividad ovina y se saturó el mercado laboral. Entre 1890 y 1920 no menos de 10.000 europeos llegaron a la región, sólo como efecto de un proceso migratorio espontáneo y basado en los mecanismos de redes que se fueron estructurando en torno a las migraciones⁹⁰. Aproximadamente un 70% de esta cifra se estableció definitivamente en Magallanes. Hubo algunos casos de retorno como también de reemigración, especialmente a territorio argentino.

El grupo constituido por croatas en su mayoría procedía de la provincia de Dalmacia y, dentro de ella, un 70% venían de la isla de Brac. Había marineros, labradores y también algunos artesanos. Se ocuparon en diversos oficios, posiblemente vinculados a su actividad original, a fin de reunir un capital que les permitiera establecerse en forma independiente. Así vemos cómo de antiguos picapedreros aparecieron cuidadosos albañiles y constructores de los diversos edificios que comienzan a levantarse en Punta Arenas; de quienes tenían experiencia en actividades marítimas surgiría algún armador, o, en fin, de las más diversas actividades aparecerían los pequeños comerciantes que paso a paso iban incrementando sus ahorros y ampliando sus actividades. De entre los primeros empresarios destacan, en 1892, Francisco Tomsic y Santiago Jelisei, que instalaron una fábrica de ladrillos; lo mismo hizo Simón Pizzulic. Un paso más adelante dio Natalio Foretic que, en 1897, puso en explotación la primera cantera y estableció el primer horno para la fabricación de cal en Tierra del Fuego. Posteriormente instaló la primera carpintería a vapor, sobresaliendo como uno de los más importantes constructores de edificios de mampostería de Punta Arenas⁹¹. Los hermanos Carlos y Daniel Bonacic, junto a Juan Depolo, inauguraban, en 1896, el primer astillero magallánico⁹².

Muy rápidamente, la hegemonía e importancia de la presencia croata en Magallanes fue expresándose en diversas actividades económicas, culturales y so-

⁸⁸ Mateo Martinic, "La Inmigración Europea en Magallanes 1891-1920", en *Anales del Instituto de la Patagonia*, Vol 18, 1988, pág. 12.

⁸⁹ *Ibidem*.

⁹⁰ M. Martinic, "La Inmigración Europea en Magallanes 1891-1920 *op. cit.* pág. 16. La distribución por nacionalidades era, en terminos aproximados, en relación a la totalidad de la población extranjera, la siguiente: 30% croatas, 25% españoles, británicos 20%, italianos y alemanes 6-7%, franceses 4%.

⁹¹ Mateo Martinic, *La Inmigración Yugoslava en Magallanes*, offset Rasmussen, Punta Arenas 1985, pág. 31

⁹² *Ibidem*, pág. 31

ciales. Para 1914, de un total de 2.420 propiedades existentes en Punta Arenas, los croatas poseían 437; mientras en el emergente pueblo de Porvenir los croatas aparecían como propietarios de 61 bienes raíces de los 112 erigidos⁹³.

Según un recuento demográfico realizado en 1914, sobre una población europea apenas superior a las 8.000 personas, la distribución, según nacionalidad, era de 2.200 croatas, 1.900 españoles, 1.400 británicos, 600 italianos, 500 alemanes, 400 franceses, y en menor representación otros grupos étnicos⁹⁴.

El caso de Magallanes constituye un proceso de características singulares desde diversas perspectivas que se lo evalúe. Se trató de un territorio que se pobló desde el comienzo con una fuerte presencia extranjera que se organizó al margen de las gestiones gubernamentales. Además, en función de su aislada posición geográfica, en relación al centro del país, y en consideración a sus particulares características económicas, fruto de la explotación de la ganadería ovina, se estructuró una microsociedad de perfiles étnico-culturales fuertemente diferenciados del resto del país.

NUEVA ITALIA: UNA COLONIA POR INICIATIVA PRIVADA

De acuerdo a la ley de 1874, ya mencionada, que privilegiaba la colonización de extranjeros, existía la posibilidad de llevar a cabo empresas colonizadoras por parte de empresas privadas que se beneficiaban obteniendo extensos territorios para su beneficio. Al comenzar el siglo XX surgieron variadas propuestas haciendo uso de esta ley vigente para ese entonces. Entre 1901 y 1907 diversos empresarios se comprometieron a establecer un total de 2050 familias, empero sólo se radicaron 368⁹⁵.

A fines de 1910, la Cámara de Diputados, ante las variadas denuncias relacionadas con la constitución de la propiedad en la región de la Frontera, se vio en la obligación de constituir una Comisión Parlamentaria encargada de investigar la situación. Luego de un arduo y prolongado trabajo, la Comisión emitió un voluminoso informe, en el que figuraban una serie de irregularidades, debidas en su mayor parte a los vacíos de las leyes en vigencia y a las deficiencias en su aplicación⁹⁶.

Entre las irregularidades más recurrentes estaban los abusos de los concesionarios; la usurpación de tierras fiscales; y las ocupaciones ilegales; situaciones que, ante los vacíos legales, falta de personal de control, la irresponsabilidad y corrupción funcionaria, dieron pábulo a la proliferación de protestas y conflictos que atentaron contra la estabilidad de la propiedad y, por ende, el desarrollo de la región.

En la memoria que entregó el interventor de Colonias respecto al estado de las sociedades colonizadoras de terrenos fiscales puede advertirse una generalizada situación de incumplimiento por parte de los concesionarios favorecidos. Era normal

⁹³ *Ibidem*, pág. 42

⁹⁴ M. Martinic, *La Inmigración Europea en Magallanes, 1891-1920*, pág. 17.

⁹⁵ Archivo Nacional, Inspección Jeneral de Colonización, Vol. 1770.

⁹⁶ Congreso Nacional, Comisión Parlamentaria de Colonización, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Santiago 1912, pág. VII.

que no se cumpliera con los compromisos de introducir colonos y cuando se hacía, parcialmente, era habitual que pronto hicieran abandono de las hijuelas. De las 26 concesiones enumeradas en el informe tan sólo la Sociedad Nueva Italia, de Ricci Hnos., aparece calificada como floreciente; en cambio, las restantes presentaban variados problemas, amén de que 10 sociedades aparecían con su concesión caducada⁹⁷.

El abogado Isidoro Vásquez Grille, miembro de la defensa fiscal, tenía a su cargo 204 juicios de colonización, sin considerar los que se tramitaban en los juzgados de letras⁹⁸. Entre reclamos y solicitudes, la Comisión recibió 2.114 casos, y muchos de ellos eran de representación colectiva⁹⁹.

Una de las primeras medidas que adoptó la Comisión, aún antes de terminar su trabajo, fue proponer la derogación del artículo 11 de la ley de 1874 que autorizaba al Presidente de la República para hacer por sí sólo concesiones para fines de colonización. La detección de repetidos abusos e incumplimiento influyeron en la decisión parlamentaria¹⁰⁰.

En consideración a la relevancia que tuvo el caso de la colonia Nueva Italia, nos detendremos a analizar su trayectoria, ya que sin duda ella es una expresión muy acertada de la multiplicidad de avatares que enfrentó la aventura migratoria en su propósito colonizador.

En junio de 1903, se autorizó por parte del gobierno a Salvador Nicosia para que fundase una colonia en los terrenos fiscales de la provincia de Malleco, comprometiéndose a traer 30 familias italianas. Dos meses más tarde, se amplió el número a 100 familias que debían llegar en un plazo de tres años. Durante el primer año debían ingresar 30. El organismo responsable de conducir la gestión era la empresa colonizadora "Nueva Italia", de Ricci Hermanos y Cía.

A Giorgio Ricci le correspondió efectuar el reclutamiento de las familias en Italia, para lo cual hubo de superar ciertos problemas particulares que existían en el "Commissariato Dell'Emigrazione" con respecto a los proyectos migratorios chilenos. Experiencias anteriores con italianos, hacia 1890, no habían sido bien llevadas en Chile y además existían ciertas aprensiones respecto de la participación que tenía en la empresa Salvatore Nicosia a quien se cuestionaba por sus ideas revolucionarias. Se logró superar la situación básicamente por los positivos informes diplomáticos, emanados de la legación italiana en Chile que destacaban el éxito generalizado que estaban teniendo los miembros de la colectividad establecidos en nuestro país¹⁰¹.

La prensa de la colonia italiana acogió con beneplácito la idea e invitó a los italianos residentes a apoyar la iniciativa. Le asignaba un rol importante a la gestión de Agustín Edwards, ministro de Colonización, a quien calificaba de un amigo de la colonia¹⁰². *El Mercurio*, por su parte, también comentó favorablemente el

⁹⁷ *Ibidem*, pág. 249.

⁹⁸ *Ibidem*, pág. xx.

⁹⁹ *Ibidem* pág. xi.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pág. xv.

¹⁰¹ Giorgio Ricci, *La Colonia Nueva Italia, Cuarenta Años después de su fundación*, Imprenta Artes y Letras, Santiago 1944, pág. 15-16.

¹⁰² *L'Italia*, Valparaíso, 6 de octubre de 1903.

proyecto, observando que el sistema de colonización impulsado por empresas privadas debía ser el que habría de imponerse a futuro. Criticó de paso la experiencia llevada a cabo durante el gobierno de Balmaceda, que no atrajo una corriente inmigratoria calificada¹⁰³. Ramón Silva Cruz, ex ministro de RR.EE., a través de una carta pública opinaba que el proyecto Nueva Italia debía ser el método que prevaleciera en el país porque aseguraba la llegada de gente trabajadora y los ubicaba de inmediato en labores productivas. Propuso, además, que se estableciera una compañía naviera que llegara a Génova y a Hamburgo para así atraer inmigrantes italianos y alemanes, a los cuales consideraba los más calificados¹⁰⁴.

El 10 de marzo de 1904, llegaban a Talcahuano las primeras 23 familias. El 27 de mayo aparece publicada en *L'Italia* una carta de los colonos recién llegados en la que se manifiestan muy gratos por la cálida recepción, las buenas condiciones del viaje y de los terrenos asignados. Terminaban agradeciendo a la empresa, al Inspector de Colonización, Agustín Baeza, y al Dr. Alfonso Lomonaco. De igual forma propietarios y vecinos de Lumaco recibieron de buen modo la llegada de colonos, ya que se esperaba con ellos mayor progreso, seguridad ante el bandolerismo imperante y mayor valorización de la propiedad agrícola¹⁰⁵. Todo ello explica la cálida recepción brindada al primer grupo a su llegada a la zona. En cambio, con el segundo arribo de italianos, el 10 de marzo de 1905, compuesto por 62 familias, la actitud de los lugareños fue distinta.

Las primeras voces disidentes se hicieron sentir desde Italia, a través de una carta publicada por el periódico *Il Secolo*, de Milán, supuestamente procedente de Chile, que calificaba a este país como inhóspito y poblado por salvajes y delincuentes y donde a diario los inmigrantes debían enfrentar el odio de los chilenos¹⁰⁶. Por esa misma fecha aparecía también en Chile una publicación anónima que, posteriormente, se supo correspondía a Nicolás Palacios, titulada "Colonización Italiana. Inconveniente para Chile y para Italia". La publicación era un adelanto de la conocida obra que identifica a su autor en su postura nacionalista, *Raza Chilena*, y que combatió duramente la venida de migrantes de origen latino. Señalaba que existía una ancestral antipatía por parte de los italianos hacia los chilenos y mencionó la colaboración que aquellos prestaron a los peruanos con ocasión de la guerra del Pacífico en contra de Chile, agregando que la idea de la colonia involucraba la intención de crear un pequeño estado dentro de Chile. *L'Italia* motejó de "canalla" al autor de la publicación y a través de 4 números sucesivos publicó un resumen de ella, atacándola duramente¹⁰⁷.

El 10 de marzo de 1905 tuvo lugar la fundación del pueblo Capitán Pastene, que pasó a ser el centro administrativo de la colonia. El lugar elegido para su erección pertenecía al cacique indígena Huinca Pinoleo, a quien se le compen-só con un terreno de 150 hectáreas en un lugar llamado "El Maitén"¹⁰⁸. Según G. Ricci este acto provocó algunas molestias entre algunas personalidades impor-

¹⁰³ *L'Italia*, Valparaíso, 23 de marzo de 1904.

¹⁰⁴ *L'Italia*, Valparaíso, 18 de abril de 1904.

¹⁰⁵ Giorgio Ricci, *op. cit.* pág. 10.

¹⁰⁶ *L'Italia*, Valparaíso, 14 de diciembre de 1904.

¹⁰⁷ *L'Italia*, 9, 10, 13 y 14 de febrero de 1905.

¹⁰⁸ Ver acta de fundación en *El Colono*, Traiguén 14 de marzo de 1905.

tantes de la región, que no deseaban competencia para Lumaco, el poblado más próximo a la colonia¹⁰⁹.

Hacia 1905, la necesidad de recursos obligó a los empresarios italianos a solicitar un préstamo bancario, poniendo como garantía los terrenos que restaban por entregar de parte del Estado. Sin embargo, las instituciones financieras no aceptaron esas condiciones, en atención al conocimiento que tenían de la ocupación, por parte de colonos nacionales, que afectaba a esos predios. La alternativa elegida para solucionar la *impasse* fue la constitución de una sociedad anónima, con miembros de la colectividad de Valparaíso. Fue así como, por decreto del 15 de noviembre de 1905, surgía la Sociedad Colonizadora, Agrícola e Industrial Nueva Italia, con un capital de \$1.500.000, bajo la gerencia de Giorgio Ricci¹¹⁰.

El 10 de marzo de 1907, con motivo de celebrarse el segundo aniversario de Capitán Pastene se contó con la presencia del Presidente de la República, Jorge Montt, acompañado de una numerosa comitiva. Para esa ocasión se efectuó una exposición de productos de la colonia, que generó elogiosos comentarios de parte de los concurrentes y de la prensa nacional.

De entre las obras destacadas de la empresa, que merece la pena mencionar, sobresale la construcción de un ferrocarril que iba a unir Lumaco con Los Sauces en un tramo de aproximadamente 40 kilómetros. Las peripecias de esta obra se ligaron a los avatares que tuvo que enfrentar la empresa colonizadora. En 1905 se autorizó a la Sociedad para iniciar los trabajos que sólo comenzaron en 1907. Problemas de costo determinaron que en 1908 se traspasara al Estado, recuperando la Sociedad sólo lo invertido. Para 1909, según el diputado Alfredo Irrarázabal, este medio de transporte no servía sino a los empresarios de Nueva Italia exigiendo un alto costo su mantención¹¹¹. Recién en 1918, se dio término a la obra, pero sólo en 1922 quedó en condiciones de tener un uso regular de transporte, entre Capitán Pastene - Lumaco y la red del ferrocarril central¹¹².

Hacia 1937, la prensa hacía notar la necesidad de contar con un ferrocarril de trocha ancha ya que "estaban en juego los intereses de una rica región que necesita para su mejor desarrollo un ferrocarril que ofrezca un mejor servicio y seguridades para el público"¹¹³.

La Sociedad Nueva Italia, una de las pocas que logró desarrollarse a través del tiempo, constituye también un excelente caso para detectar los variados problemas que afectaron el proceso colonizador en la Frontera.

Uno de los primeros conflictos que se plantearon fue entre los colonos y la Sociedad Ricci Hermanos. Se quejaron estos de haber sido engañados por los empresarios por cuanto no se cumplió con las promesas que se les hizo. Reclamos de diversa índoles que incluyeron manifestaciones públicas en Santiago se efectuaron para denunciar la mala calidad de la tierra y los diversos abusos de que eran víctimas por parte de los funcionarios con la anuencia de las autoridades re-

¹⁰⁹ Giorgio Ricci, *op. cit.* pág. 19.

¹¹⁰ *L'Italia*, 24 de noviembre de 1905; *El Colono*, 13 de abril de 1905

¹¹¹ *El Colono*, Traiguén 28 de diciembre de 1909.

¹¹² Juan Contreras y Gino Venturilli, *Nueva Italia. Un Ensayo de Colonización Italiana en La Araucanía, 1903-1906*, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco 1988, pág. 82..

¹¹³ *El Colono*, Traiguén 5 y 6 de febrero de 1937.

gionales. También se reclamó por parte de los colonos, la poca claridad de la empresa en el control de las deudas que les afectaban. De contrapartida, la empresa hacía ver la mala calidad de algunos colonos y su ignorancia que les impedía entender sistemas contables que estaban a la vista y que no eran revisados regularmente por los afectados. Sólo la retirada de 35 familias durante los primeros años aplacó la tensión entre las partes¹¹⁴.

Un segundo problema se planteó en la relación entre los colonos y los ocupantes nacionales. Acusaciones mutuas de invasiones, despojos y atropellos de diversa índole se expresaron constantemente. Todo esto matizado por particulares intereses de especuladores nacionales y diversas expresiones de carácter xenofobo¹¹⁵.

Otro problema que acompañó el desarrollo de la colonia durante muchos años fue el conflicto entre la Sociedad Ricci Hnos. y el Estado chileno, como consecuencia de los reclamos que los empresarios presentaron, por el incumplimiento del fisco a la entrega de la totalidad del terreno comprometido al inicio del proyecto¹¹⁶. Del mismo modo, la Sociedad tuvo múltiples roces con las autoridades locales, las cuales cometían diversos abusos, amparados en la distancia de las autoridades centrales¹¹⁷.

Finalmente estuvo la situación conflictiva casi permanente entre los colonos y los indígenas, por cuanto había franjas de terrenos asignados a los colonos que estaban ocupados por aquéllos. Además se producían problemas por las invasiones de ganado desde territorio mapuche a los sembrados de los colonos¹¹⁸.

Pese a todos los problemas acumulados, sin duda que la experiencia de Capitán Pastene se puede considerar entre los casos destacables, que perduraron en el tiempo y que en su trayectoria fue mostrando una realidad nacional que, obviamente excedía el limitado espectro de un simple proceso colonizador europeo.

Agustín Edwards, Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, concluía, en 1910, que este tipo de proyectos colonizadores habían fracasado en nuestro país. Hacía notar la gran cantidad de concesiones que debieron caducarse por incumplimiento¹¹⁹.

GESTIÓN ESTATAL DURANTE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

Con el cambio de siglo, Chile tuvo que enfrentar diversos problemas. En el plano económico sufrió limitaciones que redujeron los fondos para la traída de migrantes.

¹¹⁴ Ver al respecto, Giorgio Ricci, *Nueva Italia, Reseña Documentada de la Formación y Desarrollo de la Colonia desde 1903 hasta 1915*, Imprenta Universitaria, Santiago 1915; J. Contreras et al, *op. cit.*; Alfonso Lomonaco, "Il Secondo Esperimento di Colonizzazione Italiana al Cile", en *Bollettino dell'Emigrazione* 1906, Tipografia Nazionale di G. Bertero, Roma 1907, pág. 26.

¹¹⁵ *El Colono*, Traiguén 31 de mayo de 1904, 20 de octubre de 1904; *L'Italia*, 19 de noviembre de 1906; G. Ricci, *Reseña Documentada...*, pág. 64

¹¹⁶ G. Ricci, *Nueva Italia, Reseña Documentada...*, pág. 73; *El Colono*, Traiguén 25 de junio de 1914.

¹¹⁷ *El Colono*, Traiguén 11 de marzo de 1905.

¹¹⁸ Cecilia Díaz, "Mapuches e Italianos en Malleco: Relaciones Interétnicas en 80 Años de Historia", *Documento de Trabajo N°16*, Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA), Santiago 1984, pág. 71.

¹¹⁹ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización presentada al Congreso Nacional el 1° de junio de 1910, pág. 447.

Para esa época por lo demás, se produjo una importante alza en los pasajes marítimos que redujo aún más las posibilidades de atraer europeos. Mientras en 1894, un pasaje desde Francia a Chile costaba 80 francos, en 1897 subió a 125 francos. Consecuente con este estado de limitaciones, el Gobierno chileno eliminó la propaganda lo cual también repercutía fuertemente en el interés de los posibles migrantes¹²⁰. En el aspecto político, hubo serios peligros de enfrentamientos con la República Argentina, lo que provocó masivos retornos de chilenos al país que debieron ser acogidos y ubicados por el gobierno. Al mismo tiempo, en Europa se tuvo noticias de la situación, lo cual obviamente inhibió los desplazamientos hacia Chile.

En 1905, superados los problemas anteriores, se comienza nuevamente un nuevo proceso de acción estatal orientado a reiniciar la inmigración de mano de obra especializada. Un hecho infausto vino a estimular la situación y a crear condiciones favorables para la inmigración. El terremoto de agosto de 1906, que afectó especialmente al puerto de Valparaíso determinó la necesidad de gran cantidad de mano de obra para llevar a cabo su reconstrucción. Tales circunstancias provocaron un aumento importante de los salarios¹²¹. Durante este período el Estado estableció el pago de los pasajes con lo cual facilitó una fuerte demanda por parte de los migrantes europeos. De tal modo que en 1907 llegaron 8.810 migrantes y en 1908 lo hicieron 5.484. Empero, la oferta era muy inferior al flujo migratorio, por lo cual pronto colapsó el mercado y comenzaron a producirse similares problemas a los vividos en la década de 1880.

A partir de noviembre de 1908 se puso término a la participación estatal en el financiamiento de los pasajes con lo cual se redujo significativamente el flujo migratorio. Se limitaron los envíos sólo a obreros con contrato o familiares de migrantes ya establecidos en Chile¹²².

La mayor parte de los migrantes que llegaron en esta época procedían de España. En 1907 lo hicieron 6.867 que en su mayoría eran del Norte de la Península Ibérica. Se hacía notar por parte de las autoridades que se privilegiaba tales regiones por cuanto "proporcionan la mejor gente por sus condiciones de laboriosidad, robusta condición y buenas costumbres"¹²³.

El aumento de la corriente migratoria y los problemas anexos trajo de inmediato diversas reacciones en la opinión pública. Por de pronto, salieron a relucir problemas como los que se han planteado: cuestionamiento de la calidad de los migrantes; falta de planificación estatal; competencia innecesaria para los trabajadores nacionales y diversas manifestaciones de carácter xenóforas.

Para muchos migrantes la venida a Chile constituyó una verdadera odisea. Muchos de ellos salían de sus países en forma clandestina por cuanto no contaban con la autorización de sus respectivos gobiernos. Los que lograban salvar los obs-

¹²⁰ *Memoria de Ajente Jeneral de Colonización de Chile en Europa*, París, 31 de marzo de 1899, pág. 145.

¹²¹ *Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización* presentada al Congreso Nacional, 1 de junio de 1910, pág. 464.

¹²² *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización* presentada al Congreso Nacional en 1908, pág. 119.

¹²³ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización* presentada al Congreso Nacional en 1909, pág. 170.

táculos en tierra, finalmente se embarcaban para continuar sometidos a variadas dificultades en el largo trayecto marítimo¹²⁴. Malas condiciones sanitarias, exceso de pasajeros, escasez y mala calidad de la comida, junto al mal trato por parte de la tripulación constituían un reiterado conjunto de quejas de los pasajeros, de entre los cuales no era extraño que algunos no alcanzaran a llegar a su destino¹²⁵.

A fines del año 1907, aparecieron informaciones en la prensa acerca de masivos desplazamientos de migrantes traídos por el Estado chileno hacia Argentina. Se hablaba de miles de europeos que no encontraron trabajo o no estuvieron conformes con los salarios que les ofrecían, los cuales, de acuerdo a los afectados, estaban muy por debajo de las expectativas y las ofertas realizadas en Europa. Resultaba, por consiguiente, que Chile estaba financiando la inmigración del país vecino¹²⁶.

Para esta época, mayoritariamente llegaron al país migrantes españoles, en razón de los problemas económicos que afectaban a la Península Ibérica. Sin embargo al poco tiempo comenzaron a percatarse de las limitaciones que existían en nuestro medio. Es así, que los propios organismos estatales tenían una meridiana claridad de la situación. El Consejo Superior de Emigración sostenía, muy certeramente, en un documento oficial:

“Chile no es país de inmigración, la fomentada oficialmente, más por espíritu de imitación que por necesidad fue un fracaso completo: Y era lógico; el argentino y el brasileño no trabajaba en el campo, dejan explotar el suelo a otros, ellos son los amos; el chileno lo ama más, lo cultiva por sí. De otra parte, Chile no tiene la riqueza agrícola que atesoran el Brasil y Argentina, ni reúne otros factores de importancia impulsores decisivos de la emigración. La distancia, la poca facilidad de comunicaciones comparada con las que ofrecen el Brasil y la Argentina y el escaso conocimiento que se tiene de Chile, contrastando con la propaganda incansable de otros países no eran estímulos muy poderosos para crear una intensa corriente migratoria. Chile, pues, no es, por el momento, país de inmigración española; tardará mucho en serlo, quizás no lo sea nunca en absoluto. La única expectativa actual para el español es el ejercicio del comercio, pero sin la risueña, fascinadora ilusión de amasar fortunas colosales, como las que se amasaron en otros países hispanoamericanos”¹²⁷.

¹²⁴ *El Mercurio* de Valparaíso, 16 de mayo de 1907 reproduce un cable desde Madrid en los siguientes terminos: “Ayer abandonaron Tortosa un centenar de obreros sin trabajo ni medios de subsistencia y se dirigieron a Burdeos a tomar un vapor que debe conducirlos a Chile. La despedida de los emigrantes fue tristísima”.

¹²⁵ Son múltiples las referencias a los problemas que tenían los pasajeros, sobre todo en los navíos de la Compañía Inglesa de Vapores. Uno de los pasajeros sostenía: “el viaje que he realizado a bordo del vapor *Orissa*, es el más amargo de toda mi vida y guardaré de él el más penoso recuerdo, por las escenas de verdadera barbarie que en él presencié”, en *El Mercurio*, Valparaíso 14 de junio de 1907.

¹²⁶ *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de octubre, 2 de noviembre, 24 de diciembre de 1907.

¹²⁷ Consejo Superior de Emigración de España, “La Emigración Española Transoceánica, Madrid, Hijos de T. Minuesa de los Ríos, 1916, pág. 168, en: Juan Antonio García, *La Rioja y los Riojanos en Chile, 1818-1970*, Soc. Impresora La Unión Limitada, Santiago 1995.

Con las medidas restrictivas adoptadas a fines de 1908, el número de migrantes disminuyó de manera ostensible. En 1909 llegaron al país 3.098 migrantes libres o industriales, cayendo sucesivamente los años posteriores hasta 1914, fecha que marca un período de contracción, como resultado del inicio de la I Guerra Mundial¹²⁸. En cuanto a la llegada de colonos se sabe que en 1912 se introdujeron 47 familias extranjeras y que en los años 1913 y 1914 no hubo ingresos¹²⁹. Entre 1915 y 1920 deben haber llegado unos 1.200 migrantes, los cuales, en su mayoría fueron italianos.

Para esta época se acentuaron las manifestaciones de carácter nacionalista, especialmente de parte de intelectuales procedentes de sectores medios. Sobresale en ese sentido, Nicolás Palacios, quien se planteó fuertemente en contra de la inmigración latina y especialmente de los italianos. Afirmaba: "Es seguro que desde que se encontraron por primera vez un chileno y un italiano se reconocieron mutuamente como almas completamente desemejantes"¹³⁰. Otros autores, como Tancredo Pinochet, apuntaban a los privilegios de que disfrutaban los extranjeros por parte del gobierno en concesiones territoriales, negociaciones y criticaba la sobrevaloración que se hacía de las culturas foráneas¹³¹. En un discurso de corte nacionalista concentran sus ataques en los españoles e italianos. Similar caso es el de J. Valdés Canje¹³².

A juicio de C. Solberg esta reacción nacionalista se extendió también a la Argentina y contrastaba fuertemente con esa suerte de misticismo inmigracionista del siglo pasado. En todo caso, las elites chilenas no se sintieron afectadas por esta fiebre nacionalista por cuanto su estructura de poder estaba intacta. Los extranjeros más que atentar en contra de los intereses de la plutocracia nacional, colaboraron con ella o se orientaron a actividades ajenas a sus inquietudes¹³³. En Chile no se evidencian choques de intereses sectoriales que enfrentarían a la tradicional clase terrateniente con la floreciente burguesía criolla. Mas bien hubo alianzas y coparticipación. Los inmigrantes se mantuvieron al margen de la actividad política, concentrados en sus negocios.

En la opinión pública también hubo manifestaciones y reacciones xenófobas. En las ciudades limítrofes del Norte hubo fuertes reacciones ante la llegada de grupos de chinos procedentes de Perú. En junio de 1907, se informaba de una manifestación de protesta pública en Iquique, por más de 10.000 personas contra la inmigración china¹³⁴. En la prensa se reiteran noticias y artículos referente a la inmigración asiática catalogándola de inconveniente¹³⁵. Posteriormente, en 1912, aparecen comentarios negativos relativos a la llegada de árabes y gitanos¹³⁶.

¹²⁸ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, 1909; G. Young, *op. cit.*, pág. 6.

¹²⁹ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, 1911-1914, pág. 368.

¹³⁰ *cit.* en Leonardo Mazzei, "El Discurso Antiinmigracionista en Nicolás Palacios", *Revista Atenea*, Universidad de Concepción, Chile, N°470, 1994, pág. 41.

¹³¹ Tancredo Pinochet Le Brun, *La Conquista de Chile en el Siglo xx*, Impág. Lit. y Encuadernación La Ilustración, Santiago 1919.

¹³² Julio Valdés Canje, *Chile Íntimo* en 1910, Imprenta Universitaria, Santiago 1910.

¹³³ Carl Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile 1890-1914*, University of Texas Press, Austin, 1970.

¹³⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de junio de 1907.

¹³⁵ *Ibidem*, 5, 6, 7, 8, 9, 13, 14, 15, 24 de julio; 2, 12, 14, 17 de agosto; 2 de septiembre.

¹³⁶ *Ibidem*, 14 de marzo.

En 1915 se intentó legislar para restringir la entrada de extranjeros. Al parecer las objeciones formuladas, ante la cancillería chilena, por el representante de Japón, que temía ver incluido a sus connacionales entre los inmigrantes vetados, paralizaron el proyecto¹³⁷. *El Mercurio* de esa época, solicitaba mayor rigor en el control del ingreso de "razas inferiores"¹³⁸.

Hacia 1917 nuevamente aparecen críticas, esta vez a las actividades de la Liga Alemana-Chilena por su proselitismo germanófilo considerado atentatorio a nuestros valores nacionales¹³⁹.

Retornada la normalidad, una vez finalizada la I Guerra, resurge la inquietud por la migración europea como también la preocupación por la entrada de extranjeros de otra procedencia. En informes oficiales de la cancillería se hace notar que se "ha introducido al país un considerable número de individuos de malos antecedentes y de escasas aptitudes para el trabajo", por lo cual se encarece que se apliquen con estrictez los controles pertinentes sobre "los individuos de características raciales contrapuestas a la nuestra"¹⁴⁰.

Hacia 1928 se advierten propósitos y gestiones orientadas a reactivar la inmigración europea. A fines de ese año se crea la Caja de Colonización Agrícola, y en marzo del año siguiente el Presidente de la República muestra su interés por traer 50.000 familias alemanas para poblar campos de explotación agrícola¹⁴¹. Se informa además que la Dirección de Obras Públicas ha sido autorizada para contratar 2.000 obreros europeos que habrán de ocuparse de diversos trabajos que el gobierno tiene en perspectiva¹⁴². Para el mes de agosto ya se encuentra en la Cámara de Diputados un completo proyecto de inmigración¹⁴³. Se piensa en establecer, en Chiloé, 1.000 familias de colonos, entregándoles 200 hectáreas a cada una. La mitad de ellas extranjeras¹⁴⁴.

A comienzos de 1930 llegaron desde Alemania unos 180 colonos destinados a Peñalolén¹⁴⁵. La crisis económica que afectó en especial a nuestro país, y la consiguiente caída del gobierno, luego de múltiples presiones populares, interrumpieron ese nuevo intento de desarrollar la actividad migratoria que había mostrado la dictadura de Carlos Ibáñez.

¹³⁷ *Ibidem*, 6 de junio.

¹³⁸ *Ibidem*, 8 de mayo de 1915.

¹³⁹ *Ibidem*, 25 de diciembre 1917.

¹⁴⁰ Ministerio de Relaciones Exteriores, Circular N°16, Santiago 28 de agosto 1925, en *Memoria Ministro de RR.EE.*, 1926.

¹⁴¹ *El Mercurio*, Valparaíso 23 de marzo 1929.

¹⁴² *Ibidem*, 4 de mayo de 1929.

¹⁴³ *Ibidem*, 22 de agosto de 1929.

¹⁴⁴ *Ibidem*, 10 de noviembre de 1929.

¹⁴⁵ *Ibidem*, 2 y 24 de abril de 1930.

CUADRO N° 1
INMIGRACIÓN INDUSTRIAL.
1882-1902

	Período		N°		Período		N°	
X	1882	-v	1884	0	1894	395		
VI	1884	-III	1885	46	1895	s/D		
IV	1885	-III	1886	422	1896	1.114		
IV	1886	-v	1887	214	1897	870		
VI	1887	-x	1888	613	1897	564		
XI	1888	-xii	1889	10.582	1899	548		
	1890			11.001	1900	936		
	1891			818	1901	1.449		
	1892			286	1902	86		
	1893			405				
					TOTAL	31.127		

Fuente : Nicolás Vega. La Inmigración Europea en Chile 1882 a 1995, *Boletín de la SOFOFA*, T, II, 1903.

CUADRO N°2
FAMILIAS DE COLONOS ESTABLECIDAS EN CHILOÉ
SEGÚN NACIONALIDAD.
1895-1897

Nacionalidad	N° de familias	N° de personas
Alemanes	82	461
Argentinos	2	12
Austriacos	5	38
Belgas	20	107
Brasileños	1	3
Chilenos	2	7
Espanoles	28	125
Franceses	48	218
Holandeses	31	218
Británicos	84	421
Italianos	2	18
Luxemburgueses	2	13
Polacos y rusos	4	28
Suecos	2	13
Suizos	7	41
Total	320	1.723

Fuente: Alfredo Weber, *Chiloé 1902*, Imprenta FUNDECHI, Ancud, 1981

CUADRO N° 3
 NACIONALIDADES DE LOS COLONOS ESTABLECIDOS
 EN LA FRONTERA, SEGÚN TEMPORADA DE LLEGADA.
 1883-1890

Temporadas	1ª	2ª	3ª	4ª	5ª	6ª	7ª	Total
Españoles	150	1	0	0	0	182	6	339
Franceses	215	291	278	92	53	468	170	1.567
Suizos	1.311	495	562	125	19	87	45	2.604
Alemanes	284	548	186	45	10	22	15	1.110
Italianos	7	0	11	0	8	0	22	48
Rusos	5	20	3	32	0	5	0	65
Ingleses	0	7	0	36	122	771	146	1.082
Norteamericanos	0	0	2	0	0	0	0	5
Belgas	0	0	2	0	0	54	0	58
Total	1.972	1.367	1.044	330	212	1.589	364	6.878

Fuente: Informes del Inspector General de Colonización en Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores, 1885-1890.

CUADRO N° 4
INDUSTRIAS DEL PAÍS SEGÚN LA NACIONALIDAD
DE SUS PROPIETARIOS POR GRUPOS.
1920

Grupos	Alemanes	Españoles	Franceses	Ingleses	Italianos	Nacionales	Mixto	S.A.	Sin Especific	Total
1. Alcoholes y bebidas	18	13	14	1	25	72	9	18	0	179
2. Alfarería y cerámica	2	0	2	0	0	0	0	4	0	8
3. Industrias de alimentos	47	120	54	7	99	378	20	40	4	827
4. Gas y electricidad	3	4	6	5	3	36	5	36	0	101
5. Astilleros	1	0	1	0	1	11	2	2	0	20
6. Confecciones y vestuario	6	96	40	1	48	116	4	10	0	353
7. Maderas	9	27	13	5	9	132	6	26	0	241
8. Materiales de construcción	3	11	5	0	12	23	2	4	0	64
9. Materiales textiles	0	1	0	0	9	13	0	11	0	34
10. Metales	23	13	17	12	25	118	10	12		241
11. Muebles	8	10	5	0	7	31	3	0		68
12. Papeles e impresos	7	10	4	8	7	98	6	19	1	168
13. Cueros y pieles	9	61	57	0	10	148	6	4	0	316
14. Productos químicos	13	8	7	0	11	63	3	36	1	147
15. Tabacos	1	0	3	2	1	30	2	3	1	48
16. Transporte	3	2	4	0	3	24	3	0	0	46
17. Industrias diversas	7	12	5	3	5	66	1	4	1	114
Total	160	388	237	44	275	1.359	82	229	8	2.975

Fuente : Oficina Central de Estadísticas, *Anuario Estadístico de la Rep. de Chile*, Vol. IX, Industria Manufacturera, 1920 (Soc. Imp. y Lit. Universo, Stgo.).

CUADRO N° 5
NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES
QUE HAN PROPORCIONADO DATOS EN 1918,
CLASIFICADOS SEGÚN EL MONTO DE LOS CAPITALES
Y LA NACIONALIDAD

Nacionalidad	Hasta 100.000		100.000-500.000		500.001-1.000.000		1.000.0001 y más	
	Nº	Capital	Nº	Capital	Nº	Capital	Nº	Capital
Chilena	18,753	85,366,072	196	43,050,725	27	21,532,354	33	188,400,384
Alemanas	251	4,780,512	28	6,614,529	7	5,864,000	1	1,430,000
Española	1,893	29,477,726	132	29,253,811	9	6,881,703	4	7,326,378
Francesa	335	7,770,642	50	10,653,083	7	5,200,000	4	8,200,000
Inglesa	157	5,159,103	37	8,452,333	3	1,900,000	8	26,625,300
Italiana	1,891	21,899,263	55	12,249,212	3	2,580,000	4	5,711,417
Subtotal	23,280	154,453,318	498	110,273,693	56	43,958,057	54	237,693,479
Otras Nacionalidades	3,313	33,156,200	100	23,704,050	10	6,767,224	17	89,019,339
Total	26,593	187,609,518	598	133,977,743	66	50,725,281	71	326,712,818

Fuente: *Anuario Estadístico de la República de Chile*, Vol. x, Comercio Exterior, 1919, Imprenta Soc. Imp. y Lit. Universo, 1920, Stgo.

CUADRO N° 6
POBLACIÓN EUROPEA EN CHILE.
1875-1930

Años	1875		1885		1895		1907		1920		1930	
	Nº	%										
Alemania	4.678	27.7	6.808	26.0	7.560	17.2	10.724	15.0	8.95	12.4	10.861	16.1
España	1.223	7.3	2.508	9.6	8.494	19.4	18.755	26.1	25.965	35.9	23.439	34.7
Francia	3.314	19.6	4.198	16.0	8.266	18.9	9.800	13.7	7.215	10	5.007	7.4
G. Bretaña	4.267	25.3	5.31	20.0	6.838	15.6	9.845	13.8	7.22	10	5.369	8.0
Italia	1.983	11.8	4.114	15.7	7.797	17.8	13.023	18.1	12.358	17.1	11.07	16.4
Otros	1.407	8.3	3.281	12.5	4.863	11.1	9.538	13.3	10.52	14.6	11.775	17.4
Total	16.872		26.219		43.818		71.685		72.225		67.521	

Fuente: Censos para los años indicados.

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA INAUGURACIÓN DEL VIADUCTO DEL MALLECO¹

Rafael Sagredo Baeza²

Entre los viajes realizados por José Manuel Balmaceda, el de octubre de 1890 que lo llevó a Collipulli resulta uno de los más significativos. En primer término, por las razones inmediatas que lo justifican, la inauguración del viaducto del Malleco, pero también por las oportunidades analíticas que ofrece respecto de la coyuntura política en que se produce. Ello, sin perjuicio de ilustrar fenómenos más generales involucrados en las excursiones del gobernante a la provincia, como lo es su intento de atraerse la adhesión, la simpatía, la voluntad de la población en general, y de la ciudadanía, en particular.

En este contexto, la entrega al uso público del viaducto del Malleco y de la vía férrea Renaico-Victoria representaron para Balmaceda una gran oportunidad de aparecer ligado a obras de progreso. De salir de la capital para recibir el aplauso de la provincia, palpar el sentir de los círculos ajenos a Santiago y, en definitiva, mostrar el apoyo que tenía.

Tales propósitos, también bastante claros para la oposición al Presidente, hicieron del desplazamiento a Collipulli algo más que un simple viaje presidencial. El mismo, y cada uno de sus componentes, se transformó en campo de batalla por el favor de la opinión pública; en la excusa para, según quien interpretara los hechos, exhibir la popularidad del jefe de Estado o señalar la indiferencia popular, cuando no rechazo, de su figura.

En este contexto, mostraremos la excursión del Presidente Balmaceda a inaugurar el viaducto del Malleco desde una dimensión poco habitual, pero no por ello menos real. En efecto, apreciaremos la entrega al uso público de esta obra de ingeniería tan celebrada como una manifestación de la lucha por la opinión, inserta en la disputa entre el Poder Ejecutivo y el Congreso Nacional. Como parte de la estrategia presidencial por ampliar su base de sustentación política y contrarrestar así el pretendido mayoritario apoyo que en la capital encontraba la causa de la oposición³.

Como se apreciará serán los hechos los que nos mostrarán y permitirán hacer comprensible nuestra interpretación. La aparentemente simple reconstrucción que hemos realizado de esta excursión bastará entonces para mostrar, des-

¹ Esta monografía fue preparada en el contexto del proyecto FONDECYT N° 1990567.

² Investigador del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y académico del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.

³ Un memorialista afirma que "en el fondo, el propósito de su viaje había sido sondear la opinión pública, pues también había levantado la bandera de las provincias contra la capital haciendo valer el centralismo santiaguino que las aplastaba". Véase Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Santiago, Ediciones Universidad de Chile, 1984, págs. 308-309.

de la perspectiva de la celebración de la inauguración de una obra pública, el progresivo deterioro de la convivencia nacional previa a la Guerra Civil de 1891; pero además, cómo los viajes de Balmaceda, motivados por el estreno de las obras públicas construidas durante su administración, fueron una instancia de lucha política por el favor de la opinión pública entre las fuerzas en contradicción.

A este respecto es preciso llamar la atención sobre el hecho de que los desplazamientos del gobernante al sur del país fueron objeto, en más de una ocasión, de censuras por el uso que éste hizo de ellos para fortalecer su imagen pública⁴.

La zona centro sur del país había sido la región más visitada por los gobernantes chilenos, entre otras razones, porque, en definitiva, resultaba decisiva en términos de la lucha por el poder⁵. Así, no debe extrañar que en cada uno de sus viajes por ella Balmaceda no sólo se esforzara por captar las simpatías de sus habitantes, sino que también debiera sufrir los intentos de sus oponentes por, precisamente, contrarrestar los efectos que sus viajes provocaban en la opinión. Afanes que, por cierto, en muchos casos se materializaron en reproches hacia el hecho mismo de la excursión oficial. Lo anterior, incluso antes de que la situación política se polarizara, como el viaje de octubre de 1890 lo demuestra, al grado de terminar arrastrando al país a una guerra civil⁶.

Los antecedentes expuestos permitirán comprender mejor por qué la excursión presidencial a Collipulli fue objeto de tan intensa polémica respecto de su verdadero significado y alcances. De hecho, y en lo que constituye un síntoma de la situación por la que atravesaba entonces el país, las dos últimas excursiones del presidente Balmaceda al sur sufrieron postergaciones derivadas de las alternativas de la lucha política que lo enfrentaba a la oposición⁷. Entre ellas, la que había impedido al Presidente convocar a la legislatura extraordinaria para que el Congreso aprobara la ley de presupuesto correspondiente a 1891, evitando así que las

⁴ Cuando en 1883 y 1889 José Manuel Balmaceda alcanzó a las provincias del norte, la opinión reflejada en la prensa se mostró mucho más comprensiva y favorable, obviando incluso la instrumentalización política de las giras.

⁵ El territorio que se extiende desde el Aconcagua al sur había sido la cuna de la nacionalidad, era el ámbito natural de las actividades que habían dado origen a la sociedad chilena, a la elite tradicional, a la aristocracia formada al amparo de la posesión de la tierra. Este espacio, densamente poblado en comparación con el norte, era el territorio en el cual vivían los sectores sociales más influyentes del país, unidos por múltiples relaciones, orgullosos de su origen y pasado, de su peso político, de su poder social, de su acción en favor del desenvolvimiento nacional. Eran ellos quienes formaban parte sustantiva de la opinión pública nacional, y a ellos se sumaban, cuando no seguían, las capas medias emergentes y los sectores que daban vida al movimiento popular que también hacían oír su voz y, además, contaban políticamente.

⁶ Recordemos que en septiembre de 1888, el viaje del Presidente Balmaceda a Chillán para asistir a las fiestas preparadas en honor a O'Higgins fue criticado por muchos medios al verse en ellos, más que un homenaje al prócer de la patria, uno destinado al Jefe de Estado. Una situación similar se vivió con motivo del desplazamiento del Presidente a Talca, ahora para ser objeto de una manifestación de aprecio. En aquella oportunidad se criticó el carácter político de un acto de naturaleza puramente social. Por último, recordemos que el viaje de Balmaceda a la inauguración de las líneas férreas de la provincia de Colchagua de enero de 1889 también fue censurado por representar un "agravio" para el Congreso Nacional al poner en marcha obras todavía no autorizadas por ese poder del Estado.

⁷ Luego de su desplazamiento a Collipulli, Balmaceda alcanzó hasta Concepción, en diciembre de 1891, para inaugurar los trabajos del dique seco de Talcahuano.

Cámaras censuraran un ministerio que no contaba con la confianza de la mayoría opositora.

Considerando que para el Presidente Balmaceda una acción como la que el Congreso pretendía realizar resultaba intolerable desde el momento en que él sostenía que el nombramiento de los secretarios de Estado era una atribución exclusiva del jefe de gobierno, y que ceder ante el Congreso implicaba afectar la dignidad presidencial y con ello a todo el sistema político, se apreciará adecuadamente la trascendencia política de los viajes de los últimos meses de 1890⁸. Ellos se realizaron en el espacio que contenía a la mayor parte de la población nacional, en medio de los que, en última instancia, decidirían la contienda trabada entre los poderes del Estado.

EL PRESIDENTE A COLLIPULLI

Numerosas fueron las postergaciones que sufrió la ceremonia de inauguración del viaducto del Malleco, la última de ellas, precisamente a causa de la crisis política que, a través de las alternativas y de los elementos comprometidos en dicho acto, pretendemos ilustrar. Por lo dicho es que no debe sorprender que el 13 de octubre se informaba que "con motivo de los recientes acontecimientos políticos, el Supremo Gobierno ha ordenado que se postergue la inauguración del viaducto del Malleco hasta el 25 del presente"⁹.

Las notas de prensa sobre el suceso que se esperaba no sólo ofrecían información sobre la fecha en que este se verificaría, también sobre los participantes y características del mismo. Así, por ejemplo, *El Estandarte Católico* aseguró que "S.E., algunos miembros del gabinete, militares de alta graduación, miembros del Senado y la

⁸ Cuando las Cámaras estaban en receso, la Constitución disponía que sesionara la Comisión Conservadora, institución prevista para velar por la legalidad de los actos de la administración y cuya composición se determinaba por sorteo entre los parlamentarios. En diciembre de 1891, y al estar controlada por la oposición, ésta actuaba más como ente político crítico del gobierno que como órgano jurídico. De hecho, y según un testimonio, "la Comisión Conservadora se había convertido en un foco de violenta incitación a la revuelta". Véase Emilio Rodríguez Mendoza, *¿Como si fuera ayer...*, Santiago, Casa Editorial "Minerva", 1919, pág. 117. No está demás señalar que las sesiones de este organismo eran públicas y que sus actas se difundían profusamente por la prensa. Así, por ejemplo, *El Independiente* del 16 de diciembre de 1890 reproduce el acta de la sesión del día anterior en el que uno de los congresales repudia la represión ejercida contra los manifestantes opositores a Balmaceda durante la visita de éste a Concepción, obteniendo, "(aplausos atronadores en las galerías)".

⁹ *La Voz* del 10, *El Estandarte Católico* del 13 y *El Mercurio* del 14, todos de octubre de 1890. La información se refiere a la crisis ministerial motivada por la renuncia de los secretarios de Estado, la cual sólo se resolvió el día 15 con el nombramiento de los nuevos. *La Voz* de Traiguén, junto con entregar la información de la nueva fecha, comentaba: "¡Ojalá que tan cacareada fiesta no vuelva a sufrir otra postergación!".

De acuerdo con *El Mercurio* del 3 y *La Discusión* del 4 de septiembre de 1890, el 8 de septiembre había sido la fecha primitivamente elegida para la inauguración del viaducto del Malleco, siendo ésta más tarde aplazada para el 25 del mismo mes. Según *El Mercurio*, recogiendo una información publicada por *El Estandarte Católico*, ella se realizaría "con toda la solemnidad digna de una obra cuyo costo y colosales dimensiones han resonado ya traspasando los dinteles de la América". Sin embargo, a pocos días de la fecha fijada, una información ofrecida por *El Colono* de Angol del día 22 de septiembre, hacía saber que la "gran fiesta del puente del Malleco no se verificaría hasta el 15 o 20 del mes próximo, según lo ha anunciado el ingeniero en jefe, señor Eduardo Vigneaux".

Cámara de Diputados, algunos intendentes de provincias y gobernadores, representantes de la prensa de Santiago y muchos otros caballeros asistirían". También, que para recibir a la primera autoridad civil y a su numerosa comitiva, "se piden erogaciones a Angol y Collipulli", habiéndose reunido ya "la suma de ocho mil pesos que será invertida en banquetes, arreglo de la ciudad y algunas otras fiestas"¹⁰.

A partir del 21 de octubre comenzó a informarse que la inauguración del viaducto tendría lugar, "definitivamente, el próximo domingo 26, según se ha acordado entre el Supremo Gobierno y el ingeniero de la grande obra del Malleco"¹¹.

Establecida la fecha precisa del acto en Collipulli, no sólo se iniciaron los preparativos pertinentes, además, algunas poblaciones de la provincia decidieron hacer saber a través de sus autoridades su interés por recibir al Presidente. Así ocurrió con los habitantes de Traiguén, a los cuales S.E. contestó que, deseando hacer un viaje lo más corto posible, no le era posible acceder a su petición¹².

En tanto en Angol, la I. Municipalidad acordó reunirse para decidir la manera "digna como deberá recibirse al Jefe de Estado", tratando de cumplir, aseguraba *El Colono*, a la vez que la justificaba, "con la cortesía oficial que le impone la representación de la provincia". Además, se informó de las tareas de engalanamiento de los edificios y avenidas de Angol, de la estación, el liceo y el alojamiento de Balmaceda¹³.

Por otra parte, *El Mercurio* del 24 informó que varias autoridades del puerto de Valparaíso habían sido invitadas a la inauguración del viaducto, todas las cuales partirían el sábado a las 7 a.m. desde la capital en el convoy que conduciría también al jefe de Estado. Desde Concepción, *El Correo del Sur* hacía saber que de aquella ciudad saldría un tren especial directo a Collipulli conduciendo al intendente de la provincia Guillermo Carvallo, al obispo Plácido Labarca, a los gobernadores de la misma y a los funcionarios invitados¹⁴.

¹⁰ Véase *El Estandarte Católico* del 4 de octubre. La información llevó a *El Colono* a afirmar que se "ve que la recepción presidencial va a ser espléndida y digna del primer mandatario". Agregando que octubre será, pues, en adelante "el mes predilecto de los collipullenses por el honor que acaban de recibir con motivo de la visita del diocesano y por el que les otorgará en breves días más la presencia de S.E.". Texto reproducido en *El Estandarte Católico* del 12 de octubre de 1890.

¹¹ *El Estandarte Católico* del 21, *La Época* del 22, *El Colono* del 23, y *La Prensa* del 24, todos de octubre de 1890. *La Época*, además, informó que la comitiva oficial partiría el sábado 25 de Santiago en un tren especial y volvería el lunes 27.

¹² *El Estandarte Católico* del 21 de octubre.

¹³ Véanse *El Colono* del 23 y 24 y *La Libertad Católica* del 26, todos de octubre de 1890. En la nota se informaba que en la recepción oficial en Angol participarían los colegios, la corporación municipal y los particulares y que el día de la inauguración, dos horas antes de la partida del convoy presidencial para Collipulli, saldría un tren especial en el cual podrían embarcarse todas las personas que desearan presenciar la fiesta.

¹⁴ Véase *La Libertad Católica* del 25, y la nota reproducida en *El Estandarte Católico* también del 25, ambos de octubre de 1890. *El Estandarte*, en su edición del día anterior, había informado del "mucho entusiasmo que se nota en Santiago para asistir a las fiestas oficiales que tendrán lugar el domingo con motivo de la inauguración del Malleco". En la misma fecha, hizo saber que ante una consulta, el director general de los Ferrocarriles del Estado informó al Ministerio de Industria que el "tren especial que debe partir para Angol, no puede dar cabida a más de ciento cincuenta pasajeros". Lo anterior, quizás por que ya se había advertido sobre el crecido número de participantes en la excursión, a los que todavía había que agregar, "los intendentes y gobernadores de los pueblos por donde pase ésta que también se sumarán a ella". Véase *El Mercurio*, 24 de octubre de 1890.

Los periódicos de la fecha elegida para emprender el viaje oficial informaron que "a las 7:30 de la mañana de hoy deberá salir de Santiago el tren expreso que conduce al Presidente de la República y personas invitadas a la inauguración del Viaducto del Malleco"¹⁵.

En ellos, junto a la información de la partida, se afirmaba que Balmaceda sería acompañado por los ministros Vicuña, Godoy, Barros, Casanova y Allendes y que la comitiva oficial estaría formada por cerca de doscientas personas, entre ellos los generales Velázquez y Barbosa¹⁶. *La Época* incrementa el número de participantes a trescientas personas más o menos, a los que califica de "zánganos presidenciales", entre los cuales considera a "los de *La Nación*"¹⁷.

El desplazamiento hacia Angol de S.E. y comitiva oficial se verificó, finalmente, el día sábado 25 de octubre por la mañana.

EL VIAJE DE LA COMITIVA/SÉQUITO PRESIDENCIAL

Según se informó, el tren especial que conducía a Balmaceda y acompañantes había iniciado su marcha desde la estación central de los ferrocarriles poco después de las 7:00 hrs. Para algunos medios, los *cucalones* y *attachés* que viajaban con el gobernante formaban un "séquito numeroso" que, en opinión del opositor *La Época*, "tomó por asalto los carros", ansioso cada cual por apoderarse de las mejores colocaciones. Según éste, "el Presidente iba perfectamente servido y mimado por sus lacayos". El todavía independiente *El Ferrocarril*, señaló que "S.E. salió acompañado de varios de sus ministros y considerable número de personas". El ya opositor *El Mercurio*, afirmó que el numeroso séquito se descomponía en esta forma: "sargentos y cabos del ejército, soldados, empleados, aspirantes y cortesanos de toda estofa". Para este medio, reproduciendo una información del antibalmacedista *La Libertad* de Talca, el número de carros que arrastraba la locomotora a su paso por aquella ciudad era "cuantioso, porque ¿a quién no le gusta pasear de balde, comer de balde y beber de balde?"¹⁸.

¹⁵ *El Ferrocarril*, *La Época* y *El Estandarte Católico* del 25 de octubre de 1890. El diario oficialista *La Nación* había señalado el programa del Jefe de Estado y sus acompañantes, "S.E. -informó- pasará la noche en Angol, al día siguiente, es decir el domingo, partirá a Collipulli, donde tendrá lugar el acto de inauguración a las 11 a.m.", luego de lo cual "será obsequiado en Collipulli con un gran banquete y regresará después a Angol para volver a Santiago". En la nota señalaba que en el banquete se "repartirán medallas conmemorativas de la fiesta" y que el tren especial que partiría el sábado 25 tomaría invitados en Rancagua, Colchagua, San Fernando, Curicó, Talca y Linares, pues desde Chillán al sur, "los invitados partirán en trenes especiales que se unirán al tren de S.E. y comitiva de Santiago". Tomado de la edición del día 24 de octubre.

¹⁶ *La Nación* del 24 advierte que no le fue posible obtener la lista de los invitados, "pues todos los ministerios han repartido invitaciones y hasta la hora que escribimos todavía se están repartiendo". Pese a todo, agrega, "pudimos tomar algunos nombres al escape", entregando una lista con sesenta y dos personas. Esta información fue reproducida en *El Ferrocarril* del 25. Todos los nombres que proporciona *La Nación* se encuentran en la lista que publicó *El Colono* del 27 de octubre de 1890.

¹⁷ Según este medio opositor, "como los presidenciales no pueden andar sin llevar consigo el *huachacay*, los barriles de aguardiente marca 'Bunster' y los cajones de cerveza marca 'cañamo', el peso del convoy será tal que, 'librelos Dios de sufrir un descarrilamiento y perder la vida de tanto buen servidor de la república o de tanto bicho presupuestivo'".

¹⁸ Véanse ediciones de los medios citados del 26 y 27 de octubre de 1890.

Como se aprecia, diversos sustantivos se usaron para aludir a los viajeros según la posición política, y por lo tanto la postura crítica o no respecto del viaje, de los informantes.

El convoy, compuesto por siete carros, hizo saber *El Independiente*, fue presidido por una máquina que, a tres kilómetros de distancia, tenía como misión advertir y "remover los guijarros y obstáculos que entorpecieran la vía"¹⁹. También se hizo saber que si los "escudos y banderolas que adornaban el último carro" hacían pensar que ese era el destinado a S.E., lo cierto es que "el señor Balmaceda tuvo la modestia (!) de tomar uno de los carros anteriores, no obstante de ir revuelto y en plena confraternidad con toda la gente menuda de la comitiva. *iRisum tensatis!*"

El tren presidencial pasó por San Fernando, informándose que "a pesar del bombo, citaciones, etc. que se emplearon para hacer numerosa la asistencia a la estación de los ferrocarriles a la pasada de don José Manuel para Angol, la concurrencia fue escasa"²⁰.

Al llegar el convoy oficial a la estación de Curicó, informa *El Ferrocarril del Sur*, en el lugar se encontraban todos los colegios de la ciudad, los cuales habían sido citados a "solemnizar" la llegada del Presidente. También se había hecho venir a la guardia municipal y a los empleados públicos, todos ellos, según nuestra fuente, "obligados a concurrir y sometidos a la voluntad del Intendente con el exclusivo objeto de rendir vasallaje al pobre traficante del honor del país que se dirigía al sur por negocios políticos y so pretexto de ir a inaugurar el viaducto del Malleco". Fuera de esos "personajes obligados", se concluía, "no había más"²¹.

La información continúa señalando que eran las 11:00 a.m. cuando unas "docientas treinta personas descendieron del tren real y se repartieron en los dos comedores que al efecto se les tenía preparados"; que "la majestad del señor Balmaceda ocupó el departamento principal", y que a "su lado se sentaron sus más leales vasallos, entre otros, los ministros de Industria y Obras Públicas, de Relaciones Exteriores, de Justicia y un hermano del delfín señor Sanfuentes".

En medio de las piezas de la banda musical que amenizaban el almuerzo, y mientras los soldados de la guardia municipal guardaban las puertas de los carros que componían el convoy, "el Intendente de Curicó y su cohorte de empleados públicos", se informó, "rindieron pleito homenaje a su majestad. Finalmente, concluye la cáustica crónica, "y luego de despedirse la comisión oficial del reducido número de empleados que debían quedar en Curicó, el convoy presidencial partió... la banda tocó la canción nacional y los colegios comenzaron a retirarse de la estación"²².

¹⁹ Según este periódico, había sido el propio Balmaceda quien había ordenado la medida. Esta información, como la siguiente, también fue ofrecida por *El Mercurio* del 27 de octubre de 1890. De acuerdo con *El Ferrocarril* del 28, reproduciendo una nota de *Los Tiempos*, el convoy incluía el que llama "carro particular de S.E."

²⁰ *El Mercurio* del 27, citando una nota de *El Progreso* del 26, ambos de octubre de 1890.

²¹ Crónica reproducida en *El Mercurio* del 28 de octubre de 1890. El informante agrega que es "verdad también que estaban todos los soldados de policía y su jefe; pero que, antes que popularidad y prestigio para el Presidente, eso significaba deshonor, baja y ruindad".

²² *El Ferrocarril del Sur*, en medio de la crónica, desliza comentarios contra los balmacedistas y censura el costo que representaba al "pobre erario nacional" el viaje presidencial. *La Época*, por su parte, informó que a la comitiva oficial en Curicó se le hizo "el vacío más brillante", afirmando que aquella ciudad "se ha portado perfectamente", y que "ni la curiosidad pudo arrastrar al pueblo tan ávido siempre de esta clase de acontecimientos". Véase edición del 30 de octubre de 1890.

A las 12:15, la comitiva presidencial se dejó ver en Talca donde, según *La Libertad* del 26, "la sociedad y el pueblo le hicieron a S.E. una descomunal recepción, tal como él no se la imaginaba, ciertamente". A continuación relata que contadas las "personas que, social y políticamente hablando, pueden constituir en ciertas circunstancias, la flor y nata de un pueblo", éstas "no pasaban de *quin-ce*, y nos alargamos mucho", advertía; todo lo demás, "y esto sea dicho sin ofender a nadie -continuaba-, era gente de poco más o menos y que, por lo tanto, nada vale en la decisión de los asuntos públicos, ni quitan ni ponen rey, por otra parte"²³.

Según la crónica del viaje presidencial ofrecida por *El Mercurio*, en Talca no hubo ninguna manifestación, ni favorable ni adversa a Balmaceda, como no sea la de un ciudadano que gritó: "¡Viva el Presidente... *Malmaceda*". Para el periódico, a este "pobre le habían enseñado y pagado, sin duda, para que rompiera el fuego de las ovaciones, la cual, sin embargo, "fue ahogada por otro individuo del pueblo". De esta forma, concluye, se verificó la "solemne y universal ovación", luego de lo cual la "concurcencia se retiró de la estación, entre triste y compasiva, como cuando se despide un duelo a las puertas del cementerio, pues, se preguntaba, ¿y qué otra cosa que un cadáver político y social es actualmente el Presidente de la República"²⁴.

Para el balmacedista *Los Tiempos*, en cambio, el convoy presidencial arribó a una estación talquina "engalanada con multitud de banderas nacionales que presentaban un aspecto magnífico", y en la cual llamaba la atención "la pila improvisada que había en el atrio de la misma exhibiendo varios juegos de agua". Sobre ella, y descansando en la pared, se apreciaba, informa, "un precioso trofeo, en el que se mostraban las herramientas de la mecánica, de la agricultura, útiles de telégrafos y otros de notoria significación". En el mismo trofeo, y en su pie, se exhibía esta frase: "Honor al Excmo. señor Balmaceda". De acuerdo con este diario, la concurrencia, que fue muy numerosa, al entrar el tren presidencial en la estación, "prorrumpió en vivas a S.E.", todo, en medio de los sonos de la banda de los padres salesianos²⁵.

En Chillán, los empleados públicos también habían sido "amablemente invitados por el Intendente a ver pasar a S.E.", de tal manera que, según *La Discusión* del 26 de octubre, "consecuentes con tan galante invitación", éstos se hallaban en masa en la estación de los ferrocarriles con una o dos horas de anticipación".

²³ Reproducido en *El Mercurio* del 27 de octubre de 1890. Según una nota de *La Libertad Electoral* reproducida en *El Mercurio* del día 8 de noviembre, entre Curicó y Talca la máquina se descompuso, y su conductor se vio obligado a detener el convoy presidencial repentinamente, lo cual "causó profundo estupor en el señor Balmaceda, quien tembloroso y casi sin aliento se puso de pie, preguntando qué sucedía". La nota es una muestra de los temores que, según la prensa de oposición, embargaban a Balmaceda.

²⁴ Esta nota, además, apareció reproducida en *La Época* del 28 de octubre de 1890.

²⁵ Nuestra fuente explica que en razón de que el convoy adelantó su arribo a Talca en media hora, "muchas personas y familias llegaron a la estación cuando, después de diez minutos, el tren siguió su marcha". También informa que en ella tomaron el citado tren el intendente señor Prieto Valdés, don Eugenio Choteau y otros caballeros que van a la inauguración del Malleco". El texto de *Los Tiempos* aparece reproducido en *El Ferrocarril* y *El Estandarte Católico* del 28 de octubre de 1890.

Junto a ellos, se encontraban "unas cuantas decenas de curiosos, que nunca faltan". Para nuestro informante, la entrada en la estación del tren oficial, cerca de las 4:00 p.m. "fue fría, hasta parecer triste". A Balmaceda, "que salió al balcón y enderezó a la fría concurrencia uno de sus saludos característicos", se le apreció "visiblemente pálido y enflaquecido". Luego de su ademán, que sólo fue contestado con "unos cuantos vivas aislados y sin espontaneidad alguna", el Presidente se apresuró a volver a su asiento, mientras la banda de música "disimulaba con sus acordes aquella falta absoluta de entusiasmo popular"²⁶.

Mientras el convoy presidencial avanzaba, en Angol el aviso de que S.E. entraba a la estación de Chillán hizo suponer a los anfitriones que, "si no demora mucho en alguna de las estaciones hacia el sur, llegará a la ciudad a las seis de la tarde"²⁷. Una vez conocida la aproximación del Jefe de Estado, y de acuerdo a lo que se había acordado con anterioridad, el Intendente de la provincia se puso en marcha para San Rosendo en un tren especial y con una comitiva de personas distinguidas²⁸.

Pero los angolinos no fueron los únicos que se movilizaron pues, también se informó que los "traigueninos han salido hacia Victoria para recibir mañana al Presidente de la República". Igual cosa se dijo de los chillanejos que, encabezados por "el intendente y casi toda la sociedad de este pueblo", se embarcaron el día 26 a las 7:00 a.m. en un tren especial. En él también subió el Gobernador de Bulnes que, en opinión de un corresponsal, "iba vestido de carácter, es decir, de tarro y bastón de la época de Luis XVI"²⁹.

²⁶ El *reporter* de *La Discusión* termina su crónica informando que "un mozo que formaba parte de la comitiva de S.E. y que ya venía atrozmente enronquecido de tanto vivir al supremo, gritó ¡Viva el señor Balmaceda! y casi nadie le hizo caso". Agregando que "la pasada de S.E. por Chillán ha sido pues, un verdadero fiasco. ¡Cuán de otro modo se hubiera portado el pueblo de Chillán si el señor Balmaceda, en la presidencia, hubiera sido consecuente con las ideas de aquel simpático diputado por Carelmapu de tiempos que ya pasaron!". Según este periódico, "un chasco ridículo" se produjo en la estación cuando un joven demócrata presente en ella contestó al grito de un oficialista que avivó al candidato gubernamental: "Abajo porque sería la ruina de la nación". La información relata que el joven Carlos Saavedra fue apresado, y que sólo la oportuna intervención del juez letrado Silva logró su libertad, concluyendo que "bajo la liberal administración del señor Balmaceda, el país ha perdido hasta la libertad del *pataleo*, única que había respetado hasta aquí". Esta crónica apareció también en *El Ferrocarril*, *El Mercurio* y *El Estandarte Católico* del 28 de octubre de 1890.

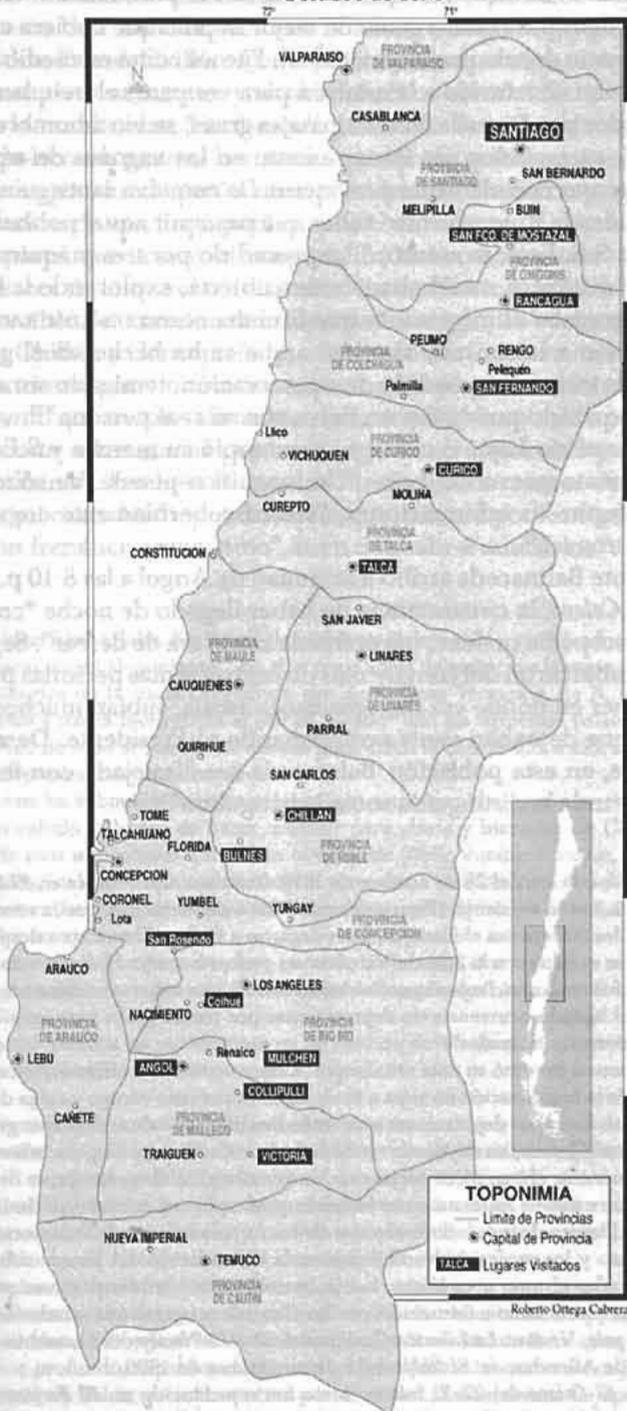
²⁷ *El Colono* del 25. La nota también se encuentra reproducida en *El Ferrocarril* y *El Estandarte Católico* del 28, ambos de octubre de 1890.

²⁸ De acuerdo con nuestra fuente, lo acompañaron: "los señores juez letrado, alcalde municipal, los regidores Ottone, Ríos, Osses y otros más; el senador don José Bunster, párroco don Ismael Méndez, comandante de Carabineros, comandante de Zapadores; también iba el tesorero fiscal con el interventor y el tesorero de la Junta de Beneficencia don Isidro Palma con su respectivo colega señor Cueto. Iban de uniforme el mayor don Vicente Calvo y el de igual clase don Manuel Antonio Jarpa y el coronel del batallón cívico don José M. del Castro, el rector del liceo con todo el cuerpo de empleados y profesores, don José Antonio Soto Salas, el diputado Novoa, el secretario de la Intendencia don Enrique del Campo, el cirujano del ejército don Emilio Moreno y muchos otros caballeros", que no hubo tiempo de anotar, informó el *reporter*. A esta comitiva se unía, nos dice éste, "la banda del regimiento de Carabineros y mucha gente del pueblo". Véase *El Colono* del 24 y 25 de octubre de 1890.

²⁹ Véanse *La Libertad Católica* el día 26 y *El Ferrocarril* y *El Mercurio* del 28, todos de octubre de 1890.

VIAJE A COLLIPULLI

Octubre de 1890



De acuerdo con las noticias de *La Discusión*, como el tren especial y gratis que partiría de Chillán se mostraba con poca concurrencia poco antes de iniciar su marcha, se dio la orden "para que la gente de mejor trapillo que hubiera en la estación llenara el gran vacío dejado por los invitados". Fue así como en medio del júbilo de los que sólo habían concurrido a la estación para ver partir el tren, lamentando no ser los favorecidos por "aquella feria de pasajes gratis, se vio a hombres y mujeres, viejas y niños", apresurados por tomar asiento en los vagones de aquel "convoy destinado a engrosar con elemento provinciano la comitiva santiaguina de S.E."³⁰.

A las 4:20, desde Bulnes se hizo saber que pasó por aquel poblado el convoy que conducía a S.E. Éste, se asentó, "iba precedido por tres máquinas solas que, de distancia en distancia, marchaban en descubierto, explorando la línea". Parece que S.E. —agregaba el informante que firmaba como UN ADMIRADOR DEL MIEDO—, "en atención a lo no muy simpático que se ha hecho en el gobierno, ha creído prudente tomar esta medida de conservación, temiendo sin duda que algún suceso inesperado pueda dar en tierra con su real persona"³¹.

Al enfrentar el río Laja, el convoy interrumpió su marcha y S.E. procedió a inaugurar el puente nuevo del Laja. "Un magnífico puente, de sólida construcción", y que, según las informaciones, "estaba soberbiamente engalanado con guirnaldas y coronas"³².

El presidente Balmaceda arribó a la ciudad de Angol a las 8:10 p.m. del sábado 25. Para *El Colono*, la circunstancia de haber llegado de noche "contribuyó en parte a que la recepción no fuera tan animada como era de desear". Según la información, "desembarcaron del convoy más de cuatrocientas personas pues, al pasar por las estaciones en donde era de rigor hacer escala, subían muchos vecinos de otros pueblos que deseaban venir acompañando al Presidente. De acuerdo con otro informante, en esta población Balmaceda fue "festejado con indescriptible entusiasmos por toda la distinguida sociedad angolina"³³.

³⁰ Fuente citada, edición del 28 de octubre de 1890. También reproducida en *El Mercurio* del 30. La nota se completa con lo siguiente: "Pero estaba de Dios o del demonio, que la suerte no había de seguir sonriendo a los cortejantes chillanejos, pues llegaron a Collipulli una hora después de la inauguración. Muchos se quedaron a la luna de Valencia sin probar bocado. El regreso de la zarandada comitiva chillaneja fue nocturno, llegando a esta ciudad los infelices viajeros malhumorados y mohinos, maldiciendo la mal hadada ocurrencia de dejarse tentar por trenes gratis para asistir improvisadamente a inauguraciones anticipadas".

³¹ Este corresponsal terminó su nota señalando: "Como verdaderos chilenos, hacemos votos por que S.E. en el acto de la inauguración no vaya a tener algún imprevisto vértigo y caiga de cabeza desde aquel elevado puente, lo que no dejaría de ser una verdadera desgracia de sentimiento general". Reproducido de *La Libertad Electoral*, en *El Mercurio* y *El Estandarte Católico* del 28 de octubre de 1890.

³² En esta ceremonia, el ingeniero Alejandro Varas entregó la obra. Luego, se dirigió a los presentes —entre los que estaban los constructores Lever y Murphy— el ministro de Industria y Obras Públicas Eulogio Allendes. Éste se refirió al valor de los ferrocarriles en la vida nacional, al trabajo del capital, el obrero y los profesionales chilenos en la culminación del puente sobre el Laja y al Presidente Balmaceda, el que, a su juicio, había correspondido a la esperanza que los pueblos habían cifrado en su patriotismo e ilustración con las obras de progreso que su administración había emprendido en el país. Véanse *La Libertad Católica* del 29 y *La Nación* del 31, ambos de octubre. El texto del discurso de Allendes, en *El Nuble* del 5 de noviembre de 1890.

³³ Edición de *El Colono* del 27. El mismo texto fue reproducido en *El Ferrocarril* del 29 y *El Estandarte Católico* del 30, todos de octubre de 1890. Según estas fuentes, junto con Balmaceda, des-

Así culminaba la primera etapa de un viaje que para el corresponsal de *El Comercio*, había "sido todo una ovación continuada; espléndido bajo todo punto de vista", pues en las estaciones de "San Bernardo, Buin, Rancagua, San Fernando, Curicó, Talca, Parral, Chillán, Concepción, y muchas otras, un gentío inmenso llenaba por completo su recinto, y vivaba frenético al señor Balmaceda"³⁴. Según éste, en todas la nombradas, "recibió S.E. calurosas manifestaciones de aprecio y simpatía", todo lo cual, junto al hermoso espectáculo que abarcó todos los puntos de la línea férrea por donde pasó el tren presidencial, "hicieron parecer su excursión la celebración de una fiesta pública, por el entusiasmo y alegría de los que en ella tomaron parte, que la simple inauguración del notable puente del Malleco".

Componentes de lo que el corresponsal llama "fiesta patriótica" eran los saludos que S.E. recibió de comisiones de los más "distinguidos vecinos de Rancagua, Curicó, Talca, Chillán y Concepción", todas las cuales lo felicitaron "calurosamente por el acierto energía y patriotismo que ha desplegado en la actual situación política; teniendo que evitar -afirmaba-, la anarquía y la ruina de nuestras instituciones seriamente amenazadas por las intrigas y conducta anti-patriótica de un Congreso Bizantino". También lo eran los "hermosísimos ramos de flores" que de ellas recibió; así como las "repetidas veces que, instado por los ciudadanos que lo vitoreaban con frenético entusiasmo", tuvo que salir a saludarlos³⁵.

embarcaron sus hijas Elisa y Julia. En Angol el presidente Balmaceda y sus hijas fueron instalados en un "elegante y harto lujoso alojamiento". En él, y poco antes de sentarse a la mesa, recibió a un niño de uno de los colegios de la ciudad regentado por doña Rosa Vergara v. de R., el que acudió "a ofrecer sus respetos y dar la bienvenida al Jefe de Estado" con las siguientes palabras:

"Señor: La voz de todo el pueblo ha sonado para daros la bienvenida a esta región del sur que encierra tanto del porvenir de nuestra patria.

Esa misma voz ha tributado también aplauso a vuestro nombre, en presencia del gran monumento que os ha cabido la honra de hacer concluir para gloria y bienestar de Chile.

En medio de esos testimonios que deben henchir de júbilo vuestro corazón, recibid, señor, la palabra de nosotros, los que ahora principiamos a aprender a ser hombres; la palabra de los niños, que os promete recordar siempre este día solemne en que principian los beneficios que hemos de ser los principales en aprovechar.

Algún día, cuando llegue para nosotros la tarde de la vida, diremos a los niños de entonces, mostrándoles el grandioso monumento: Esta fue una de las grandes obras que llevó a cabo el Presidente Balmaceda.

Que la gratitud pública os recompense en la medida de vuestros servicios en vuestro puesto actual de padre de la familia chilena!

He dicho".

Según el cronista, S.E. manifestó el "más vivo entusiasmo al oír la propiedad y desenvoltura con que se expresó el chiquillo y hubo de hacerle varios mimos y hablarle en términos muy cariñosos, quitándose el sombrero y felicitando al pueblo que tenía hijos tan precoces e inteligentes: palabras que fueron aplaudidas por una masa de pueblo que estaba de pie en la plaza de Villa Alegre. Asimismo cumplimentó a dicha profesora agradeciéndole su atención".

³⁴ Reproducido en *El Ferrocarril* del 28 de octubre de 1890.

³⁵ Según esta fuente, las flores venían "forradas con cartulina en raso de seda y con cintas, que llevaban las siguientes inscripciones, en letras doradas: Prueba de admiración y respetuosa gratitud al esclarecido ciudadano señor José M. Balmaceda, de La Sociedad de Rancagua.- Al tribuno elocuente, al pensador profundo, al patriota esclarecido, al presidente laborioso señor J.M. Balmaceda.- La Juventud Liberal de Talca; y muchos otros por el estilo". Las muestras de aprecio popular se justificaban, para el enviado de *El Comercio*, en que el pueblo liberal "esta hoy, como siempre, al lado

Por último, el mismo 25 de octubre, día del viaje de la comitiva oficial a Angol, *El Colono* presentó a través de su página editorial un respetuoso saludo, "lleno de la más viva satisfacción", a S.E. el Presidente de la República. Luego de precisar las ventajas que el viaducto proporcionaría, el texto concluía tributando, en nombre del país y de Angol, "una acción de gracias al gobierno que ha llevado a cabo tan patriótica obra"; demostrando con ello que todavía en algunos puntos alejados de la capital la imagen de Balmaceda mantenía su prestigio y era objeto de las consideraciones propias de su alta investidura³⁶.

Otra muestra de lo dicho -el favor provinciano hacia Balmaceda- es que en la misma edición en que lo saludaba *El Colono* editorializó sobre "la crisis política", opinando que en la agitación "había mucho de ficticio" y que al movimiento de la propaganda le faltaba, "en gran parte, la apariencia de sinceridad". En su concepto, la promulgación reciente de las leyes de municipalidades y de elecciones habían hecho desaparecer completa, "absolutamente, todo lo que servía de pretexto a la agitación que se había tratado de difundir desde Santiago"; de tal forma que ya no se podía decir que el Presidente "era un soberano sin corona, revestido de un poder omnímodo, y que era él quien podía imponer a sus sucesor a despecho del país"³⁷.

Sancionadas las leyes, creía *El Colono*, la oposición había conseguido sus pretensiones, y pasaba a "cosa harto secundaria que el gabinete encargado de hacerlas ejecutar se compusiera de estos o aquellos ministros", de tal forma que, argumentaba, el cambio de secretarios reciente no justificaba "la misma vociferación que cuando se alegaba la omnipotencia presidencial". Puesto que no había fundamentos para esta "declaración de la prensa y del *meeting*", era cosa clara y probada que en realidad "sólo se aspira a imponer al Presidente gabinetes a cuya sombra los partidos de oposición puedan hacer lo mismo que parecía indignarlos tanto si lo hacía el gobierno: falsear las elecciones e imponer un candidato"³⁸.

Si bien es cierto las crónicas de la excursión presidencial mostraban criterios muy dispares para apreciar los hechos al paso de la comitiva o cortejo, según quien informara; lo cierto es que al parecer todavía la opinión pública se mostraba indecisa sobre cual resolución final adoptar en la disputa que enfrentaba al ejecutivo con el legislativo.

del progresista mandatario que en los cuatro años que gobierna el país, ha sembrado el bien, el trabajo y el progreso en todos sus confines". De tal manera que, agregaba, "casi no hay un pueblo, una villa, una miserable aldea que no haya recibido algún adelanto material, como la construcción de una escuela, cárcel, hospital, etc. de la actual administración".

³⁶ En su concepto, ninguna ocasión podía ser más propicia para el cumplimiento de ese deber que la inauguración de una de "las obras de ingeniería más audaces y magníficas de todo el continente, y sin disputa, la primera de cuantas puede enorgullecerse Chile". Verdadero "heraldo perpetuo del espíritu de progreso que ha animado el período gubernativo de S.E. el Presidente, don José Manuel Balmaceda, a cuyo nombre quedaba vinculado ante las generaciones venideras".

³⁷ Edición del 25 de octubre de 1890.

³⁸ El texto editorial concluía señalando que si bien había espíritus débiles, superficiales e ignorantes que se dejaban alucinar por la "fantasmagoría de los prestidigitadores de la política", había también personas serias e ilustradas que comprendían que no existía ni una dictadura presidencial, ni un parlamentarismo que no tenía de tal sino el nombre vacío. Y que la realidad era que se "trataba de imponerle al Jefe del Estado y al país los individuos que preparen el triunfo electoral de alguna media docena de candidatos de la oposición. Nada más ni menos".

En este contexto, el que incluso los críticos del gobierno informaran de las alternativas de los actos organizados en favor del Presidente representaba un hecho positivo para la administración que, gracias a las notas de prensa que el viaje generaba, obtenía dividendos políticos en su favor.

En este sentido, el evidente apoyo que para la gestión del presidente Balmaceda representó el editorial de *El Colono*, no podía sino hacer creer al jefe de Estado que con su salida de la capital, efectivamente, estaba logrando su propósito de contrarrestar la mala prensa y opinión de la capital y su entorno.

LA ÚLTIMA FIESTA: LA INAUGURACIÓN DEL MALLECO

Al igual que durante las mejores épocas de la administración, desde las primeras horas del día domingo 26 de octubre la ciudad de Angol mostró un "aspecto alegre", con un notable movimiento de carruajes y de gente "de gran tono que andaba por las calles" con dirección a la estación. Desde las ocho de la mañana y hasta las 10:20 a.m., hora en que partió S.E. y todo el séquito con que arribó el sábado, relata una crónica, habían principiado a salir los trenes hacia la Roblería, en Collipulli, "llevando un mundo de gente".

A este "inusitado movimiento de viajeros", prosigue el informante de *El Colono*, "se agregaron otros trenes que bajaron de Talca, Chillán, Concepción y Los Angeles, conduciendo a los vecinos más caracterizados que venían a la fiesta". Todos ellos, junto con los que salieron de Angol, una vez congregados alrededor del Viaducto "formaban un océano de seres humanos presididos por el Presidente de Chile y el Ilmo. obispo Labarca"³⁹. Para el informante, el cuadro de aquel sitio, que considera incapaz de describir, era "imponente", limitándose a señalar que S.E. lo "recorrió a caballo, con la insignia presidencial"⁴⁰. Este último hecho fue relatado por *El Independiente*, en una crónica muy crítica del viaje oficial, como el fruto de "un capricho" presidencial, "que necesariamente venía a hacerlo más demócrata y popular". A continuación, relata cómo el Jefe de Estado tomó un caballo y recorrió la quebrada "para contemplar lo que él llama su obra"⁴¹.

³⁹ En Collipulli, adyacente al viaducto del Malleco, se hizo levantar una carpa para el banquete que se ofreció antes de la inauguración. A ella, sin embargo, sólo pudieron ingresar unos pocos de los presentes y menos aún encontraron asientos. Véase *La Libertad Católica* del 29 de octubre de 1890. Respecto del banquete, *La Época* del 4 de noviembre señala fue financiado por el propio gobierno, "cargándolo a los gastos de inauguración del viaducto" pues el gobernador de Collipulli, que quiso obsequiar con un banquete a Balmaceda, no obtuvo la colaboración del vecindario. Este medio señala que informado de lo anterior, el Presidente le habría ordenado que "costase lo que costase hiciera preparar toda clase de manifestaciones espontáneas".

⁴⁰ *El Colono* del 27 de octubre de 1890. Según *La Época* del 4 de noviembre, en Collipulli sólo el gobernador Santiago Larraín Pérez esperaba al Presidente y su comitiva. Para este medio opositor, "lo demás de la concurrencia a la estación y al banquete que se sirvió en seguida, a pesar de haberse invitado al pueblo hasta por proclamas y de repartir invitaciones particulares con profusión, casi no merece tomarse en cuenta: se componía de tullidos, cojos o mancos, de estos a quienes se les ha cortado las piernas, los brazos o los dedos al sorprendérseles en actitud de emplumar con lo ajeno".

⁴¹ Véase el texto "Al Malleco" en la edición del 30 de octubre de 1890. La crónica de la cabalgata presidencial concluye así: "Fue algo curioso, cualquiera lo hubiera comparado con un saltimbanqui

En el lugar, nos informan, "una multitud inmensa del pueblo lanzaba estruendosos vivas! acompañados del *chivateo* de los indios que ostentaban sus lanzas embanderadas". Lo anterior, mientras el Presidente de la República y el Obispo se disponían a inaugurar y bendecir respectivamente el "notable viaducto del Malleco". Para ello subieron a una tribuna arreglada al efecto, haciendo uso de la palabra también numerosos oradores⁴².

El primero en dirigirse a los presentes fue el ingeniero jefe de la obra Eduardo Vigneaux, quien inició su alocución recordando que había sido Balmaceda, en su calidad de ministro del Interior de Santa María, el que había ordenado levantar los planos del viaducto del Malleco y que durante su administración se habían realizado los trabajos. Por eso, continuó, "cabe a la progresista administración del actual Presidente ver concluida la obra antes que deje el mando supremo; una obra gigantesca, uno de los puentes más altos y atrevidos del mundo y que es, por consiguiente, una gloria nacional". Ahora, agregó Vigneaux, podrá pasar por él la locomotora que llevará a las regiones del sur del Malleco "el progreso, la civilización y el trabajo".

Las palabras del ingeniero concluyeron pronosticando que "este gigante" que salva un abismo creado por la naturaleza, "será el monumento en que vean las futuras generaciones que la administración actual dio a esta Patria que tanto amamos obras inmortales"⁴³.

A continuación, tomó la palabra el presidente Balmaceda, el cual comenzó dirigiéndose a Vigneaux, afirmando: "Señor ingeniero, habéis cumplido el deber y puesto término a esta construcción, estimada entre todas las de su género, como una de las primeras del mundo". Luego recordó, homenajeándolos, a los profesionales que habían participado en la concepción del viaducto, así como a la empresa francesa que había fabricado la estructura, señalando que "en verdad, el arte, el trabajo y el capital, realizan maravillas no imaginadas hace veinte años". Afirmando que en ese instante sentía "una satisfacción muy legítima", Balmaceda aprovechó la ocasión para recordar su visita como ministro del Interior en 1883 y las discusiones y temores que la profundidad del Malleco provocó en algunos, señalando, "me decidí por este trazado, y, no obstante las resistencias para emprender esta grande obra, hice aceptar su ejecución en los consejos de gobierno".

Más adelante se refirió al significado de la obra que se inauguraba, explicando que con el ferrocarril "llevamos a la región del sur la población y el capital", precisando que "todos los problemas económicos del porvenir de Chile están ligados a la construcción de nuevas líneas férreas"; a continuación, refirió el plan de construcción de vías que el país debía emprender⁴⁴.

o bien con don Quijote", pues "de bastón y con las calcetas en los talones, el Presidente de Chile se veía una "ridícula figura".

⁴² *La Libertad Católica* del 29 de octubre y *La Época* del 4 de noviembre, ambos de 1890. Según *El Colono* del 27 de octubre ya citado, a la comitiva que salió de Santiago se sumaron cuarenta y cinco personas más en la ceremonias de Collipulli y Victoria.

⁴³ El discurso de Vigneaux se encuentra reproducido, entre otros medios, en *El Colono* del 27, *El Ferrocarril* del 29, así como también en *El Independiente* y *El Estandarte Católico* del 30, todos de octubre de 1890.

⁴⁴ En este punto de su discurso, Balmaceda se justificó: "No es por un sentimiento de vana satisfacción que trazo estos rumbos al esfuerzo común de los chilenos: cumplo apenas con el deber de

Expresó también que gracias a la iniciativa del gobierno, a estas regiones llegaban "el templo donde se aprende la moral y se recibe la idea de Dios, la escuela donde se enseña la noción de ciudadanía y del trabajo, y las instituciones regulares a cuya sombra crece la industria y se alienta el derecho, y bajo cuya influencia el pueblo se engrandece por la conciencia de su libertad y por el activo ejercicio de sus atribuciones soberanas". En definitiva, el Estado, con aquellas instituciones que forjaban la nacionalidad.

Reflexionando sobre la situación del país, en una muestra de las preocupaciones del momento, el Presidente advirtió que "por grandes que hayan sido o pudieran ser en lo futuro las pruebas a que nos veamos sometidos por el destino o por los acontecimientos, no he vacilado ni vacilaré un solo instante en el cumplimiento de mis deberes como primer servidor del Estado"; agregando que al inaugurar lo que llamó "monumento del saber y del trabajo", daba a todos "el abrazo del patriotismo".

Por último, y luego de valorar la unidad nacional y los logros que de ella era posible obtener, concluyó con palabras muy positivas para su imagen y proyección histórica. Fue así como afirmó que el viaducto constituía un "grandioso monumento que marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento"⁴⁵.

Enseguida del discurso presidencial, y después de haber tenido efecto la ceremonia de bautismo de la estructura ferroviaria a cargo del obispo Labarca, usó de la palabra el presbítero Ramón Ángel Jara, el que inició su exposición dando gracias a Dios por la obra que se inauguraba. Luego, afirmó que lo que llamó "atrevido monumento" y "obra sorprendente", era "digna de figurar, por el género de su construcción y por sus redes de acero, al lado de los soberbios puentes de Forth en Escocia, de Garabit en Portugal, de Vilches en España y del águila de Eiffel en Francia"⁴⁶.

Las actuaciones del obispo de Concepción como del sacerdote Jara, así como el hecho mismo de que se bendijera el puente, no pueden ser pasadas

dar a mis compatriotas el fruto de mi experiencia, el conocimiento cabal de la riqueza pública, y el juicio que después de tantos lustros he formado de la potencia nacional, de su virilidad y aptitudes".

El texto íntegro del discurso de Balmaceda se encuentra en numerosas fuentes, entre ellas, *El Colono* del 27, *La Nación* y *El Ferrocarril* del 29, *El Independiente*, *La Libertad Católica* y *El Estandarte Católico* del 30 de octubre; también en *El Eco de Vichuquén* del 1º de noviembre, todos de 1890. También en Rafael Sagredo Baeza y Eduardo Devés Valdés, *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991-1992, volumen III, págs. 223-225.

⁴⁵ Para un contemporáneo que nadie podría tildar de gobiernista, la lectura del discurso del Balmaceda en Collipulli, escribe, "me ha hecho el efecto de una pieza de primer orden". Según él, "deja ver que su autor rebosa en la satisfacción del deber cumplido, y está concebido con una sobriedad que no excluye la grandeza del concepto ni la elegancia de la forma. Juzgado así, concluye, bajo un punto de vista únicamente artístico, me parece irreprochable". Véase Fanor Velasco, *La Revolución de 1891. Memorias*, Santiago, Sociedad "Imprenta y Litografía Universo", 1914, págs. 30-31.

⁴⁶ El discurso de Jara, entre otros medios, en *El Colono* del 27, *El Ferrocarril* del 29 y *El Independiente* y *El Estandarte Católico* del 30, todos de octubre de 1890. Según *La Discusión* del 26 de octubre, citando a *El Estandarte Católico*, Jara era el "capellán *ad honorem* de S.E. y había sido invitado expresamente por el señor Balmaceda, en unión del señor prebendado don Baldomero Grossi".

por alto considerando que es una de las pocas veces que la prensa nos informa que religiosos participan activamente de una ceremonia de esta naturaleza encabezada por Balmaceda⁴⁷. Creemos que en su propósito por atraerse la adhesión popular, la presencia de la Iglesia resultaba favorable para el Presidente. Tanto como para integrar en la comitiva oficial a un obispo y a dos sacerdotes, en un hecho que mereció favorables comentarios de tradicionales enemigos de Balmaceda y su administración como lo eran los conservadores. En efecto, para algunos medios, la "parte más hermosa de la fiesta fue la bendición solemne que el Illmo. Obispo de Concepción dio al gran viaducto momentos antes de ser atravesado el puente monumental por la inmensa línea de carros que ocupaba la concurrencia"⁴⁸.

Un nuevo orador, Manuel Novoa, inició sus palabras afirmando que "ya no hay más Araucanía", pues no era otra la "alta significación que tiene el ferrocarril que acabamos de inaugurar y el que llegó hace dos años a Traiguén". Éste, al incorporar a la república a dos de las provincias más ricas, hicieron posible que éstas dejaran de ser la "frontera interior araucana; un país salvaje dentro, casi medio a medio, de nuestro país".

Valorando la acción del gobierno de Balmaceda en la ejecución de la obra, así como en otras tareas de "engrandecimiento y gloria de la república", el oficialista orador pasó a recordar la campaña electoral en que se encontraba el país para las próximas elecciones de marzo de 1891.

En lo que representa una expresión más del uso político que se daban a las obras públicas y a los viajes gubernamentales que éstas hacían posible, afirmó que no se le podía negar el derecho "que tengo de aprovechar la ocasión para señalar siquiera rápidamente los títulos que tiene esta administración a la gratitud del país, ya que con tanto furor se le disputa, para que el país no niegue sus votos en las próximas urnas electorales a los que nos hacemos el más alto honor en apoyarla". Entonces, pasó revista a los grandes logros del gobierno en materia de poblamiento, educación, construcción de obras públicas y ferrocarriles, así como respecto a la ley y a las libertades públicas.

Expuesta la que llamó "enorme tarea", Manuel Novoa afirmó que "si ésta no es una gran administración, si ésta no es una de las más grandes administraciones que ha tenido este país, iyo no sé en verdad qué nombre darle!"; lamentando entonces la actitud hostil de la mayoría del Congreso para con el gobierno mientras "el país entero lo aplaude". Para probarlo estaban, sostuvo, "las inmensas aclamaciones que ha tenido S.E, el Presidente de la República en los pueblos que ha recorrido en este viaje, desde Santiago a Victoria". Aprovechando las alternativas de la excursión gubernamental que la prensa oficialista había divul-

⁴⁷ Y no sería tampoco la última pues el obispo Labarca bendeciría el dique seco de Talcahuano en diciembre de 1890.

⁴⁸ *La Libertad Católica* informó que "la fiesta estuvo digna de su objeto y de la distinguida concurrencia que la celebró", además de los ya nombrados, ministros de Estado, varios sacerdotes, gran número de senadores y diputados, representantes de todas las provincias desde Santiago hasta el Malleco", en resumen, "como 6.000 asistentes". Para este periódico, "el carácter religioso y civil que se dio a la fiesta", honraba a las autoridades que la habían preparado y a la concurrencia que a ella había asistido. Véanse sus ediciones del 28 y 29 de octubre de 1890.

gado, concluyó: "En todas partes los pueblos en masa se han puesto de pie para vitorearlo. Ha sido una verdadera marcha triunfal"⁴⁹.

Pero las notas de prensa no sólo reprodujeron los discursos. También informaron que por orden del ingeniero Vigneaux, y bajo la dirección inmediata de Ottoreit, el viaducto había sido "primorosamente engalanado con arcos, banderas y escudos", encontrándose "adornado espléndidamente"⁵⁰. En resumen, que todo se había dado para hacer del acontecimiento una fiesta inolvidable, la cual, luego del banquete celebrado en Collipulli y de "la orden para que los trenes en viaje pasaran el puente del Malleco", siguió en Victoria"⁵¹.

En aquella ciudad la recepción al presidente Balmaceda sin duda debió recordarle a éste los mejores tiempos de su administración. Un testigo nos relata que el viernes 24 de octubre, cuando se confirmó la inauguración del viaducto para el día subsiguiente, la noticia "corrió como chispa eléctrica" y "el movimiento y animación que se notaba en la población era extraordinario". Más todavía, que en todas las boca-calles "por donde se decía debía atravesar S.E. se levantaban magníficos arcos triunfales que presentaban un golpe de vista agradable y grandioso"⁵².

Los edificios se engalanaron, se plantaron arbustos en las orillas de las aceras y fueron éstas, también, niveladas y arregladas con decencia, todo lo cual, nos cuenta nuestra fuente, contribuyó "poderosamente a realzar el aspecto general" de la ciudad⁵³. Además, se levantaron arcos, y se preparó un banquete para ofrecer al "primer magistrado de la Nación". En fin, todo anunciaba que el recibimiento "sería fastuoso y digno de tan augusto huésped".

El día de la visita gubernamental, se nos hace saber, "una gran masa de pueblo se trasladó al andén de la estación" de Victoria esperando con "indecible alborozo

⁴⁹ El orador fustigó la "anti-patriótica actitud de la mayoría del Congreso", pronosticando que en las elecciones de marzo el pueblo rechazaría a aquella mayoría que lo había "traicionado atacando a un gobierno que recibió el mandato de apoyar".

El texto del discurso de Novoa en *La Nación* del 30 y *El Ferrocarril* del 31 de octubre. También en *El Biobío* del 9 de noviembre, todos de 1890.

⁵⁰ *La Libertad Católica* del 29 de octubre y *La Época* del 4 de noviembre. Para este último periódico de la capital, "pasarían indudablemente muchos años sin que vuelva Collipulli a verse tan concurrido como lo estuvo en el día" de la inauguración del viaducto. Casi toda gente de aquí "y más de mil personas venidas desde Santiago, San Fernando, Talca, Chillán, Concepción, etc., etc.", todas ellas atraídas "por gozar del espectáculo de tan extraordinaria concurrencia, por recibir amigos o parientes, o por ver qué cara tienen los dictadores".

⁵¹ En *La Discusión* del 30 de octubre de 1890. Según *La Época* del 4 de noviembre, en Collipulli, "así como se supo respetar en el señor Balmaceda al primer magistrado de la nación, así se le dejó partir sin ser vitoreado por el pueblo ni una sola vez". Lo anterior, "por más que al partir el convoy en que iba gritaran sus adláteres desde los vagones pidiendo un ¡viva! para el Presidente". Según este periódico, "sólo los indios, en número como de quinientos, vivaron al Presidente al pasar, así como vivaron a Pedro, Juan, Diego y Perico Palotes cuando pasaban frente a ellos". En la crónica citada, *La Época* ofrece también lo que llama "pasajes cómicos" del viaje presidencial, todos ellos destinados a ridiculizar al que llama "dictador".

⁵² Véase la correspondencia suscrita en Victoria por Julio Mansoulet, y aparecida en *El Colono* del 30 de octubre de 1890.

⁵³ Otro testigo relata que debido a que "el presidente Balmaceda ha venido personalmente a celebrar el acontecimiento de la inauguración de la línea Collipulli a Victoria, naturalmente la ciudad estaba empavesada y adornada con arcos de ramaje verde". Véase Gustave Verniory, *Diez años en Araucanía 1889-1899*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1975, pág. 155.

la llegada del tren presidencial”⁵⁴. En sus semblantes, nos ilustran, “dibujábase la alegría y el contento, y cada cual se mostraba ansioso por ver llegar la hora en que se divisara el penacho de humo de la locomotora”. Mientras esto ocurría, la banda de la Brigada Cívica de Traiguén, estacionada en los corredores de la boletería, “amenizaba las horas de espera ejecutando piezas de su repertorio”.

Según nuestro informante, a las 2 p.m. la afluencia de curiosos y manifestante “tomó enormes proporciones”, advirtiéndose también a “numerosos grupos de indígenas pertenecientes a varias reducciones”, los que aguardaban ahí “con el pabellón tricolor enarbolado”. A las 3:20, “atronadores vivos hicieron resonar el aire: un tren estaba a la vista”, y a medida que éste avanzaba, se describió, “las aclamaciones se hacían más ruidosas”, todo mientras la banda irrumpió con el himno nacional acompañada de los alumnos de las escuelas públicas.

Una vez detenido el convoy, el jefe de Estado se asomó a la meseta del vagón, instante en el cual, se informa, “las aclamaciones llegaron a ser estrepitosas y los vivos a Chile y al Presidente llenaron el espacio”. Luego, y sólo en algunos minutos, la estación se vio invadida de pasajeros, “entre los cuales se notaban personas de la más alta sociedad, venidos en trenes especiales”.

Como era su costumbre, el presidente Balmaceda, acompañado de los ministros Godoy y Allendes y del obispo de la diócesis Labarca, recorrió la población, esta vez en coche a raíz de una copiosa lluvia que le impidió hacerlo a pie, siendo “escortado por una inmensa poblada” que gritaba “vivas y entusiastas demostraciones de júbilo”⁵⁵.

Luego del breve recorrido, “los miles de espectadores” abrieron calle a S.E. para pasar al local en donde se le tenía preparada una “magnífica manifestación”. El cronista refiere que al pisar éste la escalera “redoblaron los vivos y aclamaciones, asumiendo las proporciones de una ovación”, y que el Presidente, “visiblemente conmovido, saludó varias veces a la multitud entusiasta”⁵⁶.

En el lugar del banquete, y tal como había ocurrido tantas veces en otros puntos del país, era posible apreciar las paredes “tapizadas de banderas, trofeos y gallardetes”, todos los cuales presentaban, nos cuentan, “un espléndido golpe de vista”. Se divisaban grandes letreros, así como dos cordones de mesas paralela-

⁵⁴ *La Libertad Católica* informó que Victoria recibió a los viajeros “embanderada por todas partes” y con “elegantes arcos” en sus calles. Véase edición del 29 de octubre de 1890.

⁵⁵ La nota de *El Colono* informa que “en otro coche tomaron lugar el gobernador del departamento y el inspector general de Tierras y Colonización”. También señala, “que llamó especialmente la atención del señor Balmaceda y de sus acompañantes el arco levantado por el entusiasta vecino Fermín Vargas”.

⁵⁶ De acuerdo con *La Discusión* del 28 de octubre, la “inoportuna como implacable” lluvia que se dejó caer en Victoria, impidió a muchos de los viajeros bajarse de los vagones, los cuales “se vieron obligados a privarse de participar del banquete preparado en aquel pueblo”. Luego, y aludiendo a los problemas experimentados por los viajeros provincianos, concluye: “Fácilmente se comprende que bajo el peso de tan crueles circunstancias el regreso a Collipulli, Los Ángeles, Concepción y Chillán, no pudo ser más triste”. Rematando, “los *coleros* de los varones y los trajes de seda de las damas pagaron el pato de la fiesta”. El enviado de *La Libertad Católica*, refiriéndose a los viajeros de Concepción, relató que “el viaje de vuelta estuvo lleno de peripecias que, acompañadas con las exigencias generales de todos los estómagos, no eran de los más divertido”. Véase edición del 29 de octubre de 1890.

mente colocadas en la longitud del salón, más una de fondo, todas las cuales "ostentaban *ciento cincuenta cubiertos*". En medio de los arreglos de flores de la estación, dispuestos con "exquisito gusto, se destacaban deliciosos manjares y se notaban los mejores vinos del país", agregaba nuestro extasiado testigo. Éste, además, se dio tiempo para advertir que en la mesa de fondo, reservada para Balmaceda y comitiva, era posible ver también "una magnífica y monumental pieza de dulce, elaborada por el hábil maestro Luis Ross". En resumen, concluye Mansoulet esta parte de su relato, "el salón era regio y deslumbrador y podía satisfacer el más refinado gusto"⁵⁷.

El banquete fue ofrecido por Tomás Albarracín quien, en conceptos que debieron ser muy apreciados por el Jefe de Estado, al darle la bienvenida al "primer magistrado de la República" le hizo saber que la manifestación era la expresión "sincera y unánimemente entusiasta del afecto y del engrandecimiento que tenéis con justicia conquistado en el corazón de las poblaciones a que os dignáis proporcionar hoy el honor de nuestra ilustre visita".

A continuación, el anfitrión agregó que si la obra de Balmaceda como político y como gestor de los intereses generales del Estado podía "ser apreciada con criterios diversos, y a impulso de las razones divergentes de partido", lo cierto era que, por el contrario, "su acción en el desenvolvimiento de nuestro progreso material, su iniciativa creadora e inusitadamente vigorosa, han fijado ya la opinión favorable de todos los chilenos y tiene la suficiente resonancia para llegar hasta las generaciones futuras y para asegurar por sí solas al nombre de V.E. un lugar prominente en las páginas de nuestra historia nacional"⁵⁸. Esta afirmación no nos cabe duda debió complacer al Presidente en virtud de su manifiesta intención de trascender a su tiempo, entre otros medios, a través de la ejecución de obras como el viaducto del Malleco.

Homenajeándolo, el orador le hizo saber a Balmaceda que las obras que se inauguraban, además del puente sobre el Malleco, la línea entre Collipulli y Victoria, eran uno de los "mejores eslabones en la cadena de vuestros esfuerzos por acercarnos al corazón de la república, por mejorar nuestra condición agrícola e industrial, por traernos, en fin, la vida del desarrollo intelectual y social, que son los factores más poderosos del progreso humano"⁵⁹.

⁵⁷ Según este informante, el vecino Efraín Sepúlveda se encargó del arreglo y ornato del local, mientras que el contratista del banquete fue Anselmo Lagos. Para los dos se ofrecen calurosas felicitaciones. También nos informa que la lista del *menú* estaba impresa en "fino raso y con hermosos y adecuados tipos" y que estaba "dedicado por la subdelegación de Victoria a S.E. el Presidente de la República". Véase *El Colono* del 30 de octubre de 1890.

⁵⁸ En este momento de su discurso, Albarracín recordó los beneficios experimentados por los habitantes de aquellas regiones gracias a la administración Balmaceda, afirmando que "no podemos olvidar que el ferrocarril de Renaico a Victoria es obra de V.E, porque recordamos que en 1883, propusisteis y conseguisteis que se abandonase la idea de llevarlo por Traiguén, lo que habría importado dejar sin vida al pueblo de Victoria". El texto del discurso fue recogido por *El Ferrocarril* del 1º y *El Colono* del 3, ambos de noviembre de 1890.

⁵⁹ Los conceptos del orador eran compartidos por la mayor parte de la opinión. Así por ejemplo, para uno de los ingenieros extranjeros a cargo de la construcción de una sección de la línea férrea, ésta "atravesará de parte a parte la Araucanía, de manera de unir Chile central con la provincia..." Agregando que "su importancia no es sólo de orden económico, ya que ella pondrá en valor una inmensa y fértil región...". Véase Verniory, *op. cit.*, pág. 100.

El Presidente Balmaceda contestó con lo que fue calificada como "una hermosa alocución que dejó electrizados a los oyentes" y que, sostenemos estuvo influenciada por el ambiente en que se pronunció⁶⁰. En ella, hábilmente, comenzó brindando por el futuro departamento de Mariluán, cuya capital sería Victoria, para luego referirse a lo "dulce" que para él era servir a la patria. Porque "en medio de las asperezas y quebrantos que producen las injusticias políticas de los hombres", afirmó, "hay un buen sentido público que estimula al cumplimiento del deber, y nunca faltan corazones rectos en los cuales se descansa de las fatigas que producen la dirección y el gobierno del Estado".

Aludiendo a Santiago, en una explícita referencia al conflicto político existente, "la opulenta capital" donde "los círculos y las inevitables ambiciones de los caudillos agitan los ámbitos de la gran ciudad y crean a los gobernantes situaciones en extremo azarosas y delicadas", el Presidente afirmó que no "era allí posible la quietud del espíritu ni el sosiego de los partidos". Por eso, continuó, ahora más agresivo y confiando en la obra realizada, "siempre que cruzo los límites de la capital y me acerco a los pueblos de provincia, encuentro en ellos amigos y correligionarios, hombres sin ambiciones personales y con todas las nobles ambiciones del progreso y de la felicidad nacional"; agregando todavía que "cerca de vosotros no puedo menos de decir que me siento en medio de los míos".

En seguida, y mostrando implícitamente una de las causas de la belicosidad de los santiaguinos, Balmaceda pasó a referir la que llamó su obra de "descentralización" de la política y administración nacional, pero, sobre todo, "de descentralización de la riqueza nacional", afirmando: "yo he derramado los tesoros de Chile en todo Chile y he concluido con aquella política económica según la cual el centro era el principio y el fin, el todo, y las extremidades de la república regiones tributarias de la capital y sus alrededores".

La relación de sus obras era lo que le permitía asegurar que, "descanso tranquilo en el testimonio de los hechos"; poniendo fin a sus palabras recordando que "los gobiernos que hacen el bien son superiores a las vicisitudes humanas", que las "obras buenas son eternas", y que sólo "la virtud y el trabajo levantan los caracteres y engrandecen los pueblos"⁶¹.

⁶⁰ *El Colono* de 30 de octubre. El texto del discurso del presidente Balmaceda en Victoria se encuentra reproducido en *La Nación* del 29 de octubre de 1890. También en Sagredo Baeza y Devés Valdés, *op. cit.*, pág. 227-228.

⁶¹ *El Colono* glosó el discurso presidencial de Victoria en los siguientes términos. El Presidente manifestó, con "noble y convencido acento", cuáles eran sus fines en política y administración, aseverando que el constante ideal de su administración tendía a la descentralización de la riqueza y de las fuerzas vitales de la nación, desparramándolas sobre toda la extensión del territorio de la República, para así procurar por ese medio el bienestar y felicidad de todos sus habitantes.

Respecto de las críticas de la oposición, afirmó que no merecían tomarse en cuenta el *estribillo* de derrochador y dilapidador de los dineros públicos que se le adjudicaba, en presencia del buen sentido y patriotismo de los chilenos que quedaban beneficiados con los nuevos ferrocarriles, diques, cárceles, liceos y escuelas, las que, además, suministraban trabajo a millares de brazos. Agregó que durante su administración había combatido encarnizadamente el personalismo bajo todas sus formas, buscando la mayor libertad y armonía en todos los actos de los partidos y los ciudadanos, esperando siempre que éstos se contuvieran dentro de la legalidad y el respeto a la Constitución. Por último, concluyó brindando por los vecinos de Victoria, por su perseverancia y trabajo.

Luego del gobernante, hicieron uso de la palabra Salvador Smith, Manuel Novoa y el diputado Anfión Muñoz. Según la crónica, el último se expresó con "sentidas y elocuentes frases que constituyeron el ramillete final del banquete". A continuación, y ya cerca de las 5:00 p.m., Balmaceda se levantó de la mesa disponiéndose para la salida⁶².

Sin embargo, y antes de abordar el convoy, nos informa una crónica intencionada, fue "vitoreado y aclamado por el pueblo", dirigiéndole la palabra un "modesto artesano" que le pidió la construcción de un hospital, "a lo que accedió el señor Balmaceda". La respuesta, nos informan, provocó "una nueva tempestad de aplausos y vítores que se prolongaron hasta que el convoy desapareciera llevado en alas del vapor y al son de las hermosas tocatas de las bandas de músicas"⁶³.

Por último, y muy significativo en razón de la disputa política entonces vigente, para el corresponsal de *El Colono* en su visita a Victoria Balmaceda había sido objeto de un "recibimiento sin precedentes", lo cual revelaba a "las claras que cuenta en La Frontera con innumerables y decididas adhesiones que sólo esperan una oportunidad para manifestarse de una manera más tangible". Este apoyo, en su concepto, era "el fruto de una proba, sagaz y honrada administración y del rumbo que ha sabido imprimir a la cosa pública"⁶⁴.

El 27 de octubre, día del regreso de Balmaceda a la capital, *El Colono* abordó el significado de la visita presidencial al sur, explicando las reacciones que ésta provocó en la región pero, también, mostrando el sentir de la opinión de aquella porción del país. Fue así como en su página editorial aludió a la positiva acogida que la sociedad de Angol la había hecho a S.E. y su distinguido séquito, valorándola como un "elocuente testimonio de los sentimientos de respeto y cortesía" que en la región se acostumbraba tributar a los que venían con un "fin tan grandioso y de progreso" como el que había traído a la comitiva oficial.

Justificando el que Angol le hubiera "tributado la decorosa honradez de su hospitalidad" al presidente Balmaceda, el periódico afirmaba que ellos en la provincia no percibían sino "el rumor lejano de las disputas políticas de Santiago", hecho que los llevaba a mirar las cosas con "ánimo mucho más desapasionado y sereno" y a interpretar la presencia del Presidente como "la de un bienhechor del país", concepción por lo demás común fuera de la capital.

Luego, y en la lógica de su noción sobre el Jefe de Estado, llamaba la atención del primer mandatario sobre una región "que encierra tanta parte del porvenir de

Para el crítico corresponsal de *El Traiguén*, Balmaceda sólo hizo "el panegírico de su administración ferrocarrilera". Su despacho aparece reproducido en *El Mercurio* del 3 de noviembre de 1890.

⁶² Todavía antes de partir, Balmaceda brindó por Victoria, señalando que desde los comienzos de su administración ha debido rechazar a los caudillos políticos pretenciosos y que, al bajar del poder, lo hará "con la conciencia tranquila y en la convicción de que todos los hombres de corazón levantado juzgarán con recta razón la labor de la administración que me ha cabido el honor de regir". Véase *El Colono* del 30 y *La Época* del 31, ambos de octubre, y *La Locomotora* del 15 de noviembre, todos de 1890. *La Época* reproduce el brindis bajo el epígrafe de: "Descaro para mentir".

⁶³ *El Colono* del 30 de octubre de 1890.

⁶⁴ La visión del corresponsal de *El Colono* puede ser contrastada con la de *El Traiguén*, para quien el Presidente viajaba sólo con "un numeroso cortejo de empleados públicos que han abandonado sus puestos para rendir homenaje, o lo que es lo mismo, para dar cumplimiento a las órdenes del amo" y cuyas manifestaciones "no han sido espontáneas sino costeadas por el Estado y ordenadas por él mismo".

la nación"; recordando, casi como una advertencia, que entre Iquique y Talca no había una sola población de "cuantas visitó S.E. el año próximo pasado que no recibiera de sus manos algún beneficio más o menos importante como recuerdo de aquella visita"⁶⁵.

Apelando a "los mismos sentimientos de benevolencia y de decoro oficial en favor de nuestras poblaciones al sur del Biobío, y en especial de Angol", el editorialista se animaba a pedir a S.E. buenos itinerarios para los trenes de la región y recursos para la instrucción pública y la beneficencia. Sólo entonces concluía con una interrogante reveladora de la reciprocidad a que se creían acreedores las provincias y que el viaje oficial mostraba en toda su magnitud: ¿No querrá S.E. extenderles una mano protectora, y dejar así en el corazón de estas poblaciones el mejor recuerdo de su visita, y el mejor título a la gratitud de los ciudadanos?"

Pretendiendo inducir la respuesta, y mostrando que se trata de sujetos que dialogan, cuando no condicionan su adhesión a la autoridad, a la pregunta planteada sigue la frase: "No nos atrevemos a dudarle"⁶⁶.

EL REGRESO A SANTIAGO

Concluidas las ceremonias, los viajeros comenzaron a partir el día 27 con dirección a Chillán, donde habían sido invitados el jefe de Estado y sus acompañantes. Para *El Colono*, volvía así Balmaceda a la capital "después de tener la satisfacción de haber visto cuánto porvenir encierran las provincias australes, y el desarrollo y la fortuna que prometen las obras que deja inauguradas"⁶⁷.

En el trayecto hacia el norte, el Presidente no dejó de aprovechar la oportunidad que para su imagen representó inaugurar el nuevo puente sobre el Bío-Bío y recorrer la nueva línea de Coigüe a Mulchén, alcanzando hasta el puente de Negrete⁶⁸.

El arribo de la comitiva oficial a Chillán se verificó a las cuatro de la tarde, teniendo Balmaceda, según *El Comercio*, un recibimiento popular "espléndido y sobremanera grandioso" pues mucho antes de la llegada del tren, la estación y sus alrededores estaban "atestadas de gente que querían ver de cerca al primer Jefe de la República y vitorearlo a sus pasos derramando abundantes flores en todo su trayecto". Según nuestro informante, "parecía que no se trataba de la simple visita del Presidente a un pueblo, sino que la entrada triunfal de un general victorioso, después de ruda batalla; y a la verdad que no deja de haber paridad"⁶⁹.

⁶⁵ Para *El Colono*, la inauguración del Malleco era una ocasión, dada la utilidad que prestaría el viaducto, "mucho más prominente que la que motivó el viaje de S.E. a las provincias del norte" en marzo de 1889.

⁶⁶ Este editorial de *El Colono* fue reproducido por *La Nación* del 29 de octubre de 1890.

⁶⁷ Edición del 27 de octubre de 1890. *El Independiente* del 28 de octubre, se refiere al regreso de la "augusta comitiva". *La Discusión* del 23 de octubre, en información reproducida en *El Mercurio* del 24, había informado: "Chillán va a tener otra vez la altísima honra de que pise una vez más su suelo el egregio y honrado político que hoy *desgobierna* los destinos de la república".

⁶⁸ *La Nación* del 31 de octubre de 1890.

⁶⁹ Para el corresponsal, todo lo anterior se explicaba porque "el Presidente había obtenido una gran victoria en el campo de la civilización con las importantes obras que ha venido a inaugurar, obras creadas, defendidas y terminadas por él". Por ello, no debía llamar la atención que "tanto el

A las ocho de la noche tuvo lugar el "espléndido banquete" de 400 cubiertos ofrecido por el pueblo a S.E. en la gran sala de la Escuela Normal de Preceptores que hay en la Plaza de Yungay. A él asistieron "como cuatrocientas personas y se pronunciaron "muchos y elocuentes brindis", al tiempo que las bandas de música de los Carabineros de Yungay y del batallón de Chillán amenizaban la fiesta⁷⁰.

Ofreció la manifestación el primer alcalde de la ciudad Luis del Fierro, quien, según *El Nuble*, lo hizo en sobrios pero elocuentes términos. Balmaceda contestó saludando a la culta y activa provincia de Ñuble y al pueblo de Chillán, brindando por los progresos industriales de la ciudad y prometiendo un puente carretero sobre el río Ñuble y un línea férrea hasta las termas de Chillán⁷¹.

Concluido el banquete, y luego de que los niños de las escuelas de la ciudad "festejaron a S.E. con diversos cantos e himnos al son de un rico piano", Balmaceda y comitiva fueron invitados y concurrieron al Salón Filarmónico, ahí los esperaban las "principales familias chillanejas con un magnífico baile que se prolongó hasta la mañana del día martes 28⁷².

En definitiva, para *El Comercio*, "el recibimiento de Chillán ha dejado en el ánimo de todos las más gratas satisfacciones, y el Presidente al verse tan sinceramente festejado y vitoreado, no habrá podido menos que olvidar las amargas horas que las pasiones de sus adversarios le proporcionan en la capital"⁷³. Reconocimiento explícito de que las palabras de Balmaceda en Collipulli sobre el tema de la oposición entre la capital y las provincias ya había permeado la prensa.

pueblo como la municipalidad y el Intendente de la provincia compitieran en entusiasmo y en atenciones a S.E. y toda su comitiva". La crónica de *El Comercio* del 28, aparece reproducida en *El Ferrocarril* del 29 de octubre. De acuerdo con *El Colono*, reproduciendo un telegrama fechado en Chillán, acompañaban al Presidente "varios intendentes y gobernadores que se unieron desde Talca para el sur". Véase edición del 28 de octubre de 1890.

⁷⁰ Según *La Discusión*, "el señor Balmaceda fue invitado a una comida que sus amigos le tenían preparada en el gran salón de la Escuela Normal". Véase edición del 28 de octubre de 1890. La información fue reproducida en *El Estandarte Católico* del 29 de octubre. A diferencia de los arriba nombrados, *El Nuble* del 29, citado por *La Nación* del 31 de octubre, informa de los sucesos positivamente.

⁷¹ *El Nuble* señala que "casi creemos inútil decir que las palabras del señor Balmaceda eran interrumpidas a cada instante por salvas de estrepitosos aplausos que, al terminar se prolongaron por algunos minutos". Luego del Presidente usaron de la palabra Fanor Paredes, para agradecer a Balmaceda su labor gubernativa; el ministro Eulogio Allendes, para garantizar lo prometido por el jefe de Estado; Florencio Bañados Espinoza, Eugenio Chauteau, Alejandro Bustamante y otros cuyos nombres no fueron tomados por el cronista. Véase *El Nuble* del 29, *El Ferrocarril* del 30 y *La Nación* del 31, todos de octubre de 1890. Para *La Discusión*, durante su corta permanencia en Chillán, "S.E. hizo, como siempre a los chillanejos, un puñado de promesas". Además de las ya mencionadas, la "próxima terminación de los edificios para escuelas que se construyen en este pueblo". Véase su edición del 30 de octubre. La nota fue reproducida por *El Mercurio* del 1º de noviembre de 1890.

⁷² La crónica señala que en el baile, y como a las tres de la mañana, "se sirvió una espléndida mesa arreglada con todo primor y provista de exquisitas viandas". Véase *El Comercio* del 28 y *El Nuble* del 29, ambos de octubre de 1890.

⁷³ *El Ferrocarril* y *El Nuble* del 29 de octubre. El último, aplaudía a la comisión organizadora del banquete, y muy especialmente al intendente J. Figueroa, "que fue el más entusiasta en prodigar toda clase de atenciones a la numerosa comitiva que acompañaba a S.E. el Presidente de la República".

El viaje hacia Santiago, finalmente, se reinició a la diez de la mañana, luego de que, informa *La Discusión*, Balmaceda visitara algunos establecimientos públicos de Chillán.

Según algunos periódicos, durante el regreso a Santiago, en las estaciones donde se detenía el convoy oficial "era saludado el señor Balmaceda por bandas de música y algunos vecinos de la localidad"⁷⁴. Para contradecir estas informaciones y otras como las ofrecidas por la prensa oficialista, *El Mercurio* decidió publicar un telegrama con noticias, según ellos, "de la magnífica acogida que se ha hecho al señor Balmaceda en uno de esos pueblos que a decir de *La Nación*, tantos festejos ofreció a su queridísimo amo"⁷⁵.

Luego de Talca, el tren paró en Curicó, donde a Balmaceda se le esperaba con unas onces; también se detuvo en San Fernando y en Rancagua, arribando a Santiago un poco después de las seis del día 28 de octubre⁷⁶.

En la capital esperaban al Presidente el ministro de Guerra y Marina, el comandante general de Armas, el Intendente de la provincia, el prefecto de policía, senadores y diputados, militares de graduación y algunas otras personas. Una vez que Balmaceda descendió del tren, nos informa la crónica, los nombrados se apresuraron a saludarle, mientras que todas las bandas de música continuaban ejecutando el himno nacional que habían comenzado a interpretar cuando el tren penetraba en la estación⁷⁷. Momentos después, S.E., sus ministros de Estado y edecanes,

⁷⁴ *El Estandarte Católico* del 28. También reproducido en *El Colono* del 30 de octubre.

⁷⁵ *El Mercurio* del 29 de octubre de 1890. El texto es el siguiente: "Talca, 28 de octubre.- A la pasada del Presidente, mientras se le hacían manifestaciones aisladas, dejóse oír una enorme silbatina de pitos y voces de: ¡Abajo el Presidente de la República!

Un Intendente del sur que venía en la comitiva bajó del tren y atacó alevosamente con el bastón a uno de los redactores de *La Libertad*; intervino el pueblo en favor de este último.

La policía, sin conocer al intendente, quiso llevarlo preso.

El desorden fue espantoso y en medio de él partió el tren.- El Corresponsal".

En su edición del día siguiente, y reproduciendo textos de *La Libertad* del 29 de octubre, *El Mercurio* entrega más detalles de un hecho calificado como "alevoso ataque". Entonces informa que su autor había sido el intendente de la provincia de Malleco, José Luis Vergara, "aquel de las fiestas reales de Angol y uno de los palaciegos más inconscientes y autómatas con que cuenta el Jefe del Estado y su favorito".

⁷⁶ Ni *El Estandarte Católico* del 28 y del 31, ni *La Prensa* y *La Libertad Católica* del 29, se refieren a los sucesos de Talca relatados por *La Libertad*. Según *La Nación*, al pasar por San Francisco de Mostazal el convoy se detuvo quince minutos, y el Jefe de Estado fue objeto de "un espléndido recibimiento", incluso y a pesar de "de haberse sabido media hora antes su pasada". La crónica del hecho informa que "al penetrar el tren presidencial a la estación, fue saludado S.E. con los acordes del himno patrio, ejecutado por la banda del pueblo y cantado por los alumnos de la escuela pública encabezada por la ayudante". Luego, un niño pronunció un discurso en el que saludó y deseó prosperidad al Presidente, afirmando que tales eran los anhelos de "todo los que en masa se presentan a rendiros el homenaje que os debemos y la perfecta obediencia a vuestros mandatos". José Elías Díaz Santelices, concluyó sus palabras pidiendo "un viva para el excelentísimo señor Balmaceda", a continuación de lo cual puso en manos de S.E. "una petición firmada por los vecinos más prestigiosos del pueblo en la que solicitaban una escuela pública para hombres". Balmaceda, nos cuenta, "bastante emocionado", contestó que "se haría un deber en atender a ese grito popular progresista". Véase edición del 5 de noviembre de 1890.

⁷⁷ Véase la información en *El Estandarte Católico* del 28 y *El Ferrocarril* del 29, ambos de octubre de 1890. Según *El Mercurio* del 29, el comandante general de Armas, Orozimbo Barbosa, en conocimiento de lo ocurrido en Talca, había dispuesto que "todos los jefes de los cuerpos de línea de la

tomaron los carruajes de gobierno y se dirigieron al Palacio de La Moneda, escoltados por un escuadrón de Cazadores a Caballo⁷⁸.

Terminaba así una excursión que, entre otros, tiene el mérito de reflejar las primeras expresiones sistemáticas de rechazo en la provincia a la figura presidencial que Balmaceda personificaba y de mostrar la opinión dividida en torno al verdadero propósito de los viajes oficiales, al uso que de ellos hacía el Presidente y al significado político de las manifestaciones ocurridas durante ellos. En ella, si bien el jefe de Estado no recibió, salvo excepciones, expresiones de entusiasmo desbordante, tampoco fue objeto de manifestaciones que le permitieran todavía suponer que su prestigio o el de su causa estaban perdidos irremediablemente.

LA OPINIÓN DIVIDIDA

Representante del sentir de la opinión pública, la prensa nacional se ocupó ampliamente del viaje presidencial destinado a inaugurar el viaducto del Malleco a través de numerosos editoriales y artículos informativos.

Por lo pronto, se refirió a la obra de ingeniería que se entregaba al uso público y a su significado para el país, pero, también, al conjunto del viaje presidencial o a aspectos controvertidos del mismo, como lo fueron la acogida del Presidente en la provincia, los conceptos vertidos por Balmaceda o el significado último que debía atribuirse a la excursión presidencial.

Del viaducto, que con sus 347 metros 50 centímetros de largo y 90 metros de alto impresionaba a quienes lo contemplaban, los medios se mostraron unánimemente de acuerdo en calificarlo de obra "notable", "monumental", "majestuosa", "hermosa", "maravillosa" "importante", un "gran adelanto" que honraba a la joven república chilena, verdaderamente, "un gran triunfo de la ingeniería"⁷⁹. Se le consideró esencial para el desenvolvimiento de las provincias australes pues, como afirmó *El Colono* del 22 de septiembre de 1890, "es harto cono-

guarnición y comisiones de los mismos con bandas de músicos, a las 5 p.m., vayan a la estación central de los ferrocarriles a recibir al señor Presidente". Para este medio, "bien pudo el señor Barbosa dar él solo una nueva prueba de servilismo, yendo a rendir pleito homenaje al amo; pero ningún derecho tenía para humillar de esa manera a sus subalternos".

⁷⁸ *El Estandarte Católico* del 28 y *El Ferrocarril* del 29 de octubre de 1890. *La Nación* del 29, hizo saber que "al descender del vagón, S.E. fue vivado y aclamado por todas las personas que se hallaban presentes", y que en el trayecto que recorrió el Presidente para tomar el coche que lo llevaría a La Moneda, "los vivas se sucedieron con un entusiasmo indescriptible". Para este medio, "el señor Balmaceda recibió anoche una verdadera ovación, aplauso merecido al Jefe de Estado que ha sabido, con un patriotismo que le honra, dotar a la república de obras importantes como la que acaba de inaugurar en Collipulli, que constituirán un verdadero timbre de gloria para su laboriosa administración y un ejemplo que deben imitar los que le sucedan en el mando supremo de la nación".

⁷⁹ Véanse, entre otros, *El Colono* del 22 de septiembre y del 25 de octubre; *El Estandarte Católico* del 28, *El BioBío*, *El Independiente* y *El Mercurio* del 30 y *El Ferrocarril* del 31, todos de octubre de 1890; también *El Araucano* del 2 de noviembre. Algunos de los medios nombrados, como *El Estandarte Católico*, publicaron artículos especiales con las características e historia del viaducto. Otros, editaron trabajos sobre las poblaciones cercanas a la nueva obra, por ejemplo, *El Colono* del 3 de noviembre que se refirió editorialmente a "Traiguén", como a una población donde "se estima la labor gubernativa y el halagador porvenir que se le espera".

cido el hecho que él viene a completar la comunicación por ferrocarril hasta Victoria, y de que por tanto tiene que ser un factor importantísimo del movimiento comercial y de la riqueza de toda esta región”.

Respecto de la excursión oficial al sur, las opiniones de los periódicos estuvieron condicionadas por su posición en relación con el gobierno. Así, para unos, ésta había sido “una ovación completa”, mientras que para otros, la misma no pudo más que dejar en el “ánimo de S.E. esa impresión triste y penosa que siempre producen los desengaños irreparables”⁸⁰.

Una de las primeras notas de opinión destinadas a resaltar las positivas consecuencias del viaje oficial para el Presidente de la República, fue la que el *Correo del Sur* publicó el 27 de octubre. En ella se aseguraba que el mismo “había sido una ovación completa”, pues, “por doquiera que pasaron los convoyes, así de Chillán como de Los Ángeles, Angol y demás pueblos, todos ellos se acercaban a hacer justicia al que ha sido iniciador de la gran causa por la cual se lucha y se trabaja en la actualidad”.

Para el periódico penquista, los pueblos del sur habían cumplido con un deber de justicia al recibir dignamente al Presidente, pues, y tal como el propio jefe de Estado lo había señalado, no tenían motivo para darse por molestos, “desde que la actual administración no es hostilidad para nadie, siendo por el contrario beneficio para todos”⁸¹.

Una positiva evaluación de la excursión oficial al sur realizó también *El BíoBío* en dos editoriales dedicados al tema. En el primero de ellos describe y ofrece algunas impresiones de los sucesos previos y de la ceremonia inaugural del Malleco, advirtiendo sobre el “numeroso cortejo” que acompañó al Presidente, y sobre el hecho de que “cada una de las estaciones de Coigüe, Mininco, Collipulli, Ercilla y Victoria esperaban a los convoyes engalanadas y sus moradores con vivas y aclamaciones”. El acto mismo de puesta en servicio del viaducto es caracterizado como “indescriptible.

En el otro, “El Excmo. señor Balmaceda y sus actos”, *El BíoBío* recuerda que si bien se había anunciado una inauguración con gran solemnidad, lo cierto es que habría sido “imposible imaginarse las proporciones que tuvo, pues, y a juzgar por el número de los asistentes al acto, todos los habitantes de las provincias de Malleco y Cautín debieron darse cita ahí”, sin perjuicio, agrega, que las provincias de BíoBío, Concepción y Chillán estuvieron también dignamente representadas⁸².

Según el editorialista, en las fiestas del Malleco, S.E. había podido apreciar el efecto de sus actos y sus conciudadanos, tenido la ocasión propicia para manifestarle personalmente su reconocimiento por los “inmensos beneficios que la república le debía”, demostrando con ello que el país no era ingrato a la hora de reconocer sus servicios y sacrificios hechos en su protección⁸³.

⁸⁰ *El Correo del Sur* del 27 y *El Independiente* del 30, ambos de octubre de 1890. El editorial de *El Mercurio* del 30 de octubre reconoce que las “relaciones de los periódicos” no están de acuerdo sobre el punto relativo a la acogida que se hizo en el sur al Presidente. En todo caso, agrega, si fuera cierto que fue bien recibido, “ello demostraría que nadie es profeta en su tierra, porque lo que es en Santiago, muy difícilmente se podría organizar una manifestación presentable en honor de S.E.”

⁸¹ El texto fue reproducido en *El Ferrocarril* del 29 de octubre de 1890.

⁸² Los editoriales citados en la edición de *El BíoBío* del 30 de octubre de 1890.

⁸³ En este punto se recordaba que la atención del Presidente se había visto en todas partes, siempre sirviendo los ramos de primera necesidad; que todos conocían las normas que se debían a su

Ajenos a las que llama "las gritas" de la oposición, para *El BíoBío* los pueblos dedicados al trabajo aplaudían los beneficios que se les dispensaban y aceptaban la política en el terreno de la lealtad y los principios. Deduciendo de ella, continuaba, "una prueba bastante elocuente: que se debilita el centro y se robustece todo el país; que las malas inspiraciones ven reducirse el recinto de su eco; y que se pierde la esperanza de que esos sentimientos surjan en el corazón del país, que ya no en el de unos pocos".

Por el contrario, los opositores de la administración, como por ejemplo *La Prensa* de Curicó, aún antes de iniciarse el viaje y sabedores de la escala presidencial en aquella ciudad, llamaron a sus lectores a manifestar su "disgusto y reprobación hacia la conducta del señor Balmaceda no yendo a la estación ni por curiosidad". Se trataba de "que S.E. vea el vacío a su alrededor; que mire a todos lados y no vea más que a las autoridades y empleados"⁸⁴. Para el periódico, todo hombre que se "tuviera por honrado y por caballero", debía negarse a prestar sus servicios a un mandatario que, como Balmaceda, se "había alzado con el poder y manchado y deshonorado esa silla presidencial que ayer no más ocupó el hombre puro, serio y virtuoso que se llamó Aníbal Pinto".

Materializado su llamado, *La Prensa* creía que Balmaceda no "podrá hacerse ilusiones sobre las farsas de adhesiones que le mandaron hace poco los intendentes ni sobre la reprobación, la maldición que hoy Chile entero lanza por su conducta desleal, artera y llena de chismes y enredos propios de comadrezuelas, pero indignos y jamás vistos ni oídos entre los estadistas que han ocupado la presidencia de la chica pero sería república de Chile".

El texto concluía señalando que no le deseaban buen viaje al Presidente, incluso, si éste volviese sobre sus pasos y "se sometiese al *Soberano* Congreso y desistiese definitivamente del gran crimen de querer imponer su sucesor".

La creencia mayoritaria de la opinión en virtud de la cual se veía al presidente Balmaceda como un agente interventor, intentando, tal y como todos sus antecedentes, imponer su sucesor en la presidencia, era la causa principal del rechazo que su figura, su administración y su política suscitaban. Así lo dejan ver numerosos editoriales de la prensa nacional, como por ejemplo, los del prestigioso e independiente *El Ferrocarril* del 22 y 23 de octubre.

En el primero de ellos, y aludiendo a la última crisis ministerial experimentada por el gobierno, se afirma que la "causa única" de ella fue la "resistencia sistemática" del Presidente a dar a su ministerio el apoyo para una política de "presidencia y neutralidad absoluta electoral".

En el segundo, se pasa revista a lo que se denomina "plan sistemático de intervención que ha sido el pensamiento fijo, constante e invariable perseguido por la política del gobierno". El mismo, se recuerda, "velado y confuso en sus

iniciativa, y que siendo un hombre de ideas y de acción que tendía al buen gobierno y al buen servicio, ahí estaban los establecimientos de instrucción, los ferrocarriles, las cárceles y la beneficencia como evidencia de su quehacer. Conceptos muy similares a los expresados en *El BíoBío* ofrecieron *La Locomotora* del 15 y *El Araucano* del 2 en sendos editoriales. El último fue resumido por *La Nación* del 6 de noviembre de 1890.

⁸⁴ Éstos, según se indicaba "en su gran mayoría asisten, no por adhesión, sino por miedo, por falta de garantías". Véase el editorial "El Presidente", en la edición del 25 de octubre de 1890.

principios”, vino a acentuarse a fines de 1889 cuando el Presidente, creyendo “llegado ya el momento de dar aire y vida a una candidatura oficial para la sucesión en la presidencia, organizó el ministerio de enero con un personal y propósitos declarados de intervención”⁸⁵.

Según *El Ferrocarril*, este ministerio tenía por misión organizar definitivamente los elementos de la intervención oficial y procurar las apariencias de partido político a esos mismos elementos “haciendo romería política en las provincias, e inaugurando personalmente clubs de propaganda con asistencia de intendentes, gobernadores y demás funcionarios de la dependencia administrativa”.

También se reprochaba lo que se creía era “el propósito presidencial de seguir gobernando sin el Congreso y contra la opinión”, como lo señalaba un editorial de *La Época* del 24 de octubre. En él, se combatía a quienes en el palacio de gobierno sostenían que no sería una “infracción constitucional” gobernar sin la ley de presupuesto que hasta entonces el Congreso Nacional no había aprobado. El texto, llamado “Escrúpulos e invenciones”, también fue reproducido en *El Colono* del 25 de octubre de 1890.

Es del caso mencionar, que en la misma edición ya nombrada, *La Época* aludía a un asunto de actualidad en el cual aparecían cuestionados partidarios de gobierno por su participación en “negocios aventurados”. El suceso daba motivo al editorialista para explicar como “el desarrollo de los acontecimientos políticos y el alejamiento gradual de La Moneda de los hombres honrados fue acercando naturalmente al Presidente de la República a este grupo de *atrevidos especuladores*”; recordando que “en la formación del Ministerio Sanfuentes ya se vio claramente marcada su participación”.

Para el medio opositor, el presidente Balmaceda, “obcecado por su afán de exaltar una candidatura personal, sin méritos ni antecedentes”, había abandonado a todos “los hombres políticos que mediante su honorabilidad reconocida, su preparación y sus desvelos para atender los intereses del país, son prenda segura del manejo honrado de los caudales públicos”.

Por último, y relacionado con todo lo ya mencionado, *El Mercurio* del 4 de noviembre abordó la distancia entre Balmaceda y la oposición que sus discursos en el sur dejaban ver, explicando las razones de lo que llamó “crisis en que nos encontramos envueltos”. Concluyendo que la misma se había desencadenado por la pretensión presidencial de gobernar sin el concurso del Congreso, suponer que en Chile no existía el gobierno parlamentario y querer imponer un candidato oficial pues, como afirmó, “en el fondo de todo esto no hay, pues, sino una cuestión de candidatura”⁸⁶.

Una vez en marcha el tren presidencial, los periódicos de oposición no tardaron en aprovechar los elementos y componentes del viaje para censurar y criticar al gobierno y a su cabeza, el presidente Balmaceda. Fue así como *La Época* escribió

⁸⁵ Recordemos que ya en marzo de 1889, luego de la gira al norte, una parte de la opinión comenzó a combatir duramente a Balmaceda al ver en aquella excursión la intención presidencial de imponer a su sucesor.

⁸⁶ El editorial del periódico porteño fue reproducido en *La Época* del 5 y en *La Prensa* del 12, ambas de noviembre de 1890.

sobre lo que llamó "Incidentes pequeños pero reveladores", aludiendo a la comitiva oficial y al convoy presidencial⁸⁷.

Sobre los acompañantes del Presidente, sostuvo que ni "las más cariñosas insinuaciones del poder" consiguieron "llevar una cifra que pueda considerarse lisonjera", alcanzando éstos una "veintena de personas", de las cuales "sólo cuatro o cinco tienen títulos para ser consideradas"⁸⁸. De esta manera, lo que se llama "pobre comitiva", resultaba reveladora "del aislamiento en que se encontraba el jefe de Estado", del vacío que la dignidad y el decoro habían hecho en torno suyo, así como de "la esterilidad de sus esfuerzos para rodearse de un grupo de aparato que pudiera ocultar su situación". Para el editorialista, ese no era "el séquito de un mandatario prestigioso", sino la "triste escolta de un gobierno impopular".

Pero más "reveladora que esa lastimosa comitiva", era para *La Época* el modo como se había organizado el convoy presidencial. El hecho que delante de él fuera una "maquina para explorar el camino" y tras del mismo otra "que llevaba la fuerza armada que custodiaba a S.E.", manifestaban "la situación recelosa del espíritu de los hombres que ahora nos gobiernan, su íntima convicción de que siguen una política que despierta resistencias capaces de provocar la irritación vertiginosa que hace concebir la desesperación criminal del fanatismo"⁸⁹.

Luego de señalar que así viajaba el Zar de Rusia en medio del nihilismo, pero no el mandatario que va a inaugurar una obra de civilización y de progreso, el texto concluía que esas condiciones "bastaban para revelar por sí solas la conciencia que tiene el Jefe del Estado de que no cuenta con el apoyo popular, y que la opinión pública no es el escudo que lo ampara"⁹⁰.

El Independiente se refirió a la totalidad de la excursión, afirmando que la misma no había satisfecho las expectativas que la prensa oficialista había despertado al referirse a los "grandes preparativos que se hacían". Viaje al que "se dio un carácter político y que debía ser para el señor Balmaceda algo así como una carrera continuada de aplausos y festejos en su honor", y en el que sus amigos "harían una especie de despliegue de su número, de sus fuerzas y de su entusiasmo"⁹¹.

⁸⁷ Véase el editorial citado en la edición del 26 de octubre de 1890.

⁸⁸ Según *La Época*, algunos personajes con títulos hicieron alarde de no haber aceptado la invitación oficial, "mostrándose ayer en sitios públicos en que su presencia llamaba la atención".

⁸⁹ *La Libertad Electoral* del 31 de octubre también se ocupó de este aspecto de la excursión presidencial, preguntándose: "¿por qué el excelentísimo señor Balmaceda a pesar de encontrarse entre los suyos se rodeó de tantas precauciones en su viaje al sur?" Aludiendo a los "peligros" a que se consideró expuesta la figura presidencial, criticó el riesgo experimentado por los "inocentes conductores" y los "obsequiosos funcionarios" a quienes se "impuso el odioso deber" de formar en la comitiva presidencial. Por último, llamó la atención que mientras "las crónicas oficiales rendían homenajes de gratitud y de felicitaciones al jefe supremo de la nación, y era hermoso el alborozo que entre ellos despertaba su presencia, él, dominado por el miedo instintivo, creía estar asediado por inminentes asechanzas, y se defendía de ellas poniendo en salvo la seguridad de su persona". El editorial de *La Libertad Electoral* arriba citado, apareció también glosado en *El Estándarte Católico* del 2 de noviembre de 1890.

⁹⁰ Para el editorialista, el gobierno sabía muy bien que su política era resistida y que provocaba la irritación de la opinión en su contra; así como sabía que no "tiene más apoyo que la fuerza, ni más aplauso que el de la turba asalariada".

⁹¹ Véase editorial del 30 de octubre de 1890. En la misma edición, así como en las dos siguientes, *El Independiente* dio a la luz una carta de "uno que todo lo vio y que dice la verdad", en la cual un

Recordando los anuncios de “los heraldos de ese viaje” relativos a “la numerosa comitiva de altas personalidades” que acompañaría a S.E. al “lujoso tren” que lo conduciría, a las detenciones planificadas en el camino para recibir las atenciones de quienes acudirían a saludarlo, a los “opíparos banquetes y suntuosos saraos” preparados para celebrarlo” y, por último, a la fiesta a orillas del Malleco que se esperaba realizar, el editorialista aborda los desengaños experimentados por la comitiva oficial, utilizando, según afirma, “las relaciones que del viaje de S.E. han dado a luz los mismos periódicos presidenciales”.

De esta forma, comienza señalando que lo que se creía sería “una carrera triunfal”, “una satisfacción nacional dada a S.E. en desagravio de los injustos de que ha sido víctima de parte de los círculos personales santiaguinos”, desgraciadamente para el Presidente Balmaceda, “sólo existía en la imaginación de sus cortesanos y aduladores”. Según él, S.E. tomó el tren en Santiago “acompañado de unos cuantos empleados públicos y no hubo arcos triunfales, ni saraos, ni manifestaciones populares, debiendo cruzar el territorio “en medio del frío retraimiento de todos los vecinos de los pueblos del camino”⁹².

Para *El Independiente*, todo lo relatado, “un melancólico suceso”, no era más que una “prueba palmaria de ese triste vacío, de ese hostil alejamiento, que la política personal y abusiva del Presidente de la República ha conseguido producir en los últimos tiempos”. Política que *La Patria* del 27 también censuraba cuando, comentando las alternativas de las sesiones del Consejo de Estado en el que se enfrentaban oficialistas y opositores, señalaba que mientras en el seno del Consejo se producía la disputa, “el rey se divertía en su paseo triunfal al sur”, el que para este medio “no era otra cosa que un nuevo insulto a la libertad electoral”⁹³.

El Día por su parte, abordando también esta dimensión del desplazamiento presidencial, pretendía desengañar a “algunos crédulos de anchísimas tragaderas que imaginan que a don José Manuel Balmaceda le queda algún prestigio como mandatario y como político”. Recordando cuál era el prestigio, cuál el respeto y cuáles las consideraciones de que gozaron siempre y en todas circunstancias los Presidentes de Chile, el periódico afirmaba que “cualquiera fiesta nacional, cualquiera inauguración pública, cualquiera asistencia oficial, se consideraba verdade-

testigo relatada en forma crítica y mordaz la excursión presidencial al Malleco, sirviendo así de apoyo a las opiniones entregadas en la página editorial.

⁹² Según el articulista, si Balmaceda “hace dos años hubiera hecho este mismo viaje, es seguro que no le habrían faltado en el camino demostraciones ardorosas y entusiastas”. También señala que la excursión al sur permitió al Presidente desengañarse sobre la “famosísima recolección de firmas de adhesiones a su persona y a su política que los intendentes y gobernadores le enviaron hace tres meses desde todos los puntos del país”, pues ahora, “después de este viaje, de este maldito viaje, ¿cómo creer ni como engañar a nadie con aquella inolvidable farsa?”. Avalando la opinión de *El Independiente*, *El Mercurio* del 3 de noviembre de 1890, y aludiendo a los editoriales de *La Época* y *El Ferrocarril*, agregó que el Presidente se encontraba “en un estado de aislamiento como no ha acontecido jamás a Presidente alguno de la república”.

⁹³ Texto reproducido en *El Estandarte Católico* del 28 de octubre de 1890. Éste ofrece también otras opiniones sobre los sucesos del Consejo de Estado, como la de *La Época* que cree que el “gobierno rehúsa que se abran las Cámaras y no desea oír la voz de la soberanía nacional”; o la de *El Comercio* que defiende la clausura de las sesiones ordinarias pues “el Congreso hubiera sido un entorpecimiento para la marcha gubernativa”.

ramente solemnizada con la presencia del Presidente de la República". Que un viaje del jefe de Estado, por corto y aún personal que fuera, "era motivo para que en su tránsito recibiera manifestaciones de respeto de amigos y de adversarios". Que nunca el primer mandatario, "marchando por la calle, dejaba de recibir el respeto de sus conciudadanos y grandes y pequeños le rendían el homenaje de su respetuoso saludo". Que, en definitiva, "el respeto al Presidente era universal" y no había un "habitante de la república que no le guardara el acatamiento debido al alto puesto que ocupaba y a la dignidad de su persona"⁹⁴.

Sin embargo, continuaba *El Día*, hoy se asiste a la "grotesca y despreciable caída de aquella generalísima respetabilidad". Al espectáculo de "ver arrastrada payasescamente la dignidad presidencial derribada por la mentira, la farsa y la perfidia, entre juglares, vividores y merodeadores de la política, en grande y en pequeño". Según éste, donde quiera que se haya presentado el señor Balmaceda, a donde quiera que se presente S.E. y sus ministros, es posible advertir "un verdadero desprecio público y privado por los mandatarios y los hombres, traducido en pifias, silbatinas, carcajadas de ridículo, que cubren y ahogan todas las manifestaciones públicas que ellos mismos se hacen dar por empleados obligados o por chusmas recogidas de los garitos"⁹⁵.

Para *El Día*, la presencia del jefe de Estado en cualquier ceremonia pública no sólo no estimulaba la concurrencia, sino que la retraía, como por lo demás lo demostraba lo ocurrido en lo que llama "paseo al Malleco". En él, Balmaceda "ha visto que todos los ciudadanos le volvían la espalda", y que ni siquiera la grandeza de la obra que se inauguraba fue fuerza para llevar concurrencia" a la ceremonia en que ésta se entregó al uso público.

Respecto de las palabras pronunciadas por José Manuel Balmaceda en el sur, los periódicos también fueron críticos. En primer término, se reprochó el afán presidencial "de pasar por ingeniero", al presumir en su discurso en Collipulli de sus aciertos en "ferrocarriles y construcciones de puentes"⁹⁶.

⁹⁴ Véase el editorial del medio citado que bajo el epígrafe de "Palpable", reproduce *La Época* del 1 de noviembre de 1890.

⁹⁵ En otro editorial titulado "El embustero de Tolón", *El Día* volvió sobre el viaje presidencial al sur advirtiendo que, y como era de esperarse, "la voz de orden salida de La Moneda a la vuelta del Presidente, ha sido la de contar las grandes ovaciones y los entusiastas recibimientos hechos a S.E. en su trayecto de ida y vuelta". Luego de criticar que "la prensa de La Moneda y los muzlines de S.E." se empeñen en hacer creer al país que el viaje oficial "fue hecho de triunfo en triunfo y hasta como un paseo de un cariñoso padre en medio de amantísima y entusiasta prole", y de explicar la forma en que se había procedido a montar las manifestaciones para Balmaceda, resultado de lo cual el Presidente "salió de Santiago y llegó al Malleco y salió del Malleco y llegó a Santiago haciéndose aplaudir, vivir, festejar y recepcionar a sí mismo", se contaba una historia en la cual un embustero, de tanto contar mentiras, acababa creyéndolas el mismo. El texto citado fue reproducido en *La Época* del 3 de noviembre.

⁹⁶ Véase el texto "Le ha dado por ingeniero", editorial de *La Época* del 1 de noviembre de 1890, resumido en *El Estandarte Católico* del 4. En él se recordaba que en su excursión al norte de marzo de 1889, el Presidente de la República también "se dio la fantasía de pasar por ingeniero", y que "muy pocos necesitarán hacer esfuerzos de memoria para recordar aquella grotesca exhibición presidencial". El editorial de *El Mercurio* del 30 de noviembre, también alude a la pretensión presidencial de aparecer resolviendo "en un abrir y cerrar de ojos, grandísimos problemas de ingeniería".

Por otra parte, se censuró el que el Jefe de Estado se atribuyera la ejecución del viaducto, siendo que había sido la administración de Santa María la que inició la obra⁹⁷. Este hecho, además, daba pie para recordar al "ministro discreto, respetuoso, que se inclinaba con la más profunda modestia ante un arrogante Presidente". Figura que ahora contrastaba con quien, una vez en el poder, "arrojaba desde la altura la memoria del predecesor, que la víspera halagaba, al profundo abismo del olvido"⁹⁸.

En su editorial del día 30 de octubre, *El Mercurio* concentró su atención sobre el conjunto de los discursos presidenciales, pues en ellos, aseguró, "S.E. hizo ciertas confidencias o revelaciones que tienen un palpitante interés de actualidad". Se refería así a los dichos de Balmaceda respecto a su poder de decisión como ministro de Santa María, el cual contrastaba con la situación de los secretarios de Estado en 1890 que, sostiene el periódico, "no pueden decretar ni aun el nombramiento o la separación de empleados de ínfima categoría sin el asentimiento presidencial". Era que "ahora nos encontrábamos en la plenitud del gobierno personal", se explicaba, cuando hasta "el Congreso ha sido rebajado a la condición de rodaje inútil en el mecanismo de la administración".

Una prueba de ello se obtenía de la simple comparación del lenguaje que Balmaceda empleaba en sus alocuciones con el de los jefes de las más grandes potencias constitucionales. Según *El Mercurio*, "su majestad la reina de Inglaterra habla modestamente de *mi gobierno* cuando da cuenta de los actos de su administración; pero nuestro republicano Presidente en casos análogos dice YO". Censurando el que Balmaceda cada vez que se refiriera a las obras del gobierno utilizara la primera persona, el medio aclaraba que era el Estado el que construía los ferrocarriles y dinero de la nación el que pagaba a los empleados públicos. Realidades que Balmaceda olvidaba "al creer estar en situación de decir: ¡El Estado soy yo!"

En su página editorial del 1 de noviembre, *El Mercurio* volvía sobre el tema de la pretensión presidencial de figurar como "la única personalidad dispensadora de todos los favores públicos", reprochando que "en la época en que fue Ministro desaparece el Presidente; y ahora que es Presidente desaparecen los ministros, el Congreso y el país mismo". Haciendo mención a que "todavía no estamos gobernados por un dictador", opinaba que habría sido justo que Balmaceda hubiera reconocido que sus obras eran consecuencia de una situación económica favorable previa a su administración. Fruto de lo acumulado por "gobernantes sobrios y discretos que supieron guardar e incrementar" las riquezas nacionales⁹⁹.

⁹⁷ *El Mercurio* condenó la que llamó "injusticia" de suprimir de una plumada la administración Santa María. Véase editorial del 30 de octubre.

⁹⁸ *La Época*, 1 de noviembre de 1890.

⁹⁹ El texto, que fue parcialmente reproducido en *El Estándarte Católico* del 4 de noviembre, terminaba afirmando que si S.E. fuera dictador podría haber dicho, porque los dictadores hablan así: "yo he ejecutado tales obras, yo he derramado aquellos tesoros, yo doy bienestar a quince mil trabajadores, yo soy vuestra providencia y vuestro benefactor. Todo eso y mucho más pudo decir el excelentísimo señor Balmaceda, si fuera dictador, pero... todavía no lo es!". En la citada edición de *El Estándarte Católico*, se resumían también los editoriales de *El Herald* del 31 de octubre y de *La Época* del 1 de noviembre. En ellos se censuraba el afán presidencial de dejar en "ridícula condición a los partidos que en otra época lo acompañaron", así como sus pretendidos "aciertos en ferrocarriles y construcciones de puentes".

Además, el editorialista señalaba que el Presidente no debió olvidar que todas las obras con que se estaba formando un pedestal habían sido mandadas ejecutar por leyes que había dictado el Congreso, reprochándole que no guardara ningún sentimiento de gratitud para con la institución que lo autorizó a disponer de los fondos nacionales.

Así, no debe extrañar que *El Mercurio* también reprochara el “vasto programa de obras públicas” que el Presidente había esbozado en sus discursos. Éstas, afirmó el 30 de octubre, no sólo le permitirían “dar de comer a mucho mayor número de chilenos”, también, tener “cien mil hombres listos para formarle la guardia en caso de conflicto”¹⁰⁰.

La Libertad Electoral, por su parte, no aprobaba diversos aspectos del estilo político impuesto por Balmaceda y lamentando la situación existente ofrecía sus argumentos. Entonces recordaba que en la vida de los pueblos democráticos los mandatarios tenían diversas ocasiones para expresar al país las ideas y propósitos que persiguen en bien de la nación. Que en Chile los Presidentes han sido discretos en el empleo de “esa altísima influencia”, rindiendo siempre “acatamiento a la soberanía del Congreso Nacional” y que se ha dado “respetuosa observancia a la tradición que les abre las puertas del parlamento al inaugurar los períodos de sesiones ordinarias, para diseñar las tendencias de su política y la marcha de la administración. Por ello, continuaba, sólo en circunstancias extraordinarias el jefe del Estado se ha dirigido en persona a sus conciudadanos congregados por alguna causa patriótica o por algún motivo de interés nacional”¹⁰¹.

Para este periódico, “la acción disolvente del tiempo, el contagio corruptor del atolondramiento y la falta de circunspección, que es el sello característico de los actos del actual Presidente de la República”, estaban acabando con prácticas “benéficas”, ya incorporadas al derecho público consuetudinario, y que en relación al Presidente de la República, “jamás habían dado margen a inconveniencias que lastimaran el decoro del puesto o deprimieran la dignidad de la magistratura”. Como se afirmaba, “era la cordura de los mandatarios colocados en tan elevado puesto la garantía más eficaz, y nunca burlada durante largos años, de que esta tradición habría de ser siempre honrosa, y de que nuestros Presidentes se empeñarían en servirla noblemente”.

Sin embargo, se constataba, Balmaceda desde su puesto de ministro de Estado había comenzado la obra destructora cuando, en su afán por “atrapar el poder, convirtió los dineros públicos en favores que dispensaba no su autoridad de ministro, sino su obsequiosidad de caudillo”, transformando las grandes obras y empresas nacionales en “medios para procurarse su engrandecimiento personal”. Censurando que el Presidente una vez en el poder continuara “por tan torcido camino”, señalaba que ahora, acercándose al fin de su administración sin “haber realizado un programa que le señale el aprecio y estimación de sus conciudadanos”, ha necesitado forjarse un ideal a cuyo servicio aparecer y que,

¹⁰⁰ El editorial del diario porteño del 30 de octubre fue reproducido en *La Prensa* del 2 y *La Época* del 3. También fue resumido en *El Estándar Católico* del 1, todos de noviembre de 1890.

¹⁰¹ Véase su editorial “Una nueva política”, reproducido en *La Época* del 3 de noviembre de 1890.

como lo demostraban las fiestas de inauguración del viaducto del Malleco, "para inventarlo no ha reparado en los arbitrios". Así se explicaba "el doloroso espectáculo de que en esta ocasión no haya sido escuchada la palabra presidencial con el respeto que siempre se la ha dispensado", pues, en definitiva, "el Excmo. señor Balmaceda ha convertido el solio presidencial en tribuna para arengas".

En ellas, se afirmaba, Balmaceda da rienda suelta a sus pasiones en contra de sus adversarios, incurre en injusticias odiosas y se exhibe "como un mandatario dominado por la vanidad y la sed de poder" que, además, "ha dividido a los ciudadanos en dos condiciones distintas caracterizados por las regiones en que les ha tocado en suerte residir". De esta forma, *La Libertad Electoral* terminaba su crítica aludiendo y condenando la distinción presidencial entre los círculos políticos capitalinos que se le oponían y los pueblos de las provincias entre quienes, y como afirmó en Collipulli, "me siento entre los míos"¹⁰².

A partir de los mismos hechos, *El Día* explicó la reacción presidencial que resumía en la afirmación de que "el excelentísimo señor Balmaceda dio rienda suelta a la ira concentrada y quinta esencia de que está poseído contra su buena ciudad de Santiago". Según el editorialista, la molestia presidencial se habría producido porque la capital, "antes cuna y manantial de timorato gobiernismo", ahora era "mayor de edad e independiente" y ya no toleraba las "calaveradas, las bellacadas y las innumerables inequidades" con que Balmaceda "tenía al país al borde de la vergüenza y del abismo"¹⁰³.

En un sentido similar, y muy decidor del efecto causado por las nuevas prácticas puestas en uso por Balmaceda, *El Mercurio* reprochaba que el Presidente hubiera aprovechado la inauguración del Malleco para "exhibirse como el protagonista de un sainete político y que en forma de cómicos brindis le lanzara a sus conciudadanos su programa de gobierno"¹⁰⁴. Se acusaba a Balmaceda de haber olvidado las tradiciones nacionales y en "especial las tradiciones de La Moneda que significaba respe-

¹⁰² Según *El Mercurio* del 4 de noviembre, por imponer el candidato oficial, Balmaceda se había empeñado en despedazar a los partidos y en dividir al país. Para sustentar su afirmación preguntaba, "¿no fue al sur a sembrar cizaña y a alimentar recelos entre la provincia y la capital?"; afirmando que "ningún otro Presidente se habría atrevido a declarar que la vida en Santiago se le había hecho intolerable y que sólo allá en La Frontera podía respirar libremente".

¹⁰³ Véase el texto citado, "Donde no lo conozcan que lo compren", reproducido en *La Época* del 5 de noviembre de 1890. En él también se afirmó que ante la actitud de oposición en la capital, el Presidente trató de "introducir la discordia en el campo enemigo", pero que el único resultado que obtuvo fue "la más compacta unión del Congreso y el más decidido apoyo de la capital a la representación nacional". Esta manifestación de independencia fue imperdonable para Balmaceda, "y como pertenece a la especie de los hombres obcecados y de carácter débil", sintió ira y vertió "su despecho iracundo" en palabras. Esto explica que el jefe supremo, continuó *El Día*, "haya ido por allá, a los confines del centro sur de Chile, a pelar a la capital", como un "pelador de oficio, de aquellos que se ocupan de poner mal a los hombres superiores que con justicia los miran muy de arriba para abajo". Finalmente, se afirmaba que en provincia "se piensa con la misma lógica que en la capital", de tal manera que todos comprenden por qué "la capital ha dado al traste con el excelentísimo señor jefe supremo". Así las cosas, "el pelambre y el adulo" fueron para Balmaceda contraproducentes y los provincianos, "que están al cabo de todo los acontecimientos, han exclamado con risa socarrona: ¡presidentito!... ¡quién no te conozca que te compre!"

¹⁰⁴ El editorial apareció el 3 de noviembre y se tituló "En carnaval". El mismo fue reproducido por *La Prensa* del 8 de noviembre de 1890.

to, circunspección, decoro, alta comprensión de la dignidad y los deberes del más elevado puesto"; de haber prescindido de la nación representada en el Congreso y preferido "entenderse con los ciudadanos en medio de los alegres ecos del festín y al son del simpático chocar de las copas de champagne"; de cambiar la solemnidad del parlamento, por "el risueño recinto de la sala del banquete". Se censuraban Balmaceda, a quien se calificaba de "eterno equivocado, buen vividor y en perpetuo error", un estilo que había transformado los "graves mensajes del gobernante en los bullidores brindis del alegre comensal de media noche", imaginando "acercarse así a los monarcas de derecho divino que tienen su pueblo, su corte y su soberana e ilimitada voluntad siempre convertida en hecho a una simple manifestación del gesto".

Todo lo anterior llevaba a este editorialista a afirmar que era sensible constatar cómo La Moneda se había "vestido de carnaval", y que si bien la Constitución no permitía la acusación presidencial, sí autorizaba la declaración de imposibilidad moral. "Que es el verdadero caso en que se encuentra el señor Balmaceda". Así, continuaba, "¿cómo puede estar en su criterio sano y con un cerebro en orden el individuo que convertido en orador de chochones acaba de dar este sainetesco paseo por el sur?". Haciendo saber que "ningún alienista europeo necesitaría examinar personalmente al señor Balmaceda para expedir un dictamen de insanidad", se preguntaba si "¿no será llegado el momento de que dictamine también el pueblo de Chile y de que el Congreso nacional ejercite la más tremenda de sus facultades, pero facultad salvadora, puesto que ella salva el honor nacional y libra al país del abismo del desgobierno y la anarquía?"¹⁰⁵.

La Época explicó el viaje presidencial a Collipulli en relación con la campaña electoral para las elecciones parlamentarias de marzo de 1891¹⁰⁶. Criticando que Balmaceda en sus discursos en el sur sólo se refiriera a sus hechos y proyectos, "anunciándose como un campeón y un redentor", interpretó la omisión de toda referencia a la campaña electoral como una expresión de que S.E. sólo buscaba que "todos los ciudadanos de Chile, de uno a otro confín, voten por los candidatos presidenciales en las elecciones". Concluía que el Presidente se "propuso manifestar muy claro que su propósito era ganar las elecciones", y que por eso "se ha ido a presentar como un candidato y nada dijo de la libertad electoral". Otro diario que interpretó el desplazamiento en este sentido fue *El Mercurio*, para el cual el viaje del Presidente fue también para "recoger de paso algunas ovaciones con que rehacer su popularidad quebrantada"¹⁰⁷.

Para *El Ferrocarril*, la gira de Balmaceda no se limitó sólo a la solemnidad de la inauguración del Malleco y tuvo también un "carácter político de actualidad" de la cual extrajo diversas consideraciones. Por lo pronto, la "profusión de brindis y discursos pronunciados en el trayecto", y el que "donde quiera que se detu-

¹⁰⁵ *El Mercurio* creía que el país se encontraba en una "hora solemne y decisiva, en la que todo peligraba y se conmovía". En la cual no era posible permanecer "impasible o en actitud estoica" y frente a la cual era preciso "prepararse para la acción, listos para todo y revestidos de todas las armas". En su criterio, el carnaval no podía ser un estado permanente de gobierno y el pueblo chileno no podía hacer "el papel grotesco de coro de opereta" pues tenía "una misión más digna y el deber de hacerse respetar y de castigar a todos los juglares". De otra manera, "no es digno de vivir", concluía.

¹⁰⁶ Véase el editorial "Para explicar una omisión", aparecido en la edición del 2 de noviembre de 1890.

¹⁰⁷ Véase editorial del 30 de octubre, reproducido en *La Época* del 3 de noviembre de 1890.

viera el tren aprovechara la oportunidad para dirigir la palabra al concurso que salía a recibirlo”, mostraban la naturaleza de la excursión.

Teniendo presente la necesidad experimentada por Balmaceda de “departir en noble y franca cordialidad con los que venían a su encuentro a darle la bienvenida”, *El Ferrocarril* justificaba la emoción que mostró el Presidente “al verse rodeado de un cierto número de sus conciudadanos que le ofrecían respetuosa hospitalidad”. En especial si se consideraba que “esa cordialidad de relaciones del gobernante con los gobernados había llegado a ser una novedad en los hábitos de su vida administrativa”, en especial en lo tocante a los habitantes de Santiago¹⁰⁸.

En opinión de este periódico, las quejas formuladas por el gobernante en los pueblos de La Frontera en contra de los círculos de la capital, traducían, “con ingenua fidelidad, la fisonomía moral de la anómala situación que atravesaba” el país. En virtud de ella, la residencia en Santiago “ha llegado a hacerse insoportable para el Presidente”, encontrándose aquí “en un estado de aislamiento como no ha acontecido jamás a Presidente alguno de la república”. Un retraimiento que, incluso, se prolongaba “hasta el círculo más íntimo de sus afectos y contrariando los vínculos más delicados de las adhesiones personales”. El mismo editorial, muy agudamente, recordaba que Balmaceda había tenido “una entusiasta y cordial acogida a su advenimiento a la presidencia”, pero que ahora no sólo no tenía a su lado a “ningún partido o agrupación política de filiación histórica”, sino que, además, “se encontraba en entredicho con un Congreso hechura de su intervención”.

La explicación de “la anómala situación” se encontraba en la aspiración a “la honrada y leal prescindencia del gobierno en interés común del libre sufragio del país”, y no, como sostenía Balmaceda, en la ambición de los caudillos. A decir verdad, para *El Ferrocarril* la única ambición existente en el horizonte político era “la sustentada por el favor del Presidente para una candidatura hechura exclusiva de la suya”. En resumen, era la “tenaz perseverancia presidencial de intervención electoral” lo que agitaba a la gran ciudad e impedía el sosiego de los partidos, perturbando la quietud del Jefe de Estado¹⁰⁹.

Volviendo sobre los reproches presidenciales, se afirmaba que como efecto de “la fatal concentración de la vitalidad política en Santiago, en cuanto asiento de todos los poderes”, resultaba natural que la “vigilancia que la opinión tiene que ejercitar”, se dejase sentir en la capital con “más oportunidad, eficiencia y energía que en cualquiera otro punto de la República”, pues aquí tenían los partidos su representación permanente y “los medios para contrabalancear los manejos de las autoridades contrarias a los intereses de las libertades públicas”. Esto no ocurría en las poblaciones apartadas de Santiago, se afirmaba, pues a ellas todos esos grandes debates apenas llegan como “lejanos rumores, según la exacta y feliz expresión de un respetable diario de esas localidades”¹¹⁰.

¹⁰⁸ Véase su editorial del 31 de octubre de 1891.

¹⁰⁹ Como prueba de sus afirmaciones, el editorialista recordaba que el nombramiento del ministerio Prat en agosto de 1890, y para entonces ya reemplazado, había restablecido la quietud y la confianza de los partidos al dar garantías de no intervención.

¹¹⁰ El periódico también recordaba que los debates en cuestión interesaban “al bienestar y progreso político del país”, incluso, y a pesar, de que ellos fueran vistos con “desdén, o por lo menos con gran indiferencia”, por las poblaciones alejadas de la capital.

Dada esta situación, se concluía, "se explica que el Presidente de la República se vea profundamente molesto y contrariado" con la fiscalización ejercida en Santiago, y que sólo encuentre "quietud para su espíritu en las poblaciones alejadas y ajenas al movimiento político"¹¹¹. En lo que representa una expresiva descripción del ambiente político y de los intereses en disputa entonces.

Pero más aguda y penetrante resultó la visión de *El Ferrocarril* ofrecida en su página editorial del día 30 de octubre. En ella, abordó la gira presidencial como ejemplo de un mal mayor, señalando que si bien era natural y legítimo el regocijo de las poblaciones fronterizas por la inauguración del viaducto del Malleco, ello no debía hacer olvidar que "el interés nacional no está sólo vinculado a los progresos materiales, sino a los beneficios no menos positivos y trascendentales de las prácticas honradas de la vida libre y de los correctos procedimientos de buen gobierno"¹¹².

La opinión del diario revisaba en primer término la que llama "falsa noción del Estado providencia", en virtud de la cual la satisfacción de las necesidades públicas que incumbe como deber a los gobernantes, "se ha considerado como un favor de su munificencia, como algo a que no se tuviera derecho, como una dádiva hasta cierto punto de carácter personal, tomando poco o nada en cuenta que ella se hace con la fortuna pública, con los recursos y sacrificios del país contribuyente".

Para *El Ferrocarril* esta concepción "muy propia de los países sujetos al régimen autoritario", pero que no existía en las naciones nacidas y desarrolladas en los hábitos de la vida libre, lo falsificaba y empequeñecía todo. Así, afirmaba, "los pueblos que se habitúan a atribuir a sus gobernantes lo que es el resultado de los esfuerzos comunes, concluyen por formarse amos que los encadenan", pues "éstos aprovechan para su engrandecimiento personal o para el ensanche de su autoridad, los mil elementos que la nación pone en sus manos para el bienestar general". Como resultado de ello, los adelantos materiales se transformaban en "elemento de dominación y vasallaje en el orden político", situación que jamás acontecería en las naciones en que el sentimiento del bienestar material está unido al de los beneficios de la libertad política¹¹³.

En Chile, continuaba el editorial, "habitados a pedirlo todo y a esperararlo todo de la acción del gobierno", existía la peligrosa tendencia de "dar por compensado cualquier menoscabo en el orden político con las ventajas materiales que puede realizar la administración" en una determinada localidad. Así, los beneficiados con lo que se supone es una dádiva del gobierno, quedaban "ligados por esa pretendida deuda de agradecimiento a la munificencia oficial y enfeudados a la intervención electoral oficial".

¹¹¹ El texto de *El Ferrocarril* concluía haciendo notar que la situación analizada resultaba "curiosa" si se consideraba que en Santiago vivían el mayor número de amigos y correligionarios de las pasadas luchas del Presidente, que a esta ciudad afluían los representantes de todos los círculos políticos más caracterizados y que éste había hecho toda su carrera política en la capital. El editorial fue resumido en *El Estandarte Católico* del 1º de noviembre de 1890.

¹¹² Véase editorial del 30 de octubre de 1890.

¹¹³ Los conceptos de *El Ferrocarril* también podrían considerarse un velado reproche a la falta de cultura política de la provincia, hecha desde la "civilización" capitalina.

La confirmación de sus dichos estaba, según *El Ferrocarril*, en las descripciones de las fiestas realizadas con motivo de la inauguración del viaducto del Malleco. En ellas "se hace representar al Presidente de la República ese papel de Estado providencia", como lo demostraba la lectura de algunos respetables órganos de la prensa del sur. Especial importancia daba a un editorial de *El Colono* en el que había afirmado: "para nosotros que no percibimos sino el rumor lejano de las disputas políticas de Santiago, y que por eso mismo consideramos la realidad de las cosas con ánimo mucho más desapasionado y sereno, la presencia del Presidente es en estos momentos la de un *bienhechor* del país, y Angol ha hecho bien en tributarle decorosamente la honradez de su hospitalidad"¹¹⁴. Para los críticos, tales líneas trazaban con "perfecta naturalidad la fatal influencia de la noción popular sobre la misión del gobierno", pues mostraban como "ante el papel bienhechor del país que se atribuía al Presidente", aparecían de "poca monta o ninguna consideración lo que se llaman "las disputas políticas de Santiago".

El periódico capitalino reconocía que "en un gran número y tal vez en la generalidad de las localidades apartadas de Santiago, asiento de los poderes públicos", no se percibía "más que el rumor lejano" de los grandes debates y conflictos que afectaban la vida política del país, y que por eso en "ellas no se les atribuía la importancia que tienen" y se las consideraba de valor muy secundario comparadas con las ventajas materiales que les procura la fortuna pública que "recibían como un acto de munificencia de su bienhechor el Presidente de la República". A su juicio eran estas ideas, que reconocía "hemos desgraciadamente fomentado y robustecido con el autoritarismo sin contrapeso atribuido al Jefe de Estado", las que opondrían a las libertades políticas una ruda lucha en el afán de éstas por abrirse camino en la conciencia popular.

Según *El Ferrocarril* era el "régimen centralizador y absorbente" en que vivía el país desde largos años, lo que había "desnaturalizado y pervertido las más elementales nociones de libertad y de buen gobierno", provocando que la vitalidad política existente en cuatro o cinco de las grandes ciudades del país, apenas llegara, y sólo como un rumor lejano, a una parte muy considerable del territorio nacional.

Todo lo anterior, concluía, explicaba los penosos esfuerzos que había que llevar a cabo para conseguir la implantación de un régimen de verdadera libertad. Era esa noción del Estado providencia, "personificada en el Presidente de la República, como fuente única de todo poder", la que había sido y continuaba siendo "en un gran número de nuestras poblaciones", el obstáculo más considerable para el progreso político del país. Ella era, por último, la raíz de "la intervención electoral de los gobiernos y en ella éstos tenían su apoyo más considerable".

De regreso en la capital el Presidente y su comitiva, el diario oficial *La Nación* abordó el viaje al Malleco haciéndose cargo de los comentarios que el mismo había despertado en la prensa de oposición¹¹⁵. Recordando las inauguraciones en que participó S.E., el editorial afirmaba que resultaba "verdaderamente satisfactorio marcar la época de estos importantes progresos" en medio de la "hora de agitación de los círculos parlamentarios", cuando "se deplora que el Presidente de la

¹¹⁴ *El Ferrocarril* del 30, citando un editorial de *El Colono* de Angol del 27 de octubre de 1890.

¹¹⁵ Véase edición del 31 de octubre de 1890.

República haya hecho el papel de providencia en su país, que viaje al sur, y que las poblaciones satisfechas por los progresos realizados hayan salido a su encuentro y le hayan probado su adhesión”.

Intentando contradecir a quienes pretendían “presentar al Presidente en singular aislamiento de la capital”, se afirmaba que S.E. sólo había manifestado “que la descentralización de la riqueza” era un hecho, además de hacer notar la diferencia que existe entre las provincias de Chile, “sin caudillos, sin ambiciones personales y en abierto desacuerdo con los círculos políticos santiaguinos, condenados a inevitable esterilidad aun en el punto mismo de Santiago”¹¹⁶.

Aceptando que no existía acuerdo entre el primer mandatario y el Congreso, justificaba la conducta de Balmaceda pues el Congreso pretendía “la absorción, en su beneficio, del Presidente y del Poder Ejecutivo”. De ahí que en su concepto la “enérgica actitud del Jefe de Estado, amparada en sus fueros y atribuciones, lo honraba” y probaba que ningún círculo personal lograría dominarlo¹¹⁷.

La página editorial concluía señalando que a las palabras y a las violencias de la injusticia de los grupos santiaguinos, *La Nación* oponía sencillamente “los hechos y la opinión de la gran mayoría de los chilenos”¹¹⁸.

De esta forma el medio de prensa oficialista dejaba la resolución del conflicto en manos de la opinión pública, esperanzado, como seguramente el propio presidente Balmaceda lo estaba, en que ésta se inclinara en su favor en virtud de las realizaciones de la administración, entre las cuales, que duda cabe, el viaducto del Malleco resultaba la más espectacular. Tanto como para motivar la disputa política que en torno a las alternativas de su inauguración hemos abordado en este texto.

¹¹⁶ *La Nación* describe a la oposición como “círculos personales, divididos y fraccionados hasta constituir entidades completamente heterogéneas y desautorizadas”. Aislada y desprestigiada por su falta de opinión en las provincias y en Santiago.

¹¹⁷ Según el editorial, Chile sería muy desdichado si algún día tuviera Presidentes que se dejaran absorber por un poder irresponsable como el legislativo, o que, abdicando los deberes y la dignidad del puesto, se dejaran avasallar por las coaliciones del odio o del interés.

¹¹⁸ El texto fue reproducido en *El Ferrocarril* del 1 y resumido en *El Estandarte Católico* del 4, ambos de noviembre de 1890.

TESTIMONIOS 7

Alonso Feliú S.

HOMENAJE DE LA REVISTA *MAPOCHO* A SU FUNDADOR, DON GUILLERMO FELIÚ CRUZ, EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



(1900 - 1973)

No recuerdo cuándo pude diferenciar al padre del abuelo, al profesor del historiador, o al abuelo del amigo entrañable que conocí tan íntimamente al final de sus días. Sí, tengo muy claro que esos roles circundaron mi vida, la determinaron en muchos aspectos y cuando ya no estuvo físicamente, se instaló, invadiendo un gran espacio en mi corazón, desde donde vuelve a renacer, configurándose como padre, como abuelo, profesor, historiador o como amigo, según la circunstancia que debo enfrentar.

Recuerdo, en mis primeros años de colegio, como papá, alcanzó una dimensión que trascendió mi estrecho entorno de ese entonces. El profesor que integraba la comisión examinadora que iba a mi colegio en el momento de dar examen de historia, me preguntó si yo era hija del historiador Guillermo Feliú Cruz. Al contestarle afirmativamente, me agregó que seguramente por eso mismo, debería saber mucha historia. En efecto me gustaba mucho, sobre todo cuando dirigida por él, leía a Alejandro Dumas y toda la gama de sus novelas que me hicieron conocer anecdóticamente la historia de Francia y por consiguiente no la olvidaría nunca más. "Le vamos a preguntar geografía entonces"; terminó diciendo el profesor, Fernández creo que era su apellido. Por supuesto, que escasamente logré salvar con un mísero tres el examen. Una vez en la casa y para justificar mi cuasi fracaso, ante su pregunta, "¿cómo le fue en el examen?", le contrapregunté: —Papá, ¿qué significa ser historiador? No podría recordar la respuesta precisa de ese momento. Lo que no he podido olvidar es su mirada. De la expresión indagatoria que provocó mi pregunta, pasó a un mirarse hacia adentro, no podría decirlo de otra manera, y sus ojos muy brevemente se iluminaron para enseguida dulcificarse, como si hubieran encontrado a un ser muy querido. Después, se llevó el dedo del medio de su mano derecha, al eje de sus anteojos, intentó ajustarlo a su larga, perfilada y un poco respingada nariz, gesto mil veces esperado y tan querido en algunas circunstancias, y me dijo, con ese tono cortante con que solía establecer los hechos: "Fernández es un fregado". A pesar de su opinión, el tres fue inamovible.

No se me había ocurrido relacionar esto de ser historiador con las visitas a los monumentos y estatuas que existían en la Alameda, a los que nos llevaba a mi hermano y a mí, deteniéndonos en cada una de ellos para contarnos la razón y mérito del personaje inmortalizado, como para estar allí. Creo que era natural para nosotros, el que un papá saliera con sus hijos un día domingo, y les contara la fascinante vida de estos señores que a caballo o a pie, de uniforme militar, o de levita y en actitudes congeladas pero vivas según el talento de su escultor, habían

¹Directora Biblioteca del Congreso Nacional.

sido los héroes que pensaron y construyeron un país libre y democrático que nos hace a todos iguales. Comprendí más tarde que esos paseos no eran corrientes, cuando en el colegio, durante el recreo largo de la mañana del día lunes, se producía la invariable pregunta: "¿Qué hiciste el domingo?" y ninguna de mis compañeras había corrido las aventuras de nosotros, por la Alameda, tomados de la mano del padre historiador que amaba tan profundamente a su país.

Creo que tampoco resultaba muy natural, para el común de las familias, el que el espacio más importante de una casa como la nuestra, no fuese ni el living, ni el comedor, ni el dormitorio, sino el escritorio. Siempre en las casas en que vivimos, hubo un espacio grande, donde se encontraba el escritorio del papá. Ahí leía, escribía, preparaba sus clases, recibía a sus alumnos, a sus amigos y en las tardes, cuando empezaba a oscurecer, llamaba a mi madre, siempre en el mismo tono, y repetidamente: "Inés, Inés", para que lo acompañara. Nunca le escuché decir su nombre una sola vez. El atardecer lo angustiaba, se apresuraba a cerrar las persianas y prender la luz para no presenciar la puesta de sol y la penumbra que anunciaba la noche.

Su escritorio era como un santuario. Cuando niños, sólo podíamos entrar allí a escondidas cuando el papá no estaba. Estantes, muchos estantes llenos de libros rodeaban un escritorio cubierto de papeles, con una fascinante colección de lápices, rojos, azules, y lapiceras con plumas de metal de quitar y poner, de esas que se alimentaban en un tintero de cristal. Una de esas lapiceras, con mango grueso de madera color burdeo me atraía especialmente. La mamá nos había dicho que si entrábamos en el escritorio, que, —como todas las madres, ella sabía que a veces lo hacíamos a escondidas— no tocáramos nada. Y yo quería tener en mi mano esa pluma. Un día, a través de la puerta entreabierta lo vi leyendo, me acerqué y apuntando hacia ella le dije: "papá, dámela". No, me contestó. Me acerqué más aún y la tomé. La respuesta no se hizo esperar. "Déjela donde estaba", me dijo con suavidad, "esa lapicera es de don Arturo Alessandri, con ella ha escrito gran parte de sus discursos y firmado importantes documentos". Obedecí un poco asustada y salí del escritorio preguntándome quién sería ese señor que había firmado tantos documentos. Hoy, la tengo junto a los más queridos recuerdos de mi padre. Asimismo, conservo una fotografía de don Arturo con una dedicatoria: "a mi querido amigo", seguramente firmada con esa misma lapicera.

En ese espacio tan suyo, se reflejaba íntegramente su personalidad y su vocación. Había una cantidad enorme de objetos, algunos muy finos, otros, curiosamente artesanales, coloridos y humildes. Figuras de porcelana de Sévres junto a un huaso a caballo de cerámica de Quinchamalí o de Talagante. Marcos antiguos con daguerrotipos, fotografías o pinturas de sus ancestros, grabados con las figuras de personajes históricos, o filósofos e historiadores que habían contribuido a su formación, y de quienes se rodeaba ubicándolos junto al retrato de mi madre muy joven, donde siempre los pudiera ver. Además, muchos diplomas, medallas y también condecoraciones que lo señalaban como miembro honorario de numerosas Sociedades de Historia, Academias y otras instituciones americanas y europeas.

El escritorio, también era el espacio donde desplegaba su vocación de coleccionista. Le gustaban los relojes. Había de todas clases, tamaños, y modelos. Los sem-

braba por toda la casa y solía controlarlos uno a uno. Pero, lo más peculiar, era su colección de cordeles. La descubrí en una ocasión, cuando le propuse catalogar sus libros, que sumaban más de cuarenta mil volúmenes, y a veces, pasaba horas buscando el ejemplar que necesitaba. Tenía un hermoso mueble de madera con doce gavetas, ideales para desarrollar un catálogo alfabético de fichas. Pensando que habría que desocuparlo, para este propósito, abrí una de las gavetas y encontré una infinidad de cordeles y cordelitos, cada uno hecho un pequeño ovillo, igual cosa en la gaveta siguiente y en las diez restantes. Ante el asombro de mi descubrimiento, no pude menos que exclamar "¡ipapá, tantos cordeles!". Desde el sillón donde acostumbraba a sentarse para leer junto a la ventana, levantó la cabeza del libro que leía y por encima de los anteojos, aventuró una explicación, - "Es que me llegan muchos paquetes de libros y alguien puede necesitar amarrar algo". En un acuerdo tácito, no pronunciado, no volvimos a tocar el tema del catálogo, tampoco el de los cordeles y cordelitos, pero cada vez que alguien se acercaba al mueble y dirigía una mano curiosa hacia las gavetas, junto con la mirada y la semisonrisa de complicidad, decíamos, casi a coro, "está con llave".

Ubicada en la perspectiva con que ahora lo recuerdo, valoro con nostalgia su gran espíritu de servidor público y el orgullo que sentía de pertenecer a la Administración Pública. Había incorporado en lo más íntimo de su ser la característica de esas generaciones que hicieron grande a Chile, sobriedad, modestia, conocimiento y cultura. En una ocasión, de vuelta de un viaje al exterior, al pasar por la Aduana, se encontró con un alumno, que oficiaba de vista de aduana, que no quiso revisar su equipaje. "Pase no más don Guillermo", le dijo, a lo que él contestó, "muchas gracias, pero yo soy un funcionario público y Ud. tiene la obligación de revisar mis maletas".

Me he preguntado muchas veces por qué la imagen que siempre se presenta en mi mente es la de su figura un poco gibada, de gran prestancia y dignidad, vestido modestamente de negro, con corbata de lazo y el abrigo puesto sobre sus hombros a modo de capa. Fue su vestimenta habitual desde que murió su madre en enero de 1946 y su homenaje a una mujer fuerte, que asumió la función del padre que no conoció ya que no cumplía el año cuando sobrevino su muerte. Tal vez la respuesta se encuentre en que así se representaba su esencia de hombre profundamente sentimental.

Cuando fue nombrado hijo ilustre de Talca, en una ceremonia que se realizó en la Municipalidad a la que se invitó a toda la familia, a sus amigos, autoridades políticas, académicas y del mundo intelectual, lo vi hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas, algunas se deslizaron hasta su barba que temblaba; pero logró contenerlas, no así las nuestras.

En el verano, derivaba de la figura señera de un caballero español, a la de un burgués de vacaciones, cuando se instalaba por largos meses en la casa de Las Cruces y mi madre lo vestía con camisas deportivas, chaquetas de corte inglés y jockey.

Acostumbraba a bajar a la playa muy temprano en las mañanas, pero saludaba, principalmente, según se lo oí confesar un día, a las señoras que le parecían buenas mozas. Un verano convidó a pasar unos días a su amigo Juan Uribe Echevarría. No sé en qué momento decidieron que tenían que desafiar al mar y

premunidos de sendos trajes de baño, irrumpieron en la playa y se bañaron con bastante dignidad, debo reconocerlo. Quien más aprovechó de este acontecimiento que tuvo eco en toda la playa, fue su único nieto, Guillermo "Cuarto", el que teniendo apenas dos años de edad, se atrevió a entrar con el agua más allá de los tobillos, sintiéndose seguro de la mano de su abuelo. El "fotógrafo oficial" de la playa de Las Cruces, registró para siempre esos momentos, junto a otros, en los que siempre los principales personajes eran él y sus cinco nietos.

El amor por sus nietos lo hizo acuñar una expresión con la que quiso describir la gran emoción de ser abuelo: "Ennietecer". Me atrevería a asegurar que lo inventó, cuando Soledad, su nieta mayor, escasamente de un año, se introdujo en el escritorio de la casa de Las Cruces y se lo quedó mirando desde la puerta, para enseguida acercarse hasta afirmarse en sus rodillas, sonriendo. Desde el ángulo en que yo estaba, lo vi dejar a un lado el libro, levantarse, y pasarle su dedo índice a la niña que se aferró de él. Caminaron así, hacia el living, después a la terraza. Ahí mirando el mar, se tejió la red de una afinidad que le dio contenido al verbo inventado. Le explicaba a sus amigos en qué consistía ese sentimiento y fue tan real y verdadera su descripción, que su gran amigo el historiador venezolano, Pedro Grasses, escribió un artículo con el título "Ennietecer" como un homenaje, cuando mi padre murió un 30 de noviembre. Fue un abuelo inundado de ternura por Soledad, Pola, Ximena, Memo y Pilar. Pero también, un profesor pleno de amor por sus alumnos.

Hace muy poco tiempo, no más de seis meses, una señora pidió hablar conmigo. Me dijo que hacía más de veinte años que vivía en Suecia. Y no había vuelto a su país. Se había prometido a sí misma que lo primero que haría al volver, sería visitar a la familia de su maestro y profesor Guillermo Feliú Cruz. Con la voz entrecortada me dijo: "Yo le debo a su padre mi carrera de profesora. Cuando estaba en el segundo año de Historia en el Pedagógico al que había logrado ingresar con gran sacrificio de mis padres, me comunicaron que había muerto mi padre. Posteriormente, mi madre me dijo que no podría seguir estudiando porque no había recursos con qué financiar mi carrera y, tendría que trabajar. Me fui a despedir de don Guillermo en cuya cátedra me había destacado por mis notas. Él me insistió en que no podía dejar de estudiar. -'No tengo alternativa, le contesté' y él replicó: 'Sí la tiene. Ud. va a trabajar conmigo'. Efectivamente, trabajé en la Biblioteca Nacional haciendo investigación histórica, ayudando a catalogar los libros de la Sala Medina, hasta que logré titularme y trabajar en mi profesión. Mucho después, me enteré por casualidad, que los recursos que me permitieron subsistir y estudiar, provenían del bolsillo de mi profesor". Reconocí que como esa "alumna-hija", tantos otros, también, habíamos podido comprobar su alma bondadosa.

Con el transcurrir de los años, por distintas razones tuve que identificarme, en un Banco; en la Universidad; al hacer los trámites para obtener pasaporte para salir fuera de Chile; al matricularme en una Universidad extranjera; al visitar a un embajador chileno en otro país; en la Aduana al presentar mi pasaporte; al ser presentada a otra persona por el anfitrión de algún evento social, y fueron innumerables las ocasiones en las que al saber mi apellido, me preguntaban si era pariente de Guillermo Feliú Cruz. Al contestar que se trataba de mi padre, se producía algo muy especial, me miraban como queriendo transmitir un sentimiento muy

particular, y así establecer un vínculo y el comentario no se dejaba esperar. "Fue mi profesor", "sus clases eran brillantes". A veces se agregaban comentarios como el que le escuché a un diplomático de carrera: "me enseñó a querer a mi país", o "descubrió en mí al investigador", o "me ayudó a definir mi vocación".

Tenía una gran generosidad intelectual. Una mente lúcida, abierta y liberal. Su capacidad de análisis unida a una sensibilidad que intuía realidades y psicologías, más su gran conocimiento y erudición histórica le permitían reconstruir situaciones, interpretar motivos y comprender actitudes de personajes que hicieron nuestra historia. A través de su palabra, cobraban vida las ideas que subrayaba con sus manos expresivas, y con voz vibrante, imprimía en nuestro corazón los hechos de la patria que adoraba.

La muerte de mi madre lo sumió en una profunda crisis. Cinco años lo separaron de la suya. Durante ese lapso, enfrentó el mismo diagnóstico de la enfermedad que le llevó a su "Inés, Inés". Fue un período difícil, sin embargo, lo iluminó con su gran coraje y su voluntad de seguir escribiendo, investigando, publicando. La ausencia de sus nietos, que ya no estaban en Chile, nos acercó. Descubrí al amigo, al buen consejero, tímido y sentimental. También al poeta, la oración que escribió la noche de la muerte de mi madre, tiene una grande y sufriente belleza. Es lo más hermoso que he leído.

Una tarde, me llamaron a mi oficina. Le había dado una fatiga y había pedido acostarse. Corrí a la casa. Lo noté cansado. "Quédese a mi lado", me dijo con voz muy débil. Acerqué una silla a su cama y comencé una larga carta para mi hermano, -quería que viniese-. Lo sentía respirar suavemente. De pronto, hubo un gran silencio. Dejé de escribir, creí que dormía. Pero ya era el 30 de noviembre.

CENTENARIO DE GUILLERMO FELIÚ CRUZ

Sergio Martínez Baeza

Mi primer contacto con la vigorosa personalidad de don Guillermo Feliú Cruz, lo tuve en 1949, al ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. No fui su alumno, pues resolví inscribirme con el profesor del curso paralelo de Historia Constitucional de Chile, don Belisario Prats González. Sin embargo, asistí a muchas de sus clases, atraído por la profundidad de sus conocimientos y por su peculiar estilo, algo desaliñado y terco, pero siempre directo, agudo y mordaz. Lo recuerdo como un hombre cargado de espaldas, con una marcada calvicie, gruesos anteojos, fumador, y con un infaltable abrigo sobre los hombros. Aunque aún no cumplía los cincuenta años, parecía mucho mayor.

En mis primeros días de vida universitaria, solía llegar a mi casa a contarle a mi padre mis nuevas experiencias. Cuando le mencioné al profesor Guillermo Feliú Cruz, recordó que habían sido compañeros de curso, en el Liceo de Aplicación, y me contó algunas anécdotas suyas. Me dijo que lo recordaba como un niño viejo, lector concentrado y obsesivo, al que sólo le interesaban las asignaturas humanísticas, en especial la historia. Sorprendía tanto a maestros como a discípulos con sus conocimientos del pasado, aunque presentaba un manifiesto desinterés por las asignaturas científicas.

El propio Guillermo Feliú nos menciona quienes fueron sus maestros en esta etapa de su vida: Julio Montebruno, Carlos Vicuña, Pedro León Loyola, Francisco Zapata Lillo, Manuel Guzmán Maturana, Arcadio Ducoing, Luis A. Puga, Carlos Silva Figueroa, Luis Galecio, Gustavo Fernández Godoy, Teodoro Kausel y José Santos Erazo entre otros. Sin duda, algunos de ellos que apreciaban su talento, se esforzaron por ayudarlo a salvar cada año de su estudios, sin éxito, pues finalmente, debió abandonar el liceo sin su licencia secundaria y sin lograr su bachillerato. ¡Tan fuerte y excluyente era su vocación por la historia!

En 1917, a los dieciséis años, a la edad en que sus compañeros del Liceo de Aplicación seguían siendo unos muchachos juguetones e inmaduros, que aún no se inquietaban por sus destinos, el joven Feliú Cruz ya tenía resuelta la vocación que mantendría toda su vida. Ingresó a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y, a pesar de su corta edad, se destacó en la Sección de Historia, donde leyó algunos de sus trabajos, que más tarde serían publicados en la prestigiosa revista de la Institución. En la sesión del mes de agosto de ese mismo año, fue elegido Secretario de la referida Sección y firma las actas como "Guillermo Feliú y Cruz".

Por ese tiempo empieza a colaborar en *El Diario Ilustrado*, y después lo hará en muchos otros periódicos y revistas en Chile y en el extranjero, lo que le permitió darse a conocer como un novel, pero serio historiador.

Antes de avanzar en el conocimiento de su vida y su obra, es necesario que nos detengamos en algunas circunstancias de su origen. Nació en Talca, el 3 de mayo de 1900, en el hogar formado por don Guillermo Feliú Gana y doña Blanca Cruz de Feliú. Su padre era un ilustre y batallador hombre de letras que fundó, en 1877, el periódico *Lircay*, con el fin de difundir la doctrina del Partido Radical, la más avanzada de esos años, favorable al laicismo, a la separación de los poderes de la Iglesia y del Estado, a la secularización de las instituciones y del Estado docente. En 1878, don Guillermo Feliú Gana sucede a Ramón Barros Grez en la dirección del diario *La Opinión* de Talca, escribe los editoriales políticos e inicia la redacción de una historia de esa ciudad, que va entregándose por capítulos.

Sin duda, Guillermo Feliú Cruz hereda de su padre su afición por la historia. También su aptitud para dirigir publicaciones, como la *Revista Chilena* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*; los *Anales de la Universidad de Chile* y la revista *Mapocho*, que funda en 1963; y además, como para organizar homenajes a Medina, Bello y Gay, que trascienden las fronteras de Chile.

Desde una temprana adolescencia, Guillermo Feliú muestra, como se ha dicho, una mantenida inclinación por la historia. Ya su maestro en el Liceo de Aplicación, don Julio Montebruno, decía de él que "se distinguió desde muy niño por su talento, carácter y extraordinarias aptitudes para las investigaciones históricas". Sus primeros trabajos publicados se encuentran en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* a partir de 1916; sus títulos: "¿Quién venció en San Juan?, 13 de enero de 1881" (1916); "Diario de don José Antonio Bustamante" (1917); "La elección de O'Higgins para Director Supremo" (1917); "Juan Fernández y Juan Jufré" (1918); "El régimen colonial de España en América" (1919); "Las actas de la Sociedad Literaria de 1842" (1920); "Concepción a fines del siglo XVIII" (1920); "La mitología americana" (1920); "La imprenta federal" (1922); "Don Enrique Matta Vial" (1922); "El Cónsul Poisset y las Campañas de la Independencia" (1924).

El año 1929, Guillermo Feliú desempeñó su primer cargo en la Administración Pública, como ayudante segundo de la Biblioteca del Instituto Nacional. Al año siguiente fue nombrado Conservador del Museo Histórico Nacional. En 1922 pasó a ser Director de la prestigiosa *Revista Chilena*, fundada por don Enrique Matta Vial. De esta manera continuó su carrera, acreditándose como un joven historiador dedicado en pleno a su labor, trabajador metódico y estudioso confiable, condiciones que muy pronto le permitirían asumir aun más altas responsabilidades.

Por entonces, ya había establecido una estrecha relación con renombrados historiadores locales, con los que compartió su insoslayable vocación, en las tertulias de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. En esta institución no se asignaba mayor importancia a la diferencia de edad entre los participantes, y el joven Guillermo Feliú, departió, sin prejuicios, con hombres como José Toribio Medina, Luis Thayer Ojeda, los hermanos Amunátegui, Matta Vial, Ricardo Cumming, Varas Velásquez, Edwards Matte y Montaner Bello, de los que recibió invalorable conocimientos.

En 1925, su amigo y maestro, el connotado historiador y bibliógrafo chileno, don José Toribio Medina, que había visto en Guillermo Feliú a un colaborador

inteligente y laborioso, resolvió donar su valiosa biblioteca americana a la Biblioteca Nacional de Chile, poniendo como condición que se designara a Guillermo Feliú Cruz como su Conservador. En este cargo, que mantuvo hasta su muerte, Guillermo Feliú mostró una notable lealtad hacia la memoria del señor Medina y prestó servicios invalorable a la cultura nacional.

El mismo año 1925, fue Secretario General *ad honorem* de la Dirección de Museos de la República e ingresó como redactor en *El Mercurio* de Santiago. En 1926 fue designado Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional. Más adelante serviría, también *ad honorem*, los cargos de Conservador de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, en 1929; Jefe de la Sección Americana de la Biblioteca Nacional, en 1936; Jefe de la Sección de Canje Internacional, en 1938 y de la Sección Fondo General, en 1948. Como periodista, como ya he señalado, escribió en *El Diario Ilustrado*, *El Mercurio* y, también, en *La Nación*. Entre 1932 y 1938, publicó en este último diario, una serie de estudios de divulgación sobre historia y literatura chilena y americana.

Además, Guillermo Feliú cumplió altas funciones universitarias. Fue Secretario General de la Universidad de Chile, el año 1953 y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, en 1957. En el desempeño de estos cargos, sirvió con una admirable altivez, defendiendo con coraje sus ideas. Su espíritu no supo de debilidades y así logró sortear los escollos que se le oponían.

En 1925, es nombrado Conservador de la Biblioteca José Toribio Medina. Desde este cargo que ejercerá hasta su muerte, desplegó una actividad intelectual asombrosa para mantener vivo el recuerdo de su querido amigo y maestro y para divulgar la inmensa obra del sabio polígrafo. En esta tarea se insertan sus esfuerzos por crear en 1952 el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, destinado al fomento de las ciencias históricas americanas, del que pasó a ser Secretario General, ocupándose de su organización y desarrollo. Este Fondo Histórico y Bibliográfico es dirigido por una Comisión Administradora que preside el Rector de la Universidad de Chile y que integran el Ministro de Educación Pública, el Director de Bibliotecas Archivos y Museos, el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile y representantes de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, así como de la Academia Chilena de Historia y la Academia Chilena de la Lengua, más el Conservador de la sala Medina de la Biblioteca Nacional.

El Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina dispuso, durante cinco años, de ingentes recursos asignados por el presupuesto general de la Nación para la reedición de las obras del señor Medina. Guillermo Feliú se transformó, entonces, en el presentador y prologuista de estas reediciones. Cada uno de estos prólogos constituyen un estudio profundo y valiosísimo acerca del tema abordado por Medina, que actualiza sus investigaciones y aporta nuevos enfoques y puntos de vista. Sin duda, lo mejor de la obra historiográfica de Guillermo Feliú está contenido en estos estudios introductorios a José Toribio Medina que, además, le otorgaron fama y prestigio nacional e internacional.

El mismo año 1952, fecha en que se cumple el centenario de José Toribio Medina, Guillermo Feliú tuvo una destacada participación como Secretario General de la Comisión de homenaje a la memoria del célebre historiador y bibliógrafo, y es invitado por el Departamento de Estado de Estados Unidos para visitar

Bibliotecas, Archivos, Museos y Universidades de ese país. En aquella oportunidad, le correspondió abrir las sesiones en honor de Medina en la Unión Panamericana, y fue nombrado Doctor *Honoris Causa* con mención en Letras por la Universidad de Washington.

El 18 de septiembre de 1960, cesó en sus funciones el entonces Director de Bibliotecas Archivos y Museos, el distinguido escritor Eduardo Barrios, y el gobierno designó para sucederle a Guillermo Feliú Cruz, en reconocimiento a su vasta trayectoria intelectual y a su gran conocimiento de ese servicio público, gracias a las cuatro décadas que tenía de experiencia en él. Durante su período a cargo de la Dirección de la Biblioteca Nacional, Guillermo Feliú obtuvo valiosos adelantos y beneficios para el servicio. De su personalidad fuerte y polémica queda constancia en sus escritos y discursos. En ocasión de la celebración del sesquicentenario de nuestro primer depósito bibliográfico, Guillermo Feliú, frente a importantes personalidades de Gobierno, se quejó duramente del menosprecio que sentían las autoridades gubernamentales por el establecimiento a su cargo, lo que se manifestaba en los mezquinos recursos que se le otorgaban para su desarrollo.

Debido a las pérdidas y deterioros sufridos por los impresos de la Biblioteca Nacional, Guillermo Feliú planteó la posibilidad de derivar a otras instancias bibliotecológicas a los estudiantes primarios y secundarios, confiando en que esta medida obligaría a los liceos a la formación de bibliotecas escolares, acuerdo por lo demás, ya establecido, conforme a sus programas de estudio. Ya en 1940, el conocido bibliógrafo y crítico literario Raúl Silva Castro, había señalado la inconveniencia de que la Biblioteca Nacional desempeñara funciones de biblioteca pública, por el valioso e insustituible patrimonio cultural que ella custodia.

Cabe destacar como uno de los hechos más relevantes del período de Guillermo Feliú en la Biblioteca Nacional, la reanudación de la publicación del *Anuario de la prensa chilena*, completada entre los años 1962 y 1964. También logró que se microfilmara piezas patrimonialmente valiosas e importantes documentos del Archivo Nacional, con la ayuda de la Unidad de Microfilm móvil de la UNESCO, para asegurar su protección.

Recuerdo que por esos días me cupo intervenir en una misión arqueológica en la zona de Iquique y advertí que estaba en serio peligro de ser enviada fuera de Chile una valiosa colección de piezas que había reunido allí un farmacéutico danés llamado Anker Nielsen. La embajada de Dinamarca en Chile estaba muy interesada en el rápido despacho de los cajones a ese país y, al parecer, ya nada podía hacerse. Resolví, entonces, visitar a don Guillermo Feliú en su despacho de la Biblioteca Nacional y le confié mis aprehensiones. Era, además, Vicepresidente del Consejo de Monumentos Nacionales y yo requería su ayuda en esa condición. Me sorprendió mucho que me dijera que, si bien el asunto correspondía al Consejo, él hablaría con el Ministro de Economía para que se dictara de inmediato un decreto prohibiendo la salida del país de la Colección Nielsen. En definitiva, ese resultó ser el más expedito procedimiento para dejar en Chile las piezas arqueológicas que conformaron la colección de un nuevo museo creado en Iquique con ayuda del Municipio y de la Universidad del Norte.

En 1963, Guillermo Feliú fundó la revista *Mapocho*, como órgano de extensión cultural de la Biblioteca Nacional. El primer número de esta publicación, apareció

en marzo del 63 y llevaba un fascículo que contenía una guía de los servicios ofrecidos por el establecimiento a sus usuarios. Allí se mencionan las diversas secciones del establecimiento y los nombres de los funcionarios que desempeñaban sus jefaturas. Sobre el papel de la revista *Mapocho*, dijo Guillermo Feliú que surgía como una obligación de la Biblioteca Nacional, con el fin de dejar testimonio de la fecunda actividad de extensión cultural que en ésta se realizaba. Y agregaba que era necesaria una publicación de cultura general, de información universal: "Al público —decía— le interesa lo literario como creación y arte, quiere informarse sobre los avances de la ciencia, anhela saber lo que ocurre en todo aquello, en todo ese mundo infinito con que el diario y la radio hieren su imaginación".

Respecto al título de la revista, nos dice su fundador: "Mapocho es el nombre de un río cuyas primera aguas cristalinas nacen en la altura cordillerana del cerro El Plomo. Brota el caudal en la montaña que hace el contrafuerte en que se afinsa la tierra chilena para no hundirse en las aguas del Océano Pacífico. Ya el nombre, su origen, es un símbolo de chilenidad rotunda". Y continúa más adelante: "El río atraviesa la urbe capitalina del Santiago del Nuevo Extremo. Sus aguas la refrescan de sus pasiones y también se enturbian con lo sombrío de sus pesares. El Mapocho es la arteria vivificante de la capital santiaguina. La ciudad que atraviesa el río es el corazón de Chile". Y termina: "La revista *Mapocho* aspira a ser todo eso, es el testimonio escrito de un ideal definido que fortalezca los espíritus. Su nombre es un símbolo y como tal una esperanza".

Al dejar su cargo de Director de Bibliotecas Archivos y Museos, en 1967, Guillermo Feliú podía retirarse con la certeza de haber cumplido una existencia plena y variada, como maestro de generaciones de chilenos, como alto funcionario de la cultura del país, como historiador fecundo y respetado, que ha llegado a gozar del reconocimiento del país y de numerosas instituciones extranjeras que le han honrado designándolo su miembro correspondiente en Chile.

Por ese tiempo, sus amigos resolvimos celebrar su medio siglo de publicista y organizamos un almuerzo en el restaurante *El Parrón*, de la avenida Providencia. Recuerdo que éramos más de un centenar de comensales y que yo me senté junto a Alamiro de Ávila Martel y Manuel Salvat Monguillot. Fue una cálida manifestación de afecto, cuyo ápice estuvo en el discurso del bibliógrafo Carl H. Scheible, quien compuso una notable pieza de oratoria en la que comenzaba señalando algún defecto o aspecto deficitario de don Guillermo Feliú, para después, haciendo hincapié en ello, exaltar su enorme capacidad y talento para superar sus limitaciones y transformar en triunfos sus aparentes derrotas. Entusiastas aplausos premiaron cada acápite de este discurso y fueron expresión del afecto y respeto que todos los allí reunidos sentíamos por el maestro homenajeador.

Muy pronto, la salud de don Guillermo Feliú se resintió; le costaba caminar y se instalaba en su hogar, en un cómodo sillón que hoy se mantiene en la oficina del conservador de la Sala Medina, rodeado de sus mejores amigos: sus libros y sus papeles. Allí recibía los solícitos cuidados de sus hijos y las visitas de sus amigos y colegas de andanzas literarias.

Lo visité varias veces en su acogedor hogar, para conversar sobre temas históricos, solicitar su ayuda en mis trabajos y requerir su sabia orientación en mis in-

vestigaciones. Me escuchaba con afecto y simpatía y luego me decía que buscara entre sus carpetas, llenas de páginas manuscritas, recortes y apuntes. Siempre en ellas había un dato útil o sugerente que nos llevaba a prolongar la conversación y a observar la cuestión desde nuevos y enriquecedores puntos de vista.

Su carácter, algo terco, siempre firme y decidido, se había suavizado. Las asperezas de su genio, que manifestara en sus tiempos de joven profesor universitario, y que causaban pavor a sus discípulos, casi habían desaparecido. Mi personal experiencia me hizo pensar que ahora se brindaba cariñosamente a todos.

El 30 de noviembre de 1973 dejó de existir apaciblemente, habiendo cumplido con creces sus sueños de juventud, en torno a hacer cada vez más fecunda su insoslayable vocación por los estudios históricos.

Sus honras fúnebres fueron un testimonio de su honda raigambre en numerosas instituciones públicas y privadas de Chile y en el corazón de sus conciudadanos. No menos de quince discursos se pronunciaron en el cementerio, entre ellos el de Julio Heise González, quien asumió la representación de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, institución a la que Guillermo Feliú había ingresado siendo un niño de dieciséis años, y que ahora le rendía, en su final jornada en esta tierra, el homenaje de admiración y de respeto que él había sabido granjearse tras una vida laboriosa, con férrea voluntad y talento indiscutible.

Guillermo Feliú Cruz

La revista *Mapocho* surgió como una obligación de la Biblioteca Nacional, a fin de convertir en una realidad la vigorosa acción desplegada por su Extensión Cultural, acreditada únicamente por la calidad de su labor.

Por otra parte, el criterio que ha presidido la revista, la impuso de inmediato. Conviene que explique el ideal que me ha guiado en la publicación. Me ha tocado en suerte dirigir en diversas épocas importantísimas revistas. Heredé la dirección de la mejor revista que hace cuarenta y un años editábase en nuestro mundo intelectual: la *Revista Chilena*, fundada por un espíritu superior y de una cultura extraordinaria, Enrique Matta Vidal, a quien debo la conducción severa de mi formación intelectual. Ocho años tuve a mi cargo el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Un tiempo me correspondió dar a luz el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Los *Anales de la Universidad de Chile* fueron elevados a un gran crédito en el período de otros ocho años que me tocó dirigirlos con la colaboración valiosísima del profesor y escritor Juan Uribe Echevarría. Los *Anales* alcanzaron, por su carácter de revista amplia y abierta a todas las inquietudes espirituales, la condición de ser una de las mejores revistas chilenas, si no la mejor.

¿Cuál o cuáles han sido las experiencias que he recogido en la dirección de estas revistas especializadas y de carácter general? Una de ellas es la primera que debo consignar. El ideal de un editor debe ser la comprensión de lo que interesa al público. ¿Cómo resolver el problema de la comprensión del editor con el del público lector? El editor es el índice justo, exacto, de la cultura del público. Tiene esa cultura media. Lo que él entiende, será entendido por todos; lo que él estima de interés, de actualidad, de oportunidad, coincide ordinariamente con el del público a que se dirige la revista. El gusto literario del editor ¿es también el del público de la revista? Habrá casi siempre, o siempre, una apreciación congruente. La identidad en el juicio del editor y el del público, reside en ese término medio cultural de la formación intelectual que hay en todo país donde la enseñanza se ha desenvuelto conforme a los moldes humanísticos y científicos.

Como director de revistas, nunca he olvidado lo que en sus memorias dijo el fundador de la *Revue de deux Mondes*, Francisco Buloz: "el artículo que no entiendo, nadie tampoco lo entenderá; lo que no deja en mí la sensación de originalidad, nadie la encontrará; la belleza, la corrección de las formas, la profundidad de las ideas, la superioridad del estilo, si a mí no se me representan, tampoco esos méritos los advertirán otros".

Cuando comenzó a imponerse la revista en el exigente mundo literario francés, las normas de Buloz parecieron de un autoritarismo intratable, como se las calificó. Pero antes de mucho ese público se dio cuenta de la rara habilidad que

tenía ese director para discernir del mérito de los artículos que aparecían en la publicación. La verdad es que la sensatez es la mejor dirección de una revista.

El público tiene sus gustos. Las revistas inglesas y en seguida las francesas, han debido luchar demasiado para llegar a la fisonomía de la revista amplia, de cultura general, de información universal, que es la que busca el público ilustrado. Le interesa lo literario como creación y como arte; quiere informarse acerca de los avances de la ciencia, anhela saber lo que ocurre en todo aquello, en todo ese mundo infinito —mar sin orillas—, que el diario y la radio, con sus noticias breves, le hieren la imaginación.

Mapocho —no lo ha dicho, porque ello era ocioso— quiere hacer algo en tal sentido. Hay un público culto en Chile que busca ser instruido en estos mismos aspectos. Es por lo demás este tipo de revista el que siempre ha hecho falta en Chile. O se ha inclinado a lo literario principalmente, o se ha especializado en demasía, o se ha politizado. Si ha asumido un carácter cultural amplio, en el fondo es en defensa de una ideología. El público rechaza la imposición de doctrinas y creencias. Prefiere no leer; a que se someta su pensamiento a influencias que no está dispuesto a recibir.

El éxito sorprendente que alcanzó la difusión de la *Revista Chilena*, fundada por Enrique Matta Vidal y dirigida en seguida por mí, y el aprecio excepcional con que fueron recibidos y buscados los *Anales de la Universidad de Chile* debióse, además de la calidad de los estudios allí publicados, ensayos completos sobre las más diversas materias, a la absoluta libertad con que en esas revistas fueron tratados los temas que allí se dieron a conocer. Era el lector quien formaba su juicio, quien discutía sus puntos de vista con el autor. Son éstos los diálogos que constituyen lo más precioso en una revista de tipo cultural medio.

El título de la revista indica lo que aspira a representar.

Mapocho es el nombre de un río cuyas primeras aguas cristalinas nacen en las alturas cordilleranas del Cerro del Plomo. Brota el caudal en la montaña que hace el contrafuerte en que se afinca la tierra chilena para no hundirse en las aguas del mar océano Pacífico. Ya el nombre, su origen, es un símbolo de chilenidad rotunda. Es varonil. Porque recuerda la entereza del roto bravío y sufrido, la del pije corajudo, macho y soberbio; evoca al caballero del campo, cuyas tierras riegan las aguas todavía limpias que juegan y cantan saltando sobre las piedras en el desgredado cauce mapochino. El caballero de esos campos sabe hacerse huaso y el huaso convertirse en caballero en las tierras buenas que nutre el Mapocho. El río atraviesa la urbe capitalina del Santiago del Nuevo Extremo. Sus aguas la refrescan de sus pasiones y también se enturbian con lo sombrío de sus pesares. El Mapocho es la arteria vivificante de la capital santiaguina. La ciudad que atraviesa el río es el corazón de Chile. Mapocho, tierra de gentes es, pues, Chile, y Chile quiere decir hombría, patriotismo, dignidad, aspiración a la grandeza por la superioridad de la cultura y de la acción. La revista *Mapocho* aspira a ser todo eso en el testimonio escrito de un ideal definido que fortalezca los espíritus.

Su nombre es un símbolo, y como tal una esperanza.

Los tres números que se han editado han merecido del público y de la crítica opiniones franca y decisivamente halagadoras, pero que comprometen a perseve-

rar en el empeño de mantener cada vez mejor la dignificación de la revista. Los dos primeros números se han agotado prácticamente. ¿Qué indica este hecho? La sugestión ejercida en la mente del público por una revista que le habla de la patria, por el título de ella, y en la cual reconoce algo muy suyo. Luego, la seriedad del material de lectura, denso, completo en el tema, variado, sin unilateralidad, donde puédesse pasar de un asunto a otro. Por último, la libertad absoluta para manifestar opiniones de todos los credos, de todas las tendencias, de todas las ideas.

La revista *Mapocho* ni siquiera ha formulado un programa. El programa está en la naturaleza de lo que hace dentro de los principios que se han insinuado. El cuerpo de sus colaboradores reúne principalmente a los escritores jóvenes para quienes las páginas de *Mapocho* no tienen limitación. Desde luego, la revista ha introducido una novedad. El escritor teatral no había tenido hasta ahora, sea por lo que fuere, un lugar donde dar a conocer su producción. *Mapocho* le ha abierto sus páginas. En cada número se publicará una pieza teatral. Nunca faltará un cuento. Siempre habrá poesía. Predominará el ensayo de cualquier género que sea.

En la producción intelectual chilena hay una veta pobre, misérrima, sin relieve ni significación. Es la literatura científica. El ensayo de esta índole, al nivel de la divulgación, es escasísimo. La producción científica misma alcanza una especialización desesperante por su localismo, por lo circunscrita de ella, debido a lo cual carece de irradiación. Sin embargo, las universidades gastan sumas enormes en lo que se llama con énfasis la "investigación científica". ¿Dónde se encuentran positivamente los resultados de estas investigaciones? ¿Qué niveles de originalidad tienen tales investigaciones? Cuesta mucho en Chile, para un editor del carácter de la revista *Mapocho*, contar con la permanencia de artículos científicos de esta índole. Igualmente escasos son los de divulgación científica. Anticipamos esta falla de la revista *Mapocho* y no por falta de interés en publicar esta clase de artículos, sino porque parece no haber un grupo de individuos que quieran elevarse sobre la especialización misma, humanizándola, sacándola del ambiente en que se desenvuelve tan sin horizontes. En un caso parecido se encuentra la sociología aplicada a los fenómenos nacionales.

Hay como una especie de temor de dar a conocer lo que es la colectividad. El ensayo político de alto vuelo no hay quién lo escriba, y si alguien lo hace, la opinión es sospechosa, porque se torna partidista. Creemos que los individuos dedicados a estos estudios se han encastillado por falta de oportunidades para darse a conocer. *Mapocho* aspira a contar con un cuerpo de colaboradores de esta condición y espera que, con el tiempo, las páginas de la revista presenten a los científicos chilenos en el rango que les corresponde.

Tales son los ideales —no el programa— del Editor de la revista *Mapocho*.

ANDRÉS BELLO
Y
LA BIBLIOTECA NACIONAL

Guillermo Feliú Cruz

El presente día no sólo es de júbilo para la Biblioteca Nacional, sino que, a mi ver, quedará señalado como muy importante entre los de su Extensión Cultural, al entregar a vosotros, al público, la exposición bibliográfica de Andrés Bello, la de sus recuerdos personales, y la de su iconografía, como el homenaje con que la institución que dirijo se asocia al nacional, al conmemorar los cien años de la muerte del humanista.

Pensad, señores, que el espíritu de Bello se formó en los libros; que nació entre ellos; que vivió para ellos; que los hizo escribiéndolos; que los difundió y defendió y que fueron los libros los elementos más considerables de su faena civilizadora.

La pupila de Bello se abrió a la luz entre libros y papeles. El padre era un abogado y además un músico. Los cuerpos de leyes, las "Partidas", la "Recopilación", la "Novísima", las "Leyes de Indias", los escritos de derecho, los legajos de procesos y los pergaminos con las escrituras musicales del compositor que ejecutaba el armonium en la Catedral caraqueña, fueron acaso las primeras visiones de Bello.

A los once años, hacía uso de los libros. Comenzó por adquirir los que contenían las comedias de Calderón de la Barca. Un real le costaba obtenerlas en la tienda de un comerciante vecino de su casa, en el callejón de la Merced. La adolescencia y el despertar de la juventud, cuando sus maestros le enseñaron primorosamente la lengua del Lacio, corrieron en las bibliotecas conventuales. Las lecciones de fray Cristóbal Quesada y de los presbíteros José Antonio Montenegro y Rafael Escalona, las recibió en los claustros, en las salas de las librerías atestadas de infolios latinos.

"Bello aprendió en el Convento de la Merced de Caracas no sólo el latín, sino también el castellano", dice Miguel Luis Amunátegui. El padre Quesada, que era el bibliotecario de la comunidad, y muy aficionado a la lectura, todo su consuelo, había procurado enriquecer la biblioteca con cuantos libros había podido proporcionarse. Por gestiones suyas, se habían traído de Europa varias obras, que vinieron entonces por primera vez a Venezuela. Aprovechándose de esta oportunidad, Bello estudiaba mucho, pero leía más aún. Recorría uno a uno los libros sobre materias literarias que había en la biblioteca sin dejar que durmieran olvidados en los estantes. En ese tiempo, leyó *Don Quijote* de Cervantes.

En la biblioteca del Colegio de Santa Rosa, cuyo Vicerrector era el presbítero José Antonio Montenegro, segundo maestro de Bello, amplió las lecturas de los clásicos castellanos y aquí mismo encontró un condiscípulo de encumbrada familia, dueña de una regular biblioteca. Se llamaba ese condiscípulo José Ignacio Ustáriz

y era hermano de Luis y Javier, que mantenían un activo cenáculo literario al cual incorporaron a Bello. Luis Ustáriz, admirado de la prodigiosa facilidad de Bello para los estudios de cualquier naturaleza que fueran, lo estimuló a aprender lenguas modernas para ampliar los conocimientos y puso en sus manos una gramática francesa a fin de que entrara en posesión de las obras portentosas escritas en esta lengua, la más clara, la más precisa y la que más parecía avenirse con el genio griego. Eran los tiempos en que decíase que lo que no era claro no era francés.

Bello estudió solo el idioma galo con el único auxilio de la gramática. La pronunciación la consultó con un francés. Al poco tiempo, su maestro Montenegro lo sorprendió leyendo a Racine. En la misma forma, con el mismo método, se había posesionado antes del habla inglesa, que llegó a dominar con tanta perfección como la propia.

Quizás si por sus extraordinarios méritos de estudiante, las condiciones de escritor, la preparación administrativa que había demostrado en las oficinas de la Capitanía General de Caracas, el dominio cabal de idiomas y la ponderación del criterio, fue elegido por la primera Junta Nacional de Gobierno, formada el 19 de abril de 1810, para desempeñar en la Corte de Saint James, junto con Bolívar y Luis López Méndez, una delicada misión diplomática.

La trascendencia de este viaje a Londres marca en la vida de Bello una etapa decisiva. Es probable que jamás pensara o presintiera de que no habría de volver a su patria. Que los 29 años de residencia en Caracas (1781-1810), tendrían que considerarse en su trayectoria cultural, como los de la formación de su espíritu, hasta entonces fuertemente imbuido por la tradición hispánica, a través de la idiosincrasia que el coloniaje había moldeado en los dominios de América.

Bello llegaba a Londres con el conocimiento de la lengua inglesa y de la francesa posesionado hasta la perfección de la suya, la castellana, e informado de los más profundos secretos del verbo latino. Lo hablaba como pudo hacerlo Quintiliano y escribirlo según las cláusulas ciceronianas. En ciencias, poseía las mejores que la renovación de los estudios en el Colegio de Santa Rosa podía ofrecer en filosofía, física y matemáticas. Las humanidades clásicas latinas constituían la base sobre la que discernía su luminoso espíritu, crítico y analítico, profundo y severo, en la búsqueda y confrontación de las experimentaciones de las realidades.

Los años londinenses, en cambio, los diecinueve que ellos abarcaron (1810-1829), modelaron el alma de Bello dentro de un concepto más amplio de las responsabilidades de la vida. Se expandió el juicio y concepto de la libertad. Las instituciones las vio como una necesidad social y no como la obra de los individuos. Le dio a la sanción de la ley un valor moral de alcance indiscutido e indiscutible. Aprendió a considerar el respeto de la personalidad humana como una de las conquistas más excepcionales de su siglo. Entre la concepción filosófica de las cosas, desde el punto de vista español y el inglés, vio un mundo de diferencias. Tantas, que ellas eran las que establecían tajantes las incomprensiones de ambos temperamentos. Así, pues, la estancia londinense, los casi cuatro lustros que ella duró en la vida del Maestro, se convierten en los de su formación, y obsérvese que ellos corresponden a los de la madurez plena de su inteligencia.

Londres fue para Bello el centro de todas sus ocupaciones, pero en la gran capital se sintió extraño y jamás se arraigó. Comprendía que para sus afanes inte-

lectuales todo se encontraba en ella. "Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes". Estas palabras suyas reflejaban algo sincero, cierto, exacto, pero la ciudad nunca le dio lo que ansiaba, sentir el calor de su tierra, la de Caracas.

Apenas se residenció en la cosmopolita capital, sintió prisa por verse con un antiguo compatriota a quien sinceramente admiraba. Sentimientos iguales agitaban a Simón Bolívar y a Luis López Méndez.

¿Quién era ese compatriota? Se llamaba Francisco Miranda, el precursor de la independencia de América, hombre ya de fama universal por sus empresas en favor de la causa de la libertad, especialmente de la del continente, de criterio liberal, emancipado espiritualmente, de cultura superior y entendimiento singular.

La Junta de Gobierno de Caracas les había prohibido entenderse a sus representantes con Miranda, a fin de no provocar prevenciones en el Embajador español, que veía en este hombre un peligroso enemigo. Pero los sentimientos, las afecciones, hacia los compatriotas en tierras extrañas, se distienden, se hacen sensibles, sentimentales y adquieren una emoción impulsiva. Los tres representantes de la Junta de Gobierno, cada uno por su cuenta, y como pudieron, decidieron a entrar en relaciones con el caudillo.

Miranda vivía con cierto rango en Londres, y Bello y López Méndez, después de la partida de Bolívar en una casa cómoda de Grafton Street, que todo indicaba, por los apremios económicos, no podrían sostener. Al visitarlo, Bello quedó deslumbrado de la extraordinaria biblioteca que había reunido. Allí encontró en las ciencias, en las artes, en las letras, todo cuanto el más exigente de los hombres cultos podía exigir. Desde ese momento, Bello se hizo asiduo visitante de la casa de Miranda.

Los clásicos griegos atrajeron desde luego su atención. Ignoraba la lengua, pero conocía, como era natural, la fama de algunos de los escritores que allí se encontraban, y decidió con esa voluntad de acero que se imponía para el estudio, leerlos a costa de cualquier sacrificio. Las horas libres de la atención del cometido de su misión, Bello las dedicó, con el mayor talento y aplicación, al aprendizaje del griego, premunido esta vez también de una gramática. En un tiempo relativamente corto, Bello tuvo la satisfacción de leer en su original a Homero y a Sófocles, como antes, mediante el mismo esfuerzo, había leído a Shakespeare y Milton, a Racine y Molière.

A la muerte del General Miranda, sus herederos decidieron desprenderse de la biblioteca y el albacea de la testamentaría arregló las condiciones de la venta. Bello tuvo conocimiento de estos pasos y se puso en contacto con su amigo el Ministro de Chile en Londres, el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, para ofrecerla al Gobierno de Chile en la cantidad de 4 a 5 mil libras esterlinas. Las informaciones que Irisarri consignó en su oficio acerca del mérito de la biblioteca de Miranda, fueron, sin duda, sugeridas por Bello.

“Esta librería —escribía Irisarri, de acuerdo con las apreciaciones del caraqueño—, es generalmente estimada por ser de un gran valor, en Londres, a causa del exquisito surtimiento que tiene de obras raras, clásicas y selectas ediciones. La colección española costaría inmenso trabajo y muchos gastos adquirirla de otro modo; y por tanto creo que sería muy conveniente a cualquier país de América esta compra”.

En el plano de los servicios de Bello a Chile, habrá de considerarse el intento de ofrecerle al Gobierno la biblioteca de Miranda, de acuerdo con los deseos del Precursor de que sus libros quedasen en los estados libres de América, como uno de los primeros servicios suyos al país que después sería su segunda patria.

La biblioteca de Miranda fue frecuentada por Bello hasta el momento en que se hicieron las gestiones de venta. Londres tenía entonces en sus diversos barrios numerosas librerías. A James Mill lo conoció en una de éstas, como a algunos españoles refugiados en Londres: Blanco White, Puigblanch, Bartolomé José Gallardo, el gramático Salvá, los literatos Mora, Villanueva y Mendivil. Aun en el establecimiento editorial de Rodolfo Ackerman destinado a difundir en los países americanos libros que orientaran y formaran una conciencia en cierto modo emancipada de sectarismos, Bello encontró a muchos de los ingleses, españoles y americanos que debían ser sus pocos y buenos amigos.

La amplitud de los estudios de Bello, la necesidad de buscar informaciones bibliográficas más amplias para sus trabajos científicos en materias medicinales, gramaticales, ortográficas, jurídicas, filológicas, lo llevaron al Museo Británico. ¿Cuándo comenzó a concurrir al gran establecimiento, reputado como una de las bibliotecas más ricas del mundo por ese tiempo? La primera indicación de haber concurrido al Museo es del 11 de diciembre de 1811. La otra, es del 15 de abril de 1814. La última, de 26 de junio de 1829.

La frecuencia de sus visitas al Museo la llena un superior espíritu de estudio, de investigación paciente, de un hondo deseo de aprehender los conocimientos humanos en la medida en que podía procurárselo su entendimiento privilegiado para darles la forma que tomaban en su armoniosa reflexión. Pero si ese es el propósito, había otro objeto que lo hacía refugiarse en la quietud de los libros. Las horas de estudio del Museo Británico ocultan una tragedia, un drama, un desconsuelo. Bello llegó hasta allí a mitigar las impresiones horripilantes que dibujaban ante sus ojos y su imaginación, el cuadro de la pobreza, lindante en la miseria. Le acechaba la cárcel por las deudas. Su sastre generosamente lo liberó del escenario. Sin embargo, lo amenazó el zapatero.

¿A quién ocurrir? La joven esposa doña Ana María Boyland era débil, una naturaleza sin vigor. La consumían enfermedades que a Bello le demandaban gastos constantes que no podía soportar. Los dos hijos, Francisco y Carlos eran de contextura frágil. Uno había fallecido antes. Él mismo, dotado de una salud vigorosa, cedió a las penas, a las miserias, a las congojas del alma, y le faltaban fuerzas. En el hogar, una pieza destartada y fría, muy enriquecida de libros, faltaba tibieza en los días de invierno. Bello buscó para sus niños y para él mismo el calor de las salamandras del gran hall del Museo.

¡Horas terribles para Bello! También las pasaba en igual forma, el agente de Chile, Irisarri, quien le decía a su esposa que se encontraba en Santiago de Chile: "No es posible ejercer el cargo de representante de un Estado libre en esta Corte, sin tener un centavo en el bolsillo, y como sin este elemento no se puede llevar a cabo nada útil, ni menos gestionar negocio alguno, por insignificante que sea, entretengo los días, las semanas y los meses enteros en la biblioteca de la ciudad, consagrado a la lectura y a ciertas averiguaciones literarias en que me acompaña un excelente amigo, el señor Andrés Bello, verdadero sabio por su carácter y por su sabiduría y hasta por la resignación con que soporta la pobreza, muy semejante a la mía, si no mayor".

Era, sin duda, mayor, mucho mayor. Acorralado por ella, vio caer a la primera esposa a los veintisiete años en 1821, la joven Ana María Boyland, hermosa y tierna, dulce y sencilla, y, sobre todo, mujer de una delicada femineidad. El golpe lo conmovió hasta hacer vacilar la fe religiosa... "El recurso a Dios en las aflicciones —le consolaba el canónigo Blanco White— es el único medio que puedo aconsejar a Ud. ...Dios lo alivie en sus pesares".

Ellos fueron pasados en la sala de lectura del Museo. Irisarri, su amigo, procuraba buscarle un empleo y le recomendaba al Gobierno de O'Higgins:

"Hay aquí —le escribía en carta privada— un sujeto de origen venezolano por el que he tomado particular interés y de quien me considero su amigo: le he conocido hace poco y nuestras relaciones han sido frecuentes por haber ocupado ciertos destinos diplomáticos, en cuyas materias es muy versado, como también en otras muchas. Estoy persuadido que de todos los americanos que en diferentes comisiones esos Estados han enviado a esta Corte, es este individuo el más serio y comprensivo de sus deberes, a lo que une la belleza del carácter y la notable ilustración que lo adorna. Su nombre es Andrés Bello y su edad 40 a 45 años aproximadamente".

En otra carta decíale al Director Supremo: "Lo admiraba en esto (por su sabiduría), como por su resignación para soportar la pobreza, pues cuando más pobre está, se sume en la biblioteca de esta ciudad y allí espera que de alguna parte le venga el pan del día que nunca le ha faltado por felicidad".

Bello contó como horas felices de paz intelectual las muchas que consagró al Museo Británico, cuando mordíale el alma y le oprimía la conciencia el espectro de la miseria. Las amarguras las olvidó inclinado en los manuscritos, en las lecturas, cotejando textos, en suma, tomando apuntes sobre asuntos de alta erudición. Tanta constancia en la asistencia, tan intensa labor, siempre seria, en el conocimiento profundo de altas cuestiones humanísticas y científicas, concluyeron llamando la atención de los bibliotecarios del Museo. Enrique Ellis, bibliotecario adjunto y después funcionario de categoría, fue el primero en ofrecerle su amistad. Al anudarse esas relaciones, de ellas resultó un gran provecho para el caraqueño, porque cuando fue necesario inventariar ciertos papeles españoles de fines de siglo XVIII, Bello recibió la comisión de hacer el catálogo. Poco después,

otro bibliotecario, Nicolás Hope, que se hizo su amigo, lo recomendó a la superioridad para la catalogación de unos escritos latinos que yacían arrumbados en las bodegas del Museo. Los honorarios percibidos por estas tareas, en parte salvaron las dificultades que tan duramente le estrechaban.

Reservado, tímido, vencido por las penas, las tristezas y desengaños, siempre oteando el aire de la patria, a la cual ansiaba regresar cuanto antes, ya que Londres era para él sólo una estación de paso a pesar de sus dos matrimonios con jóvenes inglesas, vio venirse los inviernos sobre él y los suyos. Sintió los fríos, las nieblas, las nieves, la llovizna gris sobre el alma. El poeta cantó:

*No para mí, del arrugado invierno,
rompiendo el duro cetno, vuelve mayo,
la luz al cielo, a su verdor la tierra:
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde,
que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno!*

En 1829, cuando Bello fue contratado por el Gobierno de Chile, su situación económica era desesperada y pavorosa y en el contrato divisó la salvación. Por lo demás, el caraqueño no aspiró nunca a poseer una fortuna. La modestia le impedía concebir una esplendente riqueza, un lujo fascinante. Su aspiración no iba más allá de la de poseer un modesto buen pasar. En cambio, era rico, poderoso, en saberes profundos de las humanidades, del humanismo clásico, en especulaciones científicas y filosóficas. Era dueño de los métodos directos de la investigación y tenía el concepto de que esos métodos importaba ponerlos cuanto antes en manos de jóvenes para despertarles en la inteligencia, la pasión, el gusto, por tener un pensamiento propio formado en la observación. Las veladas fecundas del Museo Británico le habían persuadido que todo conocimiento que no procede de una observación personal, o de una directa comprobación, es sólo una repetición gregaria.

Por lo demás, al embarque para Chile contratado por el Gobierno, el 17 de febrero de 1829, con creces había terminado el período de su preparación. Estaba en el punto exacto para comenzar a dar los frutos de su vigorosa inteligencia y omnisciente sabiduría. Desembarcó en Valparaíso del bergantín "Grecian", buque inglés, el 25 de junio de 1829. ¿Cuál era su misión en el país? Mariano Egaña la había puntualizado con gran objetividad en ese mismo año de 1829 al fundar las razones que aconsejaban contratar a Bello.

"El Gobierno —dijo entonces— se halla en la necesidad de atraer a las oficinas de su inmediato despacho personas que tengan conocimientos prácticos del modo como giran los negocios en las grandes naciones que nos han precedido por tantos años en el manejo de la administración pública. Esta experiencia, que no es posible adquirir sin haber residido algunos años en Europa en continua observación y estudio, y con regulares conocimientos anticipados, nos sería muy provechosa para

expedir con decoro y acierto los negocios, y aparecer con dignidad a los ojos de las naciones en nuestras transacciones políticas”.

Tales fueron las razones de la contratación de Bello.

Miraron más alto y no hicieron cuestión de nombres ni de ciudadanía para ello los estadistas chilenos. Talentos esclarecidos como los de Portales, los de Egaña, Benavente, Gandarillas, Rodríguez Aldea, Tocornal, Rengifo, Irarrázabal, Montt, Vial, Varas y tantos otros, definieron a la ilustración y cultura de Bello; a la de su filosofía, erudición y conocimientos extraordinarios en las más arduas, difíciles y complicadas cuestiones de organización y responsabilidad del Estado en lo interior y exterior. Se inclinaron respetuosos ante su opinión, la que discutieron y valorizaron, decidiéndose por ella.

Casi de inmediato Bello entró a servir dos funciones capitales en la organización del Estado. Se le confió el manejo de las relaciones exteriores y la orientación de la instrucción pública. Como para encauzarlas desde una tribuna superior, el gobierno le entregó la redacción del periódico oficial *El Araucano* para discutir las cuestiones que ambas materias motivaran, así como otras de la alta administración pública. En el terreno de los asuntos de la instrucción pública había uno muy especial y variado: el de la difusión del libro, la creación de bibliotecas, la dotación de ellas, la aplicación de sistemas para su manejo, la apertura de mercados para introducir obras científicas y literarias que levantarán el nivel cultural del país, pesadamente decaído. Tales temas debieron a Bello consideraciones especiales en los artículos que escribió para *El Araucano*, y si aquí no se encuentran todos los asuntos que he enumerado, hay otra fuente donde buscarlos y queda la constancia de su preocupación. Nos referimos a los textos de los “Mensajes” presidenciales, año a año redactados por Bello desde 1831 hasta 1860, con cuya lectura el primer mandatario inauguraba el 1 de junio el período ordinario de las legislaturas de la Cámara de Senadores y de la de Diputados.

En los “Mensajes” hay constantes referencias a la Biblioteca Nacional que, fundada en 1813, volvió a abrir sus puertas en 1818 durante el gobierno de O’Higgins para servir desde entonces lánguidamente sus funciones, perturbadas por la marcha azarosa del Estado, a consecuencia de las luchas por la organización política. Modestísima era la vida de la institución. Pero desde 1825 la dirigía un hombre tan modesto como constante, tan laborioso como sensato, el Conservador Francisco García Huidobro, quien había elevado la Biblioteca a un nivel de cierta superioridad intelectual. La adquisición de libros científicos —él era un hombre de ciencias— y la renovación del material literario, fueron la principal preocupación. Y es en estos afanes en los cuales aparece el primer contacto de Bello con la Biblioteca Nacional. Se nos presenta el caraqueño en el papel de tesorero. Manuel de Salas, director honorario del establecimiento, le había ofrecido una partida de obras que García Huidobro reputaba útiles y cuyo valor ignoraba comercialmente. En este embarazo, recurrió al gobierno, el cual por providencia de 30 de junio de 1832, rubricada por el Presidente Prieto, y firmada por el Ministro de Instrucción, designaba a Bello para realizar la estimación. El 16 de agosto informó el caraqueño acerca de su comisión sobre el valor de los libros. “Atendida su cantidad —decía— y el estado en que se hallan, me ha parecido, después del

competente examen, que se puede dar por ellos como precio razonable y equitativo, la cantidad de mil cien pesos”.

Casi dos años después de este encargo oficial, que nos señala la consideración que de los conocimientos bibliográficos de Bello se tenía, lo encontramos en una actitud de protesta contra la Biblioteca Nacional. La ordenación de los fondos bibliográficos y las nuevas adquisiciones de obras, comenzaban a dar al establecimiento el papel de colaborador adyacente de la enseñanza, especialmente para la universitaria, que se impartía en el Instituto Nacional. Así, el número de lectores aumentó en una proporción apreciable, lo que obligó al gobierno a buscar otro local para instalar la Biblioteca. Ciertamente, no era éste el mejor, pero era amplio y cómodo. Se la instaló en el ángulo noreste de la calle de la Catedral y de la Bandera, donde, hasta 1763, funcionaron las dependencias del antiguo Convictorio Carolino de la Compañía de Jesús. En este vetusto edificio colonial fueron asentados la Biblioteca y el Museo de Historia Natural, que el científico francés Claudio Gay comenzaba a formar. Se destinó un aposento especial para sala de actos académicos de la ya moribunda Universidad de San Felipe. La inauguración del nuevo sitio en que entraba a funcionar la Biblioteca, se llevó a cabo el 25 de noviembre de 1834 y asistió a ella el Presidente de la República, los ministros del despacho y los miembros de las corporaciones del Estado, como decíase a la sazón. El horario que se acordó para la atención del público fue desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde todos los días, excepto los domingos. Bello señaló como poco feliz la disposición y manifestó la dificultad en que se encontrarían ciertos lectores para leer o consultar los libros en los plazos estipulados.

En cambio, Bello defendió una disposición del reglamento concebido por García Huidobro y aprobado por el Presidente Prieto y el Ministro Tocornal, por decreto de 2 de octubre de ese mismo año de 1834. En ese reglamento se prohibía al público el acceso a las salas en que se guardaban los libros y esta medida arrancó en el público protestas, así como la orden de no entrar a la sala de lectura con paquetes o libros. (¡Hoy a los 131 años de distancia las protestas son las mismas!). Desde las columnas de *El Araucano*, Bello defendió las disposiciones del reglamento y en la edición del periódico del 5 de diciembre de 1834 escribió estas palabras que todavía tienen actualidad.

“Algunas personas —dijo— de las que han visitado la Biblioteca, han extrañado que no se les permitiese entrar a su interior. Estamos seguros que los que han pronunciado esta queja no se han detenido a considerar los graves daños que de semejante práctica se seguirían al establecimiento, pues no sería posible conservarlo, si se dejase entrar a las piezas donde están depositados los libros, y sobre todo si cada cual tuviese la facultad de ir a los estantes a sacar los que excitasen su curiosidad. Una biblioteca tiene poco que ver. Estantes, pergaminos y pastas no son objetos cuya inspección pueda causar el menor deleite a la vista. Se va a las bibliotecas a leer. Si se necesita un libro en particular, es infinitamente más cómodo pedirlo al que sabe dónde se halla y puede proporcionarlo en un momento; y si se quiere elegir entre las obras de la biblioteca, con hojear el catálogo se hace la elección en pocos minutos.

Para adoptar otro método, sería menester que hubiese una tropa de celadores en cada salón. Sería la mayor insensatez presumir que todos los que visitan un establecimiento público tendrán suficiente probidad para abstenerse de menoscabarlo o dañarlo; y la posibilidad de que no la tenga uno solo, hace necesario observarlos a todos. Las precauciones adoptadas en Santiago no son todavía tan estrictas, como las que se hallan establecidas en la Biblioteca del Museo de Londres y en otras de Europa”.

Acerca del estado en que se encontraba la Biblioteca Nacional decía:

“La nuestra presenta ya un mediano caudal de libros en casi todos los ramos de instrucción, aunque es grande el número de obras mancas. Esto da a conocer el abandono en que se ha tenido este precioso depósito en años anteriores, y la necesidad de las reglas que se han puesto en práctica para evitar nuevos desfalcos. Predomina en ella, como era de esperar, la parte eclesiástica; pero tiene un buen surtido de jurisprudencia civil, filosofía, geografía, historia, viajes, variedad de ediciones de los clásicos latinos y griegos (particularmente de los primeros) y sus más afamadas versiones; y no le faltan algunos de aquellos objetos curiosos, que más por su rareza, que por su mérito intrínseco, llaman la atención de los aficionados a la bibliografía. En los ramos de ciencias naturales, matemáticas y medicina, es algo escasa; pero el celo de nuestro gobierno por el cultivo de las letras nos alienta a esperar que dentro de poco habrá desaparecido este vacío”.

La Biblioteca Nacional poseía en 1834 un total de 14.829 volúmenes. ¿Cuántos de derecho civil, de los tratadistas españoles y franceses, utilizó Bello en 1840, cuando inició los estudios preliminares, en la Biblioteca, de las fuentes para la codificación? En 1853, todavía prolongaba sus consultas jurídicas en el establecimiento.

El Código Civil, se convirtió en apreciable caudal de enriquecimiento bibliográfico para la Biblioteca, respecto de la prensa periódica. Al decir del erudito Enrique Salvador Sanfuentes, Andrés Bello fue el mayor fomentador del diarismo. En efecto, el artículo 693 del Código dispuso que por la inscripción de la transferencia de dominio de los bienes en el Registro Conservador, que el mismo Código creó, de una propiedad no inscrita “exigirá el Conservador constancia de haberse dado aviso de dicha transferencia al público por un periódico del departamento, si lo hubiera”. Igual forma se exigió para otras inscripciones. Pues bien, de esta disposición introducida por Bello, nació el periodismo en las cabeceras de departamento y la hoja, por modesta que fuera, nunca dejó de contener artículos orientadores de la opinión pública local.

En 1842, el caraqueño secundó desde *El Araucano* con decisión las órdenes administrativas del Ministro de Justicia Manuel Montt, para hacer cumplir las disposiciones de la ley de imprenta y propiedad literaria de 24 de julio de 1834, en la parte que establecía que los dueños de imprentas se encontraban obligados a enviar a la Biblioteca Nacional dos ejemplares de cuantas publicaciones hicieran, a fin de constituir en ella el depósito legal de los impresos nacionales. El Ministro Montt responsabilizaba a los Intendentes y Gobernadores de la fiscalización de los

preceptos legales. “Con el objeto de evitar esta escandalosa defraudación que se hace a la Biblioteca Nacional –escribía Montt– me ordena el Presidente de la República prevenir a U. S. de las órdenes convenientes para que los impresores residentes en su respectiva jurisdicción, remitan puntualmente a dicho establecimiento, dos ejemplares de cada una de las obras, periódicos o papeles sueltos que publiquen, conforme a lo prevenido en el artículo 13 de la enunciada ley, obligándoles asimismo a reintegrar aquellos impresos que hubieren omitido mandar en el tiempo pasado...”.

Bello defendió la política del Ministro con serena energía y estableció que la burla de la ley significaba para la Biblioteca Nacional desposeerla de su carácter de guardadora del patrimonio bibliográfico de la Nación Chilena, cuyo depósito le era sagrado.

“En la Biblioteca Nacional –decía Bello–, si la ley fuese cumplida con exactitud, se encontrará un depósito arreglado de estos escritos, que serían asegurados contra la incuria de los indiferentes y contra las lujurias del tiempo, y donde podrían ser consultados por todas las personas estudiosas tanto nacionales como extranjeras, que deseen instruirse en la historia, la estadística general o particular de un ramo, las costumbres y el estado de civilización y cultura del país en diferente épocas, compararlas entre sí, etc.”.

Habría que cargar a la cuenta de Bello el saldo a favor suyo por los servicios eminentes que le prestó a la Biblioteca Nacional al interponer todo el peso de su valía intelectual y moral para obtener que la librería particular más rica de Chile, pasara a integrar los fondos bibliográficos de este establecimiento. Esa biblioteca la había formado Bello en Londres. Había sido el experto consejero que buscó pacientemente los libros seleccionados en toda clase de materias. Así había ayudado a su amigo Mariano Egaña, cuando siendo su jefe en la Legación de Chile en Inglaterra, el estadista chileno se propuso llevar a su país la dotación de libros más considerable que nunca llegó a poseer un individuo. Egaña falleció en Santiago el 22 de junio de 1846. El gobierno comprendió que esa biblioteca debía adquirirla el Estado y envió un mensaje al Congreso proponiendo una ley por la cual se compraba la librería. A mi juicio, el mensaje fue redactado por Bello.

“El señor Egaña –se decía en ese documento– reunió la más bella y variada colección de libros que se conoce en Chile, copiosa principalmente en los ramos de legislación, jurisprudencia y literatura; surtida en todas las producciones más importantes del saber humano, ya originales, ya traducidas; y enriquecida con muchas de aquellas obras que por lo raras, por lo voluminosas, o por lo costoso de su publicación, pocas veces se encuentran en las bibliotecas particulares; juntándose al mérito de lo impreso el de los documentos manuscritos, relativos en la mayor parte de la Historia de Chile”.

La ley de adquisición fue sancionada por el Presidente de la República, General Manuel Bulnes, y por el Ministro de Instrucción Pública, Manuel Camilo Vial, el 16 de octubre de 1846. Bello la apoyó en el Senado con calor, con decisión, en las sesiones de 17 y 24 de julio de ese año. Estaba seguro que cumplía con una obligación superior al dotar al país de tan precioso tesoro cultural. Pero con ese acto honraba también a un amigo por quien sintió afecto y respeto. Acaso cuando se debatió en la Cámara el asunto, su memoria recordó otros días de su vida, los de la estancia londinense, cuando ambos recién se conocieron y habíanse mirado con recelo y desconfianza en la Legación chilena, para después entenderse lealmente y saberse el uno digno del otro. Esos días se contaban en los de la existencia de Bello como de los más amargos, y de esos borrascosos momentos había emergido la paz del alma que Egaña le ofreciera al contratarlo para servir a Chile. Al propiciar la ley que recordamos, Bello entregaba a la Biblioteca 3.040 obras constantes de 10.000 volúmenes. Los manuscritos los tasó el mismo Bello. La compra de la Biblioteca Egaña costó 20.000 pesos y las estanterías 2.500.

Estas gestiones constituían los placeres de su mundo intelectual. Eran los libros sus amigos y los papeles los compañeros de sus meditaciones. Recordemos que por esta misma época, Bello siente preocupaciones intensas por la realización de algunas empresas llamadas a levantar el nivel cultural chileno. Desea que los Tribunales de Justicia tengan una biblioteca donde los jueces estudien los asuntos jurídicos. Le preocupa la organización de la biblioteca del Instituto Nacional. Promueve la creación de una biblioteca del Senado, base de la actual del Congreso y manifiesta, además, la urgencia de formar el Archivo del Senado, de cuyo cuerpo fue un tiempo Secretario. Le pareció ineludible echar las bases de un Archivo General de la Nación. Sus desvelos por este organismo datan de 1844, cuando en *El Araucano* defiende un proyecto presentado en el Senado y justifica la existencia de una oficina en que se reúna toda clase de papeles del Estado. El pensamiento de Bello vino a realizarse sólo en 1925.

Desde 1852 la acción de Bello sobre la Biblioteca Nacional, es más constante y su influencia más directa. Un decreto supremo del 19 de diciembre de ese año, ordenó que el Director de la Biblioteca Nacional sería en lo sucesivo el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, cuya función, sin sueldo, le estaría anexa. La Dirección de la Biblioteca Nacional fue ejercida sucesivamente a partir de aquella fecha hasta 1886 por los siguientes ocho Decanos: el humanista y poeta Ventura Blanco Encalada (1851-1853); el poeta y estadista Salvador Sanfuentes (1853-1860); el soldado de las campañas de la independencia, Ministro de Estado, parlamentario y diplomático, General de Brigada José Francisco Gana (1860); el jurisperito, orador, escritor y maestro José Victorino Lastarria (1860-1864); el estadista, orador, jurisperito y escritor Domingo Santa María (1865); el historiador y educador Diego Barros Arana, durante tres períodos (1865-1867; 1869-1871; 1873-1876); el gramático y jurista Francisco Vargas Fontecilla (1876-1879 y 1881) y Diego Barros Arana, nuevamente (1884-1886).

La Dirección de los Decanos significó para la Biblioteca Nacional un progreso efectivo al vincularse con la Universidad. Desde entonces los *Anales* de la corporación le sirvieron de órgano de publicidad y allí se daban a conocer siempre com-

pletas informaciones acerca de la marcha del Servicio. Se hacen mucho más frecuentes las adquisiciones de libros en el mercado europeo, se confeccionan catálogos en los que Bello expuso sus ideas y experiencias. Se da a conocer el movimiento de lectores; se mejora el régimen interno del Servicio. Todo pareció desde entonces renovarse. También el Rector como los Decanos desde el seno del Consejo Universitario "se habían propuesto hacer de la Biblioteca Nacional un establecimiento digno de un país amante de la cultura, mediante el esparcimiento de la ilustración en todos los elementos de la sociedad", como escribía el Decano Ventura Blanco Encalada, cuando señalaba el papel que en la educación pública correspondía a la Biblioteca. Bello impulsaba con su sola presencia la marcha del establecimiento. Obligados los Decanos a llevar al Consejo Universitario los asuntos de la Biblioteca, aquí intervenía el Rector. Su constante preocupación fue la adquisición de libros. Insiste en mantener constantemente abierto el mercado con las librerías de los países europeos; siente predilección por la adquisición de catálogos y de bibliografías, herramientas que había manejado en las bibliotecas inglesas y francesas para el logro de sus investigaciones. Las notas constantes sobre envíos de libros para la Biblioteca que llevan su firma, acusan un interés verdaderamente excepcional. Precisamente, el último oficio que firma sobre este particular es de julio de 1865. La firma es casi un borrón.

En 1859 le presta a la biblioteca un servicio eminente. Es al país, a la cultura chilena, a la que favorece con su acción. En la sesión del 17 de diciembre de ese año, el Secretario General interino de la Universidad, Miguel Luis Amunátegui, propuso la confección de un catálogo detallado y minucioso de todas las producciones de la imprenta en Chile desde la introducción del arte de imprimir en el país, en 1812, hasta ese mismo año. El rector apoyó la idea de Amunátegui y expresó las suyas acerca de cómo debía confeccionarse una obra que, más que un simple catálogo, debía estar sujeta a los cánones de la bibliografía. Esta empresa fue encomendada al Secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades, el Profesor Ramón Briseño, quien publicó la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*, herramienta capital, única e insuperada aún, para la investigación de cualquier asunto del pensamiento nacional.

En homenaje a Bello en el centenario de su muerte, la Comisión Nacional de Conmemoración acordó editarla facsimilamente y se encuentra lista para entregarla a los estudiosos.

Todavía la Biblioteca Nacional recuerda a Bello por otra circunstancia y esta es muy especial. Los libros de su biblioteca fueron adquiridos por el Estado por intermedio de la Universidad de Chile para este establecimiento. Los catalogó y tasó Diego Barros Arana el 15 de junio de 1867, en cuatro mil setecientos cuarenta y dos pesos, ochenta y cinco centavos. Fueron incorporados a las colecciones bibliográficas con un *ex libris* que dice: "Este libro perteneció a don Andrés Bello".

Vive su espíritu en estos libros. La imagen del Maestro guía así las labores de esta Casa y nos enseña que si en el libro está la sabiduría, también en él se encuentra la paz de las almas para desarrollar las tareas de la inteligencia. El libro le hizo llevadera la vida.

UN ENSAYO SOBRE VICENTE REYES,
COSTUMBRISTA¹

Guillermo Feliú Cruz

I

Don Vicente Reyes (1835-1918) en la alta y señorial política chilena y simplemente Vicente Reyes en las letras nacionales, ocupa, según se ha repetido por sus críticos, un lugar entre los costumbristas del siglo pasado. Exactamente, en la segunda mitad de aquel siglo. Las historias y las bibliografías literarias, han conservado su nombre junto a otros escritores del mismo género de menor importancia todavía. Aunque Vicente Reyes no tenga un sitio propio y destacado en la crónica oficial literaria, su nombre merece un comentario y unas apostillas su labor en el género costumbrista, al cual se le ha asignado.

Dejemos al político, que cubrió enteramente su vida literaria, olvidemos al patriarca del liberalismo, como se le llamara en su tiempo, y situemos a Reyes en el breve momento en que aparece en la brega literaria. Situémoslo en el ambiente en que se mueve su vida social. Es descendiente de una gran familia colonial, de alto y bien respingado coturno. Don Judas Tadeo Reyes y Borda, llamábase así el abuelo paterno, había sido un acucioso empleado administrativo de la Capitanía General de Chile. Fue consejero de más de algún Presidente, leal servidor de todos ellos, funcionario tan competente como aferrado a la tradición burocrática. Cuando advino la crisis de 1810, se hizo fanático realista, intolerante enemigo de los criollos patriotas y franco enemigo también del nuevo orden de cosas instaurado por la revolución. Como autodidacta, había conseguido formarse una cultura. Sabía el latín profundamente, dominaba el castellano con admirable propiedad y corrección; entendía en filosofía, lógica y teología. Era un temperamento frío y sin grandeza de alma. Doña Ignacia de Saravia, la esposa de don Judas, y la abuela del futuro escritor, entroncaba con lo más aristocrático del medio colonial. Era, por ese lado, la distinción social más caracterizada.

De aquel modelo de empleado colonial, de ese funcionario tan singularizado en la administración de la Capitanía General, el joven Reyes heredó algunas de sus características espirituales. Conociendo los rasgos psicológicos de esas dos existencias, parecen encontrarse algunos comunes. Anotemos. Uno: la parsimonia cautelosa. Otro: la aspiración a la comodidad, a la tranquila existencia. Y el rasgo que envuelve a aquellos dos, tan sutilmente desenvuelto, el egoísmo, condicionado a la discreción, su arma más poderosa en la lucha diaria. Será discreto como pocos. Por el lado de su madre, doña Mercedes Palazuelos, en esa sangre hervían pasiones de consideración. Portales la había sentido hasta producirle un torbellino íntimo. En el joven Reyes acentuó el prognatismo. En casi toda la estirpe, un misticismo llevado hasta la calentura. La

¹ *Atenea*, año xxv, tomo xci, vol. 281-282, nov-dic. 1948, págs. 54 a 91.

voluntad resuelta y la fijeza en las ideas, son otras de las características de esa sangre, robusta y llena de una poderosa fortaleza.

Don Vicente Reyes como político —no alcanza a destacarse con los perfiles de águila del estadista— fue varón parsimonioso, cómodo, egoísta y discreto, jovial y burlón. La buena ventura le llegará sola, sin inquietudes. A él le dan y él dará bien poco. Tuvo suerte para recibir y mayormente para congraciarse con esa hábil disposición de su espíritu que fue la discreción, y que le tejía amigos en todas partes y nunca, enemigos resueltos ni encubiertos. No levantaba protestas. Se le llamó patriarca del liberalismo, porque fue marcadamente anticlerical en la juventud. De aquí, juventudes ansiosas de ídolos, desprendieron el mito de su liberalismo doctrinario, confundiendo lo uno con lo otro lastimosamente. Esa su actitud correspondía a su tiempo. Debía lucharse con una Iglesia batalladora, engreída, intrusa, dominadora de conciencias, aristocrática y satisfecha de su poder material y moral. Se estaba bien frente a ese poder fuerte y poderoso. Los años concluyeron destiñendo esa simpática posición. Sólo quedó apenas una cosa perceptible. Por esos años aquellas actitudes le dieron gloria política en la vida ciudadana. Los cargos públicos que desempeñó, funcionario administrativo, diputado ungido por el Presidente Manuel Montt, segundo Presidente del Club de la Reforma. Ministro de Estado durante el gobierno de Pinto, Consejero de Estado, Presidente del Senado, candidato a la Primera Magistratura, especie de Senador vitalicio elegido sin luchas, Reyes vio rodearse su nombre de una aureola de veneración, de respeto y de consideración. Para la opinión pública era un ciudadano ejemplar. Había entrado en el templo de los patricios y de los repúblicos y tomado allí un cómodo sillón.

En esa figura cabía la más noble dignidad. Pero el patriarca y el patricio han sido exagerados. Los ha inflado la leyenda, la tradición. Se ha hablado de su liberalismo catoniano. ¿De cuál liberalismo catoniano? ¿De ese que lo llevaba elegantemente a estar en la barricada anticlerical? ¿O es ese mismo liberalismo suyo que preconizaba no pactar alianzas con el partido conservador? ¿Es esa la doctrina, toda la doctrina? Había algo más en ella: un individualismo social tenaz e irreductible. Lo mismo en lo económico. Su anti clericalismo era sincero. Frente a Mac-Iver y a Letelier ¿en qué posición queda? ¿Cómo podría definirse su liberalismo frente al de Miguel Luis Amunátegui? No era más que un volteriano.

Fue pobre. La mala fortuna lo había de perseguir desde los días del abuelo, aquel Judas Tadeo, tan puntual y circunspecto funcionario colonial, tan devoto de Dios y del Rey. A su padre no había tampoco de sonreírle la riqueza. Por lo Palazuelos, la fortuna rodó en demandas místicas ante los altares, en obras pías, en forzadas empresas. Reyes cosechó tarde, con el esfuerzo de su trabajo honorable en el ejercicio de su profesión de abogado, con verdadero sacrificio, una situación, un buen pasar. Lo administrará con cautela, suma prudencia, buen sentido, conforme a los preceptos de la era colonial entre las familias de vieja tradición. Muy cerca de esa era y de esa tradición se encontraba Reyes. No necesitó empinarse demasiado para ver el último estertor de una época. Él era de 1835; sus padres sus abuelos, conectaban con un pasado que se iba. Lo alcanzó a arrullar y modeló su alma noble, caballerosa, de una sola pieza; dio formas a sus sentimientos consecuentes e inspirados en ambiciones sencillas y legítimas. La res-

petabilidad de su persona impúsose sola; el concepto de la responsabilidad le abrió el camino de los honores. Triunfó desde joven en todos los salones sociales, y llevó una vida mundana agitada.

Armando Donoso lo describe así:

—“De estatura regular, bien espigado, ojos inteligentes, vivísimos, frente amplia, rostro severo, era don Vicente Reyes a los veinticinco años un buen mozo. En el trato diario, en las tertulias, se le tenía por un charlador insuperable, de palabra fácil y vivísimo ingenio. Yo he oído referir a un viejo amigo que en los salones aristocráticos don Vicente Reyes triunfó siempre: su trato afable, su decidora alegría, su humor gentilísimo, preocuparon a más de un corazón de dieciocho primaveras”.

Fue institutano. En 1846, pisaba los claustros del primer colegio nacional. Ya en esa juventud despertaba el ensueño de un liberalismo romántico que enfilaba, en el fondo mismo de su doctrina, contra la Iglesia y el clero. Era la sombra de Bilbao emanada de las páginas de la “Sociabilidad Chilena”. Su influjo envuelve esos sencillos corazones. Pero Reyes va a quedar indemne del microbio ateo: —“porque era un niño beato, que había sido educado piadosamente. Sólo mucho más tarde cambié de ideas”, ha dicho él mismo. El fondo ortodoxo de sus ideas se modificó sustancialmente después. Hay en este liberal anticlerical, un escéptico, un burlón, un volteriano. El egoísmo de Reyes, su discreta ponderación de criterio, no le permitieron, en los peores embates de la lucha por la vida, hacer cuestión de sus creencias religiosas. Y la comidad de su espíritu, tan armoniosamente equilibrado, no le dio ocasión para ello. Nunca se le supo un descreído como Barros Arana o Miguel Luis Amunátegui. Ni siquiera fue un temperamento combativo contra el clero, como su pariente Juan Agustín Palazuelos. Y sin embargo, era un ateo en toda la extensión del concepto por su formación propia intelectual, por reflexión natural de su espíritu. En sus últimos años su heterodoxia era firme, completa, sin una transgresión. Había manifestado a su hijo mayor don Ricardo Reyes Solar en varias ocasiones, en conversaciones íntimas, que en sus últimos momentos no permitiera la entrada a su cuarto de moribundo de “hombres con sotana”. No quería que se dijese que por su debilidad, ni por encontrarse en un estado de inconciencia, había abjurado de sus creencias ni menos que las influencias, en el último trance, le habían hecho cambiar su ideario. Su nieto Gonzalo Reyes Letelier recuerda haber oído a don Vicente reiterar a su hijo Ricardo sus instrucciones para el último momento. Gonzalo Reyes oyó esa conversación cuando tenía 14 años y la grabó en su memoria de manera imborrable. Pero, desde otro punto de vista, su convivencia social con las “personas de sotana” fue envidiable. Gustaba conversar con clérigos, sacerdotes y monjas, chancearse con ellos, decirles frases socarronas. Era un hombre tolerante. A su esposa, la señora doña Luisa Solar Valdés, le consintió tener una capilla en su hogar, que fue un gran hogar, con todas las virtudes antiguas de los grandes y señoriales hogares chilenos.

Reyes contrajo la enfermedad que lo llevó a la muerte en la noche del 29 de junio de 1918. Era el día onomástico de San Pedro y San Pablo. Había concurrido a una reunión social en la casa de la viuda del expresidente Pedro Montt, doña Sara del Campo. Se recogió tarde, y fue en esa noche fría, descompuesta, como son de

ordinario las del invierno santiaguino. Cogió una bronconeumonía que presentó caracteres serios en un anciano de ochenta y tres años. El político se dio cuenta de su gravedad, y a sus tres hijos volvió a expresarles que no quería ser atendido con los auxilios religiosos. A su hijo Ricardo le insistió en este asunto como un encargo especial que debía cumplir sin dilación alguna. Pero la familia conservaba la esperanza de prestarle los auxilios de la religión. En la mañana del día 6 de julio, Reyes se agravó en forma alarmante. El cura-párroco del Salvador, el sacerdote señor Bravo, llegó hasta la casa del paciente situada en la calle Huérfanos esquina de Riquelme. Su hijo Ricardo, en violento desacuerdo con la familia del señor Reyes, hizo cumplir su voluntad. Al medio día exacto, don Vicente había rendido el ánima.

II

En 1858, a los veintitrés años, era abogado. Los cenáculos literarios, durante la vida estudiantil, no le fueron extraños. La política y las letras se entremezclaban en ellos. La vida literaria se hacía bajo una atmósfera caldeada de rencores y pasiones políticas. Agonizaba el decenio de Montt. La revuelta asomaba al querer respirar los espíritus el aire fresco de una libertad imposible. A las letras y a la política entregaban sus páginas vibrantes las inteligencias superiores de la juventud.

Los Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Santa María, Cifuentes, Federico Errázuriz, los hermanos Matta, los Gallo y tantos más salidos de las filas de avanzada se estremecían ante la diosa de la libertad. ¿Cuál era el ideal en lucha? Se resumía en un programa bien sencillo, pero que habría de costar no pocos dolores. El programa se enunciaba así: reforma de la constitución de 1833, disminución de las atribuciones presidenciales, libertad electoral y de culto, reglamentación de las facultades extraordinarias, ampliación de la base democrática del gobierno y modificación, en general, de la composición de los poderes del Estado. El programa era vasto, sin duda. Y el anticlericalismo obraba haciendo eco a la reforma. Allí se encontraba Reyes, en ese ángulo amplio que encubría muchos matices de su alma. En el afebrado campo político de esos días. Reyes se cargaba al montt-varismo. Le era simpático ese grupo que casi había desnudado a los ultramontanos colocándolos en jaque en sus añejas preocupaciones. Le debía Reyes a Montt otro favor:

“Antes de salir don Manuel Montt del gobierno —recuerda el escritor— quiso dejar a algunos jóvenes de las Cámaras: a Justo Arteaga, Zenteno, Manuel Salustio Fernández, otros cuyos nombres se me escapan y a mí, nos hizo diputados. Digo nos hizo —esclarece Reyes— porque en realidad no fuimos elegidos sino que ungidos por la autoridad gubernativa que era lo que regía en aquellos tiempos en materias de elecciones. Yo fui diputado suplente por Ovalle”.

Y bien, el político encontró ahora el camino del escritor. Las aficiones literarias afloradas en el viejo caserón del Instituto al impulso de maestros doctos y sapientes, se harán realidad cuando el político tenga que justificar la obra del

gobierno en escritos de defensa. Ahora comprenderá el valor de las lecturas institutanas. ¿Qué habían leído esos jóvenes? Lo dirá el mismo Reyes:

—“Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, pero generalmente novelas: los libros de Alejandro Dumas; el *Judío errante* y *Los misterios de París* de Eugenio Sue; los folletines de Feval y tantos otros que se me han olvidado ya. Yo me acuerdo que me eché al cuerpo sin llegar a entenderla, por supuesto, una *Historia de diez años* de Luis Blanc”.

Era esa la literatura corriente. Pero en la pendiente del camino anchuroso y riente del folletín, el *Piquillo Aliaga* y *El caballero D'Harmental* y *Los judíos de Granada*, no dejaron de ocupar un sitio principal. Después mejorarían esas lecturas, y el padre Isla, Larra, el abate Muñano, Mesonero Romanos, Estebanez Calderón, serán el alimento del futuro costumbrista.

III

Al temperamento discreto, parsimonioso, frío y egoísta de Reyes, la lucha política, llevada al diario en campañas resonantes, no cuadraba. Sólo la necesidad se la imponía como un deber de gratitud para con Montt y con Varas y los hombres de su partido. La buena suerte quiso que encontrara un ambiente propicio para su temperamento en el diario *El Ferrocarril*, tribuna de alta cultura cívica donde la discusión alcanzaba una serena elegancia aun en los momentos de mayor agriamiento partidista. Ese diario lo había fundado en 1855 un hombre verdaderamente extraordinario. Juan Pablo Urzúa, el creador del diario de tipo de corte moderno en el pasado siglo, al echar las bases de esa empresa era entonces muy joven. Contaba unos treinta años, pues había nacido en Talca en 1825, y era un periodista fogueado en todas las lides del oficio, así en las literarias como en las partidistas a que siempre conduce el diarismo político. Pero Urzúa le había dado tono a su diario, le había impreso un estilo, y ese era el de la impersonalidad. Impersonalidad en la información, en el relato de la crónica. Impersonalidad en el atisbamiento de los sucesos y en la manera de enfocarlos. Elevar la discusión era su lema. Dignificar el debate, su mayor anhelo. Situar la polémica en la región de las ideas y de los principios, el fondo de su más íntima aspiración. Señorío, dignidad, hidalguía, era lo que Urzúa pedía para las columnas de su diario, las grandes sábanas de *El Ferrocarril*. En este aspecto de la caballerosidad periodística, Urzúa fue un maestro.

Reyes, frente a la oposición política del diario que redactaba, lo caracterizaba con estas palabras en su *Revista Semanal* del día lunes 29 de junio de 1836:

—“*El Ferrocarril* es semioficial nos decían ayer —escribe—. *El Ferrocarril* es pelucón dicen hoy *El ferrocarril* es opositor, dirán mañana. Señores, decimos nosotros. *El Ferrocarril* es independiente y hoy pegará contra el gobierno en aquello que mal proceda y mañana morderá a los pelucos si no andan bien derechos. *El Ferrocarril* abogará siempre por los intereses del país y por aquellos

que los defiendan con *sinceridad*. *El Ferrocarril* apoyará el bien donde lo encuentre, y condenará el mal venga de donde viniere. ¡Independiente! a otro perro con ese hueso, amigos nos responden, digan que son ustedes *tejedores* y habrán dicho verdad. Los verdaderos *tejedores* son ustedes, porque vosotros *ministeriales* obstinados, *pelucones* retrógrados y opositores camaleones tejéis ahora la dura y áspera red que cual ensangrentado cilicio maniatara vuestra patria dejándola estacionaria en las vías del progreso y de la industria... No, antes de suscribirnos a cualquiera de esos partidos que nos quieren ofuscar con supuestas miras patriotas, haremos trizas nuestras plumas y buscaremos otros medios de servir a nuestro país confiando en nuestros propios aunque débiles esfuerzos y no mirándonos en la trailla de esos galgos husmeadores que los partidos lanzan a la descubierta”.

El audaz renovador del diarismo nacional tenía una larga hoja de servicios en la prensa. Los dos biógrafos de Urzúa, Pedro Pablo y Virgilio Figueroa, lo hacen pertenecer a la redacción del primer diario fundado en Santiago en 1844 con el nombre de *El Siglo* por su tío Santiago Urzúa, y cuya dirección literaria y política tuvieron Juan Nepomuceno Espejo y Francisco de Paula Matta. Lastarria no nombra a Urzúa en esta empresa. Lo hacen participar también en *El Crepúsculo*, periódico anterior a aquel, y en el que Francisco Bilbao lanzó su bullada *Sociabilidad Chilena*. Hablan de haber dirigido *El Clarín* periódico liberal de la juventud avanzada. Lo cierto es que en 1848, era corresponsal del diario porteño *El Mercurio*. En 1849, representaba la dirección de *El Corsario* en Santiago que desde Valparaíso mantenía el editor peninsular José Santos Torner. Desde esas columnas, ya en forma seria, ya en tono sarcástico, ya con violencia, ya con punzante hilaridad, se hizo violenta oposición al Ministerio de Manuel Camilo Vial. Allí escribieron Santiago Lindsay, Ángel Custodio Gallo, Francisco de Paula Matta y J. Manuel Hurtado. Esas eran las cabezas pensantes del liberalismo doctrinario del periódico. Una permanencia obligada en Valparaíso para atender una función administrativa, lo hizo redactor de *El Diario*, “órgano del progreso nacional y que llevó por lema todo lo siguiente: política, comercio, religión, literatura, artes, ciencia, industria, estadística, minería, tribunales, agricultura, teatro, anuncio” —como dice Briseño. Lo había fundado el escritor uruguayo Juan Carlos Gómez, el 2 de junio de 1851, y cuando Santiago Lindsay se hizo cargo de la publicación, como propietario, Juan Pablo Urzúa, pariente muy cercano de Lindsay, tomó una parte principal en la dirección del periódico.

Tal era la carrera de Urzúa en el diarismo, cuando, en 1855, ayudado por Manuel Montt y sostenido por Antonio Varas, decidió lanzar a la arena el diario *El Ferrocarril*. La ayuda de Montt y Varas fue puramente moral. A Urzúa costó la empresa la inversión de toda su fortuna, junto con la de su familiar Juan Pablo Arancibia. No sería el diario como todos aquellos que le habían antecedido. Va a tener un carácter distinto; lo va a animar otro espíritu. Sus páginas estarán dotadas de una modernidad desconocida. Nacido *El Ferrocarril* para ser fiel intérprete de la política nacional o montt-varista, luego se transforma en un órgano independiente, en un diario mercantil y noticioso, abierto a la discusión amplia de todos los problemas

nacionales. Los debates públicos alcanzan en las columnas de *El Ferrocarril* una correcta neutralidad; se discuten los problemas de la nación con un tono sereno, con inspirado amor por el bien público. Sus páginas respiran seriedad, afán informativo, deseos de ilustrar". El espíritu comercial no se había aún desarrollado en condiciones suficientes para hacer lucrativo el trabajo de los periódicos. No eran muy variados los temas con los cuales había que alimentar el interés o la curiosidad del público; las noticias de Europa, o en general, las noticias de los países extranjeros, no llegaban hasta nosotros con el mérito de la oportunidad y de la continuidad; el gusto literario no alcanzaba aún sino a un número muy limitado de personas y, por último, los vacíos de nuestra ley de imprenta no eran factores aptos para estimular convenientemente los grandes empujes de las campañas periodísticas. La prensa se consumía por su escasez de circulación, yacía lánguidamente en un abandono apenas tolerable para los más robustos paladines de una idea. Al editorial sesudo y elegante prefería el comentario, más o menos chismoso y fútil, de los corrillos de la Cámara, del Club o de los salones donde aún se respiraba el dejo de las polillas de la Colonia. En cierta ocasión se formularon reproches al gobierno a título de que subvencionaba éste un periódico de la capital. El Ministro Varas, con la franqueza que tanto lo distinguiera, declaró que se daba esa subvención para que pudiese vivir siquiera alguno de los periódicos. Agregó el señor Varas que la prensa era indispensable para la vida libre de las naciones.

"Algunos publicistas han atribuido a don Justo Arteaga Alemparte la iniciación de la reforma y del progreso del periodismo nacional. Semejante elogio peca de exagerado. Don Justo Arteaga Alemparte contribuyó seguramente al mejoramiento del periodismo chileno; pero es equitativo reconocer que las primeras tentativas en el orden de esos adelantos se debieron principalmente a la capacidad y patriotismo de don Juan Pablo Urzúa— El señor Urzúa fundó *El Ferrocarril* dentro de concepciones que acreditan la superioridad de un notable espíritu y de un doctísimo criterio. Su don de gentes invitó al *Ferrocarril* a talentos tan escogidos como los de don Ramón Sotomayor Valdés, don Ignacio Zenteno, don Vicente Reyes, don Justo Arteaga Alemparte y don Carlos Rogers. Don Juan Pablo Urzúa sirvió los derechos de la autoridad conciliándolos con los intereses de la libertad. Fue él quien abrió los grandes derroteros del periódico inteligente, formal y de doctrina. El temperamento fogoso y la imaginación todavía inquieta de don Justo Arteaga no lo capacitaban, en los primeros instantes, para redactar y para dirigir *El ferrocarril* dentro de las serenas vías que la moderación del señor Urzúa le señalara. La unión de estas dos personalidades poseedoras y maestras de tan diversas aptitudes favorecían la circulación y el prestigio de *El Ferrocarril* desde el año 1860 hasta el año de 1875. El señor Urzúa meditaba mientras el señor Arteaga Alemparte escribía. La nota vivaz y pintoresca del literato se moderaba al pasar por el examen de un criterio que, como el del señor Urzúa, tenía algo de taller y mucho de laboratorio". (Roberto Huneus: *Don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte*, Biblioteca de Escritores de Chile, vol. II, 1910).

Pues a ese diario fue a escribir Vicente Reyes bajo la dirección de una inteligencia tan ponderada como la de Urzúa. Había encontrado su centro. ¿Qué más podía desear? Sería un editorialista tranquilo, sin arrebatos, razonador empedernido como buen estudiante de derecho y un observador de los sucesos con cierto dejo de ironía en su interpretación. No quería más tampoco de acuerdo con la discreción natural de su temperamento que nunca quiso ni lastimar levemente a nadie ni echar fuego a la hoguera de las pasiones. Salvaba así un gran escollo en una prensa que hasta entonces se había conducido procaz, personal, injuriosa y detractora, ordinariamente. Había muerto con la polémica eterna, lánguida, rabiosa, apasionada e irritante. Urzúa se había propuesto hacer de su rotativo algo impersonal, informativo y noticioso. Su espíritu tranquilo lo llevaba a buscar esa ecuación como periodista; pero ¿no obraba así también como una reacción violenta contra el personalismo que había caracterizado a casi toda la prensa nacional? Las excepciones fueron muy pocas antes de que *El Ferrocarril* trazara las nuevas normas de la ética del periodista. El código moral trazado por Urzúa, su planteamiento real en las columnas interminables del diario, la impersonalidad con que allí se trataban los asuntos de orden público, a pesar de tener el director su doctrina política, social y económica y de ser hombre de afecciones de partido, todo eso garantizaba para Reyes su tranquilidad de alma. La suya, tan fría como egoísta, no tendría que violentarse. No estaba llamado a halagar a nadie ni a pedir favores. Le bastaba esconderse en la discreción del diario, que era la misma que emanaba de su espíritu cordial. Por eso, Urzúa cautivó sus afectos desde el primer momento de contacto. Lo distinguió siempre. Ese afecto perduró en un recuerdo sin desvanecerse aun en la ancianidad más provecta. Se le representaba bien iluminada esa figura en su memoria.

“Don Juan Pablo fue un talento de quien ahora no tiene idea el público”, —le dijo a Armando Donoso.

“Hombre de mucha cabeza, de una rectitud a toda prueba, de un gran espíritu público, honrado como ninguno. Desde su escritorio, siempre lejos de la exhibición, hizo por las ideas liberales y por el Club de la Reforma lo que otros no hubieran realizado jamás. Don Juan Pablo era un hombre muy completo. Nadie logró sacarlo jamás de su escritorio: odiaba con toda su alma la vana ostentación, el dejarse ver. ¡Qué habilidad la suya en el manejo del diario! Estoy cierto que si hubiera vivido no se la habría ganado ninguno... Me dispensó él a mí una amistad franca: lo conocí mucho desde que se fundó *El Ferrocarril*. Recuerdo que un día me encontré con Miguel Luis Amunátegui, quien me dijo que tenía encargo de don Juan Pablo para que fuese a hablar con él. Fui, en efecto, y desde ese día ingresé al diario. Esto pasó allá por diciembre del 56; permanecí todo el año siguiente hasta que, habiéndome venido una disentería muy larga tuve que irme a convalecer a Copiapó; pues bien, por todas partes me persiguió don Juan Pablo con el sueldo; me obligó a aceptar hasta el último centavo. Después que regresé del norte seguí escribiendo en *El Ferrocarril*. Había sido yo nombrado empleado ministerial. Más tarde colaboré en el diario durante toda la época del gobierno de don Joaquín Pérez. Yo escribí mucho, hasta versos, pero como cooperador y amigo de Juan Pablo Urzúa”.

Hay más sobre el carácter de Urzúa. Es un recuerdo oído y conservado por Enrique Matta Vial. "Respecto de su sincerísima modestia, -le manifestaba a Donoso también- he oído con frecuencia que jamás permitió que su nombre figurara para nada en *El ferrocarril*. Alguien me contaba una vez que una noche de luna que caminaba en compañía de don Juan Pablo por la calle, y en circunstancias que iban por la vereda que queda en la sombra, su acompañante le dijo a don Juan Pablo: ¿Por qué no pasamos al lado que alumbraba la luna? ¡Está tan clara la noche! Y aquél le respondió inmediatamente: "De esta vereda oscura nosotros vemos todo lo que pasa en la alumbrada; en cambio, nadie nos ve a nosotros". Esta anécdota tiene el alcance de un símbolo sobre su actitud periodística, concluye comentando Armando Donoso.

Así como fue de intensa, permanente, de una rara continuidad la vida política de Reyes en el espacio de más de medio siglo, no fue fecunda su carrera literaria. Esporádicamente pasó por ella hasta arrumbar la pluma definitivamente para las letras. Era perezoso y cómodo; esquivaba hasta dar respuesta a las cartas que recibía. Es tradición que cuando murió, en su escritorio, en un rincón, se encontraron miles de cartas cerradas, sin abrir, dirigidas al candidato de la Alianza Liberal durante la campaña presidencial de 1896, en contra del de la coalición Liberal- Conservadora Federico Errázuriz Echaurren. Esas cartas eran las de sus partidarios de todo el país, que veían en Reyes al semidiós del liberalismo doctrinario, laico, ateo, democrático, reformista, anticlerical y nivelador de las jerarquías, de los privilegios y de las desigualdades sociales. El "Repúblico", el "Patriarca", el "Hombre de todas las Virtudes Cívicas", se ha dicho que por dignidad no contestó esas cartas. Su honradez ciudadana se lo habría impedido. A menos que se hubiera embalsamado con el incienso que sobre él se había derramado, copiosa y caudalosamente, y encontrara impropio de su republicanismo halagar a sus partidarios, todo eso le habría impedido responder esas cartas. Ahí se revela el mito de la personalidad elevada por su simple simpatía innegable, su proverbial discreción y su elegante egoísmo para sacrificarse aun en su propio beneficio. Escribir debió parecerle una fatiga, y si en la juventud lo hizo fue por el impulso vital de la edad, acaso por una singularización nada más. La vocación literaria careció de persistencia. Pasó por el campo de las letras como una ráfaga casi llevándose su propia obra. "Desgraciadamente para las letras, el señor Reyes ha sido avaro de su pluma", confirma su amigo y admirador, más amigo que juez, Domingo Arteaga Alemparte.

"Se ha cuidado poco de coronar la reputación literaria a quien dieron tan buenas bases los escritos de su primera juventud. Desde entonces, sólo muy de tarde en tarde, ha entregado a la corriente de la prensa periódica, artículos que, si no siempre llevaban su firma, llevaban siempre el sello de su ingenio y hacían lamentar sus abstenciones de escritor".

En *El Ferrocarril* editorializó la actualidad política en períodos bravos, agitados de intensa campaña doctrinaria. Reyes uno de esos jóvenes pobres de la aristocracia santiaguina venida a menos por las mutaciones de la revolución de 1810, que levantaron Montt y Varas durante el decenio, como otros tantos de provincia, sin arraigo social, sin fortunas, pero de evidente talento. Renovaban así el

material humano de la administración, de la política, del partido, de la educación, con sangre nueva, más vigorosa y resuelta. Reyes creció en las filas del montt-varismo por simpatía, sirvió a ese partido por agradecimiento –Montt lo hizo jefe de sección de un Ministerio y lo ungió diputado–; y peleó esa causa a la manera tibia como él sabía batallar. Al producirse la escisión del viejo partido pelucón, a consecuencia del asunto del sacristán, formó en las filas en que se desgajó ese tronco, los nacionales o montt-varistas. Tomó la pluma para atacar a los compañeros de ayer, a los hermanos, convertidos en conservadores o ultramontanos. Esto ocurría en 1856 y 1857. El campo se presentaba espléndido para la batalla. Reyes podía lucir su volterianismo, su anticlericalismo, el escepticismo cordial del espíritu, esa que se ha dicho era su fina ironía, a la que se dio algo de legendario y proverbial. Por lo menos, Jorge Huneeus y Alberto Edwards así la llamaron. Y Roberto Huneeus también se plegó al ditirambo. Pero ninguna de esas aptitudes descollaron señeramente como que sirvieran para destacarlo. Atacaba en las columnas del diario con moderación. No hay entusiasmo, no hay fuerza, no hay pasión. Era un expositor de hechos candentes, que de vez en cuando hacían despuntar la ironía o la burla. Sin embargo, eran los mismos hechos candentes los irónicos y burlescos debido a su eclosión en el medio social. De ahí no pasaba el escritor en su interpretación. ¡Qué bien cuadraba todo eso a Reyes en la conformación del ideal del diario de Urzúa! Una de las mejores condiciones de su espíritu resaltaba en esa campaña de prensa: la discreción. “La discreción ha encontrado en la personalidad del señor Reyes su expresión más completa y seductora”, –decía del escritor otro de su mismo tiempo que le conoció con intimidad, Domingo Arteaga Alemparte en *Los constituyentes de 1870*. “La solidez de su talento –agregaba– la chispeante viveza de su ingenio, la afabilidad y nobleza de su índole reciben de su discreción un realce suave y agradable. En sus escritos, en sus discursos, en sus conversaciones, en sus modales, el señor Reyes es ante todo discreto”. Y al acentuar con más vigor las líneas del retrato, escribe:

“Así se explica que, siendo un hombre de partido, firmemente adicto a su bandera, intransigente en materia de opiniones, su persona y su palabra hallen, sin embargo, buena acogida en todas partes. Así se explica que, siendo cordialmente estimado de sus amigos, no sea aborrecido de sus adversarios. En el colegio, fue un excelente camarada, un muchacho de sangre ligera. En el trato social, en el mundo de la política y de las letras, es un hombre de verdadero mérito, fácil de hacerse querer, difícil de hacerse odiar”.

IV

La cuestión del sacristán dividió al viejo peluconismo tradicional, porque ese incidente pequeño, que no debió tener trascendencia en sí mismo, rebasó el cántaro con una sola gota de agua, en el que se contenían dos conciencias divergentes: una quería la subordinación del Estado a la Iglesia; la otra de la Iglesia al Estado. Era una cuestión doctrinaria que enfilaba al régimen del regalismo y del patrona-

to. No se necesitaba ser increyente para aceptarla y sostenerla; pero sí, se necesitaba ser creyente y sectario para reclamar una Iglesia combatiente superior al Estado. Los pelucones, que se sentían herederos de la filosofía de la ilustración, defendían el regalismo; aquellos mismos pelucones que sostenían el *Sylabus* se rebelaban ante una Iglesia sometida. El Estado laico era para ellos una aberración. Una cuestión social, una cuestión política, una cuestión moral, mucho más honda todavía, derivó del asunto. La aprovechó la prensa y el escritor político. Es este el momento en que aparece Reyes iniciándose en el género costumbrista. ¿Cómo escribe? Es, incuestionablemente, un escritor correcto. Su castellano es limpio, de una extracción de buena ley. Hay una sonoridad de sabor clásico en la frase. En el subconsciente literario de Reyes se despiertan los buenos estudios del idioma hechos en la gramática y en los escritores creadores del verbo, prolijamente digeridos en el Instituto Nacional, con una fuerte base latina. Pero esa misma frase de sonoridad clásica castellana, tiene un corte de forma francesa. Reminiscencias son estas de lecturas de la formación literaria de esos buenos y alegres días de estudiante.

En la redacción de *El Ferrocarril* formó sección aparte. El editorialista supo hacerse un hueco, formar un cortijo propio. Durante el año de 1856 y parte del de 1857, las *Revistas Semanales* alcanzaron en la pobre prensa de entonces, según los críticos de Reyes, una gran notoriedad. Con demasiada buena voluntad, con la voluntad generosa del amigo, se le dio en llamar escritor satírico, festivo y costumbrista. Así lo clasificó Domingo Arteaga Alemparte y así también continuaron llamándolo sus críticos: el primero lo hizo por benevolencia, por amistad y compañerismo; los segundos, Jorge Huneeus, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Pedro Pablo Figueroa, José Domingo Cortés, lo hicieron por repetición inconsciente y falta de estudio. Todavía los biógrafos de Reyes por acarrear méritos a una gloria que no necesitaba de los literarios para ser un político honrado, virtuoso, una inteligencia cordial y un espíritu discreto, continuaron copiando el juicio de Domingo Arteaga. Es discutible la afirmación de este último y de sus continuadores, de los cuales puede decirse con absoluta seguridad, que ni siquiera se asomaron a los escritos de Reyes. De todas sus páginas de este género satírico, festivo y de ambiente costumbrista, son muy pocas las que pueden escogerse, y no para llevarlas a una antología. Acaso dos merecerían ese homenaje.

V

Cuando Reyes aparece en el escenario de las letras, en el periodismo, la literatura costumbrista la habían ensayado Domingo Faustino Sarmiento y José Victorino Lastarria. Pero no iban a ser ellos los que le dieran un realce de tipo singular, es decir, tan destacado que dejara un hito en las letras del siglo XIX. José Joaquín Vallejo, que popularizó el seudónimo de *Jotabeche*, destiñó la obra de aquellos escritores, sus contemporáneos de la misma exacta hora en que pergeñaba Vallejo sus líneas. Algo que no sopla ni anima las páginas de Sarmiento y de Lastarria, se encuentran en las del creador del costumbrismo típicamente chileno: el nacionalismo literario, la explotación auténtica de aspectos de la vida criolla, el esbozo de rasgos bien precisos de la psicología chilena, mejor dicho, de la chilenidad,

del criollismo con una alma y un corazón propios. Es un paisaje también eminentemente propio. Esos artículos de *Jotabeche* publicados en *El Mercurio* de Valparaíso, en *El Seminario* de Santiago y en el *Copiapino* de la ciudad nortina, en el corto período de 1841 a 1847, cuando escribe propiamente sus artículos costumbristas que son los que hacen su gloria, dejaron flotando en el ambiente un recuerdo que no se desvaneció. La retina del lector los grabó, los impresionó, con la permanencia de una fotografía. ¿Por qué? Por un fenómeno de psicología muy propio del alma nacional. En los escritos de *Jotabeche*, el lector chileno, de cualquiera categoría social que fuese, vio la imagen del chileno tal cual como lo había conocido, distinguió las características de su alma, aprisionó su sentimiento, convivió con sus costumbres, sintió las palpitaciones de su corazón, y lo vio desenvolverse en la misma montaña, en el mismo paisaje que había recorrido. *Jotabeche* le estaba hablando de algo que no le era extraño y que quería con una fuerza inconsciente. De ahí su permanencia en su sentimiento y de ahí el arranque del criollismo en la literatura nacional. Para sentirlo y comprenderlo no necesitaba buscarle modelos inspiradores de corte literario ni de interpretación europeos. *Jotabeche* es anterior al conocimiento de Larra en Chile como cronológicamente puede probarse, y cuando se divulgó se hizo su apasionado lector. Pero no lo influye. Mientras *Figaro* es amargo, *Jotabeche* es una fiesta resplandeciente.

Fue ese recuerdo de sus artículos lo que hizo posible una edición de ellos, cuando los autores nacionales apenas si se veían reproducidos en letras de molde. En 1847, por ejemplo, cuando aparece la primera edición de la *Colección de los Artículos de Jotabeche, publicados en El Mercurio de Valparaíso, en El Seminario de Santiago, y en El Copiapino, desde abril de 1841 hasta septiembre de 1847*, por la Imprenta Chilena, en un volumen en 4º de 296 páginas, las prensas, en un total de 124 o 125 publicaciones, sólo habían editado seis autores chilenos: Andrés Bello (nacionalizado por ley del Congreso), José Victorino Lastarria, Eusebio Lillo, Pedro Godoy, Juan Bello y Ramón Briseño. El éxito de librería de los artículos de *Jotabeche*, como lo ha recordado el español José Santos Tornero a Vicuña Mackenna en una carta, escrita en julio de 1877, "sólo pudo compararse con la facilidad con que se agotaban una tras otra las ediciones de Dumas". El dato es de verdadera importancia para establecer cómo el escritor copiapino se adentró en el alma nacional.

Los escritores que siguieron a *Jotabeche*, nacido en 1811, Salvador Sanfuentes, en 1817; Miguel Luis Amunátegui, en 1828; Ramón Fritz, en 1829; Alberto Blest Gana, en 1830; Benjamín Vicuña Mackenna, en 1831; Ramón Vial, en 1833; Daniel Barros Grez, en 1834; Vicente Reyes y Pedro Ruiz Aldea, en 1835, tuvieron en Vallejo, directa o indirectamente, el modelo a que sujetaron la vena costumbrista en sus escritos. Lo que se explota en el género, es lo nacional, sus tipos característicos, lo que ha plasmado el criollismo. Esos tipos no es necesario puntualizarlos ciertamente desde el *siútico* hasta el *pililo* con todas sus gamas intermedias. Y la expresión de ese criollismo no aflora con un perfil definido antes que le den carta de nacionalización en las letras algunos de los escritores nombrados. Aparece tímidamente. En la prensa se ofrece la descripción de estos tipos, con forma acaso siempre anónima, con títulos que nada dicen hoy al lector, pero que entonces eran una revelación. Los diarios y las revistas cuajáronse de artículos que pare-

cían seguir la forma de la iniciación de Jotabeche en las letras. A veces se intitulaban "Comunicados", "Ocurrencias", "Folletín", "Revista Semanal", "Revista Quincenal", "Observaciones del Público", que destacaban la sátira en la descripción de un tipo o de un ambiente. El género se mantuvo así desde 1850 hasta 1870, en una especie de vergonzante anonimato. La viada dejada por Jotabeche seguía produciendo esos frutos. El escritor publicó sus cuadros costumbristas hasta 1852, en que el diplomático hizo desaparecer al hombre de letras. Al año casi justo de su fallecimiento (1858), sus artículos vuelven a circular en la misma edición de 1847, que lanza a la luz pública José Domingo Cortés en 1859, con ciertas variantes, en la ciudad de La Serena.

Al aparecer Vicente Reyes en la literatura ¿quiénes se dedicaban al costumbrismo? De los jóvenes de su tiempo. Alberto Blest Gana le había precedido. Antes que a la novela, se había dedicado al cuadro de costumbres. En 1853, tres años antes que Vicente Reyes, en *El Museo*, periódico científico y literario fundado por Diego Barros Arana, Blest Gana, en dos artículos firmados con el seudónimo *Abejé*, e intitulados "Un baile en Santiago" y "Las Manías", había desenvuelto el género con un éxito bastante apreciable. En la novela que allí mismo publicó *Una escena social*, Blest Gana se complace en describir las costumbres de una clase social media en formación. Ya no soltará más los pinceles del retratista, que evocará en cuadros animados lo más auténtico de su tierra. Y esos cuadros se multiplicaron en sus novelas. Como articulista consagrado al costumbrismo, tuvo mucho más persistencia que Reyes, pues de *El Museo*, 1853, pasó a *La Semana*, 1859, de los Arteaga Alemparte y de esta revista a los diarios *La Voz de Chile*, 1862, fundado por Manuel Antonio Matta y de aquí a *El Independiente* (1865), redactado durante los cuatro primeros meses que siguieron a su fundación por Miguel Luis Amunátegui. En todos estos periódicos, Blest Gana dio expansión a su tendencia de escritor costumbrista. Reyes le sigue tres años más tarde en 1856, en *El Ferrocarril* hasta 1857, con las *Revistas Semanales*. De ahí, dejando casi un año y medio en claro, sin producir para las letras, torna a *La Semana* fundada en 1859 por los hermanos Justo y Domingo Alemparte. El clima, el ambiente, en que nacía la revista era asfixiante. Se estaba sobre un volcán. La revolución, amparada por la fusión liberal conservadora, había sido vencida. Lágrimas, destierros, fusilamientos, prisiones, muertos en los combates, heridos en los hogares, aflicciones en los corazones, tribulaciones en el alma, era lo que dejaba. Y con ese triunfo se afirmaba un gobierno fuerte, que ahora se hacía más fuerte, un gobierno autoritario, que se hacía más autoritario. La libertad no estaba encadenada, pero ¿dónde estaba la libertad? *La Semana* apareció como un bálsamo para los espíritus entristecidos el 21 de mayo de 1859 y había de concluir el 2 de junio de 1860. Un año y trece días de vida en el infierno santiaguino. Eso era admirable.

"Pasada la tormenta revolucionaria que se desencadenó después de aquel estado de sitio, y que mantuvo al país en dolorosa alarma y ahogado en lágrimas y sangre durante los primeros meses de 1859, era de esperar que la producción literaria independiente desapareciera y que todo el movimiento intelectual quedase reducido, como antes, a la esfera en que las influencias oficiales y eclesiásticas imperaban" —apunta Lastarria

en los *Recuerdos literarios*. Y así habría sucedido indudablemente, como lo demuestra el gran número de textos didácticos, de traducciones y reimpressiones que aparecieron en aquel año, bajo la protección del gobierno, y las treinta y tantas obras de interés religioso que publicaron, si no hubiera ocurrido un acontecimiento tan feliz como inesperado. Ese acontecimiento fue la aparición de *La Semana*, periódico noticioso, literario y científico, que principiaba el 21 de mayo, cuando aun no hacía un mes que tronaba el cañón de la última batalla de la guerra civil, cuando aun se oían las detonaciones de los últimos fusilazos de una rebelión, cuyo desconcierto revelaba su origen popular y le daba el carácter de una protesta del país contra el absolutismo de un gobierno represivo. ¿Quién venía a ofrecer en aquellos momentos de dolor a la inteligencia y al corazón los consuelos de las letras?

¡Dos niños! Sí, adolescentes por la edad, pero hombres por el poder de su inteligencia, eran los hermanos Arteaga Alemparte, cuando fundaron aquel periódico literario. Acababan de volver del Perú donde habían crecido, compartiendo con su honorable padre las tristezas del largo destierro, que este distinguido veterano del ejército había sufrido por servir a la causa liberal. Estaban, por consiguiente, ajenos de las pasiones del momento, y podían aspirar, como lo dicen en el prospecto de *La Semana* a representar la vida palpante de la sociedad, y a "constituir su periódico en el órgano del arte y la ciencia que alboreaban en nuestro horizonte, a convertir sus columnas en los anales de su incremento y progreso". Contaban con la cooperación de muchos escritores, solicitaban el conjunto de todos los que en Chile pagaban tributo a las letras; y deseaban que su papel fuese —"una liza abierta a todos los talentos, así a los que empiezan a manifestarse, como a los que la edad y el estudio han madurado, donde todas las opiniones tengan cabida, donde todas las ideas encuentren publicidad, sin sujeción ni reticencias, con independencia y buena fe".

"En efecto, *La Semana* fue desde entonces, hasta junio de 1860, el representante del movimiento literario independiente; y en ella cooperamos con los Amunáteguis, Barros Arana, Joaquín y Alberto Blest Gana, Carrasco Albano, González, Irisarri, Martín Lira, Sotomayor Valdés; y otros varios jóvenes que allí hicieron sus primeras pruebas literarias. Los directores del periódico mantenían hábilmente el interés de la publicación por medio de sus numerosos artículos de fondo. Su poderoso espíritu sintético y de abstracción, su poder inductivo y su admirable facultad de expresión, los hacían aptos para tratar con acierto cuantos asuntos tomaban a su cargo, y guiados siempre por un noble amor a la justicia y a la verdad, utilizaban el caudal de sus conocimientos en servicio de los nuevos ideales y de las modernas aspiraciones de la sociedad".

"Los fundadores de *La Semana* tuvieron la gloria de producir una verdadera agitación literaria, pues durante el primer trimestre, su periódico fue una revelación inesperada del vigoroso desarrollo intelectual que se había mantenido, a pesar de los intereses políticos que habían predominado y preocupado el espíritu público. Parecía que fatigados de la lucha y

desesperanzados, los antiguos escritores venían a buscar el consuelo inefable de la literatura, y que el ejemplo de los fundadores del periódico suscitaba la aparición de nuevos adeptos que, como ellos, sólo estaban inspirados por su amor a las letras, y exentos de las agitaciones de la época. Entonces reaparecieron en las columnas de *La Semana* don José Antonio Donoso y Barros Grez, se estrenaron como prosistas de estilo vigoroso Vicente Reyes y don Ignacio Zenteno, y al lado de los conocidos poetas Irisarri y Lira constantes colaboradores del periódico, ofrecieron en él las primicias de la música Luis Rodríguez Velasco, Domingo Arteaga Alemparte y Eduardo de la Barra; y dieron espléndidas pruebas de su versación en el arte, don Camilo Calvo y el malogrado y simpático Rafael Santos, que tan notable se hizo por su fácil versificación y festivo ingenio. También Blanco Cautín, sin embargo de estar alistado entre los colaboradores de *La Semana*, publicó en aquel tiempo la primera entrega de sus *Poesías...*”.

La colaboración de Vicente Reyes en *La Semana* fue escasa y de largos espacios. Sin embargo, las dos mejores páginas del escritor se encuentran en esta revista. Una de ellas es de un corte verdaderamente clásico por su estilo, la sobriedad y la elegancia de la narración. Ese escrito lleva por nombre “La Sargenta Candelaria”, en que recoge de viva voz la historia de esa sencilla heroína que tan útiles servicios prestó al Ejército Restaurador en la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana de 1838. Era una mujer modesta animada de esa chilenidad que tan bien caracterizó al pueblo chileno en sus brillantes días de gloriosas guerras. El otro artículo “Plácemes y pésames”, es la crítica acerada de la costumbre social de festejar, aunque sea de malas ganas, al que se ha comprometido en matrimonio y aquella otra de los pésames interminables y banales, que sirven a los parientes y amigos, para menudear el chisme. En “La elección de una carrera” el autor hace una sátira de los padres que pretenden para sus hijos una profesión honorífica y lucrativa.

VI

Las columnas de *El Ferrocarril* fueron el cimiento de la reputación literaria de Reyes, y *La Semana* contribuyó a acentuar más su fama de escritor. No se olvide. Reyes, aunque sin fortuna, pertenecía por los antecedentes paterno y materno y por el ancestro de sus abuelos, a la oligarquía santiaguina. Su carácter sano, sin asperezas, le conquistaba en todas partes, en ambientes propios como extraños, profundas simpatías. Su discreción le atraía amigos y cuándo tuvo enemigos, aun en las más ardientes y enconadas luchas políticas? He aquí por qué se ha sobreestimado al escritor, y por qué, también, la gloria del político ha cubierto al escritor en una proporción que nos parece indebida.

Las *Revistas Semanales* de *El Ferrocarril*, ¿qué son?, ¿de qué se ocupan?, ¿qué es lo que se explota en ellas?, ¿qué pintan, qué describen, qué tipos son los que allí, en fin, se perfilan? No anticipemos el juicio. Oigamos el de un amigo de Reyes y escuchemos el que a éste le merecen esas crónicas:

—“Aquellos escritos— dice ese amigo al recordarlos en 1870, después de catorce años de haberse publicado, pues son de 1856 y 1857 y de 1859 y 1860— rebosan de donaire, de chiste, de ironía delicada, de fina burla. La pluma del escritor corría por el papel vertiendo sonrisas, como el Duque de Buckingham había atravesado en otro tiempo los salones de Luis XVI derramando perlas. Y no era empresa fácil hacer sonreír a los santiaguinos contándoles cada semana su propia historia, poco variada y amena de ordinario. Escribir en nuestra capital revistas semanales es un trabajo parecido al de hacer encajes, en que la historia es nada, la habilidad todo. El señor Reyes sabe escribir revistas tan primorosas como los encajes de Bruselas. Para ello se necesita una gran facilidad de estilo y una gran fuerza de ingenio. El señor Reyes tiene lo uno y lo otro. Se necesita todavía la facultad —mitad inteligencia, mitad sentimiento— de descubrir y retratar el ridículo en sus innumerables formas, bajo sus mil disfraces, llámense costumbres, carácter, acción, acontecimiento, vanidad, envidia, codicia, cólera, alegría, indolencia, irascibilidad, mansedumbre, gravedad, ligereza, hipocresía, infatuación, doblez, necedad, intriga o torpeza. El señor Reyes tiene también esa facultad: posee el secreto de sentir con intensidad, de discernir con prontitud, de expresar con viveza aquella desproporción entre los medios y los fines, entre las causas y los efectos, entre los esfuerzos y los resultados, entre la expectativa y la realidad que constituye la esencia del ridículo en los actos y los sucesos humanos”.

Tal es la opinión de un gran juez en asuntos literarios sobre los escritos de Vicente Reyes. Es el juicio de Domingo Arteaga Alemparte, a quien no sería posible recusar de incompetencia y falta de sensibilidad. Pero esta su opinión debe ser conocida íntegramente para derivar de ella conclusiones absolutamente adversas. He aquí cómo continúa Arteaga Alemparte la defensa de los escritos de Reyes:

—“Ningún talento —dice— más vilipendiado, más execrado, más calumniado que el talento de la ironía y de la burla. Las gentes tildan de ordinario al que la posee de hombre frívolo, mezquino, envidioso, malévolo, discolo, intratable. Le declaran incapaz de los entusiasmos generosos que inspiran lo bueno y lo bello. Le miran con recelo y ojeriza. Le clasifican entre las plagas morales de la sociedad. Se comprenden semejantes opiniones: pocos poseen y todos temen el poder de la ironía. Pero semejantes opiniones no se justifican, por más que muchos hombres hayan hecho de ese poder un uso deplorable. El talento de la ironía supone necesariamente la capacidad de sentir y conocer el bien, la belleza, la justicia. No es posible distinguir lo ridículo y lo pequeño, sin tener por criterio el ideal de lo sublime y de lo grande. La deformidad no existe para un espíritu privado del sentimiento y de la noción de lo bello. En el escritor satírico y burlesco, hay una inteligencia perspicaz y una alma sensible. Su risa no es la expresión de la alegría, como las lágrimas del león no son la señal del miedo. Se ríe de dolor como se llora de rabia.

“El espectáculo de las debilidades y miserias de nuestra especie produce, en los hombres dotados de una sensibilidad viva, dos defectos en apariencia contrarios, en el fondo idénticos. Hace melancólicos a los poetas, hace burladores a los filósofos de la vida real. El señor Reyes es uno de esos filósofos. Su talento burlón es el reflejo de un espíritu serio, observador, lleno de penetración y buen sentido. Ese talento, contra lo que sucede comúnmente, aparece en el señor Reyes alumbrado por una luz simpática. A través de la ironía se transparenta la bondad de su carácter. El burlador no eclipsa al pensador ni al hombre de bien. Bajo los chistes del escritor festivo se ve una inteligencia que medita, una conciencia que vela tranquila, un corazón que sabe sentir noblemente. No hay crueldad ni veneno en su burla”.

Todo eso último fue Reyes como hombre. Sus prendas morales, no obstante la discreción y el egoísmo, fueron paradigmas de virtudes. Pero el escritor no fue ni un ironista, ni un satírico, ni un burlesco. Muy lejos de su pluma, que manejaba un excelente castellano, se encuentran aquellas condiciones para “descubrir y retratar el ridículo en sus innumerables formas, bajo mil disfraces, llámese costumbres, carácter, acción, acontecimiento, vanidad, envidia, codicia, cólera, alegría, indolencia, irascibilidad, mansedumbre, gravedad, ligereza, hipocresía, infatuación, doblez, necedad, intriga o torpeza”. Al haber descubierto Reyes tan notables y perfectas dotes de escritor costumbrista, su nombre de escritor no habría quedado en el claro oscuro en que ha vivido sepultado. Lo que Arteaga Alemparte le ha supuesto, en un libro de vasta circulación, se ha seguido repitiendo; su crítica no ha sido verificada ni establecida con la realidad de lo que arrojan las páginas de Reyes. Sus mismas frases son las que emplean los que se han ocupado del escritor. José Domingo Cortés, por ejemplo, en el *Diccionario biográfico americano* aparecido cinco años más tarde que *Los constituyentes de 1870*, (París, 1875), dice: “En las columnas de *El Ferrocarril* escribió en 1856 revistas semanales que adquirieron pronto una popularidad merecida. Aquellos escritos rebosaban de donaire, de chiste, de ironía delicada y fina burla”. Se repiten exactamente las mismas palabras de Domingo Arteaga Alemparte. Y así lo harán Pedro Pablo Figueroa, Alberto Edwards, Virgilio Figueroa, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Antonio y Jorge Huneeus Gana, inconscientemente. Este último en el *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* (1910), obra que por cierto no hace fe ni como juicio literario ni como información histórica, y que sólo citamos en confirmación de la inconciencia cómo se han repetido las palabras de Arteaga Alemparte sobre Reyes, dice también: “Su obra de periodista es corta y mucho más pequeña que la justa fama de escritor por ella alcanzada. Reyes se distinguió ante todo, y sobre todo, por la finura sagaz y penetrante de su talento de observación y por la gracia donairoso, fresca y castiza con que sabía expresarla en sus *Revistas Semanales*”. (pág. 463) Benjamín Vicuña Subercaseaux decía de Reyes en la *Memoria sobre la producción intelectual de Chile*, aparecida en 1909:

“Don Vicente Reyes —uno de los hombres más respetables de Chile— ha hecho su carrera en la política y en el foro. De él puede decirse que es un

repúblico a la antigua, liberal inflexible, ajeno al sistema de componentes y transacciones de la política moderna. En 1896, fue candidato a la Presidencia de la república. En sus mocedades cultivó las letras con una galanura que ha hecho que sus artículos no se hayan dejado en el olvido. En 1858 fue un asiduo colaborador de *La Semana*, donde insertó su célebre leyenda militar *La Sargenta Candelaria*, obra de colorido, observación y gracia literaria. En diversas épocas de su vida redactó *El Ferrocarril*. Ahí publicó sabrosísimas charlas semanales y un artículo de costumbres titulado "Plácemes y pésames", que en la bibliografía de las joyas de nuestra literatura tendrá que figurar a la cabeza". (pág. 99).

Aquellas *Revistas Semanales* quieren reproducir las escenas más características de la vida santiaguina en la segunda mitad del pasado siglo. Y el Santiago de ese tiempo era movido en acciones de todo orden. Arteaga Alemparte estrecha demasiado ese círculo cuando escribe que "no era fácil empresa hacer sonreír a los santiaguinos contándoles cada semana su propia historia, poco variada y amena de ordinario. Escribir en nuestra capital revistas semanales es un trabajo parecido al de hacer encajes en que la materia es nada, la habilidad, todo", ¡Quién sabe! Precisamente, hacia el tiempo en que escribía Reyes la transformación moral, material, económica y social de la ciudad del Nuevo Extremo era completa. En lo moral ¿qué no habían cambiado las ideas, las costumbres y la sensibilidad? Las viejas tradiciones legadas por el coloniaje iban desapareciendo. La Iglesia anatematizaba las ideas nuevas, cierta libertad en el pensamiento, en las costumbres y en la manera de sentir. La alta sociedad se había vuelto afrancesada, seguía, como podía, el influjo parisino; y detrás de ella pujaba otra clase, la media, todavía en ciernes, que no hacía otra cosa que imitarla. Había nacido el siútico de arriba y de abajo, el caballero fastuoso en el vestir, rumboso en el lenguaje, de cortesanía cursi. El de abajo le imitaba. Se pensaba de acuerdo con el filosofismo francés. Se era elegante de pensamiento y se era escéptico en materia religiosa, volteriano y capaz de un doble juego intencionado de palabras para descubrir ingenio. Las frases se aprendían en francés y se deslizaban burlescamente, con sonrisa mefistofélica. El adulterio seducía por su misterio. Las cábalas del amor abrían campo a conversaciones cursis, románticas, lloronas y de interminables consideraciones—"¡Oh! La pobre infeliz cuyo pecho destrozado por el rayo de una luz de amor paralizó su corazón", se decía en el corrillo de los petimetres con caras de trasnochados. "De esa infinita bondad de Dios quien lo duda como no sea para hacer el mal", conversaba, a la letra, el que tenía por escéptico. Las jóvenes habían descubierto el descotado y dejado ver el cauce de un seno armonioso que resguardaban dos erectas protuberancias ceñidas de tules. Dibujaban ansiedades con el juego del abanico y con la vibración del pañuelo, que tenía su lenguaje. La moda, puramente francesa. El perfume, puramente francés. El calzado puramente francés. Lo español, lo criollo, se había descartado. Todo eso daba origen a tipos singulares y originales. Se destacaban en los bailes, en los paseos, en el teatro, en la filarmónica, hasta en las reuniones caseras.

En lo material ¿qué no había caminado Santiago para transformarse en una capital lujosa? La riqueza de los mineros del Norte Chico, casi todos descendientes

de ingleses, la de los agricultores del centro, chilenos, que trabajaban el suelo con el mayor rendimiento de la máquina, viñateros, arboricultores, trigueros, habían acumulado fortunas cuantiosas y viajado por Europa. Se detuvieron en París, en Londres, Roma, y habían desdeñado visitar España por el odio encendido por la guerra de la independencia. Allí cogieron modelos arquitectónicos y construyeron aquí sus casas, verdaderos palacios, con un mal gusto estrepitoso. Nace una Alhambra de un Ossa. El tipo de castillo gótico de un Urmeneta. La casa toscana de un Blanco. Y así, a ese paso, la Plaza de Armas se transforma en algo sin originalidad, pero de gran fausto. Las iglesias, como el Carmen de la Alameda acusa imitación bizantina, de un mal gusto exquisito. Los muebles de los salones, con paredes de raso, como los deslumbrantes de Cousiño, son de las mejores fábricas europeas. Son comunes y vulgares ya en la sociedad. Cuadros en pintura de notables autores, arrojados al remate por los vendavales de la Europa de 1848, pertenecientes a condes, duques y marqueses arruinados y que pasean en el destierro la pobreza, adornan los salones. Todo es rico. Vajilla de plata pura con monograma. Porcelanas de lo mejor. Caoba, sándalo, encina, jacarandá, roble, cristales de Sajonia, cortinajes de raso, de seda china, tules con incrustaciones, invernaderos con plantas exóticas... ¿qué más? Todo, todo lo que podía acaparar una sociedad rica, bullente de lujo, de singularidad con lo que parecía ser de buen tono. Y destacaban tipos en esta carrera del bienestar material, relieves originales presentaban algunos.

¿Cómo se había transformado la economía? El industrialismo había hecho más fuertes, pero más fuertes todavía, las fortunas. Los canales regaban ahora extensas comarcas hasta ayer perdidas. Se disfrutaba de un cambio de cuarenta y ocho peniques. Las minas y la agricultura redoblaban su producción. Sensación de seguridad era la que daba el Santiago de ese tiempo desde el punto de vista económico. Había un Banco. Una Caja de Crédito Hipotecario que hacía señas al magnate financiero ya semiquebrado, ofreciéndole el empeño, la hipoteca de la mansión o del latifundio. En la Caja de Ahorros el hombre de la clase media, el profesional, el artesano ordenado, dejaban a buen recaudo las economías. Pero había pobreza también en el conventillo, en el inquilinaje, en la rotería andariega y sin rumbo. Aquí como allá, en este estrato como en ese, surgían curiosos caracteres. Para dibujarlos se requería sólo observación. Si ese tipo se dibujaba con discreción, perdía sus aristas. Si se quería hacer filosofía con él, se desteñía y evaporábase la materia en una página en blanco.

Desde el punto de la vida social, Santiago ya no era el de 1830. A las once de la noche circulaban por la Plaza de Armas encopetados señores. Los salones estaban abiertos. Había más de un Club. El Hotel Inglés no cerraba sus puertas. La Galería de San Carlos era un paseo. Hermosas mujeres desfilaban con tremendas, enormes y costosas crinolinas y quitasoles con manguito de nácar, enaguas de frufú y zapatos de seda bordados. El perfume de la Emperatriz Eugenia hacía mareante el recinto. Discreteos y chismes al oído dichos con el pretexto de un recado había muchos. Los hombres se apoyaban con galanura en juncos de la India. Lucían un frac azul y una corbata con grandes vueltas en el cuello. Una perla de oriente desafiante prendía en el centro de ella. De la Catedral, de Santo Domingo y de La Merced salían unas damas sofocadas por las preguntas hechas en el confesionario, o los raptos místicos

de la devoción. Santiago ya no era ni una sombra de aquel de 1850 y 1830. Era un Santiago con alma propia en 1850 y en 1856 esa alma tenía su expresión en un genio original. No obstante el cosmopolitismo de arriba, puramente de mampostería, postizo y sin raigambre, en el Santiago de ese tiempo seguían palpitando las costumbres tradicionales. Las procesiones tenían su tono. La Cuaresma otro. El Dieciocho uno bien particular. La Pascua y el Año Nuevo, con el llamado de "Aquí está Silva", era un motivo eminentemente popular. La Chingana estaba en plena vida. Las carreras a la chilena seguían como en sus mejores tiempos en el campo abierto de la "Pampa". Humitas, mote con huesillos, albahaca, picarones a la forma de la "Negra Rosalía", dulces rellenos con manjar blanco, alfajores de la Antonia Tapia, circulaban por la Alameda. Las acequias laterales refrescaban el ambiente y a las sandías y melones de los venteros. Borrachos, puñaladas, riñas. El roto con calzón arremangado, ojota y chupalla de paja y manta descolorida, no hacía falta.

VII

Había un vasto campo donde escoger tipos para las *Revistas Semanales* de *El Ferrocarril*. Pero todo eso escapaba a Reyes. El ambiente popular no pareció serle nunca simpático. La vida que se desenvuelve en la clase media apenas la tocó, y una de sus mejores páginas. "Plácemes y pésames", que evoca a Jotabeche, se anima en ese medio. "La Cuaresma" es otra que tiene relieve. Lo mismo puede decirse de ese verdaderamente irónico retratito intitulado "Un buzón para la eternidad", que suscribió con la firma de "Dos siúuticos". Es una crítica mordaz a las costumbres católicas. Sin duda, está bien diseñado y en un ambiente real. Le siguen en este orden "Último concierto en el Teatro de la República", "Fiesta de la Navidad" y especialmente "Día de los inocentes", que acredita a un escritor en el género costumbrista. Pero es esta una sola página. Las otras de las *Revistas Semanales* se convierten en crónicas de los sucesos del período y son como inventarios, catálogos, de sucesos ocurridos en la capital o en otras de provincias. Reyes inicia la crónica con picardía y cierta sorna; luego se desvanece el chiste y el tono burlesco para caer en un relato puramente de cronista. No quiere, por ningún motivo, dar relieve a sus personajes y teme individualizarlos. ¿Por qué? Porque obra aquí una de las facetas de su carácter: la discreción. Teme molestar. Teme herir. Cuando el asunto no puede traer complicaciones, el escritor está en entera libertad. Estaba de moda criticar a la Iglesia y son estas críticas las más frecuentes en su obra. La llamada "cuestión del sacristán", que tan bien pudo ser explotada y puesta en el ridículo, no le arrancó nada. Dos canónigos y un sacristán mayor envueltos en el asunto, no dieron a Reyes ocasión para una sonrisa. Los tres tenían situación social y el último se vinculaba a su familia. Ni el monaguillo le sirvió para un retrato. Podía herir. Él mismo reconoce lo difícil de su tarea cuando dice que el santiaguino está siempre dispuesto a identificarse con los personajes de sus revistas, y da como excusa que nunca ha sido su propósito pintar a nadie. Por eso se queja que se encuentren parecidos con los hombres que pinta. Da las más rendidas excusas y advierte sinceramente su buena fe. Pues, esa timidez hace desaparecer al escritor humorista y así queda también el

costumbrista sin campo de ejecución para la pluma. Tal estado explica el cambio que se observa en la crónica: la iniciación es de burla, de chiste, de malicia; el término, muere sin brillo alguno.

Es persistente ese temor. En la *Revista Semanal* del lunes 31 de agosto de 1857 dice: "Ardua y difícil tarea por cierto es la de escribir una *Revista Semanal* en las presentes circunstancias. Antes exigía que ella narrara fielmente los sucesos de que debía ocuparse y criticara los abusos y faltas a que estos podían dar lugar; ahora, es condición *sine qua non* que sea chusca, espiritual, salada, picante, amarga, que haga, en fin, reír, de cualquier modo, a toda costa, y salga lo que saliere. En vano se argüiría que hay hechos cuya narración se presta más bien para lágrimas que para risas, ¡trabajo perdido! lo que se quiere del redactor, son gracias, bufonadas, frases ligeras y chistosas aunque ellas no signifiquen nada. Señores, les dice uno, miren ustedes que lo que exigen de los redactores de las revistas es que sean unos *payasos* de la prensa y si no faltan quienes estén dispuestos a serlo, nosotros renunciaremos a desempeñar ese papel. ¡Pues entonces sufra Ud. que le digan tonto, desabrido, incapaz...! ¿Con que ahora sale Ud. con que la misión del escritor no es hacer reír y buscarle tres pies al gato?, con sobrada razón le dijo a Ud. un célebre escritor contemporáneo que no entendía de achaques periodísticos: ¡la misión!, ¡el decoro de la prensa! eso está bueno para dicho, pero ahora lo que debe Ud. hacer es armarse de una cachiporra literaria y ¡Cristo con todos!

—¡Ay amigo, respondíamos al que tales consejos nos daba, para hacer lo que Ud. dice, es preciso calumniar, perder la vergüenza, usar muchas veces de un lenguaje indigno e indecoroso. Conocemos que no estamos dotados de suficientes cualidades para ser payasos y difamadores: para eso se necesita cierta organización especial, quiero decir, tener cabeza de vejiga, corazón de estopa y alma de cántaro: se requiere además, escribir con pluma de ganso, empapada en sublimado corrosivo u otras preparaciones mercuriales. Si se nos provoca a una polémica, y esta refiere a ocuparnos de nosotros mismos, renunciaremos a ella, pues si escritores hay que se desesperan porque el público se ocupe de ellos, por darse, como se dice, en *espectáculo*, no faltan otros, y a este número pertenecemos, que desean ocupar lo menos posible al público con asuntos que no sean del bien público o envuelven alguna reforma en cualquier sentido que sea... Sobre todo, amigo, en una época de tantos periódicos como circulan, hay algunos que para dar interés a sus columnas dirigen insultos e invectivas con el único objeto de que le contesten y valerse de la publicidad del ofendido como medio de especulación. Es cierto que proceden en eso como ciertas gentes que insultan a los transeúntes para llamar su atención; pero el mejor remedio contra tales escritores no es contestarles una palabra y de hacerlo, que sea de modo que queden de manifiesto sus intenciones". Esa fue su doctrina.

Pongamos por ejemplo. Con Blest Gana no puede compararse en el género. Reyes le es muy inferior. Pongamos otro ejemplo más. Cuando el escritor lanzaba sus revistas en *El Ferrocarril*, al mismo tiempo Pedro Ruiz Aldea (1835-1870) publicaba sus cuadros costumbristas. Han tocado ambos asuntos iguales o más o menos iguales. La espontaneidad predomina en Ruiz Aldea, espontaneidad que a veces se pierde por el mal castellano. Pero, aun así, la gracia no decae. Cuando Reyes parece estar dando a su vena sarcástica lo mejor de ella, el hilo se corta. A la distan-

cia ha aparecido un personaje de carne y hueso que parece hacerle señales para que no lo identifique. A Ruiz Aldea le basta eso para señalarlo con pelos y señales y así logra dibujar un tipo, crear un ambiente exactamente real. Esa es la diferencia. En uno hay timidez, discreción; en el otro hay arrojo, osadía. Tampoco siente Reyes confianza, porque su egoísmo, su indiferencia cómoda no movida por ninguna exaltación, no se lo permite. En Ruiz Aldea la pasión es fuerte, late en él un impulso de crítica, de aspiración de justicia. Reyes no había sentido las amarguras ni las contrariedades de la vida como las que mordió Ruiz Aldea. Por eso, el primero es frío y el segundo vehemente, apasionado. Ruiz Aldea toma sus tipos desde el principio hasta el fin. Los sigue cuidadosamente destacándolos en sus diversas posiciones, penetra en ellos y les extrae el alma, si así pudiera decirse. Lo mismo hace con el medio y el ambiente, aunque deba decirse que aquí, en este punto, cae en notas exageradas a que Reyes ni llega ni pudo llegar. Sus notas son viñetas, pequeños cuadros, simples bocetos. No está en su ánimo, por las razones que se han dado, penetrar en nada. Sólo insinúa. La picardía de su ingenio cuando se descubre irónico, mordaz, es en la crítica de la Iglesia y de las costumbres que ella ha impuesto a sus fieles. Aquí se descubre entero. Pero aun así, la franqueza es forzada. Y todo esto fue por la naturaleza de su carácter. Con un poco más de decisión y de personalidad, con más fe en la vida y en la lucha por ella, con menos consideración por el qué dirán, Vicente Reyes habría dejado páginas muy superiores a las que escribió. Lo dominaba el terrible complejo de caer mal, de echarse enemigos. Es que en la discreción, en el egoísmo, en el respeto exagerado buscaba el éxito. Y el complejo de su vida se hacía más fuerte al recordar lo que le había costado formarse en un medio pobre como el suyo. La situación social suya no era nada sin la independencia económica. Por eso era tolerante.

Después de las jornadas literarias en *El Ferrocarril* y en *La Semana*, ya no volvemos a encontrar al escritor. Reyes sigue concurriendo a los cenáculos de las letras, le interesa el trato con los hombres de pluma y está siempre en contacto con ellos. Pero no vuelve a escribir. En 1859, aparece su nombre como miembro del *Círculo de Amigos de las Letras*, fundado por Lastarria. Es ya también Diputado suplente por Ovalle. La política no le dejará día de reposo y sus quehaceres de abogado, donde logra una justísima fama y hacer una fortuna, lo alejarán cada día más de la literatura. Otro era el camino que se abría para él. La seriedad de su carácter, la nobleza de su espíritu, la agudeza de su ingenio, la distinción de sus modales, su cultura y rango, su liberalismo inflexible, lo llevan a la presidencia del *Club de la Reforma*, en plena juventud. Allí es compañero de Jerónimo Urmeneta, de José Manuel Balmaceda, de Isidoro Errázuriz, Domingo Santa María, Ambrosio Montt, Marcial Martínez, Francisco Puelma Tupper y Domingo Arteaga Alemparte. Después será Diputado y Constituyente en 1870. Senador, casi por derecho propio, por el aprecio de sus conciudadanos. Las dos ramas del Congreso Nacional lo distinguieron con la Presidencia y Vice-Presidencia de ambas Cámaras. Llegará a la Vice-Presidencia del Consejo de Estado. Ocupará el Ministerio del Interior durante la administración de Aníbal Pinto. Muchos años después, se le ungía candidato de la Alianza Liberal a la Presidencia de la República y en la ardiente campaña a que dio lugar esa batalla quedó derrotado. Le faltaba nervio para la lucha y espíritu de sacrificio. Pero ya entonces

era el Patriarca indiscutido del liberalismo. Era el Repúblico por antonomasia, porque era una gloria nacional.

Nadie se acordaba del escritor, sin embargo, se mezclaba su gloria política a la del hombre de letras, generalizando. Las nuevas generaciones que siguieron a 1856 y 1859 no lo habían leído. Y ello porque su producción se encontraba en diarios y revistas de difícil consulta para el hombre de la calle. No quedó el suyo sonando como el de Pedro Ruiz Aldea, Justo Abel Rosales, Zapiola y otros que despertaban la curiosidad del público más o menos culto, en todo caso, amante de la chilenidad. En el comienzo de este siglo se exhumó una de sus páginas en una revista, y no es ella de las mejores. En el número 4 correspondiente a septiembre de 1909, en la revista intitulada *El Siglo XX* que dirigía don Alberto Mackenna Subercaseaux, se reprodujo la viñeta *Una semana de 1856* (pág. 217-223). El editor le añadió como epígrafe estas líneas: "Recorriendo las revistas semanales de *El Ferrocarril* del año 1856, que escribía don Vicente Reyes, hemos creído de interés reproducir el siguiente artículo".

Fue también la última exhumación. Y esa página no era una de las mejores.

OSMAR GONZALES ALVARADO. *Señales sin respuesta. Los Zorros y el Pensamiento Socialista en el Perú, 1968-1989*, Ediciones Preal, Lima 1999.

El libro de Osmar Gonzales Alvarado trata de un grupo de intelectuales de izquierda, sobre sus orígenes provincianos, cristianos y de clase media migrante a la capital. Ubicados por el autor como provenientes, en su mayoría, de la llamada "generación del 68" o "del 70" y que prefiere denominarla como post-oligárquica, en alusión al fin del orden oligárquico realizado por el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Pero además, y quizá como un feliz efecto no deseado, el trabajo de Osmar Gonzales logra trascender de las biografías de sus actores y el contexto peruano de las décadas del setenta y ochenta, para llevarnos en un viaje por la historia más completa de la izquierda peruana contemporánea escrita en los últimos años.

La relación entre intelectuales y política es un punto central en la argumentación del autor. En este sentido, se pregunta por el papel que cumplieron los Zorros¹ y cómo su proyecto de constituirse en intelectuales orgánicos naufragó en el mar de pugnas y rivalidades que atravesaron a su sujeto político, Izquierda Unida². Como él mismo señala,

"...Esto les representó una doble dificultad en la medida en que también eran militantes y pertenecían a partidos integrantes del frente, por lo tanto eran partícipes de esas pugnas. Pero también eran intelectuales que tenían como propósito imponer su proyecto a la izquierda. En todo caso, o precisamente por ello, la lucha política dentro de aquella se volvió inevitable. Para decirlo con otros términos, no podían prevalecer intelectualmente si no contaban con el control del poder".

Otro aspecto importante del libro es la reflexión que hace sobre cómo la democracia terminó por seducir a la izquierda. Para ello hace un recorrido por el discurso de la "nueva izquierda" desde el traumático fin de la guerrilla del 65, la experiencia velasquista y, finalmente frente al fanatismo de Sendero Luminoso. Dicho de otra manera, el tránsito del marxismo-leninismo al socialismo democrático. Sobre esta evolución hay una afirmación polémica que hace Gonzales y que puede orientar futuras investigaciones sobre la izquierda en el Perú:

"En realidad, el velasquismo es la verdadera conciencia de la izquierda y no Sendero Luminoso, como han afirmado algunos, porque representa la posibilidad que no se concretó, en gran parte por la actitud confrontacionista de la izquierda. Esta experiencia quedó hondamente registrada en las mentes de los políticos e intelectuales de la izquierda, experiencia que afloró cuando el discurso de Alan García, durante el gobierno del APRA, los emplazó

¹ Bautizados así por la revista *El Zorro de Abajo* que fundaron y que tuviera una vida efímera que llegó a siete números entre julio de 1985 y junio de 1987.

² El frente político Izquierda Unida (IU) se rompió en enero de 1989 y su dispersión allanó el camino para el ascenso al poder de Alberto Fujimori Fujimori (actual Presidente del Perú).

para que lo apoyaran en la profunda transformación del Perú que, según él, estaba realizando. Felizmente para la izquierda, el fracaso de García impidió que el APRA se sumara a sus fantasmas”.

En el plano metodológico, el análisis sociológico desde la perspectiva generacional y su confrontación con el contexto histórico demuestran un arduo trabajo de reconstrucción, crítica y análisis que, sin duda, es un aporte a los estudios de la sociología del conocimiento e historia del pensamiento político.

El libro se compone de cinco partes, además de la introducción y las conclusiones. En la primera parte, “Tiempo para aprender”, con base en las entrevistas personales a los intelectuales “Zorros”, relata la infancia y juventud, la experiencia universitaria y el inicio de la militancia izquierdista. El autor busca identificar algunas marcas de la época que, más allá de diferencias de edades y trayectorias individuales, los identifique como miembros de la generación post-oligárquica. Destaca que la formación religiosa, primero, y la vida universitaria, después, son determinantes en la formación intelectual y en la práctica política de los Zorros.

La segunda parte, “Acariciando la revolución”, está dedicada al contexto del surgimiento de la “nueva izquierda” que, siguiendo una trayectoria distinta a los partidos alineados a un bando u otro del movimiento comunista internacional, más específicamente de la disputa sino-soviética, se forja a la sombra de la revolución cubana y los gobiernos militares, pero no por ello menos ideologizada. Son estos tiempos de compromiso militante, de activismo popular y creencia casi religiosa en el destino revolucionario y socialista que los Zorros se encuentran, ya sea en el ámbito de la universidad o de los partidos de la nueva izquierda.

Esta “nueva izquierda” se enfrentó a un momento muy peculiar de la historia peruana de este siglo, el gobierno reformista del general Velasco Alvarado significó un parteaguas en el proceso peruano, canceló el orden oligárquico, amplió los derechos económicos y sociales de las mayorías nacionales. Ante estos hechos los partidos de la nueva izquierda tuvieron que definirse de manera forzosa, las posturas al respecto abarcaron un abanico que iba del apoyo crítico hasta la confrontación directa. Gonzales describe la herencia que legó el velasquismo a la nueva izquierda de la siguiente manera: “...La experiencia velasquista había puesto la varilla demasiado alta, más revolución de la que hizo al destruir el orden oligárquico era prácticamente imposible”.

En la tercera parte, “Viviendo el mundo real”, nos traslada a la década de los ochenta, el mundo ya no era el mismo en el que había surgido y desarrollado la nueva izquierda. El retorno a la democracia había llevado a Belaúnde al gobierno por segunda vez (1980), con él vuelven los viejos estilos de gobierno y las reformas velasquistas empiezan a revertirse. La crisis de la deuda hace su aparición y en los países centrales emerge el neoliberalismo (Reagan y Thatcher). Es en este escenario, y sufriendo aún por la fractura del primer intento de la unidad de la izquierda peruana (Alianza Revolucionaria de Izquierda, ARI), que los partidos socialistas se aglutinan en un solo frente: Izquierda Unida. Son tiempos de hegemonía cultural y de influencia de la izquierda en el movimiento social pero también de la emergencia del pensamiento de derecha

y del inicio de la guerra senderista³. Estos turbulentos años 80, y la participación de los *Zorros* en el frente político e intelectual son narrados con magistral habilidad por el autor.

La participación política de los partidos de izquierda, ya como IU, en las elecciones municipales de 1983 llevó a su líder Alfonso Barrantes Lingán a la Alcaldía de Lima. Este triunfo abrió las posibilidades de gobierno para la izquierda y por lo mismo avivó el debate interno entre las fuerzas en pugna al interior del frente. Los límites de la polémica fueron: revolución o democracia, y es en este terreno donde se ubica realmente la contribución intelectual de los *Zorros*. Justamente por ello y para ello sale la revista *El Zorro de Abajo*, que congregó a los intelectuales-orgánicos de origen cristiano principalmente.

La búsqueda de una identidad y un proyecto socialista acorde con los nuevos tiempos estuvo llena de contradicciones y adversarios. Gonzales es más que elocuente en ese sentido cuando dice: "De este modo, la izquierda siguió encontrando nuevos adversarios en el proceso de construcción de su identidad. Primero, la democracia como sistema político, luego el senderismo, después el gobierno aprista y, finalmente, la nueva derecha política. Sin embargo, los más encarnizados oponentes, se supo después, se encontraban en su interior".

La cuarta parte, "La marca del zorro", trata del pensamiento de los *Zorros*, el mismo que, según el autor, tuvo la peculiaridad de incorporar el problema de la construcción de un nuevo orden dentro de su diagnóstico y su propuesta, valorando el contexto constitucional que vivía el Perú en los ochenta y entendiéndolo como un logro también de las fuerzas progresistas. Es decir, concebían a la democracia como un espacio de lucha política que había que ganar, pero dentro de un proyecto socialista.

El autor analiza la revista *El Zorro de Abajo* que hace su aparición en julio de 1985 —a unos días de que el APRA, bajo el liderazgo de Alan García, asumiera el gobierno—, y que duró dos años. Ubica al pensamiento de los *Zorros* dentro de la tradición populista, es decir, la de entender al pueblo como depositario de una fuerza esencial que señala el camino para la nación y marca el derrotero de la acción política.

En la quinta parte, "Un proyecto inconcluso", Gonzales nos narra una pequeña historia del fracaso del frente IU, que llevó a la diáspora a las fuerzas de izquierda y allanó el camino para el ascenso de Alberto Fujimori al poder en 1990. Quizá esta es la parte menos explorada por el autor y no podía ser de otra manera, dado que su objeto de estudio son los *Zorros* y el papel que jugaron en la crisis de IU. En todo caso, el frente requiere necesariamente ser tratado en un trabajo especial que escape a las pretensiones de Osmar Gonzales.

Finalmente, en sus conclusiones, "Reflexiones sobre intelectuales y política", nos plantea cuestiones que, partiendo de su trabajo, tienen el carácter de reflexiones generales y que buscan responder las preguntas que guiaron su investigación. La manera de caracterizar la relación entre lo intelectual y lo político, el papel de los intelectuales en el Perú y, la radicalización y el papel de los intelectuales socialistas en el Perú.

³ Sendero Luminoso inició su lucha armada en mayo de 1980, precisamente en las elecciones generales que ganó Belaúnde y en las cuales la izquierda se presentó fragmentada.

A través de la lectura del libro que nos ofrece Osmar Gonzales el lector no sólo se introduce a una parte de la historia del Perú contemporáneo sino que también nos invita a reflexionar sobre el futuro del proyecto socialista en Latinoamérica. El texto no está escrito para llegar a un punto muerto y frustrante sino, por el contrario, para motivar el pensamiento y la acción. Como él mismo concluye: "... La renovación de la idea socialista, ahora más que nunca, deberá pasar por la recuperación de la reflexión humanista. Esto redundará además en la defensa de la autonomía de lo intelectual frente a lo político, autonomía que no tiene que significar separación absoluta, sino simplemente la recuperación de la función crítica de los intelectuales, incluso frente a la propia política".

MARCO A. RAMÍREZ

ÁLVARO SALVADOR. *Muestra de poesía hispanoamericana actual* (34 nombres en 34 años: 1963-1997), Departamento Provincial de Granada, España, 1998., 429 págs.

El profesor Álvaro Salvador de la Universidad de Granada, lector especializado en literatura Hispanoamericana nos entrega una muestra panorámica de poesía actual, seleccionando a líricos nacidos entre los años 1942 y 1962.

El autor ha procurado considerar como objetivos los valores de orden histórico y crítico para otorgar una mejor orientación a un sinnúmero de lectores expertos en literatura y lectores comunes. Esta selección privilegia a poetas de menor difusión en España y respeta la repercusión de escritores extranjeros en sus respectivos países.

El antologador explica en el prólogo que se vislumbra el movimiento de la poesía hispanoamericana en los últimos treinta años desde dos referencias: las reflexiones teóricas de Octavio Paz de la obra *Los Hijos del Limo* y la influencia de Jorge Luis Borges y su creación poética.

La presente selección incluye a los siguientes escritores: Jorge Boccanera, Jorge Fonderbrider, Graciela Reyes, Daniel Samoilovich y Santiago Sylvester (Argentina); Eduardo Mitre (Bolivia); Teresa Calderón, José María Memet, Andrés Morales y Raúl Zurita (Chile); Juan Gustavo Cobo Borda, Orlando Gallo y William Ospina (Colombia); Ana Istarú (Costa Rica); Waldo Leyva; Emilio García Montiel, José Pérez Olivarez, Guillermo Rodríguez Rivera, Reina María Rodríguez (Cuba); Alberto Blanco, Kyra Galván, Fabio Morabito y Vicente Quirarte (México); Eduardo Chirinos, Marco Martos y Abelardo Sánchez León (Perú); José Luis Vega (Puerto Rico); Hugo Achugar y Rafael Courtoisie (Uruguay); Rafael Arráiz Lucca, Alberto Barrera, Javier Lasarte, Yolanda Pantin y Armando Rojas Guardia (Venezuela). La antología en una apreciación crítica, contiene una gama heterogénea de poetas; lo que permite a los receptores poseer una visión global de las voces hispanoamericanas contenidas en esta obra.

Desde un punto de vista generacional los poetas chilenos: Teresa Calderón (1955), José María Memet (1957), Andrés Morales (1962) y Raúl Zurita (1951) per-

tenecen a la promoción de los 80. Sin embargo, poseen particularidades y diferencias poéticas en relación a sus influencias, miradas y temáticas. A grandes rasgos todos están relacionados con la tradición lírica desde las cinco líneas fundamentales que dieron origen a la poesía moderna chilena (Gabriela Mistral, Pedro Prado, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Pablo de Rokha) hasta las influencias contemporáneas, que han marcado la creación literaria de líricos jóvenes: Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Juan Luis Martínez y Jorge Teillier, entre otros.

Desde una visión histórica algunos exponentes de la generación de 1980 se relacionan en forma indirecta con una poesía comprometida políticamente a nivel temático como es el caso de José María Memet en sus primeras publicaciones.

Otro rasgo característico es en relación al lenguaje. Los códigos expresivos varían se mezclan con el recurso de la intertextualidad: canciones, plástica, narrativa, etc. El sujeto poético se presenta como una voz "ubicua" que dialoga con otras voces dentro del mismo texto, por ejemplo a través de poemas escénicos, mostrando y observando la realidad desde una perspectiva fragmentaria.

La escritura trasciende el formato libro y se vincula a acciones de arte como es el caso de Raúl Zurita y su adhesión al grupo C.A.D.A. (Colectivo de Acciones de Arte).

En este escenario de los 80 surge la proliferación de talleres literarios que aparecen a fines de los años 1970. Sobresalen el taller "Altazor" (1977) en memoria a la obra de Vicente Huidobro y el "Taller Nueve" (1979) dirigido por Miguel Arteche. A este último perteneció el poeta Andrés Morales.

Además, se destaca el rol escritural de la mujer en esta década y desde el prisma del crítico Juan Villegas se evidencia, "un nuevo discurso femenino chileno [debido] a que la mayor parte de las autoras son posibles de leer simplemente como productoras de discursos líricos con un mensaje o un envío poético a su lector potencial". En este aspecto predomina la poeta Teresa Calderón. Su poesía sin ser calificada de feminista muestra el mundo y sus vivencias desde la óptica de una mujer. En sus versos el tipo de hablante es claramente identificable, es un "yo" o un "nosotros" femenino quien se dirige a un "tú" masculino, empleando un lenguaje culto formal e informal. Matizado por la influencia parreana aparece el tono irónico. Por ejemplo "o sea tú, queridito", a veces, burlesco: "y la niña buena para el leseo". La presencia del hablante - mujer crea una actitud antagónica hacia el destinatario de su discurso. En el ámbito de los episodios de la vida cotidiana aparece "a diez rounds" de *Causas Perdidas* (1984) el espacio poético está establecido por un combate entre el hombre y la mujer. Ella se percibe o se autodenomina "la dolorida", "amiga predilecta del silencio", "señora de la causas perdidas". El propósito del envío poético es criticar, protestar por el abuso de poder del macho dominante. Igual que en el libro anterior *Género Femenino* (1989) se describe la relación: encuentro - desencuentro, sumisión - dependencia. En "Mujeres del mundo uníos" la voz poética hace un recorrido sociohistórico destacando a mujeres célebres desde la antigüedad hasta nuestros tiempos y mujeres nominales: "la Angelina y la Cristina". El llamado es a todas ellas sin discriminación a unirse por una causa común, enfrentarse y liberarse del yugo masculino.

La muestra sobre poemas de José María Memet comienza con su "Arte Poética" que está centrada en la temática del amor en una atmósfera de ensoñación que no reconoce la vigilia. En "Elegía a un ciclista" de *Cualquiera de Nosotros* (1980) cuyo poema a nivel formal igual que todos los demás de la selección, están escritos en verso blanco con un matiz de coloquialismo, el "ciclista" —centro del poemario— se convierte en un personaje en libertad que pedalea y recorre la vida hasta llegar a la muerte, de la cual, huye. Esta situación límite inunda los versos: "Las tumbas y los nichos se abren todos / y los muertos ven pasar esta carrera". En "Canto II" de *Canto de Gallos al Amanecer* (1986) se visualizan conceptos militares y políticos conjugados con el oficio poético: "gallos se pasean en corrales, inquietos por las tropas / que se acercan al poema". "El presidente entra al nicho, en la memoria".

Los poemas sin títulos de *El Duelo* (1994) combinan la presencia de Dios y su negación: "Ellos temen el poder de Dios / yo lo desprecio". Se produce un viaje desde el pasado, desde la niñez, hasta la cotidianidad de los bares. Es un yo lírico que habla desde la tumba en un desdoblamiento: "Aquí yace mi cuerpo confinado en apariencia". "Mi espíritu y mi cuerpo viajan / sin moverse de este sitio", "si ellos supieran que en cada amanecer / debo volver a mi destino, no comprenderían".

"El cumpleaños del pintor" de *Un animal noble y hermoso cercado entre ballestas* (1995) está dedicado a Pablo Domínguez. A través de la contemplación de la tela, pincel y trazos se rememora una celebración de infancia que se revive en el lienzo: "sintió risas con emoción se percató / que los niños corrían por el cuadro / hacia su encuentro / con decenas de regalos en sus manos".

El poeta Andrés Morales presenta en "Glorieta al amanecer" de *Vicio de belleza* (1992) la evocación de los recuerdos, la música y la despedida.

El poema "Tiempo" del mismo libro posee una atmósfera de irrealidad; manifiesta tres momentos estructurales: Búsqueda, cambio de destino y estabilidad del tiempo. Comienza y se cierra con el concepto del azar en dos acepciones: suerte y adivinación. La reiteración de la invocación representa el sentimiento de recuperar con urgencia el buen augurio: "Invoco los detalles de la suerte", "Invoco por el bosque el grito o el destello". La segunda instancia abre la posibilidad de revertir la adversidad del presente: "Quemar este dolor de piedra rota / el mismo del fracaso en esta espera". Terminan los versos con el sentido de eternidad del tiempo y el efecto que produce en el ser humano: "El tiempo no nos hiere, ni mata: no envejece". / "Sólo nos empuja, sin querer, al miedo". En "Los videntes" de *Visión del oráculo* (1993) encontramos el recurso de la intertextualidad basado en el poema "Todas íbamos a ser reinas" de Gabriela Mistral. La primera estrofa indica en forma tácita un "nosotros" y recrea la posibilidad, por un instante, de ser como los grandes escritores Rimbaud, Artaud y Edgar Allan Poe. La segunda estrofa expresa la negación de la anterior y finaliza el texto con la fatalidad de la muerte: "Todos íbamos directo al matadero". "In memoriam" de *Romper los ojos* (1995) se caracteriza por estructurarse en forma dialógica, posee dos voces donde el primer hablante interroga en forma irónica: "¿oyes, adivinas o predices?" a un segundo hablante que está muerto quien responde de manera imprecisa. "Alguna queja, alguna —me decías—". Al interior del texto "xxi" de *Arte de la guerra* (1995) converge el lenguaje complementario a nivel de significado: "El trueno y el relám-

pago" y los opuestos "la luz que se destella por su sombra". El motivo lírico es el miedo que los separa a los "dos" y el desamparo es un espacio abierto. "mares, océanos y naciones" donde el único lugar cobijante es la noche. Las temáticas de sus poemas son la muerte, el tiempo y el presagio. Lo que conlleva a una poesía apocalíptica, empleando diversos recursos estilísticos: intertextualidad, poemas dialogados e interrogaciones y cuya singularidad en el contenido es la marcada adjetivación de los versos y la fuerza de sus imágenes.

Raúl Zurita en "El desierto de Atacama III" de *Purgatorio* (1989) expone una gama de posibilidades. Se inicia el poema con una afirmación: "Los desiertos de Atacama son azules" refiriéndose al color símbolo de la espiritualidad del cielo y del mar en un primer momento. Luego, el hablante expresa que las pampas serán azules: "Y si los desiertos de atacama fueron azules todavía / podrían ser el Oasis Chileno para que desde todos/ los rincones de Chile contentos vieses flamear por /el aire las azules pampas del desierto de Atacama". En el poema "LXII" devela el sueño y la consagración de un monarca: "Hoy soñé que era rey", mas termina como una pesadilla "Hoy mujo con mi cabeza a punto de caer". "Guárdame en ti" de *El amor de Chile* (1987) el hablante expresa a su tierra la necesidad de amparo y adquiere las características de la geografía, describiendo lo singular del paisaje: "en la brizna de aire que aún ocupe tu voz / dura y remota / como los glaciares en que la Primavera descende". "Pastoral de Chile" de *Anteparaiso* (1982) describe el hallazgo de un tú, apartándolo de la soledad, sin embargo, la voz le reprocha "Pero tú no cumpliste, tú te olvidaste" la promesa rota repercute en su entorno. El yo poético anhela reanudar la búsqueda "Cuando avergonzada / vuelvas conmigo para siempre/ y yo te haya perdonado todo lo que me has hecho/ ihija de mi patria! "Las nuevas tribus" de *La vida nueva* (1994) da a conocer los antecedentes del nacimiento de las nuevas tribus, desde el agua primigenia hasta el descubrimiento del fuego. Manifiesta la presencia de un eco ancestral en su presente: "que la tribu que habla /en ti ha estado y que mi amor es una tribu y un pueblo". Realmente expresa la transformación del animal a hombre "Millones de años antes alguien vio sus manos separándose del suelo". Finalmente, es importante destacar y reflexionar sobre la relevancia de nuestros poetas chilenos que han trascendido las fronteras gracias a su constante oficio, a las diversas publicaciones, la traducción de sus escritos, lo que posibilita no sólo conocer la calidad de su envío poético, sino también transmitir testimonios e influencias a noveles escritores en el gran abanico celeste del verso.

VIVIANA DEL CAMPO

SILVIA NAGY-ZEKMI. *Paralelismos transatlánticos: postcolonialismo y narrativa femenina en América Latina y África del Norte*, Providence, RI: Ediciones INTI, 1996, 195 págs.

Este libro es ante todo, como bien lo sugiere su título, un ensayo de literatura comparada, siendo tal su mayor acierto en relación a las dos áreas que estudia, tan

necesitadas de este tipo de aproximaciones. Una demanda actual para la crítica, sea cual sea la teoría en que se ampare, aquí satisfecha a cabalidad y ejemplarmente. El entramado teórico con el que se analiza y comenta el corpus narrativo femenino, el objeto último de estas reflexiones, y con el que se (re)presentan sus contextos literarios e histórico-culturales, dialógicamente en este caso, es el del discurso crítico postcolonial ya ortodoxo (Edward Said *et al.*) y el de un feminismo anti-dogmático, siempre saludable.

Desde ambos puntos de mira y al unísono se busca interpelar y desafiar el canon occidentalista y machista, sin por eso idealizar ni feminizar del todo el tropo utópico del orientalismo, del O/otro/a -colonizado/a, marginado/a, avasallado/a, etc., en el que se observa siempre una suerte de occidentalismo internalizado, a veces vergonzante y otras desvergonzado; es decir, el mestizaje, esa realidad colonial y postcolonial innegable, es lo que en este libro se escruta, el reconocimiento de las dimensiones bi o multirraciales, multiculturales y multilingües de las sociedades que se han acoplado, aunque el comienzo haya sido, y pueda seguir siendo tal vez, violento.

El mestizaje llevado metafóricamente al terreno de la escritura plantea la necesidad de atender y empatizar con la(s) voz(es) de lo oprimido, de lo que se margina y, por eso, se rebaja a una condición indigna; para luego conferirle autonomía, plena ciudadanía en la república de las letras, para aceptar su libre participación en la escena (social y artística) pública. (Aquí parece estar endosada una teoría de la democracia participativa⁴.) Esto quiere decir que la escritura que se sabe mestiza debe superar, resolver, sintetizar sus complejos y sus esquizofrenias, tal como ha de hacerlo una sociedad determinada y los mundos (sólo en apariencia) paralelos, trátase del Primero y del Tercero como en estas páginas. Esa escritura/sociedad debe (auto)re/conocerse y reconocer a la otra para así poder negociar sus diferencias (discrepancias) y, sobre todo, celebrar lo que las acerca, como enfatiza la autora. Democratizarse política y trans-nacionalmente.

En este libro hay un postulado básico, en relación a la teoría que trasunta y al objeto específico de su estudio: la trasposición del paradigma crítico postcolonial a la situación de la mujer en general y a la de la escritura femenina en particular, siendo éstas equivalentes a *grosso modo* al fenómeno complejo que encara aquél. Por eso es que en estos *Paralelismos* se habla de la decolonización de la mujer -y, por cierto, de sus padecimientos raciales, económicos y sexuales (Trinh Minh-ha), la tríada temática que Nagy-Zekmi analiza- y de las estrategias escriturales a ese efecto, porque "el discurso femenino tiende a ser contestatario [al igual que el decolonizador] frente a la dominación del discurso masculino". La síntesis de este pensamiento, que crea y sitúa un objeto de análisis a la vez, se da aquí en clave Elena Poniatowska: "la literatura de las mujeres es parte de la literatura de los oprimidos". Por lo tanto, se imponen el gesto liberador (narrativo) y su exégesis (crítica).

Este es ni más ni menos, entonces, que un libro-puente sobre el océano Atlántico, como señala acertada y metafóricamente la (contra)prologuista, Alicia Partnoy, un estudio que, dice, "nos abre las puertas al conocimiento de la litera-

⁴ Véase para esto *Democracy and the Arts. The Role of Participation* de Terri Lynn Cornwell (New York: Praeger, 1990).

tura femenina del Maghreb [Marruecos, Argelia y Tunisia, delimita Nagy-Zekmi] y nos presenta un nuevo modo de abordar la literatura femenina latinoamericana, en relación a éste". Un libro-puente de ida y de vuelta –y primero en su género, ya que como observa su autora: “todavía no se ha hecho ningún estudio comparado de la escritura femenina de estas dos regiones”– que une dos paralelos literarios y culturales –de allí el toque geográfico, sociológico e ideológico del título, donde los *paralelismos* indican una ruta crítica e interpretativa, toda vez que entre ambos extremos cabe “la posibilidad de trazar paralelismos, naturalmente sin llegar a una correspondencia exacta, tratándose de áreas muy diversas y complejas en sí”. De manera que lo que se pretende es “delinear cierta equivalencia temática, metodológica e histórica en obras originadas en diferentes contextos culturales”.

Sin embargo, no hay que pensar que las razones que llevan a la autora a tender líneas de comunicación y reconocimiento mutuo no son un mero capricho crítico inverificable. No. Por eso la introducción a este libro resulta crucial. En “Las hermanas de Sherazada” se registra la existencia de referencias cruzadas entre una y otra literatura/cultura femenina, dentro de lo que destaca, desde la perspectiva latinoamericana, el uso emblemático –y muchas veces militante– de la famosa heroína de *Las mil y una noches*, Sherazada, elevada al rango de capitana (Sultana) fantástica de las escritoras. Paradigma ella del sujeto femenino porque “simboliza la transgresión cometida por una mujer, quien se atreve a expresarse individualmente en una sociedad, donde la norma femenina es la de la colectividad anónima; en una sociedad, donde las mujeres, como Sherazada, hablan en voz baja, en la oscuridad de la noche, y su expresión forma los eslabones de la cadena oral”. Así obras narrativas como las de Isabel Allende y ensayísticas como las de Margo Glantz y Helena Araújo incluyen y desarrollan este guiño intertextual. Pero también las escritoras del otro extremo geográfico y cultural han utilizado este referente, más aún cuando forma parte de su imaginario tradicional; entre ellas Leila Sabbar y Assia Djebar. Sin embargo, el naciente –y creciente, a pesar de un desconocimiento relativo– interés mutuo entre África del Norte y América Latina, o viceversa, no se reduce exclusivamente a este fenómeno sheradaziano, hay otros ejemplos literarios que se mencionan detalladamente en este libro.

Luego de pasar revista, en el capítulo 1 (“Paralelismos transatlánticos y la decolonización del discurso femenino”), al proceso histórico constitutivo de la escritura femenina en ambos “márgenes” de la historia/cultura occidental, Maghreb y América Latina, signado por una especie de peregrinar prometeico: el robo o el tomar prestado el fuego de la escritura (dominio masculino/colonial) para comenzar la búsqueda de la (identidad) propia, porque el “acto de escribir no se le atribuye ‘naturalmente’ a la mujer”, el que se convierte en las manos femeninas en un “contradiscurso frente al discurso falogocéntrico y dominante” que define y sitúa a la mujer (al colonizado), por eso Nagy-Zekmi observa, metonímicamente, de una de sus autoras preferidas: “Una de las mayores virtudes de Assia Djebar como escritora y feminista es haber desarrollado una *geografía femenina* y haber descrito el cuerpo femenino como un cuerpo sentido desde el interior, todo unido, para contradecir la mirada externa masculina que lo divide en pedazos”, como una sociedad bajo un régimen colonial lo debería hacer...

Luego, entonces, de delinear la historia del proceso creativo (literario) femenino en el Maghreb y en América Latina, considerando las similitudes y sus diferentes estados evolutivos, la autora explora en sendos capítulos cuatro de los puntos cardinales en torno al sujeto femenino (singular y plural) existente y escribiente: “El género autobiográfico” (cap. II), memorialístico y/o testimonial practicado por la mujer (esa “autogynography”, según Domna Stanton), su proyecto de autorrepresentación que, bajo circunstancias adversas, se convierte en un “acto subversivo, un acto en que la mujer demuestra su poder” como tal, y, en un “mundo postcolonial”, en un “vehículo para adquirir el poder de expresión” y desacato –sea de modo individual o colectivo-cultural y político, incluso étnico (v.gr. Rigoberta Menchú). “Los modelos del poder patriarcal” (cap. III), es decir los espacios sociales –ideológicos, domésticos (la cocina, en especial)– y las forma simbólicas –donde lo religioso (islamismo/catolicismo, en este caso) tiene un papel preponderante– que sirven para mantener a la mujer en una condición subalterna, siendo aquí el objeto central de estudio “la representación literaria del intercambio sexual” en las dos áreas, aunque como apunta la autora, “las mayores diferencias entre la experiencia femenina latinoamericana y maghrebina se dan en lo tocante a la conducta sexual [la vida erótica] y el tratamiento literario de la misma”, porque esto apenas comienza en el Maghreb, en cambio, en América Latina “estos aspectos de la vida humana se incluyen en la escritura [contemporánea] cada vez con mayor apertura.” Representación literaria (narrativa y, a veces, ensayística) que mediante el uso de un discurso paródico ha logrado subvertir esos modelos patriarcales, entre los que se destacan el Harem y el marianismo, respectivamente. “La contrahistoria femenina” (cap. IV), quizás el apartado más inquietante de todos, en cuanto Nagy-Zekmi aborda con gran perspicacia crítica un tema muy poco tratado, el de “la representación de la historia en la narrativa femenina”. Si la “historia de los pueblos colonizados es una larga historia de poder, dominación y silencio. Una historia monológica [...] lo mismo se puede decir de la historia de la mujer, o del papel de la mujer en la Historia”, entonces, lo que acontece gracias a los esfuerzos liberadores –postcolonizadores– es que se gesta frente a la “historia oficial”, como respuesta, una “contrahistoria” (una “versión subalterna de la historia”, que “se nutre de fuentes dejadas fuera de consideración” por la anterior, sobre todo, de las formas orales, lo cual no quiere decir que no manejen, muchas veces a la perfección, los discursos hegemónicos primermundistas), cuya motivación es dialógica y persigue el reconocimiento cabal por parte del Otro. Para analizar, dentro de la expresión literaria, el discurso contrahistórico femenino y el rol político de la mujer en determinadas circunstancias históricas, la autora analiza detalladamente las estrategias narrativas de esa “mirada femenina en la representación de los eventos” (bélicos) en *L'Amour, la fantasia* de Assia Djebar y *La mujer habitada* de Gioconda Belli, mirada, “revisión”, corrección, subversión con las que “se van llenando los vacíos de la ‘historia oficial’”. “El exilio y otras formas de desplazamiento” (cap. V), que corresponde a la penúltima sección y está dedicada a “la representación [femenina] literaria de las experiencias que causan el exilio”, cuyo fenómeno puede ser visto desde lo ontológico hasta lo político, pasando por otras perspectivas como la religiosa². Como la mujer –ella misma marginada históricamente– ha hecho causa

² Un buen tratado filosófico del exilio es *La razón fronteriza* de Eugenio Triás (Barcelona: Destinos, 1999).

común “con los marginados, los oprimidos” de todo tipo (Poniatowska), el sujeto desplazado y antes agredido en su dignidad humana (tortura, prisión u otras formas de deshumanización), en especial aquí por razones políticas, se incluye en “el arsenal temático [y simbólico] de la escritura femenina”. El exilio maghrebino y latinoamericano –el que la autora considera tanto en su versión política, como en la económico-social (la emigración)– y sus consecuencias es estudiado en la narrativa femenina de los *beur* (*emigrés*), “la de los emigrante establecidos, o de segunda generación, de origen maghrebino en Francia” (de “identidad cruzada”), autoras tales como Leila Sebbar y Farida Belghoul; y en Latinoamérica, entre las escritoras exiliadas del Cono Sur, Marta Traba, Alicia Partnoy y Adriana Lassel. “Representación postcolonial y escritura femenina” (cap. VI), que funciona a manera de conclusiones, además de sintetizar las líneas principales de la investigación y de redondear los resultados proyectivamente, enfatiza el rol transformador, no sólo en lo tocante a la autorrepresentación/ autorreflexión, que ha tenido y deberá seguir teniendo la escritura femenina dentro del proceso decolonizador de sociedades en etapa postcolonial.

En suma, *Paralelismos transatlánticos*, a través de una bien entramada exposición teórica y de un profundo análisis de textos y contextos, explora y explica –dando a conocer al lector un nuevo camino que une regiones geográficas y culturales que no se habían estudiado anteriormente de manera conjunta– cómo las escritoras de África del Norte y de América Latina han novelado (y también, ensayado) sus deseos y derechos a decolonizarse como sujetos femeninos respecto a su posición en mundos regidos por el principio masculino; y cómo, por eso mismo, han contribuido a las difíciles tareas de una sociedad en etapa de decolonización, transformando sus novelas autobiográficas y contrahistóricas –y sus ensayos– en efectivos medios postcoloniales de resistencia (persistencia) genérica, cultural y política frente al pasado –sea reciente o ya de larga data– colonial y a cualquier presente de índole neocolonial.

Así este libro (nos) ofrece una valiosa y novedosa información, a la vez que un excelente modelo de crítica postcolonial para los estudios latinoamericanos con aspiraciones comparatistas. Es más, las cualidades retóricas de su escritura lo distinguen doblemente y lo hacen alcanzar lo que pocos en el ámbito académico, la esperanza de muchos: el más alto nivel teórico y pedagógico al mismo tiempo. Por lo tanto, los especialistas y los que lo serán –y también quienes sólo tengan una viva curiosidad cultural– encontrarán aquí mucho más de lo que esta reseña puede presentar/comentar dentro de sus consabidas limitaciones genéricas.

LUIS CORREA-DÍAZ

FLORIANO MARTINS. *Escritura Conquistada. Diálogos com Poetas Latino-americanos*. Fortaleza, Brasil, 1998.

Las relaciones entre Brasil e Hispanoamérica han sido un espacio de definición constante para nuestros escritores. Rubén Darío, fascinado por la “rareza” del portugués Eugenio de Castro, llamaba la atención hacia su obra y hacia la de los americanos que empleaban su misma lengua, cuyo desconocimiento lamentaba. Acaso por dicha ignorancia, Amado Nervo en alguno de sus cronicones se indig-

naba porque lo que nuestros vecinos lingüísticos escribían a principio del siglo xx era más apreciado en Europa que nuestras obras, siendo "inferiores" [*sic*] a éstas. Infinitamente más sabio, Alfonso Reyes se dedicó a convivir con el portugués para puntualizar los motivos por los cuales un manojito de vínculos posibles acaba obstaculizando la unión:

"Son muchos los peligros de la cercanía. Poseer a la vez, y poseer a la perfección, cuatro lenguas afines y que se perturban entre sí, y aún atajan el aprendizaje por lo mismo que se entreadivinan, como el castellano, el portugués, el italiano y el catalán, yo lo refuto por el mayor acrobatismo. Esto es, al pie de la letra, hazaña tan sutil como partir un cabello en cuatro. Junto a eso, me río del árabe que habla el alemán o del malgache que traduce a Góngora..."

Por razones obvias sería deseable que el público hispano descubriese lo que en Brasil ha venido haciéndose para corregir los malentendidos. El poeta, ensayista y traductor Florianio Martins, que desde hace años se dedica a la empresa de acercar a escritores de expresión española y portuguesa, se ha dedicado a concretar el diálogo con un volumen donde recoge sus conversaciones con veinticuatro poetas de diversas nacionalidades. *Escritura conquistada* reúne algunos de los nombres iberoamericanos más valiosos de los últimos decenios: Pablo Antonio Cuadra, Fernando Charry Lara, Javier Sologuren, Juan Liscano, Amanda Berenguer, Leonidas Lamborghini, Carlos Germán Belli, Circe Maia, Pedro Lastra, Iván Junqueira, Gerardo Deniz, Eugenio Montejo y Donizete Galvão, entre otros. Cada uno de los coloquios viene acompañado de poemas aptamente seleccionados o traducidos al portugués por Martins. El conjunto puede leerse de varias maneras: como un rico muestrario de la poesía continental de la postvanguardia; como una introducción miscelánea a las poéticas que respaldan a dicha producción; e, incluso, como prueba de que las obsesiones de Martins son compartidas por sus colegas de otras latitudes y, por tanto, equivalen a rasgos aislados que ayudarán, con el tiempo, a fijar críticamente el semblante de un momento literario por ahora demasiado cercano a nosotros como para entenderlo con objetividad. Aleccionadora, en particular, me parece la comparación de las reacciones de casi todos estos creadores ante preguntas acerca de la imagen del otro —trátase de Brasil o de Hispanoamérica—; acerca del surrealismo del Nuevo Mundo; acerca de la polémica irresuelta en lo que concierne a los "fundadores" de la poesía latinoamericana moderna o al así llamado "neobarroco"; y, *last but not least*, acerca de qué sabe u opina cada uno de ellos sobre sus coetáneos.

Si bien la cortesía predomina en lo que atañe al último de los puntos, los demás se convierten en terreno de apasionantes convergencias o discusiones. Es cierto, por ejemplo, que la mayoría coincide en su deseo de compenetrarse con la *otra cultura* latinoamericana y algunos, como Montejo, dan pruebas satisfactorias de haber concretado de distintas maneras ese proyecto (pág. 250). Sin embargo, en esa faceta del diálogo abundan los entuertos al estilo de Neruo. En algún pasaje se notará que, pese a que un hispano diga que lo brasileño le interesa, autores del Brasil y Portugal acaban confundidos en sus listas personales. O se percibirá que

los *clichés* continúan vigorosos en su óptica. Destacable es la respuesta que da el brasileño Junqueira a aseveraciones –ocultamente estereotipadoras y racistas– del argentino Néstor Perlongher, quien confesaba “perplejidad” ante el “academicismo” general de las letras del Brasil, cuando dicho país cuenta con una “fuente de éxtasis” como lo es el *candomblé*. Cito y traduzco a Junqueira:

Debo decir que manifestaciones como el *candomblé* no me inducen a ningún tipo de éxtasis. Toda esa exaltación que se hace de nuestra cultura popular me irrita, ya que lleva a un falseamiento [...] Parece increíble tener que ponerse a recordar que aquí fuimos colonizados por europeos [...] De no ser así, estaríamos hablando tupí-guaraní o un dialecto nagó [...] No pretendo negar la influencia de la cultura negra, pero es un hecho que se restringe a áreas menores de nuestro territorio intelectual. Incluir el *candomblé* como “notable fuente de éxtasis” implica desconocer los fundamentos de la sociedad brasileña. Por otra parte, considerar académico y árido el trabajo de nuestros escritores, como lo hace Perlongher, revela una ignorancia total de lo que aquí se produce. ¿Serán áridos y académicos Machado de Assis, Euclides da Cunha, Guimarães Rosa, Clarice Lispector, Manuel Bandeira, Carlos Drummond de Andrade o João Cabral de Melo Neto? (pág. 217-8).

Respecto del surrealismo en Latinoamérica, son también variadas las perspectivas, desde la admiración de Belli (pág. 145) o la constatación discreta de ecos que hace Lastra (págs. 189-90), hasta la entrevisión de un surrealismo “sin movimiento literario” sugerida por Juan Calzadilla (págs. 161-2). La cuestión de los padres de la nueva poesía depara, asimismo, provocadoras revaluaciones. Galvão manifiesta sus sospechas en torno a la aparente vitalidad de los vanguardismos (págs. 380-1). Deniz, con puntería, hunde su dedo en los llagados tópicos del santoral hispánico:

“Si en un tiempo lejano cuando intentaba leer poesía hubiese tenido a mi alcance algo de Vallejo, sin duda lo habría leído... No sé con qué consecuencias, pues todavía sigo sin leerlo, y a estas alturas no estoy para descubrimientos. Y permítaseme la referencia a otro gran nombre que suele recordarse luego del de Vallejo. Me refiero a Neruda. En mis tiempos de juventud e interés leí los *Veinte poemas*, que me dejaron indiferente. De ahí pasé al *Canto general*, que en cuestión de minutos arrojé por la ventana. Así siguieron las cosas por unos treinta años, hasta que un joven amigo me sugirió tres o cuatro poemas en ya no sé cuál de las *Residencias*. Leí y releí con atención. Eran indudablemente buenos, aunque bastaba pasar la página para recaer en el material anodino habitual”. (pág. 239).

Un saludable descreimiento similar al anterior merece el marbete de lo “neobarroco”. José Kozzer, para no ir muy lejos, arremete contra él incluso cuando se aplica a Lezama, uno de sus paradigmas (pág. 295). Lamborghini, ya antes, había ido más allá al ver en el término otro síntoma de la pereza intelectual que afecta a nuestra crítica (pág. 120).

La aparente heterogeneidad de este libro, más que ir en su contra, constituye una de sus cualidades. Gracias a ella, la producción lírica del continente adquiere la consistencia de un rumor múltiple, un animado encuentro de voces cuya energía surge de la disensión y los inagotables senderos que ésta abre. “Libro de todos nosotros”, “palco crepitante donde América Latina practica el fervor de su palabra

poética", "plática de poetas que tejen un encantamiento de hilos sueltos": curiosa-mente, frases como ésas, que Martins emplea para introducirnos al volumen, pueden retomarse para valorar con justicia el resultado de sus esfuerzos.

MIGUEL GOMES

ROGER SCRUTON, *Filosofía moderna. Una introducción sinóptica*, Traducción de Héctor Orrego, Santiago Cuatro vientos, 1999, 624 págs.

Este libro de Scruton, publicado originalmente en inglés en 1994, se presenta como una introducción a los problemas, argumentos y conceptos de la filosofía desde el punto de vista de la tradición analítica que incluye, también, una guía de estudio final. No debe pensarse, sin embargo, que se trata aquí de un manual. Este es más bien un libro que pretende sumergir a un lector informado a la pluralidad de los problemas de la filosofía y no es meramente una panorámica de su historia reciente. A la traducción íntegra del original se agrega además un prólogo de Miguel Orellana Benado, y unas breves notas del propio traductor. El prólogo aporta, en una rápida sucesión de imágenes, una visión histórica tanto de la filosofía en general, como de la filosofía analítica. Proponiendo también una reflexión acerca de la naturaleza de la actividad filosófica sobre la base de los conceptos de identidad y tradición.

De acuerdo a Scruton, su libro trata acerca de la filosofía moderna. Pero su concepto de moderno no se identifica exactamente con el sentido historiográfico de esta expresión. Scruton a riesgo de confundir las cosas opta por un sentido filosófico de "moderno". Moderno es aquí meramente una filosofía que "trata de construir usando los resultados del pasado, pero sobrepasándolos cuando son inadecuados" (pág.1). Y en este sentido, sostiene Scruton, es moderna la filosofía analítica o la filosofía inglesa contemporánea. Hasta qué punto es discutible esta identificación de la filosofía analítica con la filosofía inglesa contemporánea, es una cuestión considerada ampliamente en el prólogo de Orellana Benado, por lo que remito al lector a él. Scruton distingue también entre la modernidad y el modernismo. El modernismo a diferencia de lo moderno, no intenta *construir* a partir del pasado, sino que lucha por destruir las tradiciones morales o intelectuales de una época. Pero tal como lo había hecho en su anterior *Historia de la filosofía moderna. De Descartes a Wittgenstein* (traducido en Península, Barcelona, 1984), se discute también aquí un amplio rango de concepciones filosóficas que son relevantes para la discusión intelectual de nuestros días, incluso aunque estas concepciones no estén identificadas con la tradición analítica o con la modernidad en el sentido que le da Scruton. Entre ellas, por ejemplo, las de Descartes, Kant, Hegel, Marx, Sartre y Foucault.

El libro de Scruton puede ser dividido en dos grandes orientaciones. Primero los temas lógicos, epistemológicos y metafísicos (por ejemplo, el significado, la verdad, la ciencia, el ser, Dios) y, segundo, el tema de lo humano en sus distintas dimensiones (por ejemplo, el individuo, la sociedad, la vivencia estética, la vivencia religiosa, la ética). La primera orientación será especialmente útil a quien busque una intro-

ducción a cuestiones como el argumento del lenguaje privado de Wittgenstein, la discusión acerca de la necesidad y los mundos posibles o las teorías acerca de la verdad. La segunda orientación tiene un carácter más especulativo y se interna en cuestiones como la naturaleza del mal, la autoconciencia y la estética. Por otra parte, puede advertirse la existencia de una categoría de interpretación que, tácitamente, cruza transversalmente el libro y que enlaza las orientaciones temáticas a las que nos hemos referido. Es así como Scruton parece identificar en la discusión que mueve a muchos de los problemas filosóficos, la presencia de una fuerza moralmente negativa que históricamente ha impulsado a los seres humanos hacia los errores del modernismo y hacia las confusiones del escepticismo y el relativismo. Esta fuerza negativa es, de acuerdo a Scruton, otra manifestación del *demonio* que hundió inicialmente a Descartes en el escepticismo y que en nuestra época se materializa en la desconstrucción del mundo social por el relativismo y las filosofías del modernismo. Si bien la traducción de Héctor Orrego refuerza desmedidamente esta visión al verter tanto *devil* como *demon* (el genio engañador de Descartes) por "demonio", es claro que Scruton busca constantemente establecer una conexión entre el mal y el error filosófico. Dice Scruton:

"El demonio *devil* tiene sólo un mensaje, y es que *no hay* una primera persona plural. Estamos solos en el mundo, y el sí mismo es la única garantía que tenemos frente a él. Todas las instituciones y comunidades, toda la cultura y la ley, son objeto de una burla sublime: son absurdas en sí mismas y son la fuente de lo absurdo que son sus adherentes. Al prometer "liberar" al sí mismo, el demonio establece un mundo donde no existe nada *fuera* del sí mismo" (pág.484).

¿Estamos aquí ante una generalización de la *hipótesis* cartesiana del genio maligno que se convierte ahora en una alegoría de los errores del relativismo y el subjetivismo? o ¿estamos en presencia de una identificación de la fuente del error filosófico con la hipóstasis del mal? La desvalorización de Scruton de la posibilidad de aprender del error y su desprecio por la función crítica que históricamente han tenido las filosofías del relativismo y el escepticismo sobre el dogmatismo y el totalitarismo, lo hacen inclinarse al parecer por la segunda alternativa.

El marxismo, la filosofía de la desconstrucción y el reduccionismo sexológico son ejemplos de modernismo. Lo común es aquí la reducción de la realidad humana a un solo principio explicativo que convierte la vida y la historia humana en una mera lucha de, por ejemplo, fuerzas sociales, económicas o biológicas. Este proceso comienza en la modernidad con Descartes y, por supuesto, el escepticismo, el nominalismo, el subjetivismo, el individualismo y el relativismo, están en el lado oscuro de las fuerzas intelectuales. La lucha por poner las cosas en su lugar comienza con Kant, pero triunfa definitivamente con Wittgenstein. El argumento de Wittgenstein en contra de la posibilidad de un lenguaje privado muestra las confusiones a las que conduce la filosofía subjetivista. Se restablece con Wittgenstein que el espacio público del lenguaje y de la interacción social es la realidad fundamental que debe ser el punto de partida de la filosofía. Por otra parte, en la vida no teórica los seres humanos tienen acceso vivencial a la realidad social de la vida, y a lo que Scruton llama el *sentido del mundo*, en la reali-

zación de aquellas prácticas que no son un medio para otras cosas, sino que son un fin en sí mismas. El arte, la religión y la amistad son, para Scruton, ejemplos de estas prácticas. De esta manera, haciendo una conciliación implícita entre la refutación de Wittgenstein del punto de partida solipsista de Descartes para la filosofía y del recurso final del mismo Descartes a la bondad de Dios para reconstruir el mundo social, Scruton cierra el círculo de la modernidad y recobra la ansiada seguridad de las instituciones y costumbres humanas.

JULIO TORRES MELÉNDEZ

LARISSA ADLER LOMNITZ Y ANA MELNICK. *Neoliberalismo y Clase Media: El caso de los profesores de Chile*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 1998, vol. xv, 165 págs.

Bienvenida al campo magisterial esta oportuna investigación que, en su contexto y guardando las proporciones del horizonte temporal, su lectura nos hace recordar el método y la estrategia de trabajo que dio origen a la obra *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. Pareciera ser que consolidar la dignidad a través del oficio de pensar y de actuar en el campo cultural, sigue siendo una empresa de alto riesgo o un revés del destino. En este estudio, la vocación pedagógica se revela casi como un estigma, cuya mística sobrepasa los límites del héroe anónimo que termina sustentando el peso de la reflexión cotidiana, dentro o fuera de las aulas y de las estructuras burocráticas de los colegios y del sistema escolar.

Sus autoras, Larissa Adler y Ana Melnick, consiguen a lo largo de sus ciento sesenta páginas aquello que postulan ya al final: comprueban, a pesar de ser un estudio de casos muy seleccionados, que durante el régimen dictatorial de Augusto Pinochet, los profesores, como sector representativo de la llamada clase media, fueron uno de los más vapuleados y afectados por las políticas de ajuste que terminarán imponiendo el sistema neoliberal en Chile; y por otra parte, que el fenómeno de la sociabilidad conforma un ámbito simbólico y de relaciones de clase que van más allá de las típicas variables de poder y de actividades laborales que se utilizan con referentes distintivos entre las clases. Se podría señalar que el modelo económico impuesto en Chile no habría sido posible si no hubiese contado con un Estado militarmente omnipotente que disuadió con violencia y discrecionalmente para que el gran capital impusiera sus categorías a partir de la filosofía del "Estado subsidiario". La llamada "deuda social" que dejó la economía de mercado sin contrapesos éticos en la cultura y educación, se va concretando en un desplazamiento del sector social medio, cuyo impacto zarandea más fuerte a los profesores que a los mismos trabajadores manuales o técnicos de la industria y de la tierra.

El fenómeno estudiado se aborda desde los efectos de la forma de aplicación del modelo neoliberal en Chile, no muy distinto de lo que comienza a experimentarse en otras regiones de América Latina a partir de la década de los ochenta. Luego, recurriendo a una aguda descripción de la idiosincrasia nacional, se aborda la cues-

tión de la genealogía de la clase media y su protagonismo en el capital social. Es interesante reflexionar cómo el segmento de los profesores, especialmente en las regiones urbanas, se posesiona y asume un rol protagónico desde el "amiguismo, el compadrazgo y los favores burocráticos". Estas conductas que forman parte de una cultura con serias fracturas en su identidad, no son, en estricto rigor, ajenas al mundo desarrollado o a lo que podría considerarse una sociedad ideal. Conductas que valóricamente no son negativas, sólo que el proceso de adaptación para fines de cooptación, desdibujan moralmente a quienes tratan de sobrevivir en medio de padrones impuestos por la ambigüedad y los eufemismos que provienen del miedo a la subsistencia que genera la amenaza a la pérdida del empleo. Cuando las reglas de reciprocidad se degradan, por tratar de copar los espacios que el poder se esmera en sofocar, los sujetos sociales sufren extrañeza y alienación desde sus propios discursos. Es la circunstancia laboral que experimentan varios de los profesores entrevistados cuando aceptan a contrapelo entrar a las aulas dejando su alma afuera.

El recuento de la docencia y del docente es un aporte para seguir complementando los estudios sobre las distintas reformas educacionales que se han intentado en Chile. Desde la época de Pedro Aguirre Cerda con su inolvidable eslogan "Gobernar es educar", hasta el intento de sofocación del intelecto con la dictadura a través de su sistema educacional reproductor de la ideología totalitaria, en Chile se han propuesto otros modelos como el socialcristianismo y el socialista laico de la Unidad Popular con Salvador Allende. Chile, en los últimos cuarenta años, ha sido una especie de laboratorio, cuyos resultados no han tenido una continuidad en la vertebración y consolidación de una ideología "benefactora" del bien público cultural. Desde la contingencia actual sería irrisorio volver atrás, pero no es menos cierto que, en medio de las contradicciones del sistema socialdemócrata chilensis, hubo logros sustanciales que removieron la imaginación con el pensamiento poético y las propuestas pedagógicas en el ámbito de la reorganización de la escuela y en las estrategias de aprendizaje. Oportuno es el epígrafe sacado de un texto de Gabriela Mistral que precede el capítulo aludido: "Según como sea la escuela, así será la nación entera" ¿Muy exagerado, realista o demasiado abarcador?

La muestra de los profesores biografiados es poco representativa del alcance y sentido inicial que posee el estudio. Son vidas profesionalmente incompletas en dilatados estudios universitarios bajo la férula de la arbitrariedad administrativa y de la persecución ideológica. Sin embargo, casi todos asumen la pedagogía como si fuese vocacionalmente una especie de "atracción fatal". Viven la vocación como un estigma, pero ninguno aparece como víctima inocente del sistema. Hay clara conciencia del rol y del impacto que tiene la presencia y la palabra del profesor en el medio local como agente cultural y descubrimiento de dotes y habilidades. En ellos el régimen neoliberal encarna la odiosidad y su desafección por quienes pueden representar o cultivar una suerte de poder espiritual. En el contexto del sistema, los profesores innovadores son los que más sufren, los incomprendidos, incluso, dentro de la medianía acomodaticia de sus pares. Proyectan un perfil humano y profesional con sensibilidad política, social y disciplina que los destaca ante el resto de las actividades laborales calificadas. Su clara conciencia política los lleva a denunciar la superficialidad de los contenidos mínimos que el incipiente neoliberalismo pretende imprimirle a su sello educativo: que los niños hasta Octa-

vo Básico sólo aprendan a leer y escribir, lleguen a manejar las cuatro tablas de operaciones, conozcan la historia y geografía de Chile y se formen en relación a sus deberes y derechos en la comunidad. La enseñanza media y superior se considerará un privilegio o una excepción.

El estudio presenta ciertas claves relevantes que permiten ampliar el castigo de un período histórico determinado sobre un segmento de la sociedad, período que marca serias controversias en ámbitos muy difíciles de subsanar o restañar como es el de los derechos laborales y humanos, el respeto a la dignidad y al disenso, el apoyo al desarrollo de la inteligencia de un pueblo y a todos los agentes que colaboran en el crecimiento intelectual.

Publicado primero en inglés y después en español. Este hecho señalado en la "nota aclaratoria" no es algo que carezca de importancia. Por el contrario, de modo similar a sus biografiados, el texto es acogido con un destino que ocurre frecuentemente en los medios culturales que han marginado a las humanidades y a los humanistas. Ante cualquiera indagación profunda o propuesta crítica, en los países de escaso espesor ético y moral, se opta por la censura y el silenciamiento. Loable el gesto de la DIBAM al difundir un trabajo que decepcionará a los vocacionalmente indecisos y ayudará a quienes buscan convertir sus saberes en fuerza pedagógica. La crudeza de los testimonios no le resta holgura a sus referentes teóricos y elementos sociológicos.

La lectura en retrospectiva permite al lector sacar conclusiones como las siguientes:

- El neoliberalismo, en Chile, no se habría impuesto con tanta rapidez si no hubiera sido por cierto fundamentalismo al considerar el capitalismo como nueva religión, especialmente la noción de "Estado subsidiario".

- Hacia 1986, la mayoría de los índices por habitante habían bajado ostensiblemente: 13% gasto social, 29% educación, 62,2% en salud, 61,4 en vivienda; el consumo por persona baja en un 15% y el desempleo a más del doble del histórico, de un 15% a más del 30%. En 1980 quiebran numerosas empresas nacionales.

- El rol de conexiones políticas, sociales y familiares se ve interrumpido bruscamente al cambiar el pragmatismo de la ideología de la amistad. La regla de la reciprocidad se sustituye por el entreguismo y curiosas formas de lealtad.

- La mayoría de los profesores pierden derechos como la estabilidad en la función, atención a la salud; derechos a desahucio, jubilación y montepío; derecho al libre ejercicio de la ciudadanía y a emitir opiniones acerca de cuestiones políticas, etc.

En efecto, "Neoliberalismo y clase media, el caso de los profesores de Chile" es el resultado de una investigación enmarcada en la discusión weberiana sobre los factores y características que configuran a la clase media en su rol social, cultural y profesional. La mayoría de los casos seleccionados corresponden a personas con un gran sentido de superación para desasnar a los ignorantes y potenciar los dones del hombre común. La vocación docente se asume como necesidad vital y deseos de conocimiento. El medio, las condiciones económicas y políticas, favorecen la creatividad o frustran irremediablemente.

JOSÉ ALBERTO DE LA FUENTE

LUIS VITALE, LUIS MOULIAN Y OTROS. *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet, Contribución a la propuesta del Senado para el estudio de los últimos 30 años de la memoria en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones Chile-América, Cesoc, 1999, 479 págs.

El texto que comento a continuación, representa un esfuerzo historiográfico de "contundente envergadura" por contribuir a una interpretación más exhaustiva del acontecer político y social de los últimos 30 años. Las turbulencias epocales en las que esta empresa concentra sus esfuerzos, tornan más tortuosa y apasionante su tarea. Se trata de un período caracterizado por el *cambio social*, por la profundización de la democracia y la participación de amplias mayorías comprometidas en proyectos globalizantes, (S. Palestro, pág. 327). Bajo este contexto, hitos tales como la reforma agraria, la Chilenización del cobre y la promoción popular, vienen a constituir transformaciones estructurales de la sociedad Chilena.

A este "escenario" no podemos restar la magnitud del signifiante *Revolución*, un referente ineludible en las retóricas de la emancipación predominantes en esta época. En una breve enumeración del ciclo que va de 1964 a 1973 podemos consignar a la derecha nacionalista con su *revolución* nacional, la democracia cristiana con su *revolución* en libertad y la *revolución* popular (antiimperialista) propiciada por el partido comunista (Luis Cruz, pág. 398). Un imaginario convulsionado, que tuvo como corolario lo que, un cierto consenso historiográfico, ha denominado como una *contrarrevolución* conservadora, (Vitale, pág. 241).

Tal es el período escogido, y tales son sus dificultades de interpretación. Quizás estemos ante una vorágine constitutiva de la modernidad. Por todo ello, los esfuerzos del texto se redoblan para comprender mejor la dialéctica de este tiempo histórico.

Ahora bien, en cuanto al contenido capitular del libro, dista mucho de ser una singularidad metodológica o argumentativa. Si bien, su "aire de familia" viene dado por algunos criterios de periodización compartidos por los autores (la profundización de la democracia Chilena durante el ciclo 1964-1967-1973, la contrarrevolución conservadora-autoritaria en América Latina, los límites de la transición a la democracia) no es menos cierto, que la arqueología del texto se construye desde distintas perspectivas. Allí destacan, investigaciones que van desde el balance historiográfico, hasta los movimientos sociales, del movimiento sindical, a la mujer como actor político. En cada una de estas entradas destaca la "figura" de "un" actor múltiple, cuya historicidad le permite construir nuevos espacios de participación social, ya sea, desde el Estado, la sociedad civil o los movimientos populares, (V. Salas, págs. 371-374).

Más que un comentario acabado sobre tales aspectos, (o el debate disciplinario que resulta de ellos), en lo que sigue de estas notas me interesa poner en relación algunos presupuestos políticos y epistemológicos con el problema de la memoria histórica.

Una de las cuestiones que no pasa inadvertida, dada la crisis de los paradigmas en las ciencias sociales, se relaciona con el estatuto disciplinario del texto, es decir, la pretensión "científica" de la reconstrucción histórica en el ocaso de las

epistemologías normativas; la historia se presenta como producción de conocimientos, como instrumento objetivo y "racional". Tras esta pretensión, el texto insinúa un privilegio epistemológico, es posible conocer más y mejor; es posible restablecer secuencias y regularidades históricas, una vez que el análisis de los procesos sociales se somete a una espera. Un optimismo orienta el sentido del saber histórico.

Otro aspecto, se relaciona con el carácter político de libro. Este se expresa en dos modalidades, como *explicitación* y *ciframiento* respectivamente. Como explicitación, mediante el posicionamiento del texto en la coyuntura nacional, en respuesta a la propuesta de un conjunto de Senadores de Derecha para analizar los últimos 30 años de nuestra historia. Al mismo tiempo, en su afán de rebatir el carácter "difuso" que la memoria adquiere cada vez que un segmento o clase social intenta reconstituir nuestra vida política, instalando un "corporativismo de la memoria".

Por otra parte, está el carácter cifrado de la política, a través de la opción implícita de cada artículo. Se trata de una estrategia que no oculta sus aspectos motivacionales, sus tácitos ideológicos, y en un sentido mucho más radical; la inspiración política de toda escritura. Lo importante es que ello no atenta contra el rigor analítico de cada artículo. (Véase las apreciaciones de Luis Vitale sobre la Unidad Popular, como también las objeciones que Luis Moulian establece frente a la historiografía conservadora).

Ahora bien, junto al rendimiento político-coyuntural del texto, (véase Julio Silva Solar, págs 7-38) cabe agregar los límites de todo saber "disciplinario". Esto es, el relato historiográfico debe lidiar con el discurso político, de otra forma, que impide al mismo hablar por sí solo, por su análisis o por lo que interpreta, sin la necesidad de explicitar sus móviles ideológicos, sean, en cualquiera de sus dos modalidades, como explicitación o ciframiento.

En mi opinión, ello nos permite adelantar algunos diálogos entre este texto y la política. Hemos señalado que la política marca los límites del saber disciplinario, o si se quiere, el lugar donde el concepto y el rigor del método no bastan para advertir la voluntad política de un texto. Sin embargo, la política no cumple una función meramente develadora de la incapacidad del saber para estos fines, sino que también puede constituir un recurso dialógico. Esto último se expresa en la elección o decisión por un tipo de análisis en detrimento de otro, tal cuestión no responde a criterios normativos o estrictamente racionales. Si ello es así, un cierto *decisionismo* desprovisto de apreciaciones de rigor es la entrada a una fundamentación ulterior, (llámese paradigma o marco teórico). De este modo, la política es suplencia del saber histórico —como enunciación de sus móviles ideológicos— pero también es la voluntad que abre el espacio para el mismo.

Con relación al espesor "disciplinario del texto", cabe destacar la acuciosidad del relato, la exhaustividad de las fuentes, la capacidad interpretativa del mismo, en fin, los atributos de una empresa de investigación crítica. De allí, precisamente, se deriva una de sus principales virtudes, a saber, se trata de un análisis que rehúsa a establecer una relación fragmentaria (léase relativa) entre reconstrucción historiográfica y memoria histórica, o sea, a establecer un vínculo en donde esta última es aprehendida de manera incompleta y parcial.

Ello resulta aún más cautivante al constatar los dispositivos etéreos con que las ciencias sociales interrogan la temática de la memoria, esto es, bajo un mosaico de interpretaciones, tales como, "memoria colectiva", "memoria descentrada", "memoria múltiple". Todas estas nominaciones, ya sea, por su procedencia frankfurtiana, culturalista o "posmoderna", tienen como presupuesto la inscripción políglota del problema, es decir, la memoria aparece (siempre) como un *objeto desestabilizado*. De allí, que toda relación con ella deba ser oblicua y descentrada. Bajo este razonamiento, no habría una memoria sino múltiples memorias, no habría una forma de reconstruir nuestro pasado, sino infinitos modos de recrear nuestra historia. Tras ello, se postula la imposibilidad de una interpretación confiable de la memoria, su fugacidad sería la de un "objeto" evanescente, cuya comprensión nunca es posible.

Contra el desencanto cognitivo de tales presupuestos, el texto se erige desde un repertorio analítico, apostando a que la memoria histórica es más que una reconstrucción fragmentaria o una especie de micro-relato. Tras la reposición de un saber sistemático acerca de la memoria, se juega la intervención política de este libro, a saber, la sordera frente a lo múltiple (múltiples memorias, múltiples interpretaciones) constituye la virtud del mismo. En este sentido, su rigor viene dado por la inmunidad del registro historiográfico frente a un horizonte posmoderno de reflexión. Ello si aceptamos que esto último es algo más que una invención editorial.

Finalmente, me interesa enunciar la relación entre este texto y los usos de la memoria en el Chile actual. Entendiendo por "usos de la memoria", las interpretaciones en torno a la inestabilidad política e institucional durante la Unidad Popular y las consecuencias que ello tuvo durante el régimen militar, como también para la actual transición. Es relevante consignar la experiencia traumática que involucra la ruptura institucional de nuestra democracia.

Como bien sabemos, la memoria no es aquel fósil del tiempo histórico, por el contrario, toda relación con ella nos señala una relación con el presente, nuestra complicidad con la actualidad. Así, una determinada reconstrucción de nuestro pasado, es al mismo tiempo la definición de los contornos actuales, de su legitimación o abandono.

En nuestra contingencia política hemos presenciado, un sinnúmero de terapias destinadas a formalizar una interpretación irrefutable de la memoria. En tal operación se sustenta el Informe Rettig, como instalación y clausura funcional a la transición política. De tal ejercicio terapéutico se deriva la necesidad de una política de la mesura expresada en la democracia de los acuerdos y en los criterios de la gobernabilidad. Por su parte, la izquierda extra-parlamentaria recusa las complicitaciones de la burguesía criolla con el capital transnacional, para derrocar el gobierno de la Unidad Popular, como también el terrorismo de Estado ejercido por la dictadura. Por contraposición a esta reconstrucción, la institucionalidad castrense, ha elaborado una memoria a partir de la tesis del enemigo interno y la doctrina de Seguridad Nacional, como solución a la crisis de una sociedad al borde de la guerra civil.

El problema consiste en que cada interpretación se enclaustra en su relato y así la construcción colectiva de la memoria se torna una tarea inviable.

Por debajo de esta multiplicidad de memorias, el trabajo reseñado adelanta una interpretación menos dispersa, capaz de articular estos relatos que conviven en la Sociedad Chilena. Ello, en ningún caso supone fundir estos *ghettos* memorativos en una interpretación inexpugnable, una especie de corpus historiográfico cerrado, tampoco significa "consensuar" la memoria a través del reporte historiográfico. Se trata, más bien, de una hegemonía de la memoria, cuyos basamentos vienen dados por el rigor académico y el posicionamiento político. En mi opinión, ello echa aquí sus primeros cimientos.

MAURO SALAZAR

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2000

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 464 págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
La época de Balmaceda. Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).
Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).

- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juvenio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Alfredo Matus y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago 1998, 106 págs.).
- Mario Andrés Salazar y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza*, (Santiago 1998, 147 págs.).
- Consuelo Valdés Chadwick, *Terminología museológica. Diccionario básico*, español-inglés, inglés-español (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Via chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Ludovico Antonio Muratori, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.). tomo I.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.). tomo II.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.). tomo III.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.). tomo IV.

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. IX *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. X "... *I el silencio comenzó a reinar*". *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. XI *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XII *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XIII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIV *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).

- Vol. ix Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. x Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. xi Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. xii Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. xiii Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión*, tomo I, "Los primeros doscientos años. 1541-1741". (Santiago, 1999, 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América*. (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 248 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerdá. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.

- Vol. ix *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón (en prensa).
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Suite americana*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón (en prensa).

Colección de Antropología

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares,
en el mes de julio de 2000
en los talleres digitales de
Ril Editores
Santiago de Chile

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS